

EDUARDO TODA

A TRAVÉS



DEL

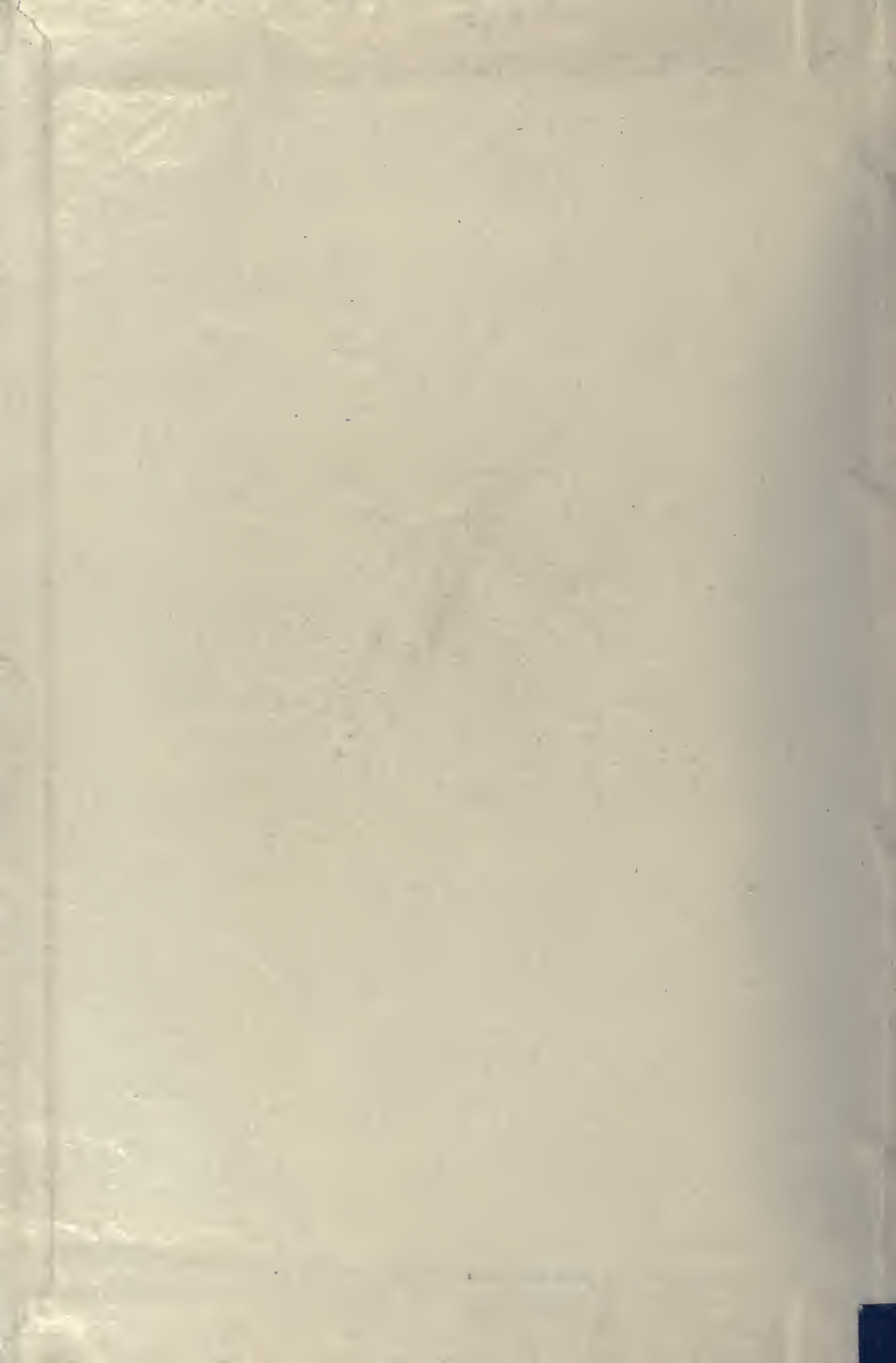
GIPTO

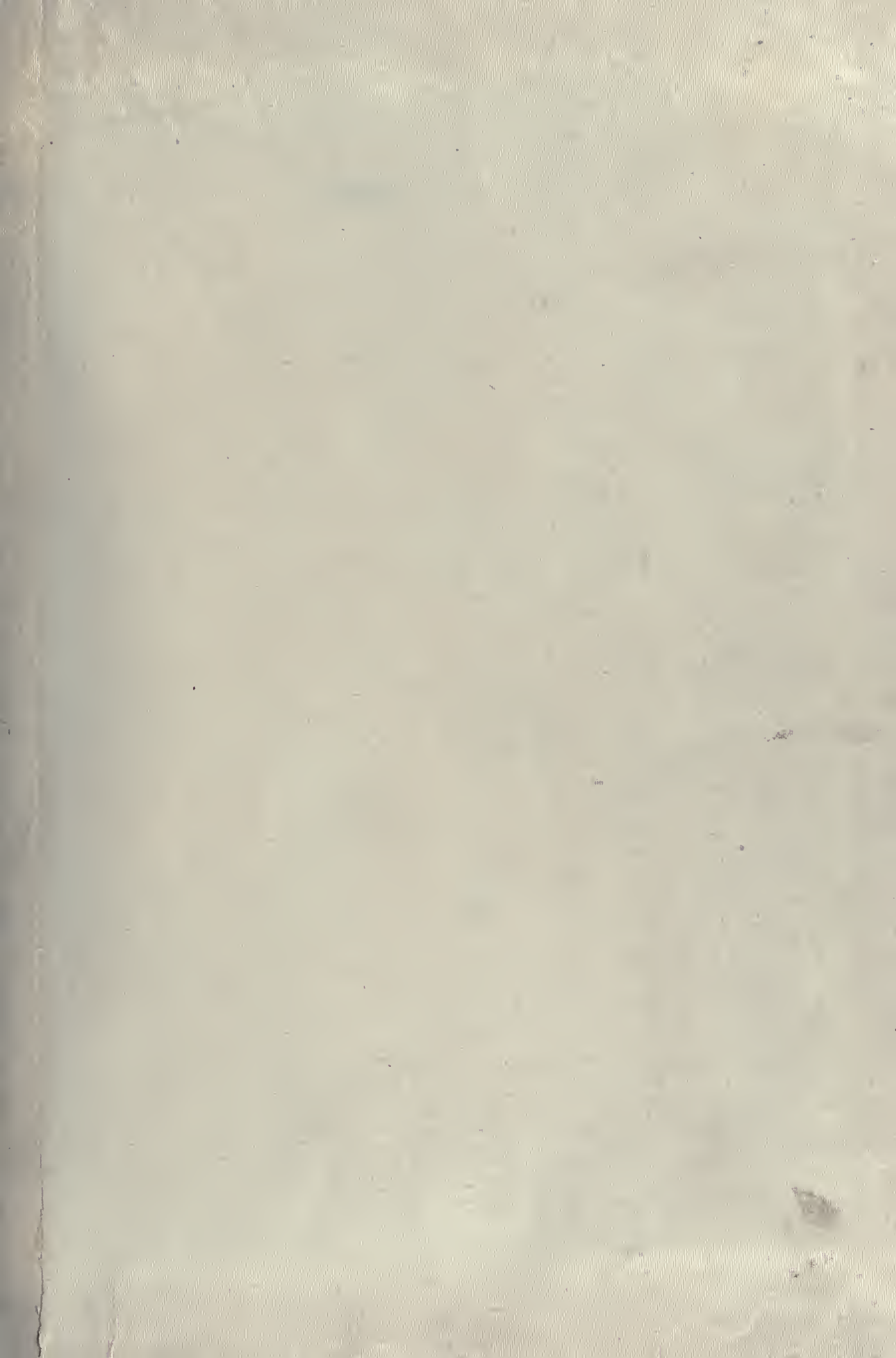


ILUSTRACIONES DE J. RIUDAYETS

3 1761 05449337 4













A TRAVÉS  
DEL EGIPTO

POR

EDUARDO TODA Y GÜELL

ILUSTRACIONES

DE

JOSÉ RIUDAVETS



MADRID  
EL PROGRESO EDITORIAL

MDCCLXXXIX

ES PROPIEDAD



DT  
54  
T63



EXCMO. SR. D. ANTONIO DE AGUILAR Y CORREA,

MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO, MINISTRO DE ESTADO,

ETC.,

ETC.,

ETC.

*Al ofrecer á V. E. este libro de mis viajes por el Egipto, le ruego me permita decir á los lectores que pude realizar muchas de las expediciones que describo merced á la benevolencia que V. E. quiso siempre dispensar á su más atento y seguro servidor,*

EDUARDO TODA.



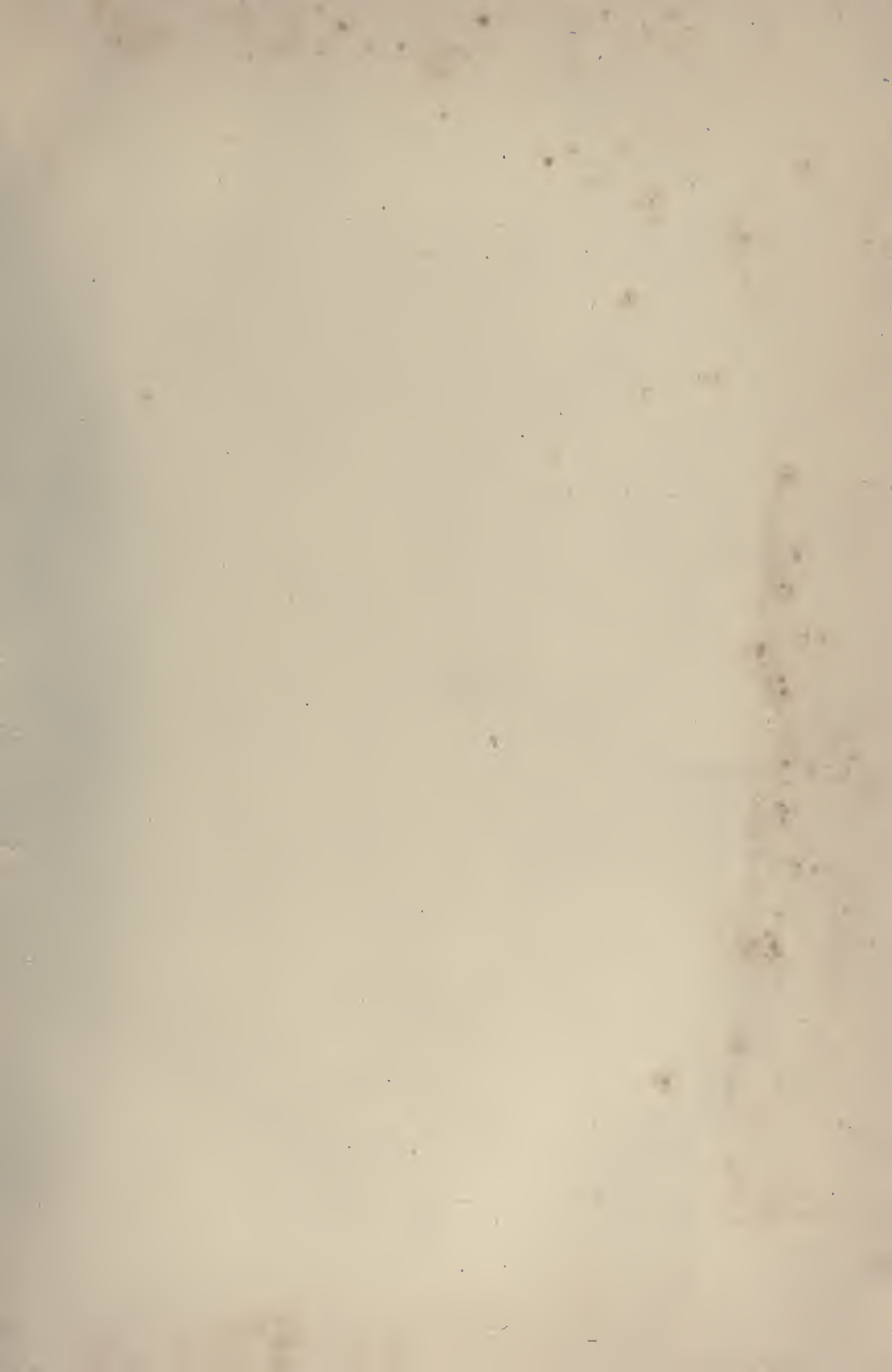
## CONTENIDO DE LA OBRA

	Páginas.
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO I.....	6
Alejandría.—El Puerto.—Desembarque.—El barrio franco.—Vendedores ambulantes.—Cafés.—El barrio árabe.—Mendigos.—Destrucción de Alejandría.—Antecedentes.—ARABI Bajá.—Intervención inglesa.—Incendio de la ciudad franca.—Indemnizaciones.	
CAPÍTULO II.....	23
Habitantes del Egipto.—El <i>Fellah</i> .—Primeras inmigraciones.—Copotos.—Beduinos.—Berberinos.—Negros y esclavos.—Árabes.—Turcos.—Judíos.—Levantinios.—La colonia extranjera.	
CAPÍTULO III.....	41
Alejandría antigua.—Los Ptolomeos.—Los Romanos.—Invasión árabe.—Toma de Alejandría por OMAR.—Ocupación por BONAPARTE.—La Escuela de Alejandría.—Sus filósofos.—El Museo.—La Biblioteca.—El Faro.—Columna de POMPEYO.—Las catacumbas cristianas.	
CAPÍTULO IV.....	55
Alrededores de Alejandría.—Rameh.—El palacio de CLEOPATRA.—Un poco de historia.—Ptolomeo PHILOPATOR y CICERÓN.—Educación de CLEOPATRA.—Sus relaciones con JULIO CÉSAR.—Sus amores con MARCO ANTONIO.—Batalla de Actio.—Muerte de CLEOPATRA.	
CAPÍTULO V.....	71
El Delta egipcio.—Sus ruinas.—Primeros pobladores del Delta.—Canope.—Abukir.—Batallas de este nombre.—Sais.—Damieta.—Tanis ó San.—Bubastes.—Atribis.—Tanta.—Su feria.—El xeque EL BEDAUI.—Tiendas y tenderos.—Procesiones religiosas.	
CAPÍTULO VI.....	87
La agricultura en Egipto.—Población.—División de la propiedad.—Leyes que la rigen.—Cultivos.—Producción del trigo.—Palmeras y dátiles.—El <i>Fellah</i> .—La <i>Fellahina</i> . Su manera de vivir.—Sus ocupaciones y cuidados.	

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO VII .....	103
Llegada al Cairo.—El distrito franco.—Ismailieh.—El Abbasiéh.— Distrito turco.—Ciudad árabe.—Bazares.—El Khan Khalil.—Bu- laq.—El Cairo Viejo.—Alrededores del Cairo.—Heliópolis.—La Ciudadela de SALADINO.—El Mokatám.—Las Tumbas de los Sulta- nes y Califas.	
CAPÍTULO VIII .....	120
La religión musulmana.—La plegaria.—Un sermón árabe.—Las mezquitas del Cairo.—Aspecto ordinario de una mezquita.—El <i>mejrab</i> .—El púlpito.—Fuente de abluciones.—Personal de las mez- quitas.— <i>Imames</i> .— <i>Ulemas</i> .— <i>Fakires</i> .—Almuédanos.— <i>Auats</i> .— Ofrendas á los templos.	
CAPÍTULO IX .....	133
Mezquita del Sultán HASÁN.—La puerta.—El patio.—La sala.— Quién fundó este templo.—El Sultán MELIK EN NASIR HASÁN.—Prin- cipales sucesos ocurridos durante su reinado.—Su muerte.— <i>Graffiti</i> ó inscripciones que se encuentran en los muros de esta mezquita.	
CAPÍTULO X .....	145
Mezquita del El Azhar.—Su fundación.—Sus edificios.—Su importan- cia como centro de enseñanza superior.—Plan de estudios de El Azhar—Vida de los estudiantes.—Mezquita del Sultán KALAÚN.— El <i>Muristán</i> .—Mezquita de AMRÚ al Sur del Cairo.—Tradicción de la columna.—Mezquita del Sultán TULÚN.—Mezquita de KAÏT Bey.	
CAPÍTULO XI .....	161
El Cairo antiguo.—Fostat.—La leyenda de su origen.—Dinastías de Sultanes.—Mezquita del Sultán HAKÍM.—Historia de este Monarca. —Sus propósitos con las mujeres.—Incendio del barrio Misr.—Sus ideas religiosas.—Heterodoxia musulmana.—DARAZZI.—Muerte de HAKÍM.—Los drusos del Líbano.	
CAPÍTULO XII .....	177
Conquista del Egipto por los turcos.—El Jedive TEUFIK.—La Prin- cesa EMINEH HANÉN.—Fiestas de la corte.—La fiesta del <i>Curban Bai- rám</i> ó Pascua.—Recepción en el palacio de Abdin.—Desfile de di- plomáticos.—La sociedad europea en el Cairo.—Los levantinos— Paseo de Shubra.—Jardines del Esbekieh.	
CAPÍTULO XIII .....	191
La sociedad turca en el Cairo.—Palacios de los Bajás.—Casamientos turcos.—Vida íntima en los harenes.—La señora KIBRIZLI MEHEMED. —Sus diversas aventuras.—La princesa NAZLI.—El interior de su palacio en el Mahmudieh.—La actual Princesa NAZLI.—Conquistas amorosas y aventuras con odaliscas.	
CAPÍTULO XIV .....	204
La Sociedad levantina en el Cairo.—Degeneración de sus razas.—Los sirios.—Su carácter.—Las mujeres.—Error en su educación.— Ideal de las jóvenes sirias.—Los armenios.—Peor condición de las	

jóvenes de esta raza.—NUBAR Bajá.—Una fiesta de levantinos.—El matrimonio de ERANUY MAIRIDIÁN.—Descripción de la ceremonia.—Torturas de los invitados.	
CAPÍTULO XV .....	217
La sociedad árabe en el Cairo.—Constitución de la familia.—La mujer.—Ceremonias de una boda árabe.—Nacimiento de los hijos.—Circuncisión.—Ceremonias funerarias.—Sepulcros musulmanes.—Casas de baños.—Música árabe.—Cantos populares egipcios.—Los que actualmente se oyen por las calles—ABDÚ.	
CAPÍTULO XVI .....	233
Diversiones populares.—La fiesta de Año nuevo.—Modo de contar el tiempo en Egipto.—Los años de la <i>Hégira</i> y de los <i>Mártires</i> .—Fiesta del <i>Ashura</i> .—Reunión de los <i>shiitas</i> en la mezquita de <i>Seidna Hussein</i> .—El sacrificio.—La procesión.—El <i>Ramadán</i> ó mes santo.—Ayuno árabe.—La fiesta del Tapiz.—Peregrinaciones á la Meca.—El <i>Muled el Nebi</i> .— <i>Almeas</i> árabes.—Otros juegos.—Las tiendas religiosas.	
CAPÍTULO XVII .....	253
Destrucción de los monumentos egipcios.—Diversas clases de devastadores.—El comercio de <i>momia</i> en la antigüedad.—Droga que con ella se componía.—La <i>momia</i> en la medicina española.—Opiniones del Dr. FÉLIX PALACIOS.—El museo de Bulaq.—Monumentos que encierra.—Salas de momias reales y del antiguo Imperio.—El panteón de los Dioses.—Ideas egipcias sobre el cielo y la muerte.—Las momias.—Su vestido.—Sus adornos.—Sus féretros.	
CAPÍTULO XVIII .....	271
Sepulcros egipcios.—El pozo.—Las cámaras.—Decorado de los muros.—El sepulcro de SON NOTÉM.—Inscripciones de sus paredes.—Las estelas mortuorias.—Ofrendas.—Vasos.—Provisiones.—Muebles.— <i>Dobles</i> ó estatuas.—Imágenes divinas.— <i>Shbiti</i> ó <i>respondientes</i> .—Amuletos.—Animales funerarios.	
CAPÍTULO XIX .....	285
El Nilo.—Inundación periódica del Egipto.—Causa de la crecida.—La abertura del <i>Jalig</i> .—Fiesta en el Cairo Viejo.— <i>Desposadas del río</i> en varios países.—Curiosas opiniones sobre los orígenes del Nilo.—El monte de la Luna.—El desierto egipcio.—Temporal de arena.—El camello.	
CAPÍTULO XX .....	297
Las Pirámides de Guizeh.—El camino.—Los monumentos.—Cómo se vió ABD EL LATIF en el siglo XII.—Su destrucción por los Sultanes egipcios.—Supersticiones.—Descubrimientos en Guizeh.—La esfinge.—Es imagen del Dios Armakhi.—El templo vecino.—Carácter de este edificio.— <i>Mastabas</i> .—Modo de administrar las antiguas nerópolis egipcias.	
CAPÍTULO XXI .....	309

Ruinas de Memphis.—Historia de la gran ciudad.—Restauraciones y destrucciones.—Pirámide de peldaños.—Pirámide de HUNAS.—Mastaba de TI.—Cuadros de la vida doméstica pintados en los sepulcros.—El <i>Serapeum</i> .—Su descubrimiento por MARIETTE.—Mi campamento en el desierto.—Visita á la necrópolis de Dashur.—Convite de un xeque en el oasis de Sakara.—Una comida entre beduinos.	
CAPÍTULO XXII .....	325
Panorama general del Nilo.—Pirámide de Meidúm.—Licht.—Sepulcros de Beni Hasán.—Roda.—Tell el Amarna.—AMENHOTPÚ y la secta de los Adoradores del Disco Solar.—Melauí.—Una colonia de baleares en el Alto Egipto.—Grutas de Maabdeh.—Montfalut.—Asiut.—Akmín.—Descubrimiento de su necrópolis antigua.—Abydos.—Guirghe.—Kench.—Déndera.	
CAPÍTULO XXIII .....	343
Llegada á Tebas.—Historia de esta capital.—Su decadencia y destrucción.—Templo de Ammón en Luxor.—Excavaciones hechas en su recinto.—Hallazgo de una estatua de SESOSTRIS.—Pilón de entrada con el poema de PENTAUR.—Karnak.—Su templo de Ammón.—Santuario de SITI.—Tratado de paz firmado entre SESOSTRIS y el Rey de Kheti.—Arco de CLEOPATRA.—Templo de Mut.	
CAPÍTULO XXIV .....	361
Orilla izquierda del Nilo en Tebas.—Aduar de Abd el Gurnah.—Los Colosos de Memnón.—El Dios parlante.—Incripciones grabadas en las piernas de un Coloso.—Visita que hizo el Emperador Adriano.—El <i>Rameseum</i> .—Templo de Gurnah.—Santuario de <i>Deir el Medineh</i> .—Su significación para los muertos.	
CAPÍTULO XXV .....	375
El valle de los Reyes, ó Bab el Moluk.—Enterramiento de los Monarcas egipcios.—Bandas de ladrones que saqueaban las necrópolis.—Robo de la reina AHHOTPÚ—Sepulcro de SITI I.—Su decorado.—Cueva funeraria de SESOSTRIS.—Sepulcro de RAMSÉS III.—Hallazgo del sepulcro de SON NOTÉM.—Inventario de las momias que encerraba.—Ruinas de Medinet Abu.—El templo y palacio de RAMSÉS III.	
CAPÍTULO XXVI .....	393
Necrópolis de Gebel Ein.—Ermonthis.—Esneh y su templo romano.—Ruinas del Kab.—Sepulcros en la montaña.—Edfú.—Su templo.—Su gran necrópolis.—Canteras de Gebel Silsilch.—Estelas que consignan los trabajos.—Kom Ombos.—Cuadro de distancias recorridas por el Nilo, desde el Cairo á Philoe.	
CAPÍTULO XXVII.....	405
Llegada á Asuán.—Su actual aspecto.—Descubrimientos en la necrópolis antigua.—Restos de Abú.—Las canteras de granito.—Elephantina.—Nilómetro.—La primera catarata.—Xelall.—Isla de Philoe.—Sus templos.—Último refugio de la religión osiriana.	
CAPÍTULO XXVIII.....	419





BARBERO ÁRABE



Á TRAVÉS DEL EGIPTO





Esfinge de los Reyes Pastores.—Museo egipcio de Bulaq.

## INTRODUCCIÓN



E algún tiempo á esta parte, tanto entre las personas ilustradas como entre las indoctas y curiosas, se observa afición creciente á las cosas de Egipto. Cuanto á este país se refiere, así en lo antiguo como en lo moderno, despierta vivo interés, pues su grandeza pasada y su miseria presente, el conflicto político que las miras egoístas de Inglaterra allí ha provocado, y el económico que surgirá cuando por cualquier causa se intercepte el canal de Suez, constituyen motivos bastantes á excitar la atención

pública hacia unas regiones, que parecen providencialmente llamadas á representar importante papel en la Historia.

Además, el Egipto antiguo es hoy objeto de predilecto estudio. Las modernas investigaciones científicas lo han revelado bajo un aspecto completamente nuevo, como tierra donde se meció la cuna de todas las razas que pueblan el planeta, donde existen los fundamentos de toda ciencia y arte, y acaso también los principios rudimentarios de nuestra religión. Los monumentos esparcidos en las dos orillas del Nilo, admiran tanto por su antigüedad como por su grandeza; al contemplarlos, parecele al asombrado viajero tener en su presencia mudos testigos del esfuerzo humano durante setenta siglos.

No hay en el mundo, y me atrevo á afirmarlo después de haber recorrido buena parte de él, pueblo más interesante y maravilloso que el egipcio. En aquella región se combina por extraño modo la vida presente con la pasada, el hecho de hoy con el recuerdo de ayer y con la tradición de remotos tiempos. En su suelo se dieron cita todas las razas y se han desarrollado todas las civilizaciones que subieron el curso del Nilo para llevar los adelantos del genio humano hasta las comarcas de Etiopía y del Sudán. Los macedonios, los griegos, los romanos, los bizantinos, los árabes y los turcos, ligaron la historia de Egipto á la de los pueblos más importantes de Europa, hasta llegar á los presentes días, testimonio de la mayor decadencia á que pueda llegar pueblo alguno. La intervención europea, si por una parte civiliza Egipto, por otra le aniquila, le destruye, acaba con su independencia y llegará á borrar de las cartas geográficas aquella antigua nacionalidad.

Describir bajo todos sus aspectos esta interesante región tal como la he visto durante los últimos años de mi permanencia en ella, será objeto primordial del presente libro. Pienso evitar la clasificación por épocas, el estudio por asuntos, todo método de división de materias que pudiera hacer árido mi trabajo. Cuando desembarquemos en Alejandría ó describamos el Cairo, veremos en sus calles la vida del árabe moderno, la sociedad europea en los barrios francos y las ruinas de antiguas épocas en sus alrededores. Iremos á las ciudades del Delta nilótico para explicar lo que son y lo que fueron; al campo para ver á los *fellahs* ccupados en sus trabajos agrícolas; á la capital para observar cómo se fundó la sultanía árabe y cómo se vive en la Corte y en la sociedad de turcos y

levantinos. Después remontaremos el Nilo en una extensión de novecientos kilómetros, estudiando al paso los edificios que encontremos en Memphis y Tebas, viendo los descubrimientos más recientes hechos en las necrópolis, notando el carácter del país que se ofrezca á la vista y las particularidades de las gentes que le pueblan. Y al llegar á las fronteras de la Nubia, después de recorrer los suntuosos templos de Philae que hasta el siglo de JUSTINIANO guardaron intacto el culto de los antiguos dogmas de Osiris, volveremos al Mediterráneo para despedirnos del Egipto desde el extremo de la grande obra que el genio de nuestra época ha realizado en su suelo, el canal de Suez.

Ameno será el viaje, y los espectáculos que van á desarrollarse ante nosotros, variados y pintorescos como no cabe imaginar. Procuraré ser conciso y breve, aun cuando exacto y comprensible en las descripciones, pues deseo no fatigar á quien quiera seguirme, ni convertir en monótona tarea lo que ha de ser entretenida y provechosa distracción. Modesto *cicerone*, mostraré lo más importante que he visitado, y al detenerme delante de aquellos monumentos que asombran por sus proporciones y carácter, de aquellos objetos que extrañan por su novedad, y de aquellos tipos tan distintos de los nuestros, lejos de engolfarme en disertaciones prolijas, dejaré al artista que nos acompaña que trace con su lápiz lo más importante de cuanto á nuestra vista se presente.

Como es recta mi intención y firme mi voluntad en el trabajo, deseo que sea grande la benevolencia de mis lectores.



Cabeza de momia tebana.—Museo Arqueológico de Madrid.





## CAPÍTULO PRIMERO



El *Tanjore*, de la flota Peninsular y Oriental Inglesa, me dejó en las playas de Egipto después de un malísimo viaje por el mar Adriático y el archipiélago griego, en el mes de Abril de 1884.

Grandes eran mis deseos de visitar la histórica tierra de los Faraones. Impaciente desde las primeras horas de la mañana que descubrimos la costa, hice los preparativos necesarios para dejar el vapor tan pronto como éste amarrara sus cables á los muelles de la Compañía. Después subí á cubierta, y con la ayuda del anteojo contemplé el panorama que ante mi vista se desarrollaba.

Levantábase el sol en el lejano horizonte, entre las ligeras bru-

mas del desierto, esparciendo esa luz blanca y vivísima propia de las regiones tropicales, que vemos también en el Sur de Italia y aun en los días claros y serenos de verano en Andalucía. Al frente, una línea de arenas bajas marcaba el límite de la costa, y hacia la derecha alzábanse sobre pequeños montes algunos molinos, con sus aspas en cruz sin movimiento. Al acercarnos más á tierra divisamos dos enormes construcciones, Meks á estribor y Ras el Tin á babor: vistas á distancia, figuréme que serían cuarteles, mas luego me dijeron ser palacios. No lo parecen con su forma cuadrada, sus líneas regulares de ventanas, y la sencillez y extravagante gusto de las cúpulas árabes que los coronan.



Alejandro.—Vista del puerto.

Ya próximo al puerto, pude contemplar la parte baja de la ciudad de Alejandría. La configuración de la costa en aquella región se parece bastante á la del Sur de Italia; una bota con la suela vuelta hacia el mar. Divisanse dos fondeaderos perfectamente trazados. El de la derecha es el *puerto viejo*, único que sirve para satisfacer las necesidades actuales del comercio. Los griegos le llamaron *Eunostos* ó del feliz arribo, y á pesar de los escollos que dificultan su entrada, sólo posible de día, es el mejor puerto natural que tiene Alejandría, accesible á buques de mucho calado. No había otro en las quinientas leguas que separan Túnez de aquella ciudad, y de él dijo NAPOLEÓN I: «Todas las escuadras del mundo podrían fondear allí y hallarían abrigo contra los vientos y los ataques del enemigo.»

La apertura del canal de Suez, y la necesaria erección de Puerto Said, han rectificadado en cierto modo el anterior aserto, pues la nueva ciudad, situada entre el extremo del lago Menzaleh y el Mediterráneo, ofrece también seguro asilo, no diré á todos los



buques de guerra que hoy surcan los mares, pero si á cuantos pasan por allí en sus viajes de Europa al extremo Oriente ó á la India.

Estando aún en alta mar, recogemos de su bote al práctico árabe que ha de guiarnos al puerto. Sin dificultad salvamos los escollos de la entrada, y pronto el *Tanjore* se desliza tranquila y majestuosamente, avanzando por el centro de la bahía hasta poner su proa junto al muelle.

Rodea al vapor un centenar de lanchas tripuladas por árabes. Los remeros van con el fez en la cabeza, una camisa blanca sujeta á la cintura, la pierna desnuda y el pie descalzo. Algunos de esos botes conducen á otros individuos más graves, sentados en los bancos de popa, que vienen á ofrecernos sus servicios. Son los *dragomanes* ó intérpretes, los agentes de las fondas, los *cicerones* de las ruinas, los negociantes de toda clase de mercaderías y los comisionistas de toda especie. Un empleado de sanidad sube primero á bordo, y gravemente nos pregunta cuántos de nosotros *hemos muerto* del cólera. Parece serenarse al oír que todos seguimos bien, y manda arriar la bandera amarilla que, desde el tope del palo trinquete, nos anunciaba como gentes sospechosas. Después... después la invasión.

Cuando vuelva á Egipto escogeré el más grueso de los bastones que tenga en mi lío de paraguas, y prometo con toda formalidad romperlo en las costillas del primer árabe que me ofrezca sus servicios. Imposible describir la escena que presenta la cubierta de un vapor en la rada de Alejandría, en el momento de ser admitido á libre plática. Quinientos árabes sucios, infectos, desvergonzados y harapientos, caen sobre él, salidos no se sabe de dónde. Suben por todas partes menos por las escalas, que aun permanecen colgadas en los pescantes. Se dirigen resueltos al primer viajero que divisan instalado junto á su equipaje, y le ruegan é instan, le empujan y atropellan de la manera más descarada que pueda imaginarse. Las maletas desaparecen como por encanto: tres ó cuatro de aquellos salvajes cogen á la vez un saco, un baúl, un bulto cualquiera, y tiran de él y forcejean airados hasta que uno queda su poseedor, ó en la brega lo destrozan. La confusión que allí reina es indescriptible.

Y no vale defenderse de aquella brusca acometida é intentar salvar el equipaje. Otra turba de árabes os asaltan con tarjetas de

fondas, cafés, tabernas y tertulias, ó á vuestro oído vociferan la recomendación de sus servicios.

— *Sidi*, un buen hotel, dos francos diarios.

— Buen café, señor. Cuartos ventilados y buen servicio, con vistas al mar y á otros sitios frescos.

— Reunión de confianza. Sólo hay dos ceros en la ruleta.

— *Cicerone*, señor. La columna de POMPEYO.

— Las Catacumbas... CLEOPATRA...

— Yo pasaré el equipaje. Mi hermano es empleado en la aduana, y mediante propina no le inspeccionará.

— Venga en seguida el pasaporte. El señor puede ya subir á mi coche en la puerta de los Docks.

Aquella algarabía es infernal; allí nadie se entiende, y no le queda al pobre viajero otro recurso que defenderse á puntapié limpio contra aquella turba incivil. Acuden los aduaneros, infelices árabes, mostrando su condición de empleados de poco sueldo y mal pagado, por los rotos y descosidos de sus uniformes: os preguntan si lleváis diamantes ó tabaco, pero la contestación que suele dárseles es un par de pesetas, único medio de impedir que con sus mugrientas manos toquen las pecheras de las camisas. La policía reclama el pasaporte, que con la mayor formalidad examina otro árabe. Como quiera que el funcionario representante de esa institución ignora las lenguas europeas, si el documento no lleva sello ó escudo en su cabecera, suele con frecuencia cogerlo al revés para leerlo, pero no siempre se equivoca. Finalmente, se libra la suprema batalla al tomar un coche, cargar el equipaje, y huir de aquel barullo. Por supuesto, los pasajeros del vapor que no han cambiado sus saludos ó sus tarjetas de visita al entrar en el puerto, se despiden á la francesa; hasta que el azar los reuna de nuevo, ó hasta el valle de Josafat, que suele ser lo más frecuente.

Éntrase en Alejandría por la parte que forma el antiguo barrio franco. Las calles son sucias y estrechas, insuficientes para el enorme tránsito de peatones y carros que por ellas transitan desde las primeras horas del día. Sus casas, mezcla de la arquitectura árabe con la europea, ni son bellas, ni cómodas, ni pintorescas. En la planta baja se ven las tiendas atestadas de géneros y comestibles de todas clases que vende el *'bacal* griego ó tendero de ultramarinos, rueda indispensable en el mecanismo de la economía doméstica en Egipto. Los *bacales* lo expenden todo: conservas, es-

pecies, telas, armas, algodón, harinas, vino; y se enriquecen pronto vendiendo sus géneros muy baratos, merced al sencillísimo recurso de tenerlos todos malos y adulterados. Y sin embargo, aquellos ladrones y envenenadores públicos escapan á la acción de

la justicia, ó mejor diré, no escapan, sino que á su sombra prosperan, ya que

la tolerancia en este punto no tiene límite en Egipto.

Los vendedores ambulantes pregonan por las calles á todas horas sus distintas mercaderías, que llevan en cestos ó canastillos de palma. Cafeteros, sastres, panaderos, de todo se encuentra, especialmente en las estrechas callejuelas de la parte baja de Alejandría que los árabes habitan. Vense allí también las tiendas de éstos, pobres, miserables, mal instaladas, sucias, mostrando en mesas y estantes puestos á la vista del público los géneros que expenden.

Como es natural en tierra donde hace siempre mucho calor, abundan los puestos de agua, que mujeres de baja clase venden á precio ínfimo.

De más lujosa apariencia son las tiendas de los judíos. Éstos abundan tanto en el país, que parece se hayan dado en él cita la mitad de los descendientes de las doce tribus de Israel para vivir más cerca de la suspirada Jerusalem. Son pocos los que ejercen alguna industria, y los más de ellos venden con preferencia trajes europeos hechos en Austria y en Italia. El mayor número se dedica



Panadero ambulante.

á negocios *de banca y cambio*, cuyas operaciones requieren poco aparato. En efecto, en sus establecimientos abiertos á la calle, sólo se ve una caja de hierro, un mostrador y un par de divanes, y la figura de un COHEN ó un LEVY cualquiera que dirige la sencilla maniobra de engañar cuanto sea posible á los incautos ó infelices que necesitan al usurero.

De vez en cuando se tropieza con un cuerpo de guardia de gendarmería, cuyos soldados duermen á la sombra de las paredes á lo largo de la calle, con la indolente calma de los orientales, ó se han reunido en el vecino café para tomar una taza de Moka, más ó menos falsificado, y oír las historias que narra el trovador del establecimiento. Curiosa es la manera de ser de esos cafés públicos, tan

numerosos allí, que es raro ver una sola calle de cualquier población egipcia sin un par de ellos cuando menos. Suprimamos, desde luego, toda idea de lujo y bienestar. El mueblaje de un café



Café árabe.

consiste simplemente en un mostrador de piedra situado en el dintel de la puerta, un hornillo de barro colocado en el mismo mostrador, donde continuamente hierve el agua en vasijas y grandes cafeteras de cobre estañadas, un mal estante para guardar los *figán* ó pequeñas tazas, parecidas á hueveras, de que se sirven los egipcios, y unos bancos de madera sin cojines ni almohadones, con el asiento bastante ancho para poder cruzar las piernas á la moda

oriental. Es inútil buscar sillas, mesas, cucharas ni vasos en esos cafés. El que quiere agua coge una *garguleta* ó botella de barro blanco, aplica sus labios á sus bordes, y satisfecho la pasa á su vecino, para que absorba á la vez su baba y el líquido cenagoso que el turbio Nilo distribuye liberalmente por todo el Egipto.

Los dueños de estos cafés, deseosos de atraer parroquianos, contratan narradores de historias que entretengan á sus oyentes. El repertorio de esos oradores es limitado y poco distraído, consistiendo principalmente en las narraciones de ABÚ ZED y del Sultán ES ZAHIR BEBARS, en los *Alf leila u leila* ó Cuentos de las Mil y Una noches y en las historias de ANTAR, héroe beduino de gran fama, cuyo palacio supone la tradición que estuvo en las cuevas egipcias de la antigua necrópolis de Asiut. Una vez, en uno de los cafés del Cairo, oí la narración de la conquista de España por los árabes.

Los concurrentes á los *kahwas* ó cafés se sientan en uno de los bancos adoptando las más inverosímiles posturas, toman el *zarf* que sostiene su taza de café, alguna vez empuñan el mango de goma de un *narguileh* ó fuman un *chibuk*, y graves y silenciosos escuchan horas enteras al narrador, prorrumpiendo sólo en un murmullo de aprobación cuando oyen el relato de un hecho extraordinario, ó con más frecuencia cuando saborean algún chiste grosero ó episodio indecente.

Para variar el espectáculo, se suelen sustituir estos narradores por músicos y cantantes. Unas veces dos ó tres ciegos, asidos á sus instrumentos, salmodian sin cansarse ni cansar á los que escuchan esas notas largas, monótonas, arrastradas en las variaciones de medio tono, que imprimen á la música árabe aquella melancolía dulce y tierna que le es característica, pero que la hace también soñolienta y pesada. En otras ocasiones se une á los músicos un cantor que, con la cabeza vuelta hacia el hombro y la mano levantada junto á la mejilla, entona sus canciones eróticas, desprovistas de sentimiento, y muestra evidente de la pobreza de fantasía que alienta en Egipto á la musa popular.

En las estrechas callejuelas que afluyen al antiguo barrio franco de Alejandría, el viajero recién llegado á Egipto recibe las primeras impresiones de la vida árabe y oriental desarrollada al aire libre. Y esto que aquel puerto egipcio adolece de los inconvenientes naturales en los lugares marítimos de mucho tránsito: las razas se confunden y mezclan, borrándose todo lo típico del país

ante la invasión de las costumbres exteriores. En Alejandría el barrio franco parece un pueblo griego: la plaza de MEHEMED ALÍ y las calles de CHERIF, Roseta y adyacentes, forman un distrito enteramente europeo: quedando relegados á los sitios peores las viviendas árabes, pobres y mezquinas, desposeídas de todo carácter de raza y nacionalidad. La influencia extranjera ahoga casi á los indígenas. Dentro del Cairo, las costumbres de los árabes consérvanse mejor y allá iremos para exhibirlas y estudiarlas á placer.

No se crea, á pesar de todo que este predominio europeo anule por completo en Alejandría los elementos indíge-

en los arrabales de la ciudad, acaparan ciertos oficios, que ejercen muchos de ellos al aire libre, según he manifestado antes.

Una de las profesiones más típicas de esta clase, es la de los barberos, cuyos servicios requiere la ortodoxia musulmana para que la cabeza de los creyentes esté siempre afeitada y dispuesta á recibir las abluciones diariamente prescritas por la religión. Al barbero árabe cualquier rincón le sirve de tienda, y excusado es decir que la elección de sitio importa también muy poco á sus parroquianos.

Lo más triste de Alejandría y de todas las ciudades egipcias, y, puedo añadir, orientales, es la mendicidad, que reviste en ellas carácter endémico en proporciones colosales. La primera frase árabe que hiere el oído del europeo al desembarcar en aquellas regiones



Calle de Alejandría.

nas. Preponderan allí todavía las manifestaciones de la vida nacional, ya que de los doscientos mil habitantes de la ciudad, deben ser árabes los dos tercios. Todos estos alexandrininos son, por regla general, pequeños mercaderes, industriales de limitados alcances: en los barrios árabes de poca importancia, así como



VISTA DE ALEJANDRÍA.





es la de *bacshish*, ó sea *limosna*. Sabe pronunciarla, y no se desdena de hacerlo, todo el mundo: el chiquillo que la aprendió probablemente antes que el nombre de su madre; el lisiado, el pobre de veras, las mujeres de baja clase, que van descubiertas por la calle, los mismos árabes robustos y bien vestidos que se dirigen á su trabajo y no creen rebajarse al pedir una limosna al primero con quien topan en la calle, especialmente si es extranjero.

El mendigo egipcio no es tan repugnante como el de otros pueblos de Oriente, el chino por ejemplo. No se complace en mostrar repugnantes llagas, ni en aparecer anonadado por la miseria: no aspira á causar horror y asco, mejor que compasión y piedad. Pocas veces porfia en su petición, nunca cuando se le contesta: *Alah te guarde*. Su filosofía es mucha, y además la vida es fácil en Egipto. Lo que más extraña es ver á las mujeres que en demanda de unos *parás* ó céntimos tienden la mano, en cuyos dedos brillan las sortijas de turquesas, y ostentan desnudo el brazo que siempre adornan numerosos hilos de perlas falsas.



Mendiga egipcia.

Ocupando el barrio franco la mejor parte de la población, Alejandría tenía aspecto de ciudad europea, antes que las ruinas producidas por el bombardeo é incendios de 1882 la hubiesen desfigurado tanto. Se calcula que el número de cristianos que en ella habitan excede de cincuenta mil, y como viven á la europea, natu-

ralmente el barrio que ocupan se extiende mucho más que el de los árabes con sus pequeñas casas y tortuosas callejuelas. El distrito Noroeste de la ciudad, comprendido entre la puerta de MOHARREM Bey, el Atarin, IBRAHIM y el mar, ofrece el aspecto de cualquier barrio marítimo extranjero.

Se explica que así sea, considerando que Alejandría vive principalmente de su comercio exterior vinculado en los europeos. Visitan su puerto anualmente más de dos mil buques de alto bordo, cuyas operaciones de importación y exportación ascienden á quinientos millones de pesetas, y á pesar de la manifiesta importancia de este tráfico, la marina egipcia está sólo representada por cuatro malos buques que hacen cortos viajes á los puertos de Grecia y de Turquía. Todo el comercio marítimo se efectúa bajo bandera extranjera, siendo la inglesa la que mayor representación tiene en el puerto alejandrino.

Bellísimo era, antes del bombardeo, el barrio donde vivía la colonia europea. En su centro veíase la magnífica plaza de los Cónsules, hermoseaada por sus árboles, sus fuentes y la estatua de MEHEMED ALÍ, erigida á pesar de las prevenciones musulmanas contra las imágenes. En las anchas calles vecinas se elevaban suntuosas casas de moderna arquitectura, tan bellas por fuera como es-



Plaza de los Cónsules en Alejandría destruida en 1882.

pléndidamente decoradas en su interior. Bolsa, Bancos, iglesias de las diferentes comuniones cristianas, tribunales, consulados, parques y jardines, nada faltaba á aquel distrito que recordara la civilización europea. Pero todo, ó casi todo, desapareció con motivo de las revueltas populares de hace cinco años, la matanza de extranjeros en las calles, los incendios y el bombardeo. El recuerdo de aquellos tristes días no se borrará fácilmente de la memoria de los alejandrinos, como no desaparecerán las huellas de las ruinas

en que fué convertida la ciudad. La orgía de las turbas no concluyó hasta que el barrio europeo se vió reducido á pavesas y escombros.

Es interesante consignar esta página de historia contemporánea, estudiando, aunque sea muy á la ligera, las causas que produjeron el motín origen de la catástrofe. Sobre el pueblo egipcio pesó la desgracia de haber tenido en los últimos tiempos un gobernante ilustrado á la europea, es decir, partidario de nuestros gustos, amante de nuestras modas, admirador de nuestras costumbres y... ¿por qué no decirlo? tocado también de nuestros vicios. ISMAEL Bajá llenó en la historia de los Jedives de Egipto un período de veinte años, durante el cual fué víctima aquel país de la sed vertiginosa de reformas que ha ocasionado la ruina de algunos otros pueblos orientales. Se gastaron fabulosas sumas en la construcción de más de sesenta palacios que sirvieran de morada á los harenes del soberano: la demolidora piqueta echó abajo gran parte de la elegante y típica capital del Egipto para construir las grandes vías de Ismailieh, de Shubra y de Faggala: Alejandría vió también destruir el barrio árabe donde debía edificarse el europeo, y las airosas y delicadas construcciones de estilo oriental fueron sustituidas por las uniformes y monótonas del Occidente.

Más aun. Turba de contratistas aleccionados en el agiotaje, de industriales embaucadores, de comerciantes desacreditados y de banqueros usurarios, cayó sobre el Egipto, proponiendo al Jedive y á sus ministros la celebración de toda clase de contratos ruinosos para el país. A todos se atendió hasta el extremo de ser garantía de adopción de un proyecto lo descabellado de su objeto. Así se improvisaron fortunas que crecían como la espuma, así se extinguió la riqueza nacional.

Todavía la crónica chismográfica, no siempre desprovista de fundamento, relata en Egipto repugnantes historias de muchos que ostentan ricos trenes y gozan de considerable bienestar material en el país. Del que menos, se dice que convirtió á su mujer ó á sus hijas en mensajeras del memorial de sus ambiciones dirigido al palacio de Abdín, donde prodigaba mercedes á cambio de caprichos el Bajá ISMAEL. Otros personajes se dedicaron á fabricar moneda parecida exteriormente á la del reino: aun hoy la plata falsa que circula por Egipto es conocida por el nombre de un banquero judío de mala reputación que vive en el Cairo. Otros entretuvieron

sus ocios imprimiendo títulos de la Deuda que el Gobierno les pagó como si fueran legítimos. En fin, cualquier código penal de Europa da una exacta nomenclatura de los delitos, que en Egipto sólo fueron actos de ingenio, para improvisar enormes fortunas durante los últimos veinticinco años.

Es evidente que en tales condiciones, ni los pesados tributos impuestos al país, ni las rentas del canal de Suez, ni los anticipos exigidos en más de una ocasión á los contribuyentes, bastaron para cubrir los gastos de una administración desordenada y derrochadora, y pronto apareció la necesidad de apelar al crédito contrahando empréstitos y firmando obligaciones onerosas ávidamente recogidas por capitalistas extranjeros, que creían el Tesoro egipcio rico Pactolo de caudal inagotable. Se abusó del crédito hasta emitir en veintiún años la fabulosa cantidad de dos mil trescientos millones de pesetas en títulos, y cuando fué imposible pagar los intereses de tan crecida deuda, sucedió lo que era de esperar tratándose de una nación débil: los mismos que más habíanse aprovechado de aquel despilfarro, provocaron la vergüenza de una intervención administrativa ó financiera, que pronto había de convertirse en política, con todos los inconvenientes y peligros de tal. Los Gabinetes de Londres, París, Berlín y Roma, con el pretexto de garantizar los intereses de los súbditos de sus respectivas naciones en Egipto, intervinieron con sus consejos primero y órdenes después, aceptados unos y otras por esa indolencia y falta de sentido práctico que distingue á los pueblos orientales. Se fiscalizó la Hacienda del país; se embargaron los impuestos de cinco provincias, los bienes y rentas del Estado y hasta las propiedades de los individuos de la casa real, incluso las del mismo Jedive; pero no por ello mejoró la situación económica, entonces recargada con el importe de los crecidos sueldos que debieron pagarse á los interventores extranjeros impuestos por las potencias europeas. La influencia exterior estaba en manos de los judíos de París, Londres y Viena, que poseían casi la totalidad de la renta egipcia: el día que de nuevo éstos creyeron inseguro el pago del cupón, hicieron destronar á ISMAEL Bajá.

Corría el año de 1881 cuando TEUFİK, hijo de este Jedive, fué elevado al cargo que actualmente ejerce, y en los seis años de su gobierno ha presenciado los mayores desastres que en la edad moderna han assolado su país. Sostenido en el trono por la intervención

diplomática europea, ésta exigió de él grandes sacrificios en favor de los tenedores de la Deuda, no siendo el menor la supresión de muchos destinos civiles y el licenciamiento de centenares de oficiales del ejército que fueron enviados á sus casas, debiéndoseles veintisiete mensualidades.

La ejecución de este impremeditado plan de reformas produjo un movimiento en el país á favor del que se llamó *partido nacional*,



Arabi Bajá.

que puso á su frente al célebre ARABÍ Bajá. La división era profunda. De un lado sólo permanecían fieles al Jevive algunos consejeros; NUBAR Bajá, armenio de carácter débil, CHERIF, turco sometido á las influencias griegas, y RIAZ, árabe que se creyó de carácter entero simplemente porque era terco. Del otro lado, todo el ejército, los ulemas y la masa popular simpatizaban con una causa naturalmente grata. Tal fué el movimiento en sus orígenes, que cuantos seguían desde lejos la marcha de los sucesos en Egipto llegaron á creer que iba á declararse la guerra santa, y que el amor á la patria y el fanatismo religioso obrarían milagros en aquel pueblo, si aletargado, no incapaz de grandes energías.

La personalidad de ARABÍ Bajá era simpática á todo el mundo, si exceptuamos á los poseedores de papel egipcio. Como representante del sentimiento nacional de un pueblo cuya independencia estaba amenazada, su popularidad era inmensa, imponiéndose además por sus condiciones personales, adecuadas al desempeño del papel de caudillo á que aspiraba. Era de alta estatura, de aspecto imponente, tipo amarillo como los árabes de su raza, mirada firme, y fisonomía revelando carácter y tenacidad. En los discursos que alguna vez dirigió á las tropas era elocuente, procurando inculcar la resistencia, no por fanatismo ni por odio de raza, sino por dignidad nacional, por amor á la patria. El mismo Jedive no tuvo por el momento otro remedio que transigir con ARABÍ y le nombró Bajá y ministro de la Guerra.

La primera declaración hecha por éste á los Cónsules generales fué que ningún peligro amenazaba á los europeos residentes en Egipto, pero que resistiría por la fuerza toda intervención extranjera en los asuntos del país.

Mientras tanto, el soberano solicitaba el apoyo eficaz de Inglaterra y Francia para sustraerse á la influencia del partido nacional; y, como resultado de estas negociaciones, las flotas de los dos países fondearon en el puerto de Alejandría á últimos de Mayo de 1882. Sea que su vista excitara el odio popular, ó que en el interior de la ciudad ocurriera algún conflicto entre los extranjeros y los indígenas, el caso fué que el día 11 de Junio siguiente estallaron serios alborotos, terminados por una colisión entre árabes y europeos. Muchos de éstos fueron asesinados, y algunos de aquellos perecieron también al atacar la plaza de la Paja, que defendían algunos griegos é italianos. Declaróse el estado de guerra, y se dió motivo á la intervención militar extranjera: encerrado en su palacio de Ramleh, el Jedive destituyó á ARABÍ mientras Inglaterra pactaba con Francia la manera de ocupar ambas naciones el Egipto. Como no hubo acuerdo entre los dos Gobiernos, Inglaterra decidió obrar por su cuenta, y á primeros de Julio hizo salir con rumbo á Alejandría una escuadra al mando del almirante SEYMOUR. ARABÍ, por su parte, marchó con todas las tropas del Cairo á defender la ciudad amenazada, pero la insubordinación ganó sus filas sin que el jefe supiera contenerla. Sacó un ejército del Cairo, y entró en Alejandría con una horda de soldados sublevados.

Discutible es el punto de si la intervención extranjera era ó no

necesaria en Egipto; pero es evidente que fué y debió ser funesta, porque llegó tarde y mal. Llegó tarde á causa de esa fatal y entorpecedora corriente de las cancillerías europeas, Gabinetes vidriosos en los cuales á la falta de energía para la acción propia, se une la manía de oponer obstáculos á la acción ajena, que sólo viven de celos sembrando desconfianzas, y no recogen otros frutos que los sangrientos y estériles de las modernas guerras. Únicamente cuando tras una serie de vacilaciones y debilidades de su Gobierno, Francia se negó á concurrir á la intervención, decidióse la Gran Bretaña á presentarse sola, un mes después de consumados los asesinatos que debía vengar.

Al aparecer los buques ingleses fuera de la rada de Alejandría, la sublevación militar había tomado grande incremento viéndose bandas de soldados que por las calles proclamaban á voz en grito su desobediencia al Jedive, al que suponían instrumento ó víctima de los extranjeros. Exasperados los rebeldes por la



El fuerte de Pharos.

manifestación de la fuerza británica, se posesionaron de la ciudad y de las numerosas fortificaciones de su bahía, y con los cañones inhábilmente manejados, quisieron oponerse á la lluvia de hierro y fuego que durante los días 11 y 12 de Julio enviaron á tierra los formidables acorazados. Éstos hicieron estragos en los parapetos egipcios: sus baterías fueron en seguida desmanteladas, y torres y polvorines volaron por los aires. El fuerte de Pharos ofrece todavía curioso ejemplo de cómo quedaron las defensas de la costa.

La obra de destrucción, empezada por SEYMOUR, fué consumada por la ira de los rebeldes, pues cuando éstos se vieron en la absoluta necesidad de desalojar sus fortificaciones, concibieron la horrible idea de saquear y prender fuego á la ciudad franca y al barrio europeo. Después de robados, aquellos palacios de mármol y aquellas casas suntuosas y repletos almacenes, fueron ro-

ciados con petróleo y entregados á las llamas que los consumieron con rapidez asombrosa, no dejando en pocas horas más que informes masas de ruinas, sobre las que se levantaban rotos y calcinados muros de blanca piedra como mudos testigos de la humana perversidad.

Desde el incendio de Alejandría y el consiguiente desembarco que hicieron las tropas inglesas al mando de lord WOLSELEY la lucha sostenida por ARABÍ no podía prolongarse. Muchos de los jefes secundarios que á éste seguían, no eran incorruptibles, é Inglaterra, que lo sabía, envió emisarios hábiles para hacer tratos



Batería de Pharos, desmontada por los ingleses.

y avenencias en que el oro entraba por agente principal. Por otra arte el Egipto no despertó de su letargo; ni el fanatismo religioso obró milagro alguno. El ejército de ARABÍ fué á atrincherarse en las llanuras de Tell el'Kebir junto á la línea del ferrocarril del Cairo á Suez, pero los formidables reductos que levantó en las fronteras del desierto no libraron de una espantosa derrota á sus diez mil hombres, tan sólo atacados por tres mil ingleses. Más de una vez he recorrido aquel campo de batalla, cuyas obras de fortificación están aún intactas, y al preguntar á los beduínos que venían á venderme algún recuerdo del combate, por qué razón los ingleses obtuvieron tan fácil victoria, invariablemente oía esta respuesta.



—La batalla de Tell el Kebir fué ganada por el león de San Jorge.

Y en efecto, la imagen del Santo campea en el reverso de las libras esterlinas de nueva acuñación.

ARABÍ huyó por un pequeño puente situado á la izquierda de la estación, y no paró hasta el Cairo, en donde al entrar, creyéndole vencedor, fué aclamado, y luego al saberse la derrota, preso por la policía de la ciudad. Compareció ante un consejo de guerra que quiso condenarle á muerte, pero su pena fué conmutada por la de destierro en la isla de Ceilán. Allá le he visto, en una linda casa rodeada de jardines junto al lago de Colombo, viviendo, con otros tres ó cuatros desterrados, de una pensión que paga el Gobierno inglés. En Egipto nadie pone en duda que ARABÍ estaba en convivencia con lord WOLSELEY, y que fué un traidor á la causa que defendía el partido nacional.

Como ya he dicho, el distrito que ocupaban los europeos en Alejandría quedó enteramente destruído; pero no hubo nuevas desgracias que deplorar porque la población extranjera se había refugiado á bordo de los buques de guerra. Y, ¡extraños contrastes de la vida! Sobre las horribles matanzas del 11 de Junio, se corrió pronto el velo del olvido. Se fusilaron dos ó tres supuestos asesinos, se enterraron las víctimas, y no se oyeron otras lamentaciones que las de las familias que lloraban la muerte de algún sér querido. Pero después de los incendios que siguieron al bombardeo del 11 de Julio, ya ocurrió otra cosa. Conmoviéronse aquellas gentes. La palabra indemnización brotó de todos los labios, se impuso en el palacio del Jedive, en las cancillerías consulares, en los Gabinetes europeos. Se nombró una comisión que hubo de escuchar las más extravagantes pretensiones de cuantos vieron en aquella ocasión un medio de levantar una fortuna, y con la audacia de unos, las insinuaciones de otros, la falsedad de muchísimos y la honradez de muy pocos, se echó sobre el esquilmo Tesoro egipcio la obligación de indemnizar á los incendiados de Alejandría en la cantidad de cien millones de pesetas.

Dedújose ésta del empréstito de nueve millones de libras, hecho por Inglaterra á favor de Egipto, y una vez satisfechos los alejandrinos, han empezado á reedificar sus viviendas en el distrito europeo. Las obras sin embargo avanzan lentamente, porque muchos propietarios de fincas arruinadas han preferido coger el

dinero y volverse á Europa, antes que exponerlo á las contingencias de otra posible rebelión. Un año después de haberse pagado todas las indemnizaciones, sólo se habían construído dos grandes casas en toda la plaza de los Cónsules, y aun una de ellas fué destinada á Palacio de Justicia.

Sin embargo no creo transcurra mucho tiempo sin que Alejandría, como el Bennú de las leyendas osirianas, se levante nueva y hermosa sobre las ruinas que hoy la cubren.





Tienda de beduinos.

## CAPÍTULO II

s sumamente curioso el aspecto que ofrecen todas las ciudades del Egipto, con sus calles pobladas de diversidad de gentes. El viajero menos observador, al desembarcar en Alejandría, nota que allí están mezclados individuos de muy distinto origen, cuyos caracteres típicos no han borrado el tiempo ni el hábito de vivir confundidos dentro de una misma nacionalidad. El estudio algo detenido de las costumbres del Egipto moderno muestra las diferencias esenciales que existen entre aquellas gentes. Diríase que cada una de sus razas está fatalmente destinada á un objeto particular, que tiene un fin propio que realizar, ó marcha por el sendero que el destino le trazara, sin poder desviarse por motivo alguno.

Podemos clasificar á los habitantes de Egipto en cuatro grandes grupos. Forman el primero los *indigenas*, ó sea los descendientes de los antiguos pobladores del país hasta la época de la conquista musulmana, y comprende á los *fellahs* y á los *coptos*. El segundo grupo, está formado por los *auxiliares* de los indigenas, es decir, por aquellos que, si bien geográficamente considerados egipcios hasta las revueltas de estos últimos años, tienen carácter propio y han formado siempre raza aparte en el desierto ó en las comarcas

del Alto Nilo: son los *beduínos*, los *negros* y los *berberiscos*. Constituyen el tercer grupo los *invasores*, que ocuparon el país por la fuerza y se han establecido en él: son los *árabes* y los *turcos*. Finalmente, hay el cuarto grupo, compuesto de *extranjeros* residentes en las ciudades principales, y lo forman los judíos, los levantinos y los europeos de diferentes nacionalidades.

Empecemos por describir el *fellah*. Así se llama vulgarmente en Egipto al indígena que reside en el campo y está dedicado á las



R

Fellah.

labores agrícolas. Su tipo es harto conocido. Pequeño de estatura, seco, nervioso, fuerte, de color aceitunado, lleva el cabello cortado, sus ojos son pequeños y algo vueltos en sus extremos hacia el cráneo, pareciendo indicar un tipo medio entre el ario y el mongol. Su nariz y su boca son pequeñas; sus dientes regulares y extremadamente blancos. Cubre su cabeza un gorro de fieltro hecho de pelo de camello, que se adapta al cráneo. Sobre su cuerpo flota la túnica de blanco algodón, alguna vez ceñida por una faja ó una cuerda. La pierna aparece desnuda, como también el pie, que sólo en las grandes solemnidades lleva calzado por enormes babuchas tunecinas.

Este tipo es invariable en Egipto: no cambia en las llanurás húmedas y frescas del bajo Delta, en la región templada del medio Egipto ó en las ardientes estepas de la primera catarata. Y como los accidentes geográficos no lo alteran, tampoco el tiempo ni la civilización han ejercido en él influencia alguna. En las pinturas y esculturas murales de los antiguos sepulcros se ve admirablemente dibujado el mismo trabajador que nosotros contemplamos al dar un paseo por los alrededores de Alejandría.

Probaría este dato, de una manera irrecusable, que el *fellah* es el aborigene de Egipto, si la historia de este país, escrita en las páginas de piedra de todos sus monumentos, no viniera á ense-

ñarnos que también fué aquél un invasor de las llanuras del Delta. En uno de mis estudios sobre Egipto, tuve ocasión de notar cómo las antiguas tradiciones conservadas en época de las primeras dinastías, afirman la existencia de unas razas anteriores á MINIS, es decir, alejadas de nosotros por un lapso de tiempo que no baja de siete mil años. Esas razas, semisalvajes de condición, en lucha continua con la naturaleza, aunque perfectas en su sencillez y puras por confundirse en diario trato con los dioses de su suelo, se llamaban los *Shosu Hor* ó *servidores de Horus*. Sus individuos vivían en tribus, cultivaban la tierra, abrían los canales para encauzar las aguas y parecían arrancar con su esfuerzo el suelo que les mantenía á la ingratitud de los elementos. Esta idea, común á todos los pueblos de Oriente, es la misma que dió vida á la India y fundó con SHAO el Imperio de China.

Una emigración semita, venida de Asia por el istmo de Suez, se estableció en Egipto, confundándose con aquellas tribus aborígenes, probablemente negras, que vegetaban en las llanuras del Norte de África. Desde entonces, empezó el país á sufrir irrupciones extranjeras. La fertilidad de su suelo, las riquezas acumuladas por sus reyes en los templos, la posición del reino entre el mundo occidental y el



Fellaina.

oriental, habían de tentar la codicia de los bárbaros asiáticos ó despertar la ambición de los griegos y de los latinos. Constantemente se ve á los monarcas egipcios ocupados en rechazar invasiones exteriores ó en llevar la guerra á países vecinos para asegurar sus fronteras.

Ese estado de guerra trajo al país la levadura de distintas razas, que se fundieron con las primitivas. Los monumentos procedentes de las primeras dinastías nos enseñan la frecuencia con que se debía castigar á los Va-ua y á los Heruscha, beduínos del alto Egipto,

que descendían en són de guerra á sus fértiles llanuras; y nos hablan también de los libios, nómadas de *ojos azules* y *cabello rubio*, bajados de las islas del Mediterráneo al continente africano. La invasión de los hicsos ó pastores esparció nuevas tribus por toda la tierra egipcia, de la que no fueron desalojados enteramente cuando AMOSIS restableció la unidad nacional y el trono de Tebas.

Las conquistas de los reyes diospolitanos ejerció gran influencia en la población del país. Hacia la época de la XVIII dinastía, llegaron á formar parte del Imperio egipcio la Abisinia, el Sudán, la Nubia, la Mesopotamia, el Irak Arabi, el Kurdistán y la Armenia. Más tarde, RAMSÉS II encadenaba á su carro de guerra todas las razas de las costas occidentales de Asia; y cada vez que uno de los grandes reyes volvía victorioso de sus expediciones, traía ejércitos de prisioneros, destinados á edificar esos monumentos cuya grandeza y solidez hoy todavía admiramos. Así vemos entrar en la masa de la población de Egipto á los Khati, los Rottenu, los Schasu, los Punts, los Pedasos, los Misios, los Dárdanos y otros muchos pueblos de desconocida historia.

Todas esas gentes, indudablemente de distinto origen y varia raza, han venido á fundirse en el común *fellah* de los campos, merced á la influencia del clima egipcio, que se hace sentir hasta en los animales domésticos. Los bueyes del país tienen un tipo especial que los distingue de sus congéneres extranjeros, y aunque con frecuencia una epidemia de peste bovina los ha destruído todos, al reemplazarlos con otros europeos se ha visto que bastaban cuatro ó cinco generaciones para volver á producirse el buey típico de Egipto.

Los fellahs de nuestros días son casi exclusivamente labradores, reservándose, por tanto, hablar de su género de vida para cuando describa el campo egipcio. Algunos pocos habitan las ciudades, ocupados en el servicio doméstico, siendo muy raro el que se dedica á ejercer industria alguna.

También se supone á los *coptos* descendientes de los antiguos egipcios, á mi juicio con falta de exactitud. Basta ver al copto, alto, fornido, de cara bronceada, cabello largo, ojos negros y rasgados, para comprender al instante que nada tiene de común con el fellah. Mejor puede verse en ellos los restos de aquellos griegos dominadores del país después de la conquista macedónica, que fueron convertidos al cristianismo durante los primeros siglos de la Iglesia. Su inteligencia, su tipo, sus maneras y hasta sus cos-

tumbres hacen imposible confundirles con los descendientes de las turbas alistadas bajo las banderas de los Faraones, ó adscritos á las obras de los templos. Y no debe olvidarse que en el Egipto antiguo la masa de la población debía arrastrar la más miserable de las existencias.

Cuando con la promulgación del edicto de TEODOSIO, el pueblo egipcio hubo de cambiar el culto de Ammón por el de Jesucristo,



Joven copta.

se vió que los coptos se habían ya, en cierto modo, preparado abandonando la escritura jeroglífica, cuyos símbolos recordaban las ideas paganas, para adoptar el alfabeto griego, que en esa época era corriente en Alejandría. Por esto la lengua copta, como la conocemos aún hoy, es simplemente, en un estado más ó menos perfecto, la lengua egipcia aplicada á los usos cristianos y escrita con caracteres extranjeros. Á las coptos debemos que haya sido

posible la reconstrucción del egipcio tal como se hablaba en Memphis ó Tebas y se escribía en los muros de los templos.

Los coptos viven preferentemente en las ciudades, donde ejercen las profesiones de joyeros, sastres, relojeros, bordadores y otras que no requieren gran esfuerzo físico. Forman esta raza unos trescientos cincuenta mil individuos, esparcidos por todo el país, constituyendo la mayoría de las poblaciones de Coptos y Negada, y siendo muy numerosos en Luxor, Esneh, Déndera, Enirghe, Tahta, Asiut y Akmín. Su religión actual es la cristiana, contagiada por los errores de EUTIQUES, que condenó en 451 el concilio de Calcedonia. Forman comunión aparte de los mismos cismáticos griegos, y reconocen como jefe de ella á un Patriarca residente en el Cairo, elegido por votación de los monjes claustrados en los cinco monasterios coptos de San Antonio, San Pablo, los dos del valle Natrón y Marrag.

Los beduínos son los *bedu*, es decir, los *nómadas*, los hijos del Desierto, como los árabes les llaman. Son altos, delgados, bien formados, de cabeza regular, cara luciente y bronceada, poca barba. Es sumamente airoso el traje que visten, consistente en un casquete blanco, encima del cual se arrolla la faja de algodón del turbante, una camisa blanca y una capa negra ó de color marrón oscuro, con la cual se envuelven la cabeza. Sus mujeres visten telas de color azul, llevan descubierta la cabeza y peinado el cabello con pequeñas trenzas que caen por la espalda. Llaman la atención cuando están embarazadas, por la costumbre que tienen de sujetarse ó ceñirse la parte inferior del vientre con una cinta encarnada que pasa por encima del vestido.

Los beduínos ocupan las fronteras del Desierto que confina por ambos lados con el valle del Nilo. Conducen las caravanas de camellos que cruzan los inmensos arenales de la Libia, ó llevan sus pobres rebaños de cabras y carneros á pacer en los juncuales inmediatos al río. Algunas familias viven en las costas del Mediterráneo y del mar Rojo, pero como no tienen barcas ni son pescadores, deben mantenerse con los despojos que la mar echa á las orillas y con los moluscos que encuentran adheridos á las rocas.

De aquellos beduínos altivos é independientes, indomables señores del Desierto que nos describe HERÓDOTO, á las actuales tribus existentes en Egipto, hay una gran diferencia. Hoy son miserables como no cabe formarse idea: rara vez poseen un pobre





CARAVANA EN EL DESIERTO.



aduar con chozas de adobe donde poder guarecerse de los rayos del sol, y acampan en tiendas hechas de harapos, abiertas por detrás y por delante, en revuelta confusión con sus gallinas y sus perros, que parece han debido resolver el problema de vivir sin comer, según lo poco y mal que alimentan á estos animales.

El número de beduínos sometidos al Egipto debe pasar de cuarenta mil, divididos en diferentes tribus. Generalmente son pacíficos, bajo el punto de vista de no dirigir ataques á mano airada, pero todos son rateros siempre que se les ofrece ocasión de apoderarse de lo ajeno. En las bandas de ladrones que á veces aparecen en las provincias, no faltan nunca beduínos, y á ellos se achaca el incendio de Alejandría en 1882. En el alto Egipto y en la Nubia, los beduínos, que forman las célebres tribus de los ababdieh y los bicharis, son guerreros, van constantemente armados con una lanza y un puñal ceñido al brazo izquierdo con una correa de cuero, y sostienen entre sí frecuentes y enconadas luchas.

Sin embargo son generalmente cobardes, casi tan cobardes como crueles. Al europeo que bajo su custodia cruza el Desierto le aburren, le roban, y no le secuestran ó le matan si tomó la elemental precaución de avisar su salida á las Autoridades egipcias. Son sucios, no se lavan nunca y viven de la manera más frugal con un poco de carne de camello y carnero que asan sobre las arenas del Desierto. Su religión es oficialmente la mahometana, por más que muchos de ellos conocen tanto el Corán como los libros de CONFUCIO.



Beduina.

Un importante elemento de la vida doméstica en Egipto está formado por los *berberinos*. Llámase así á los naturales de las regiones nubianas comprendidas entre la primera catarata elefantina y la cuarta de Gebel Barkal. *Los berberinos* bajan por el Nilo á Egipto para procurarse la subsistencia empleándose en las casas como criados, porteros y serenos. Son muy apreciables por tener ciertos relativos hábitos de aseo y limpieza de que carecen los demás indígenas, y por suponérseles fieles y honrados, aunque sobre estas últimas condiciones creo que la leyenda se sobrepone á la realidad, ya que por propia experiencia he juzgado que tan rateos son los berberinos como los árabes. Además casi no recuerdo haber oído hablar de robos en poblado, en los cuales no estuviera

comprometido el *boab* ó guardián berberino de la casa.



Criado berberisco.

Son los berberinos mahometanos, pero muy dados á supersticiones que los hacen fanáticos é intolerantes. Siempre van provistos de diversos amuletos que, si tuvieran eficacia, les convertirían en los hombres más poderosos, ricos, hermosos y tentadores de la tierra. Porque el berberino, que nunca ó rara vez se casa en Egipto, sino que espera la hora ansiada de tener algún dinero para regresar á su

país y establecerse como labrador ó ganadero, siente desmesurado afán de parecer guapo á las esquivas musulmanas que transitan por las calles de las ciudades egipcias. Es un conquistador que se cree irresistible cuando ha podido vestir unos pantalones de desecho de su amo, ha vaciado en su cabeza el bote de la pomada, y adorna sus negras y grasientas manos con descomunal sortija de plata ó cobre, que aguanta una turquesa más ó menos falsa.

Los cocheros del Cairo y de Alejandría suelen ser berberinos, y hay que reconocer su gran maestría en conducir y guiar los carruajes por las estrechas calles de los barrios antiguos. También dan el contingente de *sais* ó lacayos, que no van sentados en el pescante

al lado del cochero como en Europa, sino que con un largo bastón en la mano corren delante de los caballos para apartar la gente y despejar el camino. El traje de estos *sais* es sumamente pintoresco. Consiste en un *tarbush* ó fez encarnado, sujeto por los bordes con un pañuelo de seda, y una larga borla negra que cuelga por la espalda y una camisa blanca ceñida á la cintura, sobre cuyo cuerpo va rica túnica de paño azul, verde ó rojo con bordados de oro. Desnuda la pierna y descalzo el pie, corren sin fatigarse con toda la velocidad del trote largo de los caballos, gritando continuamente para apartar á los transeuntes.

Los negros que habitan Egipto proceden, en su inmensa mayoría, de la antigua trata de esclavos. Nadie ignora que el centro de África ha dado siempre el contingente de siervos negros á todos los países donde existía la esclavitud, no extinguida aún á pesar de las severas prohibiciones contenidas en varios pactos internacionales. Verdad es que no van ya los barcos negreros á las costas de África á buscar su flete de carne humana para América, pero más de una vez, cuando en las noches de tranquila calma, que tan frecuentes son en el mar Rojo, el viajero que va ó viene de Oriente no puede conciliar el sueño en su camarote y se pasea por el puente del vapor, ve deslizarse silenciosamente á su lado pequeños barcos de anchas velas, que se alejan rápidos hasta perderse de vista en el horizonte, cual fantasmas de un sueño. Son barcos negreros. Buscaron su carga en la costa de los Somalis y van á aligerarla al golfo Pérsico á los puertos del Zemén. Algunas veces, cogidos por los cañoneros aparecen con sus patrones colgados de las vergas, pero eso es la excepción: generalmente los viajes se hacen sin novedad.

Quando la trata no estaba prohibida, se solían conducir largas caravanas de esclavos á través del Desierto hasta la villa egipcia de Asiut, en donde había regular mercado de ellos. Muchos



Esclavo negro.

de los infelices negros morían por el camino, y sus huesos se ven aún esparcidos por las arenas del Desierto á ambos lados de la ruta que siguen los viajeros. El gobierno del Jedive prohibió en 1870 ese tráfico, aunque sólo logró quitarle la publicidad. Esclavos son aún hoy la mitad de los negros que viven en el Cairo, mujeres en su inmensa mayoría, empleadas en los harenes de los ricos. Esclavos y no otra cosa son los soldados que forman los



Esclava negra.

regimientos negros del Soberano, á decir verdad los más sólidos y mejor disciplinados de todo el ejército egipcio.

Una institución filantrópica inglesa creó hace pocos años un establecimiento en el Abbasieh, barrio extramuros del Cairo, para recoger las negras esclavas que pudieran librarse de sus dueños. Nada ha conseguido, pues las acogidas en la casa, ó se niegan á trabajar, ó huyen al poco tiempo y se vuelven á vender ellas mis-

mas á otro amo. No está ciertamente en mi ánimo justificar esa odiosa institución afirmando que en Egipto los esclavos prefieren quedarse con sus patronos á verse libres y sin asilo por las calles. En las familias no se les maltrata, y su vida es cómoda, pues los trabajos á que se les destina no son duros ni penosos. La esclavitud para las faenas agrícolas no existe en el país.



El borriquero.

La raza árabe tiene importante representación en Egipto, lo cual no es de extrañar sabiendo que los invasores islamitas que se apoderaron del país en tiempo de OMAR, han permanecido en él y no han sido nunca perseguidos ni echados. Sin embargo los antiguos conquistadores han perdido muchísimo con el transcurso del

tiempo y con la dominación turca; su carácter se ha rebajado considerablemente en términos que hoy ya sólo en las clases bajas de la sociedad se encuentra al árabe.

Con poca frecuencia es empleado del Gobierno, casi nunca empleado superior. Océpase en el comercio de drogas y productos del Sudán, ahora suspendido por causa de la sublevación madhista. Es tendero en los bazares, y vende con preferencia aceites y perfumes, telas, zapatos y otros objetos baratos de uso diario en la vida. Á veces se coloca como criado, y hay que reconocer que es rematadamente malo: los cocineros especialmente no pueden sufrirse sin tener gran dosis de paciencia. También el árabe es músico, y en los de su raza se reclutan los cantores ambulantes que tanto deleitan al público de los cafés.

La más pintoresca manifestación del árabe en Egipto es el borriquero. Quizás la introducción de los coches europeos ha hecho perder alguna importancia á este oficio en las grandes ciudades, pero la conserva aún en el resto del país, pues el borriquero es en Egipto una necesidad social. Suprimidle; y la vida será poco menos que imposible.

En todos los lugares del reino, en el campo como en las aldeas, en los aduares y como en las grandes poblaciones, se hallan siempre dispuestos para el servicio público cierto número de burros, con sus bridas y sus albardas de cuero que por delante rematan con enorme giba. A su lado no falta jamás el borriquero árabe, con frecuencia joven de quince á veinte años, y alguna vez niño de diez á doce. En los puntos de parada se congregan esos borriqueros, siempre alerta y de buen humor, incansables para referir historias, cuya narración sólo interrumpen cuando ven pasar algun extranjero:

— ¡*Eh, hammar, yá Sidi!* Un borrico, señor.

Unas veces ofrecen el animal, y otras llaman burros á los transeuntes, *only forfun*, como dicen los ingleses cuando quieren divertirse.

Los turcos no abundan en Egipto, á pesar de ser los dominadores del país, ya que la actual dinastía de los Jedives, fundada por MEHEMED ALÍ á principios de este siglo, procede de la Rumelia. Hasta hace pocos años vincularon en sus manos todos los altos cargos civiles y militares del país, pero á causa de su detestable administración y sus corrompidas costumbres han sido sustituidos



por europeos y levantinos. Algunos conservan cierto rango sostenido por una buena fortuna, y habitan los barrios del Viejo Cairo entregados á las delicias de la vida oriental con su indolencia y sus harenes: otros menos afortunados ejercen en las ciudades pequeñas industrias ó se dedican al comercio.

Los judíos son actualmente la verdadera peste del Egipto. No he de hablar por el momento de los judíos europeos, que, como los ROTHSCHILD se han apoderado de todos los regios dominios hipotecados para los empréstitos, y son por tanto dueños de la tercera parte de las tierras de cultivo. Me refiero sólo á los que residen en el país y que desde la suntuosa dirección de sus bancos de préstamos ó el miserable chamizo, donde esconden sus usuras, han tomado el Egipto como centro de la explotación más baja y ruin que pueda imaginarse.

Desde larga fecha los judíos se establecieron en las ricas comarcas del Nilo. Jerusalem no está lejos, y por más que á muchos de ellos les tenga sin cuidado el destino de la desconsolada hija de Sión, pláceles no residir lejos de ella, tanto más cuanto que en Egipto encuentran presa fácil á sus aceradas uñas. En tiempo de los romanos se contaba que la tercera parte de la población de Alejandría consistía en judíos. Los árabes los persiguieron con el encarnizamiento que en más de una ocasión tendré que notar. La tolerancia religiosa y política de los últimos tiempos ha favorecido de un modo considerable el desarrollo de la raza hebrea: hoy se encuentra al judío por todas partes.

Unos han nacido en el país, donde cuentan antigua ascendencia: otros se establecieron en él á principios de este siglo, y muchos también proceden de la Valaquia y la baja Rusia, de donde los han arrojado las últimas persecuciones. En Alejandría y en el Cairo hay pequeñas colonias de judíos evidentemente oriundos de España: hablan nuestra lengua en forma algo anticuada, y sus mismos apellidos, XIMENES y otros parecidos, acusan su procedencia. Sin embargo, no fueron directamente de la península á Egipto, sino que pertenecen á las colonias que emigraron á Oriente, estableciéndose en Constantinopla ó en sus provincias inmediatas.

Estos judíos tienen á honra llamarse españoles, lo cual podría ser para nosotros justo motivo de orgullo nacional, si no se tratara generalmente de truhanes y bribones en el sentido más lato de la frase. Recuerdo que al día siguiente de mi llegada al Cairo, vién-

dome solo y sin conocer á nadie, fuí á sentarme á la mesa de un café bajo los pórticos de la plaza del Esbekieh. Al poco rato se me acercaron dos individuos vestidos con túnica amarilla larga y fez encarnado en la cabeza: uno de ellos llevaba una cesta con cien diferentes objetos, zapatillas, esencias, carteras, cepillos, etc., y el otro una bolsa con ciento veinte bolitas numeradas. Me propusieron jugar al objeto que eligiera. Por dos reales me daban diez números á mi elección, y si la rifa me favorecía, es decir, si en el sorteo salía uno de mis números pagaba el dinero y recogía el objeto, pero si no resultaba premiado, perdía aquél juntamente con mi dinero. Como ninguno de los efectos que me enseñaban valía la media peseta, naturalmente me negué á jugar. Hablábamos francés, y en esta lengua porfiaron durante diez minutos, hasta que cansado sin duda uno de ellos le dijo al otro en español:

— Vámonos, que no haremos negocio.

Entonces les pregunté:

— ¿Qué sois vosotros?

— Españoles, me respondieron.

— ¿De qué provincia?

— De Barchelona.

No quise saber más y les mandé á paseo. Después volví á verlos, aunque en otras circunstancias, pues hube de procesar á uno de ellos por estafa.

El día que el Gobierno español mande suspender y acabar la protección que en Oriente dispensamos á los judíos por suponerles oriundos de la patria, la moralidad habrá ganado mucho y nos veremos libres de un atajo de canallas que en todas partes nos pone en singular y triste evidencia.

En todas las esferas sociales se encuentra á los judíos en Egipto, y á decir verdad no son simpáticos en ninguna. El nombre de altos y bajos va casi siempre asociado á alguna explotación criminal, pues á ellos se debe desde la introducción de la moneda falsa que inunda el país, hasta el saqueo de los infelices *fellahs* con los préstamos á mil por ciento que comparten con los griegos. Quiero acordarme de alguna excepción, y quizás no podría señalar media docena de judíos conocidos que no deban sus fortunas al engaño y á la usura.

El tipo más popular del judío en Egipto es el *sarrafi* ó cambista de moneda. Se le encuentra en las esquinas de todas las calles,

instalado en una silla al aire libre, detrás de un pequeño estante plano de cristal donde guarda metódicamente clasificadas distintas monedas de las que circulan por Egipto, libras esterlinas inglesas, piastras del país, pesos de MARÍA TERESA de Austria, plata española y turca, y napoleones franceses. Para él no hay moneda que no pierda en el cambio, pues en cualquier operación que haga cobra una comisión, aparte la que le produce el circular piezas falsas, que niega haber dado si luego le son devueltas. Algunos de esos *sarrafs* han conseguido reunir en pocos años fortunas muy apreciables, y aun en el Cairo se señala un acaudalado banquero israelita que así empezó los negocios en su juventud.

Los levantinos forman una parte muy típica de la población de Egipto. Sabido es que en épocas pasadas todos los pueblos del Mediterráneo mantenían relaciones mercantiles muy frecuentes y estrechas con los puertos de Constantinopla, Alejandria y demás de aquellas costas, llamados las *escalas de Levante*. Muchos mercaderes fueron á establecerse en dichas ciudades, siendo llamados *levantinos* exactamente como ahora llamamos *americano* al que vive algún tiempo en los países de América. Algunos documentos españoles del siglo xvi los denominan también *levantiscos*. Los hijos de los levantinos, nacidos en el país, han adoptado varias de sus costumbres, hablan perfectamente el árabe así como también otros idiomas europeos, y encuentran empleos adaptados á sus especiales aptitudes en los escritorios y despachos de los comerciantes extranjeros.

Sin embargo, es forzoso reconocer que en el levantino ha degenerado bastante la raza europea, lo cual es una prueba más de la gran fuerza niveladora que tiene el clima de Egipto. Esos levantinos, aunque visten á la europea y afectan tener nuestras maneras y poseer nuestra educación, no disimulan fácilmente una porción de malas cualidades que el continuo trato con los orientales en ellos ha desarrollado. Son falsos, poco escrupulosos, ligeros, débiles de carácter, incapaces de dedicarse á estudio alguno excepto el de lenguas. Sólo los que han descendido á las últimas esferas de la sociedad se procuran la subsistencia trabajando en una industria cualquiera: la inmensa mayoría se compone de *señoritos* que se avergonzarían de tocar una herramienta. Si algo tienen nuestro, son los vicios, que por desgracia juntan á los inherentes á la sociedad oriental en cuyo seno han nacido.

Entre los levantinos se suele contar también á los sirios y á los armenios, que tienen considerables colonias de individuos de su raza en Alejandría, el Cairo y otras poblaciones de Egipto. No se dedican á industrias manuales, sino que, poseyendo la misma especial facultad de los europeos nacidos en el país para aprender idiomas extranjeros, procuran colocarse en las oficinas de los comerciantes, y además dan crecido contingente de pequeños empleados á las del gobierno. Los armenios son mucho más inteligentes que los sirios.

Hablemos, para terminar, de la colonia de extranjeros residentes en Egipto. El censo de 1882, último que se ha hecho, eleva su número á un total de 82.000 individuos, distribuidos bajo las siguientes nacionalidades :

Griegos. . . . .	35.000
Italianos. . . . .	16.000
Franceses. . . . .	15.000
Ingleses. . . . .	5.000
Austriacos. . . . .	3.000
Alemanes. . . . .	1.000

Los demás países de Europa y América cubren con sus pequeñas fracciones el número de 7.000 extranjeros que faltan para formar el total de la estadística anterior. De españoles, deben contarse sobre unos 350 á 400 en todo Egipto.

De esos europeos los griegos son los peor reputados, y ciertamente merecen el concepto en que se les tiene. Rivalizan con los judíos en malas mañas para embaucar á los fellahs prestándoles dinero á interés exorbitante, y no se comete crimen en las ciudades en que no resulte, por lo menos, complicado algún griego. Ellos tienen las miserables casas de juego de que están infestadas las ciudades egipcias; sus mujeres dan, junto con las italianas, un crecido contingente á las casas de placer; son generalmente embusteros, falsos, estafadores hasta burlarse constantemente de las leyes que no los castigan. ¡Y esos son los descendientes del pueblo ateniense y así representan en Egipto la patria de HOMERO y de TEMÍSTOCLES!

Las demás colonias están bastante mezcladas, pero son muy superiores á la griega. Muchos de sus miembros ocupan elevadas posiciones en el comercio, la banca y en la administración pública, y en nada desdice su sociedad de la más culta de Europa. Pero á pesar

de esto, perderá miserablemente su tiempo el extranjero que vaya á Egipto á buscar las distracciones y el recreo que puedan ofrecerle Alejandría ó el Cairo. En aquel país debe vivirse la vida del pasado, dejar la ciudad por el desierto, los palacios de hoy por los monumentos de ayer, el bullicio de la capital por la soledad de las ruinas. Los que así no gocen y disfruten, que nunca se les ocurra cruzar el Mediterráneo.







Bajo relieve en barro cocido de la época tolemaica.

### CAPÍTULO III



NADIE ignora que la ciudad de Alejandría es de fundación relativamente moderna, con respecto á Memphis, Tebas y otras cuyos nombres suenan á menudo al hablar del antiguo Egipto. ALEJANDRO el Grande, cuando estaba en el apogeo de su gloria, 331 años antes de la era cristiana, echó los cimientos de la que por mucho tiempo fué capital de Egipto, pues si bien antes de aquella época ya existía en el sitio que ocupa Alejandría una población

llamada Racotis, no tenía ninguna importancia.

Disuelto el Imperio de Alejandro, ó mejor, repartido entre sus generales, uno de éstos, PTOLOMEO SOTER se erigió en rey de

Egipto, y fué transmitiendo el poder á sus hijos y sucesores hasta treinta años antes de Jesucristo, en que los desvaríos de CLEOPATRA acabaron con la independencia del reino.

Los PTOLOMEOS dejaron buena memoria en Egipto. No se distinguieron como guerreros y conquistadores, pero ayudaron grandemente á la civilización del país. En primer término fueron tolerantes. Lejos de imponer al Egipto las leyes, religión y costumbres de Grecia, conservaron las del país, y sin dejar de ser helenos fueron egipcios. Convirtieron á Alejandría en centro del movimiento intelectual del mundo. A uno de sus reyes se debe que MANETHÓN escribiese en griego los *Anales de Egipto*; á otro hemos de agradecer la traducción griega de los libros sagrados de los hebreos, conocida por la *Versión de los Setenta*. No hay que recordar la magnífica biblioteca de Alejandría, compuesta de cuatrocientos mil volúmenes, en los cuales se contenía toda la antigua literatura egipcia, indiana, griega y romana. Los PTOLOMEOS fundaron el Museo de Alejandría, que fué la primera Academia del mundo, superando en mucho á la de Atenas, fundada por PLATÓN; y, llamando á la capital de su reino á todos los filósofos, retóricos y gramáticos entonces conocidos, pusieron los cimientos de la famosa Escuela de Alejandría, que constituye un gran avance en el camino del progreso intelectual.

No podía sustraerse el Egipto á la influencia y á la dominación romanas, y aun cuando en tiempo de la República ésta no ocupara el país, lo tenía ya bajo su tutela, oficialmente reconocida en el testamento de PTOLOMEO PHILOPATOR. Así se explica cómo CÉSAR pudo justificar ante Roma su conducta entronizando á CLEOPATRA. En los conflictos que precedieron á esta coronación, tuvo el general romano que vencer la resistencia de los habitantes de Alejandría, únicos egipcios que no se doblegaron humildemente al yugo romano. Entonces hubo en la ciudad un alzamiento contra los latinos. CÉSAR no pudo resistir el primer ímpetu de los sublevados, y hubo de refugiarse en el Bruquio, barrio extramuros donde se vió sitiado. Reducido al último extremo por sus enemigos, quema la escuadra romana de que éstos iban á apoderarse; el incendio se propaga desde el arsenal al palacio de los reyes, y consume la gran biblioteca formada por los PTOLOMEOS. En esta derrota cuentan los historiadores que CÉSAR se arrojó al mar, y nadando con una mano, y sosteniendo con la otra el manuscrito de sus famosos *Co-*



*mentarios*, consiguió llegar hasta la isla de Pharos, adonde habíanse acogido sus soldados. Auxiliado más tarde el general romano con las tropas que le trajeron el judío ANTIPATER y MITRIDATES de Pergamenia, vuelve á Alejandría, libra nueva batalla contra los egipcios, los vence, y coloca definitivamente á CLEOPATRA en el trono de su hermano. Éste último acababa de perecer ahogado en el Nilo.

Dividieron los romanos en dos barrios la populosa ciudad, uno llamado *Racotis*, donde estaba el Serapeum ó templo de Apis, y el otro *Bruquio*, que encerraba el palacio de los Reyes y casi todos los edificios públicos. En lo relativo al gobierno y administración de Egipto, los romanos siguieron las huellas de los PTOLOMEOS. Como éstos, erigieron en norma de conducta la tolerancia religiosa: no sólo respetaron los antiguos templos de Ammón, Isis y Osiris, sino que levantaron otros nuevos. Los grandes edificios religiosos de Edfú, Esneh, Déndera y Ermonthis, empezados por aquellos reyes, fueron concluídos por los gobernadores romanos. El Egipto vivió en paz durante la época de los Césares; y si se exceptúa alguna que otra revuelta fácilmente reprimida, y las agitaciones de poca duración causadas por las disputas religiosas, puede decirse que Roma más vigilaba á sus pretores para que no se erigieran en reyes del país, que á los egipcios que podían reclamar su independencia.

Las expediciones militares que al interior de la provincia hicieron los romanos, como á la Arabia y á la Etiopia, no interesaron á los egipcios, cuya vida política habíase extinguido por completo. Sólo cuando uno de los prefectos romanos, de origen griego, llamado AQUILEO, se hizo proclamar emperador por sus tropas, fué necesario que Roma enviara á Egipto un numeroso ejército al mando del mismo César DIOCLECIANO, el cual después de un sitio de ocho meses entró á sangre y fuego en Alejandría, sometiéndola de nuevo al poder romano.

Al dividirse el Imperio latino, Alejandría quedó bajo la dominación de los emperadores de Constantinopla, y aquí empieza su decadencia. El cristianismo, que había aparecido pujante en Oriente, no tardó en penetrar en Egipto, pero hasta los tiempos de TEODOSIO no fué declarado religión oficial. Entonces se publicó aquel famoso edicto mandando cerrar y derribar los templos de todos los Dioses, así del antiguo rito egipcio como de la religión ro-

mana. Cuarenta mil estatuas se calcula que fueron por esta causa destruidas: dispersáronse los sabios y filósofos alejandrinos, y de aquella antigua civilización que databa de setenta siglos, ya desde entonces no restan en Egipto más que ruinas.

Aquí aparece una nueva faz de la historia de Egipto. La transición de las ideas antiguas á las nuevas no se efectúa sin grandes violencias, y Alejandría es durante muchos años perturbada por el fanatismo de los bandos religiosos, siendo sus calles en más de una ocasión teatro de asesinatos é incendios y aun de verdaderas batallas entre paganos, judíos y cristianos. El sacrificio de la hermosa é interesante *HYPATIA*, hija del matemático *THEÓN*, arrastrado por las calles por una turba de miserables, es página infamante de la historia de aquella época.

La caída del Imperio bizantino por causa de la invasión árabe, puso término á tan deplorable anarquía. *MAHOMA* agitaba el Oriente con su nueva doctrina. En 640 de nuestra era, *AMRÚ*, lugarteniente del califa *OMAR*, entró en Egipto desde la Palestina, ocupando á Pelusa y Memphis, y poniendo sitio á Alejandría. Un copto muy rico y de noble alcurnia, *MAKAUKAS*, se alzó en armas deseoso de aprovechar aquella ocasión para hacer á Alejandría independiente del poder de los emperadores de Bizancio; pero no habiendo tenido éxito en su primera tentativa, pidió auxilio á *AMRÚ*, quien, como es de suponer, se lo prestó en seguida. Catorce meses duró el sitio de la capital, y durante ellos hubo en las inmediaciones de la ciudad sangrientos combates entre los árabes y los soldados del Imperio. Veinticinco mil hombres se calcula que perdió *AMRÚ* en aquel sitio, hasta que un asalto general decidió la contienda á favor de los islamitas.

He aquí en qué términos el caudillo árabe puso en conocimiento del califa *OMAR* la caída de Alejandría:

*He tomado la gran ciudad de Occidente, y me es imposible describirte todas sus riquezas, toda su magnificencia. Basta decir que en su recinto se cuentan cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros, doce mil tiendas de legumbres y frutas, y cuarenta mil judíos tributarios. La ciudad ha sido entrada á la fuerza sin capitulación, y mis soldados se muestran impacientes para recoger el fruto de su victoria.*

Esto último era pedir indirectamente el saqueo. *OMAR* se opuso á ello con firmeza, y Alejandría se salvó. Aun cuando puede suponerse alguna exageración en el relato que del esplendor y ri-

queza de la ciudad hace AMRÚ, téngase en cuenta que Alejandría encerraba entonces seiscientos mil habitantes y era emporio de todo el comercio de Oriente.

Ya en poder de los árabes desmereció Alejandría mucho de su importancia bajo todos aspectos. Á su puerto ya no acudían las naves latinas, y apagáronse los últimos destellos de aquella cultura intelectual que irradió durante siglos. En la Edad Media y la Moderna, no absorbe Alejandría la vida total del Egipto. El Cairo, AsiuT y otras ciudades compiten con ella en importancia, especialmente bajo el punto de vista político. El descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, que abrió un nuevo camino para Oriente, le arrebató gran parte de su importancia comercial, y, finalmente, la dominación turca acabó con ella.

Hasta los últimos años del siglo XVIII, cuando BONAPARTE, deseoso de perjudicar á Inglaterra y ponerle obstáculos en el camino de la India, concibió el atrevido proyecto de la conquista de Egipto, puede decirse que el nombre de Alejandría no tiene resonancia en la historia. En los últimos días de Junio de 1798 abordó la expedición francesa las costas de Egipto, burlando con fortuna la vigilancia de la escuadra inglesa. Formóse el ejército expedicionario á algunas leguas de la antigua capital de los PTOLOMEOS; componíanlo todos los veteranos de la República, con los mejores generales que habían surgido al calor del entusiasmo militar que en aquella época transfiguraba á Francia. Unos trescientos árabes salieron al encuentro de los expedicionarios, y huyeron asustados al ver el aspecto resuelto y marcial de los invasores. Alejandría se dispuso á la defensa, pero sin orden ni concierto, y como era de esperar, cedió al primer ataque de los franceses, que fué vigoroso é irresistible. La ciudad fué tomada por asalto, y BONAPARTE no permitió que sus soldados usaran del bárbaro derecho del vencedor en tales casos. Propuso á los alejandrinos la sumisión, ofreciéndoles respetar sus propiedades é industrias, religión, leyes y costumbres, y asegurando que la Francia, deseosa de conservar su amistad con Egipto, sólo iba en són de guerra contra los mamelucos. Entonces se reunieron los principales de la ciudad, y precedidos por los *imames* ó sacerdotes, los *sherifs* y los *xeques*, presentáronse á BONAPARTE ofreciendo las llaves de las puertas. En seguida pasaron los franceses á ocupar todos los fuertes y puntos estratégicos de la misma, restablecióse el orden, mejoró la administración

local, y á los pocos días los árabes más fanáticos aceptaban jubilosos á los nuevos amos, y juraban fidelidad á la República, en medio de públicos regocijos. La conquista de Alejandría por los franceses fué un acontecimiento que excitó grandemente la atención de Europa, y marca el comienzo de una nueva era para la historia de Egipto.

He de ocuparme ahora del movimiento científico y filosófico que animó á la capital ptolemaica. La excepcional importancia adquirida por Alejandría durante los primeros siglos de la era cristiana, no sólo hizo de esta ciudad centro del comercio de Oriente, sino que despertó en ella, con vigor y fuerza hasta entonces desconocidos, la vida intelectual. Ni la misma Atenas en sus mejores tiempos igualó en este punto á la ciudad egipcia. El Museo y Biblioteca, fundados por los PTOLOMEOS, contribuyeron muchísimo más á la general cultura que la Academia griega.

Concretando las principales manifestaciones de esa cultura, empezaré por recordar, aunque brevemente cual cumple á la índole de este libro, la *Escuela de Alejandría*, ó sea el conjunto del pensamiento filosófico con que la gran ciudad quiso, en sus buenos tiempos, influir en las direcciones del humano espíritu y en su desarrollo progresivo. No creó Alejandría, en realidad, una nueva escuela filosófica. En lo fundamental, PHILÓN y PLOTINO nada ó muy poco innovaron á las admirables concepciones de PLATÓN y de PITÁGORAS, y aun á las que en el mismo Egipto habían vagamente establecido, en sus sutilezas teológicas, los antiguos sacerdotes tebanos y saítas.

El trabajo de los filósofos alejandrinos consistió en unir, armonizar y compenetrar todo lo bueno que hasta entonces, en materia de investigación de la verdad, había ahondado el espíritu; y al propio tiempo ó muy principalmente, reconciliar el misticismo cristiano con las exigencias de la razón inherentes al fondo y al método de las escuelas de Grecia y Roma. Por esto se llamó ecléctica la filosofía alejandrina, y bien puede decirse que en su composición entraron las ideas de las demás escuelas; los platónicos puros, los escépticos, los peripapéticos, los estoicos, todos, y especialmente los primeros, llevaron á ella lo más esencial de su doctrina.

La filosofía alejandrina influyó en la cultura intelectual del mundo desde el siglo II al VI de nuestra era. Lo que más la ca-

racterizó en los tiempos de su esplendor, fué la lucha contra el cristianismo, al que consideraba contrario á la naturaleza humana; y eso, que el eclecticismo alejandrino, desde el principio, con su idealismo platónico, tendió á las exageraciones místicas que desde la Edad Media habían de crear la pugna, aun duradera, entre la fe y la razón.

De aquí que se califique de neoplatonianos á los filósofos alejandrinos. Base de su doctrina es la existencia del *Bien supremo*, y aquella vaga unidad, *pura y absoluta* de PARMÉNEDES, con la cual constituyen aquellos pensadores el principio eterno y en su esencia inmutable, de todo lo creado. De este principio emana la *Inteligencia* que se determina en el *Verbo*: la inteligencia supone la existencia del alma, ó mejor, es el alma misma. Como el alma es el motor de todo, y por su naturaleza no es ni ha podido ser nunca una fuerza inactiva, resulta que el alma es el mundo, y el mundo es eterno, sin principio ni fin. Del alma-mundo, si así puedo expresarme, emana el alma humana: por la evolución de todo lo existente, material é inmaterial, el alma se aparta de su punto de partida, pero tiende á volver á él por el perfeccionamiento progresivo.

Los alejandrinos dan á las almas, no obstante, personalidad, libertad y responsabilidad: aquellas que en su peregrinación por los mundos, hayan tristemente vegetado en la pereza ó bien abusado de los placeres de los sentidos, y se aparten demasiado de la pura delectación intelectual, descenderán en categoría, irán á animar la existencia puramente vegetativa de las plantas, ó bien la instintiva de los irracionales. Sólo las que se hayan afanado en su perfeccionamiento intelectual y moral, vuelven á morar en cuerpos humanos, se elevan en sucesivas encarnaciones hácia el centro de vida universal, y llegarán á Dios confundándose en su esencia.

Los conocimientos que adquiere el hombre por los sentidos y por el raciocinio, son siempre imperfectos. Sólo se llega á la verdadera condición de sabio por el *iluminismo* ó inspiración: para ascender á ella, no basta el esfuerzo puramente intelectual, es indispensable una gracia particular que Dios no concede á todos los mortales. Esta gracia se obtiene, sin embargo, por las buenas obras, por la adoración de la divinidad, la plegaria y la observancia del rito religioso.

Como se ve, en esta sucinta exposición hay principios de todas

las filosofías más antitéticas; desde el materialismo evolutivo al espiritualismo exagerado; desde el panteísmo de los gnósticos, hasta el deísmo judaico y cristiano. Maestros de esta escuela fueron PLOTINO en la metafísica, PORFIRIO en la lógica ó procedimiento, y PROCLUSO en las divagaciones teosóficas. Los nombres de todos los filósofos que brillaron en esta escuela, formarían una lista demasiado larga é impropia de esta sencilla exposición.

Grandes y porfiadas fueron las luchas que los alejandrinos sostuvieron en los primeros siglos del cristianismo. Su influencia, durante mucho tiempo, fué decisiva en Grecia y Roma, y á ella principalmente se debe la reacción que en el siglo. IV hubo contra las doctrinas nuevas. El Emperador JULIANO, llamado *el Apóstata*, en su tentativa de restaurar la religión de la naturaleza en los gastados moldes del paganismo griego, se amparó de aquellas teorías armónicas y eclécticas. La muerte de este príncipe quitó á los alejandrinos la protección de los poderes públicos, y la famosa escuela sucumbió cuando el bizantinismo empezaba á ejercer su desastrosa influencia en el espíritu humano, acabando con todas las creaciones de la Edad antigua. La desaparición de la filosofía en la vida intelectual de Alejandría, señala el fin de todas las grandezas del Egipto.

No debo cerrar la exposición de este período de la historia alejandrina, sin hablar del Museo, fundado al par que la Biblioteca por PTOLOMEO SOTER. La palabra *Museo* no tiene en este caso la acepción que modernamente le damos: significa mejor *Academia*, lugar de reunión de los filósofos, gramáticos y poetas, en donde leían sus obras, se corregían mutuamente, y en donde además muchos de ellos residían haciendo vida en común. Sosteníase á costa del Estado, y sus resultados fueron muy provechosos para el progreso de las ciencias. EUCLIDES, el inventor de la geometría científica: APOLINEO, que la amplió: NICOMACO, que dió carácter sistemático á la aritmética: ERATÓSTHENES, que sujetó la astronomía y la geografía á precisión científica, calculando la longitud de la circunferencia de la tierra y determinando la oblicuidad de la eclíptica: ARISTARCO, inventor de un método sencillo para calcular la distancia de la tierra al sol y á la luna: HIPARCO, á quien puede llamarse el primer astrónomo de la antigüedad por sus grandes descubrimientos sobre el año solar y la precisión de los equinoccios: ERASISTRATO y HERÓPILO, que crearon la anatomía:

todos prueban sobradamente la importancia de la Academia Alejandrina.

De ella salieron además poetas como TEÓCRITO, CALIMACO, APOLONIO de Rodas, LICOFRÓN y tantos otros de la antigüedad: y no hay para qué recordar que la filología, la historia y la gramática, tales como se conocían en aquellos tiempos, deben mucho á los ARISTARCOS, APOLONIOS, ZOILOS y tantos otros que la ilustran.

Digamos algo por fin de la célebre Biblioteca de Alejandría. Fundada, como el Museo, por PTOLOMEO SOTER, fué durante mucho tiempo conocida por el nombre de *Bruquio*, por llamarse así el barrio en que estaba situada. Aseguran los antiguos historiadores que llegó á reunir hasta setecientos mil volúmenes, cifra que hoy parece á muchos exagerada. Al poco tiempo de su fundación, la Biblioteca se dividió en dos partes, quizás con la laudable previsión de evitar que cualquier accidente pudiera destruirla por completo. La nueva Biblioteca se estableció en el templo de Apis.

La antigua, según he indicado al hablar de la entrada de JULIO CÉSAR en Alejandría, fué destruída por un incendio. La nueva aumentóse considerablemente durante la dominación romana: á ella fueron á parar los ricos volúmenes del Rey de Pérgamo, regalados por el romano ANTONIO á CLEOPATRA. En una de las asonadas ocurridas en Alejandría entre cristianos y paganos á últimos del siglo IV, fué á su vez en gran parte destruída. Restaurada en el siglo V, acabó totalmente cuando el árabe AMRÚ se apoderó de Alejandría. Cuenta la tradición que, consultado el califa OMAR acerca del destino que debía darse á aquellos libros, contestó con aquel dilema propio de la sencillez brutal del fanatismo sectario:—*Si esos libros están conformes con el Corán, nada dicen nuevo, y, por lo tanto son inútiles: y si son contrarios al Corán, los considero peligrosos: por lo tanto, destrúyelos.* Y se cumplió el mandato. Durante siete meses, aquellos legajos de papiros que contenían la ciencia de cincuenta siglos, sirvieron de combustible para calentar el agua destinada á los baños públicos de Alejandría. Niegan algunos la veracidad de esta tradición, suponiendo que cuando los árabes entraron en Alejandría, ya no existía la Biblioteca: otros la admiten, pero dicen que la Biblioteca era ya muy pobre y sólo compuesta de volúmenes de pergaminos raspados y llenos de oraciones é indigestas disquisiciones teológicas. La verdad es que ninguna de las dos versiones se apoya en datos seguros.

Los árabes, inútil es decirlo, nada crearon en Alejandría. Las discordias civiles que durante su dominación agitaron el reino, impidieron el desarrollo de las ciencias, las artes y las letras; y sin embargo magníficos elementos tenía aquel país para seguir las tradiciones de los árabes españoles, en los brillantes días del califato de Córdoba y los sultanatos de Sevilla y Granada.

Pocos restos quedan de los monumentos que hicieron célebre á la antigua Alejandría. Casi todos

han desaparecido, y entre ellos la famosa torre situada en la punta oriental de la isla de Pharos, que fué considerada como una de las siete maravillas del mundo. Tenía cerca de seiscientos pies de altura, formaba un edificio de siete pisos, y en su exterior estaba



Faro de Alejandría.

labrada en mármol blanco. Fué construída durante el reinado de PTOLOMEO PHILADELFO por SOSTRATO de Cnido, quien mandó grabar en su base la siguiente inscripción:

*SOSTRATO de Cnido, hijo de DEXIPHANES, á los dioses que protegen á los marineros.*

Los historiadores árabes de Egipto hablan aún de aquel monu-



mento como existente en su época; pero sus ruinas no serian de gran importancia, cuando en 1518 el sultán SELIM mandó edificar sobre ellas un palacio y una mezquita.

De las construcciones romanas quedan algunos vestigios. La columna de Pompeyo es uno de los monumentos que más llama la atención de los viajeros. Elevada sobre una pequeña colina al Sur de la ciudad, alta de treinta y dos metros y medio, parece haber sido puesta para sustituir al antiguo faro, ya que sirve de guía á los marinos que la divisan desde el mar, y á las caravanas que llegan del desierto.

Está tallada en un solo trozo de granito rojo de Asuán, cuya perfecta pulidez no ha destruido el tiempo. Forma su base un cuadrado construído con grandes calcáreos, que fueron sin duda arrancados de otros monumentos, pues conservan aún restos de inscripciones jeroglíficas ilegibles. El capitel con que termina la columna es de estilo corintio, y figura un grupo de hojas de palmera. Créese que encima de él levantábase una estatua colosal de DIOCLECIANO, y así se representa la columna en un antiguo plano de Alejandría, aunque las tradiciones locales aseguran que sustentaba un caballo de bronce.

Curiosa es la leyenda que á esto último se refiere. El usurpador AQUILEO se había apropiado en Alejandría la púrpura de los Césares, sublevándose contra DIOCLECIANO. Éste marchó contra la ciudad rebelde, sitióla durante ocho meses, destruyó todos sus canales de agua potable, y finalmente, penetró en su recinto. La muerte de AQUILEO no satisfizo la venganza del Emperador, quien mandó á sus



Columna de Pompeyo.

soldados que mataran alejandrinos hasta que la sangre llegara á la rodilla del caballo que el imperante montaba. Al empezar á cumplirse esta orden, el caballo tropezó con un cadáver y se manchó la rodilla, lo cual fué considerado por **DIOCLECIANO** como un aviso del cielo para suspender la ejecución de su bárbaro mandato. Los ciudadanos de Alejandría, agradecidos al caballo que, con su caída, les salvó de una muerte segura, le erigieron aquel monumento.

Bella tradición, pero falsa, como casi todas las del Oriente. Una inscripción griega grabada en la columna nos dice que «el prefecto romano **POMPEYO** la hizo levantar en honor de **DIOCLECIANO** victorioso, defensor de Alejandría.» Ese **POMPEYO** empezó á des-



Catacumbas.

empeñar su prefectura el año 302 de nuestra era, y probablemente uno ó dos años más tarde, hizo erigir aquel monumento para conmemorar un donativo de granos que el Emperador hizo á la ciudad durante una gran carestía.

En la antigua Alejandría, la columna de Pompeyo se hallaba dentro de las murallas y cerca del templo de Serapis, cuyos restos actuales se reducen á algunos trozos de columnas medio enterrados en la arena. **STRABÓN**, que da muchos y muy interesantes detalles de los monumentos que vió en la ciudad, habla poco de este Serepeo, introducido por los Ptolomeos para que griegos y egipcios se fundieran en la adoración de una misma divinidad, Serapis, bo-

rando así sus diferencias religiosas. El templo era tan hermoso, que según afirmaban los antiguos, no tenía igual en el mundo, excepto el Capitolio de Roma. Magníficos arcos, arrancando de esbeltas columnas, formaban como el pórtico de las salas del edificio, destinadas unas á los servicios religiosos, y otras utilizadas para la Biblioteca.

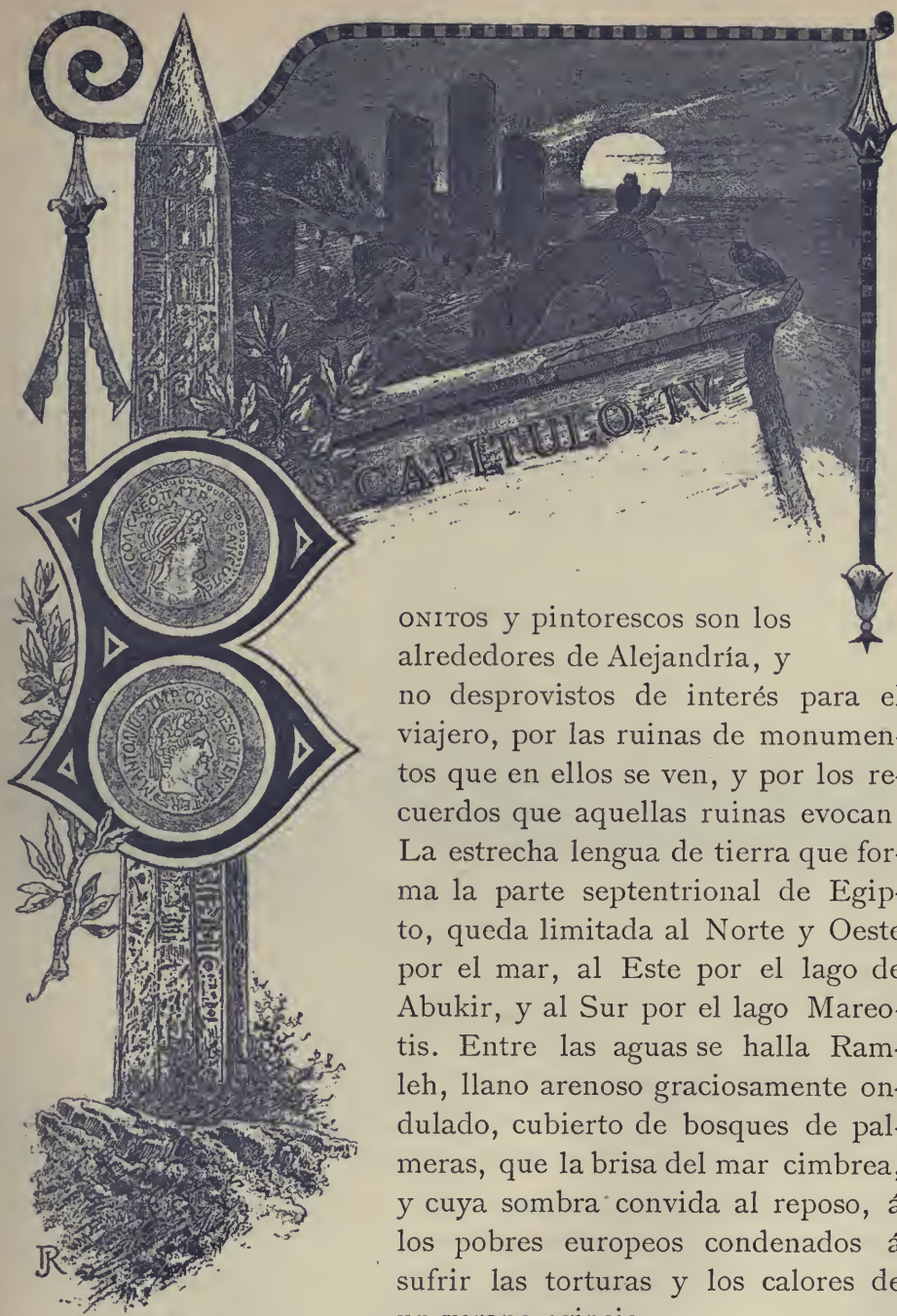
Finalmente, por aquella misma parte de la ciudad alejandrina, y ya cerca de la orilla del mar, se encuentran algunos restos de las antiguas catacumbas cristianas. Fueron éstas construídas en el sitio de la necrópolis egipcia, que en parte ha desaparecido debajo de las aguas; y á la depresión del terreno, que es allí manifiesta, tanto como á los destrozos causados por los traficantes en cadáveres en la Edad moderna, se debe el total estado de ruina en que las bóvedas se encuentran. Es casi peligroso aventurarse á visitar lo poco que de ellas queda, reducido á borrosas y ennegrecidas pinturas murales, que pueden datar de los siglos IV al VI de nuestra Era. Nótase en una de éstas, que Jesucristo está representado bajo la forma del Dios egipcio Horus, lo cual prueba que la influencia osiriana no se había borrado de la conciencia de aquellos cristianos orientales, en la época de JUSTINIANO.

He dicho que parte de la necrópolis alejandrina se hundió en el mar, de cuyo fondo se sacan á veces objetos muy curiosos. No hace mucho tiempo se extrajo un féretro de plomo, evidentemente de época romana, que hoy es uno de los objetos más raros por su forma y por su arte, que se admiran en el Museo del Cairo.



Cabeza de barro cocido de la época Ptolemaica.





ONITOS y pintorescos son los alrededores de Alejandría, y no desprovistos de interés para el viajero, por las ruinas de monumentos que en ellos se ven, y por los recuerdos que aquellas ruinas evocan. La estrecha lengua de tierra que forma la parte septentrional de Egipto, queda limitada al Norte y Oeste por el mar, al Este por el lago de Abukir, y al Sur por el lago Mareotis. Entre las aguas se halla Ramleh, llano arenoso graciosamente ondulado, cubierto de bosques de palmeras, que la brisa del mar cimbrea, y cuya sombra convida al reposo, á los pobres europeos condenados á sufrir las torturas y los calores de un verano egipcio.

Es muy agradable vivir en aquel país durante el invierno. No hace frío, no llueve nunca, no sopla el viento y apenas hay mosquitos. Un clima así, convida al *dolce far niente* de la vida oriental, á soñar con los harenas, ó dejar correr la loca fantasía tras la rápida aparición de alguna odalisca, cuyos espléndidos ojos negros apenas se vislumbraron al correr del coche, guardada siempre por

celosos eunucos. ¡ Pero qué alma sensible se entregará á tales devaneos en el interior del país, cuando desde el mes de Marzo el termómetro empieza á marcar 45 grados á la sombra y una eterna nube de hambrientos mosquitos zumba continuamente en torno vuestro, os come cara y manos, y de invasión tan molesta no se libran siquiera las partes más recatadas del cuerpo!

Los extranjeros que pueden escapar á las ardientes brisas del desierto líbico, que soplan desde Marzo hasta Noviembre, dejan el país para veranear en Europa; pero los que por cualquier causa se ven obligados á permanecer en Egipto, van á Ramleh, donde pueden gozar de las brisas marinas y refrescar el cuerpo en las claras ondas del Mediterráneo.



Canal del Mahmudieh, cerca de Ramleh.

Desde las puertas de Alejandría, en el mismo sitio donde antes se elevaban las agujas de CLEOPATRA, hasta la mitad del camino de Abukir, se extiende paralela al mar una estrecha línea de pintorescas casitas rodeadas de jardines y sombreadas por grupos de frondosas acacias y esbeltas palmeras. Allí permanecen los europeos durante el rigor del estío. Un ferrocarril urbano con trenes á cada media hora, les transporta cómodamente á Alejandría, en donde también la temperatura es más soportable que en el interior de Egipto. En el mismo Ramleh no falta buena sociedad, pero esta ventaja sólo puede aprovecharse hasta las nueve de la noche. Como no hay caminos, ni calles, ni alumbrado, y se debe marchar por los arenales, nadie sale de su casa después del anochecer, y además los mosquitos, también abundantes, obligan á

buscar un refugio tras las cortinas de tul que rodean el lecho.

Toda aquella costa está llena de interesantes ruinas, que evocan en la imaginación nombres preclaros en la historia. En el tiempo de mi primera permanencia en Ramleh, ocupé una casita situada casi á tiro de piedra de los únicos vestigios que quedan del palacio de CLEOPATRA, es decir, tres pedazos de columna, un muro arruinado y algunos otros restos que van desapareciendo por la invasión de las arenas de la costa. Aquello es cuanto queda de la fastuosa morada de una Reina, último vástago en Egipto de los Ptolomeos Lágidas.

Muchas veces, al caer la tarde, para evitar los vientos del desierto y gozar de la frescura de la playa, iba á pasear, solo y pensativo, por aquellos sitios donde se realizaran hechos, cuyo recuerdo alejan de nosotros veinte siglos de la historia. Extraña emoción dominaba mi espíritu cuando, de pie cerca del caído capitel de granito rojo, con la voluntad dormida y el pensamiento absorto, al declinar el sol hacia las sombras de Poniente y en la rápida transición del día á la noche, que se efectúa en aquella tierra sin crepúsculos, veía al astro del día desaparecer en el lecho del mar, entre ligeras brumas que en fantástica forma flotaban por el espacio.

Formábanse á veces altas columnas que descendían del cielo á la tierra, templos suntuosos bajo cuyas inmensas bóvedas aparecía el rojizo sol. Los tonos de color variaban como las figuras de aquella extraña decoración, pasando del blanco claro al encarnado, de éste al polvo de oro, al morado, al ceniciento, hasta perderse en última gradación en amarillento rojo, que brillaba en la ancha inmensidad del cielo como siniestro resplandor de lejano incendio.

Entonces recordaba con placer que también en las últimas horas de una tarde, serena y tranquila como suelen serlo las del verano egipcio, llenóse de pronto el mar con numerosas velas que iban hacia tierra, parecidas á una bandada de gaviotas buscando el reposo de las playas. Aquella escuadra llevaba los destinos de una Reina y la fortuna de una mujer, cuyo nombre acabará en el mundo cuando no existan ideas en los libros, ni recuerdos en el pensamiento.

Corría en Roma el año 56 antes de la Era vulgar, y celebraba su Senado una de aquellas tumultuarias sesiones durante las cua-

les los relámpagos de la elocuencia, tan violentos como los de la tempestad que centellean por el aire, hendían el espacio. Hablaba CICERÓN, mostrándose irritado contra los Dioses y los hombres, por verles propicios á una política que consideraba fatal para la Ciudad Eterna. Un Rey de Egipto había sido destronado por una conmoción popular de la ciudad de Alejandría, pues cansados aquellos habitantes de satisfacer los crecidísimos impuestos que mantenían la desgraciada guerra de Chipre, se sublevaron contra Ptolomeo



Berenice.

PHILOPATOR, negando obediencia á su autoridad y hasta respeto á su persona. Huyó el pobre Rey entregando su suerte á débil nave que se dirigió hacia las costas de Italia, al tiempo que era elevada al trono una de sus hijas, BERENICE, loca ó histérica de amor, cuya favorita diversión fué mudar de esposo en cada nueva orgía.

PHILOPATOR llegó á Roma, y desde los umbrales del Senado pidió á la República que le restableciera en el trono. Recordó que era amigo de CÉSAR y de POMPEYO; que su hermano fué gran sacerdote en el santuario de Paphos; que él mismo, en los templos que consagrara en Philoe á Isis, gran Diosa y real esposa de Dios, había grabado esta inscripción :

PTOLOMEO, Dios, nuevo Baco, para él y su familia.

El Senado no quería escucharle, temeroso sin duda de llevar las fronteras de la República á los confines de la Arabia, y encontrarse cara á cara con las indomables tribus tártaras. Consultada la Sibila, respondió de manera clara y terminante: «Si un Rey de Egipto caído en desgracia viene un día á pedir auxilio, no le neguéis vuestra alianza, pero no le apoyéis con vuestros soldados.» CATÓN habló, y su voz austera y apasionada fué también adversa al proscrito soberano. Conjurados así cielo y tierra, no le quedó al Rey otro recurso que tomar el camino del destierro, yendo á ocultar su dolor dentro de los muros de Épheso.

Pero CICERÓN volvió á Roma después de diez y seis meses de desgracia, y al llenar con su voz y con su fama la tribuna del Senado, dedicó su primer discurso á la cuestión de Egipto. No conocemos el texto, como otros muchos del gran orador, perdido en



los subsiguientes siglos, pero su oración debió ser terrible, cuando ni los enemigos replicaron, ni los Dioses mismos fueron oídos. Inmediatamente se decidió adoptar otra línea de conducta con la real familia de los PTOLOMEOS, y el mismo CICERÓN quedó encargado de dar las instrucciones necesarias para su ejecución.

Sería inocente creer que el formidable tribuno popular hacía suya la causa del Rey egipcio, aunque éste fuera venerado descendiente de los famosos guerreros que pelearon con ALEJANDRO MAGNO. Cimentó la grandeza de la República romana la conducta de todos sus hombres de Estado, que siempre siguieron la política más conveniente á los intereses de la Ciudad. Inspirándose en este principio, al escribir CICERÓN al procónsul de Cilicia, LENTULO SPÍNTER, podía decirle sin remordimientos: «Id á Egipto por tierra cuando el Rey arribe por mar. Desea el Senado que seáis vos quien restablezca su trono, y como llegará sin tropas, quedarán satisfechos los supersticiosos creyentes en las órdenes del oráculo. Vuestra situación vecina á Egipto os permite decidir qué conducta puede adoptarse. Si os parece fácil ocupar el reino y declararlo provincia romana, hacedlo sin vacilar; si se presentan dificultades, absteneos de acometer la empresa.»

En el libro del destino no estaba aún escrito que el Egipto debía pasar tan pronto á Roma. Ptolomeo, conducido á Alejandria por la flota de GABINIO, fué declarado nuevamente Monarca de sus tierras: su hija BERENICE y su marido de última hora, ARQUELAO, pagaron su ambición con la cabeza, y las últimas facciones de los usurpadores caídos fueron combatidas y deshechas por un general de caballería, ANTONIO, que tanto influyó más tarde en la suerte del Egipto y en la destrucción de su última dinastía.

Minada su existencia por los dolores y las penas que le causaron su patria y su familia, en el año 52 antes de Cristo moría Ptolomeo PHILOPATOR, dejando la corona de Egipto á un hijo de menor edad, DIONISIO: á su hija CLEOPATRA, aun bastante joven, regente del reino, y á la ciudad de Roma, ejecutora testamentaria de su última voluntad. Así aparece en la escena pública aquella mujer célebre, con cuya vida debía extinguirse la existencia del reino y aun la raza de los Ptolomeos.

CLEOPATRA era hija de un Monarca, cuya dinastía, de las más brillantes del reino, gobernó el Egipto más de trescientos años. Durante su infancia, el ángel del infortunio batió más de una vez

sus alas sobre la real familia, y cuando la hija abrió la vista á la luz y el pensamiento á las ideas, pudo contemplar el espectáculo de su padre proscrito en tierra extraña, su hermana cediendo desde el usurpado trono sus gracias á los caprichos, el pueblo maldiciendo la dinastía, el Rey cambiando el culto de Ammón, Dios de las más excelsas grandezas, por el de Baco, Dios de las más ruines miserias; y en el fondo de tan triste cuadro, un ejército extranjero enviado para imponer á su familia, y un acero parricida hiriendo sin compasión á la mujer, sangre de su sangre, que olvidó su dignidad en los festines cortesanos.

Cuando á la criatura humana no la castigan las luchas de la vida, y ve deslizarse los serenos días de una existencia tranquila en la paz del hogar, conociendo las miserias sólo por oír hablar de ellas, y no sintiendo más dolores que los sufridos por gente extraña, es muy fácil educar el sentimiento con todas las ternuras de la bondad, llevarlo á la exaltación de todos los amores, nutrirlo con las expansiones de todos los idealismos. Porque entonces se revela fatalmente la tendencia innata al bien que aparece con el primer latido del corazón humano, y la idea de lo bello, que surge desde las primeras evoluciones del cerebro y nos acompaña hasta la hora de la muerte.

Pero envenenad la vida, y la vida de una mujer, en los albores de su existencia. Cuando reclame tiernos sentimientos, rodeadla de dolores: cuando busque dormir al regazo de un dulce afecto, haced de su cuna nido de víboras: cuando en el aislamiento y la soledad quisiera llorar sus desgracias, ponedla en tal situación que no pueda ocultarse, debiendo devorar en silencio las lágrimas de pena y de vergüenza que no brotan de sus ojos. No se pisa á la serpiente sin que se vuelva, y al morder comunique la ponzoñosa baba de sus fauces. Si por desgracia el alma de la mujer se entrega al infierno porque siente que la dejó el cielo, la dominan las más violentas pasiones, y el espíritu del mal hace en ella presa, que no abandona en la hora suprema de los últimos remordimientos. Ella, que siente latir en su corazón los afectos más puros, es también víctima de los mayores desfallecimientos al ver perdida su fe, destruído el candor de que nunca quisiera despojarse, acabada la esperanza, como última gota de agua que secó el árido desierto del infortunio. Si tiene poder, si su nombre brilla, si su belleza fulgura como lúcido rayo en el tempestuoso mar donde naufragaron





RETRATO DE CLEOPATRA.

sus ilusiones y su dicha, aquella mujer abrirá fácilmente el cerebro á todas las ideas, cerrará el corazón á todos los sentimientos, y en la pendiente resbaladiza del camino del mal, que cada día la arrastra hacia sus negros precipicios, será ambiciosa y perversa, quizás friamente criminal, quizás también cínicamente infame.

Tal fué CLEOPATRA. Educada en la desgracia, pero imbuída desde niña en las ideas de predominio, de tener á sus pies el mando, de ser Reina en los palacios y Diosa en los templos, para realizar estas locas aspiraciones no se detuvo ante la falta, ni ante el escándalo, ni ante el mismo crimen. Á la muerte de su padre, le faltó tiempo para intrigar contra su hermano que debía ocupar el trono, y aun osó alzarse en armas; pero vencida en el primer encuentro, escapó á Siria en busca de un auxilio, que el cónsul romano JULIO CÉSAR le vendió á cambio de sus caricias.

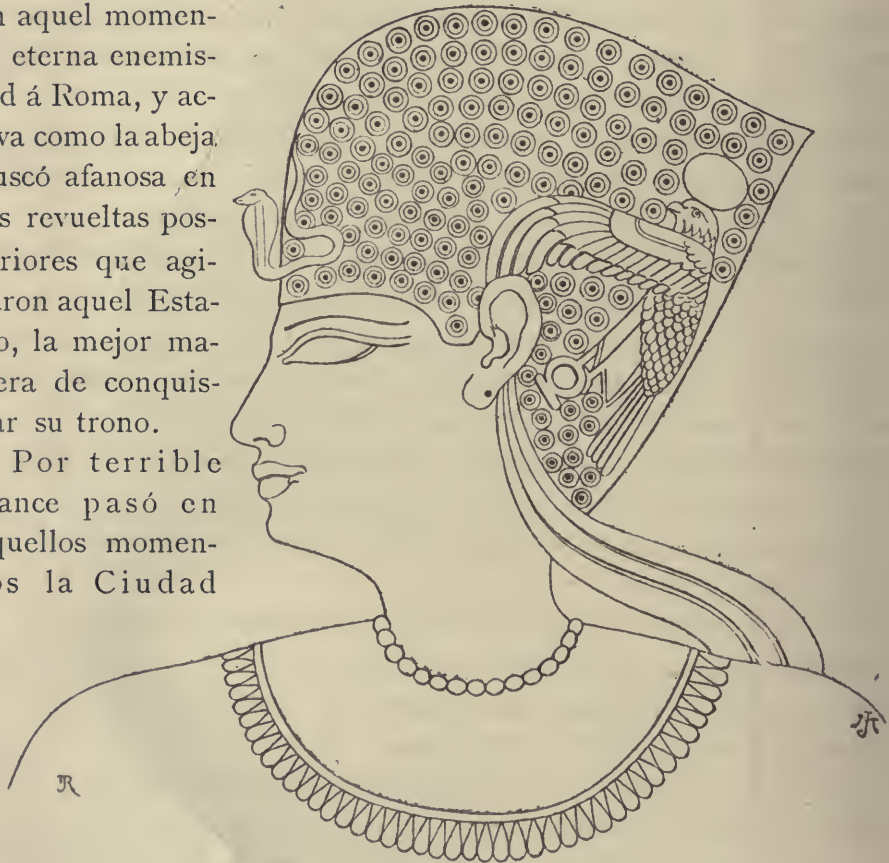
Las legiones romanas pasaron á Egipto, y después de librar un combate contra las tropas reales en las márgenes del Nilo, prendieron al Rey DIONISIO, que ahogaron en el río, y sin gran trabajo redujeron á obediencia la ciudad de Alejandría. Poco tiempo después, en el año 48, el cónsul iba á Roma, soñando con ceñir á su frente la diadema del Imperio, y CLEOPATRA se sentaba radiante en el carcomido trono de los Faraones, teniendo grandezas que pronto se eclipsaron, y soñando glorias pagadas con usura el día de la desgracia.

Todo lo debía á CÉSAR. Él mató á su hermano mayor; él la proclamó Reina; él permitió el asesinato de otro hermanito que hubiera podido reclamar la herencia de los Ptolomeos; él finalmente la hizo madre de un hijo que se llamó CESARIÓN. Y no satisfecha aún la ambición de CLEOPATRA, cuando supo que su amante gobernaba el mundo, fué presurosa á Roma para compartir con él sus glorias, pensando dar á su hijo la herencia del futuro Imperio, y recibir ella los honores supremos de la divinidad.

Pero CÉSAR supo prescindir en política de sus debilidades de hombre, marchando resueltamente en su camino sin detenerse ante el capricho de una mujer. Mucho debió conmoverle ver de nuevo á CLEOPATRA, sentirla en sus brazos, beber en sus labios el amor á que él primero la convidara en Siria, enardecerse con los ardientes rayos de sus negros ojos, y rendirse á la opulenta belleza de sus torneadas formas, que mal cubría la túnica griega; pero no arrojó á sus pies la fortuna del Estado, ni por un momento la

hizo árbitra de su poder. En el Foro erigió un templo á la Venus generadora, y en el mismo altar, al lado de su imagen para que fuera adorada, al pie del ara que recibía el incienso de las vírgenes, colocó la estatua de CLEOPATRA esculpida en mármol de Paros. Pero al mismo tiempo CÉSAR le mandó volver á su país, con la sola esperanza de hacer á su hijo Rey de Egipto cuando ella le creía ya Rey de los Reyes. Su caída fué grande. La nieta de los Ptolomeos juró en aquel momento eterna enemistad á Roma, y activa como la abeja buscó afanosa en las revueltas posteriores que agitaron aquel Estado, la mejor manera de conquistar su trono.

Por terrible trance pasó en aquellos momentos la Ciudad



Cesarión.

Eterna. CÉSAR parecía asesinado al pie de la estatua de su antiguo rival, en medio del Senado, entre los patricios y senadores, que antes le sirvieron de escabel para alcanzar el poder. La guerra civil estalló con violencia en las provincias orientales, sublevándose á favor de los matadores de CÉSAR la Macedonia, la Tracia, la Siria, y temblando Egipto en manos de la ambiciosa mujer, que quiso aprovechar los despojos del naufragio para realizar su sueño de dominio universal.

CLEOPATRA, sin embargo, dudó más de una vez, y sus actos se resintieron de esa indecisión que caracteriza la conducta de los que avanzan con recelo hacia lo desconocido. La Reina egipcia estaba ansiosa de saber dónde luciría el sol de la victoria, para dirigirse á su encuentro. Un instante apoyó á CASIO, cuyos ejércitos marchaban hacia Egipto: luego se alió á su contrario DOLABELLA: más tarde puso su flota, mandada por el almirante MURCUS, al servicio de Roma, y solicitó el apoyo de la ejecutora testamentaria de la voluntad de su padre: finalmente quiso declararse contra el nuevo triunvirato romano, haciendo causa común con los descontentos que pedían el desmembramiento del Estado.

Roma venció á todos sus enemigos. El triunviro MARCO ANTONIO obtuvo en rápida sucesión de batallas las victorias de Filipos, Épheso, Frigia, Capadocia y Silicia. Desde este último punto, temeroso de la reputación de CLEOPATRA, de los proyectos que se le atribuían, de su ambición, que era bien conocida, llamó á juicio de residencia en tono altanero y demanda agresiva, á la Reina egipcia. Supuesta ya culpable de crímenes contra la Ciudad Eterna, aquella mujer debía justificarse é implorar el perdón por un pecado, que nadie creía pudiera redimir en aquellos momentos de consternación para los enemigos de Roma.

¡Infeliz ANTONIO, si esperaba uncir brutalmente á su carro de guerra el delicado cuerpo de aquella hermosa Reina! CLEOPATRA estaba entonces en la plenitud de su belleza, desarrolladas las mórbidas formas, con el cuerpo de proporciones esculturales, y trasunto fiel del perfil griego propio de las mujeres Lápidas, desde la primera ARSINOE á la última BERENICE; enardecida además al fuego de la ambición que devoró su sér pensando en su raza, en su destino, en que era madre de un hijo de CÉSAR, y en que ella misma fué rival de la augusta Venus en los altares de Roma. ¿Todo debía eclipsarse en un día de desgracia? No. Esperó desmentir las acusaciones contra ella dirigidas, conjurar la cólera del triunviro, convertir en rosados horizontes el negro celaje que sobre su cabeza se cernía. Salió resuelta de Alejandría, y remontando el Cydno con sus naves de guerra, presentóse con toda pompa en el campamento de ANTONIO.

Sin duda CLEOPATRA sentía instintivamente la historia de otra mujer, griega como ella y seductora; *hetaria* de placer que acusada ante el tribunal de los ancianos por los crímenes de escándalo

y sacrilegio, bastóle abrir su túnica y mostrar al aire el desnudo seno, para arrancar de sus jueces un grito de admiración y un veredicto de inocencia. Nueva PHRYNEA de más noble y altiva raza, al presentarse CLEOPATRA ante el triunviro afectó olvidar que era nieta del gran SOTER, escuchó trémula las acusaciones que el guerrero le dirigía, y ofreció por única respuesta sus ojos llenos de lágrimas que lucían con siniestro brillo, como si fuera cada gota ardiente piedra de un collar de fuego. La fuerza incontrastable de aquel acto de debilidad, le hacía conquistar en un instante á Roma.

Porque ANTONIO cayó. El general ilustre en cien batallas, indómito caudillo de las legiones romanas, que en aquella epopeya era ya el héroe digno de ocupar después la pluma de PLUTARCO, no pudo luchar contra la Reina egipcia, arrodillada á sus plantas, llenos los ojos de lágrimas, muda pero elocuente en su silencio, no implorando piedad ni queriendo el perdón, sólo atenta á infiltrar en el héroe el rayo ardiente del amor y la lascivia que despedían sus pupilas, cada vez que levantaba los rosados párpados. Cuando libremente absuelta salió del campamento para volver á su reino, las legiones vencedoras tributábanle honores reales y aun divinos, y el triunviro ANTONIO fué desde aquel momento su defensor y esclavo.

CLEOPATRA sintióse dueña del general que ponía en sus manos los destinos de Roma, que entonces eran los destinos del mundo. Pagó su ambición con sus encantos: quiso cautivar al nuevo amante con tesoros de placer y de ventura, encadenarlo á aquella belleza que pasaría como legendaria á la posteridad. Y así hubo de suceder, pues al primer llamamiento hecho, ANTONIO olvidó sus deberes de caudillo y jefe, por los brazos de su amada; corrió á Alejandría dejando las tropas en los cantones y los enemigos en los campos, y á un tiempo olvidó la patria que reclamaba sus servicios, y su propia familia sumida en el abandono en Grecia.

Aquellos dos seres, ya para siempre ligados en vínculo estrecho, ofrecen patente ejemplo del poder que tiene la mujer de cálculo avasallando al hombre de corazón. ANTONIO, de alma fogosa y apasionada, de carácter ardiente, perdido en la deliciosa confusión de los misterios de su nuevo amor, al principio sólo vió en CLEOPATRA la Reina hermosa, pero pronto encarnó toda su voluntad en la posesión absoluta de aquella mujer, que hacía vibrar en lo íntimo de su existencia desconocidos acentos de ternura, y llevaba á



los recónditos senos del cerebro ideas enloquecedoras de nuevos y desconocidos placeres. En poseerla y en vivir sólo por ella cifró ANTONIO todas sus aspiraciones; sus sueños de poder se desvanecieron como el humo; sus laureles de gloria se marchitaron al hábito de aquella atmósfera impura. Condensó todos sus proyectos, todos sus ideales, su vida entera, en el objeto de su pasión, y quiso olvidar el mundo creyendo ver el cielo en la tierra, al fijarse en aquella frente ornada de negros rizos, en los ojos cuyas miradas penetraban su alma, en el corazón, que al latir junto al suyo, revelaba ser volcán de las más grandes pasiones.

Otros eran, sin embargo, los sentimientos de la hermosa Reina egipcia. Quizás aquella mujer sufrió también por un momento el éxtasis que nos devora cuando se mezclan los agradables recuerdos de pasados amores, con la misteriosa vaguedad de afectos nuevos, pero pronto recobró el dominio de su voluntad, para dirigirse hacia los ideales de grandeza que perseguía. Nunca quiso á ANTONIO, ni sintió por él la pasión que antes la inspirara CÉSAR, guardando sólo en las entrañas su inmensa ambición y su amor de madre. Quiso engañarle, y lo hizo mostrando con todo el arte de la mujer ese fingido frenesí que oculta la frialdad del sentimiento, ilusión de vida, cual la de esos ojos ciegos y enfermos, que no ven pero brillan con fulguración extraña.

ANTONIO dejó la caballería en Palmira, las legiones de Asia bajo las órdenes de PLANCO, las de Siria en Saxa, y fué á ocultar su felicidad en el palacio de Alejandría, entre cuyas ruinas veinte siglos más tarde yo evocaba su memoria. El sitio era á propósito para realizar los fines de CLEOPATRA. Estaba situado su palacio en las orillas del mar, y era hermoso edificio cuya silueta realizaba aquella luz blanca y rosada de una atmósfera siempre límpida y serena. Á sus pies, iban á morir las olas del Mediterráneo, siempre rizadas por las brisas que refrescaban el ambiente. Y al arte de la naturaleza unióse el de la mujer de talento, alentada por la ambición. CLEOPATRA convirtió aquel palacio en templo, donde pareciera un Dios quien sólo era un esclavo. Hermosos obeliscos decoraban su entrada, y legiones de esfinges se extendían á los lados del camino, iguales á los de los monumentos de Heliópolis y Karnac. El palacio era suntuoso, con sus esbeltos monolitos de roja piedra, sus anchos patios que refrescaba el agua del Nilo corriendo en caprichosos riachuelos, sus terrazas llenas de árboles y flores

avanzando sobre las aguas, cual si fueran jardines surgidos del mar.

Allí pasaron los dos amantes el invierno del año 41, entregados á escandalosas orgías. Los más raros manjares, las más costosas bebidas, figuraban siempre en la mesa de aquel degradado guerrero y de aquella Reina cortesana: buscando nuevos y costosos placeres, llegaron á disolver perlas en el vino que apuraban con de-leite. ANTONIO sentía crecer cada día más su amor, que si empezó iluminando como indecisa alborada el cielo de su vida, pronto tomó las proporciones de inmensa hoguera á la que se arrojó insensato. Quiso CLEOPATRA dominarlo por completo, y al entrar la primavera le envió á Grecia y Roma para imponer condiciones á los demás triunviros, y prorrogar por cinco años más el mandato de su poder.

Después emprendió ANTONIO la campaña de Armenia. En Nicópolis hizo prisionero al rey ARTABAZES, destruyó su reino y declaró á sus súbditos esclavos del Egipto. En tal ocasión la Reina quiso dar el espectáculo de aquellos triunfos que las invencibles legiones romanas ofrecían á la Ciudad Eterna en sus mejores días de gloria, y para ello dispuso que las tropas expedicionarias fuesen recibidas con gran pompa en Alejandría: así aparecieron los soldados cubiertos de laureles, escoltando el gran convoy de prisioneros y los carros de botín para distribuir al pueblo. Al desgraciado ARTABAZES, por respeto á la dignidad que ejercía en su país, le otorgó el alto honor de ser encadenado con una argolla de plata.

CLEOPATRA escogió aquel momento para realizar otros de sus fines ambiciosos. Presentóse ANTONIO al frente de las legiones, montado en su caballo de guerra, y entre las aclamaciones de la soldadesca y los gritos salvajes de la chusma, proclamó á CLEOPATRA Reina de los Reyes, dió á su hijo CESARIÓN igual título de Rey de los Reyes, y distribuyó entre los demás hijos que aquella mujer tuvo de varios amantes, las tierras de Chipre, Cirenaica, Armenia y el Euphrates hasta la región del Indus.

Entonces CLEOPATRA solicitó otra vez los honores divinos, hizo colocar su estatua en los altares sagrados de los templos de Isis, y levantó el santuario de Ermouthis para rendir culto á su imagen simbolizada por una Diosa del panteón osiriano, escribiendo en uno de los muros del templo la siguiente inscripción:

*Moderadora y soberana del mundo, Diosa Philopator  
Aroíri potente, madre del bien en la tierra, heredera del Dios Ser.*

Hasta en las monedas se dió CLEOPATRA el título de *Nueva Diosa*, suponiéndose hija del cielo encarnada en la tierra para procurar la felicidad de sus súbditos.

Fueron aquellos días de dicha, de satisfacción, de placer para todos, aunque duraron poco. El pueblo egipcio, esclavo en todas épocas de sus señores, arrastrando de antiguo miserable existencia en medio de las mayores grandezas, se vió de pronto igualado al que fuerte por su derecho y altivo por sus conquistas habitaba la ciudad de las siete colinas. Introdujéronse en Alejandría los juegos populares, las fiestas triunfantes, las luchas de fieras y de gladiadores: todos los países del Alto Nilo contribuyeron á los festejos, y por un instante pudo creerse que los Dioses de las primitivas razas volvían á sus templos de Luxor y Memphis, renaciendo con ellos nuevas glorias que borrasen el recuerdo de tantos días de servidumbre, de humillación y de conquista.

La tempestad contra Egipto se condensaba en Roma. OCTAVIO, hijo adoptivo de CÉSAR y heredero de sus planes y sus esperanzas, quería ser único dueño de la tierra, y pronto vió que MARCO ANTONIO y CLEOPATRA estorbaban la realización de sus proyectos. Quiso al principio combatir á estos dos enemigos, pero no encontró á Roma favorable á su política ni dispuesta á olvidar los favores recibidos del famoso triunviro que llevó su nombre y sus ejércitos hasta los últimos confines del mundo oriental. Y aunque más tarde las noticias llegadas de Egipto hicieron inevitable la lucha, la popularidad de ANTONIO y el eco de su antiguo poder, salváronle en apariencia: todo lo que su rival obtuvo del Senado romano fué una declaración de guerra contra CLEOPATRA.

Bien se supuso que el dardo había de herir á ANTONIO, pues nadie dudó que haría suya la causa de la Reina egipcia. Y en efecto, sin vacilar un instante, por el acto supremo de energía de quien quiere proteger su amor contra sus Dioses, su patria y sus enemigos, león que abre las garras para defender su madriguera, el triunviro aceptó el reto lanzado ante su amada, y respondió, loco de rabia y sublime de pasión, declarando la guerra á OCTAVIO.

No, á OCTAVIO, no. Era mayor la querrela. Allá iban á encontrarse frente á frente dos civilizaciones, dos mundos, el Oriente y el Occidente, Ammón contra Júpiter, el Egipto contra Roma. El pueblo que venciera, quedaría árbitro de la tierra, señor del imperio del mundo, dueño del inmenso coloso cuya cabeza reposaba

en los vírgenes bosques de Germania y cuyos pies ardían en los arenales de la salvaje Nubia. Por todas partes sonó el clarín de guerra, levantándose pueblos en masa para acudir á la batalla. ANTONIO reunió las legiones y la armada de Oriente, con sus amigos de Asia, de la Macedonia, la Tracia, Cirene, Grecia, Egipto y las islas del Mediterráneo. OCTAVIO obtuvo auxilios de Roma, España, Italia, las Galias, el África, la Cerdeña y la Sicilia. Numerosos eran los contingentes de los dos ejércitos, y parecían bandadas de cigüeñas, cubriendo el mar, las velas de sus flotas.

¿Y CLEOPATRA? Su alma ambiciosa, sujeta después de todo á los desfallecimientos y terrores de la mujer, debía pronto asustarse de la colosal empresa en que se iba á decidir de su fortuna. Siguió en verdad á su amante, le dió su escuadra, y embarcó ella misma en una de las galeras. En Actio, delante de las islas Jónicas se encontraron las dos armadas, embistiéndose con tal furiosa arremetida que la Reina egipcia, presa del miedo, retrocedió en el primer instante dando orden de retirada á sesenta bajeles.

Al ver la desbandada de la flota egipcia, ANTONIO no quiso luchar más. Aquel guerrero convertido en histrión, prefería perder el imperio del mundo á perder los amores de CLEOPATRA; y desertando á todos sus amigos mandó á su galera que hiciera rumbo hacia Egipto. La victoria á favor de OCTAVIO fué entonces completa y decisiva, pues sus filas se aumentaron con los mismos soldados que antes peleaban á favor de su rival.

Al desembarcar en Alejandría creyó el desgraciado ANTONIO que aun le sería posible conservar el reino egipcio para su amada, y vivir independiente y en amistad con Roma. CLEOPATRA le hizo traición. Considerándose perdida, envió emisarios secretos á OCTAVIO en demanda de una tregua y de su perdón, á cambio del cual le ofrecía su belleza, sus tesoros y hasta entregarle la persona de ANTONIO. Un esclavo llamado THYRSO fué el agente de tanta infamia; pero el vencedor no atendió al ruego ni se dejó seducir por el halago, y prosiguió la campaña.

ANTONIO intentó reunir las legiones de Siria y oponerse al desembarco de su rival, que se hallaba en las costas de Fenicia, pero los romanos le volvieron la espalda, y el cónsul CORNELIO GALO le anunció que le recibiría como enemigo. Á su vez CLEOPATRA proyectaba huir al Alto Egipto, ó pasar el mar Rojo y refugiarse en la Arabia con su flota y sus tesoros, lo cual no pudo realizar por-

que no eran navegables en aquella época los antiguos canales que construyeran los Reyes de las dinastías tebanas. De vuelta ambos amantes á Alejandría, ANTONIO propuso á la Reina huir á las llanuras diospolitanas. Pero CLEOPATRA, que no amó al triunviro cuando era poderoso, menos podía quererle en su desgracia, y escondiéndose una noche en la cueva de antiguo sepulcro, esparció la falsa noticia de su muerte.

No pudo sobrellevarla MARCO ANTONIO. Tuvo la última debilidad de los caracteres cobardes, perdió toda esperanza, y con el mismo deshonorado acero que no hiciera brillar en los últimos combates infligió á su cuerpo mortal herida. No murió, sin embargo, sin saber que CLEOPATRA vivía aún, pudiendo en la negra desesperación de sus últimos instantes, maldecir á la mujer infiel y á la Reina infame.

No le sobrevivió CLEOPATRA mucho tiempo. El 15 de Agosto del año 30 OCTAVIO entraba triunfalmente en Alejandría, y en aquel mismo día CLEOPATRA abría su seno á venenosa serpiente, cuyos besos de rabia llevaron el filtro de la muerte á sus entrañas. Así acabaron el último Lágida, la dinastía de los Ptolomeos y la independencia del Egipto.

¡Cómo fascina lo pasado! De tanta ostentación y fastuoso poder, nada queda. Ni siquiera cuidó OCTAVIO de enterrar el cuerpo de CLEOPATRA. Aquel conjunto de belleza, que había fascinado á dos grandes capitanes y revuelto al mundo, fué arrojado á la pira que consumía á los infelices esclavos, muertos en las fiestas del circo alejandrino en honor del vencedor de MARCO ANTONIO.



Medalla de Marco Antonio y Cleopatra.





Detalle del Delta egipcio.

## CAPÍTULO V



AMOS á echar una rápida ojeada á las principales ruinas que existen en la región del Delta egipcio. Desde la confluencia de sus dos brazos, el Azul y el Blanco, en los muros de Khartum, hasta las inexploradas regiones en que nace, el Nilo corre en estrecho y único cauce, limitado por las cordilleras paralelas de Asia y de la Libia. Por ello el Egipto ha sido comparado á una verde cinta tendida sobre el desierto, ancha por término medio de cuatro ó cinco mil metros y larga de dos mil kilómetros, que comprende la extensión de la tierra fertilizada por el río desde la segunda catarata de Vadi Halfa hasta la capital del reino. Á las puertas mismas del Cairo, junto á Galiub, se divide y separa la corriente en dos grandes brazos, que á su vez se pierden en infinitas ramificaciones, formándose así la región del Delta, abierta en forma de abanico hacia el Mediterráneo, ancha en su mayor extensión de la costa de doscientos kilómetros, y principalmente fertilizada por los tres importantes canales bolbitínico, sebennítico y phátnico, que mejor designan los nombres árabes modernos de Roseta, Burlos y Damietta.

Esta parte de Egipto está cubierta de ruinas, poco aprovechables por la historia, puesto que han sido devastadas y esparcidas por las invasiones que en varias épocas han assolado el país. Es un error seguir la preocupación de muchos geógrafos europeos, consistente en que el Delta egipcio fué casi exclusivamente poblado por los griegos, al dominarlo después de la conquista macedónica. Olvidan cuantos tal opinión siguen, que ya en tiempo de la tercera dinastía del antiguo Imperio, ó sea cuarenta siglos antes de la Era cristiana, la ciudad de This disputaba la supremacía á la capital memphita: que catorce siglos más tarde la novena dinastía heracleopolitana establecía su corte en Karba: que los USIRTASEN fundaron el templo del Sol y erigieron los famosos obeliscos de Heliópolis, y finalmente que las inmigraciones de los hicsos en San, de los khoistas junto á Sais, de los hebreos en Gosén, y de los bubastitas en Pibast, pueden debidamente comprobarse por la serie de monumentos aun existentes, salvados del huracán que barró la antigua civilización egipcia en las llanuras del Norte.

Á muy antigua fecha debe remontar el establecimiento en el Delta de los primeros semitas que invadieron á Egipto. Allí se extendieron las razas invasoras conducidas por MINIS, cultivando las tierras, abriendo canales de riego y agrupando sus viviendas, hasta convertirlas en ciudades que llegaron á ser populosas y renombradas. Pero como estaban sujetas á los azares de continuas guerras y á los peligros de nuevas invasiones que constantemente agitaban aquellos pueblos, con el tiempo sus ciudades desaparecieron cubiertas por los aluviones del Nilo ó enterradas bajo las arenas que los vientos levantan en el desierto. Sólo más tarde, en época relativamente moderna, que se remonta á pocos siglos antes de la Era cristiana, sobre sus escombros y sus ruinas los griegos edificaron las famosas ciudades de Canope, Sait, Hebit, Tanis, Bubastes, Naucratis y Heliópolis.

En nuestros días, sus ruinas tienen más importancia por su nombre, que por lo que conservan de los antiguos monumentos civiles y religiosos que encerraban. De alguna de ellas se había perdido hasta el recuerdo de su situación, como por ejemplo Naucratis, que hace sólo dos años, pudo identificarse con el villorio árabe de Desuk, en el banco derecho de la rama nilótica de Roseta.

Para los que no tengan afición á los estudios y exploraciones arqueológicas, un viaje por las ciudades del Delta egipcio es poco



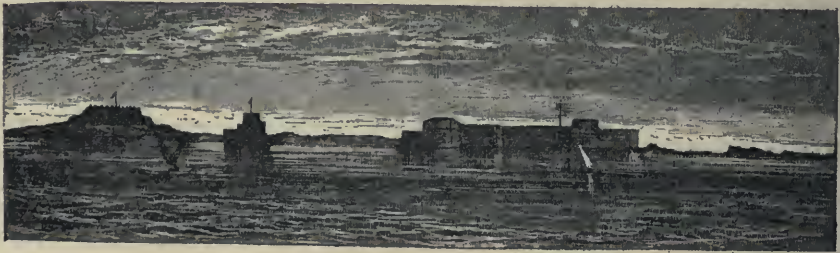
interesante, y aun los que sientan estas aficiones no encontrarán allí gran satisfacción á sus deseos. Ruinas más importantes que las actualmente allá guardadas hemos de encontrar en el Alto Egipto, y las que en aquella región se descubrieron han sido conducidas á los museos del Cairo. Nuestra visita, pues, á los monumentos del Delta será sumamente breve.

Salgamos de Alejandría por la orilla del mar hacia la playa de Levante. Un ramal de los ferrocarriles construídos en tiempo de ISMAEL bajá, une por aquel lado la antigua capital de los Ptolomeos con Roseta, pasando por el sitio donde estuvo Canope, que ahora llaman los árabes Abukir. Toda la costa está sembrada de fragmentos de barro cocido, de ánforas y vasos, en cuyo reborde se encuentran con frecuencia marcas de fabricantes griegos. De la antigua Canope no queda visible vestigio alguno, cubierta como está por sus escombros sobre los que se levantan las pobres viviendas de los *fellahs*. Durante mi permanencia en el lugar, en 1885, se excavaron dos grandes fragmentos de una estatua colosal, y aunque estaban muy mutilados, creí poder reconocer en ellos parte de la imagen de un Rey tebano de la XIX dinastía. Canope fué célebre por los vasos de forma especial á que ha dado su nombre, destinados á guardar las entrañas de los cadáveres, que se extraían de los cuerpos al convertirlos en momias, y por sus ánforas llenas de miel del Himeto y de buen vino, que recibía sin cesar desde las islas griegas.

Abukir forma en nuestros días una estrecha lengua de tierra, que avanza hacia el mar. El pueblo árabe que allí existe es insignificante, y está compuesto de algunos artésanos y pescadores. En sus inmediaciones se levantan dos ó tres fuertes de construcción moderna, artillados con buenas baterías, pero cuyos cañones han sido clavados por los ingleses. Al pasear por aquellas soledades, en donde no interrumpe el silencio de la naturaleza más que el ruido de las olas al estrellarse contra la playa pedregosa, no puede prescindirse de evocar el espectáculo de las grandes batallas libradas por los ejércitos de BONAPARTE en aquellos mismos sitios en 1798 y 1799. Recorriendo aquellos lugares parece que el cuadro se anima, que el recuerdo se convierte en realidad, que los muertos enterrados en las trincheras se levantan de sus sepulcros para alinearse otra vez en las filas del combate, y dar aquellas cargas á la bayoneta que hicieron irresistibles é invencibles los ejércitos de la primera República francesa.

La primera de estas batallas ocasionó la pérdida de la flota francesa, que condujo á Egipto á los ejércitos de BONAPARTE. Éste había desembarcado en Abukir, sin encontrar resistencia alguna, y una vez dueño de Alejandría ya no consideró necesarios los auxilios de la escuadra, por lo que dió orden al jefe de la misma, almirante BRUEYS, de levar ancla y hacerse á la mar con rumbo á Francia. Este marino no quiso ejecutarla en el acto, y á sus dilaciones se debe que la flota de NELSON le sorprendiera en la misma rada de Abukir. El día 1.º de Agosto se libró tremendo combate entre las dos fuerzas, resultando el destrozo de las inglesas y el aniquilamiento de las contrarias, de cuyos trece buques sólo cuatro mandados por el tristemente célebre VILLENEUVE se salvaron huyendo á toda vela.

La segunda batalla de Abukir fué librada en Julio del siguiente



Vista de Abukir.

año por NAPOLEÓN, y en ella tomó la revancha de la anterior derrota. Supo el general que había desembarcado en aquel puerto un ejército turco compuesto de diez y ocho mil hombres, y rápido como el rayo se lanzó á detenerlo al frente de seis mil franceses. Su victoria fué completa. Á pesar de que el grueso de las fuerzas turcas estaba formado por genízaros, con buena artillería y dirigidos por oficiales ingleses, consiguió BONAPARTE envolver sus atrinchamientos en el cabo de Abukir y lanzar los enemigos á la mar, en cuyas olas perecieron ahogados doce mil soldados. Por vez primera en la historia, se ofrece el espectáculo de un ejército enteramente destruído, hasta no quedar un solo hombre, contando este ejército con fuerzas tres veces mayores que las de su enemigo. Es verdad que al lado de BONAPARTE luchaban los mejores generales franceses de aquel tiempo; LANNES, MURAT, DESTAING, y KLEBER, que llegó casi al final de la batalla.

Subiendo el Nilo por el ramal de Roseta, á unos sesenta kilómetros de la mar, se encuentran las ruinas de la antigua Sais, una de las ciudades religiosas más importantes de Egipto. Su fama igualó á la de Heliópolis, y en su recinto se albergó el templo de la Diosa Neit, *la grande, madre divina de los Dioses, que vió al Sol, madre que concibe sin haber sido fecundada, principio de toda concepción antes que hubiese en la vida concepción alguna*, según la definen los textos jeroglíficos. Esta divinidad fué adorada en su santuario por una raza de sacerdotes, que creían conocer mejor que nadie los secretos de la ciencia y poseer el conocimiento de las causas primeras.

El renombre de Sais hizo afluir dentro sus muros á los personajes más célebres de la antigüedad, que estuvieron en Egipto. Allá fué SOLÓN á estudiar los misterios de Neit: en su templo encontró HERODOTO muchos materiales para su historia: unos Reyes como BOKORIS y PSAMÉTICO llegaron á establecer su corte en la ciudad sagrada, y otros como CAMBISES la visitaron en clase de devotos peregrinos. Pero de los templos y edificios de aquella famosa ciudad nada queda, y en las excavaciones que de vez en cuando se ejecutan en sus ruinas, no se obtiene resultado alguno que compense la dificultad y el coste de las obras.



Vista de Damietta.

Damietta es un pequeño puerto situado en la costa oriental de Egipto, junto al lago Menzaleh. Tiene poca importancia, pero merece ser visitado por el carácter árabe que conserva, y por los recuerdos que evoca del tiempo de los Cruzados.

Con relación á otras ciudades de Egipto, Damietta es muy moderna, pues á lo sumo puede atribuirse su fundación á la época romana. Amenazada por los primeros expedicionarios cristianos que iban á reconquistar el sepulcro del Salvador, fué puesta por los árabes en formidable estado de defensa, hasta el punto de que resistió con éxito el ataque dirigido contra ella en 1196 por AMALARICO y las tropas griegas del Emperador MANUEL. En 1218 cayó en poder de los Cruzados y vió convertir en iglesias todas sus mezquitas; pero poco tiempo más tarde pasó de nuevo á los sarracenos como parte del rescate que exigieron para libertar á San LUIS de Francia, su prisionero en Mansura.

Nunca fué grande la importancia comercial de Damietta, á causa de los pantanos incultos que la rodean, y de su lejana posición del centro de Egipto, habiendo tenido sólo cierta fama por la producción de sus cueros y su esencia de jazmín. En nuestros días la apertura del canal de Suez la ha perjudicado bastante, siendo escasos en número y de poco porte los buques que frecuentan su bahía.

En sus inmediaciones se encuentra un lugar cuyo terreno es de color rojizo. Por tal razón los árabes lo llaman el *bahr ed Dem* ó sea *el mar de sangre*, suponiendo que aquella tierra fué enrojecida con la sangre de treinta mil mártires islamitas, allí degollados en las guerras de las Cruzadas. Una montaña inmediata es también conocida por el nombre de *Tell el Azm* ó *ruina de los huesos*, diciéndose que está formada por los esqueletos de aquellas víctimas.

Subiendo por la rama nilótica de Damietta se encuentran los lugares donde estuvieron situadas dos importantes ciudades del Egipto, Hebit ó Mendes y Tanis ó San el Hager. En ellas poco puede verse; porque poco ó nada queda, después de haber sufrido veinte invasiones y sido arruinadas otras tantas veces. No he de olvidar las incomodidades consiguientes á mi viaje á Tanis, con una temperatura de fuego en los arenales de Sufye, ni la penosa travesía del lago Menzaleh, para hallar sólo montes



Cabeza de un coloso de Tanis.

cubiertos de fina arena, cuyos promontorios suelen formar bloques de piedra calcinada, iguales á los que se ven junto á las grandes Pirámides de Guizeh. Algunos colosos mutilados yacían por el suelo. Esta excursión me convenció de que ne debe irse á las ruinas de las ciudades bajas del Delta egipcio, á menos que no se tenga el propósito de acampar en ellas para hacer excavaciones.

De más provecho puede ser la visita que el viajero haga á las ruinas de Bubastes, que casi intactas, solas y abandonadas, se alzan á un kilómetro de la moderna ciudad de Zagazig.

La antigua Pibast fué capital del reino egipcio en tiempo de su vigésima segunda dinastía, hace casi dos mil novecientos años, y gozó á justo título de gran celebridad. HERODOTO la vió en los días de su decadencia, pero pudo aún alcanzar el famoso templo, del que dice *habrá en el país otros más grandes y más costosos; de seguro no existe ninguno tan bello.* El mismo historiador lo describe en los siguientes términos:



Colosos de Tanis.

*Está situado en el centro de la ciudad, y por tanto puede verse de cualquiera parte de la misma; tanto más, cuanto que desde el reinado de SABACO se ha levantado el nivel de las casas, pero no el del templo. Lo rodea una doble muralla revestida de piedra, cerrando el santuario de la Diosa y los corpulentos árboles que lo circundan. El templo tiene un estadio de largo y otro de ancho. De su entrada sale un camino adoquina-*

*de cualquiera parte de la misma; tanto más, cuanto que desde el reinado de SABACO se ha levantado el nivel de las casas, pero no el del templo. Lo rodea una doble muralla revestida de piedra, cerrando el santuario de la Diosa y los corpulentos árboles que lo circundan. El templo tiene un estadio de largo y otro de ancho. De su entrada sale un camino adoquina-*



Colosos de Tanis.

*do, largo de tres estadios y ancho de cuatrocientos pies, que se dirige al Este de la ciudad, atraviesa su mercado y acaba en el templo de Hermes. Á ambos lados hay frondosísimos árboles.*

En este famoso templo se adoraba á la Diosa Bast, con cabeza de gata, algunas veces simbolizada por la Diosa Seket, con cabeza de leona. Era la divinidad de la generación y la protectora de las cortesanas, que parece debían abundar en Egipto, á juzgar por el culto que á aquella Diosa ruidosamente rendían, y las peregrinaciones que una vez al año hacían á su santuario. La fama de esta fiesta traspuso las fronteras del Egipto: los escándalos que la acompañaban difundieron espanto en las gentes. ¡*Pibast, Pibast*, llegó á decir uno de los Profetas de la tradición mosaica, *tus hijos han de perecer todos bajo el acero!* El renombrado Padre de la historia describe también en los siguientes términos esta fiesta de peregrinos, que debía efectuarse, según los mejores cálculos, hacia el día 16 del mes Kiahk, correspondiente al último tercio de nuestro Diciembre. Dice:

*Cuando los egipcios viajan hacia Bubastes, van de la siguiente manera. Hombres y mujeres se embarcan juntos, y en todos los botes se ven personas de ambos sexos. Producen gran ruido con instrumentos de música, durante todo el viaje, y los que no tocan, cantan y baten las palmas de las manos. Cuando en su camino pasan por alguna ciudad, se detienen en ella, y las mujeres bajan á tierra para insultar á las del lugar y burlarse de ellas, ó bailan y alteran el orden. Obran así en todos los puertos del Nilo hasta llegar á Bubastes, donde empiezan la fiesta haciendo grandes sacrificios, en cuya ocasión se consume más vino que en todo el resto del año. Todo el mundo, menos los niños, procura ir en peregrinación á Bubastes, elevándose á 700.000 el número de personas que visitan el lugar, según los egipcios aseguran.*

Hoy parece haberse cumplido el terrible vaticinio de ECEQUIEL en la desolada Bubastes, sin que la cólera de Dios haya perdonado ni á las piedras. El lugar donde están situadas sus ruinas no puede ser más triste, secos sus canales, desiertas sus calles, hundidas sus casas, cubiertos de estéril arena los campos que debieron ser verdes jardines. Ni un árbol, ni una planta se ven en su recinto.

Las ruinas existentes revelan la importancia de aquella ciudad, permaneciendo aún en pie los muros de sus edificios. Por todas partes se ven fragmentos de barro cocido, ladrillos y restos de ánforas. Los *fellahs* registran continuamente los escombros para ex-

traer el *sebah* ó tierra grasienta y salitrosa que les sirve para abonar sus campos; y al mismo tiempo recogen los objetos antiguos, que descubren con frecuencia y venden á los viajeros.

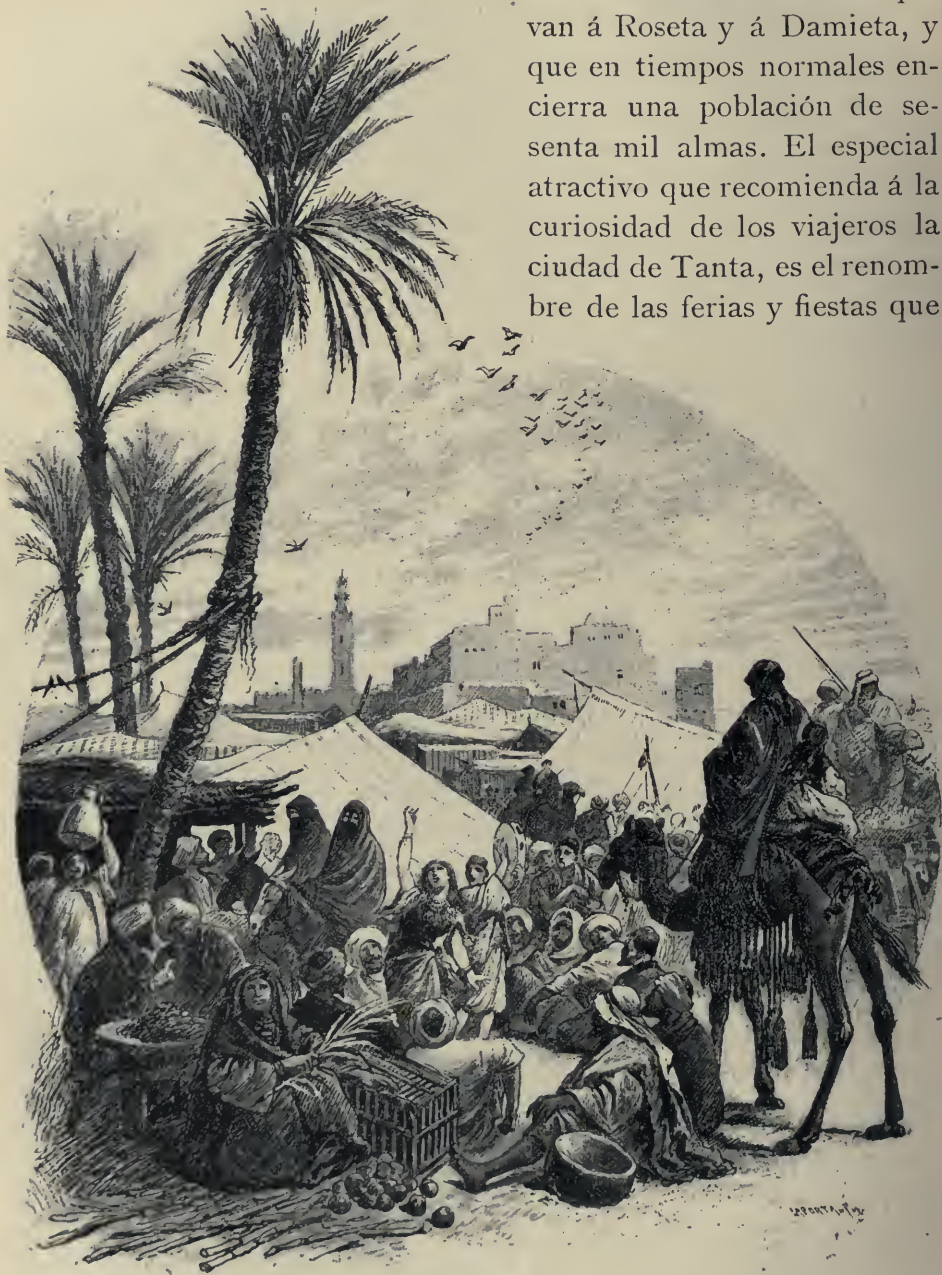
Á la izquierda de un verdadero monte de ruinas se ve la depresión de terreno que contenía el templo. Sus murallas están casi intactas, pero de los edificios interiores poco queda, pues hasta las piedras de sus muros fueron robadas por los árabes de Zagazig. De aquel magnífico santuario sólo pude contemplar una puerta de granito rojo de Asuán, cuyas piedras, caídas por el suelo, guardan un bonito decorado de hierros de lanza formando su cornisa, y una inscripción jeroglífica mutilada é ilegible.

Cuatro ó cinco horas bastan para visitar cómodamente lo que queda de Bubastes, pudiendo luego el viajero descansar en la vecina ciudad de Zagazig, una de las más bellas que existen en Egipto. Construída en las orillas de un ancho canal que se deriva del Nilo, en estos últimos años se ha convertido en centro y mercado de la producción algodонера, muy importante en el país. Las márgenes del río convidan al paseo y al fresco de que se disfruta bajo sus corpulentos árboles, y la ciudad tiene buenas y anchas calles, y un bazar franco en donde se encuentran muchos productos de Europa.

Subiendo por el camino de hierro hacia la parte superior del Delta, se encuentran los restos de Atribis, antigua ciudad restaurada por SESOSTRIS, que tuvo gran importancia en las épocas ptolemaica y romana. Sus ruinas en completa devastación carecen de interés. Hace algunos años se descubrió en ellas un cementerio greco-romano, cuyas momias se hallaban en perfecto estado de conservación, encerradas en sólidas cajas de madera, que por desgracia no tenían leyenda alguna. Muchos bustos y estatuas de la misma época hallados en el lugar, hacen creer que aquella ciudad conservó su rango hasta los últimos días de la dominación griega en Egipto.

Un ramal del Nilo pasa cerca de Atribis. Al bajar á sus orillas para proveerme de agua, me llamó la atención una piedra funeraria puesta sobre la arena del desierto y rodeada con una pequeña verja de hierro. Acercándome vi que cubría los restos de un joven oficial inglés, ahogado hace dos años en las inmediaciones. ¡Infeliz! Abandonado en aquellas soledades, si nadie ha de turbar la paz tranquila de su último sueño, tampoco nadie irá á dejar un recuerdo ó verter una lágrima sobre su sepulcro.

Exceptuando Alejandría, la ciudad más importante del Bajo Egipto es Tanta, capital de la provincia de Garbich, construida entre los canales del Nilo que van á Roseta y á Damietta, y que en tiempos normales encierra una población de sesenta mil almas. El especial atractivo que recomienda á la curiosidad de los viajeros la ciudad de Tanta, es el renombre de las ferias y fiestas que



Feria de Tanta.

anualmente se celebran en su recinto, para conmemorar la existencia de un famoso santón enterrado en su principal mezquita. Y aunque aquellas festividades se repiten tres veces al año, la



más importante se efectúa en el mes de Agosto, época en que no se ve un viajero por Egipto. Sólo los indígenas, á quienes no aturde el calor, pueden aventurarse á hacer un viaje á la capital garbita en plena canícula, para tener luego la satisfacción de narrar el espectáculo más extraño que imaginarse pueda.

El lunes 10 de Agosto de 1885 fuí á Tanta desde el Cairo, deseoso de ver sus grandes fiestas. Faltaban cuatro días para el de mayor ceremonia, y á pesar de ello todos los terrenos inmediatos á la ciudad, en una extensión de dos kilómetros al rededor de sus murallas, estaban ya convertidos en dilatado campamento de apiñadas tiendas. En la mañana de aquel día me aseguraron haber llegado sesenta mil peregrinos de todo el Egipto, añadiendo que el número era aún pequeño, pues se esperaban tres ó cuatro veces más.

La afirmación era exacta. Fué curioso ver, en los subsiguientes días, las largas procesiones de fieles que avanzaban por los caminos ó por las orillas de los canales, en dirección á la ciudad. Cada aldea había formado su caravana, más ó menos numerosa, compuesta de hombres que iban á pie, y mujeres y chiquillos cargados casi á granel, á lomo de sus camellos. El estandarte religioso de la mezquita no faltaba nunca, escoltado por el xeque del lugar, que gravemente seguía á caballo, precedido de una banda de tres ó cuatro músicos. Aquellas hileras de seres humanos eran interminables por todos los puntos del horizonte: los caminos parecían verdaderos arroyos de gentes, que inundaban la ciudad.

El recuerdo de las peregrinaciones egipcias á la vecina Pibast brotó en seguida en mi memoria, y mi primera suposición de que aquella fiesta pudiera ser eco y reminiscencia de la otra, no tardó en verse plenamente confirmada. El objeto principal de la romería á Tanta consiste en ir á orar al templo del xeque EL BEDAUI. Sobre el carácter y la individualidad de este personaje, los mismos árabes de la ciudad tienen ideas sumamente vagas: dicen que se llamaba SAID AHMED (ó como si dijéramos en español JUAN LÓPEZ, pues tanto abundan aquellos nombres en Egipto), que nació hacia el siglo XII en Fez ó en Túnez, y de vuelta de su peregrinación á la Meca se estableció en Tanta, adquiriendo gran fama por su santidad y su fuerza física. Venerado como Santo, á su muerte se le enterró en la mejor mezquita, y á su tumba acuden los hombres que necesitan poner á prueba su valor, y las mujeres estériles

que desean tener sucesión. Semejantes deidades de la generación se encuentran en el Oriente: las he visto en los templos de Oman-cosama en el Japón, en los de Kuanin en China, y en todas partes son simplemente protectoras de cortesanas.

La animación y el bullicio iban creciendo por instantes, de tal manera en las calles de Tanta, que durante el día y aun hasta la media noche era casi imposible transitar por ellas. Observé en los campamentos que las tiendas se colocaban con cierta simetría, adosadas unas á otras y dejando un espacio cuadrado en forma de plaza entre las cuatro esquinas de cada encrucijada. En este sitio se reunían por las tardes los devotos para entregarse á los *zirks* ó ejercicios religiosos, que consisten simplemente en bailar rezando al compás de un tambor. En la mezquita la afluencia de fieles era considerable; congregados en ella los más fanáticos, les habría herido el sentimiento cualquier *perro cristiano* que se hubiese aventurado en su recinto. Ningún europeo se atrevió á pasar los umbrales del templo.

A menudo veíanse extraños cortejos por las calles, organizados á guisa de procesiones. Unas veces eran viejos, con barbas blancas, ojos de idiota, un puntiagudo sombrero en la cabeza, una argolla al cuello, una cadena en el desnudo cuerpo y un látigo en la mano para azotarse, que iban precedidos de músicas y banderas. En otras ocasiones se veían turbas de creyentes emborrachados por el *hatchis*, que enteramente desnudos, á pie ó montados en asnos, gritaban, gesticulaban y movían el cuerpo con las más extrañas contorsiones. Todos iban á orar sobre la tumba del Santo, no sé si para obtener la gloria en el cielo, ó el perdón de su imbecilidad en la tierra.

De noche se llenaban los cafés y otros sitios de recreo, improvisados para aquellos días. Los concurrentes afluían para saborear el negro moka, fumar una buena pipa y oír las canciones de las muchachas, que instaladas en un pequeño estrado debían animar la escena. En el salón donde entré una vez con varios amigos del país, vimos una de esas jóvenes, bellísima, verdaderamente interesante. Tipo árabe de pura raza, con grandes ojos que hacía aún más negra la línea de *kolh* que los contorneaba, alta, esbelta, lujosamente vestida: parecía la favorita de un harén, escapada á su señor. Su voz era poco extensa, débil y quejumbrosa, pero tiernísima: un arpa herida por delicados dedos no tiene notas más

suaves que las suyas. Cuando acabó de cantar la invitamos á nuestra mesa. Vino sin hacerse de rogar, dijo que se llamaba FATMA, y nos pidió prosaicamente tres botellas de cerveza negra. Una decepción más en el largo catálogo de las ilusiones orientales.

*Utile et dulci*, dijo HORACIO. Los árabes y los fellahs de Egipto no sabrán que haya existido el gran autor del *Arte poética*, pero traducen su precepto á la realidad de la vida. El *Santo* que cruza por las calles, no olvida nunca llevar la mano tendida implorando una limosna: el tendero hace gran instalación de sus géneros; el labrador trae á la fiesta sus productos; numerosos vendedores ambulantes recorren la ciudad ofreciéndolo todo, comida, trajes, armas, libros, peines. La feria de Tanta tiene casi tanta importancia como su fiesta, y después de todo en nada se opone á la pureza del dogma el ir á rezar en la tumba del Santón, y hacer al mismo tiempo algún negocio.

¡Si todavía no se hicieran más que los licitos! Un canal cruza por la parte Norte de la ciudad, y en sus orillas se instalan pequeñas tiendas sólo cubiertas en los costados por una mala estera. Allí viven las amables sacerdotisas del placer, que cotizan la virtud á bajo precio; en aquellas malas chozas, abiertas por delante, muestran lo que ofrecen, y si alguien se ruboriza es el extranjero que por allí pasa, y á quien repugna ver la licencia llevada á tal extremo.

Varias diversiones exóticas llaman continuamente la atención de las turbas que pasean por las calles. Los negros sudaneses, en número de treinta ó cuarenta, que asistían á la fiesta, organizaron una especie de comparsa, algo igual ó parecida á la que en las fiestas populares de Cataluña se llama *ball de bastonets*. Provistos los negros de sendos palos cortos y gruesos, batiéndolos al compás ó ritmo de un instrumento músico, van formando y describiendo círculos concéntricos con arte y pasmosa agilidad. Los peregrinos de Abisinia también bailaban la danza especial de su país. Formaron corro en torno de un bombo montado sobre alto estribo, y con largos bastones en la mano marchaban á paso de tango. Dentro de su círculo tres mujeres abisinias bailaban moviendo el cuerpo con violentas contorsiones.

Á las diez de la mañana del día 13, último de la fiesta, se celebró la gran ceremonia que ponía término á la peregrinación. Consiste en la marcha del Khalifa el Islam, ó Pontífice de la religión

musulmana en Egipto, desde la mezquita de Esh hasta la del xeque, el Bedaui, sobre cuya tumba va á orar. Tres largas horas tardó en pasar su cortejo por el lugar donde yo me encontraba. Aquello parecía una extravagante mascarada, una fiesta de carnaval ideada por una turba de borrachos. Todos los concurrentes á la procesión iban disfrazados, algunos con largos y puntiagudos sombreros de penitente, pero muchos con trajes multicolores, estrambóticos, y en más de una ocasión ligeros hasta la indecencia. No faltaban, sin embargo, máscaras originales, habiéndome llamado la atención una que llevaba la cabeza oculta dentro de una sandía ahuecada, y el cuerpo tapado por hojas y ramas verdes.

Entre los individuos disfrazados van algunos personajes importantes del cortejo, montados en camellos ó á caballo. Les siguen músicas del país, bailarinas, fellahs cubiertos con velos negros, y varios árabes que llevan al hombro grandes hachas de madera. Una turba de bailarines que les sigue, llama la atención por lo extraño del traje que visten: una estrecha faja les cubre la cintura, llevan desnudo el resto del cuerpo, y ostentan en la cabeza enormes turbantes, de cuyo lienzo cuelgan diversos objetos, como cuernos, calabazas y berengenas.

En último término aparece la gente seria de la procesión. Los xeques á caballo llevan los pendones de sus mezquitas, los cuales bajan de vez en cuando hacia el suelo y besan reverentes los fieles que presencian el desfile. Los individuos pertenecientes á las cofradías y gremios religiosos siguen cantando la profesión de fe islamita: *No hay más Dios que Alah, y Mahoma es su Profeta hasta el día de la resurrección*. Y finalmente se presenta el Pontífice mahometano, á caballo, sujetando con ambas manos su turbante de fieltro gris, que en vano varios asistentes á la fiesta tratan de arrebatarse. Parece que si pudiera ser despojado de aquella insignia, tendría que ceder su puesto al que se la arrancara. Le da guardia de honor una escolta de quince ó veinte hombres, cubiertos con pesados cascos y corazas de hierro.

• Cerraba la comitiva de la procesión una cabalgata de jóvenes sueltas que iban á caballo vestidas de hombre. Con gestos indecorosos procuraban atraer la atención del público, y vi que lo conseguían, pues los hombres se abalanzaban á su paso.

Por la tarde del mismo día acabaron las fiestas y empezó la dispersión de peregrinos. Como por encanto desaparecían las tiendas

de los sitios donde fueron colocadas, y de nuevo se vieron cubiertos los caminos por las interminables caravanas de hombres y camellos. Aquellas buenas gentes pasaron ocho días gritando, corriendo, empujándose por calles y plazas; y volvieron á sus hogares extenuadas y empobrecidas, pero con el convencimiento, sin embargo, de que en la saturnal de la peregrinación á Tanta habían hecho algo agradable á los ojos de Dios.



Imagen de la diosa Bast.





Recolección del trigo. — Pintura mural de un sepulcro egipcio.

## CAPÍTULO VI



ANTES de internarnos en la región superior del Egipto, ir á su capital y remontar el curso del Nilo, nos hemos de detener un instante en esta bella región del Delta para explicar la extensión y los cultivos del campo egipcio, el sistema de riegos que fertiliza un país donde nunca llueve, las ocupaciones ordinarias del labrador, y la vida íntima de su admirable compañera de trabajos y miserias.

La agricultura tiene en Egipto gran importancia; tanta, que de sus productos depende exclusivamente la población. No existe allí industria alguna: el comercio de exportación se reduce á algodones, azúcares y granos: y el Estado cubre sus gastos con sólo las contribuciones que pagan las

tierras, pues no se conocen impuestos sobre la propiedad urbana y la actividad industrial.

Y sin embargo, la extensión de terrenos cultivables no es muy grande. Por sus fronteras geográficas actuales, Egipto es una nación que abraza desde la segunda catarata en Uadi Halfa, hasta el Mediterráneo; limitada al Sur por el Sudán; al Este por el mar Rojo, la Arabia y la Siria, al Norte por el citado Mediterráneo, y al Oeste por el desierto libico. Pero la superficie verdadera del suelo con relación á su destino agrícola, no puede calcularse con alguna exactitud, sin descontar los vastos desiertos que á Levante y á Poniente limitan el valle del Nilo, las tierras constantemente ocupadas por el cauce de este río, las de los canales, vías de comunicación, diques y ferrocarriles, el área de las ciudades y pueblos, y los lagos y tierras pantanosas del Delta. Hechas estas deducciones, no le quedan al Egipto más allá de seis millones de *feddans* de tierras cultivables, ó sean unos 25.200 kilómetros cuadrados.

El último censo, concluído en 3 de Mayo de 1882, revela en Egipto una población de 6.806.381 habitantes. Si de ellos deducimos los 98.196 individuos acampados bajo tiendas y sin residencia fija en los distritos, quedan 6.700.000 habitantes que en pequeñas y grandes ciudades, pueblos, aldeas, aduares y caseríos se dedican casi exclusivamente á la agricultura.

Por desgracia el estado social y la administración pública son en aquel país detestables, y todos los males á ellos inherentes recaen sobre el labrador, obligado á cultivar una tierra que en propiedad nunca le pertenece. Hasta el año 1879, el Jedive y demás miembros de la familia real eran dueños de la cuarta parte de terrenos cultivables, los cuales constituían el dominio de la Corona, evaluado en más de 200 millones de duros. Esta inmensa propiedad en un país relativamente pobre, había sido adquirida de diversa manera por los descendientes de MEHEMED ALÍ, desde principios del presente siglo. Una parte procedía de los feudos de los mamelucos, exterminados por el primer Jedive en 1811; otra de la apropiación de los bienes adscritos á las mezquitas, y otra, de las tierras abandonadas cuando las guerras de hace setenta años despoblaron parte del país. En el reinado del Jedive IMAEL, aumentaron mucho estos dominios, pues el padre del actual Monarca, gustaba á menudo de despojar de sus bienes á aquellos de



los súbditos que creía se habían enriquecido demasiado. Todas estas regias propiedades pasaron en 1879 á manos de la Administración de *Dominios y Dairas* á consecuencia de haber sido hipotecadas en garantía de empréstitos hechos en Europa, de lo cual ha resultado que hoy la casa ROSTHCCHILD y dos ó tres banqueros judíos de París, son dueños de la cuarta parte de la riqueza territorial del Egipto.

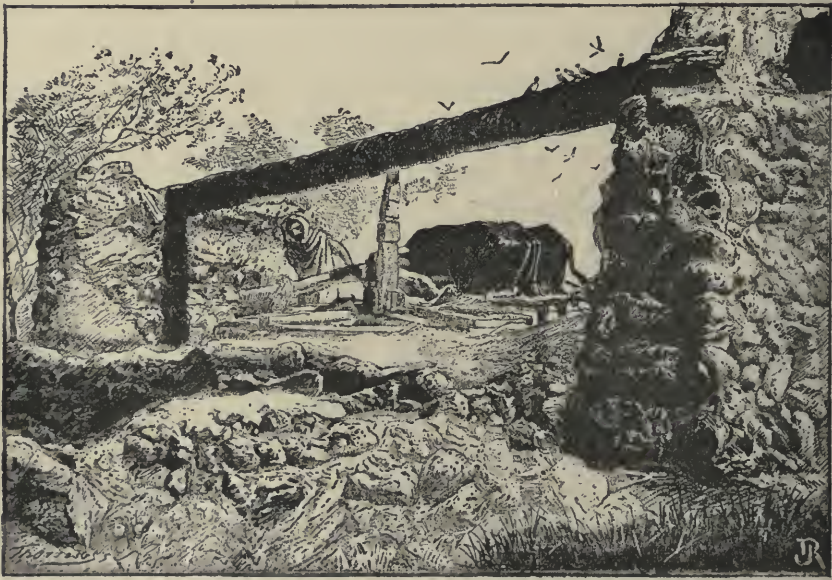
Otra clase de propiedad rural es la designada por el nombre de *Uakfs*, y comprende dos clases de bienes: los *hasbis* ó sean legados para fines benéficos hechos á favor de las instituciones religiosas, y los *ahli*, donaciones especiales para el sostenimiento de las mezquitas. Las leyes desamortizadoras de MEHEMED ALÍ no impidieron á los templos y corporaciones islamitas conservar y seguir adquiriendo bienes inmuebles, pues aun hoy se calcula que la propiedad amortizada por tal causa, asciende á más de quince mil *feddanes* de tierras cultivables, con una renta de quince millones de pesetas. Supónese que esta cantidad sirve para edificar nuevas mezquitas, entretener el culto en las que existen y restaurar las que están en ruina: pero al ver el estado deplorable en que se encuentran casi todos los templos, bien se comprende que los productos de los bienes religiosos deben emplearse para fines más en armonía con el interés privado de sus administradores.

Una tercera clase de propiedad agrícola consiste en los bienes llamados *Abadieh*, procedentes de donaciones de tierras incultas hechas á particulares, para que en el término de tres años las pongan en estado de cultivo. No pagan tributo alguno durante este tiempo, y sólo después se exige el diez por ciento de sus productos. Estas fincas, en cuya designación se han cometido grandes abusos, se encuentran generalmente en manos de los Bajás y personas influyentes del país. No he podido averiguar la extensión superficial que tienen, ni lo que pagan al Estado, pero es opinión general que la mayor parte nada tributan, por permanecer ocultas á las averiguaciones del fisco.

Las tierras que quedan libres, muy pocas con relación al número de personas que deben vivir de su producto, están distribuídas entre los *fellahs* sólo á título de usufructuarios mientras paguen las contribuciones, que ascienden al veinte por ciento de su producto para el Estado, y varias cantidades para cargas provinciales y locales. Según los preceptos del Corán, á la muerte de un cre-

yente sus bienes inmuebles deben pasar al común de los fieles, cuyo dominio representa el Gobierno; pero este precepto no se cumple ya; una ley egipcia de 1857 dispone, que el pariente más próximo del difunto puede reclamar con preferencia los bienes de éste, mediante el pago de un derecho próximamente de cuatro pesetas por cada *feddan* de tierra.

Los árboles plantados por el dueño ú ocupante de un terreno, las casas de labor ó de recreo, y las norias y otros aparatos de riego, pasan á poder de su sucesor legal, sin pechar nada.

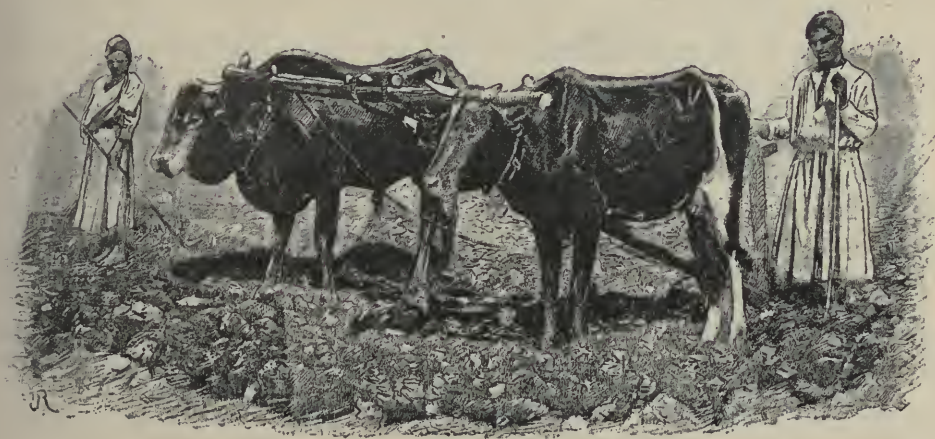


Noria.

El derecho de ocupación y usufructo de las tierras, puede ser traspasado de un individuo á otro, vendiéndolo, alquilándolo ó hipotecándolo, pero en cada caso el Gobierno debe intervenir en el contrato y aprobarlo. Las tierras hipotecadas que no se redimen, pasan á los quince años á ser propiedad definitiva del prestamista. Finalmente, el Gobierno tiene derecho á ocupar todos los terrenos que necesite por causa de utilidad pública, ó sea para construir caminos, canales ó diques; y cuando así lo efectúa, indemniza á los dueños que expropia dándoles una pieza de tierra análoga á la que perdieron, en otra parte del distrito. Estas son, sumariamente expuestas, las principales bases sobre que descansa la organización agraria en Egipto.

Los cultivos varían bastante, según la clase de terrenos en que se efectúan. Desde luego hay que notar la gran diferencia que existe entre los valles del Nilo y la región del Delta, pues los primeros, sujetos á la inundación del río que los cubre de Marzo á Septiembre, sólo se cultivan en invierno, al paso que la otra, libre de las aguas y mucho más fresca por la proximidad del mar, es susceptible de cultura en todas las épocas del año.

En el Bajo Egipto se pueden obtener las mismas cosechas que en nuestra Andalucía, pues se dan hasta vides, aunque en corto número y de mala calidad. Todos los vegetales de nuestra zona crecen en aquélla, no faltando ninguna de las legumbres á cuyo consumo estamos acostumbrados los europeos. También los árbo-



Fellah arando.

les frutales abundan, pero sus productos carecen en general de aroma y sabor, exceptuando el naranjo, cuyo riquísimo fruto compete con el mejor de China.

En el Alto Egipto, y en todas las llanuras del Nilo, se cultiva preferentemente el trigo. Cuando los campos se han fecundado con la crecida del río, quedando empapados y abonados con el limo que deja la corriente al volver á su ordinario cauce, le basta al labrador egipcio revolver la tierra con su arado, y depositar en ella el dorado grano, sin que abrigue duda de la próxima y abundante cosecha. La producción del trigo ha menguado en Egipto desde la conquista árabe, ya porque otros cultivos se hayan introducido en el país, ó porque por incuria y por obra de los enemi-

gos de Egipto que rompieron sus diques, buena parte de las tierras del Delta hanse convertido en pantanos.

Llamóse en la antigüedad á Egipto el *granero de Roma*, porque de Alejandría salían las naves que surtían de trigo á la Ciudad Eterna. Celosos de conservar aquella fuente de riqueza, los romanos prohibieron que ningún patricio pudiera ir á Egipto sin permiso del Senado, orden que sólo estaba justificada por razones económicas que explica TÁCITO al hablar en sus *Anales* del viaje de GERMÁNICO. Nos cuenta que TIBERIO se quejó amargamente en pleno Senado de su conducta, «porque AUGUSTO, entre otros secretos de su gobierno, había constituido á Egipto como provincia separada, prohibiendo á los senadores y á los caballeros que lo visitaran sin permiso del Príncipe. En efecto, quien se apodere de este reino podrá matar de hambre á Italia, y aunque no tuviera más que un puñado de hombres, fortificándose en los lugares que son como las llaves de la tierra y del mar, se defendería contra los ejércitos más fuertes.»

Egipto había alcanzado tal prosperidad, merced al genio de sus Monarcas, en tiempo de las grandes dinastías nacionales. La obra de canalización del país fué por ellos emprendida, con objeto de dar á la agricultura mayor cantidad de tierras cultivables, y aun procuró su solicitud importar de lejanos países las plantas y árboles que pudieran ser útiles al reino. Un ejemplo de esta verdadera aclimatación agrícola, que data de hace treinta y seis siglos, y puede, por tanto, considerarse la primera en el mundo, tenemos en una de las esculturas murales del templo de Deir el Bahari en Tebas. La reina HATASÚ envió una expedición á Pun, hoy conocido por el nombre de costa de los Somalis, al extremo del mar Rojo, que en la antigüedad tuvo gran fama por los perfumes, los árboles resinosos y odoríferos, el ébano y el oro que producía. La expedición, según MARIETTE, tuvo por objeto apoderarse de todas las riquezas que pudiera recoger, para conducir las á Tebas y depone las en el templo de Ammón. Ningún obstáculo parece que se opuso á la marcha del pequeño ejército enviado con este fin á las costas del mar Rojo. De grado ó á la fuerza, muchos de los principales habitantes del país se embarcaron en la flota egipciá, para ir á ofrecer á los pies de la fastuosa Regente, las pruebas materiales de su sumisión. Los bajo-relieves de Deir el Bahari representan los principales episodios de esta campaña, entre los cuales se

ven los indígenas de Pun abandonando sus casas cubiertas por blanca cúpula, para llevar á los buques egipcios los productos de su suelo y de su industria. Unos amontonan grandes cantidades de goma, y otros transportan árboles arrancados con sus raíces, que colocan en cajas llenas de tierra para que no se sequen y mueran durante el viaje. Este animado cuadro de la vida agrícola en época tan remota, fué una de las cosas que más llamaron mi atención en las correrías que hice por el Alto Egipto.

Estos esfuerzos en pro de la producción indígena y aclimatar la de otros países, no fueron sostenidos en épocas posteriores. Hoy el campo egipcio es horriblemente monótono, pues sólo se ven en los aires la eterna palmera con las hojas cubiertas de amarillento polvo, y sobre el suelo, ó los charcos cenagosos que deja la inundación, ó las verdes é iguales llanuras de trigo y de *bersim*. Contribuye á esa monotonía la cos-



Acequia.

tumbre que tienen los *fellahs* de no agrupar las palmeras: dejan un tronco solo, alto, pelado, nudoso, con un penacho de hojas en la cima que no da sombra alguna á la tierra. Únicamente en tres ó cuatro lugares, y recuerdo los de Ramleh y Bedrechín en este momento, me ha sorprendido hallar bosques de palmeras; el espectáculo es, en este caso, admirable. Junto á los enormes troncos crecen los retoños cubriendo la tierra con sus verdes hojas, se llena el lugar de bellos contrastes de luz y sombra al interceptarse entre las palmas los rayos del sol, y el rendido viajero que llega del de-

sierto ó de los valles, puede detenerse bajo estos espesos bosques, que son verdaderos oasis que le convidan al descanso. La palmera aislada es fea durante el día, la perjudica la gran cantidad de luz, sus contornos se pierden en el espacio. Sólo á la caída de la tarde, durante el breve crepúsculo, realza su esbeltez y muestra los tonos de sus matices, en el fondo apenas teñido de aquella límpida y purísima atmósfera.

Es considerable el número de palmeras existentes en Egipto; ellas forman uno de los principales conceptos de la riqueza del país. Se calcula que cada árbol rinde un producto de ochenta pesetas anuales: el Gobierno impone una contribución de veinte pesetas por palmera. Es verdad que de este árbol todo se aprovecha, las hojas jóvenes, las viejas, las fibras, la corteza, la barba y, finalmente, su fruto.

Ya imaginarán mis lectores cuánto abundan los dátiles en Egipto. De ellos se conocen hasta veintisiete clases, que ordinariamente figuran en todos los puestos de venta. Los mayores llegan á tener unas tres pulgadas de longitud, se llaman *ibrimi* y proceden de la Alta Nubia. Los llamados *amhát*, de color rojizo oscuro, son los mejores para comer frescos, á causa de su delicioso aroma y poca acidez. Los demás dátiles son preferibles cuando han permanecido algún tiempo fuera del árbol, pues fermentan y adquieren un color oscuro y luciente, se ponen tiernos como pasas, y quedan, naturalmente, muy azucarados.

La cosecha de dátiles se obtiene en verano. La palmera florece en Marzo y Abril, y el fruto madura entre Agosto y Septiembre. No todo el producto se destina al consumo directo, utilizándose también para fabricar vino y extraer su alcohol. La importancia de esta cosecha puede juzgarse por su comercio exterior, pues para el extranjero se exportan anualmente dátiles por valor de más de un millón de pesetas.

Dos clases de cultivos han recibido cierta extensión en los últimos años: me refiero á la caña de azúcar y al algodón. La primera se produce principalmente en el Alto Egipto, y en los terrenos hipotecados del Jedive que administran las Dairas. Excusado es añadir que esta administración es un despilfarro; pues tratándose de tierras de buena calidad, bien regadas, con brazos para cultivarlas, y teniendo además magníficas fábricas para la extracción y refinado del azúcar, todos los años resultan pérdidas



RECOLECCIÓN DE DÁTILES





en el negocio. El Gobierno abona la diferencia y no se preocupa de ello, ya que en último término, sobre el pobre fellah de las inmediaciones han de caer las consecuencias del descuido ó del error.

El algodón se introdujo en Egipto desde la India en 1821, pero su cultivo no adquirió grandes proporciones hasta 1863, época de la gran carestía motivada por la guerra separatista de los Estados Unidos. Desde entonces hay grandes regiones en el Bajo Egipto dedicadas á producir este textil, que tiene su principal mercado en la ciudad de Zagazig. En España se recibe todos los años un número respetable de balas de algodón, más caro que el americano, pero que aventaja á éste en calidad.

No faltan árboles de sombra en las calles del Cairo y en las inmediaciones de Alejandría, dominando entre todos las acacias y los sicomoros. Los egipcios no se preocupan del ornato de campos y caminos, y no cuidan ni plantan árboles que no rindan fruto. Por tal causa no hay en el país otra madera, ni siquiera combustible, que la importada de Grecia y Turquía. Para alimentar el hogar, los labradores usan una especie de panes amasados con excrementos de vaca ó de camello y paja menuda.

La floricultura no es desconocida en Egipto. Quizás los géneros que se ven en aquellos jardines no son tan variados como en Europa, pero la calidad del producto supera al nuestro. Las rosas de Alejandría, como las de la vecina Alepo, tienen reputación universal por la brillantez de sus colores y la delicadeza de su aroma, del que se extrae esa exquisita esencia que tanto gusta á nuestras damas. Sin embargo, es difícil encontrarla pura, lo mismo en los bazares egipcios que en las perfumerías europeas: el buen perfume de rosa cuesta mucho y va á parar á los harenes.

Este cuadro de la organización agrícola en Egipto, del estado del campo y de sus productos principales, sería incompleto si no lo terminara con un bosquejo de la vida en la familia labradora, es decir, el *fellah*, y su interesante y desgraciada compañera, la *fellahina*.

El *fellah* es siempre pobre, nació adscrito al suelo como antiguo siervo de la gleba, y ha de morir sin que vislumbre siquiera horizonte de bienestar ó de mejora en el triste camino de su vida. La organización social le impide enriquecerse: la política le anula: la económica ó administrativa le saquea. En tales condiciones, con-

denado á no tener ambición, vegeta en los campos trabajando lo menos posible, y con frecuencia descarga sobre los hombros de su débil compañera las labores más duras de su oficio.

El *fellah* es ignorante, supersticioso y fanático. Crédulo por temperamento, acoge con la mayor facilidad todos los cuentos de consejas y de brujas, practica los sortilegios, está convencido de que un exorcismo á tiempo libra los campos de orugas. Más fre-

cuentemente que el musulmán de las ciudades, hace las cinco abluciones prescritas por el Profeta, y reza sus plegarias sobre una estera en medio del campo, vuelto hacia el Oriente, con la devoción que le inspira aquel grandioso templo que tiene por cúpula

el cielo y por naves los verdes rama-  
jes de las palmeras. Allí él siente á Dios, mejor que en los sucios patios de la mezquita de su aldea.

La habitación del *fellah* es pobre, y consiste en cuatro pequeños muros de adobe, que con dos troncos de palmera sostienen un techo de hojas de palma, de esteras ó de trapos, y recubierto de tierra. Como allí no llueve nunca, sólo debe



Habitación del fellah.

preservarse del sol y del calor. En el interior vense algunas esteras, una piel de cabra, cestos de mimbre, una cazuela de cobre, algunos cacharros y cubos de madera. Aquella choza no tiene más ventilación que la única puerta, delante de la cual su propietario construye una especie de pequeño corral semicircular, cerrado por una pared de barro, donde pone las aves domésticas.

La vida de aquellas gentes no puede ser más frugal. Forma la base de su alimentación el pan, amasado en forma de tortas cilin-

dricas muy delgadas con trigo triturado en molinillos de piedra. Las habas crudas, la cebolla y algunos vegetales más comunes, constituyen el diario de su mesa, en la cual la carne, el pescado y el vino siempre brillan por su ausencia. Los *fellahs* son aficionados al dulce y á las sustancias grasas, que emplean para varias salsas con que mojan el pan ó aderezan las legumbres. No usan platos, vasos, cucharas ni tenedores: creen que las manos bastan para servirse en la comida, pasando los alimentos de la cazuela á la boca con el solo auxilio de los dedos.

Hablemos ahora de la *fellahina*, cuyo estudio no deja de ser interesante. De ella puede decirse que nació al pie de una palmera y fué concebida á su imagen. Basta verla alta, esbelta, flexible y airosa, y se comprende que se haya dicho que el campo africano sólo produce dos frutos buenos: el dátil y la labradora.

Con todo, su existencia dista mucho de ser un idilio. No puede ser feliz; ha de trabajar como el hombre, y es su situación la más miserable á que el destino condenara á la mujer. En las ciudades y en los valles, la he visto amamantando á sus hijos bajo las tiendas de lona, ó guardando rebaños junto á su choza de tierra; en todas partes lleva en su frente ese sello de seriedad que imprime á los rostros la desgracia.

Jamás traspone los horizontes de la región donde naciera: la tierra que pisa es la misma que vió desde niña y guardará sus cenizas y las de sus hijos. Ni el Nilo cuando rebasa sus cauces, ni el desierto al arrojar sus trombas de arena, ni el Bajá que recarga los tributos, ni el Mudir que aumenta las exacciones, pueden arrancar la familia *fellah* del sitio donde se formara en la pobreza y vive en la miseria; unidos cielo y tierra, no conseguirían hacer emigrar de su nativo hogar á aquellas criaturas.

Tristes son los años de infancia de la pobre *fellahina*. El *fellah*, se inflama con los sentimientos de religión y patria, pero no guarda en su corazón un átomo de ternura para su familia. Tomó mujer, porque tiene menos precio y más inteligencia que un caballo, puede utilizarla labrando la tierra, cuida su persona y la convierte en instrumento utilizable para todos los fines de la vida.

¡El amor! Nunca supo el embrutecido egipcio qué Diosa ocupa su altar, ni qué incienso arde al pie del ara. El labrador vió un día una *fellahina* por el campo, tapada con blanco velo su cara, abierta la túnica mostrando el pecho al aire, y desnudo el pie que

había hundido en el lodo. ¿Habló acaso y su voz tenía en aquel momento un acento de ternura? ¿Las líneas esbeltas de su cuerpo despertaron en él livianos apetitos? ¿Miróla y el vivo destello de aquellos ojos negros encendió en su espíritu la pasión? Ni él lo sabe. Es hombre sin inteligencia, cuya materia atrofian las privaciones, y cuyo espíritu embarga la superstición. Buscó instintivamente el hogar de aquella joven, la hizo suya mediante el pacto que por irrisión llama la ley *pago de dote*, y la llevó á su *ash*, barraca miserable donde por tálamo nupcial pudo ofrecerle un lecho de hierba seca.

Allí nace la *fellahina*. Su cuna es ancha y espaciosa, formada por el suelo de la cueva y el lodazal de los campos vecinos en donde se revuelca con placer. La cuida su madre lo necesario para no dejarla morir de hambre, amamantándola cuando sus trabajos en el campo se lo permiten, en tanto que el marido, con la pipa en la boca, mira impasible á su mujer, hembra más que madre, cumplir sus funciones de tal, cuando no labra las tierras fecundadas por la inundación del Nilo.

Cuando la niña tiene fuerzas suficientes para sostenerse en pie, empieza á recibir en su cerebro en formación las primeras ideas y los primeros dolores. Cubren sus carnes, cuando no va con el cuerpo desnudo, miserables jirones que sirvieron antes á dos ó tres generaciones de muchachos. Duras tortas de pan negro, hojas verdes y malos dátiles, constituyen su diario alimento. No se lava nunca, y sus ojos y labios son infectos nidos de moscas que en ellos se posan, sin que la débil criatura tenga fuerza de espantarlas. Y lo peor es que el ideal de las madres consiste en ver á sus hijos llenos de suciedad, comidos por la porquería, como imágenes asquerosas que inspiren repugnancia, á fin de que las Uillis no vayan á reclamarlos en el coro de ángeles del paraíso de MAHOMA. Desean verles sucios y horribles para de este modo espantar á la muerte.

Siempre unida la niña á la sombra de su madre, comparte con ella los trabajos domésticos en la medida que sus fuerzas le permiten. Empieza por amasar con sus tiernas manos las tortas de excrementos que se utilizan como combustible: conduce á los sembrados el agua que sangra de los canales: cuida el rebaño de cabras paciendo en las márgenes del río, y, en una palabra, empieza á acumular la multitud de ocupaciones que han de convertir toda su vida en ominosa servidumbre.





FELLAHINA.

Pero desde los primeros días de su nacimiento hasta la entrada en la pubertad, época en que bajo la ardiente temperatura del Egipto la niña se convierte pronto en mujer, ¿cuántas criaturas pueden atravesar incólumes tanta miseria? ¿Á cuántas las enfermedades arrebatan alguno de los principales órganos de la vida, y las condenan á arrostrar desarmadas aquella existencia de suyo llena de trabajos é infortunios?

Las víctimas que todos los años causan las oftalmías, la viruela y el tifus, nadie las contó nunca en aquella tierra habitada por seres degradados y crueles que ni sienten la compasión ni saben lo que es amar. Es triste condición humana la contradicción constante entre la vida física y la moral, ya que donde la naturaleza es más espléndida, el paisaje más bello, la vegetación más rica, el cielo más azul y el aire más puro, allí gimen encadenadas á la roca de su miseria las razas más corrompidas, bajas y asquerosas, embrutecidas en lo físico por todos los vicios y degradadas en lo moral por todos los fanatismos.

La pobre *fellahina* debe sólo á su fuerte constitución el salir con vida de la adolescencia, y debe á la ventura salvar la vista de las nubes de moscas que anidan en sus párpados. Pocos cuidados la rodearon, cuando hasta su nacimiento fué una desgracia para la familia: claramente dice el Profeta en el Corán que ni Alah quiere hijas. Pronto se extingue el recuerdo de las niñas arrebatadas por la muerte, como verde espiga que no llegó á florecer siquiera: pero pasad por las calles de cualquier ciudad egipcia, y os penetrará en el corazón el dolor de ver tanta criatura con los ojos sin luz, apagados en las tinieblas por su falta de limpieza.

Apartémonos de este cuadro para buscar la *fellahina* ya mujer. Entonces cambia su manera de vivir, se viste á lo menos, y si no cubre todo el cuerpo, se tapa la cara, pues ordena la costumbre que no pueda salir de su casa sin llevar el negro velo en la cabeza que sólo deja á descubierto sus ojos, y la túnica azul rayada de blanco con que envuelve su airoso cuerpo. Si el vestir este traje es prenda de pudor y modestia, ó público anuncio del deseo de encontrar pronto un marido, vayan á averiguarlo los que se jactan de comprender la intención de las mujeres.

En todos los lugares de Egipto que he habitado, fué siempre mi paseo favorito ir á las últimas horas de la tarde por las riberas

del Nilo ó por la margen de los canales. Allá se ve llegar á las *fellahinas* á bandadas, como nube de avecillas parladoras que animan aquellas soledades. Altas, derechas, bien formadas, el cántaro ladeado en la cabeza, por la gracia de su andar, la gallardía de sus movimientos y la esbeltez de su cuerpo, eran para mí dignas de toda admiración. Con sus brazos torneados que sostienen el ánfora en la cabeza, son tipos que harían la felicidad de un escultor por la proporción de sus formas y la pureza de sus líneas. No gustarían sin embargo, á muchos europeos, que se figuran á la mujer árabe como la pintan las relaciones legendarias de Oriente. Les desagradaría sin duda ver aquellos cutis de color de chocolate y hasta bronceado; pero persuádanse que, en Egipto, por lo menos, se acabó la raza de las almeas, huríes y odaliscas que celebran los poetas y entretienen á los inocentes.

Coquetas á su manera, las *fellahinas* cuidan su persona en tanto no realizan el dorado sueño de toda joven, casarse. La *henna* con que pintaron sus manos, deja las uñas coloradas y lucientes: á veces se *tatúan* ó pintan algunas líneas azules bajo los labios y en los brazos: sombrean sus ojos con el polvo de antimonio, que los agranda y hace lucir con más brillo. Y si por azar se desprende el velo de la cabeza, llevado por el viento ó caído por distracción, asoman dos sedosas trenzas de negra cabellera recogidas en la espalda.

La *fellahina* tiene pasión por las joyas de plata. Constituye una de sus delicias adornar con brazaletes las muñecas y los tobillos, y llevar pendientes, cuyo peso acaba por romperle la oreja. Adora además, entre todas las piedras preciosas, las turquesas, prendidas en gruesas sortijas que lucen en sus dedos.

Es la mejor, sin duda alguna, esta época de su vida, porque no tiene aún ilusiones perdidas ni esperanzas muertas. Por desgracia tal situación dura poco tiempo. La *fellahina* va muy joven al tálamo nupcial: y ya mujer de su casa, empieza á sufrir nuevos martirios que le causan las necesidades de su existencia. Gravita sobre ella todo el peso de los trabajos domésticos. El marido, como buen oriental, profesa la teoría de que el descanso es la mejor felicidad en la tierra, y no compadece á su mujer ni la alivia en las faenas más duras del campo y de la casa.

Así pasa la vida la *fellahina*, vieja á los veinte años de edad, porque las fatigas doblaron su cuerpo, como el simún quiebra los



bananeros, y la maternidad le dió todas sus penas sin ofrecerle uno solo de sus goces. Cuando abatida por el trabajo del día, aquella mujer entra al anochecer en su cabaña, y prepara la comida de su familia, y envenena con el humo de su pestilente combustible la atmósfera que allí se respira, y acuesta sus hijos, y, por fin, entre el asno, las gallinas y el marido se tiende en el duro suelo y se entrega por instinto y sin pasión á su deber de esposa; cada vez que siente desprenderse de su sér un pedazo de vida y arrancarse á sus entrañas una existencia nueva, debe preguntar absorta al cielo, qué hizo ella, que ni amó ni fué amada, para recibir esa última consagración del amor que se llama la maternidad.

¡Pobre mujer! Todo en Oriente conspira contra ella. La religión, la cree imperfecta. La sociedad, la mira como un sér inferior. El hombre, la explota y la desprecia. En las clases altas, es esclava del harén. En las bajas esferas, víctima del trabajo. ¡Mala estrella presidía los destinos del mundo cuando fué creada!



Jardín de una casa egipcia, según la pintura mural de un sepulcro.





Una calle en el distrito franco.

## CAPÍTULO VII

**R**ECUERDO que entré en el Cairo por vez primera á las diez de la noche. Una berlina tirada por dos caballos me recogió en la estación del ferrocarril de Alejandría, llevándome por magníficas calles plantadas de árboles y bien iluminadas por numerosos mecheros de gas, hasta el pórtico de una gran fonda europea. ¿Y esto es la capital egipcia? me pregunté admirado. La ciudad oriental de mis ensueños, con sus calles estrechas y tortuosas, sus elevados alminares, sus turbas de árabes por las calles, y sus moras recatadas detrás de las celosías de una ventana, ¿ha cambiado de sitio por ventura? ¿Ó acaso, nuevo PAGANEL dis-

traído, erré mi ruta y creyendo internarme en Egipto, he desembarcado en alguna fastuosa capital de Europa?

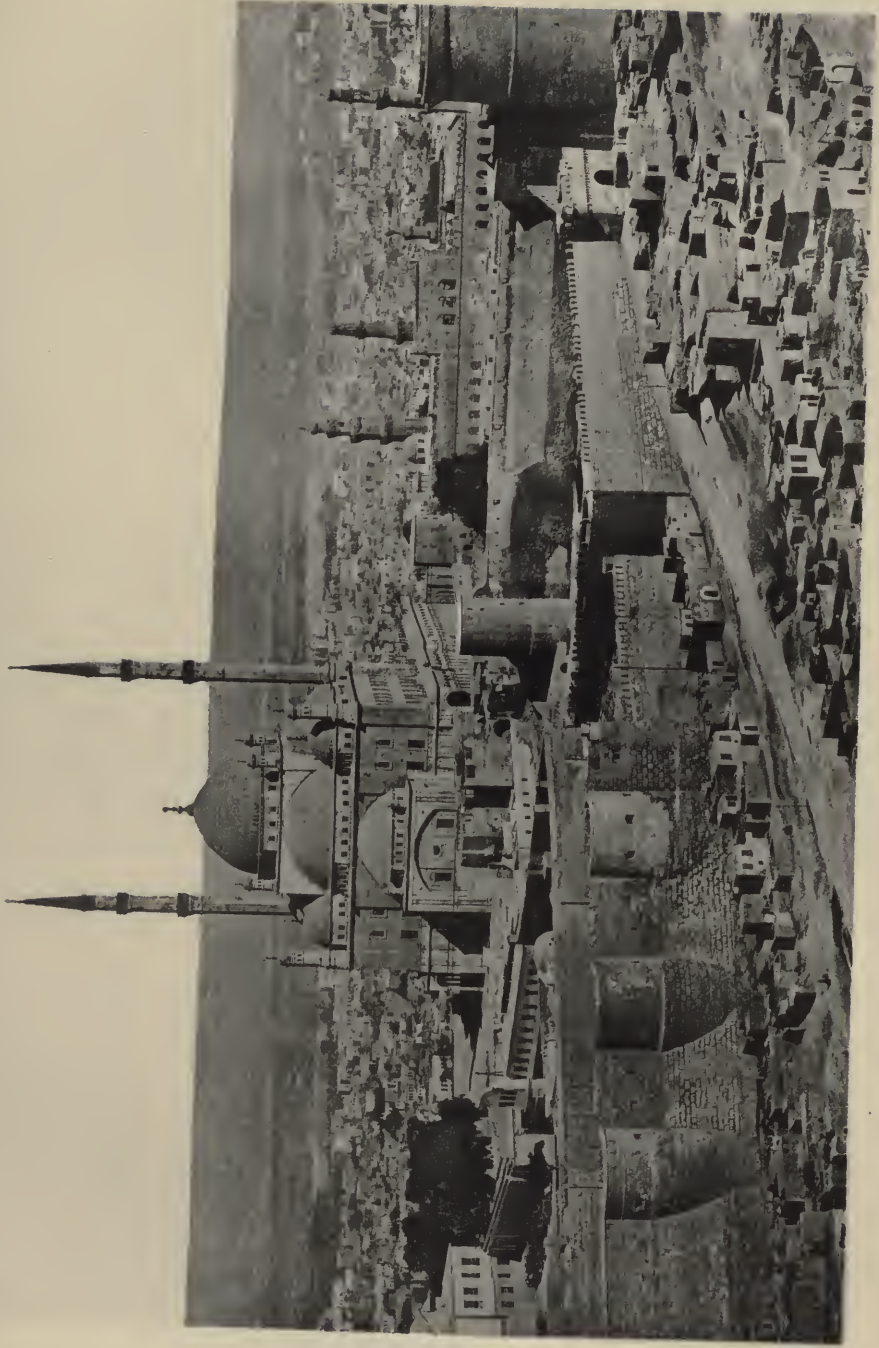
No. Aquello era el Cairo, es decir, la ciudad árabe transformada por la influencia europea, con sus calles anchas y tiradas á cordel, sus casas á la inglesa, sus servicios de alumbrado, riego y policía. Hasta los soldados que aloja en sus cuarteles pertenecen al ejército de S. M. Británica.

He vivido en el Cairo más tiempo que en ningún otro lugar de Egipto, y me pasa con esta ciudad lo que á un diplomático extranjero destinado á Londres: al mes de llegar á la capital creía tener elementos bastantes para hacer un libro, pero al año no se sentía con fuerzas para escribir una carta. Id á la ciudad cairota, permaneced en ella uno ó dos meses de invierno distrayéndooos con los medios naturales en toda población civilizada de alguna importancia, y á la vuelta á Europa podréis contar que no hay diferencia alguna entre aquella capital y cualquiera ciudad de cien mil almas de nuestro continente. Estaréis en perfecto error, porque el Cairo os será enteramente desconocido.

Imposible hacerse cargo de cuanto encierra la capital egipcia, ni abarcar la variedad de elementos que la constituyen, sin residir en ella algunos meses. Dividida en tres grandes agrupaciones por sus distritos franco, turco y árabe, la vida en cada uno de estos distritos es enteramente distinta. Creeríase que un capricho de los hombres ha juntado un barrio de París y otro de Constantinopla á un tercero de África, obligando empero á sus habitantes á conservar todos los propios caracteres de su nacionalidad.

Veamos el distrito franco. No hace muchos años comprendía la sola calle que se llama Musky, del que han desertado los europeos para fundar un hermoso barrio junto al Esbekieh, llamado de Ismailieh. Los terrenos que ocupa eran desiertos arenales donde se efectuaba la bárbara ceremonia del *dohze*, y en una depresión de los mismos había un estanque alimentado por las filtraciones del Nilo. Hoy, merced á las liberales donaciones hechas por el fastuoso ISMAEL á sus cortesanos europeos, sobre aquellos arenales se levantan soberbios palacios alineados en anchas y umbrosas vías, y aquel lago de aguas corrompidas es el magnífico jardín del Esbekieh, que para esparcimiento de los extranjeros ofrece mil distracciones con sus cafés al aire libre, sus músicas y sus teatros.

El actual distrito franco no comprende únicamente el barrio de Ismailieh. Extiéndese por el Norte hacia la estación de Alejan-



VISTA DEL CAIRO



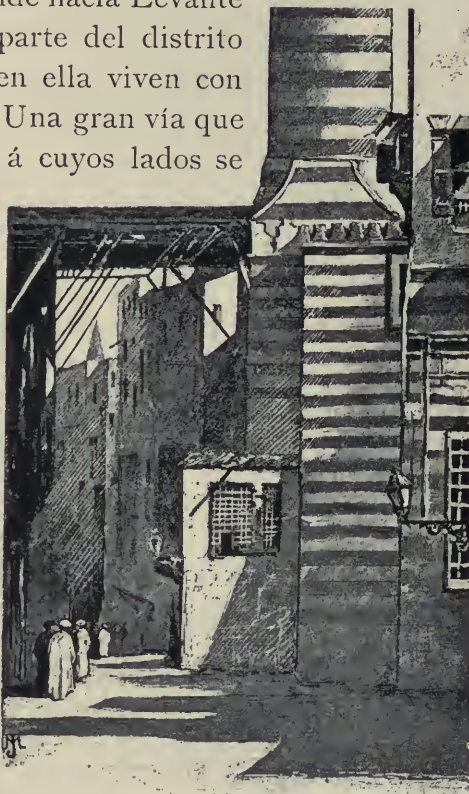
dría, en cuya parte se encuentran las principales tiendas y un gran número de cervecerías servidas por jóvenes austriacas y valacas. Los cafés abundan también, y en ellos varias orquestas de muchachas húngaras distraen á los parroquianos. Ni tampoco faltan por aquellos sitios numerosas *tertulias*, con cuatro ceros en la ruleta y un par de griegos de nacionalidad y de profesión para desbalijar al inocente que vaya á tentar la fortuna.

Al extremo de este barrio, desde la plaza llamada Punta Redonda, se extiende hacia Levante una calle que forma también parte del distrito franco. Se llama Faggalah, y en ella viven con preferencia familias levantinas. Una gran vía que sigue esta calle es la *Abbasieh*, á cuyos lados se han construído muy buenas casas en estos últimos años.

Por el Oeste hay un gran barrio, actualmente en construcción, del que á mi salida de Egipto hace pocos meses no existía más que el trazado de las calles y dos casas. Se llama el Teufikieh en honor al Jedive que hoy reina en Egipto.

El distrito turco se extiende hacia la parte meridional del Cairo. Nada tan triste como sus calles, generalmente desiertas, y sus casas grandes y destartaladas, sin arquitectura alguna, sólo mostrando al exterior un alto muro y una puerta guardada por celosos criados, ó una línea de ventanas cuidadosamente cerradas con espesas rejas de madera.

En este barrio no hay tiendas, ni se ven más puertas que las de entrada á las casas y las cocheras. Largos trozos de las calles están limitados por la pared protectora del santuario del señor turco que allí mora. Lo único que alguna vez rompe la triste monotonía de aquellos sitios, son las tertulias que forman los eunucos sen-



Calle en el distrito turco.

tados junto á las puertas de los palacios, ó la súbita aparición de algún cupé tirado por dos magníficos caballos, que conduce á las señoras de un harén. La codiciosa mirada del extranjero penetra en su interior para ver la cara de la beldad musulmana, pero generalmente sólo consigue topar con unos ojos negros, que le miran con curiosidad no desprovista de malicia.

Más importante que el barrio turco es en el Cairo la parte de la ciudad habitada por la población árabe, porque ella conserva todavía los rasgos típicos de la raza. En este barrio se ven los monumentos, las mezquitas, los bazares: por sus calles reina continuamente el bullicio y la algazara: codéanse el árabe con el fellah, y el nubiano con el levantino, ofreciendo un animado cuadro de la vida oriental en su acepción más genuina.

Las calles árabes del Cairo son estrechas y tortuosas, y en su pavimento nunca penetra el sol, pues lo protegen anchos toldos de madera ó lona colgados á regular altura. Las casas son bajas, pequeñas, sucias, y tienen todas su correspondiente tienda donde el industrial trabaja ó el mercader vende sus productos, que exhibe sobre el mostrador. Los compradores no necesitan entrar en los almacenes; escogen los artículos y los contratan desde la calle.

Como todos los orientales, los árabes se agrupan por gremios, y cuantos ejercen una misma industria suelen vivir en una misma parte de la ciudad, sistema que hasta cierto punto no deja de ser cómodo para los compradores. Los zapateros tienen su bazar, y es inútil entrar en su calle si no se quieren comprar babuchas. Los fabricantes de objetos de cobre, que se usan mucho entre los árabes, viven también en calle separada, é igual pasa á los joyeros, los sastres, los vendedores de esencias, los de tabaco, todos los industriales en una palabra. Algunos de aquellos bazares tienen en el Cairo gran reputación, pero sólo á uno consagraré algunas líneas, y es el Khan Kalil.

Este bazar tiene por principal objeto la venta de tapices árabes y de antigüedades, pero como suelen frecuentarlo mucho los extranjeros que visitan el Cairo, ha perdido el carácter nacional ó indígena que antes tenía, y ha caído en manos de los judíos y los persas. Forma dos largas calles, con tiendas á derecha é izquierda. La primera está ocupada principalmente por las alfombras, cuyo mayor almacén fué hasta hace poco tiempo el de mi amigo ABDALAH. Era el primero de la derecha, y consistía simplemente





Una calle en el Cairo (barrio turco).



en un patio, donde se guardaba un número increíble de tapices, formando altas pilas que llegaban hasta las ventanas del primer piso de la casa. Lo notable de aquella tienda era la formalidad con que ABDALAH hacía sus ventas. Era éste un hombre original en su clase: árabe mezclado de negro, siempre vestido de verde y amarillo, con el rosario en la mano y la taza de café en los labios. Tenía alguna vez buenos tapices, pero los enseñaba poco y prefería venderlos á los harenes turcos. En su patio guardaba las peores alfombras caramanis y de Esmirna, que llamaba antiguas porque estaban rotas, y por cada una de las cuales pedía exorbitante cantidad de libras esterlinas. Cien duros era su precio favorito, que aplicaba muchas veces á un mal trozo de tapiz que no valía cinco. Naturalmente, los inocentes viajeros que conseguían comprarle una de sus alfombras por la mitad del precio pedido, salían muy satisfechos creyendo haber hecho un buen negocio, y ABDALAH por su parte daba gracias á Alah que con sus inescrutables diseños ha hecho imbéciles á tantos europeos.

ABDALAH ya no existe, quiero decir, acaba de quebrar. Me extrañó la noticia cuando me la dieron, porque le creía muy rico á juzgar por lo mucho que ganaba, pero pronto averigüé que si tuvo buenos negocios en su patio, los hizo malos en su casa. Era muy aficionado al sexo débil, y montó su harén con tanto lujo, que las mujeres le comieron cuanto poseía.

En la segunda calle del Musky se venden objetos antiguos, entendiéndose por tales los que son viejos, sucios, rotos y sin aplicación alguna. En una de sus primeras puertas hay un judío que se dice español, y que en un gran cartel colgado en lo alto de la tienda se anuncia como *casa de confianza*. ¡Bueno es el amigo COHEN! Varias veces fuí á su casa á ver antigüedades egipcias y nunca hallé más que objetos falsos fabricados por los árabes de Luxor.

Las tiendas persas suelen á veces exhibir buenas armas, pero sus dueños piden por ellas precios inverosímiles. Más baratas venden las cotas de malla y cascos iramitas, pero ya se comprenderá que son imitaciones más ó menos acabadas de las antiguas armaduras persas.

En resumen, lo mejor que puede hacer el viajero en el Khan Khalil y en todos los bazares del Cairo, es visitarlos y no comprar nada, si quiere evitar á su amor propio la molestia de saber luego que ha sido estafado.

La capital egipcia es interesante, vista de noche á la luz de la luna. En las enredadas callejuelas de sus barrios árabes se ven entonces los más extraños contrastes de luz y sombra: agrándanse los objetos que aparecen en fantástica forma: los alminares de los templos recobran su negra silueta entre los pálidos reflejos del astro, que luce con todo su brillo en la pura atmósfera de aquella región. En noches de luna llena, los extranjeros que habitan el

Cairo son muy aficionados á organizar estas correrías, á las que con frecuencia se unen señoras, y montados los expedicionarios en sendos borricos, recorren los más apartados rincones de la ciudad cairota turbando el reposo de las desiertas calles. El espectáculo es curioso y divertido.



R

Aguador.

Tiene el Cairo como anejos algunos barrios que á pesar de estar unidos á la capital parecen pueblos de ella separados. Uno de ellos, el más importante, es Bulaq, situado á la orilla misma del Nilo detrás del Teufikieh. Este barrio, que contiene más de 60.000 almas, es una agrupación de viviendas árabes con todos los primores de las ciudades orientales. En él no ha penetrado aún la civilización europea. Sus casas son pequeñas, sucias, hediondas; por las estrechas y tortuosas calles, llenas constantemente de

perros é inmundicias, pululan sus habitantes, que afanosos se agitan y atienden á sus ordinarias ocupaciones. En las esquinas instala el cafetero ambulante sus bancos de madera y sus vasos de cobre donde bulle el negro líquido: los anchos muros embadurnados con fajas blancas y encarnadas, señalan el lugar de las mezquitas, que elevan al aire sus ennegrecidas torres como si fueran centinelas de las casas. Basta ver á Bulaq para conocer la vida árabe en sus más visibles manifestaciones.

Sin embargo, aquel barrio ha perdido mucho de su importancia desde que la reciente insurrección sudanesa acabó con el comercio que se hacía siguiendo el curso del Nilo. Todos los productos del África central que consumía Europa, como las gomas, los marfiles, las maderas tintóreas y varias resinas y plantas, tenían fácil vía de exportación con los *muggars* sudaneses y nubianos que descendían por la corriente del gran río africano hasta anclar en los muelles de Bulaq. Grandes almacenes recibían aquellos productos, de que comerciantes y corredores judíos ó levantinos pronto se incautaban, para darles rápida salida á los puertos del Mediterráneo. Con este tráfico obtuvo la población del barrio cairota buenas utilidades, manteniendo en la ribera importantes talleres de embalajes y otras industrias accesorias, y dando vida á multitud de barqueros, cargadores y demás operarios que animan los puertos de mar.

Hoy, por desgracia, las márgenes del Nilo aparecen por aquella parte en tranquila calma. Apenas se ven flotar en sus aguas algunas *dahabias* de las que en invierno toman pasajeros para subir al Alto Egipto, pocos buques de carga que transportan granos á Asiut, y escasas barcas fletadas para llevar víveres á las tropas expedicionarias de la invasión inglesa. Bulaq sufre las

consecuencias de la rebelión mahdista, no siendo fácil adivinar cuándo acabará su actual miseria, pues por un lado no ha de concluir tan pronto la guerra que agita el Sudán, y por otro, si los productos de esta región empiezan á hallar salida desde los puertos del mar Rojo, no han de volver luego á seguir la antigua vía comercial del Nilo.

Otro de los barrios exteriores de la capital egipcia es Fostat, mejor conocido por el nombre árabe de Masr el Atica ó sea el *Viejo*



Vendedor de aceite.

*Cairo.* Extiéndese por la parte Sur del distrito turco, detrás del pequeño canal llamado Khalig que antes surtía de agua á toda la ciudad, y consiste en una pequeña agrupación de viviendas miserables perdidas entre el polvo y la arena que cubren toda aquella parte de la población. Tiene importancia por suponerse que ocupa el lugar de un antiguo castillo romano, denominado *Babilonia*, que los prefectos imperiales mandaron construir para asegurar sus lí-



Interior de una iglesia copta.

neas de comunicación por el Nilo; y además por haber sido el asilo de los coptos cristianos en los azarosos tiempos de la persecución árabe.

Su recinto, aun guardado por las murallas y protegido por gruesas puertas de madera claveteadas de hierro, encierra una antiquísima iglesia, sin duda perteneciente á los primeros siglos del cristianismo. Está dedicada á Santa María, cuya imagen pintada al estilo bizantino se ve en el altar junto con las de otros varios santos. La nave es espaciosa y está adornada con bellas columnas

de mármol de Italia, que debieron servir antes á algún monumento romano.

En las bóvedas de la iglesia, correspondientes á los cimientos del altar mayor, hay dos pequeñas grutas llenas de tradiciones cristianas, según explica el sucio copto que se impone como guía al viajero en aquel templo. Tienen estas grutas tres nichos semejantes á los hornos de cocer bollos, que, dice el copto, sirvieron á Jesús, á la Virgen y á San José de lugar de refugio cuando escapaban á la furia de sus perseguidores. La noticia es asombrosa por lo rara y por lo barata, pues sólo cuesta un real de propina que suele darse al ilustrado *cicerone*.

Á cuatro kilómetros de distancia del Cairo, en dirección al Norte, se encuentran las ruinas de Heliópolis. No queda mucho de la antigua On, en donde el culto del Sol adquirió gran importancia merced al desarrollo de la escuela sacerdotal establecida en su famoso templo, del que sólo se han salvado los muros de ladrillo crudo que lo circunvalaban y el famoso obelisco de USIRTASEN, el más antiguo de cuantos existen en Egipto. Data esta aguja del tiempo de la XII dinastía diospolita, que reinó veintiocho siglos antes de la Era cristiana, y en sus cuatro caras, perfectamente pulidas y trabajadas, hay en bajo relieve la famosa inscripción modelo de estilo y de escritura:



Obelisco de Usirtasen.

RA KHEPER KA (USIRTASEN I), *Rey del Alto y Bajo Egipto, Señor de las diademas é hijo del Sol, á quien los espíritus sagrados de On adoran, erigió esta columna el año primero de las fiestas de Set.*

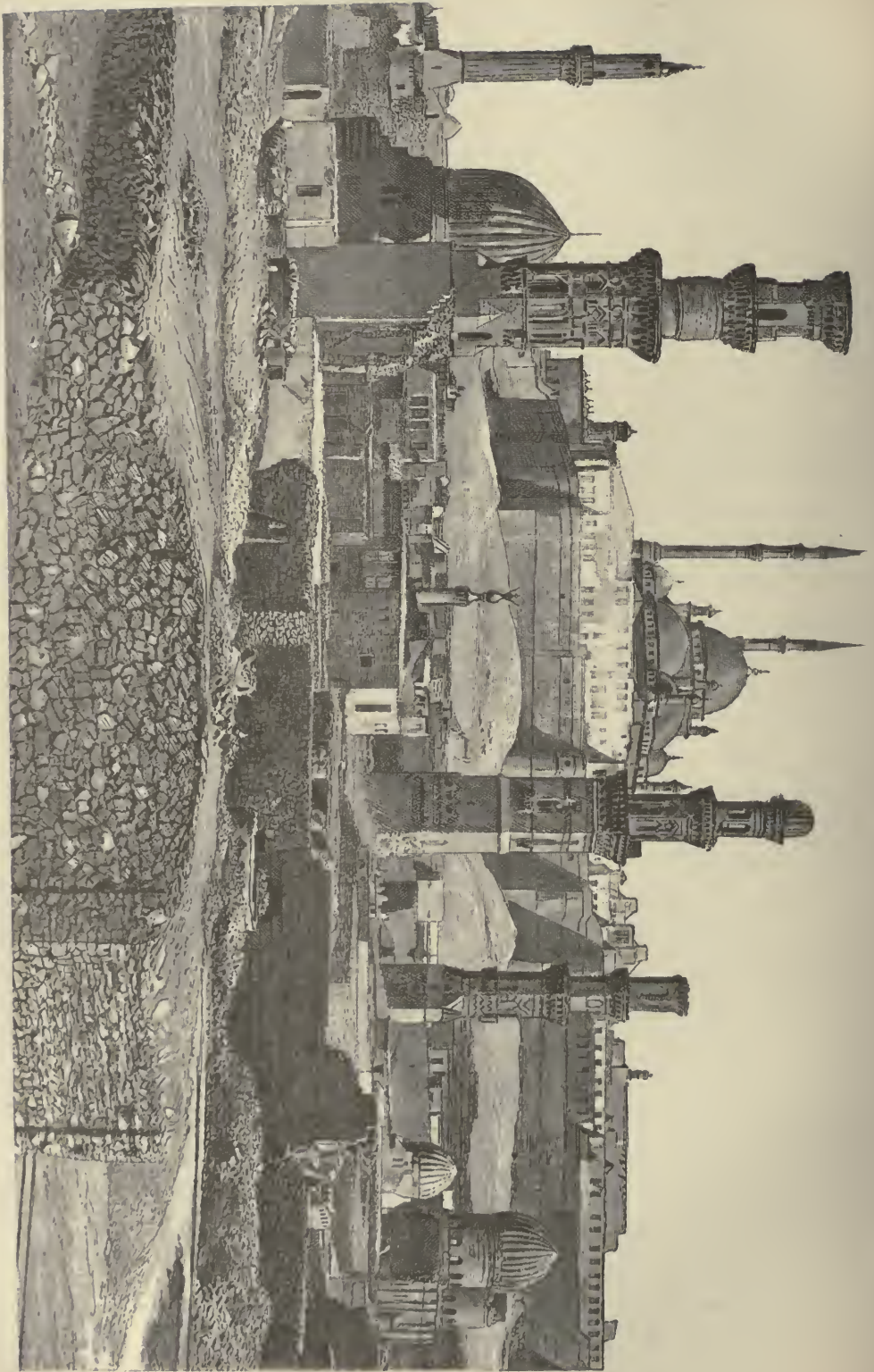
Aquellos lugares inmediatos á Heliópolis están llenos de antiguas tradiciones de los tiempos bíblicos, salvadas del naufragio en que perecieron las ideas cristianas al apoderarse del país los secarios del Islám. No lejos de sus ruinas, situado en el borde de un camino y protegido por mezquina verja de madera, vese un centenario sicómoro de amarillentas hojas, en cuyo tronco la Virgen María encontró también abrigo cuando huía de sus perseguidores. Así lo dicen los miserables *fellahs* de los alrededores al exigir del viajero el inevitable *bakshish*, sin tener en consideración que aquel árbol revela no contar más de 300 años.

No faltan monumentos en la capital egipcia, que le legara el arte desarrollado en época de sus Sultanes. Por desgracia la incuria de los pasados siglos es causa de que muchos de ellos aparezcan en total ruina, siendo inútiles los esfuerzos que para repararlos hoy se hacen. Es ciertamente lastimoso que tal haya sucedido, pues de todos los territorios sometidos al poder musulmán, ninguno como Egipto tuvo el privilegio de poseer Monarcas ilustrados y poderosos que para atender á las necesidades de la guerra ó emplear los ocios de la paz, consagraran su esfuerzo á dejar á las generaciones venideras vivientes testimonios de su actividad y de sus progresos.

De los monumentos que hoy existen en el Cairo, el que más llama la atención por su apariencia exterior es la Ciudadela. Edificóla el Sultán SALADINO, el héroe musulmán de las guerras contra los Cruzados. Está construído con piedra extraída de las pirámides de Guizeh, sobre una alta colina dominando la ciudad. Una puerta de arquitectura árabe, que flanquean dos torres almenadas, da acceso á su recinto por la parte de Occidente y paso á un estrecho y tortuoso corredor, que sube á las explanadas del castillo. En este pasadizo ocurrió en la noche del 1.º de Mayo de 1811 el famoso asesinato de los jefes mamelucos que tenían en continuo jaque el poder naciente del Jedive. MEHEMED ALÍ los convidó á todos á un suntuoso banquete que él mismo presidía, y cuando entrada la noche sus huéspedes, tres ó cuatrocientos en número, iban á retirarse saliendo de la Ciudadela, fueron atacados por los genizaros albaneses y muertos sin piedad. Sólo uno de







LA CIUDADELA DE SALADINO.

ellos, el bey EMÍN pudo salvarse despeñándose con su caballo por una de las brechas de la muralla, y todos los *cicerones* del Cairo muestran hoy á los viajeros el montón de ruinas existente á la izquierda de la entrada, que conserva el nombre de *salto del mameluco*. Los saltos maravillosos efectuados por jinetes árabes son conocidos en muchas comarcas y guardados por numerosas tradiciones más ó menos fantásticas; pero en el caso presente no cabe dudar de su autenticidad.

La Ciudadela del Cairo vió volar sus edificios á causa de una explosión del polvorín, ocurrida en 1823. Entonces quedaron destruídas las antiguas construcciones de SALADINO, y en su lugar el jefe de la dinastía Jedivial reinante mandó levantar una mezquita por el plano de Santa Sofia de Constantinopla. El edificio es suntuoso pero carece de arte, y sólo muestra como obra atrevida sus dos alminares ó agujas delgadas y finísimas, que se lanzan al espacio á considerable altura.

Junto á la Ciudadela se encuentra la cordillera del Mokatam, parte de la cadena de montañas que corre paralela al Nilo por el lado de Asia. Aquellas montañas, de compacta formación calcárea, son utilizadas como canteras por los árabes de hoy, como lo fueron por los egipcios de la antigüedad. Desde el principio de sus estribaciones hacia el Gebel Ahmar y Heliópolis hasta la estación de Heluán, se encuentran numerosas cavernas, de donde los esclavos de los Monarcas memphitas y tebanos extrajeron la piedra que sirvió para levantar las Pirámides, y los innumerables monumentos de sus ciudades y necrópolis.

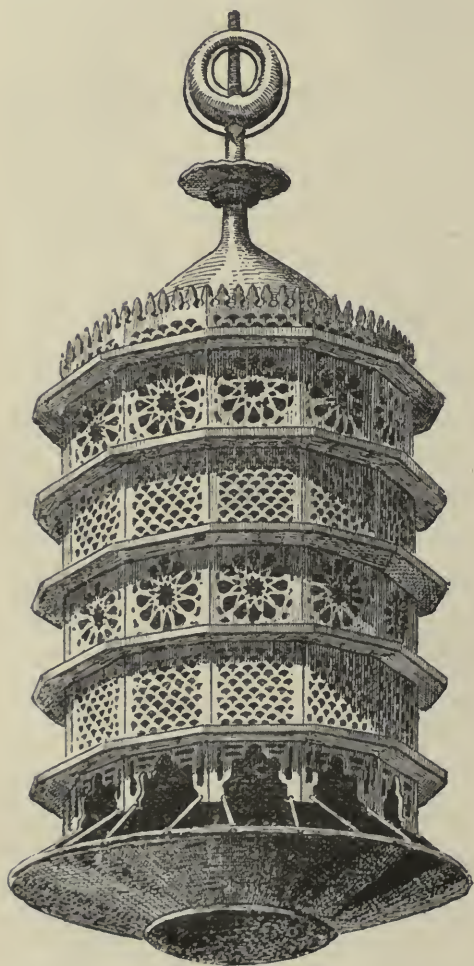
Desde lo alto del Mokatam se percibe el admirable panorama del Cairo. Varias veces al amanecer subí á aquella cumbre, y siempre quedé extasiado ante el hermoso espectáculo de la ciudad tendida á mis pies como inmenso hormiguero, del que sobresalían las elegantes cúpulas y los artísticos alminares de sus mezquitas. Más allá se ven las tierras verdes del valle egipcio; el Nilo, luciente y tranquilo como cinta de plata tendida sobre un campo de esmeralda; y más lejos aun, el sol perdiéndose en la blanca neblina del desierto hasta ir á ocultarse tras las enormes moles de piedra de las Pirámides. No sé si el espectáculo ha sido trasladado al lienzo, pero es ciertamente digno de la mano del mejor artista.

Á ambos lados de la Ciudadela existen algunos monumentos

que atraen la atención y merecen visitarse. Son los que llama el vulgo tumbas de los Sultanes y de los Califas.

Los sepulcros de los Califas se encuentran en el desierto, entre la cordillera del Mokatam y la Montaña Roja. Consisten en pequeñas mezquitas edificadas para guardar los despojos mortales de

varios Sultanes de las dinastías Bahrita y Circasiana, que gobernaron el Egipto desde 1382 á 1517. Las principales pertenecen al Sultán BARKUK, á FARAG, á SULEIMÁN ó SOLIMÁN, BURSBEY y KAITBEY. Estos Monarcas no sólo construyeron aquellos suntuosos mausoleos, que son de gusto exquisito, sino que crearon además para cada uno de los sepulcros una verdadera cofradía de sacerdotes encargados de su custodia y de mantener el fervor del culto y la diaria oración sobre las tumbas. Grandes propiedades fueron adscritas al mantenimiento de estos servidores, hasta que á principios del presente siglo fueron confiscadas por MEHEMED ALÍ. Como era de suponer, los sacerdotes se dispersaron, y desde entonces parece increíble que el abandono de aquellos templos haya podido causar en ellos tal des-



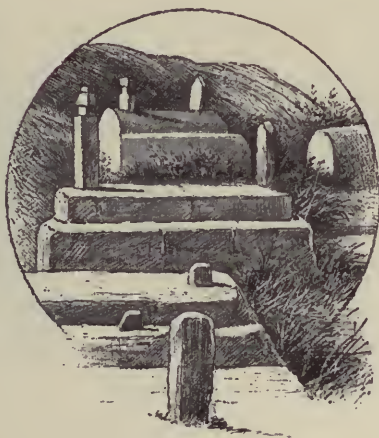
Lámpara del Sultán Barkuk.

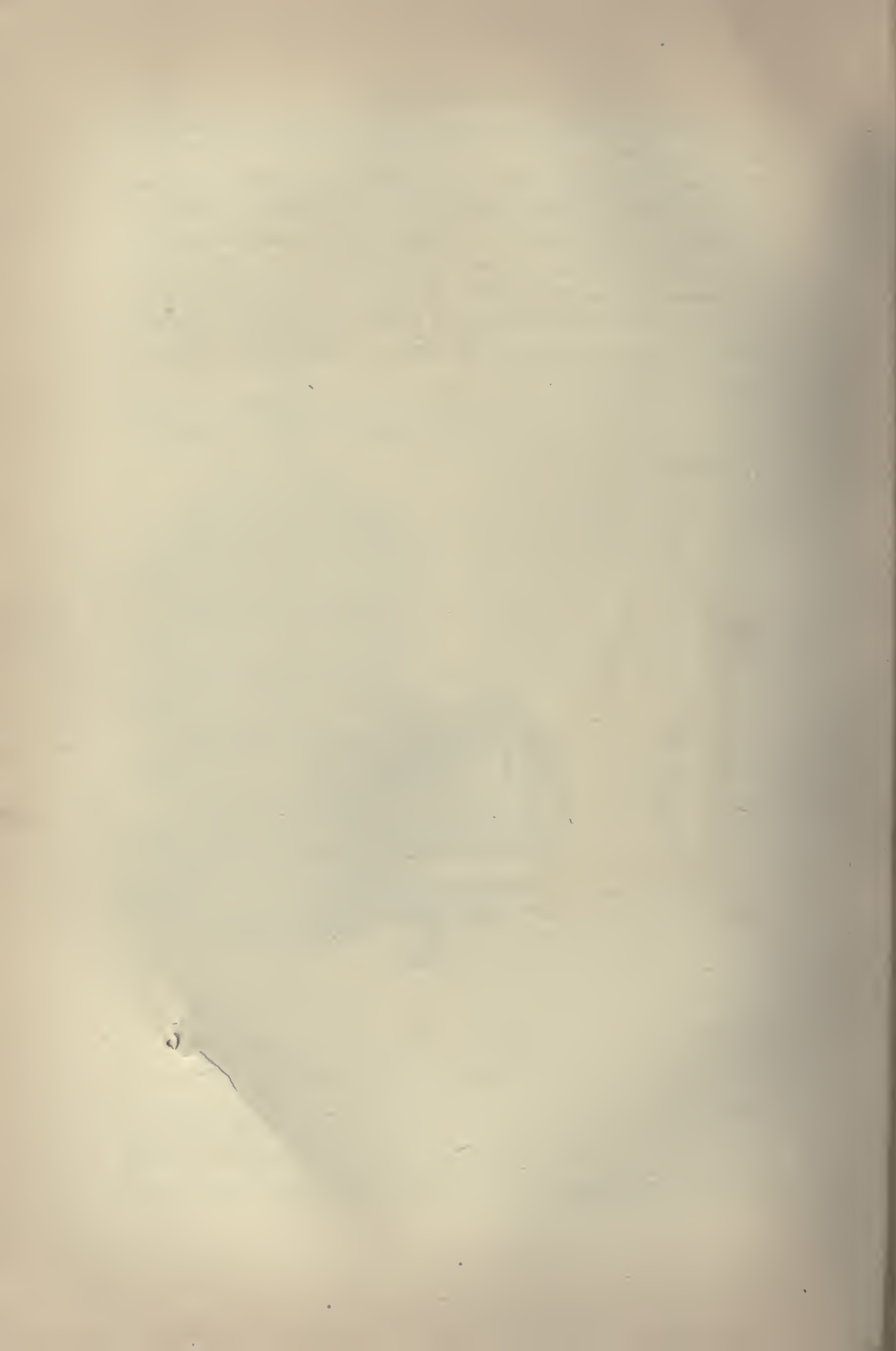
trozo. Todos caen en ruinas, no los cuida nadie, y los árabes ó los *fellahs* de las inmediaciones que necesitan piedra labrada van al sitio de los sepulcros y derriban una de sus paredes para llevarse los materiales. Pero hay más aun. Multitud de pordioseros y mendigos de la peor especie han tomado aquellos sepulcros por morada, en ellos viven, y cuando ven llegar viajeros para visitarlos

se imponen como guías y molestan hasta lo indecible con sus demandas de dinero.

Lo mismo ocurre con otros monumentos parecidos que hay á la izquierda de la Ciudadela, conocidos con el nombre de *tumbas de los Sultanes*, pero en realidad de origen desconocido. Están mucho más arruinados que los anteriores, revelando los fragmentos que quedan gran mérito artístico. Es penosísima la impresión que se recibe, al contemplar la manera bárbara como se han perdido estos preciosos ejemplares de un arte que desapareció sin esperanza de resurrección.

Las mezquitas del Cairo merecen capítulo aparte, pero antes es preciso explicar en qué consiste la religión para cuyo culto fueron edificadas.







La oración.



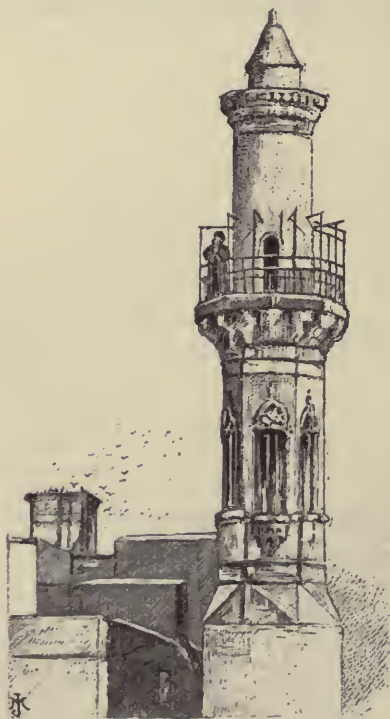
## CAPÍTULO VIII

AS manifestaciones puramente formalistas de la religión musulmana, son por regla general muy sencillas, y revisten cierto carácter de austeridad que imponen al menos inclinado á la veneración. Los musulmanes no gustan de ceremonias ostentosas de carácter religioso, que hieran los sentidos y exalten su imaginación por medios extraordinarios. De sus templos están deserradas las imágenes, las esculturas llamativas, los ornamentos, el canto y la música. Llaman al templo la casa de oración, y todo en él está dispuesto para la concentración del espíritu, indispensable á la plegaria.

Cinco veces al día es preceptivo en todo buen musulmán, dirigir á Dios el pensamiento de una manera externa y ritual. Nada más digno de respeto que ver aquellos árabes de todas clases y

condiciones, prosternarse humildemente hasta tocar con la cabeza el polvo del santuario, para rogar al Dios clemente y misericordioso que les perdone sus culpas, les guíe por la senda de la virtud, y les libre de toda tentación pecaminosa. Sus oraciones, fuera de esto, se reducen á una continua alabanza de Alah, nombre del Dios único, sin intermediarios que lleven á él las preces de los mortales, ni muevan su piedad, ni aplaquen sus iras, porque éstas sólo son la realización de su justicia. El mismo MAHOMA, Pro-

feta único, y en cierto modo el revelador del dogma, no tiene en el cielo musulmán sitio preeminente, ni más importancia á los ojos de Dios, que el más pobre y humilde de los creyentes salvado por sus buenas obras y por su fe.



Muezzín en el alminar.

La plegaria islamita requiere ciertas preparaciones ajenas á todos los demás ritos orientales. Empieza por el *issam*, ó llamamiento que los *muezines* adscritos á todos los templos, hacen á los fieles desde lo alto del alminar, recordándoles la obligación del rezo. No hay campanas en los templos musulmanes. Lo que la poesía cristiana llama augusta voz de bronce, que así sirve para convocar al creyente al templo de una religión de paz, como para excitarle á la guerra, lo mismo para las severas solemnidades del culto que para las expansiones de las fiestas populares, no es admitido por los creyentes de Alah. Opinan éstos que es más propio de la majestad de Dios y aun de las dignidades de su criatura predilecta, que sea la voz humana la que llame al hombre á la casa de Dios.

El *muezzín* sube, pues, cinco veces cada día, de sol á sol, al alminar del templo, y dando vueltas en torno de la baranda que lo circunda, lanza su penetrante voz á los cuatro puntos cardinales, en esta forma:

El *muezzín* sube, pues, cinco veces cada día, de sol á sol, al alminar del templo, y dando vueltas en torno de la baranda que lo circunda, lanza su penetrante voz á los cuatro puntos cardinales, en esta forma:

*Moveos á las buenas obras, acudid presurosos á la casa de Oración.*



*Dios es grande, Dios es grande, Dios es grande. Confesad que sólo Alah es Dios y MAHOMA su Profeta. Dios es grande.*

Al oír esto, todo buen musulmán suspende su trabajo y la conversación, si en ella está ocupado, y se dirige silencioso y grave á la mezquita más cercana, ó al sitio de su propia casa donde acostumbra orar. Si se encuentra, á la hora de la oración, en despoblado, se prosterna en el suelo, vuelto el rostro hacia Oriente. Los que van al templo, no entran en él sin antes practicar las abluciones.

¿En qué consisten éstas? El cuerpo humano, según el Corán, es impuro. La materia está en contacto con el espíritu del mal, y no debe servir para el acto solemne de comunicarse el creyente con Dios, sin antes purificarse. De aquí que los árabes necesiten las abluciones antes de entrar en el templo: la ceremonia de mojarse la cabeza, la cara y especialmente la boca, los órganos sexuales, y lavarse después las manos, no es más que la alegoría de la purificación de la materia por la que peca el espíritu. Junto á la puerta de todas las mezquitas, ó en el patio de las mismas, se ven aljibes, fuentes ó simples charcos de agua, más ó menos limpia, que sirven para esta incómoda ceremonia, según sea la secta á que pertenece el creyente. Los mahometanos ortodoxos usan el agua encharcada ó de la que contienen los aljibes: los anafitas tienen gustos más delicados y urbanos, y se lavan en el caño de las fuentes.

Ya purificados, y con los pies desnudos, entran los musulmanes en el templo. Colocan en el suelo una pequeña alfombra, una piel de cabra, un trozo de estera, ó á falta de estos objetos, su albornoz ó capa, se arrodillan con la cara vuelta hacia Oriente, empiezan por elevar las manos abiertas hacia la cabeza, la cual no descubren; después apoyan los dos dedos pulgares en el pabellón de la oreja y pronuncian devotamente tres veces seguidas la frase *Alahú akbár*, Dios es grande.

Sigue á esto la profesión de fe, que murmuran inclinando el cuerpo hacia delante. Su fórmula es muy sencilla y breve, diciendo textualmente:

*Creo que no hay más Dios que Alah, y creo que MAHOMA, mi Señor, es el enviado de Alah.*

Esto es lo esencial, y á ello algunos devotos añaden la frase:

*En nombre de Dios clemente y misericordioso.*

Por último, recitan los árabes una *surah* ó capítulo del Corán,

التي تبارك الاخرة ١٠ اذ اوقيت بشهره هذا الباكنته والفاطمه من وجع  
 في الدنيا والافات الطارية. وخلصنا ساعة الارزاق. وتوجه عبد الاخرة  
 الدرجات العظيمة. ومفعول الصوم عند الملك الخلال. فلان تكاسلوا  
 عنها ايها السامعون. ولا تغزوها اذ فاتها الاختيار. واتم فلا روي  
 ولا تغزوها على السبع ان لا تصنعوا الداء. وعمل من الاخرة. انما وان  
 زو قهلا حضور البيان. واستحضار عكيفة ذك الخلال. ومشا كلفتهم  
 بعير التي يصيح. واخلاص التينة له والقصر يري. ومشا جاتيه بلسار التفرح  
 في الخشوع. وخطاب التذلل والخضوع. اذ لم يبرح العبد ويسبح  
 وايلا يستعير ويعبد. ومنه يري في القبول والافعال. والعشوة على مد  
 انعم به من قايح الامعان اخرج التيجان عرابه هي يري. وضربه عنيه  
 ار رسول الله صلى الله عليه وسلم قال لو ارادني ابي طالب اجمع كما يقتل فيه كذا  
 في عمر من ات. هل يعني من قوته شيطا فلا يلحق بالرسول الله قال ذلك مثل  
 الصلاة المنفرد به الله بهن الخكليات. وروي ار رسول الله صلى الله عليه وسلم  
 قال ان اول ما يجي السب العبد عليه الصلاة. فلان قد كنت منه قبل ما  
 تلي. وان لم تقبل منه لم يخلص الله به شئ من عملهم. او قال صلى الله عليه وسلم  
 الصلاة تامة الدين من امر افادها قاع الدين. ومن نزل فيها فقد هو ارباب  
 وقال صلى الله عليه وسلم من فرق الصلاة محمد الا بقى في النار ثم انزلت في  
 وحشر مع من عود واولاد من. وقال صلى الله عليه وسلم من قرأ  
 على الصلوات الخمس با عمل كصورتها وموافقا كانت  
 من نور او غيرها نافع بوع القيامة. وقال صلى الله عليه وسلم ان  
 الناس سبعة الذين يسرون طلائعهم. فالوا كيد يسرون طلائعهم  
 يار رسول الله قال لا ارا بتم ركوعها وسجودها. جعلت  
 اية وايلا تم من تيقينها حق الافاق. وسلك منها  
 الصلح التي تشاد واللاست فلامنة. ارا حصر ما وعكته. الواعظها  
 وزجي به الزاجرون كمال من لم يعبدون يعون عود باله من الضمير  
 الرعية وانها ليس من اولاد على الخشوع الى ما جعلون يعقون الله  
 وايلا عمر الخ

libro sagrado que casi todos saben de memoria. La elección de ca-

الحمد لله الذي رتب انواع العبادات رتبة وجعل  
 بعضها اقوى من بعض تسجيلا واختص البعض منها  
 لمزيد جوارحه ليسر من اركان الامساج وفراغها  
 فتدب العبادات عند التذنب اليه. ووعده على الاجتناب  
 الربيل عليه. فيقول تعلقون تشركوا على ما يلقى الكلام اشتياق  
 السعادة. بعض فدية الجزيل. ونستعينه على ذلك البص  
 الامارة بالشوء ونستصم. ونستعلم ان يجعلها الطاعة  
 منقادا. قبل ان يجتازها حياذ الرجيل. فيتموكل في كل  
 الامور عليه. وحسناته ونعم الوكيل. ونسره من الحسول  
 والقوة اليه. شار العدم. الذين ونسئل ان لا اله الا الله  
 وحده لا شريك له. والصلوات على محمد و آله  
 سيد محمد ص. صلى الله عليه وسلم. والصلوات على  
 والجيل. صلى الله عليه وسلم. والصلوات على  
 الاميرين والحمد الاثيل. صلاة وسلاما يجعلون قابلا للحمد في  
 كتابه. وتنبوا بها احسن تعجيل من يدع الله ورسوله الخ  
 ايها الناس ان الصلاة كانت على المؤمنين كتبها موفرتل  
 والتهاد و ربه الميز عند الله وعند العباد موفرتل. يا ايها  
 ايها المؤمنون كما كتب الله منكم واقر. بقول الله تعالى  
 عم العشرة. واليحيى. واتقوا الله وكونوا من الصالحين وغير بقائه  
 الاثقال. وتعلموا من احكامها ما تعرفوه به. والحمد لله المخلص  
 ويميزوا ايها بين العرايين منها والشس. فبارئ الله انتم ولحم  
 واحسن. فيتميزوا من نفعه و ربه من الابقم. وانتم نفعه على من  
 خلقكم من الامة. وواحدة ما يملك من الشوك بالاماع. انتم انتم  
 ومعرفه الاحكام. واعلموا ان منزلة الصلاة عظيمة بما اليه بل ال  
 انتم منها بعد حصول الامانة بالله واليقين. وانها صلوة بين العبد  
 ورب العالين. ومحل حاجات الرعايا المحبين. وانها صابغة طيبة

Un sermón árabe inédito.

pítulo queda á la voluntad del creyente, que suele adoptar el pri-

mero del libro, á no ser que dedique sus plegarias á un fin determinado, como venerar la memoria de un muerto, en cuyo caso recita el *Fatha* ó *surah* de la resurrección. Si quiere pedir á Dios alguna gracia especial, lo hace en forma breve y sencilla.

En general, suelen los musulmanes orar con la mayor gravedad, separados unos de otros, sin distraer nunca su atención en cosa alguna, inclinando á menudo el cuerpo hacia el suelo, sobre el cual ponen la frente cuantas veces pronuncian el nombre de Alah. Á veces, cuando en las mezquitas se encuentra el *Imam* ó sacerdote, bajo la dirección de éste se reúnen algunos fieles, y forman en fila delante del mirador de Oriente, recitando en alta voz y al unísono la plegaria.

En las tardes del viernes, día festivo para los musulmanes, el mismo *Imam* sube al púlpito de la mezquita al terminar la oración de las cuatro, y lee ó predica un pequeño sermón á los oyentes que se encuentran en el templo. Mi curiosidad de coleccionista me proporcionó el hallazgo en el bazar de libros del Cairo, del original escrito de uno de estos sermones. Apresuráme á comprarlo, conservándolo hoy entre varios documentos curiosos. Es un pedazo de papel muy ordinario, escrito en árabe en sus dos caras con muchas abreviaciones y estilo que revela ser su autor algún mogrebino. El texto, después de dirigir á Dios las acostumbradas alabanzas, ensalza las ventajas de la oración y explica los efectos que, mediante ella, pueden obtenerse en la vida y en la muerte. El contenido es tan curioso y pertinente á nuestro estudio, que he querido dar el texto original, cuya traducción es como sigue:

*Alabado sea Alah.*

*Que estableció las oraciones.*

*Que llamó á sí á los fieles, ofreciéndoles las mayores recompensas.*

*Adorémosle á él que es tan grande, bendigámosle á él que está tan alto y con su bondad nos reserva eternas venturas.*

*Pidámosle su protección contra aquel espíritu que siempre marcha por el camino del mal, rogando nos dé poder para abatirlo en el día de nuestra emigración á la patria de la muerte.*

*Duerman en su seno nuestra esperanza y nuestra paz á fin de adquirir fuerzas con que resistir la vejez del espíritu.*

*Confesemos que no hay más Dios que Alah, único y sin segundo, y que MAHOMA fué su esclavo, su apóstol y su escogido en los libros santos.*

*Salud al Profeta en la paz de Dios, junto con sus amigos de alma pura. Salud y paz á todos los hombres que creen en Alah y en su enviado.*

*Gentes que me oís en este sitio, inclinad el cuerpo y llevad la oración á vuestros labios.*

*Quien no rece será abandonado por Dios y maldecido por los hombres. La plegaria sube hasta Alah como nube de incienso. Aleja de nosotros el mal, purifica el cuerpo y cura el espíritu.*

*Aprended las oraciones, distinguid sus reglas, y como nuevos sacerdotes de la santa obra, llevadla á conocimiento de todos los pueblos, que como vosotros tienen derecho á la salvación eterna.*

*La plegaria condensa como perla en el mar todos los principios de la religión. Ella es el vínculo entre Dios y los hombres, arma de salvación y de justicia, esperanza de bienes sin límite en la vida y en la eternidad.*

*Cumpliendo sus preceptos internos y externos, aleja los accidentes desgraciados; en nuestro cuadrante sólo marca horas de ventura y da en el Paraíso de Alah lugar preeminente junto á la silla de la verdad cerca del Rey creador.*

*No seáis nunca perezosos en recitar las oraciones ¡oh creyentes que me oís! No las retardéis en sus horas marcadas, ni las digáis más aprisa que lo hace el sacerdote.*

*Recordad que por ellas baja hasta vosotros Aquel que todo es gloria, que para repartir sus bienes sólo atiende al lenguaje de la súplica y la humildad.*

*Dijo ARBI ARIRAD (el enviado de Alah en salud y gloria) que las cinco oraciones bórnan los pecados como el aire puro del cielo calma las olas del mar. Añadió que al ser juzgado el hombre, lo que más inclinará á su favor la divina clemencia, serán sus plegarias, pues Dios sólo perdona á los que se arrepienten y le alaban.*

*Dijo MAHOMA (á quien salude Alah y glorifique) que la oración es la columna primera de la fe, descansando en ella todo el edificio de la religión. Perversos y malvados los que por no robustecerle dejan arruinar el templo.*

*Quien voluntariamente olvide sus oraciones, se consumirá en el fuego del infierno durante noventa años, en compañía de Yarahán y Amán; pero los que rezan cinco veces al día y hacen las abluciones, se bañarán en la luz y esplendor que ilumina á los justos el día del juicio.*

*¡Ladrón, y ladrón de la peor casta, es aquel que roba á Dios las oraciones.*

*Así escuchemos nosotros la voz del Apóstol de Alah y perfeccionemos la plegaria. Ella ha de guiarnos por el camino del bien y nos dará fuerza para resistir en la fe de Dios al poderoso Satán.*

*¡Que Alah os ayude á todos, y á mí con vosotros.*

En dos ceremonias de culto exterior, las procesiones y los entierros, se ve también rezar á los árabes. Cuando en las fiestas llamadas *Muled*, de las que más adelante hablaremos, aparecen las verdes señeras de las congregaciones religiosas, se agrupan los fieles en torno de aquéllas, entonando las alabanzas de Alah. Y cuando la muerte desciende á la familia ó á la casa amiga, la caridad exige acompañar al difunto á su última morada, cantando delante del féretro la profesión de fe antes transcrita.

Las mujeres no rezan nunca. Estas infelices no merecen más piedad de Dios que de los hombres, y en la falta de consideración en que viven se les niega el consuelo de alejar su alma de la tierra para elevarla á la contemplación del cielo. Declarados seres inferiores al hombre, les está hasta vedado traspasar los umbrales de los templos.

Al llegar al Cairo, uno de mis primeros propósitos cuya realización llevé á cabo con gusto, fué visitar los edificios sagrados del culto musulmán. Me dirigí al Ministro de Uakfs ó Cultos, solicitando su permiso por medio de la siguiente carta árabe.

*Al sabio, al prudente, al perfecto excelentísimo señor Ministro de Cultos. Mi primer deber consiste en preguntar por el estado de salud de su persona é informarme de sus negocios, rogando al Dios clemente y misericordioso que libre de toda pena á su cuerpo y á su espíritu. Debo además añadir que quisiera visitar las mezquitas, santuarios y tumbas sagradas del Cairo, para lo cual solicito de su amistad la remisión de un téskera ó permiso, según se acostumbra. Que nunca se aparten de su vida la paz y la tranquilidad.*

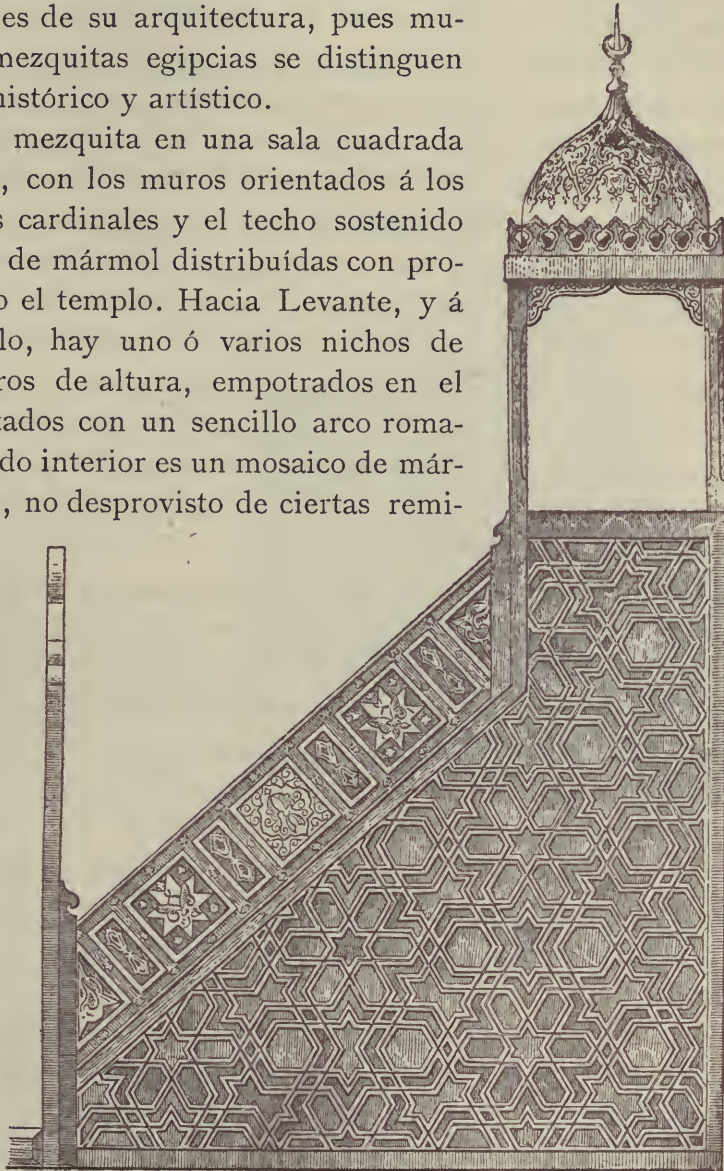
El Ministro me envió el permiso que pedía para visitar todos los sitios de devoción de *Misr la bien guardada*, como llaman los egipcios á su capital, aunque el papel discretamente callaba quiénes eran sus guardianes, sin duda para evitar la confesión de que hace seis años se encuentra en manos de los ingleses.

Merecida fama disfruta el Cairo por las bellas mezquitas contenidas en su recinto. Éstas son en número tan considerable, que la administración de bienes religiosos paga el aceite de las lámparas de cuatrocientos templos, ascendiendo quizás á igual número los

que dependen del patronato particular. Sin embargo, es fácil describirlas por la uniformidad que su construcción ofrece, ya que ocurre con ellas algo de lo que sucede con las ciudades chinas: vista una, puede decirse que se conocen todas las demás. Me refiero naturalmente á los principios generales de su arquitectura, pues muchas de las mezquitas egipcias se distinguen por su valor histórico y artístico.

Consiste la mezquita en una sala cuadrada ó cuadrilonga, con los muros orientados á los cuatro puntos cardinales y el techo sostenido por columnas de mármol distribuídas con profusión en todo el templo. Hacia Levante, y á nivel del suelo, hay uno ó varios nichos de unos dos metros de altura, empotrados en el muro y rematados con un sencillo arco romano. Su decorado interior es un mosaico de mármol y madera, no desprovisto de ciertas reminiscencias bizantinas

que á veces separan dos ó tres líneas divisorias de columnitas, y en su parte superior se lee el nombre de Alah. Por su apariencia, diríase que aquellos nichos vacíos esperan la estatua que de-



Mambar ó púlpito.

ben albergar: pero son simplemente los *mejrabs*, allí puestos para indicar á los fieles hacia dónde deben dirigir su vista cuando rezan las oraciones.

Á la derecha del *Mejrab* se levanta el *Mambar* ó púlpito. Su escalera, casi perpendicular, está situada frente á la entrada del templo, y la piedra ó madera que la forma tiene profusión de arabescos y calados de gusto oriental.

He dicho que las salas de las mezquitas están adornadas con columnas. En los templos del Cairo las hay en abundancia, llamando grandemente la atención de quien ignora que estas piezas de mármol, algunas con capiteles ricamente esculpidos, fueron robadas de los templos romanos y de los monasterios coptos en tiempo de las persecuciones. Sabido es que solamente el Sultán HAKIM destruyó centenares de edificios religiosos.

Forman los techos ricos artesonados, generalmente de muy buen gusto, pero medio destruídos á causa de las reparaciones mal dirigidas y las pinturas de colorines que les han aplicado. Los suelos suelen ser de mármol ó piedra, abundando también los mosaicos de variadas combinaciones; los más de estos mosaicos están muy deteriorados, pero se ven poco, porque la parte propiamente destinada al culto, ó sea la nave central de la mezquita, aparece siempre cubierta con esteras.

Las paredes de los templos, ordinariamente desnudas, sólo ostentan en su parte superior grandes ventanales de estilo árabe, tapados por relieves de yeso que sirven de marco á cristales de colores; y debajo de sus cornisas corre una banda de madera ó yeso que contiene en caracteres cúficos alguna *surah* ó versículos sueltos del Corán. Sólo en la mezquita del Sultán KALAÚN he hallado dos ó tres piedras con inscripciones.

Ni una imagen ó reproducción de la figura humana, se ve en los templos árabes: MAHOMA proscribió su culto por idólatra. La parte decorativa de las mezquitas, se reduce á las columnas y las lámparas.

La principal dependencia interior de las mezquitas es el estanque destinado á las abluciones, cuyo uso ya conocemos. Por fuera, el alminar es el complemento de la mezquita. Vese á lo lejos con sus delgadas y airosas agujas, terminadas generalmente con una dorada media luna y cinco ó seis maderos salientes que sirven para suspender farolitos de colores en los días de gran fiesta. Son los alminares verdaderos campanarios sin campanas: Muchos templos suelen tener dos, uno á cada lado de la puerta: otros, menos costosamente edificadas, no tienen más que uno. Hacia la mitad de



su altura, rodea el alminar una estrecha galería exterior de madera ó piedra, protegida por alta baranda circular, y en ella se coloca el *muezín* cuantas veces al día llama á los fieles á la oración.

Los templos islamitas no tienen sacerdotes ordenados para dirigir las prácticas religiosas. Existen, sí, personas que viven del dogma, pero que más se dedican á interpretar las doctrinas del Corán, y á enseñarlas á gentes cuyas necesidades espirituales quedan satisfechas con la práctica de las abluciones y las plegarias. No otra cosa puede ocurrir en una religión como la islamita, que carece de culto exterior. Además esta creencia no reconoce más filosofía ni más moral que las contenidas en el Corán, y es evidente que el sacerdote debe desaparecer ante el maestro.

Sin embargo, no dejan de acudir á las mezquitas personas que tienen alguna semejanza con los ministros de las religiones europeas, y entre ellas se cuenta en primer lugar á los *Imames*. Uno de los versículos del Corán dice textualmente:

*Cuando Dios probó la fe de ABRAHAM con ciertas palabras, y éste cumplió las órdenes recibidas, díjole el Señor:*

*Te haré Imam de los pueblos. — Señala también á otros miembros de mi familia, pidió el patriarca. — Mi alianza, contestó Dios, rechazará á los malos.*

Por lo demás, el *Imam* es un árabe que ha estudiado más ó menos el Corán, y cuya única ocupación consiste en dirigir desde el púlpito de la mezquita una pequeña plática á los fieles todos los viernes, y en rezar las alabanzas de Alah á las que aquéllos responden á manera de letanía. También alguna vez el *Imam* interviene en los matrimonios musulmanes, pero sólo suele ser llamado por las gentes ricas.

Los *Ulemas* son los sabios ó doctores de la ley. Pasan la vida



Ulema leyendo el Corán.

estudiando el Corán en las mezquitas, y á su vez difunden gratuitamente su enseñanza creyendo hacer una obra meritoria á los ojos de Dios.

Los *Fakires* son los profesores regulares del Corán. Salen de la clase de creyentes que pasan la vida en los patios de las mezquitas, y cuando se distinguen por su piedad y su talento, son aclamados maestros por los mismos estudiantes. Reúnense los discípulos en torno suyo, y todos sentados en el suelo sobre la estera del

templo ó en pieles de carnero sobre las baldosas del patio, escuchan con religioso silencio y atención los comentarios del *Fakir* sobre una *surah* ó capítulo del libro de MAHOMA.

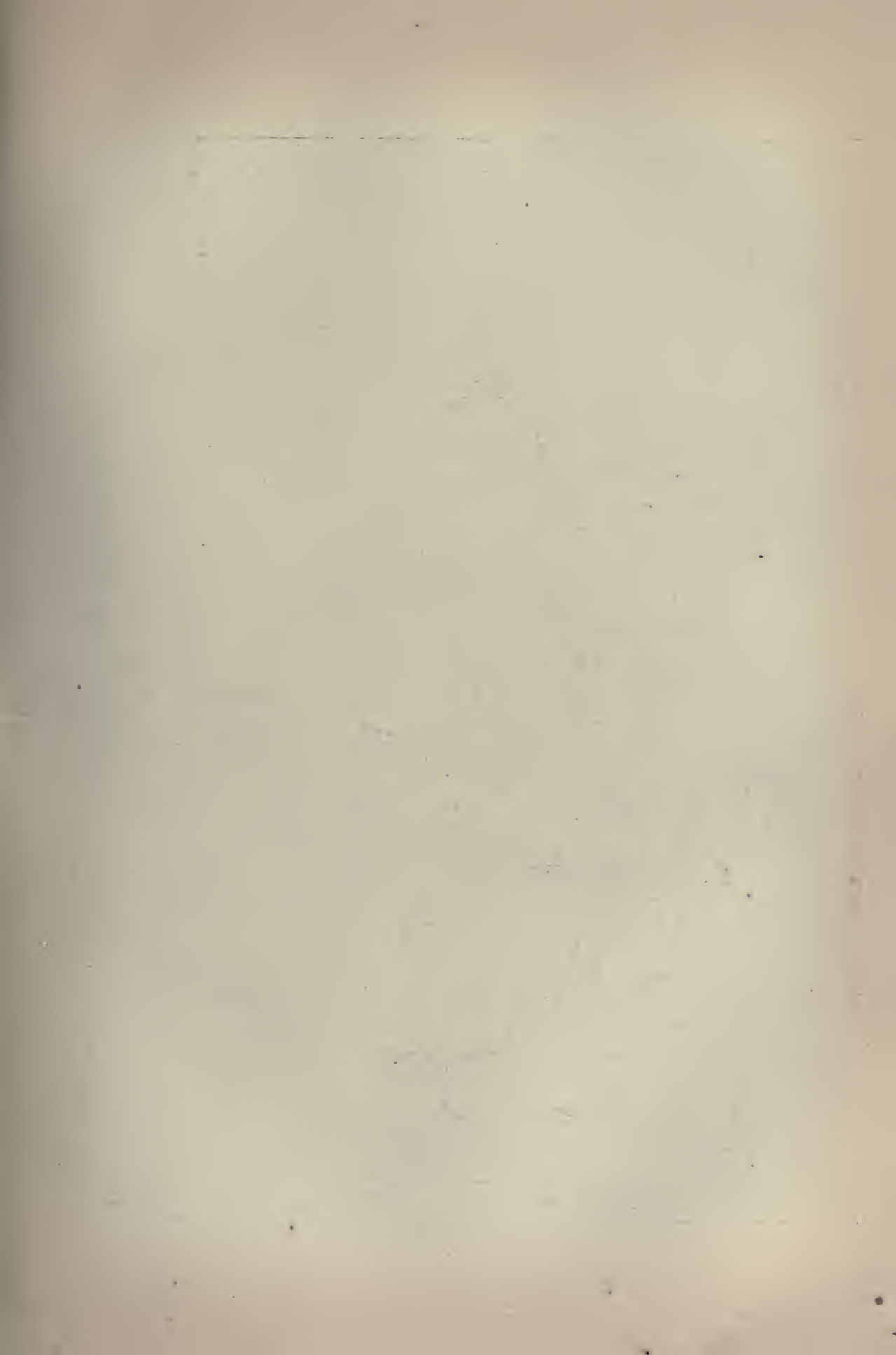
Los *Derviches* forman una institución algo parecida á la monacal cristiana, y en sus prácticas y manera de vivir, muestran una exageración religiosa propia de la fantasía oriental. Entienden los *Derviches* renunciar á los goces de la existencia abandonando la familia, contrariando sus apetitos más naturales, entregando el cuerpo á la miseria y el alma al envilecimiento, no cuidando de su persona, cuya suciedad causa repugnancia y asco. En las tardes de los viernes se entregan á violentos



Derviche.

ejercicios, bailando unos sobre un pie, y gritando otros con toda la fuerza de sus pulmones, hasta quedar rendidos por la fatiga y caer extenuados en el suelo. En el Cairo hay dos establecimientos de derviches, uno en Tekiyet el Maulanich y otro en la mezquita de Kasr el Ain. No los he visto en ninguna otra parte de Egipto.

Llámanse *Muezines* ó almuedanos los servidores del templo que en las horas señaladas para la plegaria suben á cantar el *issam* ó llamar á los fieles á la oración.





ÁRABE EN ORACIÓN.

Finalmente, los *Auats* representan un papel parecido á nuestros sacristanes. Están encargados de la guardia y limpieza de los templos y arreglo de las lámparas.

El islamismo es una religión puramente individualista. Poco ó nada pide á la asociación, comprendiendo que el pueblo árabe no quiere ligarse por ninguna de esas reglas de bienestar, que nosotros nombramos vida social. Como en la familia no hay reuniones, ni en el estado grupos políticos, ni en los oficios gremios, tampoco la religión consigue reunir en el templo á crecido número de fieles, ni las asociaciones religiosas pueden prosperar en el país. Cuando en los viernes el *Imam* sube al púlpito para las preces ordinarias, apenas consigue reunir dos docenas de creyentes. El día 27 del Ramadán, aniversario de MAHOMA, se permite ó tolera que por la noche las mujeres lleven cirios á las mezquitas, libertad que éstas suelen aprovechar para otras expansiones vedadas en su vida ordinaria. Las cofradías religiosas organizadas en Egipto, persiguen un fin exclusivamente benéfico.

Y fuera de estos actos tan mezquinos del culto, queda desierto el templo y abierto á cuantos quieren entrar á hacer sus oraciones ó tomar el fresco bajo sus arcos.

El respeto exige que no se pasen los umbrales de un lugar sagrado sin llevar descalzo el pie. Tal costumbre se impone hasta á los extranjeros, que no pueden visitar una mezquita con las botas puestas, ó por lo menos sin meter el pie calzado con ellas, en anchas sandalias árabes de paja ó cuero.

En realidad el único gasto que hacen las mezquitas consiste en el número de luces que en ellas se encienden los días de fiesta. La cantidad de lámparas que penden del techo, es en algunos templos muy considerable, aun cuando sólo se trate de sencillos vasos de vidrio, llenos de agua hasta su mitad, con un poco de aceite encima donde flota una mariposa. Parte de estas luces las paga el Ministerio de Cultos del Cairo, con el producto de los bienes religiosos que administra.

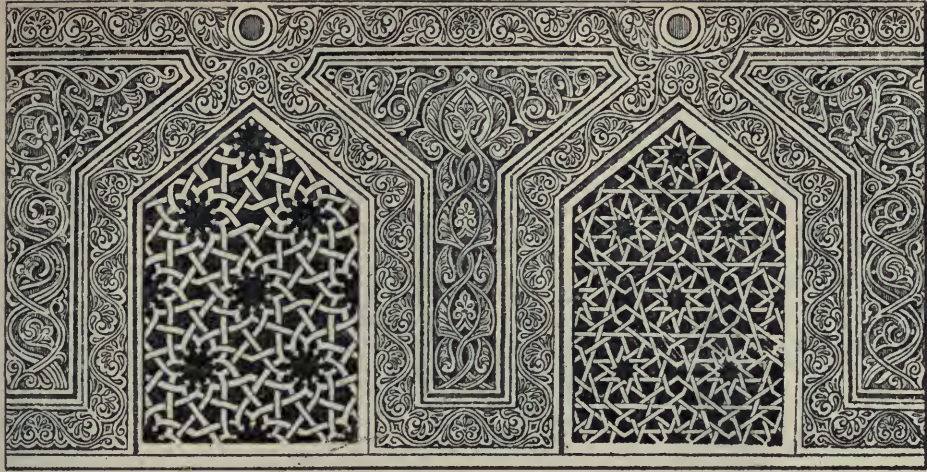
También la piedad popular ofrece luces á los templos, recibéndose á veces donaciones de vivos y muertos aplicables á este fin. Se hacen otros legados de mayor importancia, que se aplican á construcciones de mezquitas ó de lugares religiosos destinados á sepulturas: entonces, para su sostenimiento se señalan rentas de alguna consideración. Tal hicieron los Sultanes y Califas de las pa-

sadas dinastías árabes, así como también algunos de los Jedives contemporáneos. Pero suele suceder que aquellos legados piadosos van á confundirse con la administración de los bienes Uakfs, ó son presa de curadores infieles que dejan arruinar en provecho propio antiguos y venerables edificios del arte árabe.

El tipo primitivo de la mezquita, era un patio descubierto, con una galería en derredor y un charco de agua en el medio. Más tarde hicieron las naves cubiertas por altísimas cúpulas, tales como ahora se encuentran en casi todos los templos musulmanes, complicándose la riqueza de sus adornos con el desarrollo de la arquitectura, que llegó á alcanzar proporciones colosales. La mezquita del Sultán HASÁN, puede considerarse como el testamento en piedra del islamismo en el Cairo, así como el Serapeum lo fué del culto de Apis en la capital memphita.

Algunos esfuerzos se han hecho modernamente para el renacimiento del arte árabe. Cuando casi todas las mezquitas caen en ruinas, algún soñador musulmán ha querido levantar nuevos templos al Dios de la Meca y de Medina. De dos ó tres he visto los muros en la *charia* MEHEMED ALÍ y en la plaza de Rumelia, pero estos esfuerzos generosos se han estrellado contra la indiferencia del pueblo igualmente que contra la corrupción del arte. Más les valiera á aquellos creyentes conservar las viejas mezquitas, que son á un tiempo testimonio de su piedad y ricas joyas del arte.

وَكُلِّمُوا الْوَالِدِينَ وَالْأَوْلَادَ



Detalle de la mezquita del Sultán Hasán.

## CAPÍTULO IX



EL extremo de la larga calle de MEHEMED ALÍ, delante de la Ciudadela, y en el ángulo de la plaza de Rumelia, se levanta suntuosa mezquita, monumento del arte árabe en sus mejores tiempos. Los siglos pasaron sobre los ennegrecidos muros de este edificio, que mejor parecen de fortaleza que de templo, dejando en torno de ellos ruinas de otras construcciones de menos solidez.

El recinto es inmenso, y está construido con la piedra arrancada de las Pirámides; sus fachadas con hileras de ventanales enrejados, le dan el aspecto de cárcel. Por encima de los muros se elevan las cúpulas del templo y de la tumba del Sultán HASÁN, así como también dos airoso y alicatados alminares de distinta altura, los más ricos y artísticos que existen en el Cairo. Por su forma, por el carácter de su escultura, parecen haber sufrido la influencia

del arte mongólico en su época más pura: en el Norte de la China he visto pagodas que tienen muchos puntos de semejanza con dichos alminares.

Una sola puerta verdaderamente monumental, da acceso á la mezquita, y habría que agotar el vocabulario de los adjetivos laudatorios si quisiese describirla. Es soberbia. Su dintel se alza unos tres metros sobre el nivel del piso, con el



Mezquita del Sultán Hasán.

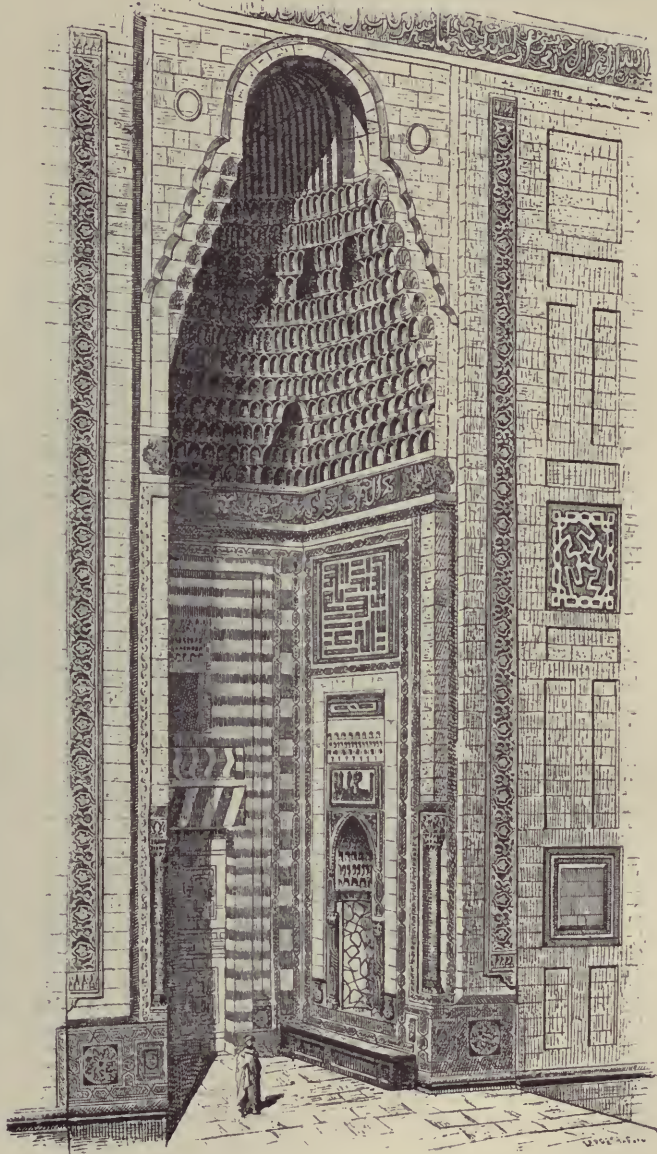
cual se une por mezquina escalera. El arco tiene la figura de media cúpula cubierta de estalactitas de mármol, y llega hasta la cornisa de la fachada. Á los lados abundan las columnitas de labor delicada, y los nichos vacíos, sin imágenes, piedras llenas de ara-



bescos, é inscripciones cúficas trazadas con elegante pulcritud.

En este, como en todos los monumentos árabes, se nota una extraña mezcla de grandeza y de miseria: se ven confundidas las más elevadas concepciones del arte, con po-brísimos y feos detalles. Allí donde el artista que ideó la obra, dejó algo por concluir, se ha aprovechado el espacio para objetos distintos al carácter peculiar de la obra. Así, al lado de la soberbia portada de la mezquita, se ve una miserable escalera oscura, estrecha, toscamente fabricada, cuyos huecos han sido utilizados para habitaciones de domésticos y dependientes de la mezquita. Esta escalera va á parar á una pequeña puerta, que por el arco de una de las naves comunica con el templo.

Éstees grandioso. El plano está trazado conforme al modelo de las primitivas mezquitas árabes. Éstas tenían antiguamente sus templos á cielo abierto, iluminados más por el sol que por las lámparas, en contacto con la naturaleza, y no como ahora, aisladas del mundo por muros y ven-



Puerta de la mezquita del Sultán Hasán.

tananas abarrotadas. La mezquita de HASÁN se distingue principalmente por el patio cuadrado que ocupa todo el centro del edificio; mide este patio ciento sesenta pies de longitud por lado, y en cada uno de ellos se abren altísimos arcos persas, debajo de los cuales recitan los creyentes sus oraciones.



Fuenta del patio de la mezquita.

El patio tiene en su centro dos fuentes de purificación, cuyo exterior es algo parecido á los templetos que se ven en los claustros de las catedrales góticas. La labor de aquellos pequeños edificios de ladrillo y madera es admirable, y puede apreciarse á pesar del lamentable estado de ruina en que se encuentran. Junto al mayor

de ellos hay un banco de piedra al rededor del pilón, llamado *medaeh*, sobre el cual se colocan los árabes para hacer sus abluciones. La fuente pequeña, llamada *hanafieh*, sirve para los creyentes de una secta islamita especial, cuyo rito exige lavarse en agua corriente.

Los arcos del patio están exactamente orientados á los cuatro puntos cardinales de la tierra, y el de la parte de Oriente que corresponde al lado de la Meca, tiene el *Mihrab* ó nicho hacia el cual dirigen la vista los fieles en sus oraciones. Bajo del arco de este extremo se ve un púlpito de mármol sostenido por elegantes columnas: desde él, en más de una ocasión los antiguos Sultanes de Egipto arengaron á la multitud allí reunida.

En medio de su grandiosidad, admira la sencillez del templo. Templada la fría rigidez del conjunto un gran friso dorado, que corre por las paredes en su punto de unión con los arcos, conteniendo sentencias del Corán escritas en caracteres cúficos. De las naves que parten del patio penden muchísimas cadenas y garfios de hierro, que sostienen los faroles en los días de gran fiesta. El mármol abunda por todas partes, formando en el embaldosado un irregular mosaico. Los frisos del mirador, las inscripciones sobre las portadas y las planchas de cobre de que están forradas las puertas, son los mejores adornos del templo.

Detrás del arco de Oriente, que tiene á los lados dos puertas laterales, hay una sala cuadrada en la que se levanta el mausoleo del fundador de la mezquita. Admirable debió ser esta nave, bajo su airoísima cúpula del arte árabe más puro, adornada con ricas estalacticas de madera, que hoy caen á pedazos, atenuada la severidad de sus desnudas paredes por las largas inscripciones grabadas sobre madera que se deshace en polvo. En medio de la sala, rodeada por sencilla reja, se ve la tumba de HASÁN labrada en mármol, y con una lápida puesta en la parte superior, y en ella la siguiente inscripción:

*En nombre del Dios clemente y misericordioso. Todo lo que vive en la tierra tiene término. Ordenó la construcción de este templo el mártir HASÁN, para sepultura de él y de sus hijos. Que Dios los haya acogido en su infinita misericordia.*

¿Quién era el Sultán Hasán? Tiempos de revoluciones y motines fueron los últimos siglos de la Edad Media. Las Cruzadas llevaron á Oriente un poderoso elemento de guerra, cuyo primer re-

sultado fué ocasionar la caída de las dinastías musulmanas que no podían resistir la ardorosa acometida de aquellas legiones entusiasmadas por la conquista de Tierra Santa. Tal estado de desorden fué aprovechado por los generales de fortuna, que desde Jerusalem hasta San Juan de Acre y Damietta supieron derrotar á los ejércitos cristianos, fundando nuevas dinastías que á su vez desaparecían á la primera derrota de sus soldados ó al primer motín de las turbulentas ciudades del Egipto. Así pasaron por el poder en rápida sucesión, los Fatimitas, los Eyubidas, los Bahritas, los Burgitas, hasta que en 1517 las armas triunfadoras de los turcos invadieron el país, convirtiéndolo en bajalato ó provincia de la Puerta.

Los Sultanes Bahritas gobernaron desde 1250 hasta 1361 de nuestra Era. Nada más humilde que el origen de esta dinastía; su fundador MUIZ EIBEG era simplemente un esclavo mameluco que la fortuna en la guerra elevó al rango de general en jefe. Pero sus sucesores distinguieronse tanto por el éxito de las campañas que emprendieron, como por la protección dispensada á las ciencias y las artes, y no fué de los menos ilustres MELIK EN NASIR ABUL MAALI HASÁN IBN KALAÚN, el último representante de esta dinastía, y á quien la historia conoce por el nombre de Sultán HASÁN.

No le favoreció sin embargo, la suerte, pues hubo de ocupar el trono en 1341, cuando el Egipto era presa de la más espantosa anarquía. Los mamelucos, guardias reales de los Sultanes, vivían en continua revuelta; los Emires de las provincias declarábanse independientes; bandas de ladrones militarmente organizadas, se atrevían á atacar las ciudades más populosas. Á tantas desgracias debióse aún añadir una epidemia, *la peste negra*, extendida por todo el país, que en una sola noche exterminaba cuantos se albergaban en la casa que invadía. MAKRIZI, historiador árabe de la época, cuenta que desde Noviembre de 1348 hasta Enero de 1349, murieron en la ciudad del Cairo novecientas mil personas: en un solo día se contaron veinte mil víctimas dentro de la capital.

Tal cúmulo de miserias irritó al pueblo hasta conducirlo á toda clase de excesos y violencias. ¿Qué podía importar la vida á aquellos á quienes la epidemia y la soldadesca amenazaban sin tregua, sembrando la muerte en torno suyo? Las gentes vivían en saturnal continua, sin respetar la propiedad ni pararse ante ningún respeto. Un día circuló el rumor de que los coptos cristianos eran

la causa de la peste: la furia popular se desató contra ellos, y á centenares murieron asesinados por las turbas y destruidos sus templos. Más tarde se dijo que el mismo Sultán era responsable de las calamidades, por haber atraído sobre su pueblo la cólera del cielo, y HASÁN fué destronado, viéndose á punto de morir por causa de airada sedición de los habitantes del Cairo.

Tal ocurría en 1351. Tres años más tarde volvía á ocupar el Monarca el trono de sus mayores, y sin duda para merecer el favor de Alah, para conseguir la divina clemencia del Dios misericordioso, Rey de Reyes y Señor del mundo, proyectó la construcción de aquella mezquita como monumento expiatorio de sus culpas y pecados. Empezó á edificarla en 1354 y consiguió verla construída tres años más tarde, á pesar de ser el edificio religioso de mejor arte y mayores dimensiones edificado por los árabes en Egipto. Cuenta la tradición que celoso HASÁN de su obra, al acabarla mandó cortar la mano derecha de su arquitecto á fin de que no pudiera dibujar otra igual ó superior. Y en el sitio más sagrado, detrás de la nave que mira á la Caaba, señaló el lugar que debía ocupar el sepulcro de su persona y de sus descendientes, en donde los ángeles de Dios irían á buscarlos la noche de su muerte para conducirlos al supremo juicio de la eternidad.

¡Amarga ironía del destino! En 1361 nuevo motín de sus súbditos no solamente destronaba al Sultán HASÁN, sino que cosía su cuerpo á puñaladas y destruía toda su raza para dar el poder á un nuevo soldado victorioso, llegado de las lejanas tierras de Circasia. Terrible fué la suerte de aquella familia BAHBITA. Los despojos de sus Monarcas fueron profanados y arrancados del sepulcro, y el recuerdo de sus preclaros hechos abominado por el fanatismo popular. Hasta la grandiosa mezquita, como si en la piedra reviviera el odio de la época en que fué erigida, se convirtió en lugar de reunión de las turbas dispuestas á lanzarse á la calle durante las revueltas posteriores de que fué teatro el Cairo. Los mismos Monarcas acudieron al templo, unas veces humillados para arengar al pueblo exhortándolo á la paz, otras para ametrallarlo desde las baterías de la vecina Ciudadela. Las paredes derruídas en muchos sitios, las columnas rotas, los arabescos destrozados, muestran hoy todavía el estrago de las balas disparadas contra los que habían convertido el templo en guarida de la sedición popular.

Muy frecuentemente, durante mi permanencia en el Cairo, iba

á visitar este notable monumento, y al recorrer las naves que afluyen al gran pórtico, ó al acercarme á los muros para mejor ver los delicados arabescos de sus frisos y ventanas, me llamó la atención el número considerable de *graffiti* ó inscripciones manuscritas de que están llenas las paredes, cubriéndolas por completo, así como las barandillas de la escalera y todo espacio donde puede alcanzar la mano.

La costumbre de poner *graffiti* en los monumentos es antiquísima y universal á todos los pueblos. Los he visto en los mas antiguos testimonios de la civilización humana, y los he hallado lo mismo en la moderna Europa, que en los lejanos continentes de Asia y África.

Al Oriente de la cordillera líbica, en las antiguas cuevas de Turah, que hace más de seis mil años abrieron los egipcios para extraer la piedra con que edificaban las Pirámides, me extasié ante los rojos jeroglíficos y las líneas de escritura hierática que escribieron antiguas generaciones perdidas en la noche de la historia.

Más lejos, allá en la tierra que casi forma nuestro antípoda, también me fué permitido ver sobre el yeso de los arruinados muros de los mausoleos Mingitas, las leyendas que con la punta de sus cuchillos grabaron los viajeros chinos que visitaban aquellos venerados sepulcros de una dinastía destronada.

Las paredes de las casas de Pompeya están cubiertas de *graffiti*, recordando las luchas políticas á que la ciudad se entregaba hace veinte siglos, y hasta en los muros de las casas de placer que existían en su recinto, el prostituido descendiente de los ciudadanos de Roma al levantarse del lecho de piedra en que durmió con la cortesana, solía escribir brutales leyendas, hoy aun visibles.

Por esto no me extrañó hallar también inscripciones en los templos del Islam, constantemente visitados por los creyentes. En aquellas inscripciones se revelan las súplicas del que ruega, el fervoroso acento del que ora, los suspiros de pena del triste, los gemidos de dolor del que sufre, el grito de rabia del que lucha y es vencido, y del que desesperado de encontrar la dicha en la tierra, busca los consuelos de la eternidad.

Varía naturalmente la inscripción según el lugar donde se encuentra. En las canteras egipcias recuerda siempre un hecho material. *Hemos arrancado tanta piedra*, escribía cuarenta siglos antes

de Jesucristo el desconocido esclavo que levantaba monumentos más duraderos que la fama de sus señores. En las pagodas chinas se encuentran sentencias filosóficas ó estrofas de bellísima poesía: en los edificios romanos, hay recomendaciones políticas: en los templos de la Edad Media se ve una salutación religiosa: hasta en las antiguas cárceles se hallan dolorosas historias de sangre y lágrimas. Sólo en nuestros días, el moderno viajero que visita los grandes monumentos, cree que nada tan importante puede legar á la posteridad como las letras de su nombre, para que los futuros siglos sepan que un SÁNCHEZ ó un GUTIÉRREZ cualquiera estropearon en tal fecha el muro de una ruina.

No nos siguen por este mal camino otros pueblos que nuestro orgullo nos hace designar con el nombre de bárbaros ó poco civilizados, como lo prueba el carácter de las leyendas escritas en los muros de las mezquitas musulmanas. En ellas generalmente se alaba á Dios, se medita sobre la muerte y se piden las plegarias de los vivos para obtener la gracia en la inmortalidad. Como ya he dicho, se encuentran también algunas alusiones á las miserias de la vida, gritos angustiosos de los infelices á quienes agobian los desengaños del mundo; pero jamás letreros obscenos ni insustanciales. Sólo en una ó dos ocasiones pude hallar la obra de un distraído ó un enamorado, que en los muros de la santa casa se entretuvo en escribir versos de amor dedicados á la predilecta de su corazón.

Estas inscripciones musulmanas rara vez llevan firma alguna al pie. Diríase que toda la atención del autor se fija en el concepto que entrañan, sin conceder la más pequeña importancia á su nombre, que sólo escribe para pedir directamente una oración para su alma, y aun en este caso lo acompaña siempre con calificativos que lo humillen y rebajen ante los lectores. La fecha de la inscripción suele alguna vez acompañar la firma.

Mucho tiempo y trabajo habría costado copiar todas las inscripciones existentes en la mezquita del Sultán HASÁN, por lo cual me vi obligado á elegir entre ellas las que podía publicar como tipo de su clase, ó que eran notables por la sentencia que contenían. Su inmensa mayoría son funerarias, es decir, hablan del *Fatha*, capítulo del Corán relativo á la resurrección. Un musulmán anónimo, recordó hace diez años los beneficios que el pueblo árabe debe á МАНОМА y á su familia, y como tributo de agr-

decimiento que le quiso pagar su corazón, escribió lo siguiente:

*Dejo en el santo lugar la declaración adjunta. No hay más Dios que Alah. MAHOMA es el Profeta de Dios. Lector de las presentes palabras, reza el Fatha por el reposo de las almas de todos los miembros de la sagrada familia del Profeta. Año 1295.*

La profesión de fe ó credo musulmán se encuentra con frecuencia en estas inscripciones, que también solicitan á menudo el rezo del *Fatha* para que el alma obtenga la felicidad del cielo. Dice otra leyenda:

*Todo lo que en la tierra existe, es pasajero, se borra y aniquila cediendo á la magnánima y generosa bondad de Dios. Lector de estas líneas, recita por caridad el Fatha en memoria del autor, y pide para él la gracia del Señor.*

En otra inscripción se lee lo siguiente:

*Lector de estas palabras, al verlas ten piedad de mí, y en memoria del autor recita el Fatha por amor del sagrado pacto del Profeta.*

Otro *graffiti* seguido de firma, dice:

*Lector, por amor de Dios reza el Fatha por el reposo del alma de quien escribió estas líneas, MUSA ABD EL RAHMÁN, modesto adorador de Alah todopoderoso.*

Algunas inscripciones se dirigen á los lectores, no ya en súplica de sus plegarias, sino para aconsejarlos y conducirlos hacia el camino del bien. Dice una de ellas:

*Enseño en este sagrado lugar la declaración siguiente. No hay más Dios que Alah. MAHOMA es el Apóstol de Dios hasta el día de la resurrección. El Señor ha dicho que todos los bienes de la tierra son pasajeros y mezquinos, mientras que los del cielo serán inmensos y eternos.*

En otra inscripción, probablemente escrita por algún desengañado de sus amigos, se lee lo siguiente:

*Lector de mis palabras, no divulgues á nadie tus secretos. He conocido el mundo, he frecuentado la sociedad, y no he visto un verdadero hombre honrado. Y ahora, oh tú que pasas por delante de mi sepulcro, no te asombres de mí: ayer yo era lo que tú eres, y mañana tú serás lo que yo soy. La escritura sobrevive al escritor, que duerme bajo tierra. El pobre HASÁN ABD EL RAZEK, año 1248 (1823).*

Otra leyenda, parecida á la anterior, dice:



*Renuncia á la sociedad si quieres vivir en paz, porque no hay buenos compañeros en la tierra. El mundo parece una noria, cuyos arcaduces acaban por caer y consumirse en el agua que debieran extraer. Señor, en esta vida y en la futura otórganos el dón de la elocuencia y pon sobre nuestras frentes la corona de los genios inmortales. 1274 (1855).*

La siguiente invocación no deja de ser sentida:

*He pedido oh Señor, cómo puedo obtener la gracia, y el mundo unánime me dice que sólo tú la otorgas. Así vengo á implorarla por amor del Profeta, por su familia sagrada, por sus ilustres abuelos. Oh Dios, escucha mis ruegos. Desde hoy seré tu esclavo. La escritura vive más que el autor, quien ya duerme en la tierra. Que tu misericordia, Señor, se apiade de mi alma, que se extienda á todos los creyentes, hombres y mujeres, vivos y muertos. Señor, Señor de los dos mundos, oye mi plegaria, ten piedad de mí. Hecho en el mes Chaval de 1272. El hadj ALÍ.*

Otras inscripciones encomiendan el autor á Dios por medio de una fórmula sumamente sencilla. Una de ellas dice lo siguiente:

*Señor, otorga tu clemencia al infeliz que escribió estas palabras.*

Una leyenda, más larga que la anterior, se expresa en estos términos:

*Dejo en este templo el credo que sale del fondo de mi corazón: no hay más Dios que Alah, y MAHOMA es el Profeta de Dios. Señor, concede la gracia al que escribió estas líneas para confesar tu grandeza, IBRAHIM, hijo de MOHAMED hijo de ALÍ, vivificador de la justicia entre los musulmanes. Año 1278.*

Una inscripción, escrita con letra desigual y alterada, encierra un poema de dolor en dos líneas. Dice:

*¡Señor! Soy víctima de la injusticia. ¿Por qué no bajas á la tierra, oh gran Juez, para castigar á los malvados?*

He aquí otra, probablemente escrita por algún escéptico. Dice así:

*Por Alah, contad las estrellas en la serena noche, y no serán aún tan numerosas como las iniquidades en el mundo.*

Finalmente copiaré dos inscripciones amorosas, únicas de su clase que pude hallar en el templo. La primera responde quizás á alguna de esas eternas promesas de amor que exigen todas las mujeres, y consiste en una especie de pareado. Dice:

*¿No sería un crimen amar á otra mujer,  
Después que tanto te he querido?*

La segunda inscripción es también poética, y ofrece la particularidad de estar escrita en lengua turca. Compuesta sin duda por algún melancólico hijo de Stambul, en cuyas rientes playas dejó á la sultana de sus sueños y á la señora de sus deseos, viéndose solo y desterrado en las márgenes del Nilo siente la nostalgia del amor perdido, y se dirige al templo para consignar en los muros el testimonio de sus recuerdos. Dice así, literalmente traducida:

*Oh tú, amada del corazón, alma delicada,  
Quisiera que tu belleza fuese la flor de un jardín  
Y el pobre esclavo de amor que lejos te llora  
Sería jardinero que te cuidara eternamente.*

Historias de amor que se encuentran bajo todos los climas y entre todas las razas, heridas del alma un día abiertas y dolorosas, y al siguiente sanas y olvidadas.

La casi totalidad de inscripciones dejadas en la mezquita del Sultán HASÁN por la mano piadosa de los creyentes, están escritas en lengua árabe, hallándose sin embargo el turco y el persa usados alguna vez. Fueron escritas con tinta, cosa sumamente fácil para los árabes, que siempre llevan en la faja un pequeño estuche de cobre con el tintero y la pluma de bambú. Algunas fueron grabadas en el yeso de la pared, y sólo en una ocasión vi una lápida de piedra con el nombre de Alah esculpido en el centro, que algún devoto llevaría como retablo para adornar el templo.

Á pesar de los quinientos años que han transcurrido desde que se edificó esta mezquita, han seguido los árabes escribiendo en ella *grafiti*, costumbre que parece remontar á antigua fecha, pues cuando los muros están ennegrecidos por estas leyendas, se les blanquea con cal. Y bajo las diferentes capas de color que en algunas partes se desprenden de las paredes, pueden aún leerse muchas primitivas inscripciones, cuyo contenido y carácter viene á ser idéntico al de las que aquí dejo traducidas.

Continuemos ahora nuestra excursión por las principales mezquitas del Cairo, en la seguridad de que cada una de ellas ha de ofrecernos nuevas manifestaciones de la vida del pueblo árabe en la antigüedad y en nuestros días.





Mezquita de El Azhar.



## CAPÍTULO X

UNA de las mezquitas más importantes del Cairo es la llamada de *El Azhar*.

En pueblos donde la religión todo lo domina, la escuela debe convertirse en templo. Cuando fuera del dogma no hay fe, ni salvación, ni ciencia, ni ley, ni conocimiento de ninguna clase, el estudio de los textos sagrados se impone. Por esto el islamismo en Egipto tiene un solo libro de enseñanza, el

Corán, y un solo lugar para aprenderlo, la mezquita de El Azhar.

Templo ó universidad, llamadla como mejor os parezca, pues los conceptos son aquí sinónimos. Su fundación es muy antigua: se remonta á los primeros tiempos de la conquista árabe. GOHER EL CAID, general de MOEZ, la hizo edificar el año 970 de nuestra Era, pero hoy nada queda de la primitiva fábrica por haberla ensanchado y reconstruído diferentes Sultanes de las pasadas dinastías. El mismo Jedive ISMAEL, ordenó hacer en ella diferentes reparaciones, que no han sido suficientes para preservarla de la total ruina que la amenaza, pues sus arcos rotos y sus alminares desnivelados fácilmente vendrían al suelo sin el sólido andamiaje de madera que ahora los mantiene en pie.

La mezquita vale poco y su arquitectura no ofrece nada de notable. La primitiva forma de sus alminares está desfigurada, y el gran recinto del templo sólo atrae por la bella perspectiva de las trescientas ochenta columnas que sostienen la bóveda, ó mejor, los diez techos unidos de la misma. Estas columnas son de mármol: tienen distintas dimensiones y pertenecen á todos los órdenes de arquitectura, lo cual se explica con decir que proceden de las ruinas griegas, de los edificios imperiales y de los templos cristianos. En los reducidos santuarios que hay junto á las puertas, se ven pequeños detalles de algún mérito artístico: entrando por el portal llamado de *los barberos* se pasa á la derecha á la Mesjid Tabarset, humilde capilla edificada para guardar el sepulcro de un protector de la mezquita. La tumba, construída á un lado, está cerrada por una bonita verja de hierro, y el *mihrab* contiene ricas incrustaciones y mosaicos de gran valor. El patio de la mezquita, semejante á una gran plaza, está adoquinado con lápidas de granito arrancadas de las antiguas ruinas.

La importancia de El Azhar deriva de ser el centro superior de instrucción del islamismo. Sus escuelas son conocidas por todos los musulmanes: la fama de sus cátedras, la perfección de sus estudios, han tenido eco en las más apartadas regiones donde se rinde culto á Alah. Por este motivo van á estudiar á Egipto jóvenes procedentes de todos los países de Oriente, siendo la mezquita el punto de reunión en donde once mil estudiantes escuchan las explicaciones de más de trescientos profesores que enseñan el dogma, la ley y la filosofía contenidos en las páginas sagradas del libro de MAHOMA.

Todo el Imperio musulmán tiene representantes en El Azhar.

Las provincias turcas, las africanas de Poniente, la Siria, Persia, India, Kurdistán, Darfur, Senaar, Nubia y todas las regiones del mar Rojo, envían sus estudiantes á la capital egipcia, los cuales permanecen en ella entre tres y seis años. Las cátedras se instalan al aire libre en medio del patio, ó junto á una columna bajo la nave del templo. El maestro, con las piernas cruzadas encima de una estera ó una piel de cabra lee el libro que tiene en la mano, deteniéndose á cada sentencia para explicar lo que dijeron sobre ella los comentaristas.

Los discípulos, sentados en torno del profesor, toman nota de las explicaciones de éste y luego se dispersan para meditar la enseñanza recibida. Es frecuente ver á estudiantes aislados, con el libro en la mano, balanceando el cuerpo de derecha á izquierda por creer que así la memoria retiene mejor lo que se lee. Lo mismo hacen en sus oraciones, pudiendo afirmarse de los árabes que no pueden entregarse á ningún ejercicio mental sin convertir su cuerpo en péndulo de reloj.

El plan de estudios seguido en El Azhar, es sumamente curioso, y da perfectamente idea del movimiento intelectual de aquel pueblo. Se basa la ciencia árabe en el *Ilm el Kelam*, la religión, cuya parte primera y más importante consiste en el *Ilm el Tauhid* ó doctrina de la unidad de Dios. Se desarrolla este esencial fundamento del saber humano con el estudio de los atributos de la divinidad, cuya lista es como sigue:

1. La existencia.
2. La causa de la creación.
3. La eternidad.
4. La independencia.
5. La unidad. Esta es absoluta, hasta el extremo de convertir el islamismo en una de las poquísimas religiones orientales que no poseen el misterio de la Trinidad.
6. La omnipotencia.
7. La voluntad. Gobierna el universo, y como esta voluntad divina es anterior y superior al hombre, nada puede torcer ni variar los actos que deben efectuarse. De aquí nace el fatalismo musulmán.
8. La sabiduría. Dios lo sabe todo, lo que pasa, según dice el Corán, desde los profundos cimientos de la tierra hasta los más elevados espacios del cielo.

9. La vida.

10. La vista. Sin ojos ni luz. Dios contempla á los hombres en todas ocasiones.

11. La oreja. Este atributo resume otros varios sentidos corporales en Dios, que puede escuchar sin oídos, tocar sin manos y comprender sin cerebro.

12. La voz. El lenguaje de Dios, dicen los comentaristas, es más claro y preciso que el de los hombres, y sin embargo carece de palabras, letras y sonidos.

Este primer programa de la ciencia árabe constituye su manifestación teológica, pues condensa el estudio de los atributos de Alah. Cuando el discípulo conoce estas teorías, sumamente abstractas y difusas, pasa al *Ilm el Fikh* ó estudio de la ley. IBN KHALDUN, uno de los mejores comentaristas árabes, define el derecho como simple conocimiento de los preceptos de Dios aplicados á los actos de los hombres. Hay tres clases de acciones humanas: las que deben ejecutarse por obligación; las que no deben permitirse; y las que no siendo permitidas pueden tolerarse. El conocimiento de las categorías en que se clasifican estas acciones se deriva de los textos coránicos, de la *Sunna* ó tradición, y de las explicaciones que los discípulos del Profeta oyeron de labios de éste y han transmitido á la posteridad.

Así, el derecho se divide en dos ramas:

1.<sup>a</sup> La doctrina de las leyes sagradas. Sus bases principales son el *Tauhid*, ó conocimiento propio de Dios: el *Salad* y *Tahara* ú obligación de purificar el cuerpo y rezar las oraciones; el *Sadaka* y *Zakad* ó deber de dar limosnas y pagar los tributos religiosos; el *Siyám* ó ayuno durante el mes de Ramadán, y finalmente el *Hag* ó necesidad de realizar, lo menos una vez en la vida, la peregrinación á la Meca.

2.<sup>a</sup> La doctrina de la ley civil y criminal, que también se deriva del Corán, y es reconocida y expuesta en las decisiones de los tribunales y los comentarios de los legistas.

Otra ciencia explicada en El Azhar es el *Ilm el Kiraa* ó modo correcto de recitar el Corán. La poesía, la retórica, algunas primeras nociones de filosofía y la gramática, forman el complemento de la enseñanza que se obtiene en aquel primer centro de instrucción de los reinos musulmanes.

Los árabes no quieren conocer otras ciencias. De aquella astro-

nomía que con tanto brillo cultivaron sus mayores, nada saben hoy. La medicina, en la que tantos progresos hicieron, está entre ellos olvidada. Las ciencias exactas y naturales, la historia, la geografía, las artes, la política, la misma literatura, son considerados como juguetes que ocupan la inteligencia, para distraerla del estudio más serio y provechoso de la religión. En la oscuridad de su decadencia, tienen aún más arrogancia que en sus pasados tiempos de esplendor y grandeza, y repugnan ó desdeñan entrar en la senda del progreso, prefiriendo morir entre las tristezas de su miseria física y moral.

Acabemos la descripción de El Azhar. Los estudiantes viven en la misma mezquita, agrupados por secciones según el lugar de su procedencia. Los jóvenes de cada provincia egipcia ó de cada reino extranjero, están alojados en un *riuak*, habitación poco espaciosa, cuyo único mueblaje está constituido por grandes armarios de madera blanca adosados á las paredes. Estos armarios se dividen en pequeños cajones cuadrados, en cada uno de los cuales el estudiante á quien pertenece guarda su pan. Es una especie de bizcocho, seco y enmohecido, que por trimestres le envía su familia, y del que come acompañado de habas verdes ó cebollas. La sobriedad de aquella gente no tiene igual en el mundo.

Los estudiantes duermen en cualquier parte, sobre las esteras del templo ó con su piel de cabra tendida en las losas del patio. Algunos *riuaks* están provistos de libros. En el perteneciente á los turcos vi muchos volúmenes de manuscritos antiguos que estaban abiertos y tirados por los suelos en el abandono más completo. Sobre la reja de madera de la puerta, cerrada en aquella ocasión, vi un letrero con la palabra *Biblioteca*. Quise entrar en ella, pero ni la promesa de un buen *bacshish* me franqueó el paso, y aun una insinuación que hice al xequé de la mezquita que me acompañaba sobre la posibilidad de comprarle algún libro, fué muy mal recibida. Bien se conoce que aquel templo es el primer baluarte del fanatismo islamita, pues en otras partes del país encontré gentes mucho más fáciles de trato y con menos preocupaciones.

El Gobierno no exige nada de los estudiantes, no les sujeta á impuesto alguno, les da catedráticos pagados con fondos de la mezquita, les aloja gratis, y cuando llegan á cierta altura en los estudios, les exime de la prestación personal y del servicio militar. En cambio aquellas masas bulliciosas, levantiscas por excelencia,

son las primeras en moverse en todas las emociones populares que agita el sentimiento religioso y nacional. De El Azhar á la mezquita del Sultán HASÁN, tal es el camino que han seguido en el Cairo todas las revoluciones y motines.

Otra de las mezquitas más importantes del Cairo es la que lleva el nombre del Sultán KALAÚN. Este Monarca pertenecía á la famosa familia de los mamelucos Bahritas, durante cuyo corto reinado se engrandeció el Egipto, lo mismo en las empresas guerreras que en las del arte y de la ciencia. Á los soberanos de aquella dinastía, que fueron soldados, legisladores y artistas, se deben los mejores monumentos de la arquitectura musulmana aun existentes en Egipto.

Uno de los Sultanes que más brillaron en la accidentada época de la dominación militar, fué EL MANSUR KALAÚN, que reinó de 1279 á 1290 de nuestra Era. Apoderado del trono contra el derecho que á su herencia tenía un hijo de BEBARS, quiso justificar su usurpación con las victorias que en todas partes alcanzó sobre los enemigos del país. Declaró la guerra á cuantos amenazaron su poder y fué afortunado en sus empresas. Deshizo y aniquiló al Gobernador de Damasco, que se había sublevado en sus dominios. Ganó á los mongoles la batalla de Homs, evitando con ella que las bárbaras hordas de Samarcanda se apoderasen de la Siria. Castigó á los Príncipes de Armenia y Georgia por sus alianzas europeas contra el poder islamita. Se apoderó de las playas de Laodicea y de Trípoli, que á la muerte de BOHEMUNDO habían caído en manos de BELTRÁN DE GIBELET. Y finalmente se disponía á reconquistar de los ejércitos cruzados la posesión de San Juan de Acre que aun ocupaban la Siria, cuando le sorprendió la muerte el 10 de Noviembre de 1290.

Activas como sus cualidades para la guerra fueron sus disposiciones para la paz, que buscó con anhelo cuantas veces pudo honradamente obtenerla. Animado por sus resultados, firmó convenios diplomáticos con el Emperador RODOLFO de Alemania, con la República de Génova, el Rey ALFONSO III de Castilla, Don Jaime de Sicilia, el Emir del Yemén y el príncipe de Ceilán. Alguna vez se acusó al Sultán KALAÚN de haber faltado deliberadamente á sus pactos internacionales cuando así creía convenir á los intereses de su Imperio; pero este es pecado de que fácilmente puede absolversele, pues en él cayeron repetidas veces todos los soberanos de la Edad Media.



Dentro de su reino, fué KALAÚN un Monarca humanitario, amigo del bienestar de su pueblo; no se cuentan de él excentricidades, caprichos, ni actos de barbarie. Los egipcios le quedaron reconocidos, y lo prueba la construcción de la mezquita que aun hoy guarda los despojos del Sultán KALAÚN.

Uno de los estudios favoritos de KALAÚN fué la medicina, que cultivó movido por el deseo de hallar remedio á las numerosas dolencias físicas que en todas épocas han azotado á los habitantes del Egipto. Y buscando la realidad práctica que podía deducirse de aquella ciencia, proyectó la construcción de un hospital, bastante espacioso para que se pudieran distribuir en sus salas á los enfermos según la clase de dolencias que sufrían, y hacer así más fácil su tratamiento. Quiso además que se reservara un sitio especial para cuidar los locos.

La locura, explicada por los pueblos del extremo Oriente como castigo impuesto por Dios á los malvados, que en esta ó en otra vida cometieron delitos no castigados por la justicia humana, es considerada por los árabes bajo un aspecto totalmente distinto. Creen los musulmanes, que si el hombre pierde el juicio, es porque se abstrae de la realidad terrena para elevarse hasta Alah: quien huye del mundo en vida, sólo puede ir al cielo. Así se ha llegado á tener la palabra *megnún* como explicativa de loco y santo al mismo tiempo.

Considérase tanto á los locos en Egipto, y tales beneficios obtienen de su existencia enferma, que muchos sanos procuran imitarlos. He visto algunos de estos infelices, sentados en el suelo mirando al Oriente, enteramente desnudos de cuerpo, abierto el labio, cerrados los ojos, la piel roja y tostada por el sol y los vientos del desierto, permaneciendo durante muchas horas, mudos, inmóviles como sumidos en el éxtasis de quien, si vive con el cuerpo encadenado á la realidad del mundo, tiene el alma libre en el seno de Dios. Todos respetan á esos locos, los consideran, los alimentan y les piden oraciones. Algunas veces se les introduce furtivamente en las casas, y las mujeres estériles que desean sucesión no tienen reparo alguno en acercarse á ellos. No pecan, al entregarse á un santo.

Aquel hospital ó *Muristán*, como se ha llamado hasta nuestros días, debió ser inmenso, y de él quedan aún muchos restos, desfigurados por las varias aplicaciones que posteriormente tuvo el

edificio. Anchas salas para los enfermos, fuentes, patios, galerías, habitaciones de médicos y herbolarios, depósitos de cadáveres, gabinetes de cirugía, biblioteca, todo lo tenía, sin faltar lo principal, ó sea una buena renta para su sostenimiento.

¿He de explicar lo que ocurrió más tarde? Apenas bajó al se-

pulcro el Sultán KALAÚN, su fundación se vió minada por todas partes. Infieles administradores se apoderaron de sus rentas, y Monarcas poco escrupulosos tomaron el capital. Sin dinero para sostenerse, pronto se vió desierto, y los enfermos no querían agregar á sus dolencias el tormento del hambre. Cuando el edificio estuvo vacío fué aplicado á otros usos, y finalmente se vendieron parte de sus construcciones.

Hoy sólo queda del Muristán la mezquita del Sultán KALAÚN. Su fachada exterior es imponente por la altura y rica por los materiales, pues éstos son sillares de mármol blanco y negro, sobrepuestos unos á otros en fajas regulares. Los alminares, pintados de blanco y encarnado, son obras preciosas de filigrana, por más que algunas reparaciones hechas modernamente



Interior de la mezquita del Sultán Kalaún.

los han desfigurado mucho.

El corredor ó galería que conduce desde la puerta de la calle á la interior del templo, forma una majestuosa bóveda de arcos persas apuntados. La mezquita es cuadrada, sosteniendo las bóvedas de su nave cuatro gruesos pilares. Junto á las puertas y en los arcos más pequeños de las paredes laterales, se ven varias co-

lumnas de mármol extraídas de antiguas ruinas. El nicho ó *mihrab* ostenta un delicado trabajo de mosaico, que continúa en los muros inmediatos, cubiertos con mármoles de colores formando cuadros y cenefas muy vistosas.

En medio de la única nave que tiene el templo se halla la tumba del famoso Sultán, cerrada por una verja de madera. El mausoleo es de mármol, y está siempre cubierto por un tapiz encarnado: en la parte correspondiente á la cabeza del cadáver, se levanta una columna que á manera de epitafio tiene grabada esta sencilla inscripción:

*La paz viene del Dios de Misericordia.*

Sobre las franjas de mármol de las paredes, se leen muchos *graffiti* escritos por los fieles, pero no los recogí por pertenecer al mismo género que los coleccionados en la mezquita del Sultán HASÁN. Recuerdo sin embargo uno, que me llamó la atención. Decía textualmente:

*Yo te conjuro, redentor de los pecadores: acuérdate de quien gime atado por las cadenas de la vida.*

Pasemos ahora al extremo Sur del Cairo, para visitar el templo musulmán más antiguo de la capital egipcia, que lleva el nombre del ilustre general AMRÚ. Caída de su grandeza, *Corona de las Mezquitas* como antes era llamada, está hoy desierta, con tres de sus cuatro naves en ruinas, sus columnas rotas, secas sus fuentes, y muda la voz del muezín que antes desde los alminares llamaba los creyentes á la plegaria.

Al acampar en Fostat las huestes islamitas que conducía AMRÚ, se hizo una distribución de las tierras vecinas entre los principales caudillos de aquel ejército. Algunos de ellos, como KESABAT IBN KULTÚN y otros cuyos nombres no conserva la historia, aplicaron la parte que les había tocado á la fundación de esta mezquita, que fué uno de los monumentos más notables de la primera época musulmana.

Inauguróse su construcción el año 21 de la Hégira (ó sea el 643 de Jesucristo). Se incendió fortuitamente en 274, pero cinco años más tarde empezó á ser reedificada, durando las obras hasta el año 387, en cuya época fué suntuosamente decorada con espléndidas pinturas, de las cuales no queda vestigio alguno. MAKRIZI

la visitó en 407, cuando se hallaba en su apogeo, y dice de ella que poseía en su biblioteca mil doscientas noventa copias manuscritas del Corán, y en sus naves diez y ocho mil lámparas que ardían todas las noches.



Columnata de la mezquita de Amrú.

Hoy la mezquita de AMRÚ está abandonada, conservándose apenas de ella la nave de Oriente, sostenida por 366 columnas de mármol. Los arquitectos que dirigieron aquella obra no tuvieron escrúpulo en utilizar como podían los restos de antiguas ruinas. Hicieron acopio de pilares y de capiteles ptolemaicos y greco-romanos, y luego los fueron colocando á cierta altura. Si la columna resultaba larga, la cortaban: si corta, la ponían sobre dos basas ó dos capiteles.

Á una de estas columnas, colocada á la derecha del mihrab, va unida una tradición que casi eleva aquel mármol á la altura de reliquia. Cuéntase que se hallaba en la Meca el califa OMAR, cuando su general AMRÚ emprendía la construcción de esta mezquita, y queriendo éste tener un recuerdo de la ciudad sagrada, escribió á su soberano pidiendo un pilar para el templo. El Califa, que recibió el mensaje orando en su mezquita, mandó á aquella columna que inmediatamente se transportara sola á las márgenes del Nilo. Al ver que no se movía de su sitio, repitió la orden,

y no siendo obedecido, por tercera vez la dió en tono furioso y blandiendo su *curbash*, con el que le dió un fuerte latigazo. Cállese de pronto el gran Monarca, y humilde, prosternándose al pie de la columna dijo:

*Te ruego en nombre de Dios, oh pilar de este templo, que te levantes y marches hasta el Cairo.*

Con gran admiración vieron entonces los presentes cómo desaparecía la columna, que remontó los aires en dirección á la capital de Egipto. En su mitad conserva aún la señal del latigazo, debajo de la cual la piedad de los creyentes ha escrito el nombre de Alah. En realidad se ve una marca en la piedra, que los infieles atribuímos á una vena natural azulada formada sobre el color rojizo del mármol. Digamos para acabar con este templo, que en el rincón de la izquierda de la gran nave se ve una tumba, sin pretensiones artísticas de ninguna clase, que encierra los restos de ABD-ALAH, hijo de AMRÚ.

En la parte más populosa del barrio árabe se conservan las ruinas de otra mezquita muy antigua é importante. El sitio en que está edificada recuerda las primeras tradiciones de la raza humana, pues allí suponen los musulmanes que fué á parar el arca de Noé al retirarse las aguas del diluvio. Otra tradición afirma que en aquel sitio hizo el patriarca ABRAHAM el sacrificio del cordero.

Esta mezquita fué construída en la colina de Kalat el Kebsh el año 269 de la Hégira (879 de J. C.), por orden de ABUL ABBAS AHMED IBN TULÚN, gobernador de Egipto primero y luego soberano independiente y jefe de la dinastía de los TULUNIDAS. Son imponentes las dimensiones del templo, á cuya grandiosidad sólo excede el de AMRÚ, y ofrece la circunstancia de que toda la obra fué hecha con materiales nuevos, no utilizando los despojos de las ruinas griegas y romanas según era costumbre en aquella época.

La mezquita forma un inmenso patio, en cuya parte de Oriente había cinco naves y quedan ahora cuatro. El *mihrab*, sostenido por cuatro columnas de mármol, tiene ricas incrustaciones de madreperla; y en el púlpito ó *mimbar*, se admira un rico trabajo de escultura, estropeado por el tiempo y por los viajeros. Sostienen las naves airoas columnas de ladrillo cubiertas de yeso, en el cual se grabaron delicados dibujos que forman sus capiteles y cornisas. Por encima de los arcos corre un ancho friso con inscripciones cúficas de las *surahs* del Corán.

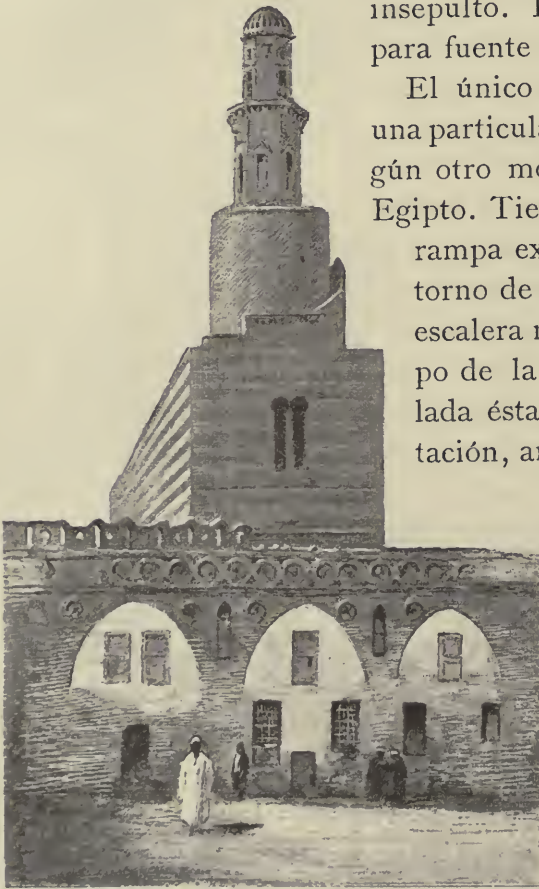
Las tres naves restantes de los lados del patio, no se conservan en mal estado y fueron utilizadas durante algunos años para asilo de pobres, á cuyo efecto entre los arcos se hicieron algunas barracas de ladrillo. Más tarde, se trasladó á otra parte á los asilados,

pero quedan aún las miserables habitaciones que afean aquellas imponentes ruinas.

En medio del patio hay una construcción cuadrada, cubierta por elegante cúpula, que debió servir de sepulcro al fundador de la mezquita. No pudo TULÚN descansar en aquella tumba, pues cayó víctima de la peste en los campos de Siria en 884, y sus tropas le abandonaron dejando el cadáver insepulto. El mausoleo fué utilizado para fuente de abluciones.

El único alminar del templo ofrece una particularidad, no observada en ningún otro monumento de esta clase en Egipto. Tiene la escalera en forma de rampa exterior que va subiendo en torno de la torre. Es posible que tal escalera no fuese construída al tiempo de la torre, sino que, desnivelada ésta por falta de buena cimentación, amenazó ruina y se quiso evitar su desplome con este poderoso contrafuerte.

Hoy el templo está cerrado, bajo la custodia de una comisión nacional de monumentos árabes, pero que no puede restaurarlo por falta de medios pecuniarios. No elevarán ya los fieles en su recinto sus plegarias, ni han de levantarse de nuevo las arruinadas bóvedas. Es



Alminar de la mezquita del Sultán Tulún.

inevitable el abandono total de esta mezquita.

No lejos del anterior se encuentra otro pequeño templo, llamado de KAIT BEY. Este es el nombre de uno de los últimos Sultanes mamelucos en Egipto. Vivía en la segunda mitad del siglo xv, y por lo tanto encontróse en medio de todos los conflictos militares y diplomáticos de aquella accidentada época de nuestra historia, durante la cual, la invasión turca, conducida por





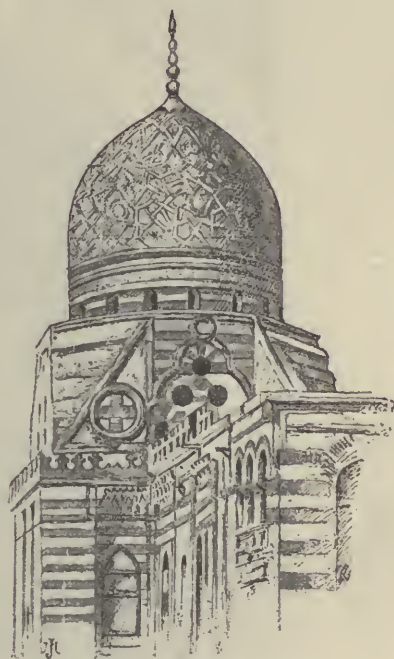
MEZQUITA DE KAIT BEY.



MAHOMED y BAYACETO, amenazaban lo mismo el Oriente que el Occidente.

El Sultán KAIT mostró tener excelentes condiciones de gobernante para mantener la independencia de su país, que aseguró con decisivas victorias obtenidas en la guerra, así como por ventajosos tratados conseguidos en la paz. Era al mismo tiempo hombre de gustos delicados, admirador del arte árabe en su concepción más bella, devoto de Alah, y creyente en la influencia de la forma para la exaltación del sentimiento religioso. De aquí que mandara edificar suntuosos templos en distintos lugares del reino, siendo notables, su tumba en la llanura inmediata al Abbasich, y la mezquita de su nombre en un extremo de la capital.

Este templo no es muy espacioso, y se aparta del tipo primitivo de las mezquitas, porque carece de patio. El edificio, cerrado por cuatro muros y dividido en cuatro naves, afecta la forma de cruz. En el ángulo izquierdo se levanta un alminarafiligranado, que el viajero inteligente no se cansa de admirar. Los arcos de la bóveda tienen la forma de herradura, desarrollándose en punta según los modelos persas. El púlpito es de madera con incrustaciones de marfil. En el piso y las paredes resplandece el jaspeado mármol. Las puertas están



Cúpula de la mezquita de Kait Bey.

fornadas con artísticas planchas de cobre. Toda una tarde pasé contemplando este pequeño templo, abierto aún al culto público, y me satisfizo ver que el Gobierno ha comprendido la verdadera importancia del monumento, disponiendo algunas reparaciones que preserven el alminar de una inmediata ruina.

Y aquí concluyo la reseña de las mezquitas del Cairo, porque ocuparía mucho espacio hablar de todas las que son dignas de admiración, y entre ellas, las de Ghuri, de la Ciudadela, Akbar, Gitta Zenab, Barkukieh y tantas otras de menos importancia.

Aquellos venerandos restos de civilizaciones que pasaron, y de

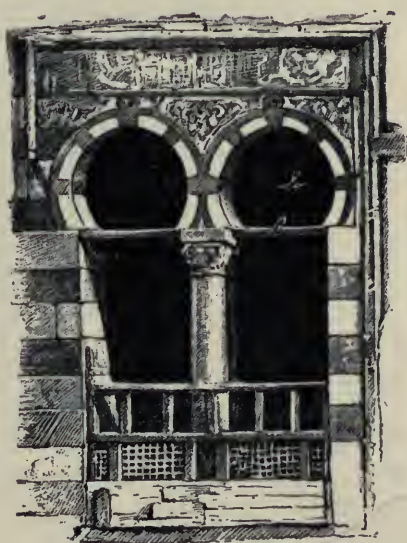
creencias hoy casi perdidas, aquellos mudos, pero elocuentes testimonios de la piedad de lejanas centurias, todas aquellas mezquitas tan importantes para la historia del arte árabe y especialmente para nosotros los españoles, por lo relacionada que se encuentra



Interior de la mezquita de Kait Bey.

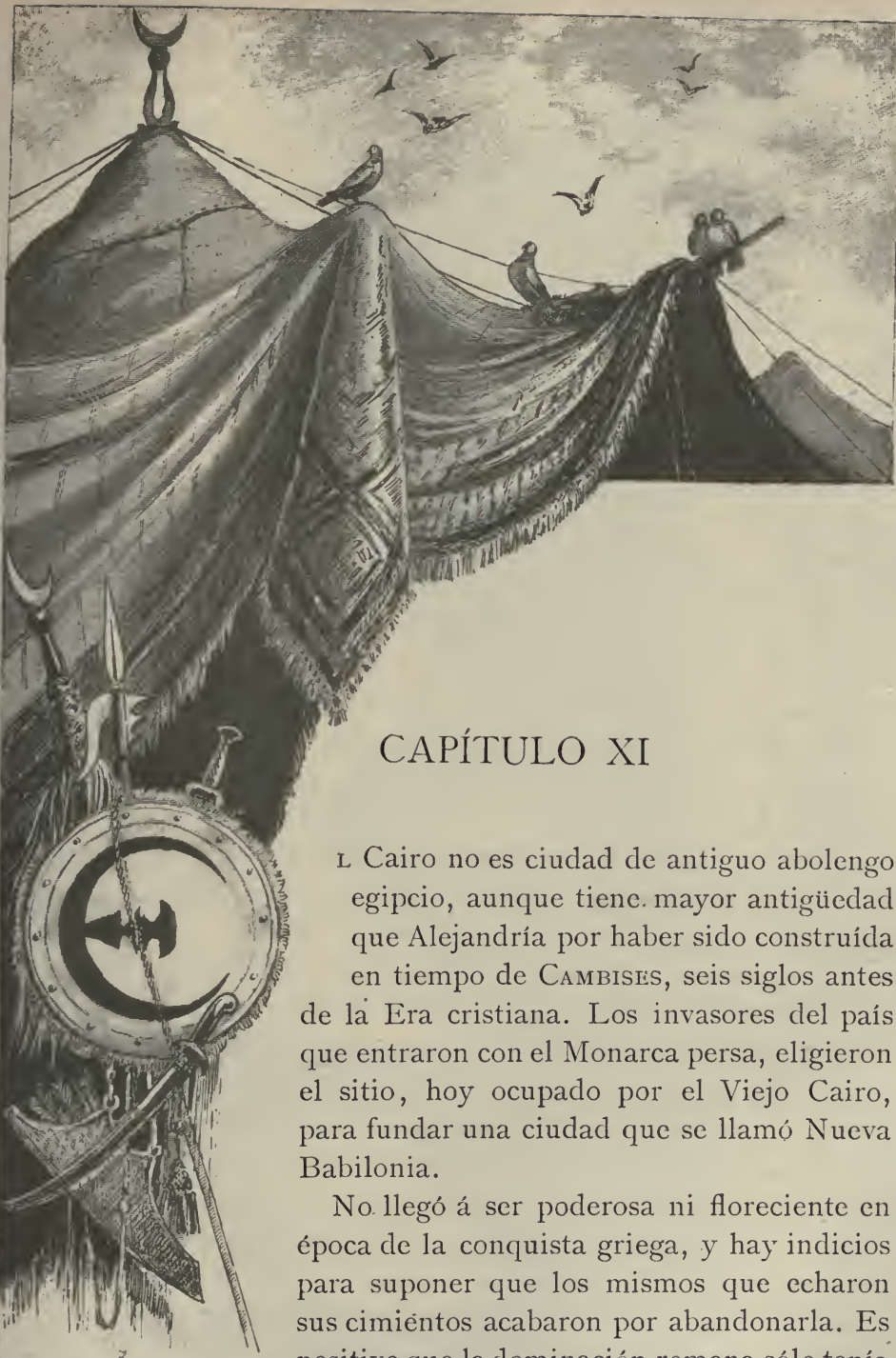
la historia del arte mahometano español, con el arte mahometano de África, caen hoy en ruinas. El implacable tiempo corroe las piedras de sus muros; la planta, ya devota, ya irreverente del hombre, ha gastado los dinteles de sus puertas; y la fe que tantas

veces les llevó á la victoria, llegando á poner en inminente riesgo las monarquías cristianas de Occidente, que sólo después de la inmortal victoria de Lepanto pudieron respirar tranquilas, no anima el corazón de los fieles musulimes para impulsarles á la reconstrucción de aquellos sagrados edificios, que revelan su pasada grandeza y su esplendor perdido.



Ventana de la mezquita de Kait Bey.





## CAPÍTULO XI

El Cairo no es ciudad de antiguo abolengo egipcio, aunque tiene mayor antigüedad que Alejandría por haber sido construída en tiempo de CAMBISES, seis siglos antes de la Era cristiana. Los invasores del país que entraron con el Monarca persa, eligieron el sitio, hoy ocupado por el Viejo Cairo, para fundar una ciudad que se llamó Nueva Babilonia.

No llegó á ser poderosa ni floreciente en época de la conquista griega, y hay indicios para suponer que los mismos que echaron sus cimientos acabaron por abandonarla. Es positivo que la dominación romana sólo tenía en el Cairo un castillo, que servía como punto de concentración de una de sus tres legiones egipcias, pero la ciudad estaba desierta.

AMRÚ, general del Califa OMAR, se apoderó del Cairo en el año 638, y desde allí marchó á Alejandría para completar la obra

de la conquista del país. Cuentan las tradiciones musulmanas que el jefe árabe había establecido un campamento en Fostat, y al levantarlo para marchar, advirtió que dos tórtolas habían fabricado su nido en el ángulo de su tienda. Tomó aquel hecho insignificante como presagio de buen agüero, ordenando que no se tocara el campo hasta que las aves lo abandonasen.

Marchó AMRÚ, y al apoderarse de Alejandría en 641 naturalmente iba á establecer en ella el centro del nuevo gobierno, cuando OMAR dió órdenes contrarias. Creía el Califa que en la ciudad ptolemaica se reunían sobrados elementos de discordia para alterar la paz que necesita todo Imperio, y además por su situación topográfica, fuera del centro del país, no debía seguir conservando el rango de capital. Entonces pensó AMRÚ en la abandonada tienda de Fostat, y volviendo al antiguo campamento hizo una distribución de las tierras vecinas entre sus capitanes, en las que se levantó la nueva ciudad que debía pronto ser suntuosa capital del sultanato egipcio.

Pocos años después, en 644, varias tribus árabes venidas del Yemén fueron á establecerse en los valles del Nilo. En 661 proclamaban el sultanato de los Omniades, que duró hasta 750, extinguiéndose en Egipto por el asesinato de su último miembro MERUÁN II, y de toda su familia. Un solo príncipe pudo escapar á la bárbara hecatombe huyendo á España: fué ABD EL RAHMÁN, fundador del califato independiente de Córdoba.

Las dinastías de Sultanes se suceden en el Cairo con gran rapidez, ofreciendo todas el triste ejemplo de las discordias intestinas. Los Abasidas reinan desde el año 750 al 870: los Tulunidas, de 870 á 904. Sesenta años de luchas y revueltas traen la dinastía de los Fatimitas, que empieza por gobernar admirablemente el reino, aumentando su población y dando gran desarrollo á su riqueza, pero pronto decae, y en 1171 es destronada por SALADINO, fundador del sultanato Ayubita que debe resistir el furioso choque de las primeras Cruzadas de Occidente. Tampoco dura esta dinastía. En 1240 MELIK EL SALEH usurpa el poder supremo y entroniza la familia de los Mamelucos, á su vez derribada por los Sultanes Bahritas en 1250. En 1382 los circasianos Burgitas se apoderan del país, y el reinado de sus Sultanes sólo ofrece una serie de atrocidades, á que pone fin la conquista turca en 1517. El Sultán SELIM I de Constantinopla, que reivindica el absoluto



MEZQUITA SEPULCRAL DEL SULTÁN BARKUK





dominio espiritual y temporal sobre todos los creyentes en la fe islamita, convierte el Egipto en un bajalato de Turquía, sometiéndolo á su autoridad de que aun hoy no está emancipado.

Aquellos tiempos del sultanato nacional, son muy tristes para el país. Raramente aparecen soberanos ilustrados que gobiernen con justicia, protejan las artes, cuiden de la felicidad de sus súbditos, y no conviertan el trono en vil instrumento de sus venganzas. Por esta causa con gran frecuencia en las calles de la capital estallan motines que unas veces triunfan y otras quedan ahogados en sangre, el pueblo huye, los valles quedan sin población, y la riqueza disminuye hasta quedar convertidos en desiertos é incultos páramos aquellos ricos verjeles que fueron el granero de Europa.

El odio religioso se exalta contra los que no profesan las doctrinas mahometanas, siendo dolorosa la existencia de los pobres coptos y de los judíos, condenados á devorar en silencio toda clase de infamias y á soportar todo género de insultos. En más de una ocasión han sido víctimas de la furia popular, que les acusa de atraer sobre el pueblo algunas de las calamidades que periódicamente azotan aquel país.

El cólera, que en siglos pasados se llamaba peste, solía aparecer en aquellas regiones con la misma regularidad que se manifiesta ahora, es decir, cada 20 ó 25 años. Causaba naturalmente grandes estragos entre aquellas gentes sucias, que vivían, como hoy, de una manera ruin y miserable, pero la ignorancia de las masas achacaba la epidemia á los cristianos, y sus venganzas eran atroces.

Creí curioso hacer el estudio de esta época, y me dió ocasión para ello mi visita á las ruinas de la mezquita del Sultán HAKIM que existen en el Cairo. Cerca de Bab el Nasr, *la puerta de la Victoria*, se ven los restos de aquel monumento, sobre el cual la inexorable mano del tiempo y los instintos niveladores del pueblo han impreso de manera indeleble su signo destructor. Revelan la existencia de las ruinas desde muy lejos dos altos alminares, de construcción rarísima en el arte mahometano. Sus bases de piedra maciza tienen la forma de castillos cuadrados, sobre las cuales se levantan las torres coronadas por anchas cúpulas cubiertas de arabescos. Parecen á lo lejos enormes perfumeros, y cree aún la gente vulgar que aquellos edificios han servido para purificar la atmósfera en tiempo de pestes y epidemias.

Al entrar en el recinto de la mezquita se ve con dolor el cuadro de la ruina más completo. Algunos arcos que aun se mantienen en pie, muestran fragmentos de las anchas inscripciones cúficas que los decoraban, pero no sostienen las bóvedas caídas desde hace muchos años. Una cúpula interior cierra el violado sepulcro del



Alminar de la mezquita del Sultán Hakim.

Monarca que fundó aquel templo. Los altos muros exteriores están rematados por defensas aspilleradas que construyeron los soldados de BONAPARTE, como prueba de su paso por aquel lugar. Hasta las puertas han desaparecido, detrás de las tiendas, que los codiciosos guardianes de la mezquita han permitido edificar al rededor

de las murallas. Aquello es cuanto queda de uno de los Monarcas que más conmovieron al país, después de la conquista musulmana.

En el año 968 apareció en los valles del Egipto MOEZ, hijo de FÁTIMA. Venía del Norte de África, y al marchar á Oriente aumentó sus tropas con las bandas de sarracenos sicilianos mandadas por el general palermitano GOHAR EL CAID. Como torrente impetuoso que bajaba de las sierras tunecinas arrancando á su paso las viejas instituciones de los países que sometía, sólo se detuvo en la admirable llanura que el Nilo fecunda al pie de las Pirámides, y allí fundó, lleno de fe, la mezquita de El Azhar, en cuyo alrededor se extendió la ciudad del Nuevo Cairo.

MOEZ dió origen á la dinastía de los Sultanes Fatimitas que gobernaron el Egipto durante doscientos años, y cuyo sexto sucesor fué HAKIM BEN ALAH. Nació este Monarca en el Cairo el año 375 de la Hégira, ó sea el 1004 de nuestra Era. La muerte de su padre, ocurrida en 1015, le llevó al poder cuando sólo tenía once años de edad, y el templo de El Azhar abrió sus puertas y adornóse con sus mejores galas, para celebrar la coronación de aquel niño que tanto debía pesār en los destinos de su país.

El nuevo Sultán empezó pronto sus estudios. Su escuela fué la mezquita, y su libro predilecto y fundamental de toda ciencia, el Corán; sus maestros fueron los imames, y su modelo el Profeta. Embriagado con su gloria y su fortuna, maduró su cerebro antes de haberse deleitado en las ligeras expansiones de la juventud, y acabó de desvanecerse oyendo continuamente murmurar á su oído la salutación que sus súbditos le dirigían: *Sólo Alah es Dios, Mahoma su Profeta y Hakim el Santo de Dios*. Llegó á creerlo así. Convencióse de que era un elegido del Señor enviado á la tierra para reformarla y corregirla, y la exaltación de que fué presa su entendimiento le convirtió en moralista. Pero moralista á los veinte años de edad, lleno de exageraciones y falto de experiencia. Debía ser terrible.

Empezó por las mujeres.

Inicióse HAKIM como un déspota muy original. Generalmente todos los tiranos que se encuentran en el curso de la historia azotando á los pueblos de Oriente, se vieron enredados en mil intrigas amorosas, fueron juguete de caprichosas favoritas que imperaban en los harenes, y al declinar su poder, cuando la soldadesca no les cosía á puñaladas ó la furia popular no profanaba sus cuer-

pos al arrancar airadamente sus vidas, eran inevitables víctimas de la astucia de alguna DALILA, ó de la ambición de alguna CLEOPATRA, ó de la infamante vergüenza de alguna LICISCA. Casi nunca aquellos déspotas se sustrajeron á la fatalidad que les arrojaba á los pies de la que debía hacerles traición: buscaban un consuelo á sus remordimientos, una distracción en las horas de calma para ahogar los gritos de su conciencia, en brazos de las mujeres que les rodeaban.

HAKIM obró de diferente manera. Lejos de dejarse dominar por las mujeres, las detestó en el fondo de su alma, creyéndolas creación impura, fuente del mal, vaso de perdición en que sacian los hombres sus instintos más groseros. Quiso apartarlas enteramente de la sociedad, suprimirlas en la vida exterior, no verlas ni oirlas, teniéndolas siempre fuera del alcance del hombre. Para lograr tal objeto, inventó un medio y prescribió un castigo, prohibiendo que se fabricara calzado de mujer, y amenazando con cortar los pies á las mujeres que salieran á la calle ó aparecieran á la vista en los tejados de sus casas.

Cuando las tuvo así reclusas en el último rincón del hogar, allí fué á perseguirlas valiéndose de cualquier pretexto. Viejas pagadas con este objeto servían de delatoras, y por ínfimo precio fabricaban pruebas de actos de inmoralidad cometidos en el seno de la familia. Esclavos y eunucos iban á buscar á las víctimas designadas, las cuales sin juicio alguno se veían atadas codo con codo y conducidas al Nilo para ser sepultadas en la corriente.

Cómo crecía el frenesí del Sultán, siguieron en progresión espantosa sus actos de barbarie. No fué el mayor el siguiente: Al pasar HAKIM por una de las estrechas calles del Cairo, oyó ruido de voces que salía de una casa de baños. Como las abluciones son sagradas entre los musulmanes, se apresuró á preguntar la causa de tal irreverencia, y al oír que dentro del edificio había algunas mujeres, mandó en el acto tapiar sólidamente todas sus puertas y ventanas, condenando á morir de hambre á cuantos se hallaban dentro.

No se insulta nunca á las mujeres sin que ellas procuren satisfacer su rencor con la venganza, y la que contra su Sultán ejecutaron las del Cairo fué curiosa. Sabiendo que al anoche solía pasar el soberano por el barrio Misr en dirección á su palacio, colocaron en una esquina un maniquí de paja, vestido de mujer,

con un papel en la mano que era una carta para HAKIM. Éste, que sólo vió el bulto entre las primeras sombras de la noche, se irritó contra tan manifiesta transgresión de las leyes á sus propios ojos, y mandó que aquella mujer fuese inmediatamente apaleada. Fueron los eunucos á cumplimentar la orden, y al deshacerse en bufonadas ridículas que les inspiraba el monigote, un imprudente cortesano recogió el memorial y fué á ponerlo en manos del Sultán.

En mal hora lo hizo. Era el papel un insultante pasquín dirigido contra SIT EL MALK, hermana de HAKIM, y aunque doncella, ligada á toda clase de aventuras amorosas que desarrollaron muy temprano sus instintos carnales. La moralidad que el Sultán quería imponer á su pueblo no pudo ni establecerla en su familia, en cuyo seno la impura MALK satisfacía la pasión ardiente de su alma entregándose á toda clase de excesos con sus esclavos nubianos.

No tuvo límite el furor de HAKIM. Ciego de cólera mandó á sus soldados de Anatolia y de África, y á sus esclavos de la Ciudadela, que entraran cuchillo en mano en Misr matando á sus habitantes y quemando sus moradas. Los pobres vecinos quisieron defenderse detrás de barricadas hechas con cadáveres, que pronto debían abandonar, porque el fuego las invadía convirtiendo las calles en pestíferas piras funerarias. Tres días duró la horrible hecatombe de víctimas, en su totalidad inocentes, días de luto que probaron la ineficacia de la justicia de Dios en los crímenes de la tierra. En vano los sherifes de las mezquitas, vestidos con sus trajes de ceremonia, á la luz de las sagradas lámparas y en la mano el libro del Profeta, fueron en solemne procesión al palacio del Sultán implorando una palabra que no fué pronunciada, misericordia para los últimos moradores de Misr que aun defendían sus vidas. Por último, los soldados turcos, rojos de vergüenza, tomaron las armas en favor de las víctimas, declarando que si inmediatamente no acababa aquella sangrienta matanza, ellos la acabarían con el incendio de todo el Cairo. Sólo entonces HAKIM tuvo miedo y mandó se retiraran sus esclavos de las humeantes ruinas de Misr. Su vileza le hizo declarar que no sabía nada de lo ocurrido.

¡Y hacía tres días que el barrio se quemaba y las víctimas morían al pie de su palacio!

Si HAKIM se mostraba tan celoso guardador de la moral pública,

en su especial modo de comprenderla, ya puede suponerse cuáles serían sus ideas sobre aquellos infieles que no aceptaban las doctrinas ni seguían los ritos de la religión musulmana.

Persiguióles encarnizadamente. Pasó el Sultán su primera juventud en la mezquita, entre doctores de la ley árabe, bebiendo las ideas que MAHOMA predicó en la tierra é impuso á sus pueblos. Y en los dogmas islamitas, como en otros varios, quien no va con Dios va contra Dios: para los que no le siguen no debe haber salvación en el cielo ni tranquilidad en el mundo. Los infieles son seres refractarios á la luz, malvados que en la inmensa depravación de su alma cierran el corazón á todos los sentimientos y el cerebro á todas las ideas. Cualquier violencia que contra ellos se dirija, está, pues, justificada.

HAKIM siguió, con el transcurso del tiempo, dos políticas diametralmente opuestas con respecto á su propia religión. Sin embargo, trató siempre á los infieles como enemigos, fué su adversario irreconciliable, vió en ellos no ya pecadores dignos del infierno, sino criminales acreedores á todos los castigos humanos. Su alma mezquina y rencorosa no supo nunca olvidar ni ser clemente.

¿Qué infieles eran aquellos, que no veían el camino de su vida iluminado por las doctrinas del Profeta, que no bañaban las impurezas de su carnal materia con las aguas de la fe, ni se prosternaban en el templo al oír el nombre de Alah? Id hoy á Egipto y los hallaréis todavía. En aquellas tierras de Oriente el hombre es tan sedentario como la idea, y pasan más rápidamente los astros por la inmensidad del espacio ó los siglos por la continuidad de la historia, que no mudan y cambian las razas, las costumbres, la existencia física y las manifestaciones morales de sus pueblos.

Dos creencias existían en tiempos del Sultán HAKIM, arraigadas en la tierra cual árbol añoso, pero cuyo doble tronco se separó, siguiendo cada rama diferente dirección. El judaísmo y el cristianismo vivían en Egipto como hermanos mal avenidos, sin resolverse á abandonar la nativa casa que caía en ruinas, y con estoica paciencia vieron al extranjero instalarse en su hogar, convertirse en dueño de sus bienes, aceptar sus servicios sólo porque así parecía convenirle.

Ni aun esta situación de tolerancia debía durar mucho tiempo. HAKIM no pudo prescindir de aquellos infieles, cuyos servicios requería un gobierno, pues unos ayudaban con su inteligencia á la

recaudación de los tributos, y otros por su trabajo y laboriosidad eran la primera materia imponible del Estado. Ya que no fuese conveniente matarlos y ni siquiera obligarles á abandonar el reino, el Sultán decidió convertir su vida en una eterna infamia.

Una disposición real, leída por pregoneros en todas las esquinas, ordenó que ningún cristiano saliera de su casa sin llevar suspendida al cuello una cruz de madera, de cinco libras de peso, que en letras de plomo tuviera escrito el nombre de HAKIM. Se obligó á los judíos á colgarse una cabeza de carnero ó una campana de considerable peso. Otras órdenes dictadas contra los partidarios de ambas religiones probaron la animosidad que contra ellos sentía el soberano, y su propósito de someterles á todo linaje de caprichosos ultrajes. Les prohibió alquilar caballerías para trasladarse de un punto á otro, y los que las tenían de su propiedad debían usar sillas y estribos de madera y guarniciones negras sin adorno alguno. Los barqueros del Nilo no debían trasladar cristianos desde una ribera del río á la opuesta: en las calles de las ciudades no podían éstos acercarse á ningún edificio religioso, para que no lo profanaran con la sombra de su cuerpo. Hasta se les obligó á vestir ropas especiales que imprimieran un carácter infamante á sus personas.

Claramente aparecía que aquel déspota sin edad y sin juicio acabaría por querer sangre. Si en la edad más temprana de la vida, en medio de los rosados horizontes que la rodean, los buenos sentimientos no se abren en el corazón humano, como tiernos capullos fecundados al calor de todos los instintos generosos; si en momentos tales no sólo ha empezado la lucha con el mal, sino que el mal domina al alma, entonces las iras de Dios y la furia del infierno deberían desencadenarse contra el hombre convertido en monstruo, por ser inaccesible á la compasión y á la piedad.

El Sultán fué implacable contra los infieles en aquella segunda etapa de lo que se puede llamar su exaltación religiosa. Las persecuciones azotaron todo el reino, desde las escarpadas montañas de Siria hasta las cataratas del Nilo y las llanuras de la Libia, no hallándose en las páginas de la historia mayores ejemplos de destrucción y crueldad que los presenciados entonces en Egipto. Más de treinta mil iglesias, capillas y monasterios cristianos fueron derruídos á ras de tierra, y de igual modo acabaron las sinagogas de los judíos. La sangre humana corrió por las calles de las ciudades,

siendo tantas las víctimas inmoladas, que nadie se tomó la molestia de contarlas.

Es inútil añadir que los partidarios de aquellas dos comunidades religiosas se dispersaron como enjambres de abejas llevadas por el viento. Los creyentes de fe menos sólida, abjuraron sus principios purificándose en las mezquitas: los más previsores huyeron, y otros buscaron su refugio en las cavernas del desierto esperando mejores días. Por un momento el Sultán pudo contemplar satisfecho el resultado de su obra, y convencerse de que en los límites de su vasto imperio no había más Dios que Alah ni más Señor que HAKIM.

Hasta se sobrepuso al mismo Dios de los musulmanes y se rebeló contra sus dogmas. El tirano egipcio no podía acostumbrarse á la idea de vivir sometido á la autoridad espiritual de los Califas de Bagdad, descendientes de MAHOMA. ¿Por qué la aureola de la santidad no había también de ornar sus sienes? ¿Por qué Dios no debía encarnarse en su cuerpo, y su alma nutrirse en las ideas eternas? Aspiró á la inmortalidad, pero no como aquellos miserables Monarcas de las dinastías mongólicas que huían aterrados ante el espectro de la muerte, y pedían elixires á sus alquimistas y remedios á las reliquias de sus santos para conseguir vida eterna en la tierra. HAKIM quiso ser adorado y que su persona fuese objeto de un culto religioso. Santificarse, ascender al cielo, viendo las turbas de creyentes cómo se prosternaban de hinojos, y las nubes de incienso elevarse hasta Alah confundidas con las plegarias, tal fué la dirección que á sus ideas dió el Sultán en la segunda mitad de su reinado.

Déspota levantado sobre las debilidades de su pueblo y las complacencias de sus cortesanos, ocioso es decir que unas y otras debían ser los factores principales de la nueva religión que iba á imponer al país. No le faltaron aduladores. Uno de aquellos sabios que, antes como ahora, sujetan sus principios y doctrinas ante el poder y la fortuna, uno de esos mercenarios del talento que comercian con sus teorías, el doctor mahometano DARAZZI, escribió un libro desarrollando un sistema de filosofía que no constituía ninguna novedad, pero que se amoldaba á las necesidades del Egipto, según su soberano las entendía. Defendió que las almas no morían con el cuerpo, ni tampoco iban á un mundo mejor donde deben ser juzgadas, sino que necesitaban una serie de evo-



luciones continuadas en la tierra para alcanzar el grado de perfección suficiente para ascender al cielo. El mismo HAKIM era, según DARAZZI, ejemplo vivo de aquella teoría, puesto que su cuerpo encerraba el alma de ALÍ, descendiente de MAHOMA y fundador del califato de Bagdad.

Pero el pueblo no siguió á su tirano. Cuando el filósofo subió al púlpito de la mezquita con el intento de exaltar al Monarca como elegido de Dios en la tierra y descendiente directo del Profeta, la masa de los creyentes que al principio le oyó sumisa, se levantó airada diciendo que la blasfemia, con sus impuras sombras, empañaba las páginas del Corán escritas en los muros de El Azhar. ¡Extraña y caprichosa rebelión de un pueblo de esclavos, que esperaba la muerte de su amo para deificarlo, y no quería concederle en vida la apoteosis de la santidad.

Lo que no le otorgaba la capital, pensó HAKIM obtenerlo en las lejanas provincias del reino, y á este efecto envió á predicar las nuevas ideas en los territorios de Siria al mismo DARAZZI, quien estableció su primer templo en Teim Alah. El éxito coronó su obra, secundada por la complacencia de las autoridades y la docilidad de sus súbditos; y de sus principios capitales, que se reducían á premiar á los creyentes con bienes materiales y á castigar á los refractarios hasta con la pérdida de su fortuna y de su vida, nació la religión fundada en la doctrina de la transmigración de las almas, que aun hoy profesan los musulmanes drusos de los valles del Líbano.

HAKIM se acomodó resueltamente á las nuevas teorías, tomando en serio la representación de su papel de ungido de Dios. Dejó el rezo de sus oraciones en la mezquita; no quiso enviar la sagrada catifa que los peregrinos á la Meca sacan todos los años del Cairo; dedicóse á los misterios de la nigromancia, los cuales, por basarse en ideas sobrenaturales parecíanle la síntesis de su divinidad. Llegó á creer que su sabiduría no tenía secretos ni en lo más recóndito de la conciencia humana, que leía los hechos del porvenir, que penetraba los pensamientos del cerebro, é interpretaba los mandatos de Alah en el movimiento de los astros. Así llegó á ser lo que todos sus iguales en la historia: un epiléptico sujeto á éxtasis, durante los cuales creía comunicarse con Dios desligando su alma del cuerpo para ascender á las regiones celestiales.

Ya que en el Cairo no pudo DARAZZI imponer su religión desde

el templo, buscó un profesor que la enseñara en la escuela, y á este efecto fundó en la mezquita de Ahmar lo que modestamente llamó *palacio de la ciencia*. HAMSÁ fué el maestro. Era éste un aventurero persa, que llegó á la capital con el deseo de abrirse paso en el camino de los honores y la fortuna. HAMSÁ era exactamente lo que hoy llamamos un doctrinario, ó sea el hombre que va buscando fórmulas que satisfagan á todos, que acepta las costumbres con sus defectos, y que en vez de alzar su voz honrada en defensa del bien, la moral y la justicia, se afana en miserables componendas, que en definitiva conducen los pueblos al rebajamiento de su carácter, á la ignorancia y á la vergüenza. Veía HAMSÁ un soberano sin discernimiento, un país sin moralidad, una religión sin fe, y aceptó tales premisas para deducir de ellas todas las consecuencias que complacer pudiera á aquella sociedad en decadencia.

Empezó por suprimir las relaciones entre HAKIM y Dios como dos seres diferentes, asegurando que el Sultán era encarnación del mismo Alah en la tierra, es decir, que era uno solo en el mundo y en el cielo. Á él correspondían pues todos los honores de la divinidad, aun cuando estos honores no debían consistir en ayunos, plegarias ni peregrinaciones como el rito musulmán preceptúa, sino en obedecerle y complacerle en esta vida para recibir en la otra toda clase de recompensas. Y siguiendo su temperamento conciliador, probó á los cristianos y á los judíos que HAKIM era también el Mesías, que para unos había venido y que los otros esperaban. Así la comunidad de creencias en lo esencial unía á todo el pueblo, acabándose de este modo las luchas y discordias religiosas. La paz era permanente, y la divinidad del Sultán iba á convertirse en garantía de toda clase de bienes para sus súbditos.

En lo moral fué HAMSÁ de una elasticidad perfecta. Según él, sólo existía pecado en la forma, y como sus doctrinas no en vano eran predicadas al pueblo más sensual de la tierra, llegó á declarar ícitas las alianzas entre padres é hijos y entre hermanos y hermanas, siempre que el común consentimiento desvaneciera toda suposición de engaño ó de violencia.

El contento fué general. El Monarca se hizo tributar en su palacio honores divinos. El sabio HAMSÁ recibió positivas muestras del favor imperial. Hasta los perseguidos judíos y cristianos, mediante el supuesto acatamiento de las doctrinas del famoso inno-

vador, no se vieron molestados. Tan sólo unos pocos adivinaban que aquella calma era aparente: la tempestad contra las locuras de HAKIM se formaba en el cerebro de una mujer, y el estallido de la tormenta debía ser espantoso.

Como la mujer se exalta por el amor hasta todos los heroísmos, descende por el odio á la ejecución de cualquier crimen. La que no tiene en el alma más tesoro que su ternura, que domina al hombre con la fuerza de su debilidad, que vive para amar y ser amada, en cualquiera condición de su existencia guarda el sentimiento de la propia consideración, aunque sea vil no quiere ser envilecida, y no cede en su venganza ni desarma su odio contra el insensato que le hubiese escupido un insulto al rostro.

Hemos visto cómo HAKIM castigó al barrio Misr, sin que la sangre vertida saciara su espíritu vengativo. El Sultán lamentó el derrumbamiento de las que debían ser bases más sólidas de su sistema, ya que la conducta de su hermana era piedra de escándalo que le tiraban á la cara, y decidió castigar á MALK tratándola cual ínfima cortesana que hubiese tropezado en su camino.

Su primer acuerdo, hijo de la impremeditación característica de todas sus resoluciones, fué condenarla á muerte. Pero intervinieron los palaciegos diciendo que MALK podía ser víctima de calumniosos rumores propagados por los enemigos del Monarca, y de hinojos á las plantas de HAKIM imploraron su piedad para la que era sangre de su sangre, vida de su vida, y podía ser citada como espejo de mujeres en que pudieran reflejarse las más virtuosas del reino.

Suspendió el Sultán su primer mandato, tanto por acceder al ruego de los cortesanos, como por el deseo de cortar un escándalo en su palacio. Pensó también que en efecto SIT EL MALK podía no ser culpable, y avivado su deseo de conocer la verdad, quiso que librara su cuerpo al examen de una junta de matronas. Entonces aquella mujer, que al recibir la noticia de su sentencia primera no había inclinado la cabeza ni abierto los labios, dió rienda suelta á su encono declarando que sería ella misma verdugo de su vida, si alguien llegaba á profanar su persona.

Cedió HAKIM, y esta debilidad de que dió raras muestras durante su vida, fué causa inmediata de su pérdida, porque su hermana, que quizás habría olvidado el momento de rabia en que la sentenció á muerte, nunca debía perdonarle la hora de calma en

que le mandó arrebatarse la vergüenza. Á favor de las sombras de la noche, ciega por el implacable deseo de la venganza, terrible en la mujer, y sobre todo en la mujer de Oriente, fué MALK á concertarse con un enemigo personal del soberano que tenía gran influencia entre los árabes, y que estaba segura de que acogería con decisión sus deseos. Llamábase este ambicioso EBN DAUAS, y pronto se tramó el complot, bajo las condiciones de que sería proclamado Sultán un hijo menor de HAKIM. EBN DAUAS quedaría como su tutor, regente, y generalísimo del reino, y MALK podría vivir entregada en paz á sus amores, sin que tuviera que someterse á la terrible prueba á que la quiso sujetar su hermano, prueba tan vergonzosa como expuesta. En 1040 se presentó á los conjurados una ocasión propicia para deshacerse del Monarca, al que alcanzaron dos asesinos en el jardín de su palacio, cosiendo su cuerpo á puñaladas.

Sobre su tumba llovieron los insultos prodigados por los mercenarios que antes eran sus mayores aduladores, repitiéndose una vez más, como se repetirá hasta la consumación de los siglos, la desconsoladora farsa de la veleidad y de la ingratitud humanas. OSHMUNEIN escribió su oración fúnebre en los siguientes términos:

*Era de horrible aspecto y parecía un león. Con sus ojos grandes y azules, su voz tonante y poderosa, inspiraba tal miedo que nadie se atrevía á mirarle ó á oírle. En su carácter se mezclaban el capricho y la inconstancia con la crueldad, y la impiedad con la superstición. Hasta se supone que rindió especial culto al planeta Saturno y que tuvo conferencias con Satán.*

No. El pueblo, con mejor sentido, como acontece siempre, que los aduladores y falsos cortesanos, distó mucho de aceptar estos juicios. Muerto el déspota, olvidó los males que había causado, especialmente en la primera época de su vida; y creyó en cambio sublime el desvarío de aquel hombre, que luchaba en la tierra para conquistar el dominio del cielo.

Nueve siglos duermen sobre los recuerdos del Monarca, sin que se haya debilitado la memoria de sus hechos ni el culto de su nombre. Si alguna vez viajáis por las pintorescas comarcas de la ardiente Siria, deteneos en las montañas de Beirut, en los valles del Líbano, en las ciudades de Uadi Eltín, de Tiro y de Sidón, y al tiempo de evocar las memorias bíblicas que aquellos lugares conservan para los cristianos, no dejéis de hacer una visita á los

templos drusos en donde HAKIM es venerado como Dios y HAMSA como su Profeta. Sólo la mezquita del Cairo, sin creyentes que la visitaran ni culto que la sostuviera, acabó por caer en ruinas.

Así se ha realizado el dorado sueño de la vida del Sultán famoso, de tener su recuerdo en la historia, su cuerpo en el templo, su nombre en los altares, su alma en el cielo. Es cuanto se necesita para asegurarse la inmortalidad.







## CAPÍTULO XII

LA conquista de Egipto por los turcos en 1517, siguió la organización del antiguo reino de los Faraones como provincia ó bajalato dependiente de Constantinopla. SELIM I, Soberano entonces de Turquía, quiso legitimar el derecho al mando supremo de todos los musulmanes, que la tradición concedía á los pasados Califas, y obtuvo de MUTAUAKKIL, descendiente de los antiguos Abbasidas que vivía en la oscuridad en el Cairo, la renuncia de su nominal supremacía sobre todos los creyentes

en la ortodoxia musulmana; pudiendo desde entonces los Monarcas de Stambul llamarse *Califas*, ó sea jefes espirituales y temporales de todos los mahometanos. Algunas sectas se han negado á reconocerles este carácter, como los Shiitas, que sólo aceptan el poder religioso de los descendientes de ALÍ. También los Sunnitas consideran á los Sultanes de Turquía sólo como Soberanos temporales, creyendo que únicamente los sucesores de los Koreishitas, á cuya familia perteneció MAHOMA, pueden obtener la categoría de *Imam* ó jefe espiritual, que lo es para ellos el gran Sherif de la Meca.

Sin embargo, el poder turco no pudo afirmarse sólidamente en Egipto, á causa del estado anárquico que mantuvieron en el país los veinticuatro Beys mamelucos ó Príncipes que gobernaban sus provincias. Eran éstos casi Soberanos independientes, pues sólo pagaban un tributo anual al Bajá turco, cuya autoridad no siempre reconocían. En 1771 uno de estos magnates, ALÍ BEY, se proclamó Sultán de Egipto, y aprovechando el estado de agitación y desgobierno de Turquía á causa de sus guerras con Rusia, llegó á apoderarse de Siria y Arabia. Fué asesinado por su yerno ABU DABAD, que le sucedió en el poder, pero á la muerte de este parricida otros dos Beys, MURAD, é IBRAHIM, se levantaron en armas declarándose independientes.

Grande era la anarquía en todo el Egipto, bajo el poder de los mamelucos, cuando la República francesa envió contra ellos un ejército al mando del general BONAPARTE. En una de las primeras batallas, derrotaron los franceses á MURAD, y aun cuando más tarde, hostigados por los ingleses y obligados por las complicaciones europeas, las armas republicanas hubieron de abandonar á Egipto, el Imperio de los mamelucos quedó herido de muerte.

Este Imperio recibió el golpe de gracia de MEHEMED ALÍ, cuyo naciente poder debía avenirse mal con las continuas intrigas de aquella aristocracia turbulenta. En 1811 los mamelucos se vieron perseguidos en todo el Egipto, asesinados en el Cairo, y desaparecieron para siempre del territorio.

La dinastía de MEHEMED ALÍ se afirmó en el país, y fué reconocida por la Puerta Otomana, mediante la condición de que los Virreyes ó Jedives debían acatar la soberanía del Sultán, y pagarle un tributo anual de alguna importancia. Así obtuvo Egipto la autonomía. Los Soberanos que desde 1805 hasta la fecha han gobernado el país, son los siguientes:



1805 á 1848.—MEHEMED ALÍ.

1848 á 1854.—ABBAS Bajá, hijo de TUSÚN Bajá y nieto de MEHEMED.

1854 á 1863.—SAID Bajá, hijo de MEHEMED.

1863 á 1879.—ISMAEL Bajá, hijo de IBRAHIM y nieto de MEHEMED.

1879 á la fecha.—TEUFIK Bajá, hijo de ISMAEL.

La corte egipcia reside ordinariamente en el Cairo, por más que el Soberano tiene palacios en todas las principales ciudades del reino. Cuéntase que sólo ISMAEL mandó edificar más de sesenta, que fueron suntuosamente amueblados, pero excepto dos ó tres, todos están ahora abandonados y en ruinas. Esta manía constructora del anterior Virrey, se atribuye por algunos á la preocupación arraigada en los musulmanes de que el individuo que manda construir la casa en que definitivamente debe habitar, muere cuando concluye la obra. Por tal razón ISMAEL tenía siempre en construcción el palacio que llamaba predilecto, por ser el último que edificaba; pero lo más racional es creer que procedía así sólo por su afición al lujo. Gozaba gastando dinero, importándole muy poco cómo y por qué lo gastaba.

Por deberes de mi representación oficial, he visitado algunas veces al Jedive TEUFIK, y recuerdo aún la emoción que embargaba mi alma cuando por vez primera fui á su palacio de Abdín. Excitada mi imaginación por el recuerdo de las descripciones leídas en los poemas de Oriente, al pasar los umbrales del edificio sentíame agitado y nervioso. Pero grande fué mi decepción; los centinelas de la puerta me saludaron á la europea. Subí la ancha escalinata de mármol, tapizada con alfombras inglesas, que conduce á las regias habitaciones, y hallé éstas amuebladas al estilo moderno en Europa: sillones de París, tapicerías francesas, candelabros para luces de gas, todo es allí extranjero, desde la silla de satén amarillo hasta la librea encarnada de los lacayos, las arañas de cristal de Venecia, y los relojes suizos con el horario en letras romanas. Inútilmente mi vista buscó en aquel palacio algo del país, un solo objeto que recordara á sus moradores las tradiciones, las costumbres y el genio del pueblo que gobernaban: nada encontré: hasta al abrirse las puertas de la real cámara, el ujier me anunció en lengua francesa.

Del actual Jedive pocas palabras he de decir. Es bajo, grueso,

lleva la barba corrida, y tiene unos treinta y cinco años de edad. Todo el mundo le cree un buen hombre, y debe serlo en efecto, si la bondad consiste en la carencia de resolución. Las dificultades que trabajan aquel país, exigen al frente de su gobierno un carácter enérgico, de que ciertamente está desprovisto TEUFİK. Los negocios de Estado le ocupan poco, y cuando se somete alguno á su alta consideración, suele contestar:



El Jive Teufk.

—Vea V. á NUBAR y á BARING.

NUBAR es su Presidente del Consejo, y BARING el Ministro inglés.

TEUFİK es poco fastuoso, tan poco, que en este punto puede decirse que es el reverso de la medalla de su padre. En su palacio no hay recepciones fuera de las estrictamente oficiales, es decir, una vez al año por la Pascua musulmana. Cuando no puede prescindir de sentar á su mesa algún ilustre europeo que visita el



LA PRINCESA EMINEH HANÉN, ESPOSA DEL JEDIVE.



Egipto, le convida *en petit comité* con seis ú ocho personas más. Ha suprimido todas las fiestas de la corte, prefiriendo encerrarse temprano en el harén de su mujer, y sentarse á su mesa. Dícese que es muy aficionado á comer el arroz cocido de los árabes.

La Princesa jedivial, EMINEH HANÉN, es muy hermosa y muy simpática. ¿Debo advertir que ahora hablo de oídas? La he visitado varias veces, aunque no la he visto ninguna. Sus habitaciones, en el mismo palacio de Abdín, están también amuebladas á la europea, y en ellas reina la Princesa HANÉN como única Soberana, pues hasta ahora ha sabido conservar intacto é íntegro el amor de su marido. Tienen dos hijos que se educan en Suiza.

La servidumbre palatina carece de importancia en Egipto. La componen un maestro de ceremonias ó introductor, tres ó cuatro oficiales y un secretario. En la etiqueta se quiere imitar en muchos casos á la corte de Francia de tiempos del Imperio.

El Jedive tiene su Consejo de Ministros, compuesto de un Presidente que es á la vez Ministro de Estado, un Ministro de la Guerra, otro de Hacienda, otro del Interior ó sea Gobernación, y otro de Obras públicas. Cobran doce mil duros al año cada uno, y generalmente no tienen más trabajo que ir á preguntar al Ministro inglés la resolución que deben dar á cualquier asunto que se les presente. El cargo, como se ve, no requiere capacidad extraordinaria para su buen desempeño.

No se crea que exagero. Recuerdo la primera visita que hice al Jefe del Gobierno egipcio en 1884. Nuevo en el país y sin conocimiento alguno de sus personajes, fui á la Presidencia del Consejo y dejéme guiar por los criados de una sala á otra, siguiéndoles como es natural en quien va á ver una persona extraña en una casa que no conoce. Por fin entré en un lujoso gabinete de trabajo, y detrás de una mesa llena de papeles vi una cabeza inclinada leyendo un despacho telegráfico. Acerquéme para murmurar los cumplimientos de rigor en estas ocasiones, cuando me contuvo la vista del uniforme inglés que vestía aquel individuo: era un coronel de húsares. Volví los ojos, y sobre un diván hallé al Bajá, que con su sonrisa más fina y melosa me ofreció un cigarrillo turco.

En Egipto hay tres Presidentes disponibles: NUBAR, CHERIF y RIAZ. Tiene cada uno de ellos un vástago, jóvenes ahora de veinte ó veinticinco años de edad, que ya ocupan grandes posiciones

en los Ministerios, y que indudablemente llegarán á los más altos puestos si la actual situación del país dura por algún tiempo. Los tres Presidentes tienen una especie de pacto tácito para proteger á sus hijos: si NUBAR está en el poder, toma por secretario al CHERIF número dos, y por jefe de negociado al hijo del otro colega. Así están todos contentos; los sueldos adscritos á esos cargos no salen de las tres familias; y si la gente murmura, los Presidentes gozan y triunfan, que es al fin y al cabo lo que á ellos más importa.

Antes de descender de las regiones del Gobierno, he de describir la solemne fiesta oficial á la par que religiosa, llamada *Curbán Bairám*, que puede considerarse como la Pascua de los musulmanes. Su religión encierra bastantes dogmas del antiguo judaísmo, y uno de ellos es el sacrificio de Isaac hecho por su padre ABRAMAM, ó IBRAHIM, el amigo de Dios, según los árabes lo llaman, á cuya conmemoración corresponde la festividad del *Bairám*. El carácter distintivo de esta fiesta consiste en la degollación de un cordero en todas las casas acomodadas, si en el seno de la familia vive aún la madre, aplicándose la muerte del animal á la redención de los pecados de ésta ó de uno de sus hijos.

Esta Pascua tiene gran importancia en la sociedad islamita, por significar la fraternidad entre todos los hombres, cualquiera que sean su estado y condición. Deben en ella, el rico socorrer al pobre, el señor liberal al siervo, el amo gratificar al criado, el sano asistir al enfermo desvalido; y confundidas las plegarias de todos á la última hora de la tarde, cuando la luz crepuscular se desvanece en los lejanos horizontes del desierto, elevarse hasta Dios en la dicha y la alegría, como complemento al holocausto, el ayuno y la penitencia que le han ofrecido durante el largo mes de su cuaresma.

Los regocijos no se limitan al templo ni al hogar. Á las fiestas religiosas siguen las oficiales que el Jedive inaugura, abriendo de par en par las puertas de su palacio para recibir á los notables y autoridades del país, que se presentan para protestar de una fidelidad que allí como en todas partes, muchas veces ni siente el corazón, ni resiste la prueba de una desgracia.

Hace dos años vi en el palacio de Abdín aquella solemnidad: Desde las primeras horas de la mañana veíase formado en su ancha playa un batallón de infantería egipcia con bandera y mú-

sica. Un escuadrón de genízaros á caballo impedía llegar las oleadas de la muchedumbre hasta las escaleras de la regia morada, al tiempo que á lo lejos tronaba el cañón en los bastiones de la Ciudadela de SALADINO, avisando á los curiosos que en apiñada masa se dirigían á palacio para presenciar el desfile de las diferentes autoridades y corporaciones que iban á saludar al Jedive.

Brillante fué la recepción en los salones de Abdín. Á las ocho de la mañana, aparecieron los empleados con sus uniformes recamados de oro y sus pechos cubiertos de cruces; los ulemas con sus grandes turbantes verdes y sus holgadas vestiduras flotantes; los xeques envueltos en sus capas blancas; los caudillos de las tribus beduínas, altos, fornidos, negros como el ébano, de mirada torva y luminosa, la mano apoyada en el pomo de su gumía.

Más tarde llegaron las corporaciones extranjeras. Los rabinos judíos, el Patriarca griego con sus *papas*, el superior copto, el abad de los frailes de San Francisco, todos hallaron modestos fiacres tirados por caballos arqueológicos para llegar al palacio del Príncipe musulmán. Mucho ha mejorado Egipto bajo el punto de vista de la tranquilidad religiosa desde la conquista turca, reanudando las antiguas tradiciones que hicieran de aquel pueblo el más tolerante de la tierra.

La mejor hora de la recepción y el mayor brillo de la fiesta fueron reservados al cuerpo diplomático y consular acreditado cerca del Jedive. Á las diez de la mañana empezaron á llegar á Abdín las carretelas que conducían á los representantes extranjeros. Daba lástima ver á aquellos infelices, plantas exóticas en el suelo africano, ardiendo y sudando bajo el calor de sus bordados uniformes y el peso de sus bandas y cruces. Desde la antesala que se les había reservado, salieron en columna, presididos por su decano. El Monarca rodeado de su Consejo de Ministros, la mano en el alfanje y la sonrisa en los labios, les recibió de pie en el salón del trono, oyendo el breve discurso de felicitación que le dirigieron, y contestando con las frases de etiqueta que son de rigor en tales casos. El Egipto debe á las potencias europeas muchas de sus conmociones pasadas, y no poca parte de su presente ruina: por lo tanto aquellas palabras de afectuosa atención en boca del Jefe del país, parecían un sarcasmo del destino.

Aquellos treinta y cinco ó cuarenta caballeros, procedentes de los cuatro puntos cardinales de la tierra, formaron círculo en

torno de la real persona, y, terminados los discursos de rúbrica, el Soberano invitó á sus nobles visitantes á tomar asiento en los anchos divanes de raso amarillo que rodeaban el salón.

Abrióse poco después una puerta en el fondo de una cámara, y aparecieron algunos criados vestidos con la *stambulina* ó levita negra de cuello alzado. Acercáronse á cada diplomático dándole una pipa ya encendida y llena del mejor tabaco de Lataquia. Estas pipas, que se llaman *chibuk*, son muy grandes; el recipiente para la aromática hoja es de finísimo búcaro adornado con filetes de oro; el tubo, de rama de jazmín, tiene, sin exageración alguna, dos metros de largo, y la boquilla es una pieza riquísima de ámbar, del tamaño y forma de una pequeña berengena, unida al tubo por un costoso anillo de turquesas y brillantes. No me asombraría saber que cada una de estas pipas cueste un millar de duros, y me habría lisonjeado la idea de usar mueble de tanto valor, si á mi satisfacción no se hubiere asociado el recuerdo de los muchos árabes sucios que antes debieron aplicar sus labios á la misma boquilla. Confieso sin embargo, para vergüenza mía, que no por ello dejé de rendir culto á la novedad, fumando hasta apurar el contenido del *chibuk*.

Era altamente cómico ver á aquellos caballeros, graves en razón de las pocas expansiones que en actos públicos su oficio permite, con la boca pegada á los largos canutos, y evitando cada uno cruzar la mirada con la del vecino, temerosos de faltar á las conveniencias del momento, al prorrumper en estrepitosa carcajada.

Poco después entraron otros criados con grandes bandejas cubiertas con un paño de terciopelo cuajado de oro y piedras preciosas; quitaron los paños de las bandejas colocándolos sobre el hombro, y descubrieron varias tazas de fina porcelana, montadas según allí es costumbre, en los *zarfs* ó hueveras. Éstas suelen ser de plata afiligrinada, trabajo que los árabes ejecutan con la mayor perfección; pero las que el Jedive ofreció aquel día á sus huéspedes valían la fortuna de un potentado: su montaje era de oro macizo, delicadamente esculpido en forma de ramajes, que dejaban unos medallones de finísimo esmalte encuadrados por marcos de la más soberbia pedrería. ¡Lástima que la antigua esplendidez de los Soberanos orientales no esté ya en uso, y que con el aromático café no nos hubiera el Soberano egipcio regalado las tazas que lo contenían! El Jedive guardó sus copas de oro, probablemente no



pensando en que los labradores de su tierra mueren de miseria en los campos, cuando con una de aquellas joyas el pobre *fellah* mantendría á su familia por toda la vida.

El desfile de los diplomáticos extranjeros fué tan brillante á la salida, como lo había sido en la entrada. La comitiva dirigióse entonces á las vecinas habitaciones que ocupa la esposa del Monarca, á la cual hicieron entregar sus tarjetas de visita. La egregia dama no recibió á los infieles, pero tampoco los retuvo mucho rato en la antesala, pues al poco tiempo apareció un enorme morazo, sin duda alguna eunuco según lo revelaban sus carnes de pato cebado y su voz de soprano, anunciando que su señora quedaba altamente reconocida á la amabilidad de los distinguidos diplomáticos, y les pedía aceptasen una taza de café y un cigarrillo de papel. Las buenas formas de la etiqueta oriental estaban así cumplidamente satisfechas.

En el Cairo el europeo no lo pasa del todo mal. Sociedad, baile, comidas, teatros, paseos, no faltan al que de ellos necesita. Respecto á la buena sociedad que se encuentra en Egipto, debo decir que es de carácter expansivo y abierto, de fácil acceso y formas sencillas y campechanas. Ello depende de que los europeos *presentables* no son muy numerosos, y naturalmente hay que aceptar de buen grado, á cuantos piden ser introducidos en los salones. Pero suele allí ocurrir el caso de que no todos los jóvenes buscan y frecuentan la sociedad cairota, pues mejor distracción y más útiles recreos ofrecen el país, las vecinas ruinas de sus monumentos, la facilidad con que puede emplearse el tiempo visitando museos ó haciendo expediciones á Heliópolis, Memphis y las Pirámides.

Las señoras de sociedad se dividen en dos categorías. Forman la primera las europeas *pur sang*, es decir, las llegadas al país, que habitan en él accidentalmente y que ocupan cierta posición social. Son las mujeres de los diplomáticos, y de los altos empleados extranjeros al servicio del Gobierno egipcio. Hay entre ellas mucha variedad; desde la verdadera dama que dignamente mantiene su nombre y la representación de su marido, hasta la que se prevale de su posición corriendo por los harenes en demanda de favores y regalos. Confieso que el trato de algunas de estas damas es poco agradable: dan de comer algunos días, uno ó dos bailes en el invierno, y hacen luego sentir durante seis meses, por medios más ó menos indirectos, el favor que han dispensado. Y no siem-

pre hay medio hábil de prescindir por completo de su trato.

La segunda categoría en la sociedad cairota, está constituida por las levantinas que han abandonado los negros mantos de sus madres, y se han lanzado á toda vela por la corriente de la vida europea. Como son más ricas que las anteriores, gastan más lujo, tienen mejores trenes, habitan casas más suntuosas. Sin embargo no saben ni pueden desprenderse de su levadura oriental, y en sus esfuerzos para parecer europeas incurren en defectos de afectación, que degeneran en lo que ahora se llama cursilería. En ellas se nota el afán de brillar en la sociedad, de ser por todos admiradas; pero al mismo tiempo no quieren gastar más que lo necesario para la vida de las clases medias, lo cual es imposible. Sin embargo las levantinas rara vez se mezclan con las europeas, pues éstas por un lado se creen superiores á aquéllas por su nacimiento, y por otro se sienten humilladas careciendo del lujo levantino. La verdad es que salvo algunas excepciones, todas estas damas valen mucho menos de lo que suelen figurarse.

Esta sociedad levantina tiene su nobleza, formada por una corta lista de condes, vizcondes y barones, que sumarán un par de docenas en todo el Egipto. ¿De dónde proceden esos nobles? En sus escudos heráldicos no hay emblemas conocidos, ni cuentan genealogías de abuelos que fueran á las Cruzadas. Su origen es modernísimo: y no hay para qué traer á la memoria los que fueron á las cortes extranjeras á comprar el título, pues en muchas otras partes sucede también lo que ocurre en Egipto. Sólo que los de allá han tomado en serio su papel de aristócratas: creen de buena fe que su corona les imprime un carácter superior á las otras gentes, que realmente nueva sangre azul ha sustituido á la roja siria, judía, armenia ó griega que antes corría por sus venas. Viven felices con su vanidad, y no hacen daño á nadie. Entre estos aristócratas, algunos se distinguen por sus dotes especiales: hay quien rabia por cantar en los conciertos, quién por tocar la flauta, quién por hacer bailar á los amigos. Con la nobleza levantina se mezclan á veces otros aristócratas extranjeros, venidos de no se sabe dónde. Príncipes rusos, barones alemanes, condes napolitanos, archiduques austriacos, ó marqueses suecos, nadie les ha conocido antes ni nunca oyó hablar de ellos: pero van al Cairo, son bien recibidos, y desaparecen luego olvidando saldar las cuentas á sus acreedores y satisfacer las notas del hotel. En

las cortes de ORODÓN ó del Rey KAMEHAMEHA, aquella nobleza estaría en pleno carácter.

Los banqueros suelen también recibir en sociedad. Ya he dicho antes que en Egipto, *banquero* es sinónimo de *prestamista* y casi siempre de *usurero*. Los que son de origen judío, guardan su dinero: los griegos lo gastan, y lo peor es que á menudo con el dinero propio gastan el ajeno, sin tomarse la molestia de consultar á sus propietarios. Recuerdo que por Septiembre de 1884 llegó á Egipto lord NORTHBROOK, enviado por el Gobierno inglés para resolver las cuestiones de un empréstito y pagar á los perjudicados por el incendio de Alejandría. Deseando festejarle dignamente, un banquero levantino le obsequió en su hotel de las playas de Ramleh con una espléndida fiesta, á la que invitó á toda la buena sociedad alejandrina. Adornó su casa hasta convertirla en mansión de cuentos de hadas. Los gastos del banquete debieron ser enormes, puesto que fué suntuoso hasta lo imponderable. Á la recepción y baile con que terminó la fiesta, asistieron, irresistibles por su gracia y hermosura, luciendo sus mejores trajes, las damas más bellas de Alejandría, que de seguro es la ciudad única en el mundo donde no se ve una mujer fea. Veinte días después, se supo que el opulento anfitrión había suspendido sus pagos, declarándose en quiebra por valor de 50.000.000 de reales. Sus acreedores pueden consolarse, con el convencimiento de que parte de su dinero sirvió para vindicarla de la nota de *cursi* con que se tilda á la sociedad levantina.

El paseo favorito de los europeos es Shubra, una preciosa alameda que desde el barrio de Ismalia se extiende hasta las riberas del Nilo en una longitud de cinco ó seis kilómetros. Allí se dan cita en las tardes de los domingos las damas de la aristocracia cairota, que en landós abiertos van á lucir sus galas, respirar el aire fresco y oír los acordes de la música árabe que toca composiciones nacionales. La hora del paseo y las condiciones del mismo, lo hacen incómodo. El sol de Egipto, ardiente hasta en los últimos destellos de su ocaso, y cuyos rayos no interceptan ya las ramas de los árboles, da en pleno rostro de los paseantes. Por tanto hace allí calor. Además la alameda está regada con profusión de agua, hasta dejarla hecha un lodazal. Los campos inmediatos son bajos y pantanosos, teniendo la justa fama de albergar entre sus estanques la *malaria*. El paseo está cortado por la vía del ferrocarril, y muchas

veces las maniobras de los trenes interceptan el paso. Pero de todas maneras exige que se vaya á Shubra la tirana moda, y hay que obedecerla aunque sea irracional.

Existe otro magnífico paseo en el centro del distrito europeo del Cairo, incomparablemente superior al que acabo de describir: es el jardín del Esbekieh. En su centro hay un bonito lago cuyas aguas dan frescor y vida á los corpulentos árboles de sus calles. Una banda árabe toca en el kiosko de una extensa plazoleta. Algunos cafés ofrecen bebidas heladas que sirven de gran alivio á los calores de aquel clima. El sitio es céntrico, el lugar agradable, el jardín pintoresco. Sin embargo, guardaos bien



Paseo de Shubra (Cairo).

de contar á la gente de tono que habéis paseado por el Esbekieh, pues corréis peligro de que alguna Princesa rusa os pregunte si cortejáis niñeras. Los teatros de la capital egipcia pertenecen á lo pasado. Aun se ve en la ancha plaza situada junto al anterior jardín, el grandioso edificio que ISMAEL Bajá mandó edificar para teatro de la Ópera. En él se estrenó *Aida*, y por sus tablas han pasado los mejores cantantes de hace veinte años. Hoy, ninguna compañía decente puede sostenerse una temporada, por falta de

público que asista á las representaciones; y sólo sirve para dar de comer á media docena de caballeros particulares que son directores, ingenieros, conservadores y conserjes de la casa, lo cual no obsta para que paulatinamente vayan desapareciendo los más valiosos objetos de su rico vestuario.

Dentro del Esbekieh hay otro pequeño teatro de madera, en cuya sala se congregan en las noches de verano los raros europeos que quedan en el Cairo. Funciones hay, sólo presenciadas por una docena de personas, como suena, doce y no más. Ya puede figurarse el lector la clase de compañías que allí actúan: algunos cómicos, generalmente italianos, que viven con los escasos rendimientos de la entrada, y algunas actrices más ó menos averiadas, que utilizan el teatro para procurarse otro género de relaciones con los gomosos turcos ó levantinos, sarta de conquistadores imbeciles de que está plagado el Cairo.

Lo único que hace agradable la residencia en Egipto durante la temporada de invierno, es la presencia de una numerosa colonia extranjera que allá se refugia huyendo de los fríos de Europa. Existen en el Cairo dos ó tres grandes hoteles, vacíos todo el año menos desde Noviembre á Febrero, y en estos cuatro meses se llenan hasta no poder albergar á todos los viajeros que en ellos se presentan. La mayoría de esos extranjeros son ingleses: les siguen en número los norte-americanos, y suelen también verse bastantes franceses y de vez en cuando alemanes, italianos y españoles. Casi todos se quedan en el Cairo, excepto algunos pocos que remontan el Nilo hasta Asiut ó Luxor. Los que establecen sus cuarteles de invierno en la capital, se instalan cómodamente en las fondas, reciben mucho, dan comidas y reuniones, hablan de Europa, representan en fin un pedazo de nuestra buena sociedad transplantado al suelo egipcio. Es gratisimo su trato como nunca llegará á serlo el de esas encopetadas damas, de blasones problemáticos y de ridículas pretensiones, que forman el núcleo de la colonia cairota.

No me pesa ciertamente el tiempo que pasé en Egipto, pues tuve ocasión de aprender muchas y buenas cosas relativas á la vida y milagros de la sociedad, que allí puede llamarse civilizada. Mis impresiones no son malas en absoluto, pues si hasta aquí he hablado en tesis general, me es agradable reconocer que en el seno de aquella sociedad hallé más de un buen amigo y más de una ex-

celente amiga, que contribuyeron con su carácter franco, abierto y expansivo, á hacer más llevadera mi vida de desterrado. Hay excepciones en todo, y pido perdón á mis amigas del Cairo, si la verdad histórica me ha obligado á hablar aquí con cierta acritud de la alta sociedad egipcia. Bien saben ellas que ni en mis palabras ni en mi intención, he de confundirlas con las damas á que me he referido al hablar de la aristocracia europea que *brilla* en el Cairo.





## CAPÍTULO XIII

**D**o quedan muchos turcos en el Cairo. La antigua raza de los mamelucos fué exterminada, y sus sustitutos en el gobierno de Egipto desde la fundación de la presente dinastía jedivial, pocos en número, se han visto postergados en los últimos diez años, no teniendo hoy importancia política alguna. Viven al extremo Sur del Cairo, aislados, poco conocidos, disipando las riquezas que detentan del país, en el fastuoso lujo de sus harenes.

Le pasa al turco lo que á muchos otros orientales: nunca pierde los caracteres típicos de su nacionalidad, ni las costumbres de su raza. Poco importa que tenga cierta experiencia social, que por el desempeño de cargos públicos, se haya puesto en contacto con los extranjeros, hasta que se haya educado en Londres ó en París: ninguna influencia le modifica, y al volver al país tras larga

ausencia, es tan turco como el día en que dejó por vez primera su morada.

Tal ocurre con los Bajás turcos de la capital de Egipto. El que por cualquier motivo los ha tratado alguna vez, no deja de conocer el fondo de astucia y soberbia que forman su carácter, al par que la desconfianza y el recelo en que basan todas sus acciones y conducta. Rara vez abren las puertas del pabellón exterior de su casa á los amigos, ni les agrada que las señoras visiten á sus mujeres. Son celosos y no lo ocultan.

Al recorrer las calles del Cairo, se adivina á simple vista la morada de un Bajá. Un alto muro circunda la casa y los jardines que la rodean, abriéndose sólo al exterior una puerta protegida por gruesa verja de hierro. Á veces se ve en su lindar una tertulia de eunucos tomando el fresco. Altos, gordos, mofletudos, vestidos con la levita turca, chaleco amarillo, corbata azul, pantalón blanco y zapatos de charol, aquellos seres incompletos entretienen en animadas conversaciones el tiempo que no pudieran emplear en otra cosa. Todos ellos son negros y proceden del Sudán. Los *hicieron* cuando niños de tres ó cuatro años, dejándolos varios días enterrados en el desierto para que el nitro de las arenas cicatrizara las heridas de su cuerpo. Después son vendidos como esclavos para servir, vigilar y con frecuencia tiranizar á las mujeres de los harenes.

Todos estos eunucos muestran decidida afición al lujo. Se adornan ridículamente cargándose de joyas. Algunos de ellos explotan las debilidades de las mujeres que cuidan, y convirtiéndose en *celestinos*, con sus nuevos servicios llegan á reunir una fortuna. Entonces se libertan, dan rienda suelta á su pasión por los caballos y los adornos, y hasta alguna vez se casan. Ya lo he dicho, *se casan*. Se instalan en propia morada, organizan el servicio y montan un verdadero harén de mujeres, entre las cuales supongo deben desempeñar el papel de *tíos de familia*.

En los palacios de los Bajás hay dos series de habitaciones enteramente separadas. Un pabellón, situado junto á la puerta, sirve para recibir las visitas del amo de la casa. En el fondo del jardín se eleva el harén, ó sea la habitación de sus mujeres, que fácilmente se distingue por sus puertas siempre cerradas y sus ventanas ocultas tras espesas rejas de madera ó tupidos musharabías. Allá dentro viven esos rebaños femeninos, que con alguna impropiedad llamamos odaliscas.



La vida de familia es desconocida en el harén, y por tanto son fáciles los abusos que en él se cometen. La ley del Corán, separando el género humano en dos categorías distintas, que no tienen una idea, una costumbre ó un interés común, no permite que trascienda al exterior nada de lo que en el hogar pasa. La comunicación, especialmente con los hombres, es absoluta, pues hasta el padre debe ignorar lo que pasa en las habitaciones de las mujeres de sus hijos.

El mismo Bajá no se comunica con sus odaliscas más que por medio de los eunucos y los criados, siendo un huésped en su casa. Suele ver á aquellas únicamente al anochecer, cuando terminados los negocios del día va á cambiar de vestido, y por la noche cuando se retira á dormir, precedido del eunuco que le alumbraba hasta la puerta de su cuarto. Por la mañana suele recibir á las personas de su familia, á sus hijas por ejemplo, pero esta ceremonia sólo dura algunos minutos y no se repite todos los días.

Los casamientos turcos no dejan de ser curiosos. La doncella de un harén vive en compañía de su madre, ó alguna vez entre esclavas y matronas que la crían y no la educan, dejándola en la más completa ignorancia. Cuando se quiere disponer de ella, sus padres la llaman y la anuncian que se debe casar con un hombre á quien naturalmente no conoce ni ha visto nunca. La visten sus esclavos con trajes de ceremonia, y luego, delante de una imponente reunión de mujeres se efectúan los esponsales; ceremonia que consiste en una plegaria recitada por el Imam y la lectura del contrato de boda. Al terminar ésta, se presentan los testigos del novio pidiendo el consentimiento de la prometida: ésta responde detrás de un biombo, y por fin de fiesta se distribuyen sorbetes y dulces á todos los concurrentes.

En el día de la boda, las amigas de la novia la conducen al baño, pintan sus uñas de pies y manos con la *henna* que las da un color rojizo, y la pasean triunfalmente por las habitaciones del harén. Las matronas la convidan á una comida, cuya preparación especial parece tener grandes cualidades higiénicas para una recién desposada. Ésta, cubierta de pedrería, recibe de rodillas la bendición de su padre, y rodean su cuerpo con el cinto de diamantes, símbolo de la dignidad de mujer. Al momento de levantarse, cae sobre los concurrentes una lluvia de monedas, que se recogen y guardan como amuleto de buen agüero. Finalmente, envuelta

en un velo que le tapa la cara, la joven esposa espera al extremo de la escalera de su casa la llegada del novio, quien la conduce por la mano hasta la cámara nupcial, aguardando con el tul en su rostro que el Imam les dé su última bendición.

Pero no está aún efectuado el casamiento. La mujer se retira al harén para asistir á otro banquete que ofrece á sus amigas, mientras el marido hace igual obsequio á los hombres que le acompañan. En un momento propicio, quiere éste escapar al harén, pero sus amigos le atrapan, le pegan, ó le tiran los zapatos. Cuando por fin se reúne con su mujer, no la ha conquistado todavía: una matrona se presenta y tiende al suelo una alfombra sobre la cual debe arrodillarse el marido y recitar una oración, y luego se dirige respetuosamente á su esposa pidiéndole que se descubra el rostro, lo que ésta efectúa después de resistir por algún tiempo. Este favor es recompensado con el regalo de un alfiler de brillantes: pero la viuda que se casa no tiene derecho á él, antes al contrario, debe ella hacer un presente á su marido. Cerradas las puertas del harén, los convidados de ambos sexos se retiran en el acto, acabándose la fiesta.

Sobre la vida íntima de los harenes turcos poco podríamos decir, si una rara casualidad no nos proporcionara el gusto de conocerlos á fondo. Nadie puede describir mejor aquellos lugares que quien ha vivido en ellos, y esta circunstancia concurre en la señora KIBRIZLI MEHEMED Bajá, que fué su pupila durante treinta años, al cabo de los cuales, cansada de la profesión, escapó á Londres publicando un curioso libro titulado *Thirty years in the Harem*. Á sus relaciones me remito en este capítulo, asegurando que no hay exageración alguna en las descripciones que hace de los harenes de Egipto. Pinta de mano maestra la sociedad que ha causado la ruina del país, y habla de personajes cuyo recuerdo no se ha borrado de la memoria de aquellas gentes.

La señora KIBRIZLI fué una mujer especial. Se llamaba de soltera MELEK HANÉN, era hija de un francés y una armenia y estuvo educada en el seno de la religión católica griega. Siendo muy joven, su belleza inspiró una violenta pasión al médico inglés que la atendía, y como su familia se opusiera á una boda desigual en razón de la edad desproporcionada entre ella y el inflamable doctor británico, éste la secuestró y la hizo su esposa, ante un sacerdote cismático.

MELEK HANÉN resultó ser muy mala compañera, y por su carácter ligero y sus aficiones al derroche, cansó pronto á su marido. Éste, deseoso de corregirla, la envió á Roma en compañía de su suegra, antigua dama de honor de la duquesa de Luca y mujer honesta y muy dada á las prácticas religiosas. HANÉN, que por un momento soñó encontrar en la ciudad italiana la libertad que apetecía y las diversiones que deseaba, no pudo resignarse á hacer la vida mística á que la madre de su marido quiso sujetarla: es más, tuvo un día una terrible crisis nerviosa que terminó con un pasajero ataque de locura.

El marido supo aprovechar la ocasión. Pidió pruebas de la demencia de su mujer, y sin enterar á ésta de sus propósitos, solicitó y obtuvo del Patriarca griego una sentencia de divorcio. Cuando HANÉN volvió á Constantinopla, tuvo la desagradable sorpresa de hallar ocupado el hogar que dejó vacío: el doctor se había casado con otra mujer. Á lo sumo, y después de amenazar con el escándalo y la muerte, pudo obtener que le sería pagada una pensión si se trasladaba á París.

HANÉN acepto, trasladándose á la capital de Francia. En ella hubo de encontrar al embajador turco FETI Bajá, y en su palacio recibió el homenaje de un agregado militar á la Legación, KIBRIZLI MEHEMED Bajá, quien se enamoró de ella, la llevó á Constantinopla y la hizo ingresar en su harén. Aquí empieza la parte más importante de la vida de esta *dama*. En la capital turca brilló con el doble esplendor de su belleza y de su talento, llegando á cautivar la voluntad del caprichoso Sultán ABDUL MEDJID. Su influencia fué considerable por algún tiempo, pero HANÉN no pudo sustraerse á las fatales oscilaciones de las cortes orientales, y más tarde ocasionó la desgracia de su marido, que perdió sus honores, su fortuna y su grado de general en el ejército otomano.

Dos años después KIBRIZLI volvió á la gracia imperial, merced á los ruegos de su esposa, que no podía avenirse á la situación precaria en que vivían. Con su habilidad y su constancia obtuvo que dieran al general el gobierno de San Juan de Acre, que permutó luego por el de Jerusalén. Marcharon los esposos á Siria, y aprovecharon bien el tiempo, especialmente MELEK HANÉN que resolvió hacer dinero á toda costa, saqueando á los comerciantes judíos lo mismo que á los conventos católicos, griegos y armenios. No ha tratado luego de disimular su conducta, antes al contrario la en-

cuentra muy natural por el miedo que le inspira la pobreza, y *en un país, dice, donde nadie tiene seguridad ni los derechos son siempre reconocidos, es necesario tomar ciertas precauciones contra los reveses de la fortuna.*

La reputación de habilidad y energía de la señora KIBRIZLI Bajá se extendió por todas partes. La princesa NAZLI, hija del Jédive MEHEMED ALÍ, intimó con nuestra heroína y convidóla á visitar á Egipto. Dejemos ahora hablar á la KIBRIZLI:

«Aceptada la invitación, fui á Jaffa, y tomé el vapor de Alejandría, en donde me esperaban los trenes de su Alteza. Los coches estaban forrados de terciopelo rojo, con dibujos de oro: en las ventanillas había un tejido de madera dorada. Me condujeron al palacio del Mahmudieh, situado cerca del Nilo en medio de magníficos jardines que le dan un aspecto europeo. Desde uno de los patios atravesé el espacioso vestíbulo, de donde parte la escalera que conduce á las habitaciones superiores. Á mi paso, como guardia de honor, se alineaban las esclavas vestidas con trajes de seda de brillantes colores, y adornadas con alhajas de mucho coste. Otras esclavas me dieron el brazo para subir, mientras los eunucos recogían la cola de mi *feradje* ó largo capuchón exterior.»

«La tesorera de la Princesa me recibió al final de la escalera, introduciéndome en una vasta sala donde invitóme á descansar. Pronto sin embargo, me advirtió que su Alteza me esperaba. Fui al encuentro de ésta, hallándola sentada en el diván fumando un *chibuk*, pero luego se levantó para darme la bienvenida. Era una mujer de mediana estatura y bastante morena: su rostro expresaba una energía poco común, y en sus ojos penetrantes y atrevidos brillaba la inteligencia. Me prosterné ante ella, me devolvió el saludo, y con la mano indicó que me sentara en un diván colocado frente al suyo.»

«En la habitación se veían algunas viejas, cuyo empleo consiste en divertir á la Princesa narrando cuentos é historias. Me trajeron un *chibuk*, y su Alteza empezó la conversación haciéndome algunos cumplimientos: después hablamos de otras cosas, y vi que NAZLI conocía bien todas las cuestiones orientales. En tanto nos sirvieron sorbetes y café, y á la media hora retiréme á la habitación que me había sido destinada, magnífica como el resto del palacio.»

«La Princesa comió conmigo aquella noche, sirviéndonos en





*J. Churrarín pintó.*

Mujeres en el interior del harem.

LIT. DE FERNANDEZ, P.º S. NICOLAS 7 Y 9, MADRID

una mesa cubierta con rico paño de seda bordada: todos los platos eran de plata, artísticamente labrados, y hasta las cucharas estaban adornadas con piedras preciosas. Después de comer, bajamos al jardín para fumar y tomar café.»

«Á las diez de la noche volvieron á traer frutas y sorbetes en tazas de oro guarnecidas de diamantes, así como sus cubiertas. Su Alteza, que había bebido vino y aguardiente, fué más expansiva conmigo y permitió á algunas esclavas acercarse hasta nosotras. Para divertinos, dos de ellas se hicieron el amor; una representó el papel de amante y empezó á hablar de galanterías... Durante esta escena, que se animaba á medida que crecía la excitación de las dos actrices, otras esclavas jóvenes bailaron y cantaron al compás de sus castañuelas de cobre. Se veían varias de aquellas infelices, condenadas á estar de pie en la habitación, que se rendían de fatiga y revelaban en su cara las noches de insomnio, pero debían resistir este suplicio sin quejarse, pues de hacerlo, su dueña las habría castigado sin piedad: muchas han muerto de resultas de estos malos tratamientos.»

«Cansada á mi vez por aquellas escenas repugnantes de disipación y egoísmo, á media noche pedí permiso para pasar á mis habitaciones. Me acompañó la misma persona que había ido á buscarme á Jerusalén, y por cortesía la retuve algún tiempo. Me habló de NAZLI.»

«Habéis visto nuestra señora, dijo: pasa todas las noches como ha empezado la de hoy. Se levanta al medio día, por la tarde hace visitas, pasea en coche, bebe y se divierte. Antes, aunque las damas egipcias son mucho menos libres que las turcas, aprovechaba la ausencia de su marido para introducir sus amantes en el harén, y luego aseguraba su silencio haciéndolos matar. Pero como se fué esparciendo el rumor de estos asesinatos, debió renunciar á tan peligroso pasatiempo.»

«Somos muy desgraciadas bajo su autoridad, añadió mi compañera: es tan caprichosa como cruel. Su difunto marido dijo una vez á la esclava que le servía agua: —Basta, cordero mío. —Repetida esta inocente frase á la Princesa, la puso fuera de quicio, y dió orden de que la esclava fuese degollada, cortándole la cabeza para cocerla con arroz. Cuando el marido se sentó á la mesa, le sirvieron aquel siniestro plato, diciéndole su mujer: —Ya podéis comer vuestro cordero. —Furioso tiró el plato y se marchó del pa-

lacio, adonde no volvió en mucho tiempo, no teniendo ya afecto alguno á la Princesa. No se separó sin embargo de ella por no perder sus riquezas y por convenirle seguir siendo el yerno de MEHEMED ALÍ. Los celos de NAZLI se extienden hasta las esclavas objeto de su capricho, pues la menor sospecha de infidelidad es castigada con la muerte á latigazos...»

«Eran las diez de la mañana y aun estaba en cama cuando entró la Princesa acompañada por dos esclavas. — ¡Cómo, me dijo, todavía durmiendo, querida mía! — Besóme con mil cumplimientos y se retiró advirtiéndome que me esperaba.»

«Una vez vestida, encontré á NAZLI examinando dibujos de joyas. — Dadme vuestra opinión — me dijo. Juntas elegimos algunos, y entonces ella mandó traer dos cajas, cada una de más de tres pies de largo, anchas y profundas en proporción, llenas de diamantes, esmeraldas y otras piedras de valor incalculable. Iba á cerrarlas cuando de pronto dijo: — Quiero haceros un pequeño obsequio. He aquí dos diamantes para montar en sortijas, una para vos y otra para vuestro marido. — Cada una de estas piedras valía más de mil duros. Luego pidió otra caja, llena de lingotes de oro con los cuales quería hacer una vajilla. Le observé que los platos de oro macizo serían muy pesados, y que más valía fabricarlos de plata. Aceptó mi idea, y tomando dos ó tres barras las tiró á los pies de una esclava, diciendo: — Toma, para ti.»

«Invitada por su Alteza bajé á los jardines de palacio, que eran admirables. Las palmeras, los naranjos, las flores y los arbustos, estaban arreglados con un arte muy raro en Oriente: los muros se veían cubiertos de verdura. Á un lado y otro se elevaban elegantes kioskos, en medio de los cuales caprichosos surtidores refrescaban el aire. Paseé algún tiempo acompañada por las mujeres, que llevaban al cuello un pañuelo blanco con versos bordados, marca distintiva del favor de su dueña. Ésta se presentó al poco rato. — ¿Qué os parece mi jardín? me preguntó. ¿Os gusta el clima de Egipto? — El jardín y el clima son muy agradables, pero es inútil alabarlos cuando mejor os corresponden á vos estos encantos. — Se sonrió y mostró su satisfacción pellizcándome dulcemente la mejilla. — Si queréis ver algo, salgamos — me dijo.»

«Nos envolvimos con el *feradje* y el *burko* ó capuchón que cubre la cabeza y la cara. En parte alguna las mujeres tapan su rostro con tanto cuidado como en Egipto, pues suele bastar el *yashmak*







LA PRINCESA NAZLI.

ó velo de blanco tul para protegerlas. Subimos en coche, yendo al palacio de IBRAHIM Bajá, hermano de NAZLI, en donde fuimos recibidas con toda ceremonia. La Princesa me presentó á las mujeres de IBRAHIM, en general más jóvenes y bellas que las de su harén, pero llevando también en la cara el sello del miedo y del hastío.»

«Una esclava vieja que me acompañaba, me contó que su señor era horriblemente celoso.—Un eunuco negro, dijo, se enamoró perdidamente de una circasiana que el Bajá quería mucho, y siendo rechazado por ella, juró perderla. Un día dejó una capa de hombre junto á la puerta de su habitación. Cuando el Bajá, precedido de dos criados que alumbraban su camino, llegó á aquel lugar, se sintió acometido por los celos.—¿Qué es esto? gritó, enseñando la capa.—Señor, respondió aquel miserable eunuco, la circasiana tenía un hombre que habrá huído al ver que veníais.—IBRAHIM llamo con estrépito y en el momento que la pobre joven abría la puerta, la tendió á sus pies de un solo golpe mortal de su *handjer*.»

«Nos sirvieron una espléndida comida fría, y luego bajamos al jardín con las mujeres del Bajá. Eran todas circasianas y griegas, en general hermosas y dulces, pero muy mal educadas. Fuimos luego al baño caliente, en donde varias esclavas nos divertieron bailando y cantando al són del tambor llamado *darabuca*.»

«Ya entrada la noche volvimos á nuestro palacio, en donde una de las mujeres que cuentan historias nos entretuvo con sus narraciones. NAZLI tiene diez de estas mujeres, y cada una sabe un par de cuentos, que repite sin cesar. También tuvimos una representación de *karaguz* ó sombras chinescas, cuyo dialógo estaba lleno de alusiones á los actos de la Princesa y de su séquito. Es el teatro de los orientales.»

Sin duda mis lectores abandonarán con pesar las vivas descripciones del harén turco de Egipto, según lo vió hace treinta años la señora de KIBRIZLI MEHEMED. Desde entonces ha cambiado el marco de aquel cuadro, pero el fondo es el mismo, con raras excepciones. Y precisamente una de éstas es la hija de la famosa dama cuya historia acabamos de transcribir: la actual Princesa NAZLI ha colgado resueltamente de una higuera el *yashmak*, el *feradjé* y demás incómodos aditamentos que el traje turco tiene para ocultar la cara y el talle, ha abierto de par en par las puertas de

sus salones á la sociedad extranjera, y con su traje europeo, sus quevedos de oro y su magnífico cabello rubio peinado á la europea, se presenta como viva protesta contra la soledad y el misterio de los harenes. Su conducta ha despertado gran oposición en la alta sociedad turca, de la que la Princesa se halla ahora naturalmente excomulgada, y hasta el mismo Jedive, su primo, hizo anunciar que no recibiría en palacio á quien visitara á NAZLI, pero esta arbitraria prohibición no fué bien recibida.

Los harenes del Cairo han perdido su opulencia desde la caída de ISMAEL Bajá. Relegados los turcos á puestos secundarios de la Administración ó excluidos de ella, no todos han quedado con fortuna suficiente para continuar el lujo de sus casas y mantener los caprichos de sus mujeres. Hasta recientemente se ha dado el caso de ver harenes embargados por los tribunales de justicia, en virtud de demanda de acreedores. Más aun: no hace seis meses un banquero judío anunciaba la venta de una cantidad considerable de alhajas procedentes de la garantía de un crédito abandonado. ¡Y consignó en letras de molde, en los carteles de la subasta, que aquellas joyas pertenecían á la Princesa TUSÚM, es decir, á una persona de la familia jedivial.

Los viajeros inocentes que no han perdido su angélico candor al pasar las fronteras de los países orientales, suelen volver á Europa contando maravillosas aventuras que les han ocurrido con las odaliscas de los harenes turcos. En más de una ocasión he sonreído á la lectura de alguna portentosa conquista realizada en los bancos del Mahmudieh ó en las orillas del Nilo, alguna hazaña entre las paredes del harén en la que desempeñaron igual papel el amor y la osadía. Esos afortunados que tales historias cuentan han salido bien de sus empresas, pero no dejan de recordar con melancólico tono, que otros menos felices, sorprendidos por el Bajá ó asaltados por los eunucos, perdieron la vida bajo el filo de la gumía ó fueron metidos en un saço y, atado éste, echados á la corriente del gran río egipcio.

¿He de entretenerme en refutar semejantes tonterías? En el harén de un Bajá turco entrará otro turco ó acaso un árabe, un europeo nunca. La odalisca que facilite el acceso hasta ella de un extranjero, será mujer que entre nosotros estaría sometida á los reglamentos de higiene. Ignorantes, mal educadas, desconocedoras de nuestros gustos y aficiones, detestando nuestra

raza, ¿por qué aquellas mujeres han de buscar nuestro trato?

No hace muchas semanas, nos hallábamos entretenidos algunos jóvenes oyendo el relato de los viajes á Oriente hechos por uno de los concurrentes en la redacción del más ilustrado y popular periódico de Madrid, y al día siguiente apareció en el periódico la narración de una conquista de dos famosas odaliscas, amenizada con la galanura de lenguaje que forma el estilo de uno de nuestros primeros escritores. Hela aquí:

Un viernes, á la caída de la tarde, nos decía aquel viajero, paseábamos mi amigo y yo á caballo por las frondosas alamedas de Shubra. Cruzó al trote junto á nosotros una berlina, tirada por soberbios caballos de raza, guiada por un cochero negro y vigilada por un eunuco. Por raro caso llevaba alzadas las cortinillas de seda, y vimos á las dos damas que la ocupaban.

Es decir: vimos los bustos de las dos damas, envueltos en sendos *yashmaks*, que no dejaban al descubierto sino la línea de los ojos. ¡Que ojos! negros como la noche, inmensos como la eternidad.

Esquivando la vigilancia del suspicaz eunuco, pasamos varias veces al lado del coche, metiendo dentro de él nuestras ansiosas miradas: miradas que nos fueron devueltas, dicho sea sin fatuidad, muy expresivamente. No cayeron las cortinillas en castigo de nuestra impertinencia; pero tampoco se sintieron asaltadas las damas de esa necesidad apremiante que experimentan las bonitas cuando se las mira, de arreglarse el *yashmak*; arreglo que, á veces permite al perro cristiano contemplar un punto, extasiado, la espléndida hermosura de las hijas del Profeta. No había duda: inspirábamos interés, las habíamos flechado.

Seguimos el carruaje. Atravesó el barrio europeo, penetró en el barrio turco y se lo deglutió una puerta, abertura única que perforaba el muro altísimo de una casa enorme.

¿Cómo habíamos de faltar el viernes siguiente? Posible era que aquellos ojos se decidiesen á iluminar las acacias y sicomoros gigantescos de las alamedas de Shubra. Allá fueron, con efecto, el mismo carruaje, el mismo cochero, el mismo eunuco y los propios *yashmaks*. Los ojos... los ojos parecía que hablaban el idioma universal de los amores: á nuestros oídos llegó el eco argentino de risa juguetona. El eunuco, ¿no veía nada ó fingía, pérfido, no ver?

Escoltamos á lo lejos el carruaje hasta dejarlo en la casa del

alto muro. Á juzgar por lo espléndido del tren y la magnitud de la casa, debían pertenecer nuestras amadas al harén de un Bajá.

— Hay que escribirlas, dijimos; pero, ¿sabrán leer? ¡Qué diablos! Si no saben, ya buscarán quien sepa, y aun quien escriba la contestación, si quieren darla.

No era cosa fácil eso de escribir en árabe de modo adecuado á las circunstancias, y, sobre todo, con absoluta reserva. Pensamos en mi intérprete, jóven versado en el árabe coránico, y en el vulgar y en los dialectos, y con sus puntas y ribetes de poeta, que para el caso nos venía cortado á patrón. Pero, por desdicha, era ligero como su caballo y charlatán como Figaro. Confiarle nuestra aventura y enterarse el Cairo entero, hubiera sido todo uno.

Recurrimos al dragomán de mi amigo, copto venerable, discreto y callado como la tumba. Famosa carta nos escribió el buen viejo. «Embeleso del alma, luz de los ojos, favoritas de Alah, esclavos de vuestra belleza somos: piedad para vuestros esclavos. Séanos dado por un momento caer á vuestras plantas, gozar las flores de vuestra amistad divina y siegue después nuestras gargantas el ángel de la muerte.» Y así por este orden agotábamos los primores todos de la floricultura oriental, terminando con las señas de mi casa, lista de medios secretos por donde podríamos recibir su mensaje, y aun sus personas, si por breves momentos, tocadas de misericordia, consentían en trocar en mansión de Alah la de este humilde servidor de ustedes.

Era la tal mi casa un hotelito, ceñido por un jardín, situado en el barrio de Faggalah, y alhajado con lo mejor y más confortable que pude hallar en las dos civilizaciones oriental y europea.

Al viernes inmediato volvimos á Shubra. ¡Oh dicha! á la hora de costumbre el tren y las damas. Puse al trote mi caballo, pasé rápido junto á la ventanilla, y, arrollada en forma de cigarrillo, deslicé la misiva, que fué ¡venturosa ella! á posarse en el regazo de una de las damas.

Á poco cruzamos de nuevo con el carruaje. Las damas miraban el papel y lo comentaban riendo. Buena señal: ¡sabían leer!

Pasó la semana sin contestación. Consultamos con nuestro dragomán, y, por su consejo, escribimos, es decir, escribió él, nueva carta desesperada y lamentable: llegamos hasta el insulto, extremo que, según el copto, era muy estimado, para casos tales, entre los amadores de allá.

Al viernes siguiente, la misiva fué depositada por el mismo procedimiento que la anterior. No bien fué leída, cuando, de súbito, cayeron las cortinillas, mirónos el eunuco dos ó tres veces con aire desconfiado, sacudió el cochero y partieron á escape.

—Esto ha terminado, dijimos: nos fastidió el copto.

Y ¡cuán profunda fué la pena que sentí al decirlo! Porque estaba lo que se llama enamorado de aquellos ojos; de los cuatro. Soñaba con ellos y los contemplaba arrobado, en el plato cuando comía, en el expediente cuando trabajaba.

Al día siguiente, un negrillo, ricamente aderezado á la turca, pasó rápido rozando la verja de mi jardín, á la sazón de encontrarse en ella mi criado: y, sin pararse, ni mirar, le tiró una carta con mi dirección.

¡Eran ellas! ¡Ellas que contestaban! El árabe usado en la misiva era elegante, literario clásico. Entre la hojarasca de orientales tropos, decíannos en suma que no eran dueñas de su persona, ni de entrar ni salir á su antojo: que suponían que el martes próximo, el Bajá su señor no las sublimaría con su palabra, pudiendo entonces corresponder á nuestra amistad viniendo á iluminarse con nuestra presencia y á declararse nuestras esclavas. Que ello sería de una y media á dos de la madrugada: que preparásemos algo que probar en los veinte minutos que podían concedernos; que estuviésemos á la puerta para recibirlas y que diésemos buena propina al cochero y al eunuco, seducidos por tal promesa, y á cuya discreción fiaban la vida.

La carta nos volvió locos: primero, por el dichoso y feliz término que presagiaba: segundo, porque la noche antes un griego, de nación y de oficio, en un hermoso pase de *baccarat* nos había dejado en seco. ¡Y de nuestro dinero estaba pendiente la vida de aquellas bondadosas criaturas!

No paré en dos días. Mi casa y jardín se trocaron en pequeño edén. El mejor fondista del Cairo me arregló una cena, digna del Virrey: fiambres, chucherías, refrescos especiales y vinos escogidos. Vinos, sí; el Champagne sobre todo, es muy apreciado de los creyentes: cumplen con el Corán sosteniendo que aquello no es vino, sino limonada.

Llegó el martes. Despedimos los criados á las doce. Apagamos las luces. Nos paseábamos mi amigo y yo nerviosos, febriles, contando los minutos, observando con ansiedad la verja, buscando en

las tinieblas, aplicando el oído al silencio de la calle desierta.

La una y media: nuestra excitación aumenta. ¿Qué es eso? Se oye el escapado rodar de un carruaje. El corazón salta en el pecho. El ruido se acerca; páranse en firme los caballos. Tirase del pescante el eunuco, abre la portezuela y, anhelantes, azoradas se precipitan en el jardín las dos divinidades. Todo en un abrir y cerrar de ojos. Dí al eunuco veinte libras esterlinas, y el coche partió como un rayo.

Mi amigo, en tanto, había introducido á las damas y encendido las luces. Juzgue el lector de nuestros arrebatados extremos de gratitud: los formulábamos en cinco ó seis idiomas puros y cincuenta mezclados. Las damas permanecían sentadas, inmóviles, mudas. Sin duda no entienden. Pero los ojos, aquellos ojos de buey que envidiara la Juno de Homero, sombreados de negro á la usanza árabe, hablaban lo que no es decible. El redondo busto agitábase como las olas del mar embravecido, y se oía el sordo rumor, no sé si de risa, ó de amarguísimo llanto.

Suplicámosles que se descubrieran: negáronse por señas. Insistimos repetidas veces, y, perdón... casi, casi amenazamos. Entonces las dos damas irguiéronse con dignidad majestática: miráronnos con resignación, no exenta de menosprecio, y empezaron á desprenderse los *yashmaks*.

Renuncio á pintar el estado de ánimo con que seguimos la breve operación: los instantes eran siglos. Cayeron los velos...

¡Cielo santo! Nuestras dos actrices italianas del teatro del Esbekieh, que nos sorprendían en flagrante infidelidad al menos de intención!

Sospecho que por este mismo estilo son las aventuras del harén que cuentan los viajeros.







MARIAM

#### CAPÍTULO XIV



L referirme á las diferentes razas que pueblan el Egipto, he hablado de los levantinos, considerándolos en su acepción más genérica, la que comprende á los hijos de europeos nacidos en Levante, igualmente que los cristianos oriundos de las costas de Anatolia y Fenicia y los procedentes de los dominios turcos. Pero al hablar ahora de la sociedad levantina en Egipto he de concretar más el estudio, excluyendo de él á los que por su origen, su temperamento y su actual manera de ser, se han asimilado por completo á los europeos. La sociedad levantina que quiero describir se refiere sólo á la compuesta de armenios y sirios.

Estas dos razas, hasta principios del siglo actual han vegetado allí en la más triste opresión. Sometidas á los árabes y los turcos,

despreciadas por los cristianos, objeto de los ataques más irritantes y de los insultos más groseros, acabaron por caer en aquella docilidad humillante que caracteriza á los oprimidos resignados. Los armenios y los sirios perdieron en Egipto su fisonomía moral, el recuerdo de su origen; se asimilaron con los árabes hasta confundirse con ellos.

Sus costumbres fueron las de sus dominadores. Apenas si en el rincón más recóndito del hogar, fuera de la vista de todo el mundo, en la soledad y el aislamiento que caracterizan esos interiores orientales donde nadie penetra, se atreverían á mantener el tímido culto al Dios de sus mayores, y á murmurar con voz que el miedo ahogara una plegaria á *Mariam*, la casta Virgen, su ayuda y consuelo en las tribulaciones continuas que les rodeaban. Por lo demás su vida era exclusivamente oriental. No salían sus mujeres á la calle sin envolver el rostro con el negro manto de las *fellahinas*: ellos mismos ciñeron la cabeza con el turbante, vistieron la larga *Kemmis* de los indígenas, y completaron esa especie de disfraz que impedía reconocerlos, viviendo en moradas cuyas puertas se abrían rara vez para el amigo, nunca para el extraño, y cuyas ventanas recataban las espesas celosías de los árabes.

Nótase tan humillante condición de los sirios y armenios, en todos aquellos nacidos antes de la mitad del presente siglo. En su aspecto físico, en sus aficiones y costumbres, apenas se distinguen de los musulmanes. Los hombres han podido asimilarse algo á nuestra civilización: las mujeres permanecen enteramente orientales.

Poco han influido sobre la raza siria las corrientes de las ideas nuevas. Es verdad que sus elementos de vida social escasean, que los sirios son generalmente pobres, que su mismo origen no los separa mucho del pueblo árabe, cuya lengua hablan. Los hombres de esta raza, ni son aptos para el trabajo, ni se distinguen en ninguna clase de estudios. La felicidad de un sirio consiste en tener un pequeño empleo en las oficinas del gobierno, en una casa de comercio ó en un establecimiento cualquiera, y vive con el sueldo, que siempre procura aumentar por toda clase de medios lícitos é ilícitos. Su carácter es venal: cualquier servicio que se le reclame puede cotizarse á bajo precio. Algunos sirios son ricos, han adquirido enormes fortunas y hacen ostentación de ellas sólo al hablar con sus amigos, pues rico ó pobre, el sirio permanece siempre miserable.

Las mujeres han abandonado el velo de los árabes, dejan ver su rostro, y usan todavía la holgada capa negra que cubre su cuerpo como á las mujeres de un harén. No hablan más que el árabe, y resisten adaptarse á las costumbres europeas, que su natural dejadez encuentra incómodas. Prefieren lavarse poco, comer con los dedos, sentarse sobre las piernas cruzadas en una alfombra y fumar la pipa ó cigarrillos de papel, á esclavizarse según ellas entienden, sujetándose á nuestras conveniencias sociales. Su inteligencia es escasa, y aun cuando haya entre ellas algunas de rostro agraciado y porte distinguido, generalmente tienen pocos atractivos.

Los sirios han cometido un gravísimo error en la educación de sus hijos, error cuyas consecuencias se empiezan á palpar ahora y amenazan ser funestas dentro de pocos años. El gobierno tolerante y civilizador de ISMAEL Bajá llevó á Egipto muchos elementos de cultura que antes no tenía; creó escuelas y colegios en todas las ciudades del Delta y del Alto Nilo. Las misiones cristianas aparecieron al mismo tiempo con su contingente de monjas, frailes, hermanos y pastores, y han fundado establecimientos de enseñanza con el doble objeto de educar niños y adquirir conversos para sus distintas comuniones. Las colonias extranjeras utilizan aquellos centros de educación, pero no podrían sostenerse si el elemento levantino no fuera en su ayuda. Los niños sirios forman la mayoría de los alumnos en los colegios europeos.

Pero no están en ellos mucho tiempo. Obligados por la necesidad, en cuanto tienen los rudimentos de la primera enseñanza, se dedican al trabajo buscándolo en escritorios y oficinas. Pocas inteligencias descuellan entre ellos, y menos caracteres aun, de suerte que los resultados de la enseñanza europea vienen á ser casi nulos.

El conflicto aparece en las mujeres. Éstas generalmente reciben



Mujer siria.

su educación en los colegios de monjas, las cuales, por corta cantidad de dinero, las admiten como pensionistas. Su vida en el claustro es regular, metódica, organizada bajo el mismo pie en que viven las demás jóvenes europeas. Su asimilación es completa, y en los corros de niñas que juegan y alborotan durante las horas de recreo, no se distinguen las sirias más que por el color aceitunado propio de su raza. Permanecen algunos años en el colegio, y mujeres ya, pues la adolescencia concluye pronto bajo el cálido clima de Oriente, al encerrarse de nuevo en sus casas que parecen harenes, sienten repulsión hacia aquellas costumbres cuya inferioridad con respecto á las europeas les han inculcado. De aquí nace su primer deseo de abandonar lo antes posible el hogar donde se mecíó su cuna, y en el cual se consideran como esclavas. Su bello ideal es casarse con un levantino civilizado: si encontraran un marido europeo, gozarían en la tierra la suprema felicidad.

Y algunas veces realizan este dorado sueño. Italianos ó franceses cuyas ocupaciones les obligan á una larga permanencia en Egipto, se casan con una siria. ¿Por qué no hacerlo? Jóvenes, bellas, bien formadas, de hermosos ojos negros que brillan bajo sus arqueadas cejas, de abundante y sedosa cabellera, que encuadra su linda cabeza, coquetas, educadas á la europea, ¿quién duda que una siria pueda hacer la felicidad del que se enamora de ella? Infeliz, sin embargo, quien ceda á tan seducturas apariencias. En el nuevo hogar las ilusiones desaparecen pronto, y la mujer oriental no tarda en reaparecer, quitado el barniz que ocultó su carácter á los ojos del marido. Perezosas por temperamento, sin energía ninguna en la voluntad ni solidez en las ideas, las sirias no son ni cristinas ni árabes en sus costumbres. La sociedad europea es demasiado altanera para admitirlas en su seno: ellas en cambio siguen odiando á las mujeres de su raza. Presas del hastío, encerradas en forzoso aislamiento, sin ánimo de buscar en el trabajo ocupación para su espíritu, extranjeras en la casa donde se habla una lengua que no es la propia, empiezan pronto por lo que las europeas alguna vez acaban. Las discusiones envenenan la atmósfera de aquel hogar, las distancias se ensanchan entre los esposos, el abismo que los separa se ahonda cada día. Maldice el marido la hora en que se fijó por vez primera en su mujer: ésta, espera oír al oído la voz del primer levantino *civilizado*, como ella que le diga *habibi*, para lanzarse á sus brazos.

La sociedad puramente siria es como un *sancta sanctorum* al que rara vez el europeo tiene acceso. Gustan aquellas gentes de tertulias, reuniones y aun saraos, en donde predomina la educación oriental con todos sus exclusivismos. Los hombres hacen corro aparte: fuman, juegan ó hablan de política. Las mujeres se juntan y divierten sentadas sobre una alfombra formando ancho círculo, en cuyo centro se ostenta rica variedad de dulces y golosinas. Cuentan chistes de color subido, oyen con singular deleitación inverosímiles historias, y á veces una de ellas levanta la voz para entonar una canción árabe que acompaña la indispensable *darabuca*. Las musulmanas en el harén no viven de otra manera.

La sociedad armenia es superior á la siria, y esto proviene de que los individuos de aquélla son mucho más inteligentes y activos que los sirios. Pesan sin embargo sobre los armenios las mismas consecuencias de su sumisión á los árabes; en su exterior parecen haber aprovechado mejor nuestra educación, pero por poco que se les profundice se encuentra á los orientales.

Las jóvenes armenias aparecen en peores condiciones que las otras levantinas. Al salir de los colegios, se sienten humilladas en sus hogares. Quisieran convertir éstos en moradas europeas, asimilarlos á los nuestros, recibir á los extranjeros, obsequiarles: pero su familia se opone al cambio de costumbres, y naturalmente aquellas jóvenes sienten el deseo de abandonarlos á la primera ocasión que se presenta. He dicho que son muy inteligentes. Hablan con perfección algunos idiomas, y siempre aprenden otros nuevos, pues en sus desvaríos aspiran á cruzar los mares y vivir en otras tierras donde gozar de más libertad y ser felices. ¿Será su esposo, ó su amante, un inglés, alemán, francés ó italiano? No lo saben. Ellas quisieran un inglés, de cabello rubio y semblante rojo, que contrastaran con el blanco cutis de sus faccio-



Joven armenia.

nes y el negro de ébano de sus guedejas; pero si no aparece pronto su ideal, darán lealmente la mano al primer extranjero que se la pida, importándoles poco que la demanda sea de la diestra ó la siniestra.

Siempre me han sido muy simpáticas las jóvenes de esta raza, y conservo de ellas gratos recuerdos, que no han de desaparecer ante las futuras emociones de mi azaroso género de vida. Cuando vuelva la vista á lo pasado, evocaré en la memoria el buen trato de su sociedad, las agradables horas de su compañía, que siento con pena perdidas para siempre. Al juzgarlas, he debido sacrificar mi voluntad al deseo de ser exacto, pero las dulces armenias de negros ojos y esbelta forma, no oirán en vano la súplica de perdón que, por haber escrito las párrafos anteriores, les dirige su admirador sincero.

Hay en Egipto algunos armenios ricos, prestamistas y propietarios; pero el personaje principal de su raza es NUBAR Bajá, en la actualidad Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado de S. A. el Jedive. Es la figura más preeminente de la política contemporánea en aquel país, y á este título bien puedo dedicarle cuatro líneas. NUBAR es hijo de sus obras, y este es quizás su mejor título de gloria. La capacidad que todos los armenios tienen para aprender idiomas, le valió desde muy joven una plaza de intérprete en palacio. Después, rara vez le ha faltado el favor jedivial para mejorar su posición en honores y riqueza, ya que exceptuando algunos cortos intervalos de desgracia, ha sabido mantenerse desde hace muchos años, ó dentro del gobierno ó cerca del poder. Quizás vuelva á ocuparme de NUBAR como político, si más adelante nos detenemos á estudiar la situación política del Egipto; aquí me basta recordar el papel que desempeña en la sociedad cairota.

El *Bajá*, como en el Cairo le llaman, vive en el centro del distrito europeo, cerca de la estación del ferrocarril. Su casa es grande, suntuosa, mostrando un lujo algo abigarrado, pero en su interior tiene cuantas comodidades exige la vida en Oriente. Un ancho y umbroso jardín, cuyas palmeras elevan sus copas á gran altura, rodea el lugar de indescriptible encanto. Animán aquel hogar la señora de NUBAR, armenia como su marido, y en la cual la educación europea no oculta por completo su origen oriental, y su hija, simpática joven que ha viajado mucho por el extranjero,

asimilándose mejor á nuestras costumbres. Naturalmente la señora de NUBAR da tono á las demás armenias del Cairo, que desean ser recibidas en su casa para imitarla después.

NUBAR ha sido con frecuencia calumniado, á mi juicio con pasión, por los que no prosperan á su lado. En cambio se le acusa de ser demasiado amigo de sus amigos, lo cual ciertamente no se refiere á sus paisanos: ser armenio no es una recomendación para el Bajá. Su trato es fácil, sus modales agradables, su palabra melosa á fuerza de querer ser persuasiva. Coge con las dos manos la diestra que se le ofrece, y poco le faltaría para imitar á los árabes llevándola al corazón y á los labios. Cuando uno le habla por vez primera, cree haber conquistado su afecto, y se engaña.

Digamos de una vez que NUBAR es un excelente cómico de salón. Atento á sus intereses y persona, le es indiferente todo el mundo, y no es capaz de apasionarse de nadie, pues si así le conviene deja á su mejor amigo en el trance más apurado. También recibe en su casa. No tiene tertulia, pero no puede sustraerse á las visitas que le hacen los diplomáticos, los altos empleados y los extranjeros, y para abreviar la permanencia de los molestos intrusos, ha ideado un medio puramente oriental: les recibe en el vestíbulo de su casa, pretextando que se siente allí menos calor. Alguna vez se le ve en sus salones, adornados con escaso gusto, y si se le hace cualquier banal cumplimiento acerca de un mueble rico ó un buen espejo, responde invariablemente con la más dulce de sus estudiadas sonrisas:

—No vale nada. Es mi dorada miseria.

Tal es la sociedad levantina en el Cairo, perdida en la ridícula aspiración de imitar la europea que tiene al lado, con la cual se codea sin nunca confundirse. ¡Lástima de extravío de aquellas buenas gentes, que pudiendo ser felices con vivir á su manera, se empeñan en no serlo imitando á los extraños! Algunas familias sirias y armenias conservan aún las tradiciones y las costumbres familiares de su raza, pero son ya recuerdos decadentes que pronto se extinguirán en la atmósfera ficticia en que se agitan.

Una casualidad me permitió, en Abril de 1885, asistir á una fiesta propia de levantinos. Un sirio de cierta posición en el país, casaba á su hijo con una joven de su raza. Relacionado conmigo el padre por razón de ciertos asuntos oficiales, creyó que me

sería agradable recibir la siguiente invitación en carta que traduzco textualmente:

## M

*El Señor A. AVROSAKI tiene el honor  
de participarle el matrimonio de su hijo*

FARID AVROSAKI

*con la señorita*

ERANUY MAIRIDIAN

*que se efectuará en su casa el día 17  
del corriente, á las seis de la tarde.*

*Se suplica el uniforme.*

La lectura de esta carta llamó mi atención por un detalle curioso. Noté que en ella no sólo se invitaba á mi persona, sino también á mi casaca de gala, á aquel frac cubierto de entorchados por detrás y por delante, que los reglamentos nos imponen y la etiqueta nos manda exhibir en las grandes solemnidades.

Aparte de esto, la carta me complació mucho, pues halagaba mi deseo de ver lo que no había aún presenciado, una boda entre levantinos. Además conocía á la novia y hasta podía llamarme su amigo, ya que presentado á ella en otra ocasión, conseguí pasar cinco minutos á su lado y verla luego otras tres ó cuatro veces. Es cierto que en todas ellas hube de llevar el peso de toda la conversación, pues aquella jovencita enamorada, que pronto vería dilatarse ante ella los anhelados horizontes del matrimonio, á mis preguntas respondía siempre con monosílabos, y nunca levantó la vista para mirarme la cara. Es de buen tono y perfecta educación en las muchachas levantinas, hablar poco delante de los hombres.

¿Pero, para qué querían en aquella casa mi uniforme? ¿Para mostrarlo como cosa curiosa? Hoy se encuentran por todas partes. ¿Ponerlo á algún criado? No me trataban con bastante franqueza para tomarse estas libertades. No pude averiguarlo. Supuse que



quizás se les ocurrió que lo vistiera yo mismo, pero esto era mucho sacrificio en aquel clima. Después de meditarlo un rato, resolví prescindir de la segunda invitación, y aceptar sólo la referente á mi persona.

Vestido de negro, encaminé mis pasos hacia la casa donde se celebraba la ceremonia. La divisé desde lejos. Bajo los arcos en que se apoyan los balcones, se habían colocado guirnaldas de flores y ramaje, faroles y globos de vidrio de diferentes colores. Idéntica decoración se veía en el vestíbulo y en las escaleras. Á un lado de aquél, sentados sobre ancho banco de madera, estaban cinco ó seis músicos árabes, cuyos instrumentos se reducían á dos cornetines, una trompa, un clarinete y un bombo: y á la llegada de los convidados de distinción, les saludaban tocando una especie de marcha real. Anunciado con tanta pompa, presentéme en las habitaciones donde momentos después debía celebrarse solemnemente la boda.

Los salones de la casa podían contener escasamente cincuenta personas, pero los convidados eran en número de cuatrocientos y ni uno solo había dejado de atender la invitación. Ya no se cabía en ningún sitio de la casa estando llenos de bote en bote los cuartos, los pasillos, y hasta los tramos de las escaleras. Una alcoba de la cual se habían sacado las camas, servía de guardarropa: allí los concurrentes entregaban sus abrigo, recogían un número y pagaban dos reales. Después cada cual buscaba sitio donde colocarse, siquiera fuera de pie, pues los afortunados que habían podido ocupar una silla no la soltaban.

Por disponerlo así la etiqueta levantina, las señoras formaban grupo aparte en el salón más grande de la casa. También luchando con la falta de espacio, estaban apretadas como sardinas en barril, y á pesar de este contratiempo esforzábanse en aparecer amables y contentas, mostrando los encantos que las prodigó naturaleza.

Recorriendo el mundo he visto trajes extraños y originales, pero confieso que nunca me sorprendió tanto un conjunto de abigarradas vestiduras como ante aquella exhibición de la moda en las señoras levantinas. Ellas me perdonen, y Dios me lo tenga en cuenta, ya que no es lícito hablar mal de las mujeres, pero no he de callar lo que pienso para describir lo que vi. Sus caras, amarillas ó morenas, desaparecían bajo una capa de color derramada con abundan-

cia sobre el cutis: sus carnes desbordaban de los pechos sin forma: los cuerpos eran pesados; las manos regordetas y cortas, que más parecían propias de lavanderas que de damas distinguidas. Los vestidos estaban á la altura de las señoras que los llevaban, hechos de vivos y mal combinados colores, cortados por sastres árabes que nada entienden de modas. ¡Oh salón de FARID, te he de recordar siempre como una de las más extrañas visiones que me han sorprendido en la vida!

En un gabinete inmediato á la sala, cuyas puertas estaban cerradas pudorosamente, se congregaron las amigas de la familia, pertenecientes á las razas árabe y turca, que habían sido convidadas á la fiesta. Envueltas de pies á cabeza en sus mantos de seda negra, cubierta la cara con el transparente velo blanco, las damas del harén que asistían á la boda distinguíanse por su conversación licenciosa y sus ruidosas carcajadas. Alguna que otra vez intenté acercarme á la puerta, medio entornada por las cristianas que entraban ó salían de aquel sitio, y sólo la contemplación de un par de ojos negros pudo compensarme las molestias y apreturas sufridas para poder avanzar entre aquella apiñada multitud.

Á las diez de la noche salió la comitiva en busca de la desposada, y como ésta vivía cerca de la casa del novio donde debía celebrarse la ceremonia de la boda, se prescindió de carruajes. Aquello se convirtió en verdadera procesión. Abría la marcha una música árabe, la misma que saludaba á los convidados en la escalera. Formados en dos líneas llevando cirios en la mano, iban multitud de niños y amigos de la familia, detrás de los cuales avanzaba lentamente un grupo de convidados que con el marido iba á sacar la bella ERANUY de la casa paterna.

Resuelto á verlo todo, tomé un cirio y me agregué al cortejo. Todo fué ruido, música, gritos al llegar á casa de la novia. Ésta aguardaba la comitiva rodeada de sus amigas: se despidió ceremoniosamente de sus padres, cubrió su cabeza y cara con anchuroso manto que no dejaba ver sus facciones, y apoyada en el brazo de dos mujeres, bajó á la calle, y se colocó al final del cortejo, al tiempo que éste volvía á la morada del esposo. En este segundo viaje, reforzados como íbamos con el acompañamiento de mujeres, aumentóse el ruido y la algazara con los chillidos guturales y estridentes que sólo pueden producir las gargantas de los árabes.

Llegados, por fin, á casa de FARID descubrióse la novia, y em-

pezó en seguida la ceremonia religiosa. En el centro del salón colocaron un pequeño altar. Tres sacerdotes griegos ostentando altos bonetes negros y vistiendo ricas casullas recamadas de oro, oficiaron pidiendo las bendiciones del cielo sobre la feliz pareja que iba á unirse hasta la hora de la muerte. ERANUY, de pie delante del ministro cismático, más blanca que las flores de azahar que adornaban su cabeza, no levantó los ojos del suelo, dominada al parecer por la emoción. El novio vestía de negro, con la stambulina de los turcos y egipcios, y en la cabeza el *tarbush* ó fez: me pareció simplemente ridículo.

La ceremonia fué corta y solemne. Rica corona de plata incrustada de pedrería, pasó sucesivamente de la cabeza de ERANUY á la de FARID, y parecióme que de tal acto dependía toda la virtud del sacramento. Después los sacerdotes, cantaron á coro, uniéndose á sus voces las de los fieles aficionados, y acabó la solemnidad en medio de las felicitaciones de rúbrica en tales casos, y los gritos desaforados de las mujeres que durante cinco minutos convirtieron en aquelarre aquella estancia.

Los extranjeros presentes á la fiesta, cansados ya, y creyendo que más debía agradecerse á los invitados su retirada, que su permanencia en aquel sitio, quisimos retirarnos; por toda respuesta el dueño de la casa dió orden de cerrar las puertas, obligándonos de este modo á permanecer allí. La desposada sentóse en el sofá de la sala, y ante ella empezaron á desfilar ceremoniosamente los convidados: á unos respondía sólo con una ligera inclinación de cabeza, mientras que al pasar otros, sin duda considerados de más importancia, se levantaba dándoles la mano.

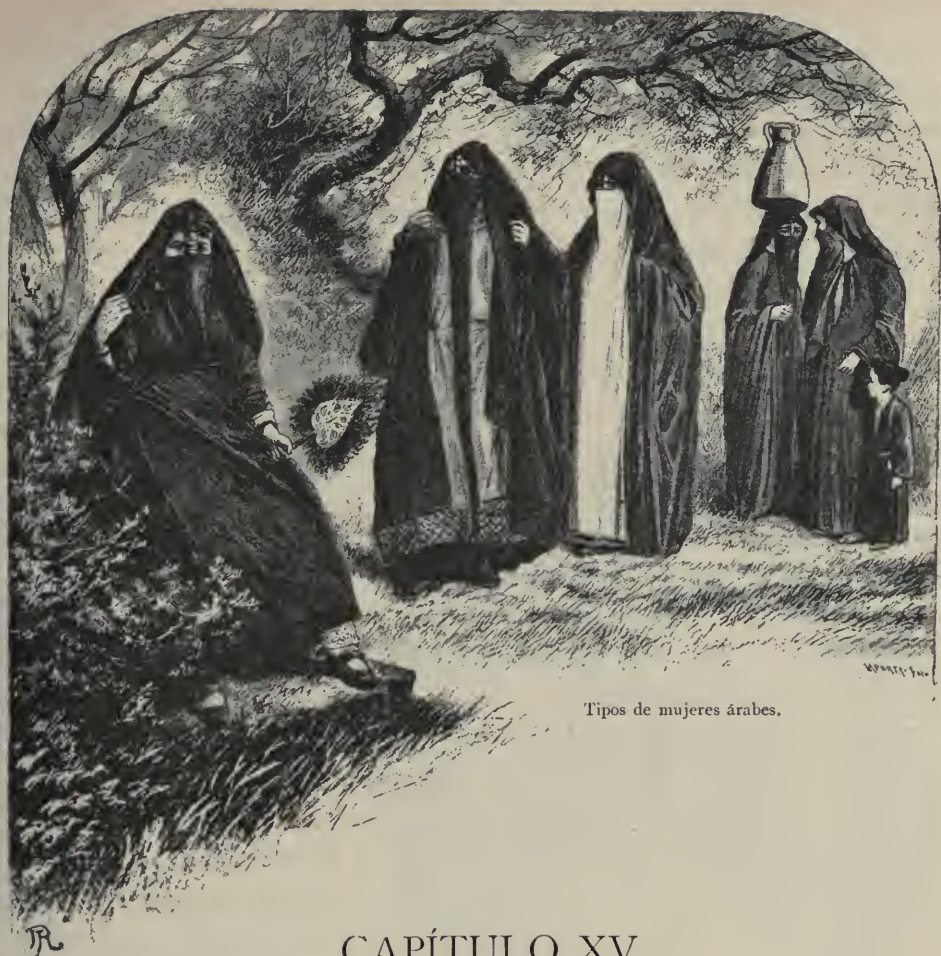
Fatigado por tanto tiempo de estar en pie, y ya perdida la esperanza de encontrar una silla donde poder hallar algún descanso, pude alcanzar un rincón donde aunque no sin trabajo, me senté sobre las piernas á la moda oriental. En esta postura sorprendióme el momento del banquete, para el cual no había comedor, mesas, ni nada parecido. Unos árabes pasaban grandes bandejas llenas de toda suerte de golosinas, vinos y refrescos, con que obsequiaron á los concurrentes, adquiriendo así la fiesta mayor animación.

Pero era ya la una de la madrugada, y pensé seriamente en retirarme, pues como distracción la cosa empezaba á ser pesada y no podía ofrecer ya nuevos lances. Conseguí salir, no sin que

fuera objeto de algunas protestas, y consideréme feliz cuando los músicos de la escalera me despidieron con su tocata de honor.

Perdono, sin embargo, de todo corazón á aquellos levantinos, que si fueron causa de un martirio de siete horas, me proporcionaron en cambio la ocasión de asistir á una de sus fiestas más originales.





Tipos de mujeres árabes.

## CAPÍTULO XV



DESCRITOS los diferentes grupos sociales hoy existentes en Egipto, y con los cuales se roza más ó menos directamente el europeo, réstame hablar de la sociedad árabe, única quizás que se conserva sin mezclarse para nada con las anteriores.

La familia árabe vive reclusa en el hogar, sin tener apenas expansión social alguna. No permite otra cosa su organización, ya que al carácter naturalmente celoso de los maridos árabes, se une su arraigada creencia de que las mujeres les son inferiores en inteligencia, en voluntad y en sentimientos. La mujer no es la com-

pañera del hombre, no fué creada á su imagen y semejanza, sino que pertenece á una casta inferior, en la gradación de seres que según ellos forman la humanidad. Bien claramente el libro sagrado de los musulmanes asigna á las mujeres el papel solo de hembras en la familia. Compañeras del hombre, no lo son sino en el concepto de los servicios que á éste puedan prestar.

La mujer árabe no se exhibe nunca, no se la ve en ningún espectáculo público, ni aun en el templo. Sólo le es permitido salir á la calle cuando tiene ocupaciones que atender, y en este caso tapa su rostro con un velo negro, unido á la frente por un tubo de cobre que baja al nivel de la nariz, y procura andar á pie lo menos posible. Cuando en las ciudades no puede disponer de un mal coche de plaza, alquila un borrico y se sienta en cuclillas sobre la albarda, sosteniéndose en postura tan incómoda con la ayuda del borriquero, que siempre marcha á su lado. En los pueblos pequeños y en los campos, las mujeres montan siempre de esta original manera.

Visten con sencillez. Un velo negro ó azul, baja desde su cabeza envolviendo el cuerpo, hasta permitir sólo que asomen las puntas bordadas de sus pantalones blancos á la altura del tobillo. En cambio les gusta mucho usar botinas á la moda europea, pero de pésimo gusto, pues generalmente son de telas de vivos colores, bordadas con flores verdes, azules ó amarillas. Tienen pasión por las joyas de plata, poniéndose brazaletes macizos en pies y manos, largos pendientes en las orejas, y hasta aros en la nariz. Con frecuencia lucen también en los dedos sortijas de turquesas. No usan afeites en la cara, siguiendo sólo la tradicional costumbre egipcia, que remonta á los tiempos del primer Imperio, de ennegrecerse las cejas con el *kolh* ó polvo de antimonio. En cambio se bañan las manos y los pies en *henna*, para tener las uñas sonrosadas, pero sucede que esta sustancia les deja en la epidermis manchas sucias como las producidas por la corteza de granada.

La mujer árabe se casa en edad temprana, pues la ley autoriza el matrimonio desde la edad de diez años. Entran á formar parte de la familia del marido, mediante el pago que éste hace á la de la novia del *mazh* ó cantidad estipulada como dote, aunque en rigor este es el precio mediante el cual, adquiere á la mujer como otra propiedad cualquiera. Inútil es añadir que rara vez, y esto sólo en las clases más ínfimas de la sociedad, el marido ha visto

á su mujer antes de efectuarse la ceremonia del casamiento: los informes que de ella tiene los ha recibido de mujeres, generalmente viejas, cuyo oficio consiste en procurar novias á los muchachos que las buscan. Son verdaderas corredoras de matrimonios.

La ceremonia de la boda suele efectuarse con cierta pompa. En la mañana del día prefijado, las amigas de la novia van á buscar á ésta á su casa y la conducen al baño, en medio de una ruidosa procesión llamada *Zeffet et Hammán*. La sacan de allí ya vestida con sus atavíos de boda, que suelen consistir en un rico vestido blanco ó rojo, con muchos bordados de oro, diademas y collares de monedas y pulseras de plata. No se ven por la calle estos adornos, pues la cubre el doble manto de lienzo burdo ó azul con que aquélla envuelve su cuerpo y cabeza.

El cortejo de mujeres, al que se han unido á la salida del baño los amigos del marido, se dirige entonces á casa de éste, en medio de los chillidos y gritos guturales que lanzan los asistentes al acto, y con los que suelen siempre mezclarse los acordes desafinados de alguna música árabe. Las gentes ricas empiezan á usar coches para conducir estas procesiones, que todos los días se encuentran por las calles de las ciudades egipcias.

La boda termina con una fiesta, cuya importancia gradúa la fortuna de las familias que obsequian á sus amigos. Recuerdo haber sido convidado en el Cairo á una solemnidad de este género, en la cual el dueño de la casa agotó todos los recursos de su ingenio para darla mayor brillo. Varias habitaciones habían sido destinadas á las señoras, inevitablemente separadas de los hom-



Mujer árabe en traje de boda.

bres. Para nosotros se cubrió con una serie de lonas bordadas el inmenso patio de la casa, y aquel gran salón improvisado se llenó de flores, de mesas provistas con dulces, fiambres y bebidas de todas clases. En varias partes se instalaron compañías de músicos, unos tocando instrumentos indígenas, y otros cantando las últimas improvisaciones de la musa popular. Como no puede menos de suceder, estas fiestas degeneran en orgías, y no terminan hasta que el dueño de la casa, cansado de ellas, hecha más ó menos cortésmente á sus convidados á la calle.

El árabe casado, deja en Egipto el paterno hogar y forma familia aparte, lo cual no sucede con otros orientales. Existen pueblos en las regiones de Levante que no aceptan esa segregación de individuos nacidos bajo el mismo techo. En China, mientras viva el miembro más anciano de la casa, no se tolera que salgan de ella los hijos, cualesquiera que sean su estado y su posición en la vida social. Los árabes entienden como nosotros que el matrimonio emancipa al hijo de la tutela paterna, con la cual sólo quedará ligado por los naturales vínculos del respeto y del cariño.

El nacimiento de un hijo es considerado por los árabes como una felicidad, igualmente que el de una niña se tiene por desgracia. Aceptan sin embargo, una ú otra con el fatalismo dominante en aquella raza, y no dejan de saludar con ciertos regocijos la venida del recién nacido. Creen que éste tarda siete días en sentir las primeras impresiones de la vida, y por tal razón cuando cumple la semana de su nacimiento, convidan á una fiesta doméstica á los parientes y allegados á la familia, cuidando además de tener la compañía de un cadí, xeque ú otra persona de distinción, para practicar la ceremonia que exteriormente se parece á nuestro bautismo.

En esta festividad, el cadí moja con agua la cabeza del recién nacido y le transmite su saliva después de haber comido un terrón de azúcar, creyendo así que el niño sólo recibirá impresiones dulces en todo el curso de su existencia. También entonces se da un nombre al niño. Los árabes carecen de apellidos y usan nombres propios, sencillos y compuestos. Se suelen llamar MOHAMED ó MAHOMA según decimos los españoles, AHMED, SELIM, ó ABD-ALAH, siervo de Dios, ABD-EL-RASÚL, siervo del Profeta, etc. Como el uso exclusivo del nombre propio causaría muchas confusiones entre los individuos que lo tienen idéntico, se añade el nom-



bre del padre al del hijo á manera de apellido, diciéndose *FULANO HIJO DE ZUTANO*. Pero en rigor, distínguense los árabes mejor por sus apodos que por sus nombres, pues raro es el oriental de aquellas tierras á quien no se conozca por alguno de sus detalles físicos, por su profesión ó por algún accidente de su vida. Los apodos abundan en Egipto tanto como en los pueblos rurales de Cataluña, en los cuales casi no hay familia que no los tenga.

Cuando el recién nacido cumple cuarenta días, sale por vez primera de su casa en compañía de la madre, que lo lleva al baño, para derramar sobre su cabeza cuarenta tazas de agua si es niño, ó una menos si niña. Desde entonces se deja el niño abandonado á su suerte, pues los cuidados que recibe en ese crítico periodo de la infancia, son pocos y mal aplicados. Hace poco tiempo se introdujo la vacuna en Egipto, y á pesar de los laudables esfuerzos que el Gobierno hace para imponer su uso, no consigue dominar la resistencia pasiva que le oponen las familias.

Á los seis ó siete años de edad se circuncida á los niños, celebrándose con este motivo una gran fiesta en la casa. La ceremonia y la operación deben efectuarse en una mezquita, y para trasladarse á ella se forma un cortejo que es verdadera y solemne procesión. Multitud de niños y árabes harapientos llevan hojas de palmera, ramas verdes y antorchas, y van gritando por las calles: les sigue la indispensable banda indígena, cuyos músicos para mayor tormento han sustituido instrumentos europeos á los suyos propios, y finalmente vienen en una magnífica carretela los niños que deben ser circuncidados, para el caso vestidos con ricos trajes y vistosos uniformes de Bey ó de Bajá. Á este coche siguen otros cerrados y cubiertos con grandes chales de Cachemir, donde van las mujeres de la casa y sus amigas convidadas á la fiesta.

La operación debe ser practicada por un barbero, quien procura siempre que en la anterior procesión figure su *heml* ó signo de la tienda, especie de cuadrado de madera, largo de un metro, forrado exteriormente con planchas de cobre y vidrios de colores, é izado al extremo de un bastón para llevarlo á manera de cartel de anuncio. De algún tiempo á esta parte se confía la operación á médicos indígenas que han seguido su carrera conforme al plan de estudios de Europa, por creer la practican con más seguridad y causan menos dolor al paciente.

Debo reseñar ahora, y lo haré muy sumariamente, las ceremonias fúnebres entre los árabes egipcios, y puede añadirse en todos los musulmanes en general. Al fallecer un individuo, se entrega su cuerpo á las *neddabeks*, mujeres que se alquilan para lavarlo en la casa y para ir á llorar en el entierro. Un sacerdote ó maestro, lee gravemente delante del cadáver algunas *surahs* del Corán, mientras se envuelve á éste con una sábana blanca y se lo coloca en la caja de madera, tapada sólo por un paño verde ó encarnado. En su parte superior se ve con frecuencia un bastón largo de dos palmos, en cuyo extremo se coloca un turbante si el difunto es hombre, ó un bonete de mujer, si pertenecía al sexo femenino.

En los cortejos del entierro, no asisten sacerdotes. Los forman amigos y parientes del muerto, que van á pie formados en filas delante del féretro, cantando la profesión de fe del Corán y algunos versos del *Hashrich*, poema que describe el juicio final. El cadáver es conducido también por los amigos, que con frecuencia suelen relevarse. Las doctrinas musulmanas consideran como obra muy meritoria á los ojos de Dios, el prestar á los que abandonan la tierra este último servicio.

Detrás del muerto siguen las mujeres de su familia y las plañideras alquiladas para acompañar el entierro. Si son muy pobres van á pie, aunque generalmente se las ve montadas en borricos. Sus explosiones de dolor son intensas y ruidosas, pues á un tiempo lamentan la pérdida que acaban de sufrir, y ensalzan los méritos que en vida tenía el difunto. *¡Oh camello de nuestra casa!* dicen cuando acompañan al padre de la familia, ya que en Egipto se considera este animal como el que mantiene á todos con su trabajo.

Desde la casa mortuoria el difunto es conducido á la mezquita, depositándolo ante la tumba de algún santón para rezar las prescritas oraciones. Organizado de nuevo el cortejo, emprende la marcha á la última morada.

Los cementerios árabes están situados fuera de las poblaciones, pero casi tocando á sus murallas. Su aspecto es triste al par que curioso, pues causa extraña emoción ver aquellos inmensos campos, cubiertos por uniformes túmulos blancos, en cuya cabecera se levantan las lápidas que contienen los epitafios. Alguna vez el sepulcro de los ricos se distingue por una casita de madera, tallada con profusión de arabescos y pintada de verde, que cubre la tumba. No gustan los árabes de que los extranjeros visiten sus ce-

menterios: una vez me apedrearon en el que se extiende por la falda del Mokatám al Este del Cairo, en cuyo recinto penetré buscando modelos de inscripciones funerarias.

Los sepulcros musulmanes consisten en grandes bóvedas divididas en dos compartimientos y coronadas por un túmulo ó montículo de ladrillo, piedra ó barro. En ellos se entierran los muertos, siempre con la cara vuelta hacia Oriente; y en el momento de bajar el cadáver á la bóveda cantan los asistentes al acto la siguiente oración:



Cementerio árabe.

*Alahú mughfir el muslimin ual muslimat el muminin ual muminat.  
Dios perdona á los hombres y mujeres musulmanes, á los hombres y mujeres que creen en él.*

Un sacerdote ó maestro de teología, dirige entonces la palabra al muerto, explicándole cómo ha de sorprender á los dos ángeles examinadores que irán aquella noche á interrogarle en el sepulcro. En tanto los asistentes murmuran la plegaria *en nombre de Dios, clemente y misericordioso*, y al cerrarse la puerta de la bóveda se dan las manos en señal de mutua pena y se alejan del sitio, para permitir que se acerquen las mujeres, hasta entonces alejadas en grupo aparte de toda la ceremonia.

La separación de los dos sexos, continúa aún después de la

muerte. Bajo las bóvedas de los sepulcros se entierran los hombres en un compartimiento y las mujeres en otro. Las bóvedas son altas, para permitir que el difunto pueda ponerse en pie cuando á la noche vayan los ángeles Munkar y Nikir á interrogarle, suponiéndose que su alma no se separa del cuerpo hasta después de celebrado este juicio. Sobre el túmulo exterior se graban las inscripciones funerarias en lápidas de mármol; que suelen contener la profesión de fe religiosa y el nombre del difunto; acompañado de epítetos humillantes como el *pobre*, el *humilde*, el *miserable*, el *mártir*.

Allá esperan los creyentes mahometanos la resurrección en el seno de Alah, y la dicha eterna en el cielo después del gran juicio final, que también forma parte de su credo. En ese supremo día en que han de pesarse las acciones de cuantos existieron en la tierra, el ángel Asrafil aparecerá con su trompeta en los espacios y tocará dos veces. Al primer toque, morirán todós los vivos; al segundo, resucitarán los muertos. Entonces, en los libros que escriben los ángeles, se verán las acciones de cada hombre, y las almas pasarán el puente formado por un cabello, puente que sólo salvan para llegar al Paraíso las que no tienen el peso de un pecado, pues las culpables se precipitan en los abismos del infierno.

La vida social no existe entre los árabes. No hemos de considerar como tal, aquellas infectas reuniones de los cafés de baja clase, donde doscientos indígenas sucios se congregan para oír las canciones de los trovadores. Las reuniones, las comidas, las tertulias, los casinos y los teatros son desconocidos entre ellos. Como todos los orientales, ni llegan á comprender la utilidad del paseo. Únicamente la religión consigue reunirlos en las cofradías y las fiestas, que luego hemos de presenciar. Para las mujeres, excepto las visitas que ocasionalmente puedan hacerse entre sí, no existe más lugar de reunión que el baño.

En todas las ciudades de Egipto hay gran número de establecimientos de baños, con la necesaria separación para los individuos de los dos sexos que los frecuentan. Á ellos acuden con preferencia las mujeres, y pasan una mañana entera entre las operaciones del baño, que no son pocas, y la conversación con sus amigas. El baño árabe es harto conocido para que me pare á describirlo. Consiste en hacer pasar el cuerpo por una serie de salas calentadas á diferente temperatura, hasta someterlo á un



DISTRACCIONES DEL HARÉN.



verdadero baño de vapor: frotarlo bien luego con duras toallas y estropajos para obtener la reacción, y finalmente sacarlo por el mismo procedimiento á la atmósfera ordinaria. Los que están acostumbrados á tomarlo encuentran este baño delicioso: los que creemos suficiente una buena inmersión en una pila fría ó en las aguas del mar, lo hallamos fatigoso, pesado y enérvante.

Las casas de baños árabes se distinguen por los dibujos pintoreados de sus puertas, y por una toalla suspendida á guisa de muestra desde la ventana. Tienen cierta reputación, de que algunas modistas gozan en Europa, contándose que sirven para cubrir las expansiones ligeras de las casadas, que quieren divertirse á costa del marido. Los baños de mujeres son recintos inviolables para el hombre, no pudiendo franquearlos bajo ningún concepto. Enciérrase allí la esposa infiel, y aunque sus criados y guardianes queden celosos vigilando la puerta, nadie impedirá á aquélla que vista otro traje y con la cara tapada, según es costumbre, se deslice por una puerta trasera ó por la misma principal, pasando bajo las narices de su cebado eunuco. Y como gracias á Alah, el baño puede durar seis horas, tiene tiempo para todo, para entrar, salir, correr por fuera, regresar al baño y volver á casa, limpia de cuerpo y espíritu.

La mayor distracción de los árabes, consiste en la música, á la cual son sumamente aficionados, y se envanecen de tener muy desarrollado en este punto el sentimiento estético. Aparte de las orquestas y bandas que organizan en todas las ciudades y aun en los pueblos de corto vecindario, y de los músicos ambulantes y de café que ya he descrito, hay otras personas que viven de la música y que ejercitan su profesión, especialmente ante las mujeres. Son las siguientes:

Las *Almeas*, jóvenes que cantan. Los europeos solemos creer



Músico ambulante.

que este poético nombre se aplica á las bailarinas, lo cual es un error.

Las *Ghauazi* ó mujeres que bailan con el pie desnudo y un bastón en la mano.

Los *Ghaish*, niños vestidos de mujeres, que remedando á éstas representan indecentes cuadros de danza.

Al canto y al baile árabes acompaña siempre la música del país, indolente, monótona y fastidiosa, por la eterna repetición de

la melodía en tonos poco variados, y la falta de armonía en su composición. No hay que señalar además el carácter ingrato de los instrumentos que emplea, faltos todos de dulzura, poco susceptibles de afinación, y generalmente manejados por gente que se preocupa muy poco de los efectos del conjunto. Los principales instrumentos que los árabes de Egipto usan, son:

La *darabuca* ó tambor especial, hecho en forma de embudo de barro, cuya parte ancha está cubierta por una piel de perro.

La *rek* ó pandereta, muy parecida á la nuestra.

El *nakareh* ó tambor cilíndrico, con un parche colocado en uno solo de sus costados.

La *tabl beledi* ó trompeta de metal, sin llaves.

La *tabl shami* ó dulzaina, idéntica á la que se ve en las fiestas populares de Cataluña.

La *zemmara* ó doble flauta.

La *nai* ó flauta sencilla.

El *kemengih* ó violín de dos cuerdas unidas á un cuerpo de madera cuadrada.

La *kanum* ó cítara con varias cuerdas.

La *ud* ó mandolina.

Con frecuencia he hablado de los trovadores árabes y de la afi-



Ghauazi.



ción que aquellos indígenas muestran por sus canciones populares. Sin embargo, el estado de abyección en que viven, su miseria material y el abatimiento de su conciencia, no les permite elevarse á las altas y serenas regiones de la poesía que canta á los héroes, enaltece las virtudes y predica el bien. Aquella raza dominadora del Egipto no tiene ya ni inspiraciones sublimes, ni ideas levantadas, ni sentimientos arrebatados. Pobre y modesta, la moderna poesía árabe, nace en las bajas esferas sociales, es hija de algún exaltado ó quizás de algún enfermo, respira la atmósfera saturada de tabaco y de café, y vive oscurecida y triste, murmurada al són de plañidera música, destinada á morir con el trovador que la ha creado.

Estos cantos populares son invariablemente de carácter erótico, sólo hablan del amor inspirado en el placer sensual. En ellos llama la atención que casi siempre sea la mujer la protagonista, es decir, la persona que habla, que expone sus sentimientos y suplica al hombre que le conceda su amor. Es lógica esta situación bajo el punto de vista de las costumbres musulmanas, ya que la mujer viene á ser un paria en la familia, vive siempre abandonada, y el cariño que el marido ó el amante puedan profesarla, reposa sólo en el capricho ligero y fugitivo de una hora de placer.

Creí curioso recoger las canciones populares que hoy están más en boga en Egipto, y á ello me dediqué el tiempo de mi permanencia en su capital. Nocturnas excursiones á barrios olvidados, horas de fastidio pasadas en los cafés, y buenos compañeros que me secundaron en la empresa, hanme procurado algunos ejemplares de esas canciones, con los cuales termino este capítulo. Ninguna de las poesías tiene título, pues los lemas que he puesto á su cabeza para distinguir las, son simplemente las palabras con que empieza el verso árabe. He aquí sus traducciones:

EL AFÚ (EL PERDÓN)

*Te pido perdón, hermoso entre los hermosos,  
Mi corazón enferma, y para curar sus heridas,  
Decidete á amarme. Sólo tú puedes ser mi médico,  
No puedo curar sin medicina, y tú eres el remedio.  
Mi corazón arde con el fuego de tu ausencia,  
Apíadate de él, y quizás lo curarás.*

La nostalgia que siente la mujer por la ausencia del amante, es una de las notas más comunes en la poesía popular de los árabes. He aquí otro ejemplo:

## EMTA TUTFI

*Cuándo apagarás el fuego de mi amor  
Acercándote hasta mi,  
¡Oh corazón de jazmín!  
Tu ausencia me martiriza,  
Es la piedra que me aplasta el pecho,  
Tu amor me ha vuelto miserable,  
Compadéceme, y Dios te salvará.*

De la ausencia al olvido sólo hay un paso, que los árabes dan con mucha facilidad. De aquí que la amada se lamente en sus canciones, de no tener en la oscura noche otros compañeros que sus recuerdos y sus penas. Algunas composiciones de este género son bastante sentidas.

## MIN BEDAH

*¿Por qué no me quiere? Su imagen me roba el sueño,  
Pero él huye como si sufriera por mi amor,  
Y al pedirle que vuelva, me rechaza,  
Cree que mi pasión es un pecado.*

## ELUAK

*Su cara brilla como fulgente estrella,  
Su mirada baja á herir mi corazón,  
Y me abandona, y no ve mi sufrimiento,  
Oh, Dios, si no me ama, que me haga justicia.*

## ERHAM

*¿Por qué hacerme sufrir, si tanto te amo?  
¿Por qué al verme, me llamaste gozoso?  
¿Por qué ahora mientes y me abandonas?  
¿Por qué huyes de mí?*

La desesperación que causa el perdido amor, no se manifiesta

en Egipto en forma trágica. La mujer de Oriente no recurre aún al revólver, al viaducto ó al veneno para acabar con la muerte una existencia miserable, sino que, más dulce y menos nerviosa, baña la amargura de su pasión en la infinita dulzura de las lágrimas que nunca le niegan sus hermosos ojos negros. Sus quejas son armonías.

FI EL HARAM

*¡Oh corazón! No hay para ti felicidad.  
Pasaron los goces de la vida,  
Nadie te cuida, todos te desprecian,  
Rechazan tu amistad.*

BORDAK

*Desde que tu imagen huyó de mis ojos,  
Los tengo llenos de lágrimas.  
¿Qué fuerza tuvo tu amor,  
Que se clavó en mi pecho  
Como arma homicida,  
Matándome su pasión?*

SATALI

*Nació mi pasión tan sólo al verle,  
Y en su taza bebí el filtro del amor,  
Ahora devoro de día mil tormentos,  
Y la desgracia vela conmigo por la noche.  
¡Piedad por mi corazón!*

Alguna vez siente la mujer cómo la pasión absorbe los sentidos, apareciendo á la vista de los demás con ese exterior ridículo á que no pueden sustraerse los enamorados. Así, canta :

YAL-LI

*Quien no ha sentido el amor,  
Que no se burle de mí ;  
Tengo el corazón herido  
Y el alma sin voluntad.*

Pocas veces ocurren esas sublevaciones del espíritu que se im-

ponen á las mujeres acallando sus sentimientos. Pobre joven, quizás herida en lo más íntimo del corazón, se levantó airada contra el amante que la desconocía, para decirle :

MA ARDACHE

*No quiero humillarme más  
Aunque se pierda mi alma;  
Si no se nutre de amor  
El odio ha de alimentarla.*

Con menos frecuencia aun se encuentran esas canciones que son ecos dulcísimos de dicha y felicidad. Los árabes sólo cantan del amor sus penas y sus amarguras; sueñan con la posesión del objeto querido, y como viven siempre un día más allá de la realidad de su existencia, al llegar al final de sus delirios están ya cansados de su ideal y pronto marchan á los nuevos y misteriosos espacios de lo desconocido. Única nota alegre que oí en aquel concierto de tristezas, es la siguiente canción :

SHEREPT ERRÁ

*Bebí mi copa con el encanto de su compañía,  
Sobre alfombras de flores frescas y puras.  
El mundo me halaga, la vida es dulce,  
Mi amante me retiene á su lado.*

Finalmente, sólo en dos ocasiones oí cantos amorosos, puestos en boca de hombres, y ambos contenían lastimosas quejas expresadas con bastante sentimiento.

EL LEIL (LA NOCHE)

*¿Por qué, noche, eres tan larga para los desgraciados?  
Tus sombras martirizan al amante desdenado,  
Y apenas te destruye la luz del día  
Cuando te dispones á volver con todos tus horrores.*

BE SEHR EL EIN

*Con el fuego de tus ojos  
Has dejado mi corazón en la duda.  
Te veo en mis sueños de noche,*

*Siento tu sombra cuando duermo  
Y no te hallo al despertar;  
Te adoro, como su amante á LEILA,  
Con el fuego de tus ojos,  
Con el calor de tu mejilla,  
Me vuelvo todos los días loco,  
Y tú nunca cumples la promesa  
De acompañarme una noche.*

La anterior alusión á los amores de LEILA se refiere á una pasión legendaria entre los árabes, que la bella LEILA LAIHAMARIA inspiró á KAIS BEN EL MELAU, quien se volvió loco por no haber podido conseguir ser correspondido. Sobre este tema escribió una relación en verso el sacerdote ABÚ BAKR de la tribu de Beni Huá.

Bastan las anteriores muestras para dar idea de lo que hoy es la poesía popular árabe. Pobre de inventiva, sin grandes ideas que brillen en sus composiciones, sólo las llena un sentimiento profundo de pena y tristeza inspirado por amores imposibles ú olvidados. En Egipto es poeta todo el mundo. El anónimo trovador del café ó de la calle, combina las coplas y compone al mismo tiempo su música quejumbrosa, plañidera, monótona, arrastrándose sobre cuatro notas que repiten durante media hora la misma palabra del verso.

En todas las ciudades egipcias hay trovadores de profesión. El Cairo recuerda dos celebridades en este género, que lo cultivaron según parece con gran éxito, hasta crear una reputación que el tiempo aun no ha borrado. La primera fué una mujer, ALMÁS, de voz dulcísima, cara hermosa y ojos de fuego que la ayudaban en sus canciones tanto como la garganta. Murió hace algunos años, pero se guarda por ella cierto culto, y su género formó escuela, cuyos discípulos, inútil es decirlo, no han llegado á la perfección que obtuvo la maestra. Otro cantor de mucha fama es ABDÚ, anciano árabe que en época de los dos últimos Jedives subió las escaleras de palacio para hacerse admirar en sus salones. Hoy es un viejo decrépito, miserable, viviendo en humilde choza de barro en las afueras de la puerta Tum el Khalifa. Quise conocerle, y una tarde me presenté en su cueva, hallando lo que con alguna frecuencia se ve también en Europa, la pobreza más espantosa en torno de la ruina del artista.

Los trovadores de profesión se reúnen en compañías de cinco ó diez personas para ofrecer sus servicios al público, y cuando tienen cierto mérito reclaman la cantidad de veinte á cuarenta duros por cada noche que cantan. Llevan y tocan ellos mismos los instrumentos de música con que se acompañan, usando generalmente la viola, la guitarra y la darabuca. Estas compañías siempre son parte obligada del programa de las fiestas que los Bajás turcos y los árabes ricos dan en sus moradas.



Abdú.



LA fiesta de Año nuevo, tan celebrada por todos los pueblos occidentales como por muchos del Oriente, pasa casi inadvertida entre los árabes del Egipto. En tal día se dedican éstos á sus habituales tareas, sin festejar pública ni privadamente el año que se inaugura. Tan sólo el Jedive abre sus salones del palacio de Abdín, y aun á la recepción acuden exclusivamente los extranjeros.

Tal abstención en Egipto forma contraste con las demostraciones á que se entregan los demás pueblos orientales. Son dignas de verse en la India, en China y en el Japón, las grandes fiestas y solemnidades de Año nuevo. Aquellas gentes visten sus mejores trajes, echan mano de sus ahorros para satisfacer caprichos y fantasías, corren las calles saludándose con alegría, y deseando que el año nuevo traiga consigo prósperas venturas. Á un chino, no le

enviéis cartas de negocios en tales días, pues durante los doce ó quince que consagra á la fiesta, renuncia hasta á la suprema aspiración de su vida, á ganar dinero. Los japoneses acostumbran cambiar, á manera de tarjetas de felicitación, unos papelitos encarnados, y unas piezas de plata, como signo de buen agüero. En aquellos países la tradición, el culto y la costumbre se asocian para hacer del cambio de año la más importante de sus fiestas populares.

Nada parecido se ve en Egipto. La religión mahometana no preceptúa la entrada de año, y allí lo que no es dogmático y canónico no tiene importancia alguna. Más curioso es todavía preguntar la edad á un árabe: no la sabe nunca. Se rasca la cabeza, y echan cuentas diciendo que nació un año ó dos antes ó después de la invasión extranjera contra MEHEMED ALÍ ó del cólera de ABBAS Bajá; es decir, asocia su nacimiento á un hecho importante ocurrido cerca de la época de su venida al mundo, según le contarían sus padres. Bien que para un árabe, de poco ó nada le serviría la exactitud en la cuenta. Su nacimiento no se registra en parte alguna, como tampoco ninguno de los demás actos de la vida en que la Iglesia y el Estado intervienen en otros países.

El día 5 de Agosto de 1888 entran los árabes en su año 1306 de la Hégira ó huída de MAHOMA de la Meca á Medina. Cuentan los árabes por las revoluciones de la luna; así es que tienen doce meses de 29 y 30 días alternativamente. Con tal sistema, un año sólo tiene 354 días; y como no conocen años bisiestos, resulta que sus meses no pueden expresar las estaciones, debiendo siempre hacer un cálculo algo complicado para el menor cómputo; saber, por ejemplo, si cien años atrás el mes de Ramadán cayó en invierno ó en verano.

Tan imperfecto modo de contar el tiempo, trae consigo gran desbarajuste en la vida civil; y para evitarlo, los egipcios han adoptado el año de los coptos, que se compone de 365 días y un cuarto. Se divide en doce meses de 30 días, con cinco días complementarios, á los cuales se añade un día más cada cuatro años; empieza regularmente el día 10 de Septiembre, si es año común, y el 11 si es bisiesto; en fin, viene á parecerse al gregoriano, aunque su cómputo empezó el año primero del reinado de DIOCLECIANO en Egipto, ó sea el 29 de Agosto del año 284 de Jesucristo. Esta Era, seguida por los coptos y los abisinios, es conocida por el nombre de *Era de los Mártires*. Su año actual es el 1605.



De todos modos, el año árabe religioso que sirve en las cronologías, es el musulmán ó sea de la Hégira. Su primer mes se llama Moharrem, y su décimo día es sagrado para los islamitas por conmemorar el primer encuentro de Adán y Eva después de su expulsión del Paraíso, y la salida del Arca de Noé y su familia al acabarse el diluvio. Además, los musulmanes del rito *shiita*, persas en su gran mayoría, celebran en este día el aniversario de la muerte de HUSEIN y HASÁN, hijos de FÁTIMA y nietos de MAHOMA, asesinados por YEZED en los campos de Kerbela.

Esta conmemoración es motivo de la fiesta llamada del *Ashura* ó *décimo día*, en la cual se efectúan sangrientas ceremonias que serían objeto de unánime reprobación en todo pueblo medianamente culto, pero que en Egipto aun hoy se toleran para no herir el fanatismo popular. Creo que únicamente en el Cairo se celebra aquella fiesta, porque en una de sus mezquitas, la de *Seidna el HUSEIN*, á la izquierda del Muski, se guardan bajo la losa de mármol de un sepulcro, restos mortales de los dos príncipes de su religión, inhumanamente sacrificados por mano de un impío.

Todos los buenos mahometanos se asocian al recuerdo de tan triste aniversario, convertido por el transcurso de catorce siglos en fiesta del hogar, que las familias celebran con ciertas comidas íntimas, como los romanos sus agapas ó los primeros cristianos el sacrificio de Abraham. En cada casa se guisa una sopa especial de trigo, de la que se envían humeantes tazas á los amigos y conocidos. Dulces y confituras propios de la festividad, se ostentan en los escaparates de las tiendas de comestibles, y, finalmente, los más devotos islamitas unen á sus cinco oraciones cotidianas la enumeración de las noventa grandezas de Alah, la exaltación de su nombre y la glorificación de su justicia. Tal es la costumbre que siguen los *hannafitas*, los *safi*, los *meleki* y casi todas las demás sectas de la religión musulmana.

Otra cosa ocurre con los *shiitas*. Piensan todavía esos fanáticos que la sangre pide sangre; que el crimen ejecutado en la persona de los nietos del Profeta, debe borrarse con otras vidas, con el desprecio de la carne, la brutalidad y el salvajismo de que sus cuerpos han de ser primera víctima. Esperan esta fiesta para entregarse á horribles saturnales, que ofrecen por calles y plazas entre la admiración y el aplauso de los creyentes islamitas,

Cuenta el Cairo unos cuatrocientos sectarios *shiitas* que en tal día se reúnen por la tarde en la *Seidna HUSEIN*. Exaltados por la oración, y más aun por las repetidas libaciones de aguardiente y de *hatchis*, con sus gritos estridentes y sus exageradas manifestaciones de dolor, pronto consiguen transformar aquella manifestación religiosa en un tumulto de locos ó poseídos.

La primera víctima es un cordero de blanca lana, purificado en la fuente de abluciones de la mezquita, y conducido con toda solemnidad á la mitad del templo. Estrecho círculo formado por árabes rodea al animal, los cuales, sacando de la vaina sus corvos alfanjes y gumías de ancha hoja, entonan en ritmo cadencioso millares de veces los nombres de HASÁN y HUSEIN, mientras los demás fieles responden con la humilde invocación de *Alahú akbár*, Dios es grande. Entonces inmolan el cordero, que perece, lentamente herido por ligeras cuchilladas que le infieren los concurrentes.

La sangre cubre pronto al animal, y su vista y los vapores exaltan á aquellos epilépticos hasta el paroxismo de la rabia. Entonces empiezan una especie de danza lúgubre, desnudos de cuerpo y cabeza, los ojos fuera de las órbitas, babeando los labios, en la mano los cuchillos, que agitan, y con los cuales se hieren desde la frente á la nuca, abriendo en la piel de su rapada cabeza anchos cortes por donde brota la sangre hasta inundarles la cara. El espectáculo es tan asqueroso como horrible, y el frenesí de aquellos fanáticos aumenta hasta la hora de la noche en que se abren las puertas del templo para empezar la procesión.

No es aquel el único tormento que se infligen los *shiitas*. Otros devotos arrancan á jirones las ropas que los cubren, y mostrando desnudas todas las partes de su cuerpo, se golpean con los puños, con piedras y hasta con trozos de cadena, cuyos férreos eslabones se marcan en la carne. El objeto y el deseo de aquellos endemoniados, es ver correr la sangre, sentir en la piel sus ardientes gotas, esperando que así su miserable cuerpo, macerado y dolorido, obtendrá en otra vida mayores placeres, y hallará jardines umbrosos donde pasear, cristalinas fuentes donde saciarse, y hermosas huríes, que antes no conocieron hombres ni genios, para gozar en su compañía las delicias de la inmortalidad.

Martirizado el cuerpo y en creciente exaltación el espíritu, aquellos infelices se lanzan á la calle en tumultuosa procesión, que

recorre la parte más concurrida del barrio árabe. No sé si un pintor holandés, saliendo de la taberna situada en estrecho callejón de alguna ciudad rhiniana, podría pintar aquel cuadro fantástico, lleno de sombras, inspirado por el fanatismo, con tonos de sangre y lodo, capaz de traer á la memoria la imagen fiel de un círculo dantesco. Más difícil aun ha de ser describirlo con la pluma.

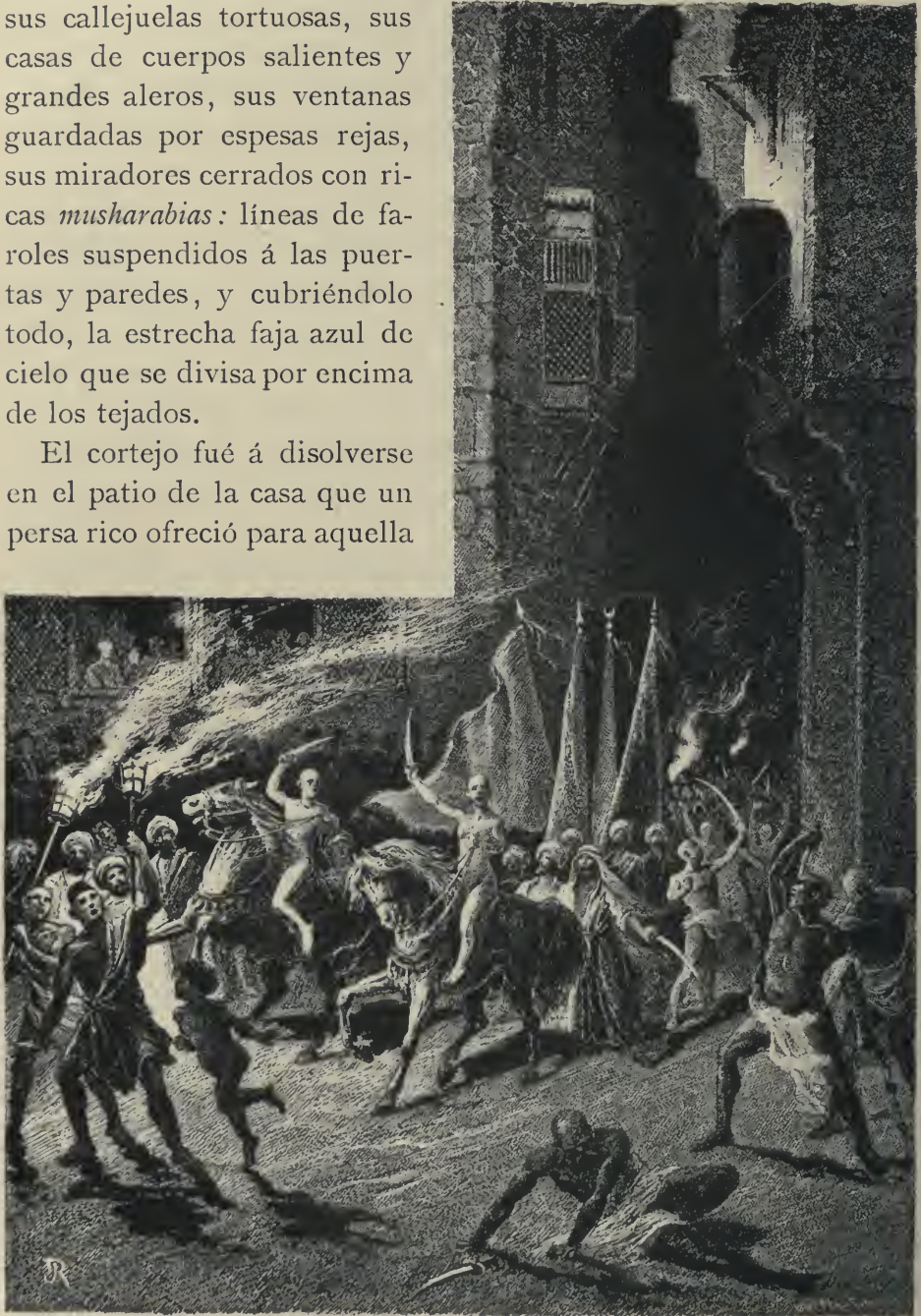
Desde la mezquita desciende el cortejo casi todo lo largo del Muski; á ambos lados de las aceras, suelen colocarse cuatro ó cinco hileras de bancos, en los que se amontonan los espectadores, al tiempo que los paseantes invaden el centro de la calle, avanzando en apiñada masa hacia el templo donde se organiza la procesión. Cuando yo presencié esta fiesta, en 1885, el cortejo encontró aquella infranqueable barrera humana que le impedía el paso, viéndose la policía precisada á dispersar sable en mano á las turbas para que empezase la ceremonia.

Abrían la marcha cinco ó seis muchachos, portadores de *mashalas* ó antorchas de tea. Dos niños montados á caballo representaban las víctimas cuyo sacrificio se conmemoraba, y al ver su cara pálida y bañada en sangre, su cabeza llena de heridas, en su mano el cuchillo con que ellos mismos se las infligían, los pocos europeos que aquella noche nos atrevimos á presenciar la bárbara fiesta, nos preguntamos cómo aquellas tiernas criaturas, que apenas contarían ocho años de edad, tenían valor para resistir sin desfallecimiento un día entero de ayuno y de plegaria, de sufrimiento físico y de pérdida de sangre.

La fe, que quebranta peñas y resucita muertos, obra aún milagros en aquella tierra clásica de todos los desvaríos del espíritu religioso. Á los dos niños, seguían los *shiitas*. Precedidos de sus banderas verdes y estandartes triangulares, iban primero los portadores de espadas, cuyas hojas manchadas de sangre, brillaban á intervalos con siniestro esplendor á la luz humeante de los tizones. Detrás se veían los penitentes, con cadenas que arrastraban por el suelo cuando su brazo fatigado no tenía fuerza para levantarlas contra el cuerpo. Y, por fin, en confusa masa, en tropel desordenado, gritando *Alah*, *Hasán*, *Husein* y cuantos nombres santos tiene el islamismo, seguían turbas de fieles, cuyo contingente se aumentaba con los espectadores que iban agregándose al pasar por cada calle.

Póngase ahora á esta escena la decoración correspondiente. En el fondo, el barrio árabe con sus callejuelas tortuosas, sus casas de cuerpos salientes y grandes aleros, sus ventanas guardadas por espesas rejas, sus miradores cerrados con ricas *musharabias*: líneas de faroles suspendidos á las puertas y paredes, y cubriéndolo todo, la estrecha faja azul de cielo que se divisa por encima de los tejados.

El cortejo fué á disolverse en el patio de la casa que un persa rico ofreció para aquella



La fiesta de los shiitas.

ocasión. Se había decorado el recinto con muchos tapices, luces y

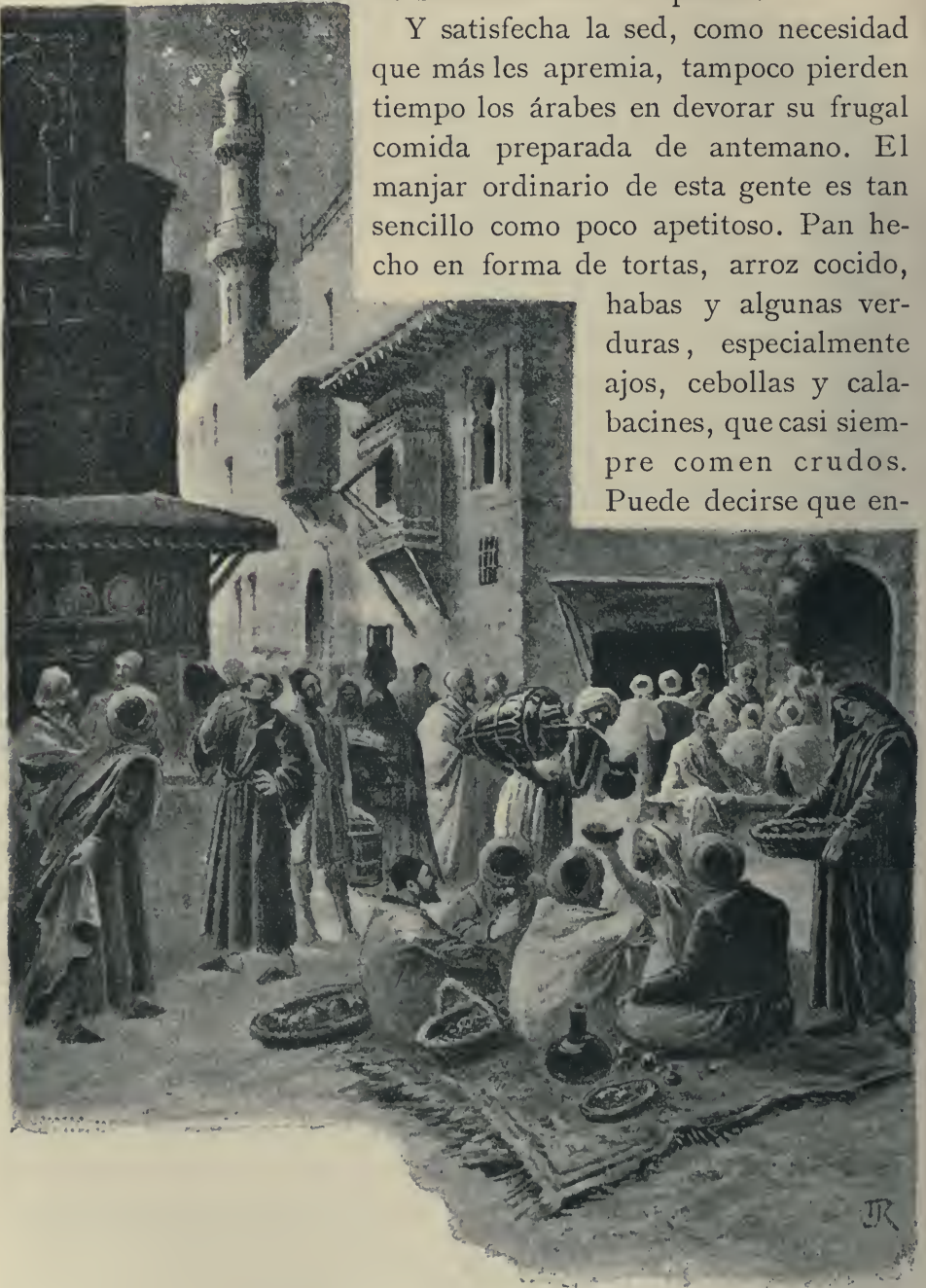
espejos, no imágenes, que el rito musulmán rechaza. Una compañía de cantantes instalados en la galería superior, entonó tristes melodías, hasta que estuvo á la vista el cortejo. Al llegar éste, la furia de los congregantes ya no tuvo límites. Uno de ellos, extenuado de fatiga, cayó en un rincón presa de horribles convulsiones. Fué preciso que la autoridad interviniera, y obligara á aquellos locos á retirarse, persuadiéndoles que había pasado la hora del sacrificio, y que las muertes de HUSEIN y HASÁN quedaban bien vengadas.

En el noveno mes del año árabe, se celebra otra fiesta religiosa muy importante. Es el *Ramadán*, ó mes santo, dedicado al ayuno y á la oración. Se requiere toda la heroicidad que inspira al hombre el fanatismo, para sufrir las torturas y miserias derivadas de la observancia de este absurdo precepto. El ayuno árabe dista mucho de parecerse al que impone la Iglesia católica: la religión mahometana exige terminantemente de sus adeptos no probar bocado, ni fumar una pipa, ni beber una gota de agua, mientras el sol permanece en el horizonte. Calcúlese lo terrible que esta última privación ha de ser para los infelices á ella sujetos, cuando el *Ramadán* viene á caer en pleno verano, como ha sucedido en los últimos años. Hay que ver por las calles á los trabajadores, sucios, harapientos, extenuados, sin posibilidad de suspender sus rudas faenas, y desafiando los rigores del clima con esfuerzo sobrehumano. Es incalculable el número de los que caen enfermos de disentería y otras dolencias del estómago; y el mayor causante de los estragos que en Egipto hizo el cólera en 1883, fué el ayuno del *Ramadán*.

Un cañonazo disparado á los primeros albores de la mañana, avisa á los fieles que empieza la mortificación de la carne, y otro que retumba cuando el sol desaparece en el lejano horizonte del Mediterráneo, señala el levantamiento, hasta el nuevo día, de la interdicción religiosa á que me refero. Entonces se ve á los musulmanes volver la cara á Oriente, doblar tres veces el cuerpo y otras tantas hundir la cabeza en el polvo, murmurando el credo islamita, y secos los labios por la sed y brillantes sus ojos de fiebre, dirigirse al primer puesto de agua, y vaciar en el cuerpo todo el contenido de una regular vasija. En las calles de las ciudades africanas hay numerosos estantes de madera, rotos y desvencijados, y llenos de pequeños botijos de barro: contienen agua

del Nilo convenientemente filtrada, y son vendidos por mujeres de beduinos á ínfimo precio.

Y satisfecha la sed, como necesidad que más les apremia, tampoco pierden tiempo los árabes en devorar su frugal comida preparada de antemano. El manjar ordinario de esta gente es tan sencillo como poco apetitoso. Pan hecho en forma de tortas, arroz cocido, habas y algunas verduras, especialmente ajos, cebollas y calabacines, que casi siempre comen crudos. Puede decirse que en-



El Ramadán árabe.

tre comidas y tazas de café, los musulmanes pasan la mitad de la noche durante todo el *Ramadán*. Regularmente hacen tres de

aquéllas: una á la puesta del sol, otra á media noche y la última á las tres de la madrugada; y además la cantidad de café que consumen no tiene límite.

Á las primeras horas de la noche las ciudades egipcias toman un aspecto desconocido en el resto del año. Alúmbranse profusamente los cafés y casas de comida: los vendedores ambulantes recorren las calles anunciando á voz en grito sus mercancías: salen de sus hogares las mujeres *fellahs* en busca de comestibles: masas de trabajadores se sientan al aire libre formando animados corros, y encuentran en la charla y la comida una compensación á las privaciones sufridas durante el día. Acuéstanse porque sus ocupaciones los llamarán otra vez cuando amanezca, pero no dejan de levantarse durante la noche y comer hasta llenar sus estómagos poco delicados y aun menos difíciles á la digestión.

Para la gente rica, el *Ramadán* significa un cambio de costumbres, pero en manera alguna un castigo ó una penitencia. Los árabes acomodados duermen de día, ya que no pueden satisfacer otras necesidades corporales, y pasan la noche en continua orgía, que sólo interrumpen para dedicarse á despachar sus más importantes negocios. Hasta la corte y los ministros truecan de esta manera el tiempo de sus ocupaciones, y el mismo Jedive recibe sólo las visitas oficiales á altas horas de la noche.

Los europeos residentes en Egipto están sujetos en tales días á las molestias que les ocasiona el cambio de vida de sus criados musulmanes. De noche, la casa se convierte en bodegón, pues tanto los criados como sus amigos se reúnen, comen y fuman, y, naturalmente, tras una noche de expansión no sirven para nada. Por esto se dice que también se obliga á los extranjeros á observar el *Ramadán*.

Al día 15 del siguiente mes *Chaval*, se celebra en el Cairo la fiesta del *Mahmal*, cuyo objeto es recibir y consagrar el tapiz ó *kisueh* que la piedad de los egipcios envía todos los años á la Ciudad santa de la Arabia, para cubrir exteriormente el pequeño santuario de la Caaba. Es éste una sagrada capilla, cuyo interior, lleno de lámparas de oro y cerrado por puertas de plata, guarda la piedra escogida que el arcángel Gabriel llevó al Patriarca Abraham para erigir un templo á la majestad de Dios.

Ir á la Meca y arrodillarse al pie del santuario, es aspiración de todos los mahometanos, sea cual fuere su posición social, y donde-

quiera habiten. Yo les he visto en regiones que los antiguos tenían por sobrenaturales, y donde suponían existir el infierno, allá en el extremo Oriente, abandonando el hogar, dejando la familia y



Peregrino.

la patria, para emprender hacia la Meca una larga peregrinación que no dura menos de dos años. Impulsados por la fe, los creyentes chinos atraviesan los desiertos de Gobi y las heladas estepas de Mongolia, luchan con las fieras de Ladak, ven abrirse á sus pies los negros precipicios del Himalaya, caen rendidos por la fiebre en los pantanos del Éufrates, y siguen siempre avanzando, aquí atacados por cuadrillas de ladrones, allá diezmados por el cólera y acosados siempre por el hambrey la miseria, hasta haber realizado la visita que luego les dará en el mundo el venerable nombre de *hadj* ó

peregrino, y derecho á adornar la cabeza con el verde turbante de los hijos predilectos del Profeta.

Si tal es la fe de los musulmanes que habitan las lejanas tierras del Oriente, figúrese cuán ardorosa será la devoción en que alientan los que viven cerca de la tierra escogida por Alah para reve-



larse á MAHOMA. De Egipto salen continuamente peregrinaciones á la Meca, y á la piedad de los particulares únese el Gobierno egipcio por tradicional costumbre de enviar todos los años aquel tapiz, fabricado de orden del Gobierno, y cuyo coste figura en los presupuestos de gastos generales del Estado.

El tapiz es de seda y oro, tejido por obreros inteligentes, lleno de bordados y cenefas con inscripciones del Corán; una obra, en fin, digna del alto objeto á que se destina. Su entrega á las caravanas de peregrinos que han de llevarlo á la Meca, constituía tiempo atrás una de las fiestas más brillantes y animadas que la fastuosa capital del Egipto celebraba; pero de algunos años á esta parte ha decaído mucho. La vi por última vez hace dos años. Á las nueve de la mañana de un hermoso día de Septiembre, la plaza de Rumelia aparecía llena de un gentío que se agolpaba en confusa masa. La escena era interesante. En el fondo, la inmensidad del desierto, reflejando el sol en la blanca arena; allá á lo lejos las cúpulas de los santuarios mamelucos; á la izquierda, la Ciudadela con sus viejas murallas de ennegrecida piedra, por encima de las cuales se ven las bocas de los cañones, los arcos de sus serrallos y los alminares de sus mezquitas; á la derecha, la magnífica mezquita del Sultán HASÁN; y entre las vecinas ruinas, algunas miserables viviendas árabes.

Animaban aquel cuadro ocho ó diez mil indígenas que se movían de un lado á otro, esperando con impaciencia la llegada del Soberano para empezar la fiesta. Á las nueve tronó el cañón de la fortaleza, y las tropas abrieron paso al Jedive hasta un pequeño pabellón donde se instaló con su corte. El Presidente del Consejo NUBAR Bajá, ABD EL KADER, KAIRI Bajá, MUSTAFÁ FEHMY, el Gobernador del Cairo, el gran Mufti, el Cadí, los ulemas y doctores de la ley, se reunieron en torno de MOHAMED TEUFIK; y un poco apartados de la comitiva, el general STEVENSON y algunos oficiales superiores del ejército inglés de ocupación presenciaban también aquella fiesta.

Á los pocos momentos llegó el tapiz sobre las espaldas de un camello ricamente enjaezado, cuyo animal seguido de una cohorte de árabes dió tres veces la vuelta por la ancha plaza aclamado por las turbas, y otras tantas se detuvo delante de la tienda de los dignatarios egipcios. Por fin el Jedive tomó el ronزال del camello lo dió al Gobernador de la ciudad, que á su vez lo pasó á manos de

HASÁN bey, nombrado aquel año Emir del Hag, ó sea Jefe de la peregrinación que llevaba la sagrada alfombra. En aquel momento solemne dispárose una salva de veintiún cañonazos; el pueblo saludó al Soberano, las tropas desfilaron en presencia del mismo, y el camello portador del tapiz tomó la dirección del Abbasieh, desde donde se dirigió á la Meca. Detrás seguían otros seis ani-



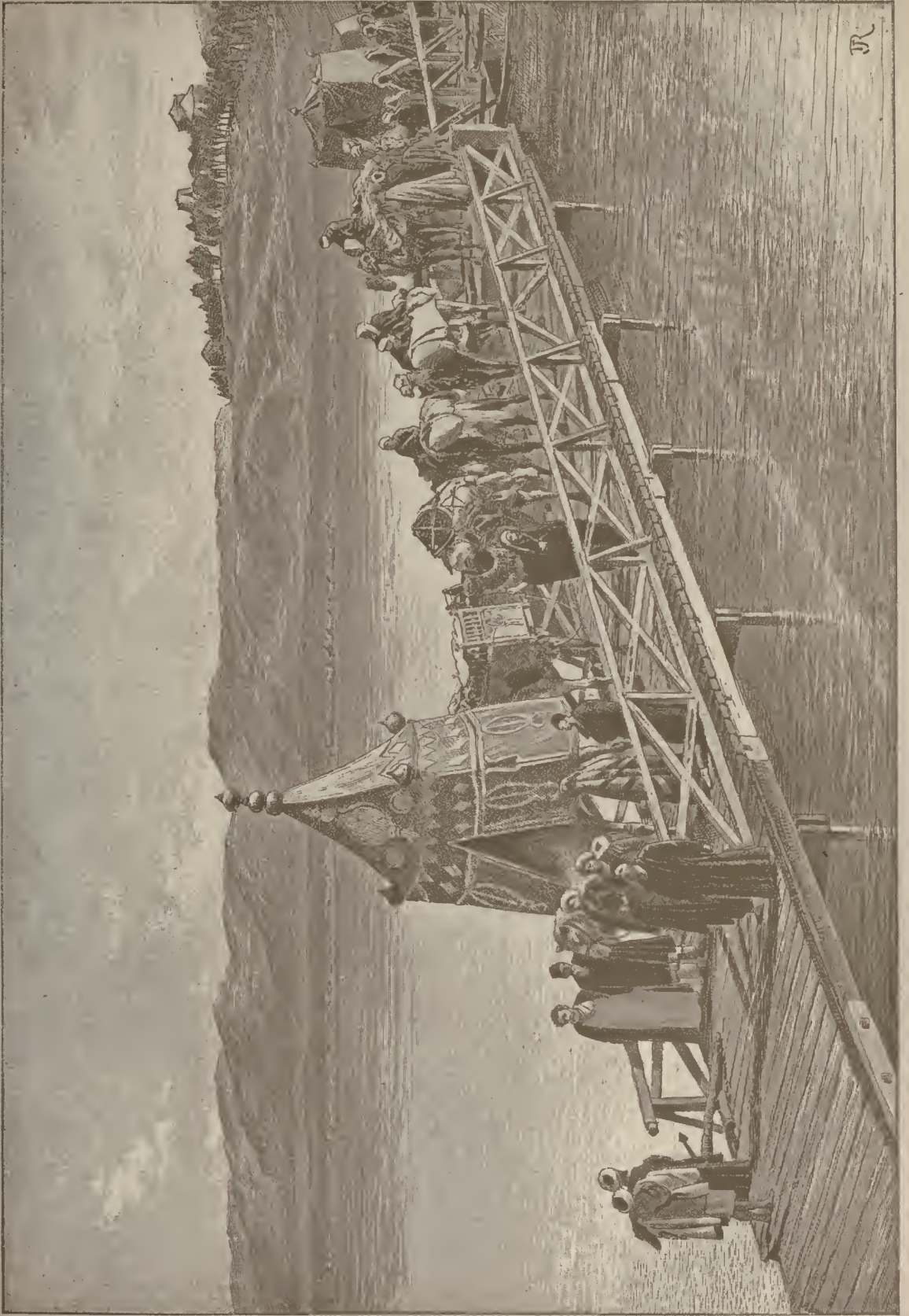
El Tapiz.

males, uno de los cuales conducía á un personaje legendario en esta fiesta: es un viejo encargado de cuidar los gatos que los creyentes tienen costumbre de enviar á Arabia. El gato fué antiguamente animal casi sagrado en Egipto, y la costumbre de enviar algunos de estos animales á la Meca, es posible sea el recuerdo de un rito religioso.

Al regresar al Cairo, pasados tres ó cuatro meses, la caravana portadora del tapiz, es recibida con idénticas ceremonias que á su partida. Trae de vuelta el tapiz enviado el año anterior, que también se entrega al Jedive y es luego cortado en pe-

queñas porciones que como reliquias guardan los fieles.

Para conmemorar el aniversario del nacimiento ó de la muerte de sus santones y profetas, celebran los mahometanos varias fiestas locales, que no tienen gran importancia. Una hay sin embargo, la llamada *Muled el Nebi*, que se efectúa con mucha pompa, y de ella he de ocuparme antes de acabar este capítulo. Es la fiesta del nacimiento de MAHOMA que todos los años se conmemora en el Cairo durante once días, á partir del 10 del mes *Rabi el Auel*, y en ella intervienen de común acuerdo las corporaciones y



CARAVANA DEL TAPIZ EN EL CANAL DE SUEZ.



cofradías, el Gobierno, los ricos y los pobres, en prueba de su comunión de ideas y sentimientos.

Las exigencias de los modernos tiempos han borrado de aquella fiesta ciertos detalles de salvaje crueldad que antes tenía, aunque no por ello le falta el carácter original, animado, y ruidoso que distingue las expansiones religiosas de las razas de Oriente. Se ha celebrado en diferentes lugares de la capital, en el barrio de Ismalia primero, en el Abbasieh luego, y últimamente en Kashr el Ali, gran llanura del Cairo antiguo, situada delante de la isla nilótica de Roda, no lejos del sitio donde según la tradición fué hallada por la hija del rey la cesta en que iba embarcado Moisés.

Con un compañero de carrera, que por haber residido durante muchos años en Marruecos habla perfectamente la lengua árabe, fui á recorrer las instalaciones de la fiesta. Al dirigirnos á ella hubimos de equivocarnos el camino, extraviándonos en un dédalo de estrechas calles árabes, del que no acertamos á salir. De pronto, vimos avanzar hacia nosotros cinco jóvenes árabes, envueltas en túnicas blancas que las cubrían de pies á cabeza, dejando sólo percibir parte de una cara morena, regular, animada. Mi amigo se dirigió á su encuentro diciéndoles:

— ¡Ay de los ojos de mi cara, que miran y no ven! ¿Podrías, señoras mías, indicarme el camino que conduce al *Muled*?

— Sigue delante de tu vista, mi señor — contestó la más atrevida.

— Que el Profeta os bendiga, frescas rosas de la tarde.

— Acéptanos por esclavas de tu harén — replicaron todas en coro.

Siguieron ellas su camino, y avanzamos nosotros por el que nos indicaron, pesándonos no poder tomar al pie de la letra los cumplidos que nos acababan de dirigir aquellas hermosas hijas de МАНОМА, y llevárnoslas á tierra de cristianos para procurar su conversión.

Al extremo Sur del Cairo, junto al barrio que ocupan los palacios de los Bajás turcos, se extiende una llanura de unos cuatro mil metros cuadrados, sitio yermo y generalmente solitario, que aquel día se transformó como por encanto, presentando un cuadro alegre y animado. Ya antes de llegar á la explanada se notan las primeras señales del *Muled* con el considerable número de tiendas y barracas enfiladas á lo largo del camino, en las cuales se

venden confituras de toda clase. No hay seguramente en el mundo pueblo más aficionado á los manjares dulces que el árabe, y así en los mostradores y armarios de aquellas tiendas improvisadas se exhiben variedad de golosinas, desde el *lectim*, pasta de azúcar y almendra que viene de Turquía, hasta los turrone de avellana y las figuras blancas y encarnadas de caramelo representando tipos del país.

La plaza ofrece el aspecto de una feria. La animación es grande, y las masas de gente se empujan y se suceden á todas horas del día y de la noche. Una estrecha calle divide en dos partes la explanada; á la derecha se ven las tiendas de las congregaciones religiosas, y á la izquierda, los puestos de comestibles y las barracas de diversiones.

Empecemos por este último lado. El olor á aceite hervido trasciende desde lejos hasta marear al más fuerte, y el humo es insupportable, tanto más si se tiene en cuenta que por todo combustible los egipcios emplean excrementos secos de vaca y de camello. Las cocinas y restaurants al aire libre hacen su agosto, y se encuentran por todas partes. Su instalación no puede ser más sencilla: un horno de ladrillo ó de barro, probablemente construído por el mismo cocinero, y dos ó tres cestos con cacerolas en las que exhiben los comestibles. Éstos varían entre los embutidos de vaca (МАНОМА no permite el cerdo), los picadillos de carnero, mezclas de huevos, pescado del Nilo con salsa blanca, arroz *pilah* ó seco, ensalada de tres ó cuatro verduras, y multitud de pastas que un árabe sucio y mal vestido prepara con su tosca mano, sin que su falta de limpieza impresione en lo más mínimo á sus favorecedores. Nos acercamos á uno de aquellos puestos, y su propietario creyó sin duda que la suerte se le venía encima, puesto que con su sonrisa más expresiva nos señaló los diferentes artículos de la tienda, diciendo:

—Tengo huevos calientes y manteca, señores míos. Podéis probarlos, vosotros que venís á divertirlos á la fiesta. Lleno el estómago se desahoga mejor el espíritu.

—Saluda al Profeta y calla—le respondió mi amigo.

—*Mohamed rasúl Alah*—murmuró apresurado, mientras los circunstantes reían de la ocurrencia.

Seguimos calle abajo, y no hay que decir que no nos tentó ninguna de aquellas porquerías cubiertas de moscas. Pronto vimos

altas tiendas de tela con la puerta entornada y en ella un guardián tocando el bombo á manera de reclamo.

—¿Qué se ve aquí dentro?— preguntamos.

—Almeas bailarinas, mis señores.

¡Una Almea! Al oír tan dulce nombre, asaltó á nuestra imaginación la idea de un sér espiritual, vaporoso, lleno de gracia en los movimientos, como suelen describirle los poetas que fantasean sobre las costumbres árabes. Decidimos entrar. El billete no era caro, cuarenta *parás*, ó sea veinte y cinco céntimos de nuestra moneda. Ya en la tienda, nuestro asombro fué grande al ver la suciedad que en ella había. Á manera de bancos habíanse tendido algunos *cafás* ó tejidos de palma, sobre los cuales nos invitaron á tomar asiento. Componían la orquesta tres músicos de pobre aspecto, tocando una flauta de bambú, una viola y un tambor. Los espectadores pertenecían á las clases árabes más indigentes. Puede suponerse nuestro desencanto.

Apareció la Almea. Figuraos una mujer de cuarenta años, de piel cobriza, cara arrugada, chata, de mortecinos ojos, mal peinada, llevando por todo adorno un collar de monedas de cobre, cubriendo sus carnes una rota túnica encarnada, con los pies descalzos y un bastón en la mano.

Los músicos empezaron á tocar: la Almea apoyó el bastón en el suelo, dobló la frente sobre el puño hasta formar con su cuerpo un ángulo recto, y así comenzó una especie de baile.... *a posteriori*. Suspendo la descripción que ni en latín es posible hacer. Aquella danza indecente carece de la gracia que tienen en el Japón ciertos bailes á éste parecidos, y que disculpa en cierto modo su inmoralidad.

Salimos. No lejos del sitio un *Hovali* divertía con juegos de manos al numeroso público que en torno de él se apiñaba. Un enjambre de muchachos presenciaba en primer término el espectáculo, y batía las manos en ritmo pausado repitiendo la palabra *jera, jera*, casi sin cesar. Al detenernos junto al grupo, el prestidigitador hizo un juego muy original y limpio. Pasó dos cuerdas por tres bolas de madera horadadas, colocándolas luego de modo que dejasen espacio suficiente para meter entre ellas la cabeza. Atado así su cuello, entregó los extremos de las cuerdas á cuatro de los circunstantes, recomendándoles que tirasen con toda su fuerza. Por algún tiempo imitó perfectamente al hombre que se

estrangula, hasta que con un movimiento de cabeza separó las bolas dando en tierra de espaldas con los que pensaban ahogarle. Con destreza sin igual había cambiado los extremos de las cuerdas de modo que no formando lazo, al tirar de ellos, la cuerda no hacía fuerza alguna.

Otros grupos también muy favorecidos por la concurrencia eran los de *Kuredati* ó bufones. Nada más innoble que estos saltimbanquis árabes. Son generalmente viejos, tuertos, jorobados, ó desfigurados por otras deformidades físicas: preséntanse casi siempre desnudos, pues sólo llevan una caperuza puntiaguda y unos cortos calzoncillos blancos, en cuya parte posterior añaden una cuerda á manera de rabo. Su instrumento indispensable es un látigo, que les sirve para sacudir á los tres ó cuatro comparsas que les acompañan. Además bailan, tocan, imitan á las mujeres, y narran historias obscenas ó dicen chistes de mala ley.

Junto á lo profano, lo sagrado. Si el *Muled el Nebi* se celebra para conmemorar el aniversario del Profeta, justo es que sus primeras fiestas sean espirituales, á fin de distraer de las miserias terrenales al espíritu, y elevarlo á la contemplación del que fué en la tierra *el último amigo de Dios*. Por esto he dicho antes que toda la parte derecha de la llanura de Kashr el Alí se reserva á las corporaciones religiosas, que con sus tiendas, sus mástiles y sus luces forman animado campamento. Se nivela la superficie del terreno hasta obtener un inmenso cuadrilongo. En los lados Este, Sur y Oeste se plantan las tiendas de las cofradías, consistentes en grandes lonas interiormente tapizadas con variados dibujos de paños de colores. Cada una de ellas es capaz de contener doscientas personas, que pueden acomodarse en largas filas de bancos puestos junto al muro. En el fondo de la tienda hay un estrado, con mesas y sillas reservadas á los notables de cada corporación. Hacia el Norte de la plaza se levantan las tiendas de los Bajás, que quieren mostrar su devoción costeando una de ellas, y las de esta clase están muy bien decoradas con ricas alfombras y guirnaldas de flores. Naturalmente la que paga el Jedive es la mejor: está forrada de damasco rojo y tiene magníficos muebles dorados, entre los cuales sobresale un alto sitial de terciopelo verde, reservado al Soberano.

En el centro de la plaza se levanta un grueso mástil sostenido por cuerdas sujetas á estacas clavadas en el suelo. Penden de estas cuerdas muchos faroles, y al extremo del palo ondea el



estandarte del Islam, con lo cual quiere representarse la tumba del Profeta en Medina. Á poca distancia otros cuatro palos, adornados también con profusión de faroles, significan el templo de la Caaba en la Meca.

Es incesante la peregrinación de árabes á aquel sitio durante el *Muled*. Noche y día afluyen á la plaza masas de *fellahs* que van á hacer sus oraciones; mujeres de toda clase, guiadas á veces por un fin menos espiritual; lujosas carretelas llenas de odaliscas que dan vueltas al recinto, mostrando la belleza de su mal tapado rostro y de sus ojos negros á las envidiosas miradas de la turba. De noche á las ocho es la mejor hora para concurrir á la fiesta. Entonces brillan todos los faroles, convirtiendo el lugar en dilatado campo de luces; las corporaciones celebran sus ritos; grupos de visitantes invaden las tiendas amigas pidiendo un sitio desde donde presenciar el espectáculo, y una taza de café para remojar la garganta seca por el calor y el polvo. El objetivo de la fiesta es el mástil del Profeta, puesto que en torno de él se forma un gran círculo de creyentes, descalzos y sentados en el suelo para rezar sus oraciones. Á menudo se ve salir de las tiendas una congregación con sus estandartes y bastoneros, dirigiéndose hacia el sagrado palo, en rededor del cual da tres vueltas cantando la profesión de fe ó credo musulmán. Más lejos, se ven pequeños grupos de mujeres también sentadas en la arena, cubierta la cara con negro velo y dirigiendo sus preces á Alah.

Dentro de las tiendas se efectúa una ceremonia especial llamada *Zirk*, que consiste en la repetida invocación del nombre de Dios. Para ella se reúnen treinta ó cuarenta árabes, formando círculo, ó alineados en dos filas, á cuyo extremo se colocan un cantor y el que dirige la ceremonia. Empieza una salmodia triste sacada de alguna *surah* del Corán, y al batir las manos el director, todos los devotos mueven el cuerpo y la cabeza de derecha á izquierda, pronunciando en voz hosca y repetidamente el nombre de Alah. Este movimiento, pausado al principio, acaba por ser vertiginoso: el nombre de Dios es invocado constantemente y sin cesar, y como el ejercicio es larguísimo, muchos de aquellos fanáticos acaban por echar espumarajos por la boca, y con los ojos fuera de las órbitas ruedan por el suelo víctimas de una convulsión epiléptica.

Por lo demás, parece que esta oración es de bastante provecho

espiritual; pero téngalo ó no, dista mucho de ser tan bárbara como la costumbre que se abolió hace cuatro años de orden del Jedive. Refiérome á la famosa ceremonia del *dozeh*, simbolizada en la fiesta de que me ocupo, por la llegada hasta el palo del Profeta de los Derviches *saadik*, cuyo xeque aparecía montado en soberbio alazán que entraba en la plaza, debiendo pasar por encima de los cuerpos de los fanáticos, tendidos en el suelo formando compacta alfombra humana.

Reina hoy gran tolerancia en la fiesta del *Muled*, y hasta las señoras europeas se aventuran á visitar el sitio donde se celebra. En las tiendas se obsequia á los amigos, se fuma y se habla de los asuntos del día, y es evidente que sólo siguen las prácticas religiosas los más exaltados, ó los más pobres de espíritu.

Es costumbre que las tiendas estén abiertas para todos, aunque alguna vez los criados impiden el paso á los desconocidos. El último día de la fiesta, cuando todas las cofradías se ordenaban para dar la vuelta á la plaza en solemne procesión, y la gente que todo lo llenaba hacía imposible el avanzar un paso, mi amigo y yo nos acogimos á la tienda de un Bajá turco, por casualidad una de las más bonitas del *Muled*. En seguida apareció un guardián y quiso detenernos, pero mi compañero se dirigió á él diciéndole en tono autoritario.

—Por Alah, apártate y reza, si no sabes lo que dice el Libro sagrado.

Al oír hablar árabe al extranjero, se acercó el Bajá y nos preguntó qué queríamos.

—Tu criado no sabe la ley y tú la olvidas, Bajá, pues nos preguntas antes de saludarnos.

—*Esalám aleicum*.

—*U aleicum es-salám uarahmet Alah ua barakatu*, que tengáis salud y la gracia y bendiciones de Dios. ¿Venís de Marruecos, nobles extranjeros?

—Mi labio está seco, Bajá, no puedo responder.

El amo de la tienda mandó traer café, y mientras acercaba su taza á los labios, nos dirigió la salutación:

—*Haniyan*, que os aproveche.

—*Alah yehannik*, Dios quiera que nos aproveche contigo.

La procesión acababa de pasar por delante de la tienda, y al cruzar por la del Jedive se detuvo para presenciar el disparo de un

ramillete de fuegos artificiales. Y nosotros, como no nos seducía la idea de ver mezclados los cantos árabes con los petardos de los cohetes europeos, abandonamos la tienda del Bajá deseándole días tranquilos y noches felices, que es la fórmula de salutación de los musulmanes en estos casos.



Fiesta del Muled.





Tumba destruida en el Alto Egipto.



## CAPÍTULO XVII

Los monumentos del antiguo Egipto siempre han llamado la atención de las gentes. Los griegos y los romanos admiraron aquellos memorables testigos de una civilización que se iba extinguiendo: los mismos cristianos orientales, aun cuando menos atentos á esta admiración, no se sustrajeron á un sentimiento de respeto al contemplar los grandes templos y los recónditos sepulcros de la Tebaida: los árabes no llevaron su afán destructor más allá de las Pirámides y las ciudades de la región memphita, dejando en pie las suntuosas construcciones del Alto Nilo, legado hecho por las dinastías diospolitanas á la historia.

No es esto decir que los monumentos egipcios hayan sido, en tiempo alguno, objeto de sistemático respeto. Abandonados al ca-

pricho de ignorantes autoridades, cuando no á la voluntad del primer ocupante, la solidez de su construcción más que el cuidado del hombre, ha permitido que llegaran hasta nuestros días. Por otra parte, cuantas invasiones se han sucedido en Egipto, han dejado en aquellos monumentos huellas de su paso. Griegos, romanos, coptos y árabes, aprovecharon para sus edificios los materiales arrancados á los antiguos, y sólo respetaron aquellos cuya destrucción habría sido muy difícil y costosa.

Las gentes del pueblo han sido los mayores enemigos de las antigüedades egipcias. La preocupación entre ellas muy arraigada de que en los monumentos, especialmente en los sepulcros, había enterrados ricos tesoros, han contribuído mucho á la devastación. Los desengaños no han aleccionado á nadie, continuando á través de los tiempos la manía de abrir sepulturas y desenterrar momias en los arenales líbicos, sin provecho ni resultado para los profanadores.

Otros devastadores de monumentos ha habido en Egipto. Desde que á últimos del siglo pasado se despertó la afición á coleccionar objetos antiguos, han sido innumerables las piedras, los bronce, las estatuas y los cadáveres arrancados de aquellas necrópolis, que hoy llenan las vitrinas de nuestros museos públicos y particulares. Después de muchos años, á mitad del presente siglo, había en Sakara cuadrillas de excavadores que revolvían la necrópolis, y en su afán ambicioso libraban entre sí verdaderos combates para apoderarse de las antigüedades que encontraban. Al frente de una de estas cuadrillas hubo un español llamado FERNÁNDEZ, cuya casa en Guizeh estaba llena de esfinges, dioses y lápidas, y este mismo fué quien en diferentes ocasiones se interpuso en el camino de MARIETTE, que consideraba como á su peor enemigo.

Los viajeros que en nuestros días visitan las ruinas egipcias con el único objeto de admirarlas, las causan daños, á menudo irreparables. Nada puede disuadir á esos viajeros de que escriban sus nombres en las paredes de los templos ó los graben en los muros de los sepulcros. Algunos imbéciles ha habido que subieron al Alto Egipto provistos con un tarro de pintura negra, para dejar su tarjeta de visita, escrita en grandes caracteres trazados con la brocha en los pilones de los santuarios. Creo cumplir un estricto deber de conciencia entregando á la vergüenza pública el nombre de uno de esos majaderos llamado RUSHID, que dejó en el estado

en que puede verse por la lámina adjunta, una bellísima barca funeraria esculpida en el templo de Luxor.

Es curioso hacer constar que una mal entendida dirección de la ciencia médica europea, ocasionó en los siglos XVI y XVII la destrucción de la necrópolis alejandrina, para sacar de sus sepulcros las momias egipcias y esparcirlas por todo el mundo. Creíase que la materia de aquellos cadáveres tenía grandes virtudes medicinales, por lo que empezó su comercio con Europa, hecho especialmente por judíos levantinos. Ya antes, hacia el año 1300, un médico israelita de Alejandría, llamado ELMAGAR, usó públicamente



Muro de Luxor destruído por viajeros europeos.

el polvo de momia como eficaz remedio para las heridas y contusiones, afirmando, además, que el nitro y el betún obtenidos de los muertos restablecían la circulación de la sangre y la expelían del cuerpo cuando se coagulaba en el estómago.

El comercio de la que desde entonces se llamó *droga de momia*, tomó en poco tiempo tan grandes proporciones en Europa, que fué causa de que todas las antiguas necrópolis de la ciudad alejandrina se viesen abiertas y removidas en busca de cadáveres. Los gobernantes árabes consideraron esto una profanación sacrílega y lo prohibieron, pero no evitaron en absoluto las violaciones, y provocaron el nacimiento de una nueva y original industria, la de fabricación de momias falsas, que los comerciantes judíos hacían con cadáveres de pobres y de esclavos que inyectaban con betún y dejaban secar al sol por algún tiempo.

Con las momias se hacían polvos, tinturas, bálsamos y aceites muy usados en medicina hasta el siglo pasado; en todos los antiguos tratados de farmacia figuran los récipes ó recetas en que la momia entra como principal parte componente. No escapamos los españoles á esta preocupación. Nuestros médicos la introdujeron probablemente en el último tercio del siglo xvi, y en la farmacopea de aquel tiempo constan hasta las aplicaciones de la momia. El doctor JUAN DE LOECHES, en su *Tyrocinium pharmaceuticum, theorico-practicum, galeno-chymicum*, ediciones de Gerona, NARCISSI OLIVA, y Vich, PETRI MORERA, 1755, habla de cuatro clases de *arabum, aegyptiorum, piasphaltum* y *cadavera*. La *Pharmacopoeia Matritensis Regii*, segunda edición de Madrid, PÉREZ DE SOTO, 1762, aconseja que se use la momia negra, ligera, nítida y de buen olor. Y puesto que lo dije en español y será curioso para mis lectores leerlo, copio literalmente lo que escribió sobre el uso de la momia el doctor FELIX PALACIOS en su obra *Palestra pharmaceutica, chimico-galenica*, edición de Madrid, viuda de JUAN GARCÍA INFANZÓN, 1737. Dice el libro, en su capítulo *Mumia*:

«La Mumia es vna substancia negra dura y resinosa, que tiene su origen de los cuerpos muertos embalsamados con balsamos, y aromaticos; vnos Autores quieren, que las legitimas Mumias se extraían de los antiguos sepulcros de los Egypcios, que estaban debaxo de los piramides, de que todavía han quedado algunos vestigios al rededor del Gran Cayro: estos embalsamaban los cuerpos con balsamos, resina de Cedro, Bitumen de Judea, Myrra, Azivar, y otros nobles aromaticos, y balsamicos, capaces de preservar de corrupción los cuerpos muertos, y lo que resudaba de estos cuerpos era la verdadera Mumia.

»Otros quieren, que sean los cuerpos embalsamados, y disecados hasta que adquieran vna dureza, y sequedad, que parecen estatuas, que los Egypcios guardaban en caxones, para de este modo conservar los hijos á los padres, de que ellos eran muy cuidadosos.

»Otros llamaban Mumias blancas, los cuerpos de los hombres que se hallan en la Libia secos entre las arenas, por el gran calor del Sol, que aviendo perecido en la Mar, son arrojados á aquellas Costas; hállanse tambien en los desiertos de Zara, que son los que mueren al tiempo de pasar por aquellos parages solos, que se pierden y perecen de sed y hambre, y despues se secan del mismo genero que los de Libia; estos cuerpos pesan muy poco y solo tienen



el pellejo como pergamino; pegado á los huesos; estas no se usan, por ser muy raras, ni comerciase por su ninguna virtud.

»La Mumia que nosotros gastamos, segun todos los mas viridicos Autores, no son otra cosa que los cuerpos muertos que los Judíos, y otros Comerciantes de Alexandria de Egipto, recogen sin reparar que hayan muerto de peste ó otra qualquiera enfermedad, les quitan las entrañas, y los sesos y les llenan las cavidades de polvos de Myrra, Azivar, Cavalluno, Bitumen de Judea, Pez negra, y otras drogas de poco precio, y invendibles, los rodean ó envuelven en alpilleras empapadas de trementina y demás ingredientes, despues los secan al fuego, hasta que se aya consumido toda la humedad, los guardan, y venden por verdaderas Mumias.

«Pedro Pomet en su *Tratado de Simples*, pág. 6, dice averle referido esta descripcion, vno que avia estado en Alexandria de Egipto, por averlo visto, y oido decir á vn Judío, que se admiraba que los Christianos estimasen por cosa grande, cosa tan infame y despreciable. Todo esto manifesta, quan poco caso debe hacer de lo que nos traen por Mumia, y quan sin razon se le atribuyen virtudes que no tiene.

»No obstante esto, se ha de escoger resplandeciente, negra, sin huesos, ni polvos, de buen olor, que quemandola no huela á pez.

»Estimase, sirve para resolver y resistir la gangrena, para las contusiones, y para que no se quaje la sangre, se dice es detersiva, vulneraria, que es tambien contra la tisis, y contra la sufocacion vterina, y para otras muchas enfermedades; por lo cual los Antiguos le hacian entrar en muchas composiciones, y los Modernos hacían de ella esencias, elixires y otros medicamentos.»

Cuando el Egipto se abrió á la civilización europea, se impuso la necesidad de guardar las riquezas arqueológicas que quedaban; preserváronse en lo posible de su destrucción las grandes ruinas, y recogieron los objetos de poco tamaño en un museo. Á la proteccion del Jative SAID Bajá se debe que en 1858 el sabio MARIETTE fundara el establecimiento de Bulaq y organizara con excelente resultado un servicio para el descubrimiento y conservacion de las antigüedades egipcias.

El local del museo es sin embargo detestable, pues ni que se hubiese escogido expresamente, se habría encontrado sitio peor. Se utilizó un mal edificio, deficiente y viejo, situado á la orilla misma del Nilo, y por tanto en constante estado de humedad. Su

bajo nivel lo expone á segura invasión de la corriente, siempre que el río tiene una regular crecida, y lo endeble de sus muros de sostenimiento constituye un serio peligro de que el mejor día amanezca la mitad del museo debajo de las aguas. Allí sin embargo se guarda la mejor colección antigua que existe en el mundo, y que interesa no sólo al Egipto porque de sus ruinas procede, sino á todos los pueblos que tienen en ella los primeros resultados del esfuerzo humano en el camino de la civilización. Sólo el día que ocurra una catástrofe, se pensará en instalar en otra parte más segura lo que se salve de aquellas colecciones.

Este museo se divide en dos vestíbulos y siete salas, todas ellas llenas de monumentos de las diversas civilizaciones egipcias. Demostrar su importancia es ocioso; y detallar los objetos que encierra es imposible en el limitado espacio de este libro. Desde los primeros tiempos del antiguo Imperio, hasta los últimos días de las invasiones bizantinas, todas las épocas se encuentran representadas en las hermosas colecciones de Bulaq, que no tienen rival en ningún museo de Europa. Basta recorrer aquel edificio para tener perfecta idea de lo que fué la vida egipcia hasta la invasión musulmana.

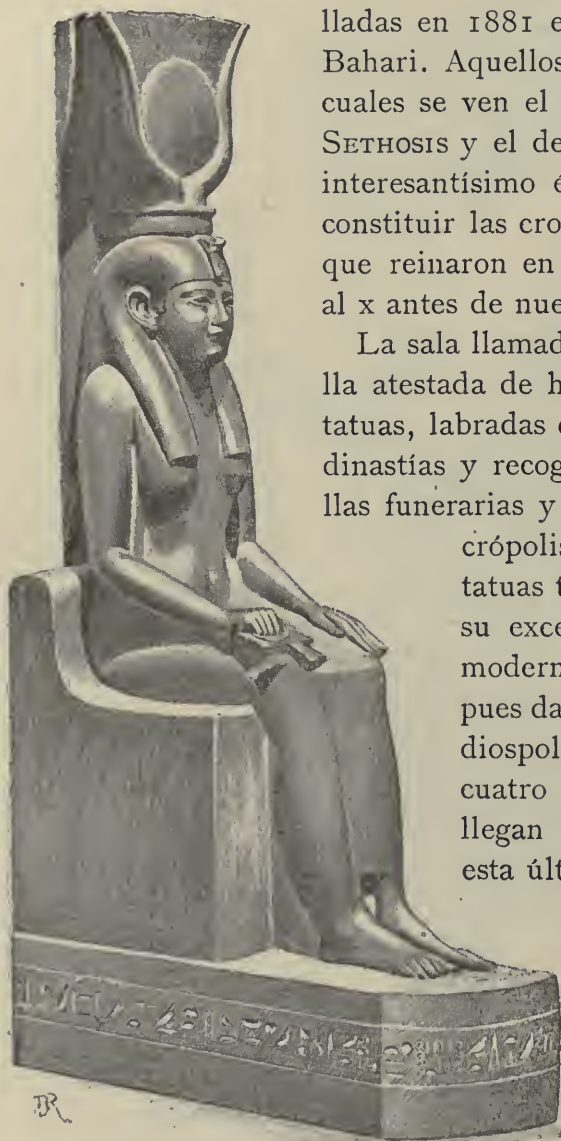
El monumento más importante de Bulaq, es sin duda alguna la estatua conocida por *el xeque El-Beled*. Tiene un metro y diez decímetros de alto, y figura un personaje de pie, con el bastón en la mano y el delantal que le cubre desde la cintura hasta la rodilla. Fué hallada en Sakara hace algunos años, y parece representar á un intendente de trabajos de las Pirámides. Es admirable la expresión de su cara, la viveza de sus ojos formados por un pedazo de cuarzo blanco y opaco, en cuyo centro hay un anillo de bronce para formar la pupila. Detiénese asombrado el viajero ante esta obra artística, que no se ejecutara con mayor naturalidad en nuestros días, y que cuenta actualmente más de seis mil años de antigüedad.

Frente á frente de esta estatua, que se halla colocada en la sala central del museo, se ve un grupo de tres figuras de basalto verde. Una de ellas representa á Nephtis, la bellísima diosa, hermana de Isis, á cuya protección fiaban los egipcios su vida en la inmortalidad. Ella recogió los miembros dispersos de Osiris cuando éste se vió vencido y destrozado por Set, y fué reconocida como diosa soberana en Abydos y en Tatú, teniendo la especial misión de guardar la cabeza de las momias.



Estatua egipcia conocida por el *xequé El-Beled*.

Otra sala de dicho museo, cuya importancia excede á todas, es la llamada de *Momias Reales*, por encerrar las de 29 Reyes, Reinas, Príncipes y grandes sacerdotes halladas en 1881 en un escondrijo de Deir el Bahari. Aquellos cuerpos inertes, entre los cuales se ven el del gran SESOSTRIS, el de SETHOSIS y el de RAMSÉS I, han servido de interesantísimo é irrecusable dato para reconstituir las cronologías de los Soberanos que reinaron en Egipto desde el siglo XIX al X antes de nuestra Era.



Nephtis.

La sala llamada *del antiguo Imperio* se halla atestada de hermosas colecciones de estatuas, labradas en tiempo de las primeras dinastías y recogidas en las *mastabas*, capillas funerarias y sepulcros de la extensa necrópolis memphita. Dos de esas estatuas tienen el mérito especial de su excelente ejecución. Son más modernas que el *xequé El-Beled*, pues datan sólo de la XIII dinastía diospolitana, ó sea de hace unos cuatro mil setecientos años, y no llegan á la perfección que revela esta última obra; pero son sin duda alguna dos de los monumentos más apreciables de la arqueología egipcia. Me refiero á las estatuas del príncipe RAHOTPÚ y de su mujer, *su regia prima*, la princesa NOFRIT, que las excava-

ciones de Meidún han sacado á luz en buen estado de conservación. Son uno de los tipos que con frecuencia se encuentran en los monumentos del antiguo Imperio, y sólo difieren de los demás por lo acabado de sus detalles y expresión. Las dos figuras parecen vivir: son cuerpos de piedra de los cuales se diría que el alma

bajó á animarlos, y con la cara plácida, el ojo abierto, la diestra sobre el pecho, esperan sentados en las puertas del paraíso que se les abra el camino de la inmortalidad.

El viajero ilustrado no debe prescindir de visitar el museo de Bulaq, y todo el tiempo que pase estudiando los numerosos é in-



El príncipe Rahotép.



La princesa Nofrit.

teresantes objetos instalados en sus salas, le servirá de provechosa enseñanza para mejor comprender los monumentos que luego admire en el Alto Egipto. Un templo aislado dice poco: pasma y admira por su grandiosa mole, la armonía de sus proporciones y sus delicadas esculturas; pero conviene figurárnosle cón los Dioses en los altares, los sacerdotes en sus santuarios, los fieles en sus grandes patios exteriores. Por esto la visita que hacemos á Bulaq



Planta y tallo del papyrus.

es útil para conocer, siquiera sumariamente, la práctica de la religión egipcia y la aplicación que tenían en la vida de aquellas gentes las estatuas, las ofrendas, los amuletos, los ídolos y tantos otros objetos que llenan las nueve salas del museo. Ahora hemos de decir dos palabras acerca de la teoría de esta antiquísima religión.

Es evidente que desde los tiempos más lejanos, en la rudimentaria fantasía de los habitantes de Egipto germinó la idea religiosa común á todos los pueblos de la antigüedad, la adoración de los objetos del mundo material que les reportaban provecho é inmediata utilidad. Los animales necesarios á la vida, las plantas y los frutos de los campos, los astros del firmamento, formaron el panteón fetichista del cielo egipcio, cuyo carácter no alcanzaron á destruir por completo, ni á verlo nunca borrado de la conciencia popular, las subsiguientes predicaciones de las escuelas teológicas albergadas en los templos



Flor del lothus.

de On, Memphis y Tebas. Aun en los mejores tiempos del espiritualismo diosopolitano, todos los Dioses tuvieron su símbolo especial encarnado en un pájaro, un reptil ó un ave; y las dos plantas que más lozanas crecían en los lodazales del Nilo, el lotus y el papyrus, fueron en la tierra emblema de las dos regiones del Egipto, y en el cielo forma mística de la existencia del alma.

El desarrollo de la religión en la época tebana, trajo la supremacía de un solo Dios, Ammón, sobre las innumerables divinidades locales que tenían en cada ciudad un culto, un templo y una comunión de servidores. Ammón, sin embargo, no fué aún el absoluto señor del cielo egipcio. Hallábase éste dividido en dos regiones, la superior y la inferior: en la primera habitaba aquel Dios con su séquito ó cortejo de deidades y de bienaventurados, que habían alcanzado la gloria de navegar en la barca solar; y en la segunda, destinada á los muertos justos ó declarados *majerú*, reinaba un poder absoluto, el Dios de rostro oculto, Osiris.

Cada una de esas dos divinidades tuvo un acompañamiento de Dioses secundarios, cuya enumeración sería larga y de poco provecho, ya que no se han definido aún perfectamente los caracteres y atributos de todos ellos. Me limitaré á citar los principales, ó sean Ra, Tum ó Aton, Shu, Sib, Not, Nu, Hapi, Isis, Horus, Annubis, Nephtis, Ptah y Mat, de cuyas respectivas atribuciones en los juicios de la eternidad nos iremos ocupando cuando los encontremos en los monumentos.

Los egipcios concibieron un cielo puramente material, ó mejor, no aceptaron la muerte en la tierra como símbolo de aniquilamiento; y creyeron que al perecer el hombre sólo variaba de estado, no interrumpía su existencia, y dejaba la compañía de los vivos para continuar la vida terrena en el cielo y en su sepulcro. Desprendidas varias partes del individuo, unas, como la momia, quedaban en la tumba, y otras, como el alma, subían al cielo y á voluntad bajaban á la tierra. En el cielo el alma era sometida á un



Ammón sentado en su trono.

juicio ante el tribunal de Osiris, para que probara haber sido honrada y buena en la tierra, á fin de gozar las delicias del cielo y poderse acercar á la mesa de los Dioses.

*Lo que no es eterno, no es verdadero*, escribió HERMES TRIMEGISTO, y tal era el sentido de la antigua religión egipcia con referencia al destino final del hombre en la creación. Nada debía perecer en éste, ó perecía todo y entonces la inmortalidad quedaba reducida á ficción sin fundamento. Por esto los egipcios tomaron tantas precauciones para conservar esos cadáveres, que hoy hallamos intactos en sus sepulcros, á pesar de haber transcurrido tres y cuatro mil años desde el día en que fueron enterrados.



Momia.

La momia más antigua actualmente conocida, data de la sexta dinastía, y se encuentra en el museo de Bulaq. En el armario situado á la derecha del vestíbulo inmediato á la sala de Momias Reales, se ve un extraño cadáver, de aspecto repulsivo, desnudas las negras y fibrosas carnes de que fueron arrancadas las vendas de tela que las cubrían, perdida la mandíbula inferior, y separada del tronco una de las piernas. Aquellos restos son cuanto queda del Rey MIRINRI SOKAR IMSAF, hijo del Rey PAPI I y hermano mayor de PAPI II, todos ellos pertenecientes á la dinastía Elephantina, que empezó á reinar junto á Siena, en la región de la primera catarata, por los años de 2691 antes de Jesucristo.

HERODOTO dice que se hacían en Egipto tres clases de momias, según el precio que por ellas se pagaba, aunque en los embalsamamientos efectuados en los templos, se seguía siempre la práctica de dejar á los cadáveres durante setenta días en un baño de natrón. Al sacarlos se les vendaba con estrechas bandas de tela que se ajustaban perfectamente á todas partes del cuerpo, hasta darle la forma tan conocida de las momias.

Encima de los vendajes se colocaban los cartones con las pinturas, símbolo de la protección que el difunto esperaba obtener de los Dioses de la muerte. Estos cartones eran sólo la figurada representación de los collares y túnicas que debían completar el



vestido de la momia, hallándose de vez en cuando alguna que ostenta en su cuello un ancho collar de cuentas azules reunidas por medio de hilos, y en el pecho una túnica estrecha y larga, terminada en sus cuatro costados por una cenefa, y decorada con las imágenes de un escarabajo y los cuatro genios funerarios que debían conservar las entrañas del difunto.

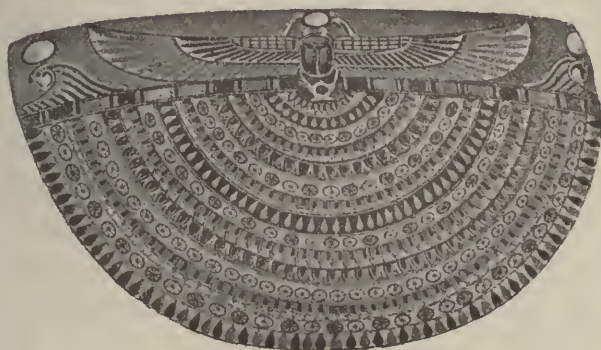
Sin embargo lo común es hallar las momias cubiertas con cartones, enteros unas veces encerrando el cuerpo á guisa de caja, y sueltos otras en cuatro pedazos, ó sean la máscara, el collar, el peto y las sandalias.

La máscara comprendía el rostro y la característica peluca trenzada de los egipcios, formando una especie de casco, dentro del cual se colocaba la cabeza del difunto. La cara solía ser dorada, con los ojos rasgados, grandes, y pintados de blanco y negro, y sobre la frente ó en lo alto de la cabeza se ostentaba el escarabajo, símbolo en Egipto de las existencias sin generación externa ó engendradas por su propia fuerza.

El collar tenía la forma de semicírculo, de unos dos palmos de diámetro. En la parte correspondiente al corte derecho, se dibujaba el escarabajo con alas sosteniendo entre sus pies el signo jeroglífico de la resurrección. Á un lado y otro, simulando los anillos por donde el collar debía sujetarse, dos gavi-



Máscara.



Collar.

lanes de Horus lucían en sus cabezas un dorado disco del sol, emblema de Ra. Y luego, cayendo en semicírculos concéntricos, se desarrollaba el dibujo de los hilos de cuentas, de forma variada, rico de asunto y de color, mezclándose las flores de lothus con las

de papyrus en caprichosas combinaciones, como para probar la fecunda inventiva y la imaginación poderosa de aquellos artistas desconocidos, que sólo pudieron aplicar su genio á las obras de la muerte.

El peto ó cartón que debía cubrir el pecho del difunto desde la línea de la tetilla hasta la mitad de las piernas, constituía la parte más importante del decorado de las momias. Su aspecto era parecido al escudo de los antiguos guerreros, afectuando la



Peto.

forma de un óvalo cortado por una línea derecha en su parte superior, en la cual la Diosa Nut, llevando el disco solar en la cabeza y las plumas de Ammón en las dos manos, se hallaba sentada sobre sus piernas, con las alas extendidas para proteger contra toda influencia mágica el corazón del difunto. Corriendo en dos cenefas por los costados del cartón, se solían pintar los genios funerarios y las Diosas Isis y Nephthys, guardianes del difunto, cuyo nombre se veía escrito en caracteres negros sobre una ancha banda, que cortaba por el centro los dibujos del cartón. Entre los ejemplares de estos adornos mortuorios que á pesar de su fragilidad conseguí

traer á España, se encuentra el original de la adjunta lámina, conteniendo tres inscripciones jeroglíficas, que suelen ser el tipo, variando los nombres propios, de los textos que se encuentran en tales objetos. La leyenda escrita á lo largo de la banda vertical del pecho, dice:

*Palabras de Osiris, para el sacerdote de Khemp, NESHU SIRA, hijo de NES HEMP, el justificado y de ISITUR la justificada.*

Junto á la cabeza de la Diosa Nut, se encuentran otras dos inscripciones, formadas cada una por tres cortas líneas de jeroglíficos. La de la derecha dice:

*Palabras de Isis, la gran madre divina en Apú (Akmin), para proteger al sacerdote de Khemp NESHU SIRA, hijo de NES HEMP.*

En su correspondiente de la izquierda, se lee:

*Palabras de Nephtis, la gran hermana divina en Apú, para proteger al sacerdote de Khemp NESHU SIRA, hijo de NES HEMP el justificado.*

Las sandalias de la momia consistían casi siempre en una especie de caja de cartón, dentro de la cual se ponían juntos los pies del muerto, pintando la figura de éstos en el exterior con los pilones ó torres de entrada de la región del cielo que guardaban dos chacales.

Las momias eran depositadas algunas veces en los sepulcros sin féretro alguno, pero más frecuentemente se las encerraba en cajas. Los cadáveres de los Reyes, Príncipes y grandes dignatarios de las primeras dinastías, fueron guardados en grandes monolitos de piedra, lisos en su interior y adornados por fuera con relieves y leyendas. Desde la época de la cuarta dinastía se usaron casi exclusivamente las cajas de madera de cedro ó sicomoro, cuya cubierta tenía la forma de cuerpo humano. La cabeza representaba las facciones del muerto, y en el pecho y piernas se desarrollaban los misterios de la protección de Nut y las adoraciones del difunto ante Horus y Anubis. Otra porción de emblemas y amuletos, tales como escarabajos, serpientes ureus, collares de la vida, plumas y flores místicas, decoran también esas cajas, y por su centro, desde el pecho hasta los pies corre una doble columna de jeroglíficos que contiene el nombre y títulos del individuo que cada una encierra, junto con una invocación á los dioses funerarios. Á partir de la XIX dinastía, no se contentaron los egipcios con guardar los cadáveres en una sola caja, sino que llegaron á usarlas con dobles y triples cajas y cubiertas.

Durante mi permanencia en Luxor en 1886, pude adquirir uno de esos dobles sarcófagos. Es de construcción tebana, está lleno de relieves del mejor gusto y pertenece á la época de la XXII dinastía (980 antes de J. C.), habiendo servido para enterrar á un *sacerdote del interior del templo de Ammón, profeta del Dios venerable*, llamado AMÉN EMHAT. Ofrece la particularidad, ciertamente no muy rara en Egipto, de que este sarcófago fué robado y vendido doscientos años más tarde, á un AMÉN HAAL, *jefe de los roperos de Ammón* en Tebas, quien se hizo enterrar en él y cuyo cadáver he traído á España. La inscripción que contiene la segunda cubierta

de la caja, perfectamente legible á pesar de haberse medio borrado el nombre del primer propietario, se divide en dos columnas. Dice la de la derecha:

*Palabras del Osiris, Señor de Abydos, el venerable AMÉN EMHAT, justo de voz. ¡Oh Nut, extiende sobre mí tus brazos para protegerme! Tú destruyes las tinieblas, abres el camino á la luz en todos los lugares donde me encuentro, y me dejas salir en alma viva hacia el Sol en Oriente.*

En la columna de la izquierda se lee:

*Palabras del Osiris, Señor de la Eternidad, el profeta de Ammón-Rá, Rey de los Dioses, AMÉN EMHAT, justo de voz. ¡Oh Nut, cierra tus brazos sobre mí, ahora que estoy entre ellos, y protégeme en las divinas regiones funerarias! Que mi cuerpo se vea animado en el hemisferio inferior del cielo, hallándote detrás de mí para apoyarme. Libra mi alma de todo mal en el hemisferio superior.*



Sarcófago de AMÉN EMHAT,  
(Museo de Madrid.)

El arte desplegado en la construcción y decorado de los sarcófagos egipcios decae con el tiempo, hasta reducirse á la producción ruin y miserable de cajas sin gusto alguno. Verdad es que en la época ptolemaica parecen revivir las buenas tradiciones y aun se adoptan la piedra dura, el granito de Siena y la diorita como materiales para labrar suntuosos sarcófagos en forma humana; pero la decadencia vuelve en el período grecorromano, y lo bello cede á lo barato, hasta llegar á aquel mísero estado de los primeros siglos de nuestra Era, en que apenas se fabrican cajas para los muertos, enterrándolos en estrechos y pequeños nichos cavados en las paredes de las antiguas tumbas. La montaña de El Kab ofrece á la vista multitud de aquellas nuevas sepulturas, que mutilaron las puertas de los sepulcros egipcios.

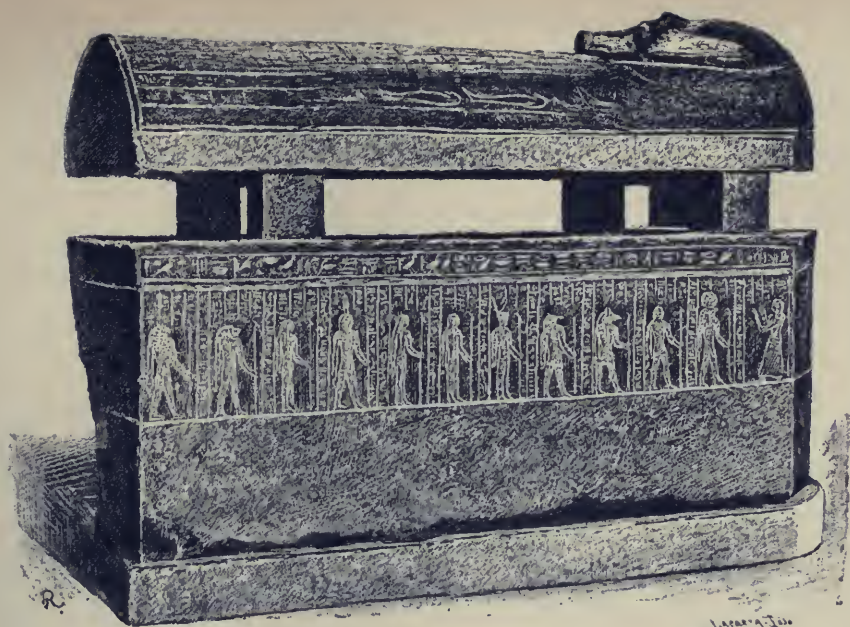
Sin embargo, es curioso hacer constar que durante los cuatro primeros siglos de la Iglesia, los egipcios cristianos se enterraron de igual manera que los creyentes en las doctrinas osirianas, momificando sus cadáveres y cavando sepulcros, que en poco ó nada se diferenciaban de los usados en tiempo de la dinastía ptolemaica.

En la llamada *sala cristiana* del Museo de Bulaq se conservan tres ó cuatro momias de esta época, que fácilmente se confundirían con las egipcias del tiempo de Ptolomeo PHILOPATOR ó de CLEOPATRA si no se notara que en sus adornos principales se habían sustituido los mitos osirianos con los símbolos de la nueva religión. Así, en vez de la Diosa Nut, se halla el Angel de la Guarda que vela el eterno sueño del difunto; al buey Apis, le reemplaza el cordero, y en lugar del gavilán de Horus, se encuentra la paloma con una rama de olivo en el pico. Todas las transformaciones son lentas en el Oriente, pero ninguna lo fué tanto como la transformación religiosa que el cristianismo iniciara.



La Diosa Hathor.





Sarcófago de piedra.



## CAPÍTULO XVIII

o consideraban los antiguos egipcios sus sepulcros como lugar triste y solitario, destinado á guardar por algún tiempo el cuerpo humano, cuando apartada de él el alma, vuelve á la tierra lo que de la tierra salió. Figurábase la mansión de los muertos en la tierra, como parte integrante de la que en el otro mundo tenían los espíritus; recinto donde seguía la vida material del hombre después de su muerte; residencia eterna de la momia y de su estatua, en la cual recibían éstas las visitas que el alma hacía al cuerpo que animó en la vida terrena, cuando para este solo objeto descendía de la región del cielo.

Los sepulcros egipcios eran verdaderos hipogeos, pues en ellos se enterraban generaciones enteras de una misma familia. Formábanlos tres partes distintas: la capilla funeraria, el pozo y la cámara mortuoria.

Las capillas funerarias, conocidas con el nombre de *mastabas*, constituían el exterior del sepulcro, lugar siempre abierto para los que iban á depositar ofrendas ó rendir tributo á la memoria de los allí enterrados. Poníanse en la *mastaba* las estatuas del muerto cuyo cuerpo ó *doble* figuraban, debiendo allí ser atendidas y adoradas como el mismo cadáver de que eran representación, ya que en ellas recibiría su primera encarnación el alma si un accidente cualquiera destruyese la momia en el fondo del sepulcro. Al remontar el Nilo, desde Sakara encontraremos magníficas *mastabas* entre las ruinas de las grandes necrópolis, y veremos cómo las ornamentaban los egipcios.

En un ángulo de la capilla funeraria, estaba el pozo que comunicaba con la tumba. La forma de la excavación era cuadrada, ó por lo menos así son todas las que he visto, en número considerable. Revestía su parte superior una pared de ladrillos crudos, puesta para contener el desmoronamiento del suelo de arenas, muy movable en la sierra líbica. Al penetrar en la roca, el pozo estaba perfectamente cortado á pico, dejándose á veces en la pared pequeños agujeros en los cuales pudieran los obreros apoyar los pies al descender al sepulcro. No hay ejemplo de un solo pozo con paredes decoradas. Su anchura varía entre cuatro y ocho pies, y su profundidad entre tres y treinta metros, hallándose los más anchos y profundos en la necrópolis memphita.

En el fondo del pozo se cavaba la cámara que contenía el sarcófago y la momia. Generalmente consistía en una sala cuadrilonga, sin otra abertura que una pequeña puerta de entrada, con las paredes lisas, y el techo cuadrado ó alguna vez cortado en bóveda á partir de la época tebana. En el fondo de esta cámara se colocaba el sarcófago de piedra, cuyo cubo debía encerrar la caja de madera, con el cadáver; y si el sepulcro no tenía sarcófago, se dejaban las momias por el suelo ó de pie, de espalda á las paredes.

Los muros de los sepulcros están perfectamente decorados con pinturas representando escenas de la vida en la tierra ó en el cielo, y á menudo el juicio á que se sujeta al alma en la eternidad. El último descubrimiento de estas pinturas murales egipcias, fué he-



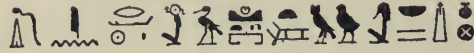
cho en Febrero de 1886 por la Misión arqueológica de que yo formaba parte, en la necrópolis de Tebas, y consistió en las de la tumba del sacerdote SON NOTÉM, guardián de los hipogeos del vecino valle de los Reyes. La antigüedad de este sepulcro se remonta á treinta siglos, y sin embargo la obra estaba perfectamente conservada, pues el suelo y el clima del Egipto permiten lo que en



Muro oriental del sepulcro de SON NOTÉM.

el resto de la tierra sería casi imposible. Una de las paredes del sepulcro, la que corresponde al Este, se halla dividida en seis cuadros horizontales. Representan estos cuadros la región inferior del cielo tal como los egipcios que morían en gracia de los Dioses pensaban habitarla, y por tanto reproducen los que ellos llamaron *campos de Aalú*, que eran los mismos del Egipto, con escenas rústicas idénticas á las que los habitantes del país estaban acostumbrados á ver todos los días.

El celeste Nilo rodea el cuadro, formando un marco con sus aguas. En la parte superior, flota encima de ellas la barca del Sol, en cuyo centro está sentado Ra, con cara de gavián, en la cabeza la diadema del disco solar ceñido por la serpiente *ureus*, que sólo engalana Reyes y Dioses, y en la mano el collar de la vida, que perpetúa la de los bienaventurados en la gloria. Á la derecha del disco hay esta inscripción relativa á los atributos del Sol:



*Palabras de Ra, Armakhi, Tum, señor de las dos tierras de On.*

A su izquierda se lee lo siguiente:



*Jopri en su barca.*

Según las doctrinas egipcias, Jopri ó Jepra, el escarabajo, cuya imagen se encuentra también entre los amuletos funerarios, tiene el cuerpo formado por la reunión de todos los Dioses, y simboliza la Eternidad.

Á los lados de la barca solar están sentados dos enormes monos, animales que representaron un papel importante en la mitología egipcia, hasta llegarlos á adorar en Memphis como Dioses. En este cuadro parecen simbolizar el orto y el ocaso en el firmamento, á juzgar por las leyendas que los acompañan. La que pertenece al de la derecha dice:



*Adoraciones á Ra cuando se levanta al día.*

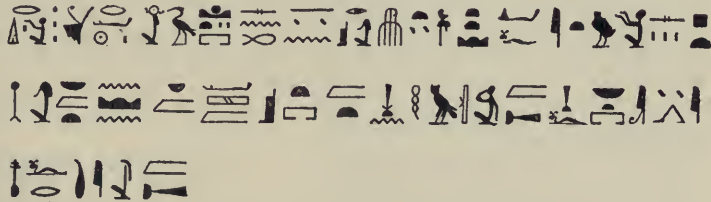
Su correspondiente de la izquierda dice:



*Tú le calmas al acostarse en la vida.*

En el segundo cuadro están Son Notém y su mujer sentados en

el suelo, en actitud de adorar cinco divinidades que avanzan hacia ellos sobre una medida ó *codo* egipcio flotante en un canal. De estos Dioses se pueden reconocer el primero que es Ra, el segundo Osiris, y el tercero Ptah : los dos restantes no llevan en la cabeza símbolo alguno que permita distinguirles. Una inscripción puesta delante de ellos dice lo siguiente :



*Adoraciones á Ra Armakhi, prosternación delante de Osiris en el Occidente, para que conceda la gloria de Ptah, señor de la medida, al doble del auditor de invocaciones en la sala de la Verdad, SON NOTÉM el justificado, y su hermana la dama EI NEFER TI la justificada.*

Una barca que avanza detrás de los dioses conduce á



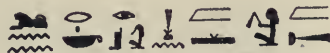
*Su hijo que ama, RA HOTEF el justificado.*

Al lado de la barca se practica una ceremonia mística muy en uso entre los antiguos egipcios. La momia de SON NOTÉM se halla de pie, envuelta en sus bandas y apoyada sobre el muro, y frente á ella otro de sus hijos, KHONSÚ, que heredó al padre en sus funciones según rezan los textos del sepulcro, le ejecuta con dos hachas *nú* la operación de abrirle la boca y los pulmones, para que pueda seguir la vida material de la tierra en el recinto de la tumba. El nombre del hijo está escrito :



*Su hijo que le ama KHONSÚ el justificado.*

Y entre su imagen y la de su padre hay todavía esta leyenda explicativa del dibujo :



*Yo abro la boca al Osiris SON NOTÉM el justificado,*

Una pequeña separación con que termina este cuadro por la derecha contiene el dibujo de tres lagos sagrados, y á su lado se hallan escritos en caracteres jeroglíficos los títulos del propietario del sepulcro.

En el tercer cuadro se ve á SON NOTÉM y á su mujer segando la mies de la abundante cosecha que han obtenido en los campos de Aalú. Á su final, en un registro parecido al anterior de que acabo de hacer mención, el mismo personaje está sentado, aspirando con delicia el perfume de un lothus, delante de una mesa cargada con abundantes ofrendas.

Otras escenas campestres se repiten en el cuarto cuadro. Á la derecha se ven los dos esposos recogiendo la paja separada ya de las espigas. Más allá verifican de nuevo la siembra. SON NOTÉM conduce una pareja de bueyes uncidos al arado, y con un látigo de piel cortada en tiras, los obliga á apresurar el paso. Detrás le sigue EI NEFER TI sembrando los granos. Este cuadro termina con un árbol frondoso, y la representación de los cuatro lagos sagrados que había en la región inferior del cielo.

Los dos cuadros últimos se refieren á los campos de Aalú cruzados por un canal. En el superior osténtanse verdes y lozanas, con las ramas henchidas de amarillo fruto, las copudas palmeras que debían hacer felices á los egipcios en esta vida y en la eterna. Debajo salen de las aguas las plantas de lothus y de papyrus que tantos beneficios les producían. Y en el rincón de la derecha, sobre un dibujo desigual y caprichoso formado por los recodos de la corriente, se ve flotar una barca, sin duda destinada á conducir las almas á través del río que cruza el cielo, y por el que navega el Sol.

Antes de encerrar los cadáveres en sus sepulcros, los egipcios afirmaban la personalidad del muerto, poniendo en sitio visible las *estelas* ó lápidas funerarias que en largas inscripciones jeroglíficas contenían su nombre, estado social, empleo y oficio, ó le pedían al Dios de la muerte que les concediera en la otra vida las provisiones que necesitaban para su sustento. Una de estas piedras, de época saíta, que hallé en Asuán, dice textualmente :

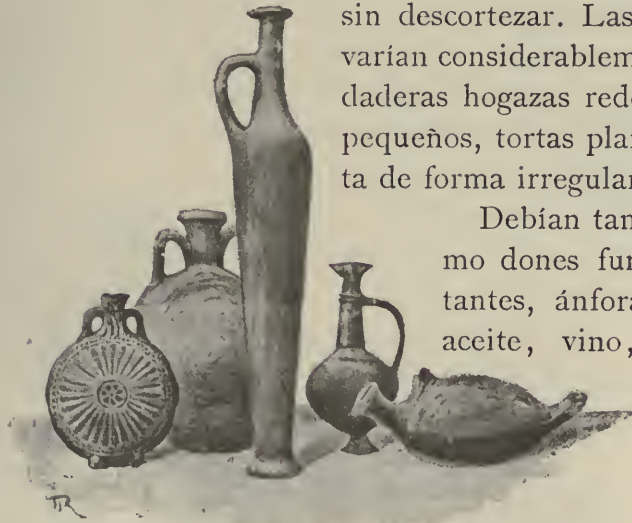
*Adoración á Armakis, señor del cielo, padre de los Dioses  
para que dé ofrendas, manjares y todas las cosas  
buenas y puras de que viven los inmortales, al Osiris  
NEITIUS la justificada, hija de AKENÚ.*

Colocábanse las estelas en la parte exterior de aquellos sepulcros. En la interior depositábanse abundantes ofrendas consistentes en los mismos alimentos necesarios para la conservación de la vida en la tierra. Creían los egipcios que si el cadáver carecía de víveres en la tumba, moría por segunda vez irremisiblemente, mientras que si á su doble le faltaban ofrendas en la capilla, se vería obligado á volver entre los mortales y nutrirse de excrementos.



Estela funeraria de NEITIUS.  
Museo de Madrid.

No carece de interés la enumeración de estas ofrendas. Como principal entre ellas figuraba el pan de trigo, amasado con grano sin descortezar. Las formas de los panes varían considerablemente, hallándose verdaderas hogazas redondas, panes cónicos pequeños, tortas planas y pedazos de pasta de forma irregular y caprichosa.



Vasos funerarios de barro.  
Museo de Madrid.

Debían también depositarse como dones funerarios muy importantes, ánforas ó vasos llenos de aceite, vino, agua y espíritus.

Algunas de estas ánforas son muy elegantes, especialmente las que pertenecen á las épocas tebana y ptolemaica, y de

vez en cuando hállanse pintados en ellas bonitos adornos y figuras.

Dejábanse también en los sepulcros otras provisiones, consis-



Cestos.

provisiones, consistentes en carne, huevos, frutas y hojas medicinales; colocándolas en platos de barro cocido, algunas veces pintados de encarnado con un reborde blanco, en ánforas de construcción tosca,

en vasos de formas graciosas, en cestos de mimbre hábilmente fabricados, en canastos de junco y en sacos tejidos con paja. De estos últimos se acababan de descubrir en Gebel Ein unos muy pequeños de cuya forma no tenía ejemplares ningún museo: yo pude adquirir cinco, aun llenos con las ofrendas de uvas y hojas aromáticas con que fueron depositados en el sepulcro.

Los muebles, las armas y los bastones que usó el difunto en vida, le acompañaban á su tumba, en la cual á veces se solía también depositar una pequeña barca. Como el firmamento era según los egipcios un Nilo celeste, en cuyas aguas navegaban los Dioses, el muerto tenía necesidad de remontar el río hasta llegar á Ra, á cuyo séquito debía unirse cuando era declarado digno de ello. Suelen hallarse dos clases de estas barcas: unas de madera, para conducir al muerto, á su séquito ó á sus Dioses, y otras de papiirus en las cuales se llevaban las ofrendas.

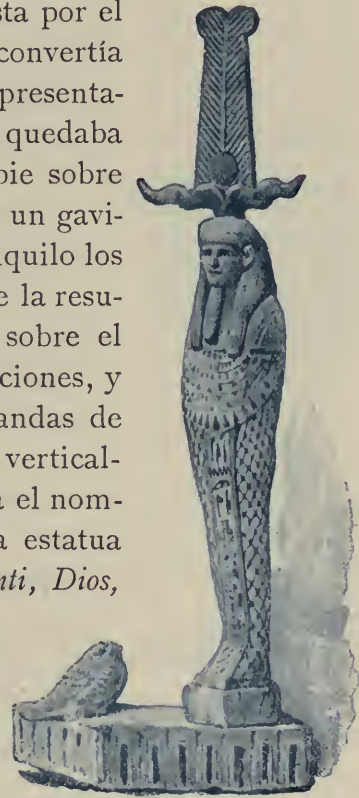
En previsión de que la momia depositada en el sepulcro pudiera ser destruída, para dar al alma del difunto un cuerpo en que encarnase, le colocaban una estatua de éste, que en los papiirus recibía el nombre de *doble*. Esta estatua reproducía en sus menores detalles las facciones y el cuerpo del difunto, representándole en lo mejor de su edad. Es muy raro encontrar un cuerpo descarnado de anciano ó el seno ajado y el vientre abultado de una vieja. El hombre es siempre un adolescente de esbelta forma ó un tipo for-



Estatua de un escriba.

nido y robusto: la mujer tiene la cara hermosa, los pechos altos y las estrechas caderas de las vírgenes. Sólo en caso de deformidad manifiesta, los artistas se separaron de este ideal, dando, por ejemplo, á la estatua de un enano las proporciones y detalles reales de su cuerpo.

Otra clase de estatuas solían depositarse en los sepulcros, y éstas eran los Osiris, imágenes del Dios de la muerte, con quien se identificaba el cadáver al entrar en la región inferior del cielo. Si una vez declarada justa por el tribunal de los jueces, toda momia se convertía en Osiris, lógico era que tuviese una representación de su divinidad junto al cuerpo que quedaba en el sepulcro. Estos Osiris están de pie sobre un zócalo de madera, y tienen delante un gavilán, símbolo del alma, que con ojo tranquilo los mira como si invocara su poder el día de la resurrección. Llevan la pluma de Ammón sobre el disco de Ra en la cabeza, doradas sus facciones, y envuelto el cuerpo con las estrechas bandas de las momias. Una inscripción, escrita verticalmente en el pecho, indica con frecuencia el nombre y títulos de la persona á quien la estatua pertenece. *Palabras de Osiris, Kent Amenti, Dios, gran Señor de Abydos, por el Osiris JHOT HATHOR NEMIU, hijo de KEM TAES*, dice el texto de una de ellas, que traje de Egipto. Otra, perteneciente á ISIT URH, tiene pintada en la espalda una inscripción que es un original himno á Osiris. Dice así:



Estatua del Osiris ISIT URH.  
Museo de Madrid.

*Uahabra, la dama que toca la lira de Khem, TA SIT KEM. Salud á ti, heredero salido de los Dioses, garganta engendradora por Tum, cuerpo de ferro, venido para renovar al Dios gran señor de Rifur y llenar de agua el Uta. Eres dueño de Akerti durante la noche. Has venido, oh Dios, sobre las aguas: llegaste navegando esplendoroso en Ruf... y los demás Dioses forman tu cortejo. Los Akhimí bogan en el cielo y velan por su Señor. Su doble se pone bajo la protección de la doble tierra, del Osiris ISIT URH.*

Finalmente se colocaban en los sepulcros otras estatuas funerarias, llamadas *Shbiti* en egipcio ó *respondientes*, porque figuraban

criados y servidores que debían responder al llamamiento del difunto cuando éste les necesitara en sus labores de la otra tierra, ó quizás para ayudarle en los trabajos que le mandase ejecutar Osiris. Esas estatuas suelen ser pequeñas y barnizadas; figuran el criado vestido de momia, con una cesta llena de grano en el hombro y una azada en la mano; y escrito sobre la túnica, en caracteres jeroglíficos ó hieráticos, muestran el nombre del difunto, y á veces el texto de un conjuro que está siempre concebido en los mismos términos. Una estatua de porcelana azul, perteneciente á la reina TIU HATHOR HONTOU, mujer del sacerdote Rey PINOTMU I, de la dinastía teocrática de HRIHOR, lleva la inscripción siguiente:



Estatua de la reina HONTOU.

*Iluminación á Osiris, la Reina HONTOU. Oh, estos Shbiti, si llaman, si se oye el nombre del Monarca Phtahmos para que haga todos los trabajos del otro mundo (él que combatió al enemigo), como hombre que debe la labor forzosa para sembrar los campos, llenar los canales y llevar los granos del Este al Oeste, responded: Soy yo, estoy aquí. Y tú; oh estatua, que puedas ser llamada al trabajo á cada hora y en el curso de cada día.*

Era preciso mostrar á los muertos el camino de la región inferior del cielo, enseñarles las contestaciones que debían dar á los Dioses, jueces de sus acciones, inculcarles los exorcismos escritos en los rituales, y finalmente, proveerles de amuletos que les librarán de los peligros á que estaban expuestos en su marcha á la eternidad. Y tan pródigos fueron los egipcios en la invención de estos amuletos, que en mil variadas formas se encuentran dentro de todos los sepulcros, en las ruinas de las necrópolis y entre los muros de las antiguas casas que aquéllos habitaban en las ciudades. Esto induce á creer que los amuletos no eran estrictamente funerarios, sino que se usaban también en vida para precaver los accidentes, conjurar el mal agüero y traer la buena suerte.

Los amuletos hallados en las tumbas egipcias, consisten en su gran mayoría en pequeños ídolos y objetos hechos con toda clase de materias. Se empleó en su confección el oro, el cobre, el plomo, la cornalina, el lapislázuli, el mármol, la diorita, el pórfido, la porcelana, el esmalte, el barro común y la madera, reproduciendo



en miniatura los Dioses de aquel panteón, que los tenía tan numerosos, muchos animales y varios objetos místicos, de algunos de los cuales desconocemos el simbolismo. El tamaño de estos amuletos varía entre media y dos pulgadas.

Las divinidades eran reproducidas con gran frecuencia, depositándose en las sepulturas para que extendieran su protección sobre los cadáveres. Los Dioses que más abundan son: Isis, Horus, Shu ó el Dios Sol, Khem, Annubis, Bes, Hathor, Ressef, Thot, Nofirtum, Selk, Mut, Ptah Pateque, y Seket.

Era larga la lista de animales consagrados como amuletos mortuorios, y que ejercían poderosa influencia en los destinos de los difuntos. Primero, entre todos, figuraba el escarabajo, llamado en egipcio *jopri*, *jopirri*, *jeper* ó *jepra*, emblema de la vida humana y de las transformaciones sucesivas del alma en el otro mundo. Supusieron los egipcios que esta especie no tenía hembra, y que el oficio de la propagación lo efectuaba el macho al rodar la bola de excremento sobre el suelo. Consagraron el escarabajo á Ptah, Dios del origen de la creación, y aceptando su simbolismo como apropiado al momento en que



Annubis.



Escarabajo funerario.

podía efectuarse la resurrección de los cadáveres, al extraer el corazón de las momias, lo usaron como emblema de la vida de ultratumba. Así, se colocaba en el pecho de los difuntos un escarabajo de piedra, de tamaño á veces doble del natural, en cuya parte plana había una leyenda. Entre varios que recogí en Egipto, poseo uno, perteneciente á la época de la dinastía saíta, que contiene la siguiente inscripción:

*El escriba real, padre divino, jefe de los Misterios HUDJHA TOHER. Horus, ábreme... concede el reposo al alma de mi cuerpo.*

*Apit, Toiri*, ó según la designación griega *Tueris*, es una Diosa representada por un hipopótamo de cabeza repulsiva, vientre redondo y abultado, enormes pechos caídos, brazos apoyados en las piernas, y la pata izquierda puesta sobre un místico nudo de

cuerda. Este amuleto servía para proteger las almas de los justos en el otro mundo, haciendo que la divinidad que representaba defendiera, cuchillo en mano, á los buenos espíritus contra los ataques de los malos.



Tueris.

Los ojos tienen también gran significación en los talismanes egipcios. Se les llamaba *Uza*, figurando en el dibujo especial de aquellos artistas el ojo derecho distinto del izquierdo, y en ambos una lágrima que se desprende de la pupila. Se les consideraba como ojos de Ra, Dios supremo, cuya frente iluminaban con el ojo derecho el Sol, y con el izquierdo la Luna. Además el ojo aislado de la figura divina, á la cual pertenecía, se trocaba en divinidad propia; era el *Uza Hor* ú *ojo de Horus*, que tenía existencia independiente y significación muy marcada en la leyenda osiriana: había llorado en distintas ocasiones y de sus lágrimas nacieron todos los líquidos necesarios al hombre: el vino, el aceite, etc.



Ojo místico.

El *Tat*, llamado vulgarmente *Nilómetro*, es el símbolo de la estabilidad, representando un altar con cuatro ó cinco divisiones sobrepuestas. Los egipcios vieron en su forma algo parecido á la espina dorsal, y por esto lo consagraron con la siguiente fórmula: *Tu espina dorsal es tuya, oh Dios inmóvil de corazón. Ponte al costado, pues derramaré bajo ti el agua, y traigo el Tat que ha de alegrarte en el cielo.* Cuando la momia llevaba este amuleto en el cuello, le era permitido *pasar las puertas del cielo, recibir las ofrendas, bebidas y carnes en el altar de Osiris, y destruir á sus enemigos, sobre los cuales había de prevalecer.*



Rana.



Cerdo.

Entre los amuletos funerarios se encuentran muchas representaciones de animales. La *rana* tenía un profundo sentido místico entre los antiguos egipcios, por suponerse que era otro símbolo de la resurrección. Al *cerdo* se le atribuían grandes virtudes como amuleto para conjurar los malos efectos de los eclipses. El *elefante* era, naturalmente, el símbolo de la fuerza. De todos estos animales necesitaba el muerto para seguir en paz el camino de la

eternidad, así como debía proveerse de ciertos objetos, como el *ankh*, representación de la vida justa que esperaba gozar en el cielo.

Hay otros amuletos de significado desconocido, llamados conos funerarios. Suelen encontrarse especialmente en la región tebana, y consisten en conos de barro, de un palmo de largo, dos pulgadas de ancho en su circunferencia mayor, y sobre ésta una inscripción con el nombre del difunto á que pertenecían. Pude recoger varios, cuyas leyendas están perfectamente conservadas. Una de ellas dice:

*El jefe de ganados del templo de Ammón, guardián de la casa del Dios, profeta del doble del Rey, escriba de los altares del señor de las dos tierras, RA MEN KHOPRI SENB, el justo ante el Dios*

*grande. Otro era de un descendiente de una familia real libiana: JHA HO, hijo de ANK HOR, hijo del príncipe gran caudillo de Mashuash, primer jefe de los profetas de Bindit, hijo de la señora SHEPEN SOPT. En otro cono se lee: Adoración á Osiris, señor de la eternidad del día, príncipe de la eternidad de la noche, hecha por JHAI, cabeza de los mercaderes.*

Sería prolijo seguir detallando los demás amuletos que se encuentran en Egipto, cuyo significado es desconocido ó sólo se deduce por oscuros textos de los rituales funerarios.



Elefante.



Ankh.



Caja de ofrendas.





El Dios Nilo.



## CAPÍTULO XIX

L emprender nuestro viaje á las regiones del Medio y Alto Egipto, hemos de hacerlo forzosa-mente ascendiendo por el Nilo, que es la grande, y puede decirse única vía de comunicación en aquel país. No hay en Egipto más agua que la del famoso río, y por lo tanto no hay vida vegetal fuera del espacio que abarcan sus inundaciones.

Las tierras á que el Nilo no llega, ó no pueden ser beneficiadas por los canales, son secos arenales por donde sólo, con mil dificultades y privaciones, transitan las caravanas de camellos conducidas por los hijos del desierto.

Cien veces se ha repetido la frase de *El Nilo es el Egipto*. Sus fuen-

tes son un misterio aun para los geógrafos que mejor conocen las poco exploradas regiones del África Central, pues no se ha trazado con seguridad su curso sino desde la salida de los grandes lagos Nianza. En éstos recoge el río el caudal de lodo y limo que sus aguas arrastran, y dividido en dos brazos, el Azul y el Blanco, procedentes uno del interior del país, otro de las cordilleras abisinias, se reúne junto á los muros de Jartum en abundante caudal, que corre hasta desembocar en el Mediterráneo.

Sin el Nilo sería completamente imposible vivir en Egipto. Aquellos montes sin vegetación y aquel cielo siempre limpio y sereno son causa de que nunca llueva en el país y los campos carezcan de su principal elemento. Ardiente é implacable el astro del día luce allí con todos sus esplendores, quemando las tierras con sus rayos de fuego; y llegado el estío, palidecen y caen las hojas de los árboles, mueren los sembrados, se secan las mieses y emigran las aves atravesando el mar en busca de climas más apropiados á su naturaleza.

Pero la obra de destrucción que parece amenazar en aquella época del año el Egipto, se suspende de pronto en una gran parte del país. El nivel del río sube y sus aguas se desbordan por ambas riberas, convirtiendo las llanuras inmediatas en grandes lagos cenagosos, sobre los cuales aparecen únicamente las casas de los labradores, edificadas en altos montículos, y las palmeras, cuyos troncos parecen surgir del mar.

La inundación dura unos cuatro meses, y las aguas se retirarían mucho antes de Octubre y Noviembre, si no las contuvieran los numerosos diques que atraviesan todo el país. Conviene á aquellos labradores tener encharcadas las aguas el mayor tiempo posible para que depositen el limo, que sirve de abono, y estén frescas las tierras hasta el momento de efectuar la siembra. Otro de los beneficios que reporta el Nilo, es el del pescado que en gran cantidad alimenta con sus aguas. Los antiguos egipcios se ingeniaron inventando curiosas redes para pescarlo, según puede verse en las escenas de este género pintadas en los sepulcros; y en verdad hay que reconocer que no ha variado mucho la gente con el tiempo, pues idénticos sistemas de pesca siguen aún los modernos barqueros del gran río.

La causa de la crecida del Nilo se explica por la gran cantidad de lluvia que durante el otoño cae en las regiones del África

Central. Auméntase entonces el caudal de los lagos; y éstos rebo-  
san, vertiendo sus aguas en los cauces del brazo izquierdo del río.  
Simultáneamente las lluvias de Abisinia acrecientan la corriente



Crecida del Nilo.

del brazo derecho, y en la confluencia de ambos Nilos se engrosa  
su caudal.

Tal espectáculo debió herir la imaginación de los semitas que  
poblaron el antiguo Egipto. Veían que el Nilo era la providencia  
del país, é hicieron de él un Dios. Así celebraron con fiestas reli-

giosas la crecida de las aguas, y atribuyeron á una lágrima de Isis, caída desde el cielo, la causa de este fenómeno. Todos los años, en la época en que se realizaba, acudían á las riberas los Reyes, los sacerdotes, los escribas del Gobierno y las masas del pueblo, uniéndose todos para admirar el prodigio, y dirigiendo al cielo sus plegarias á fin de que las aguas se elevasen lo necesario para fecundar aquellos campos. Inscripciones encontradas en las columnas de Gebel Silsileh demuestran que hace treinta y cinco siglos se celebraban ya estas fiestas, las cuales se han conservado á través



Antiguos egipcios pescando en el Nilo.

de las revoluciones políticas y religiosas del Egipto. No las abolieron los romanos ni los bizantinos en los días de su dominación; y los árabes han procurado fomentarlas, dándolas carácter civil y religioso al mismo tiempo, con la celebración de la ceremonia hoy conocida con el nombre de *apertura del Jalig*.

Á presenciar la del año último fui convidado por OSMÁN GALEB Bajá, Gobernador del Cairo, por medio de la siguiente carta:

*En nombre de Dios clemente y misericordioso. La bondad de Alah, que, como los mares, no tiene límites y, como el alismo, no tiene fondo, ha querido que la corriente del Nilo llegara este año á la altura deseada. Por lo tanto, el miércoles, 25 de Chaval, á las dos de la noche (en árabe, ó sea á las ocho de la noche), bajo la protección de S. A. el Jeddive, comenzará la fiesta que anualmente se celebra, y por la madrugada se efectuará la apertura del dique que cierra el Nilo. Honradme con vuestra presencia á las horas indicadas y os quedaré eternamente agradecido. Recibid mis humildes respetos.*

La apertura del dique á que se refiere la anterior comunica-



ción es de origen secular. Al fundar para capital de sus Califas la ciudad del Cairo, rodeáronla los árabes de un canal que abasteciera á sus habitantes del agua necesaria. Para conservar esta agua en el cauce, en la época en que el Nilo tiene bajo nivel, ciérrase su entrada con un dique, el cual se abre de nuevo cuando el río crece, efectuándose entonces la fiesta que describo.

Á las ocho de la noche se llenaron de gente las extensas vías que conducen al Viejo Cairo. Delante de la torre árabe, de donde parte el famoso acueducto de los Califas, habíanse instalado lujosas tiendas de campaña, construídas con tapices, llenas de luces y con mesas atestadas de dulces y refrescos. La tienda del Gobernador era el punto designado á todos los huéspedes extranjeros, y en ella sentado, grave y solemne, recibía el Bajá los cumplimientos de sus convidados felicitándole porque la lágrima de la olvidada Isis hubiese caído una vez más á fecundar Egipto. *Lelet el nukta* ó *la noche de la lágrima* llaman todavía los árabes á la primera noche en que crece el Nilo.

En la fiesta hubo de todo: tertulia, música, canto, fuegos artificiales, luminarias de antorchas, carros de bufones y de almeas. Reinaba el bullicio que caracteriza las grandes festividades árabes, y veíanse confundidas entre las turbas algunas odaliscas de negros ojos y blanca tez, que, escapadas del harén de sus Bajás, iban á divertirse, ocultas bajo el blanco velo de tul de su *yashmak*.

Una cosa me impresionó en esta ceremonia, por efecto de la asociación de ideas que en mí produjo. Numerosa cuadrilla de muchachos, con palos y espuertas, comenzaron á derribar el dique de arena, acompañando su trabajo con un canto monótono y pausado, al tiempo que desde la ribera sé echaba al Nilo la *Atusa*, grosera imagen de barro, vestida de ricas telas, cubierta la cara con el rojo velo de las desposadas, llenos de joyas manos y pies, y calzada con borceguíes de oro y seda. Era la prometida del río que iba á casarse con sus turbias aguas.

Pretende la tradición que esta ceremonia sea reminiscencia de la inmolación de una virgen, que se efectuaba en épocas pasadas. Nada justifica este aserto, ya que la costumbre de que hablo data de los tiempos árabes, y nunca los musulmanes sacrificaron víctimas á su Dios. Pero siendo un pueblo que vive para amar, y toma el amor en su acepción más sensual y grosera, puede lógicamente suponerse que algún Sultán de la conquista ofreció al Nilo

la imagen de una mujer, á fin de proporcionar de este modo al espíritu de las aguas los goces de la materia.

En apartadas tierras del lejano Oriente encontré rastro de esta costumbre. Al remontar un día el curso del río Amarillo, en el Norte de China, contáronme los marineros de mi barco la leyenda del Dios Hopei, protector de dicho río, y me dijeron que en tiempos anteriores se acostumbraba á darle en matrimonio una mujer. Por medio de suscripciones públicas efectuadas por los sacerdotes y bonzos, reuníanse grandes sumas de dinero destinadas á fiestas religiosas, que tenían todo el carácter de saturnales paganas: y cuando los nigrománticos habían descubierto en el país una virgen joven y hermosa, la ataviaban con los mejores vestidos de desposada, en báquico festín la embriagaban, y al verla que roja por el vino y el placer, perdía el conocimiento, la echaban al agua, diciéndole que fuera á reunirse con su esposo el río.

Un mandarín, de sentimientos humanitarios, SIMEN PAO, fué nombrado Gobernador de Zeh á principios del siglo v antes de la Era cristiana, y al enterarse del sacrificio que todos los años ofrecían los sacerdotes al Dios Hopei, mandó variar la costumbre, y en vez de inmolar una virgen, dispuso que se sustituyera ésta por la gran priora de cualquier convento budhista. Tal exigencia acabó para siempre con la bárbara ceremonia, ya que las monjas de Budha no se avinieron nunca á ser esposas del río Amarillo.

El curso y las crecidas del Nilo están hoy perfectamente reglamentadas. Ya los antiguos edificaron *nilómetros* para medir la altura de sus aguas, viéndose todavía una de estas construcciones en el Cairo y otra en Asuán. Además el telégrafo está puesto al servicio público para avisar las crecidas desde la Nubia, siendo éstas conocidas en el Bajo Egipto con antelación suficiente, y así poderse, por tanto, arreglar los diques y cerrar ó abrir sus compuertas, según el caudal de agua que se anuncia. El excedente de la crecida se pierde en el desierto, formando los lagos del Fayum, que mandara hacer uno de los antiguos Reyes tebanos.

Sobre los orígenes del Nilo hanse propalado las historias más curiosas é inverosímiles, que han sido, y son todavía, aceptadas por la superstición popular. Un libro español, antiguo y raro, que la casualidad puso en mis manos, la *Relación de los Anales de Egipto*, compuesta por el historiador turco SALIH GELIL, vertida al castellano por don VICENTE BRATUTI RAGUSES, traductor de

lenguas de Carlos II, é impresa por MELCHOR ÁLVAREZ, de Madrid, en 1678, ha recogido muchas de aquellas tradiciones. Copio algunas, siquiera sea como prueba auténtica del estado de ciertos conocimientos científicos hace tan sólo dos siglos.

Dice este autor, con referencia á anónimos analistas, “que del mar Oceano, que rodea el mundo, sale el mar Índico, y luego se divide en dos partes; la vna se llama el mar de Senz, cuya costa es el Reyno de Iemen, y la otra parte se llama mar de Berber, y contiene en sí muchas Islas, y la una dellas se llama la Isla de Camer ú de la Luna, cuya longitud es tan grande, que quatro meses se gastan en caminarla, si bien en su latitud no tiene mas que veinte días de camino; y Serendib esta frontero della, y contiene muchas Ciudades, y entre ellas la de Cameria, adonde ay muchas aves que se llaman Cumrí; y este monte de la Luna está en esta Isla.” Luego añade:

Los Historiadores concuerdan, y dizen, que el rio Nilo sale deste monte, donde se halla una piedra blanca, y resplandeciente como el cristal, y la llaman Saxbatulbaxati, qualquiera que la mirare se muere riéndose, y se pega á ella forçosamente, sin poderse despegar hasta que se muere, y la llaman piedra Iman del hombre...

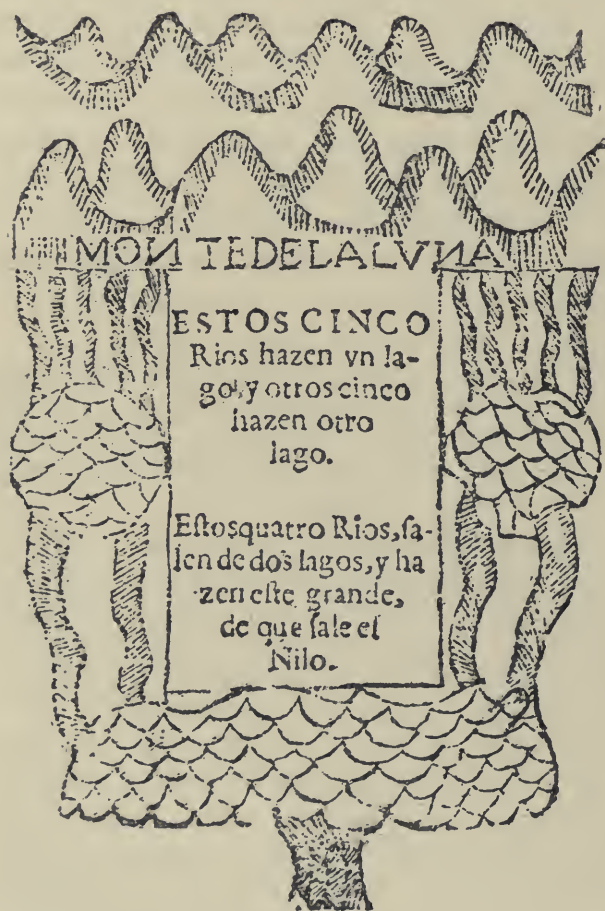
Saliendo, pues, la fuente del Nilo deste monte, corre por la mar, y hendiendole se sale a la tierra de donde antiguamente corria a su libertad; pero despues quando Nacraus el Severo vino a Egipto con los hijos de Girbab, y resolvió de vivir en él, y edificó á Emsus... por el arte Geometrica aderezó el curso del Nilo ácia las partes y lugares convenientes, y por aprovecharse de su agua, cortó muchos canales, y navillos, que son los que hoy corren por Egipto...

En el tiempo deste Elbud Sir avia en Egipto un gran Mago, que se llamava Hurmus, le embio al monte de la Luna, y él se fue allá, y aderezó la fuente del Nilo, para que perpetuamente corriese con un curso y camino mismo sin desviarse, ni derramarse por los desiertos; y allí fabricó el famoso Templo de las estatuas de bronce, y introduxo el Nilo en él, y puso 85 figuras en el Alcáçar, de las referidas estatuas, y saliendo el agua del Nilo debaxo del monte de la Luna, y corriendo con un maravilloso y peregrino artificio, por diferentes partes entra en aquellas figuras, y se sale fuera por sus bocas; pero entra y sale de cada una, con modo, y medida, quanto es necessario para la tierra de Egipto; es a saber 18 codos de agua, a razón de 32 dedos cada codo; y fabricandolas de tal manera, que entrasse, y saliesse solamente esta cantidad de agua, y la que sobra corre por ambas partes de cada estatua a los arenales detras de Hatistina, donde se pierde en la arena inutilmente, porque sino se hiziesse assi, el agua del Nilo cubriria, y anegaria las tierras por donde passa, que saliendo de la boca de aquellas estatuas, haze algunos arroyos que corren por diferentes partes, y se derraman en dos lagos, y saliendo dellos, corren y se juntan en

un grandiosísimo lago; y otra vez saliendo dél hay un caudaloso río, que passa por Egipto, y despues de mil leguas de su curso, llega á Isuan en este Reyno, y aquel gran lago se llama lago de Chiori...

Dizen que despues de aver passado el Nilo de Hatistina entra en él un ramo del río Mocraan, que viene de la India, y crece, y megua una vez al año como el Nilo, y se hallan en él los Cocodrilos, y otros pezes propios del Nilo. Refieren ciertos Historiadores, que sobre este río Mocraan, ay una puente de una

piedra sola, y entera, y que cualquiera persona que passa por ella, trueca lo que tiene en el estómago, y si se detuviesse allí mucho tiempo trocaria tanto que se moriria, y si passassen mil hombres por ella, a todos sucederia lo mismo.



El bueno del traductor sigue notando otras autoridades que dan los mismos orígenes al Nilo, es decir, el templo de bronce fabricado en los montes de la luna, con sus numerosas estatuas, por cuyas bocas salía la gran corriente del agua. Todo era posible para aquellas gentes sencillas, que en la misma ley de

las crecidas del río vieron un hecho sobrenatural, y por tanto, incomprendible, para los cortos alcances de su inteligencia.

En ciertos anales, que no cita, halló otra versión que no deja de ser curiosa, y además publica con el dibujo que va inserto más arriba. «Del monte de la Luna, dice, salen diez rios de diez lugares deste monte, y que los cinco ván por una parte, y hazen un gran lago redondo, y los otros ván por otra parte, y hazen otro gran lago. Despues salen de cada lago dos rios que hazen quatro

rios, y estos corriendo por quatro partes, se juntan todos en un lugar, donde se hazen un grandissimo lago, ó bado, y despues saliendo dél, hazen rio grande, y caudaloso, que corre á Egipto, donde se divide en muchos navillos, y juntandose otra vez se derrama en el mar Mediterraneo, junto á Alexandria, y las figuras de aquellos lagos son estas.»

«Refieren algunos Historiadores, que quatro rios salen del Parayso Terrenal; es á saber, Secun, Chixum, Eufrates, y el Nilo, que corren por el mar Tenebroso, y antes de llegar á él, son mas dulces que la miel, y huelen mejor que el ambar; y que Haid, hijo de Ebi Scialum, uno de los hijos de Ais, hijo del Profeta Isxaam, passó por el mar Tenebroso, y llegó á la famosa Capilla, que está en un lugar del Parayso. Dizen que este Hid, era uno de los Profetas, y pidió á Dios que le enseñasse la fuente del Nilo, y aviendole Dios dado fuerça, y poder, passó por el mar Tenebroso, sin mojar el pie, y camino un gran tiempo por los poblados y desiertos, y entonces vió aquella Capilla de oro, y topacio, que está en el Parayso.»

«Refierese en algunos Anales, que un Rey de Egipto se fue con su Exercito, y quiso hallar la fuente del Nilo, y al fin vino á un monte, cuyos caminos eran de hierro; y segun otra historia era blanco y trasparente; sea como se fuere, quando llegó su Exercito al monte salió el Sol, y con sus rayos reberveró de tal manera, que se quemaron todos y se convirtieron en pavesa.»

«Otros dizen, que los referidos quatro rios, en consideracion de Setenta y dos Naciones, que tienen setenta y dos idiomas, se dividen en setenta y dos ramos, y cada uno dellos corre, y va a un Pays, y que en el monte de la Luna ay montones grandes de nieve, de que salen aquellos quatro rios...»

«El Nilo, corriendo por el mar Tenebroso, passa por los minerales de oro, rubies, esmeraldas, y corales, y si no passara por el mar Salso, y no se mezclara con otras cosas que le alteran, no se pudiera beber por la gran dulçura que tiene.»

Después de las maravillosas ideas que acabamos de leer no ha de extrañarnos que los antiguos egipcios hicieran del Nilo un Dios. La cosmogonía tebana aceptaba la existencia en el cielo de un río, el Num, que era causa primera de todo lo creado. Verdadera divinidad, este Num tenía un dogma, un culto y una encarnación en el Nilo, representado como otro Dios, por medio de una figu-

ra humana con flores de lotho y papiros en la cabeza, y otras flores, plantas y frutos en las manos. Los atributos del Nilo-Dios están descritos en un muro del templo de Denderah, en los términos siguientes:

*Hacedor de los hombres, autor de los Dioses, padre de las causas primordiales, autor de lo que existe, creador de los seres, principio de las formas, padre de los padres, madre de las madres, dueño de los Dioses, modelador de los hombres, engendrador de los Dioses, padre de los padres y madres divinos, dueño de sí mismo, autor del sol, de la tierra, del infierno, del agua y de las montañas.*

Finalmente, hasta en el reverso de muchas medallas imperiales egipcias se conserva la imagen del Dios Nilo, representada por un anciano de barba crecida, que lleva un cuerno de la abundancia en la mano y yace sobre un cocodrilo.

En Egipto, donde las aguas del Nilo no alcanzan, empieza el desierto. No olvidaré nunca la impresión que recibí al internarme por vez primera en las arenosas llanuras líbicas. Era un caluroso día del mes de Abril. Á mi espalda dejaba la ciudad del Cairo, y pasando junto á la altiva ciudadela de Saladino, después de atravesar las tumbas de los mamelucos y un ruin cementerio árabe que á su lado existe, apareció ante mi vista la inmensidad del desierto. Al tiempo que en rápido paso el camello que montaba se internó en la ardiente arena, vi alejarse tras de mí la vegetación de las tierras de cultivo, hasta perderse entre las brumas del horizonte. Por fin desapareció todo, todo menos el cielo blanquecino arriba, la seca arena abajo y la atmósfera caliginosa en torno: cielo, tierra y aire que ni tienen matices, ni alimentan plantas, ni sustentan pájaros; imagen verdadera de la soledad y la desolación.

Allí no hay nada, y á pesar de esto impone el espectáculo. Allá, á lo lejos, ligeras ondulaciones del terreno aparecen y desaparecen al soplo del viento, semejantes á las olas del mar. Aquella inmensidad aturde; el silencio es imponente, y no lo turban el eco de voz humana, ni el aleteo del ave, ni el zumbir del insecto, ni nada que revele vida y movimiento.

Únicamente en épocas determinadas, cuando las brisas del mar, rarificadas por el frío, retroceden ante la columna de aire caliente que avanza desde tierra, se produce en el desierto el más duro y espantoso de los temporales á que el hombre puede exponerse: el




EL DESIERTO. — EFECTO DE ESPEJISMO.





temporal de arena. Es horrible. Figuraos una masa de calor de 60° que se pone en movimiento: las ráfagas, avanzando una tras otra con rapidez vertiginosa, se precipitan hacia vosotros y levantan columnas de arena que forman inmensos remolinos, chocan entre sí y se deshacen. Antes que nadie, los animales del desierto comprenden el cercano peligro del temporal, y lo revelan en la agitación que demuestran, y en la congoja de que son presa. El perro indígena, de pelo corto, color rojizo, orejas pequeñas y ca-



Temporal de arena. 

beza de lobo, al sentir el primer soplo de aire caliente ensancha la nariz y, sin hacer caso de su amo, que le llama, huye á todo correr, confiando su salvación á su marcha, más rápida que la del mismo huracán. El camello, avisado por igual instinto, escaparía también si no lo detuviese el hombre y no le embarazara la carga. La caravana sorprendida por uno de estos temporales, llamados *Jamsines* en Egipto, no tiene otra esperanza de salvación que detener su marcha y formar un apretado grupo de hombres y bestias, que se sujetan entre sí y se cubren con las lonas de las tiendas. De este modo pueden no ser arrastrados por la violencia del viento, si bien corren el peligro de verse sepultados bajo la movetiza arena que en grandes masas flota por el aire.

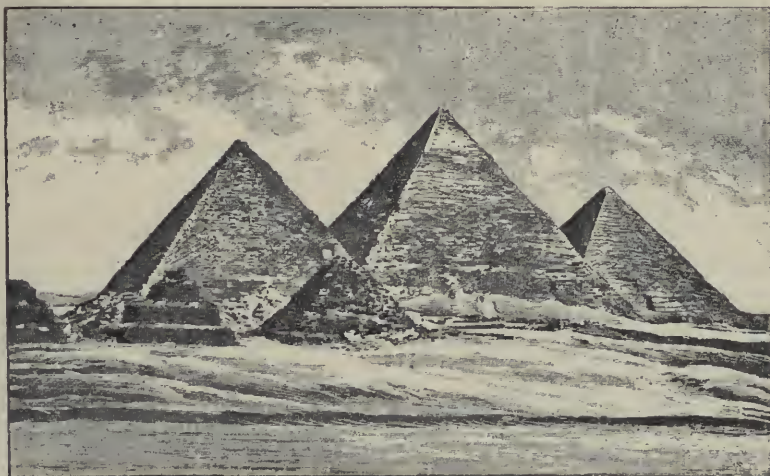
Varias veces he cruzado el desierto en mis excursiones á las

canteras egipcias, á los monumentos y á los oasis. Utilicé para estos viajes el camello, único animal que resiste los ardores y fatigas consiguientes, y que con justicia ha sido llamado *el barco del desierto*. Lo es, en efecto, tanto por su utilidad como por sus ingratos movimientos durante la locomoción. Pero, sin dejar de apreciar sus buenas cualidades de resistencia, no dejaré de decir que dicho animal es detestable, perezoso, de mal gobierno, y con el cual sólo pueden tratar los árabes y beduinos.

Cuídase preferentemente en las caravanas que cruzan los arenales líbicos, del transporte del agua, que se efectúa en pellejos de cuero ó en vasijas de barro. Su falta ocasionaría la muerte irremisible á los expedicionarios, pues no hay cuerpo humano que pueda sufrir durante sólo dos días las horribles torturas de la sed en el desierto egipcio. Al hablar de Memphis he de reseñar, á la ligera, el género de vida que hacía cuando mi deseo de explorar la necrópolis me llevaba á acampar por algunos días en el desierto de la Libia.



Jinete en camello



Vista general de las Pirámides.



## CAPÍTULO XX

L llegar al Cairo, domínale al viajero vivísima curiosidad de recorrer cuanto antes los grandes monumentos antiguos que existen en las inmediaciones de esta ciudad. Y es natural que muy pronto satisfaga su deseo, pues á la vista de la capital egipcia y sólo á distancia de una hora de camino, se encuentran las famosas Pirámides de Guizeh, el esfinge del desierto, su templo inmediato y las innumerables tumbas y mastabas de la necrópolis memphita.

Para efectuar esta expedición, hay que trasladarse á la orilla izquierda del Nilo. Pásase primero el gran puente de hierro de Kashr el Nil, magnífica construcción que honra el genio indus-

trial de los franceses. Al otro extremo del puente extiéndese la pequeña isla de Gezireh, llena de jardines, con una magnífica calzada que sirve para pasear en carruaje, y un soberbio palacio edificado por el Jedive ISMAEL. En esa isleta hay un hipódromo en bastante mal estado: construyóse años pasados para importar en Egipto las carreras de caballos, pero éstas no han podido sostenerse porque los indígenas no tienen afición á tales diversiones, ni en el país hay caballos á propósito para las carreras. Aquello de los indómitos corceles árabes que beben los vientos á través de las llanuras cuando los monta el hijo del desierto, tan sólo existe en la fantasía de los poetas.

Un segundo puente, echado sobre el brazo izquierdo del Nilo, une á Gezireh con el distrito de Guizeh, que fué antes patrimonio de los Beys mamelucos, y está ocupado ahora por míseros labradores. Es el distrito de los palacios reales, contándose entre éstos uno magnífico á medio edificar. Otros más pequeños sirven de residencia á varios príncipes de la familia jedivial. Inútil es añadir que todas esas construcciones se deben á loca, á la par que interesada, prodigalidad de ISMAEL Bajá.

Desde Guizeh á las Pirámides, en una extensión de seis kilómetros, hay una magnífica carretera flanqueada por corpulentos árboles. Hace algunos años no existía camino alguno que condujera directamente á aquellos monumentos, pero como en 1860 la Emperatriz EUGENIA, en su viaje á Egipto, quiso visitarlos, ordenó ISMAEL que se construyera la calzada. Todos los vecinos de los pueblos inmediatos fueron obligados á trabajar, casi sin descanso ni remuneración, y á los ocho días de emprender la obra, el coche imperial rodaba desde el Cairo al pie de la gran Pirámide de CHEOPS.

Las Pirámides están edificadas sobre la ancha planicie de una colina que separa por aquel lado el desierto líbico de las tierras de cultivo. Pero antes que llegue á ellas el viajero, y estando aún en la carretera, ve de pronto, como si surgieran del suelo, negros fantasmas envueltos en blancas capas, que silenciosamente le saludan y marchan luego á su lado. Son beduínos acampados en los pequeños aduares de las inmediaciones, y su única ocupación consiste en acompañar los visitantes á las Pirámides, y ayudarles á ascender á la cima de las mismas ó á bajar á las galerías interiores de aquellos monumentos.



PALACIO DEL JETIVE EN GUIZEH



¡Qué escena de desolación presenta aquel sitio! La mole de las Pirámides aparece perfectamente en relieve en el fondo diáfano y



Subida á las Pirámides.

luminoso de aquella atmósfera tropical: la blanca arena del desierto refleja los rayos del sol como si fuese inmenso espejo; todo lo cubren las ruinas de las tumbas, de los templos, de los ídolos,

de los edificios allí levantados por los pueblos más antiguos del Egipto, y en medio de tanta desolación no se ve ni un árbol, ni una hierba, ni una gota de agua que mitiguen los ardores de la abrasada tierra.

Y allí están, erguidos todavía después de sesenta siglos, aquellos monumentos, quizás los primeros que el hombre erigió en la tierra. Los bosques seculares de la virgen América, los valles inmensos del continente asiático, muchas islas aparecidas en la mar, muchas rocas aglomeradas en las montañas, no cuentan los seis mil años que han pasado por las cimas de las Pirámides.

Nunca me he sentido tan pequeño como la primera noche en que las visité á la luz de la luna, cuando sentado en la arena, apoyada entre ambas manos la cabeza y los codos en las rodillas, miraba fijamente el monumento que CHEOPS hizo construir para su sepulcro. Ciento cincuenta mil esclavos trabajaron durante treinta años amontonando piedras hasta formar la gran mole destinada á cubrir la estrecha y oscura galería que sirviese de panteón á la embalsamada momia de un rey egipcio. Parecióme sangrienta ironía del destino, que una obra construída para ser eterna se destinase á guardar lo que hay de más frágil, precario y miserable en la naturaleza, el cuerpo humano.

En la ribera izquierda del Nilo se ven muchas otras Pirámides, pero en Guizeh existen las tres mejores. La segunda en dimensiones se llama de SHAFREN, hijo ó hermano de CHEOPS, á quien sucedió en el trono de Memphis por los años 4200 antes de J. C. Es esta la única Pirámide cuya cumbre conserva aún las piedras labradas que le servían de revestimiento exterior. La tercera es del Rey MENCHERES ó MICERINO. Otras tres Pirámides vecinas, mucho más pequeñas que las anteriores, se supone fueron destinadas á sepulcros de igual número de Reinas, y de una de ellas cuenta la tradición que su propietaria la hizo construir en vida con el producto de sus caprichos amorosos.

ABD EL LATIF, médico y escritor persa, que residió en Egipto en el siglo XII de nuestra Era, durante el reinado del famoso Sultán SALADINO, nos ha dejado un curiosísimo libro titulado: *Consideraciones útiles é instructivas sacadas de las cosas que he visto y de los sucesos que he presenciado en Egipto*. Su capítulo VI habla de los monumentos que el autor pudo admirar entonces en la tierra de los Faraones, y, como es natural, consagra buena parte de él á las Pirámides.



En aquel tiempo la mano destructora de los árabes no había aún tocado aquellos regios sepulcros; por lo tanto, ABD EL LATIF pudo contemplarlos muy distintamente de lo que ahora podemos hacer. No carece, pues, de interés lo escrito acerca de ellos por el ilustre doctor persa.

«Las Pirámides, dice, son muy numerosas. Las hay grandes y pequeñas, hechas unas de tierra, otras de ladrillo, y las más de piedra. Algunas están construídas en forma de escalera, pero en su mayoría su forma es exactamente piramidal y presentan una superficie unida y lisa.»

Ni una sola de las pocas Pirámides existentes ofrece ahora este aspecto. Sus revestimientos exteriores han desaparecido, con la sola excepción de una pequeña parte de la de CHEFREN, de que hablé más arriba. La manía destructora de los Sultanes egipcios seguía al llegar el escritor persa al Cairo, según él mismo cuenta. «Se veían, dice, en otros tiempos en Guizeh un número considerable de Pirámides, casi todas pequeñas, que fueron destruídas en tiempo de SALADINO y de YUSUF, hijo de AYUB. Autor de esta devastación fué KARAKUSH, eunuco griego, Emir del ejército de aquel príncipe. Tenía á su cargo la conservación de los edificios públicos en la capital, y fué él quien hizo levantar el muro de piedra que cierra Fostat, el Cairo y la Ciudadela del Mokatón, para lo cual empleó los materiales arrancados de las pequeñas Pirámides. Aun hoy se ven los restos de las destruídas por KARAKUSH.» Siete siglos más tarde, ó sea en nuestros días, hasta las ruinas que vió ABD EL LATIF han desaparecido.

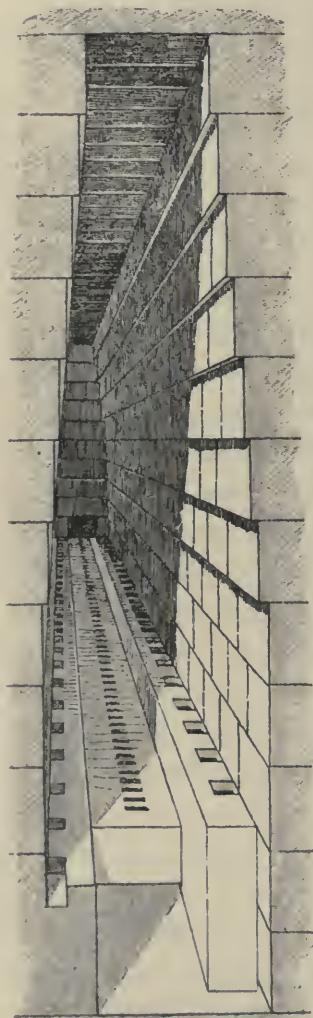
Sigue el autor hablando de las grandes Pirámides, que excitan toda su admiración y entusiasmo: y al ver las de CHEOPS y CHEFREN, una al lado de otra, elevando sus conos al firmamento y perdiéndose sus formas en las primeras sombras de la noche, recuerda al poeta que las comparó á los pechos del Egipto. Allí siguen hoy con su masa imponente, altivas é indiferentes, desafiando así la furia de los vientos del desierto, que les azotan las espaldas, como la rabia de los hombres que quisieron destruirlas y sólo consiguieron despojarlas de su exterior vestidura. ABD EL LATIF las vió todavía enteras, recubiertos los que son hoy irregulares peldaños por una pulida superficie de piedra, sobre la cual aparecían grabados caracteres jeroglíficos. «Entre dos piedras, dice el autor al referirse á la construcción de aquella obra, no podía introducir-

se un alfiler ni un cabello. Están unidas con una argamasa que no deja entre las juntas el grueso de una hoja de papel. Estas piedras están cubiertas de escrituras en antiguos caracteres, desconocidos en todo el Egipto, y las inscripciones son tan numerosas que si

tratásemos de trasladar al papel las que se ven en la superficie de las dos Pirámides, se llenarían más de dos mil páginas. - Ahora no existe una sola de estas piedras ni, lo que es más extraño, han podido encontrarse en las ruinas de los edificios en que fueron empleadas. Probablemente estarán en los cimientos de la Ciudadela del Cairo.

La avaricia de los árabes despertó bien pronto en ellos el deseo de abrir las Pirámides y penetrar en su interior, donde creían encontrar ricos tesoros allí escondidos por los Reyes de las dinastías faraónicas. Los mismos Sultanes no vacilaron en emplear sumas considerables de dinero y trabajo para abrir en el macizo de la construcción de la Pirámide de CHEOPS una mina, que el azar condujo á la galería de entrada de las cámaras mortuorias. Inútil es decir que aquella profanación sólo produjo el hallazgo de los cuerpos de los Reyes antiguos, así arrancados al reposo eterno.

ABD EL LATIF habla del interior de las Pirámides con cierto tono supersticioso, muy arraigado en la época en que vivía.



Galería interior de la gran Pirámide.

Oigámosle de nuevo: - Una de las dos Pirámides está abierta. Su entrada conduce á pasadizos estrechos, á galerías que bajan á gran profundidad, á pozos y precipicios, según aseguran las personas que tienen valor para recorrerlos. Hay gran número de gentes, que, movidas por una loca avaricia ó por esperanzas quiméricas, penetran en aquellas hondas cavidades llegando á sitios sin salida. El lugar más frecuentado es una estrecha galería que conduce á la

parte superior de la Pirámide, en donde se encuentra una cámara cuadrada y en ella un sepulcro de piedra. Esta abertura, por la cual se entra hoy al interior del monumento, no es la puerta construída cuando se fabricó, sino un agujero hecho con gran esfuerzo. Se dice que fué practicado de orden del califa MAMÚM.»

-Muchas personas de nuestra compañía entraron, subiendo hasta la cámara superior de la Pirámide, y al bajar contáronme las cosas maravillosas que habían visto. Me dijeron que la galería estaba tan llena de murciélagos y de sus excrementos, que hacían casi imposible pasar por allí; que aquellos animales eran grandes como palomas, y que en el interior de la Pirámide se veían puertas y aberturas, dejados sin duda como respiraderos para dar entrada al aire y á la luz. En una nueva visita á las Pirámides quise entrar con otras personas en aquella galería, pero sólo pude recorrer un tercio de su distancia. El terror que me inspiraba aquel sitio me hizo perder el conocimiento, y tuvieron que sacarme casi muerto.»

Hoy la entrada en las Pirámides es cuestión sólo de resistencia física y buenos pulmones. En la de CHEOPS, á que sin duda se refiere ABD EL LATIF, he entrado yo con jóvenes y alegres viajeras que en la misma cámara mortuoria indicada por nuestro escritor brindaron una copa de champagne á sus amigos. Los murciélagos grandes como palomas no se encuentran allí.

No dejaremos al autor árabe sin traducir otro de los párrafos de su curioso libro. -El procedimiento, dice, que adoptaron para edificar aquellos monumentos y la solidez de los mismos, son dignos de toda admiración. Á su forma deben la ventaja de haber resistido la acción del tiempo, aun cuando parece que es el tiempo el que ha debido resistir la pesadumbre de aquellos edificios eternos. Cuando se reflexiona acerca de la construcción de las Pirámides, no puede menos de reconocerse que los más grandes genios prodigaron en ellas sus combinaciones, los hombres más prácticos emplearon sus esfuerzos, los espíritus más luminosos sus talentos, y la más sabia teoría geométrica apuró todos sus recursos para producir estas maravillas, último término de la industria humana. Así se puede decir que aquellos edificios nos hablan aún hoy de los hombres que los levantaron, nos enseñan su historia, nos cuentan en forma inteligible los progresos que habían hecho en las ciencias y la lucidez de su genio. En resumen, nos revelan á través de los siglos su vida y sus obras.»

Hallándome en Guizeh en Abril de 1885 asistí al descubrimiento de un sepulcro hallado en el fondo de un pozo, junto á la gran Pirámide, por los beduínos que emplea en sus excavaciones el director del museo de Bulaq. Aquella tumba perteneció á KEMKÁF, príncipe real de la cuarta dinastía memphita, y había ya sido violada en la antigüedad, pues hallamos roto su magnífico sarcófago de granito de Siena, y la momia destrozada en un rincón del pozo. En el cubo de piedra se veían algunas inscripciones jeroglíficas, que daban á conocer el nombre del propietario de aquel sepulcro:

KEMKÁF, *hijo de Reyes, intendente de las fiestas religiosas, escriba de Horus...*

La miserable luz de mi vela no permitió leer más, viéndome obligado á salir cuanto antes de aquel sepulcro, profundo de diez y seis metros, cavado en la roca de la montaña líbica, en cuyo recinto el exceso de calor y la falta de aire me amenazaban con la asfixia.

Cerca de la misma Pirámide de CHEOPS, en su lado de Poniente, se encuentra la famosa esfinge de piedra que tanto ha llamado la atención de todos los viajeros. Para construirla, los egipcios aprovecharon la roca natural de la montaña, desbastándola en forma de animal sentado, con la cabeza erguida y las patas delanteras tendidas hacia el desierto. Sus dimensiones son las siguientes: altura total de la esfinge, 19 metros 80; la oreja, 1 metro 97; la nariz, 1 metro 79; la boca, 2 metros 32; largo de la cara, 4 metros 15.

¿Qué es esa esfinge? Una inscripción contenida en una lápida del museo de Bulaq dice que al tiempo de construirse la gran Pirámide, hace seis mil años, ordenó CHEOPS la restauración de aquella imagen, que á causa de la antigüedad se hallaba en mal estado. Por tanto, su construcción debe remontar, cuando menos, á los tiempos de la primera dinastía thinita, que empezó á reinar en Egipto cinco mil años antes de la Era cristiana. La esfinge de Guizeh y la Pirámide de peldaños de Sakara son los monumentos más antiguos fabricados por el hombre en la tierra.

Ignórase lo que representaba aquel enorme animal con cabeza humana, adornada con la diadema *pschent*. Supónese que era la imagen de uno de los primeros Reyes egipcios, los cuales, por los buenos recuerdos que dejaron de su gobierno, fueron divinizados;



*J. Cebrían pintó*

LIT. DE FERNÁNDEZ, P.<sup>CA</sup> S. NICOLAS 7 Y 9, MADRID

La gran esfinge.



pero carece de fundamento sólido esta aseveración porque no es de creer que fueran á colocarse esas consagraciones divinas en los lugares de olvido y de respeto á la muerte que representan las necrópolis. Mejor puede aceptarse la suposición que hace de la esfinge imagen del Dios Armakhi, forma del Sol iluminando la tierra al amanecer en Oriente, de la cual dicen los antiguos textos jeroglíficos estas palabras en las invocaciones que le dirigen los difuntos:

*Salud á ti, Armakhi, que te das forma á ti mismo. Tu aparición en el horizonte es admirable cuando iluminas la doble tierra con tus rayos. Se inundan de alegría los Dioses cuando te ven, Rey del cielo, con la diadema ureus ciñendo tu frente, dispuesto desde la proa de tu barca á destruir todos tus enemigos.*

La tradición árabe recuerda aún las proezas que Armakhi debía realizar para vencer á los enemigos de los Dioses, y quizás por ella se conserva el nombre de *Abú el jol ó padre del terror* con que la esfinge es designada por los primeros viajeros y escritores musulmanes que la contemplaron después de la conquista.

Hoy la esfinge de Guizeh aparece en muy mal estado: situada en una hondonada mucho más baja que las vecinas llanuras del desierto, cuyas arenas, levantadas por los temporales de primavera, se arremolinan en torno suyo, ordinariamente sólo tiene visible la cabeza. Su rostro, que guarda aún señales del color rojo con que fué pintado, sirvió de blanco al ejercicio de bala de los mamelucos acampados en las tierras inmediatas, con lo cual es inútil añadir que sus facciones están enteramente mutiladas.

En tres ocasiones se ha descubierto la esfinge, limpiando la arena que la cubría. La primera ocurrió en tiempo de THUTMOS III, Rey egipcio de la XVIII dinastía, quien, á consecuencia de un sueño, ordenó la reparación de aquella imagen sagrada, poniendo en una especie de altar que fabricó á la altura del pecho una lápida conmemorativa de las obras ejecutadas. Poco tiempo tardaría en invadirla de nuevo la arena del desierto, y sepultada en ella quedó la esfinge, hasta que en 1853 MARIETTE la hizo excavar para ver las inscripciones de sus lápidas. Algunas de éstas fueron luego adquiridas por los ingleses y se encuentran hoy en el Museo Británico. Finalmente el año pasado se emprendió de nuevo la obra de desenterrar la colosal figura, en cuyo trabajo se estaba cuando yo salí de Egipto: tarea y gasto perfectamente inútiles, pues

aparte del poco interés que ofrece tener la esfinge descubierta ó tapada, no hay poder humano capaz de evitar su inmediata desaparición bajo las arenas el día que se levante un temporal de viento en el desierto libico.

Inmediata á la esfinge, y también casi cubierta por la fina arena, se ve una sólida construcción de piedra que los beduinos y guías del desierto llaman *templo*. ¿Lo es en realidad? Sería aventurado afirmarlo en absoluto. Se trata de monumentos de época muy remota, y por lo tanto, poco conocida, y además nos faltan



La esfinge de Guizeh.

términos de comparación para inducir con alguna probabilidad de acierto. El edificio á que me refiero lo mismo puede haber sido templo, que palacio ó fortaleza. Está rodeado de altos y gruesos muros, construídos con grandes bloques de piedra calcárea de Turah, y con masas de granito rojo de Siena procedente de las lejanas canteras de la primera catarata elephantina.

En su interior se halla un patio limitado por pilares cuadrados que son grandes monolitos puestos para sostener un techo ahora destruído. Á su lado una sala, estrecha y larga, conduce hasta una pequeña cámara oscura, en donde hay seis

nichos de basalto blanco que parecen haber sido destinados á guardar cadáveres. El aspecto de esta segunda sala mejor parece de sepulcro que de templo.

Por los suelos, en varias partes del edificio, se ven fragmentos de ídolos y de sarcófagos de piedras; y las paredes, perfectamente pulidas, no tienen, ni han tenido inscripciones ó pinturas de ningún género. El conjunto del monumento ofrece alguna semejanza con el sepulcro de Ti en Sakara, por más que sus dimensiones son mucho mayores.

¿Por qué el edificio no ha de haber sido á la vez templo y sepulcro? Su origen antiquísimo es indudable, pues basta ver la



construcción de sus muros para convencerse que se trata de una obra contemporánea, cuando menos, de la gran Pirámide. De esa época no se conoce en Egipto ningún templo, y hay razón para suponer que se enterraban en su recinto los grandes dignatarios del Imperio, y quizás los mismos príncipes de sangre real. La esfinge, que estaba al lado, podía ser la divinidad del lugar, y el edificio, la morada de los sacerdotes y el asilo que buscaban para dormir en la eternidad sus amigos y favorecedores. ¿No se encuentran también nuestras iglesias llenas de cadáveres así enterrados?

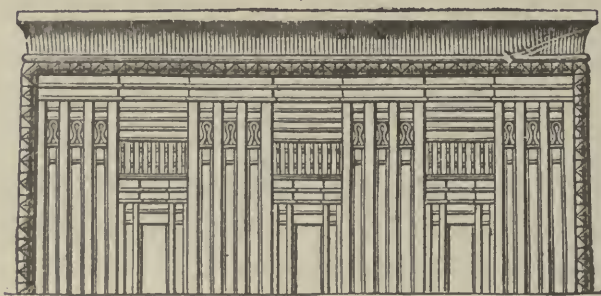
En torno de las Pirámides se ven infinitas ruinas de pequeños sepulcros, de *mastabas*, de cuevas que aprovecharon los egipcios para depositar sus muertos. No todos, sin embargo, cuentan la misma antigüedad, pues ocurrió allí lo que en todas las necrópolis del Imperio: los muertos de hoy desalojaron de sus tumbas á los de ayer, para así evitar la aglomeración de cadáveres y para tener espacio donde enterrarlos. Recientemente se han encontrado datos muy curiosos é interesantes acerca de la manera de administrar las necrópolis; lo cual explicaré ya que por ello puede comprenderse el motivo del desorden y abandono que se observa en todos los sepulcros egipcios.

Por antigua y arraigada costumbre, únicamente los personajes ricos gozaban del privilegio de ocupar una cámara aislada y de asegurar con fundaciones pías las plegarias de un sacerdote agregado especialmente á su sepulcro: las gentes de posición desahogada confiaban las momias de sus parientes á contratistas pertenecientes al sacerdocio: éstos las alojaban en almacenes propios, y, mediante el pago de una renta anual ó de una suma satisfecha para siempre, se encargaban de su conservación y de celebrar por ellas las ceremonias canónicas en los días señalados por la ley religiosa. Estos almacenes constituían una propiedad que se podía comprar ó vender como otra cualquiera: se requería únicamente que se uniera al contrato de venta la lista nominal de las momias existentes, cada una de las cuales representaba un valor más ó menos crecido, según las condiciones de su depósito y la posición social de la familia á que perteneciera.

Con el tiempo se extinguían las familias que colocaron sus momias en estos depósitos, ó cambiaban de residencia, ó no querían pagar más rentas en beneficio de antepasados que no habían conocido. Y como los almacenes debían llenarse sin cesar con los

cuerpos recién llegados, se empezaba por retirar en apartados rincones las momias viejas, hasta concluir por enterrarlas definitivamente en cualquier parte, con más ó menos cuidado, según la posición que habían disfrutado en vida. Las pertenecientes á familias ricas descendían por los pozos á las cámaras particulares: las de gente pobre iban á la tumba común, y allí se amontonaban formando con ellas grandes pilas, como se hace con los fardos y cajas en la sentina de los buques.

Á pesar de estos inconvenientes, en las necrópolis egipcias es donde más y mejor se pueden recoger datos preciosos é importantes para conocer la vida de aquel pueblo. El tesoro que encierran es de valor incalculable, y ha de transcurrir mucho tiempo antes que los egiptólogos declaren haberlo agotado.



Sarcófago de Micerinos.



Ruinas de Memphis.

## CAPÍTULO XXI



A capital del Egipto se halla muy cerca de las grandes ruinas memphitas. Durante mi residencia en ella, tuve ocasión de visitar en las llanuras de Mitrahine el lugar donde se levantó Memphis, y la vecina cordillera del desierto de Sakara, que durante sesenta siglos ha guardado los momificados cadáveres de los habitantes de la más antigua é importante capital del Imperio. En mi primer viaje íbamos algunos amigos en alegre caravana, animada por jóvenes y elegantes viajeras; y la rápida inspección que de los monumentos conservados en la necrópolis hice éntonces, sólo sirvió para avivar en mí el deseo de volver con calma y tranquilidad á aquélla región, que guarda los recuerdos más antiguos de la civilización egipcia.

Ocupado en excursiones á las ciudades griegas del Delta nilótico, no pude volver á Memphis hasta el día 17 de Febrero de 1885. A las ocho de la mañana salí del Cairo por el ferrocarril

del Alto Egipto, dejando el tren cuarenta minutos más tarde en la estación de Bedrechín, donde me aguardaba el convoy de beduinos destinados á mi escolta y servicio. Doce negros fornidos, altos, envueltos en largas camisas blancas y anchas capas negras, el turbante en la cabeza y el fusil cargado de metralla puesto en bandolera, esperaban mis órdenes para cargar en cuatro camellos los bultos del equipaje.

Era necesario llevarlo todo. Me había propuesto pasar algunos días en el desierto líbico, utilizando la barraca de ladrillos y madera construída por MARIETTE, cuando descubrió el Serapeum de Memphis; y como no está habitada, ó vive sólo en ella un mísero guardián, me fué preciso llevar ropa, libros, armas, una cama de campaña, la tienda, los víveres más necesarios, y hasta agua, carbón y utensilios de cocina. Tras no corta dilación se puso el convoy en marcha, y yo monté á caballo, lanzándome bajo la guía del beduino OSMÁN, en dirección al desierto, á través de la verde llanura de Mitrahine.

Después de media hora de marcha entre las palmeras que sombrean la fértil comarca de las tierras bajas, llegamos á las informes ruinas de las antiguas casas de Memphis. Poco queda de la ciudad tan renombrada. Construída por los Reyes de la III dinastía, ó según las tradiciones helenas por MINIS hace setenta siglos, según quieren algunos historiadores, se llamó en un principio Mannofri, *el lugar bueno*, y fué consagrada al Dios Ptah, recibiendo el nombre sagrado de Jakuptah, *morada de Ptah*, que los griegos convirtieron en Egipto. Memphis fué el centro de la civilización y la cultura nacionales en los primeros tiempos de la historia egipcia, pues en su recinto floreció la literatura, se desarrollaron las ciencias, y las artes plásticas produjeron las acabadas obras del antiguo Imperio que hoy admiramos en los museos y en la misma necrópolis de Sakara.

Memphis dejó de ser capital del Imperio al extinguirse la octava dinastía, hace cincuenta siglos, y desde aquella remota época fué en decadencia hasta convertirse en ruinas. Abandonada por los Reyes heracleopolitanos y diospolitas del primer período, aparece por muchos años olvidada, hasta que los grandes monarcas de las dinastías tebanas la restauraron, volviéndole gran parte de su primitivo esplendor. En las subsiguientes revueltas del país sufrió muchísimo, y cuando las invasiones de los asirios, los etíopes y los

persas, fué asolada. Reedificáronla en gran parte los Ptolomeos, y en su época, según refieren algunos historiadores, existían importantes barrios habitados por fenicios y otros extranjeros. STRABÓN, sin embargo, la contempló desierta, y ya entonces pudo decirse que tendría cumplimiento la fatídica profecía de Jeremías:

*¡Oh hija del Egipto, prepara lo que pueda servirte en tu cautiverio, porque Memphis será convertida en desierto, se verá abandonada y quedará inhabitable!*

Entre las restauraciones hechas en Memphis por los Reyes tebanos, merece consignarse la efectuada por RAMSÉS II, puesto que de ella se conservan aún muchos vestigios. Los restos de las murallas hoy llamadas de Kon Abú Khanzir prueban la extensión de las obras edificadas por orden de aquel Monarca en el santuario de Ptah, que los griegos denominaron templo de Vulcano. Junto á la depresión de terreno que todavía señala el lago sagrado del lugar, yace en el suelo un colosal monolito de 14 metros de longitud, representando al Monarca de pie entre las divinidades Ptah y Sekhet. Una inscripción jeroglífica escrita en el pectoral que adorna á RAMSÉS II, ó sea SESOSTRIS, según le llamaron los griegos, le da los títulos de *Dios del Sol, señor de la verdad, favorito de Ra*. La estatua fué erigida frente á una puerta del templo, habiendo sido probablemente derribada por alguna de las frecuentes invasiones que sufrió Memphis durante su larga historia. Otra imagen del mismo Rey, labrada en un bloque granítico, fué también descubierta en la antigua capital egipcia hace algunos años, y si hemos de dar crédito á antiguas tradiciones, en los templos más renombrados del Imperio, se erigieron estatuas semejantes como *exvotos* ofrecidos por RAMSÉS en acción de gracias á los dioses que le salvaron la vida en Pelusa.

HERODOTO y DIODORO SÍCULO, cuentan que hallándose el Monarca en aquel puerto, de vuelta de su campaña contra los libios, fué invitado, con su mujer y sus hijos, á un banquete que le ofreció uno de sus hermanos. Éste quería asesinar á SESOSTRIS, y para conseguirlo, ideó encerrarle en una tienda rodeada de haces de paja, á los cuales debían aplicar fuego sus criados; pero, como quiera que éstos estuvieran embriagados, cumplieron mal el encargo, y en el momento de aparecer las primeras llamas el Rey levantó las manos para invocar el favor del cielo, y pudo salir ileso del incendio con toda su familia. Queriendo luego recordar este

milagro, y enseñar al pueblo que el Monarca recibía directamente favores de los Dioses, se colocaron las regias estatuas en los templos egipcios.

No desapareció Memphis, sin embargo, con la antigua civilización egipcia. ABD EL LATIF la visitó en el siglo XII, y pudo aún contemplar las importantes ruinas que de ella quedaban en tiempo de la conquista árabe. «He visto, dice, pedestales sentados sobre enormes bases. Las piedras procedentes de los edificios llenan las ruinas, y en algunos sitios se ven en pie lienzos de murallas... He admirado el arco de una puerta muy alta, cuyos muros laterales están formados por una sola piedra cada uno; la parte superior, que también era un monolito, cayó delante de la entrada. Respecto á las figuras de ídolos que se encuentran entre esas ruinas, ya se las considere por sus dimensiones prodigiosas ó por su número, no pueden describirse ni es posible formar de ellas cabal idea: lo que más admira es la exactitud de sus formas, la simetría de sus proporciones y la semejanza con el natural. He hallado una estatua que tenía, sin el pedestal, más de 30 codos de altura. Era de granito rojo y estaba cubierta con un barniz encarnado que, á pesar de la antigüedad, parecía recientemente aplicado. He visto dos leones colocados uno enfrente de otro á corta distancia; su aspecto debió inspirar terror, pues á pesar de su grandeza colosal, son exactísimas sus formas y proporciones. Ahora están rotos y cubiertos de barro.»

El Cairo destruyó á Memphis; sus edificios fueron demolidos y aprovechadas las piedras en las construcciones de la moderna capital del Egipto. Hoy sólo se encuentran en su antiguo recinto, perdidos entre el bosque de palmeras que lo cubre, algunos pedazos de muros ennegrecidos por el implacable sol del África, lápidas enterradas con restos de inscripciones borrosas é ilegibles, ídolos y Dioses caídos de los altares y mutilados en informes fragmentos. Es cuanto queda en el mundo de la renombrada capital memphita.

Después de recorrer estas ruinas, entré en el desierto de Libia. Sobre la cordillera que lo limita, puestas sin orden alguno, se ven varias Pirámides medio destruídas que fueron edificadas para servir de sepulcros á los primitivos Monarcas memphitas. Entre todas descuella la de *peldaños*, así llamada á causa de los cinco cuerpos diferentes que la forman: en su interior no tiene inscripción al-

guna, y sólo se sabe de ella que la edificó uno de los Reyes desconocidos de la I dinastía, probablemente UENNEFÉS; tiene, pues, más de siete mil años de antigüedad, siendo probablemente el primer monumento hecho por los hombres en la tierra, que aun se conserva en su original estado.

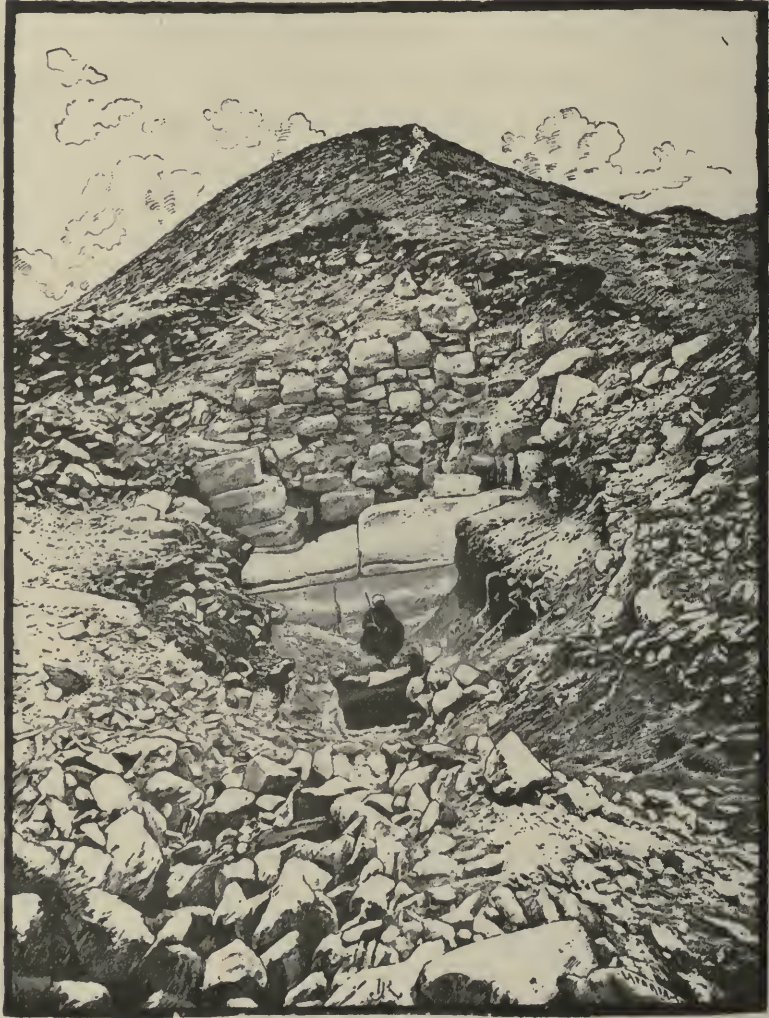
No son menos célebres, con sus cuatro mil años de existencia, las restantes Pirámides que se levantan al lado de su hermana mayor, pues sirvieron de tumbas á las momias de HUNAS, TETI, PAPI y otros Monarcas de la XI y XII dinastías nacionales. Creíase que estos monumentos no habían sido violados en la antigüedad, y



Pirámide de peldaños.

en esta creencia, el profesor MASPERO hace algunos años ordenó registrarlos. La primera Pirámide, abierta en 1883, fué la de HUNAS: al despojarla de los escombros que tapaban su revestimiento exterior, aparecieron las señales de una mina hecha por los árabes, por la cual éstos llegaron hasta la cámara mortuoria del Monarca allí enterrado. La devastación de la Pirámide había sido completa. Tiene aquel sepulcro dos salas, perfectamente conservadas; en la primera, que está vacía, decoran las paredes largas inscripciones escritas en caracteres azules sobre el fondo blanco de la piedra, conteniendo alabanzas al Rey. En la segunda sala se halla el sarcófago de HUNAS, echada al suelo la piedra que lo cubría. Es un magnífico monolito de basalto, pulido y abrigado con toda perfección. Las paredes de esta cámara están también llenas de inscripciones jeroglíficas y de bonitos adornos pintados en torno del sepulcro.

Las demás Pirámides debieron ser violadas por los mismos árabes, puesto que en sus cámaras no se ven más que fragmentos de momias, de muebles y ofrendas funerarias. Las inscripciones



Pirámide de HUSAS.

que contienen carecen de valor histórico, por ser únicamente textos religiosos ya conocidos por otros documentos.

Desde el día de mi llegada al desierto de Sakara, me dediqué á visitar sepulcros y capillas funerarias. Existen más de un millar de los primeros en la larga y estrecha faja de tierra que, desde Guizeh á Dashur, formaba la necrópolis de Memphis: y algunas cámaras mortuorias que en ellos se encuentran son de mérito



realmente extraordinario. Distínguense entre todos los de TI, PTAH HOTEP, SABÚ, y otros personajes de alto rango oficial que vivieron en tiempo de la V dinastía: y en sus paredes se ven grabados acabadísimos cuadros de la vida rural en Egipto.

Tomemos como tipo del decorado de aquellos sepulcros, el de la mastaba de TI. En los diferentes cuadros de sus muros se ve siempre á este personaje, unas veces de pie, apoyado en su bastón de mando ó marchando con su hijo al lado, y otras sentado en aparatosa actitud al lado de su mujer, representada más pequeña de figura y, generalmente, rodeando con uno de sus brazos la pierna del marido. Los muertos aparecen tal como debieron vivir en la tierra, siendo por la verdad de sus facciones, exacta representación de los individuos. Todos ellos llevan el collar ó el bastón de su dignidad, si antes ejercieron autoridad, y van vestidos como solían estarlo en el curso ordinario de sus ocupaciones. En torno de



Mastaba de Ti.

estas figuras se desarrollan los cuadros de la vida que animaban campos y villas en Egipto hace más de cinco mil años. Á la izquierda de la puerta de entrada unos marineros se pelean y luchan armados del remo. En un cuadro puesto en la parte superior, medio cortado en la piedra, unos saltimbanquis muestran sus habilidades, haciendo equilibrios y adoptando violentas posturas. Debajo se descuartizan varios bueyes, condúcense ganados á los pastos ó se ve á los animales cruzando el Nilo. En el río



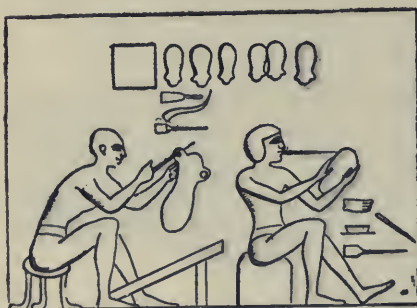
Carpintero.

hasta la Grecia y Siria.

Las escenas más íntimas de la vida doméstica tienen gráfica y exacta representación en estos cuadros de los sepulcros egipcios, que nos sirven para ilustrar en sus menores detalles las costumbres de aquel antiguo pueblo. Las cocinas debieron desempeñar un papel importante en el Egipto, á juzgar por la frecuencia con que se encuentran dibujos de calderos



Cocineros.



Zapateros.

donde cuece el arroz ú hornillos para asar aves. Las industrias se ven también representadas con frecuencia, hallándose desde el humilde zapatero que cose las sandalias de cuero del labrador ó del soldado, hasta el rico orífice que modela los preciosos collares de costosos metales y pedrería. En otras ocasiones se encuentra á los

campesinos que montados en su borrico marchan tranquilamente por las orillas del río, escena repetida continuamente hasta nuestros días. Menos aventurado que los anteriores, un pobre trabajador marcha cargado con los colmillos



Portador de tributo.



Egipcios de viaje.

de elefante y los collares de piedra verde que sin duda lleva como

tributo á algún Gobernador de provincia, cuando no al mismo Faraón en su corte de Memphis ó de Tebas.

Se encuentran en los sepulcros otras escenas de la vida egipcia que pintan las costumbres de los empleados y autoridades de la época. Quizás la más curiosa se refiere al modo de administrar justicia en el país, castigando á los criminales con el instrumento favorito de los orientales, el palo, ó amenazando á los testigos que comparecen delante del juez á prestar sus declaraciones. Cambiaron en Egipto el nombre del reino y la raza de los dominadores, pero no han desaparecido estas costumbres que parecen encarnadas en la propia vida de los míseros hijos de aquel suelo.



Castigos egipcios.

Las excavaciones hechas en Sakara en 1884 por cuenta del museo egipcio, revelaron la existencia de una necrópolis de la XII dinastía, que sirve como dato importantísimo para establecer cuál era la posición y la importancia de Memphis en uno de los momentos más oscuros de su historia. Una de las tumbas descubiertas en el mes de Abril de ese año, la de KOPIRKERI, estaba intacta y en ella se encontraron cinco pequeñas barcas de madera, con todos sus tripulantes, y tres grandes sarcófagos de madera también pintada, con largos textos religiosos.

En 1885 se descubrió en Sakara otro sepulcro de un personaje tebano de importancia. Su tumba, abierta á la izquierda de la entrada de la Pirámide de HUNAS, sólo muestra al exterior el pozo de bajada, que tenía 18 metros de profundidad. Cuatro ó cinco cámaras mortuorias veíanse en el fondo, en estado ruinoso, sin pinturas, inscripciones ni leyendas, y sólo hallamos un magnífico sarcófago de granito rojo, separado de su sitio, abierto y sin momia. Los devastadores griegos bajaron á aquel hipogeo, llevándose hasta los cadáveres.

Hablemos ahora del monumento más importante de la necrópo-

lis memphita, el Serapeum. En sus descripciones de Memphis, STRABÓN dice: «Se encuentra un templo de Serapis en un sitio tan expuesto á los vientos, que éstos acumulan verdaderas montañas de arena, bajo las cuales vimos esfinges enterradas, unas hasta la mitad del cuerpo y otras hasta la cabeza: por lo cual puede suponerse que la visita á ese templo sería peligrosa para el viajero sorprendido por un vendabal.»

AUGUSTO MARIETTE, joven orientalista que entre mil privaciones y contrariedades seguía sus estudios, consiguió en 1850 una pensión del Gobierno francés para recorrer los conventos coptos del Egipto é inventariar sus códices y manuscritos orientales. Según él mismo ha referido en varias ocasiones, vió en el jardín de MR. ZIZINIA, en Alejandría, hasta seis esfinges. En el Cairo, encontró otras esfinges de igual modelo en los jardines de CLOT bey, y supo que el español FERNÁNDEZ tenía varios en Guizeh. Hallándose un día en Sakara para seguir sus estudios de egiptología, vió una cabeza de esfinge igual á las anteriores, sobresaliendo de entre montones de arena y á su lado halló una mesa de libaciones con el nombre de Osiris-Apis. Entonces le acudió á la memoria el pasaje citado de STRABÓN, no dudando que el camino acabado de descubrir conducía al perdido Serapeum.

Pero MARIETTE había sido enviado á Egipto para inventariar manuscritos y no para excavar templos. Decidióse, sin embargo, á practicar excavaciones, y reuniendo clandestinamente algunos obreros, después de mil esfuerzos y penalidades consiguió hallar el templo. Los leones, los pavos reales, las estatuas griegas del dromos, y las estelas de NECTANEBOS salieron de la arena, y entonces el ilustre y atrevido viajero anunció á la vez al Gobierno francés el descubrimiento del Serapeum y el gasto total de las cantidades que debía destinar á los códices cristianos. El Gobierno le envió nuevos fondos para seguir las exploraciones.

Apis, como imagen viva de Osiris en la tierra, era un toro que tenía su templo en Memphis y su sepulcro en Sakara. El palacio que habitaba en la antigua capital egipcia, se llamaba el Apieum, y el Serapeum fué el nombre de su tumba. En la parte exterior de esta última había un verdadero templo, con sus pilones, sus esfinges, sus naos y su recinto amurallado, pero de estas construcciones no queda hoy absolutamente nada.

Lo único que ve el viajero son los subterráneos abiertos en la

roca viva, en cuyas largas galerías eran enterrados los bueyes Apis. Estos subterráneos constan de tres partes, ó se dividen en tres secciones que no tienen entre sí analogía alguna.

La primera y más antigua remonta al reinado de AMENHOTPU III de la XVIII dinastía, y sirvió para sepultura de los Apis hasta el final de la XX dinastía. En ella hay tantas cámaras sepulcrales como Apis enterrados, pues para cada uno de ellos se tallaba una tumba en la roca; hoy no pueden visitarse por estar llenas de arena.



Galería del Serapeum.

La segunda parte del Serapeum comprende las sepulturas de los Apis muertos desde el Rey SCHESCHONK I (XXII dinastía) hasta TAHRAKA (último Rey de la XXV). En ella las tumbas no están aisladas, sino que se abrió un largo corredor, y á un lado y otro se cavaron grandes celdas para los Apis que debían enterrarse en su recinto.

La tercera parte es la más conocida y frecuentada por los viajeros. Empieza en la época de PSAMÉTICO I (XXVI dinastía) y acaba con los últimos Ptolomeos. En su construcción se siguió el mismo sistema de los corredores comunes, abiertos á distancia de más de medio kilómetro. Además se introdujeron en ella los grandes sarcófagos de granito, inmensos monolitos que tienen dos me-

tros y medio de ancho, cuatro de largo, tres y medio de alto, y deben pesar cada uno más de 65.000 kilogramos. Existen 24, y uno de ellos obstruye todo el corredor; se conoce que pertenecía al último toro muerto en Memphis cuando alguna revolución ó quizás las mismas ideas cristianas vinieron á detener su entierro. Estos sarcófagos carecen de inscripciones, excepto tres que llevan los nombres de AMOSIS, CAMBISES y KHEBASCH.

Quinientas lápidas ó estelas puestas por los creyentes en la fe osiriana en los muros de aquel sepulcro, fueron arrancadas por MARIETTE y conducidas á París, en donde figuran como los más importantes monumentos de su rico museo del Louvre.

Siguiendo el desierto hacia el Sur, por la ruta de Dashur, se ve el suelo literalmente atestado de hipogeos y sepulcros en ruinas ó destruídos. Todos fueron abiertos en la antigüedad por la codicia de los que soñaban hallar sobre los cadáveres que guardaban el rico tesoro de piedras y metales con que se suponía fueron enterrados. Estas profanaciones entristecen el alma, pues revelan cómo fueron burladas las creencias de los fieles que acumularon montañas sobre sus tumbas ó abrieron entre rocas sus cámaras mortuorias, pensando así librarlas de toda violación.

Durante mi estancia en aquellas regiones, nada me impresionó tanto como las marchas que de noche hacía por el desierto en las inmediaciones del campamento, solo, sin oír ningún ruido ni ver otros seres vivientes que los chacales abandonando su refugio en las tumbas para bajar á la llanura cultivada. Algunas veces, después de comer, me reunía con la caravana de beduinos á quienes estaba encomendada la custodia de mi persona. Los xeqes ó caudillos de los aduares vecinos enviaban todas las noches cuatro ó seis *gafirs* ó vigilantes para reforzar mis gentes, y todos ellos, instalados en la galería exterior de la casa, se agrupaban de noche junto á la lumbre encendida en algún pedazo de ánfora griega, en la cual hervía la indispensable cafetera de cobre. Era admirable el cuadro que formaban aquellos hermosos tipos del hijo del desierto, negros como el azabache, envueltos en sus blancos albornoces, medio perdidos en las sombras de la noche ó iluminados á veces por la luna, que luce blanca y diáfana en el ciclo purísimo del Egipto.

Invitábanme siempre á tomar una pequeña taza de buen moka, que acepté más de una vez para sentarme entre ellos y oír sus

cuentos de aparecidos ó de ladrones. Al verlos cómo se afanaban en torno mío, pude creerme seguro y dormir tranquilo, pues ellos vigilaban, y cada guardián llevaba encima un arsenal de toda clase de armas; pedreñales, fusiles, lanzas, gumías, puñales y pistolas, nada faltaba en el bien repleto cinto de aquellos guerreros de ocasión. Preferí, sin embargo, no haber tenido motivo de ponerlos á prueba, pues me bastó ver el ejemplo de alarma y cobardía que dieron una noche, al encontrar junto á la barraca dos chacales que tímidamente devoraban los restos de mi comida. Al ruido producido por los disparos que hicieron contra aquellos animales, me levanté sobresaltado de la cama creyendo hallar á la puerta de la tienda alguna partida del Mahdí. Hubiera bastado una pedrada para alejar á las inofensivas alimañas; sin embargo, mis beduinos libraron contra ellas una batalla campal, y luego quedaron tan satisfechos creyendo haberme librado de un gran peligro.

Uno de los siguientes días, á las seis de la mañana, emprendía la marcha á pie hacia Dashur, por la ruta del desierto. Después de atravesar las llanuras de arena fina y blanca, sólo cortadas por los muros de antiguas construcciones y los montones de escombros que los excavadores acumulan al limpiar los sepulcros, encontré un desierto que no había visto aún, lleno de pequeñas piedras negruzcas, redondas, lisas, que fatigan al andar sobre ellas y cansan la vista con su brillo. Mi marcha sobre aquel suelo fué en extremo penosa, sintiéndome además incomodado por los rayos del sol, que eran ardorosísimos. De buen grado habría seguido la expedición en camello, si la casualidad hubiese llevado alguno por aquellas soledades.

Una larga hora de camino en tan malas condiciones, me condujo á la antigua necrópolis de Dashur. Algunas pirámides arruinadas y medio destruídas que en ella existen, prueban que los Reyes memphitas de las primeras dinastías eligieron también aquel sitio opuesto á Guizeh para construir sus mausoleos. Encima de las tumbas anteriores á los USIRTASEN, se ven restos de construcciones tebanas, y casas de ladrillo crudo que á lo sumo pueden datar de la época ptolemaica. El desierto puede decirse que continúa la obra de conservación de los monumentos, pues las arenas van invadiendo el sitio de las ruinas, cubren á éstas y las preservan de los estragos del tiempo y de la codicia de los hombres.

Con frecuencia se ven entre los abandonados sepulcros egipcios,

grupos de trabajadores que afanosos excavan los pozos y las cámaras mortuorias en busca de antigüedades. Su faena no puede ser más dura y muchas veces es infructuosa, puesto que en ella les han precedido otros trabajadores desde hace tres mil años, y cada día es más difícil encontrar objetos de algún valor intrínseco ó siquiera arqueológico. El Gobierno del Jédive tolera los trabajos de aquellas gentes, sólo imponiéndoles la obligación de dividir con el museo del Cairo las antigüedades que encuentren. Así se les permite vender su parte á los coleccionadores y viajeros, y se salvan de inútiles devastaciones los monumentos. En mi camino tropecé con una de estas cuadrillas de excavadores y llegué junto á ellos en el preciso momento de desenterrar una momia, sepultada sin caja ni sudarios bajo la arena. Era una mujer, cuyo cráneo conservaba aún los cabellos y el ojo negro y quemado debajo del párpado izquierdo. De un golpe de azadón partió el cadáver un beduino, echándose luego encima los demás para arrancarle las bandas de tela que cubrían el pecho. Quise evitar aquella profanación que creía sin objeto, pero me explicaron que buscaban los amuletos ó ídolos que podía encerrar la momia, y en efecto, en el sitio vacío del corazón se halló un precioso escarabajo de piedra jaspe que pude unir á mis colecciones.

Á las doce de aquella mañana emprendía de nuevo la marcha á pie por el Gebel Kebir hacia el oasis de Sakara, cuyo xeque ó caudillo me había convidado á comer en su casa. Ésta se encuentra en el límite extremo de la llanura, confinando con el desierto, en medio de un hermoso bosque de palmeras. La puerta principal da acceso á un ancho patio cuadrado, en cuyo centro crece un enorme sicomoro de verde tronco y frondosas ramas que llenan de deliciosa sombra aquel lugar. Á la izquierda se ve un edificio de ladrillo, probablemente reservado para habitación del xeque, á juzgar por las espesas celosías que recatan las ventanas, celosías que sirven también para evitar indiscreciones con las cobrizas beldades de mi amigo, cuyo harén no debía estar muy lejos de aquel sitio. En el fondo del patio hay una modesta capilla, en cuyo centro se eleva la cúpula árabe que termina con la media luna. En esta capilla fué enterrado un santón antecesor del caudillo, y fuera del recinto sagrado, en modesta tumba de ladrillos blancos, duerme el sueño eterno la que en vida fué primera esposa del santo. ¡Triste destino el de la mujer en Oriente! Ni la



muerte la iguala al hombre, y la superioridad de éste sobre aquélla, no se extingue en el sepulcro.

El xeque ALÍ, que así se llama el caudillo, me dispensó los honores de una solemne recepción. En la sombra que la casa proyectaba sobre el patio, habíase colocado un diván cubierto por vistosa alfombra mora, que hube de ocupar yo solo, mientras en otro banco situado á unos tres metros de distancia se instalaron el xeque ALÍ y otros cuatro caudillos de su tribu convidados á la fiesta. Inútil es decir que mi entrada fué en extremo ceremoniosa, pues al dejar mi fusil en la parte exterior de la casa, los beduinos corrieron á la puerta, me saludaron con el *naharak said* ó *feliz día* que los musulmanes desean á los cristianos, y cogieron mi diestra para llevarla á su corazón y á su frente. Nos sentamos en los sitios designados, saboreando una taza de jarabe encarnado y encendiendo un cigarrillo de papel, al entablar la eterna conversación del tiempo y las cosechas, mientras los criados terminaban los preparativos de la comida.

Ésta no me causó sorpresa alguna, pues ya entonces estaba acostumbrado á los obsequios orientales. Se puso la mesa en una habitación pequeña, sucia y oscura, á la izquierda del patio, y al entrar en ella, un árabe estacionado junto á la puerta me ofreció agua en una palangana y una toalla para lavarme las manos. En la mesa se veía el servicio destinado á una sola persona, y una silla para sentarse. Ocupé aquel único sitio y pasé rápida revista al *menu* ofrecido por el xeque.

Era la historia de siempre: sopa de arroz con caldo verde, un palomo, un plato de huevos duros, una gallina, una pierna de carnero, vaca con arroz, más arroz blanco, un asado de ternera. Los vinos brillaban por su ausencia, pues no en balde prohibió Mahoma su uso: una botella con agua mal filtrada debe bastar para mi bebida. Por de contado no hay en la mesa platos, cuchillos, tenedores, vasos, manteles, servilletas, ni nada, excepto la comida que he de tomar con las manos. Sin duda por ésto me las hicieron lavar á la entrada.

El xeque y sus amigos se prodigan en torno mío queriendo obligarme á comer, me ofrecen de todo, y hasta llegan á tomar con los dedos los trozos de vianda que suponen serán más agradables á mi gusto. Naturalmente, muy pronto me declaro satisfecho, lavo de nuevo mis manos y salgo al patio á tomar café. Sólo entonces

Alí y sus huéspedes se sentaron á la mesa, y en pocos minutos dieron cuenta de todos los comestibles.

Necesitaba volver al campamento antes que cerrara la noche, pues ya en otra ocasión me convencí de lo difícil que es sin luz del día orientarse por el desierto. El xequé me ofreció un caballo para el regreso, y el auxilio de dos guías que en pocas horas me dejaron junto á las Pirámides de Sakara. De nuevo atravesé á lo largo la necrópolis memphita, deteniéndome más de una vez á contemplar aquel inmenso campo de la muerte, sembrado de tumbas y de ruinas, y blanqueado por los huesos de tantas gentes que murieron hace tres mil años. Al llegar al final de la jornada me sentía horriblemente fatigado, por lo que me acosté sin dilación, y aun creo que en el momento de dormirme la miserable cama de campaña de mi tienda, llena de arena, me pareció riquísimo lecho de mullida pluma.

No recuerdo nunca haber comido menos, andado más y dormido mejor que aquel día.



Mi campamento en Sakara.



Mar de José.

## CAPÍTULO XXII



El panorama general del Nilo, como el de muchos ríos célebres en la historia, es bastante monótono. La misma configuración del terreno se percibe desde la salida de Memphis hasta la región de las cataratas. En el centro de un valle, el río se desliza en tranquila corriente, con sus aguas turbias y amarillas que de vez en cuando el viento riza en pequeñas olas. En ambas riberas, levántanse diques de arena destinados á encerrar en profundo cauce las aguas que, sin embargo, suben y desbordan en la época de la inundación. Al otro lado del dique se extienden las verdes llanuras de trigo, de caña ó de alfalfa, en las cuales de vez en cuando vense poéticos grupos de palmeras ó solitarios sicomoros de copudo ramaje. Y finalmente, corriendo para-

lelas al Nilo, dos altas cordilleras que forman por ambos lados los límites del desierto.

Pero estrechándose el Egipto á medida que se remonta el río, el viajero puede mejor darse cuenta de la numerosa trama de canales que cruza el país, y que son un elemento indispensable para el cultivo de los campos. El más importante de todos estos canales es el llamado Bahr Yusuf ó *mar de José*, que se interna por el lado de África hasta el pie de la sierra líbica.

Con frecuencia los cauces de los canales están en seco por no haberlos limpiado, ó porque no los alimenta el bajo nivel del Nilo. En tales casos los árabes utilizan un sistema de irrigación que puede verse instalado á lo largo de las riberas del Nilo: hablo de los *shadufs*. Sobre dos pilares de adobe ponen una barra horizontal, formada generalmente por el tronco pelado de una palmera, en cuyo centro se apoya como punto de palanca un palo que gira en el primer tercio de su longitud. Del extremo más largo pende un cubo de cuero que baja hasta el nivel del agua, y en el extremo opuesto se ata una piedra que sirva de contrapeso. Con este primitivo aparato los *fellahs*, medio desnudos, trabajan sin descanso todo el día para elevar á dos ó tres metros de altura muy poca cantidad de agua. Es curioso verlos formando interminable cordón á lo largo de las riberas, y como los *shadufs* casi se tocan, sus hombres mantienen seguidas y animadas conversaciones. De ellos se dice que, sin moverse de su sitio, sirven como rápido medio de comunicación para transmitir noticias á largas distancias.

La corriente del río sigue un plano uniformemente inclinado desde la región de las cataratas hasta el Delta, y en algunas partes es rápida, pues no baja de cuatro á cinco millas por hora. En otros puntos, cuando un muelle ú otro obstáculo cualquiera interrumpe su curso, se arremolina con impetuosa furia. Sobre sus aguas se deslizan las ligeras barcas egipcias, con sus grandes velas blancas que parecen inmensos pájaros. Algunas de estas barcas tienen dos velas triangulares, que izan á la vez cuando el viento les viene en popa, y por su disposición especial producen el efecto fantástico de grandes tijeras cuyas abiertas hojas fueran á cortar el espacio.

Cuando duerme el viento, como dicen los orientales, se pliegan las velas sobre sus palos, y el indolente árabe que descansaba tendido en un rincón de cubierta, ocupa con su remo un sitio en el banquillo del puente. Alineada en doble fila de seis ú ocho hom-



SHADUFS ARABES.



bres por costado, la compañía de remeros se entrega á la faena entonando una canción cuyo ritmo sirve de compás al movimiento de los remos. ¡Cuántas veces, apoyado en la borda de mi buque, he escuchado de labios de los marineros estos cantos tiernos, melancólicos, llenos de sentidas penas! La letra de las canciones es siempre una poesía amorosa, que realza aún aquella música sin contrastes, trémula y pausada, contenida en una sola nota que nunca acaba de emitirse.

No cabe en el mundo mayor belleza que la vista del Nilo á la caída de la tarde. Á lo lejos se pierde el cántico que acompaña el pesado remo cayendo sobre el agua, mientras que en la llanura líbica se ve al sol corriendo presuroso á envolverse en el manto de



Pirámide de Meidún.

arena del desierto. En más de una ocasión he de recordar aquellos cuadros dulces y tranquilos, que inundan el alma de inefable goce, sin perturbarla con grandes emociones. La calma, la soledad y el aislamiento, invaden á la naturaleza y al hombre que la contempla. Se diría que todo va á morir, que aquel mundo decrepito se extingue como acaban los viejos, sin pena ni dolor.

Al poco tiempo de salir de Memphis remontando el curso del Nilo, aparece á la vista del viajero una Pirámide de forma extraña. Es la de Meidún, llamada vulgarmente por los árabes *Harám el Kadab* ó sea la falsa Pirámide. Se ignora su origen, por más que su remota antigüedad es manifiesta, y aun se dice que fué edificada por SNEFRÚ, Rey de la IV dinastía, antecesor de CHEOPS. Este monumento fué abierto hace cuatro años por orden del Sr. MASPE-

ro, no encontrándose en su recinto objeto alguno mortuario, y sí evidentes señales de haber sido violado en la antigüedad. En aquellas inmediaciones fueron descubiertas las dos estatuas existentes en el museo de Bulaq, célebres por su bellísima escultura que data de cinco mil años.

Cerca de Meidún se halla Licht, que visité en Enero de 1886. Allí se encuentran, orientadas de Norte á Sur dos Pirámides rarísima vez vistas por los viajeros. Datan de la época de la dozava dinastía y también fueron abiertas hace tres años gracias al inteligente esfuerzo del Sr. MASPERO. La Pirámide del Sur, que recorrí con detenimiento, ofrece dos particularidades: la de tener la



Sepulcros de Beni Hasán.

puerta tapada con un obelisco que introdujeron de punta por la entrada, y la de estar inundado en su interior el extremo de una galería larga de 70 metros, hasta el punto de ser imposible el acceso á la cámara mortuoria del Rey allí enterrado. No se puede suponer que aquel monumento fuese construído en tales condiciones, conociendo las ideas egipcias sobre la necesidad de conservar el cuerpo humano para vivir en las regiones de la eternidad; por lo cual es de presumir que el célebre terremoto del año 27 antes de Jesucristo hizo subir el nivel del Nilo ó bajar sus márgenes en la provincia egipcia del Fayum.

En Beni Hasán se encuentran los magníficos sepulcros de varios grandes dignatarios que vivieron en la época de la XII dinastía, y cuyas moradas funerarias son célebres por la riqueza y perfección



de su decorado, y la excepcional importancia de los textos jeroglíficos que contienen. Hasta hace poco tiempo, eran aquellos hipogeos los únicos conocidos que dataran de veintiocho siglos antes de nuestra Era, y por tanto simbolizaban el solo eslabón que ligara la cadena del antiguo Imperio á la dominación tebana. La abundancia de detalles dibujados en estos sepulcros tiene excepcional interés para restablecer los cuadros de la vida nacional en el período oscuro del reinado de los AMENEMHAT, y constituye además una hermosa página del arte egipcio, porque revela que no decaía el genio de la raza al sufrir las terribles vicisitudes de sus guerras exteriores y sus luchas intestinas. El cuadro del *Arpista* de Beni Hasán se ha hecho famoso por su admirable ejecución y su pureza de líneas.

Entre dichos hipogeos merece muy especial estudio el de AMENI AMENEMHAT, general de infante-

ría que fué á batirse contra los *Apu* y los etíopes, siendo luego recompensado con el cargo de gobernador de Sah y colmado de honores por su soberano. Otro sepulcro pertenece á KHONUM HOTPU, que fué también gobernador de Sah. Al edificar su tumba, hizo un contrato con los sacerdotes que debían cuidar de entretener el culto y celebrar las fiestas religiosas y funerarias en su recinto, dejando un texto de este contrato escrito en sus muros. Dice así tan curiosísimo documento :

KHONUM HOTPÚ, *hijo de NUHRI, dice: El Rey AMENEMHAT II*



Arpista.

*me hizo Príncipe el año 19 en la villa de Monait Khuru. Desde entonces quise exaltar el nombre de mis padres edificando sus capillas, y he llevado sus estatuas al templo de la villa dándolas pan, dulces, libaciones de agua, incienso y carne sagrada. He buscado un sacerdote del Ka á quien he cedido tierras y vasallos: he decretado que se hicieran provisiones funerarias de pan y demás ofrendas para cada fiesta de la necrópolis, ó sea para las fiestas de año nuevo, del año grande, del año pequeño, de final de año, la gran fiesta, la fiesta del gran calor, la del pequeño calor, las fiestas de los cinco días intercalares, la de tirar la arena, las de los doce meses, las de los doce medios meses, y para cada fiesta de los vivos y los muertos. Si alguna vez el sacerdote ó alguna persona interesada olvida esto, que inmediatamente deje de existir, que su hijo no le suceda en su destino.*

El Nilo en esta parte ofrece gran animación. La ciudad de Roda, que se extiende en sus orillas, muestra las elevadas chimeneas de las refineries de azúcar edificadas en los antiguos dominios jeditivos. El distrito es exclusivamente azucarero, y de su puerto en el río salen constantemente los barcos cargados de aquel producto, que descienden hasta el Cairo.

Á poca distancia se encuentran las ruinas de Tell el Amarna, antigua ciudad y capital del Imperio, que por un momento gozó de gran favor. Su erección fué un capricho de un Monarca de la XVIII dinastía, que abandonó á Tebas hace tres mil cuatrocientos años, soñando con reorganizar el país bajo nuevos principios.

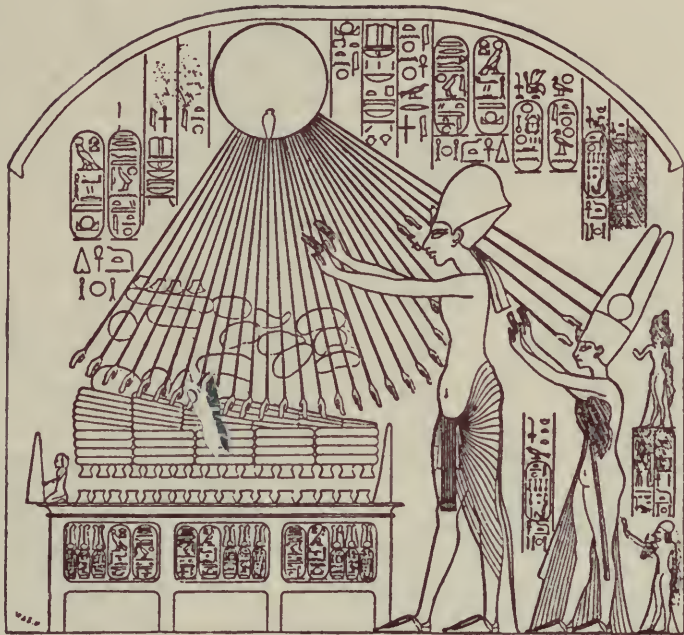
Este Rey, llamado HORO por los autores griegos, y AMENHOTPU NOFIRKHOPIRURI en los textos egipcios, quiso acabar con la excesiva preponderancia que en la capital de su Imperio adquirieran los grandes sacerdotes de Ammón al imponer casi por la fuerza el culto exclusivo de su Dios. La casta orgullosa de los ministros celebrantes é iniciados del templo de Tebas, aspiraba ya entonces á fundar lo que consiguió más tarde, un poder teocrático sobrepuesto á la misma autoridad real, ejercido en nombre de Ammón y aceptado por los egipcios como origen supremo de gobierno. Con tales propósitos, el Monarca perdía todos sus derechos y prerrogativas, que recogían los sacerdotes, á cuyas manos debía confiarse la dirección del país.

AMENHOTPÚ, cuarto de su nombre, rebelóse contra tal imposición, persiguió á la casta sacerdotal en su mismo templo, y hasta se atrevió á reformar el culto de la nación. Era evidente que las primitivas creencias habían sido adulteradas ó corrompidas, y que

el Dios cuyos ministros fueron rebeldes á la autoridad real, ya no podía desde el cielo presidir los destinos de la tierra. Ammón fué declarado Dios inútil y perjudicial, se abolió su culto, y con toda la fuerza que la voluntad del Monarca absoluto imprime á sus resoluciones, decretóse que en adelante se adoraría al sol en el firmamento, al disco Atón.

Esta revolución religiosa tuvo gravísimas consecuencias para Tebas, que desde luego perdió su rango de capital. El Rey fundó la ciudad nueva

llamada Khun Atón, ó sea el *horizonte del disco*, á la cual trasladó su corte, erigió templos y palacios y mandó que fuese abierta su sepultura. El poderío de los ministros de Ammón sufrió rudo golpe, del que no pudieron rehacerse durante algunos años; pero á



Adoración del disco solar.

la muerte del Rey sus odios avivaron el descontento popular, estallaron rebeliones en todas partes, y aquella dinastía, que había contado á los THUTMOS conquistadores y á los AMENHOTPÚ entre sus grandes Reyes, fué derribada del trono. El Imperio se fraccionó entre diversos contendientes, cuyos nombres no conserva la historia, que sostuvieron encarnizadas y estériles luchas para imponerse por la fuerza de las armas. De aquel estado de desorden surgió la dinastía de los Ramesidas.

De Tell el Amarna poco queda en nuestros días, pues los árabes la han devastado hasta demoler todas sus ruinas. Su necrópolis fué explorada en 1885, pudiéndose hacer en ella interesantes observaciones. Se nota que existen una serie de cámaras funerarias,

construídas exactamente bajo el mismo plan. Pertenecían á una corporación de obreros que las fabricaba por su cuenta decorándolas exteriormente, aunque se esperaba para adornar el interior y acabar todos los trabajos, que fuese conocido el gusto de los clientes que debían ocuparlas.

Un pequeño pueblo, situado en la ribera izquierda del Nilo, más arriba de Tell el Amarna, se llama Melaii. Pasa generalmente desapercibido de los viajeros, pero no debe sucedernos lo mismo á nosotros, si tenemos en cuenta que hay en él establecida una colonia española. Unos baleares oriundos de Ciudadela de Menorca, abandonaron á principios de este siglo el comercio que hacían desde nuestras islas al puerto de Alejandría, para remontar el Nilo y fijarse en Melaii, en donde adquirieron grandes propiedades. Allí han conservado intacto un rincón de la patria. Sus nombres, Vivó, PONS, PICÓ, acusan su procedencia; su lengua ordinariamente usada es la catalana; sus libros, las publicaciones de Madrid y Barcelona. Buenos ciudadanos, la ausencia no consigue borrar en ellos el recuerdo de su origen, y son los primeros en ofrecer su óbolo generoso cuantas veces debe remediarse una calamidad de nuestro suelo.

Conocí algunos individuos de aquella vasta familia, que me fué simpática desde el primer momento. Quería con toda mi alma, al detenerme en Melaii, pasar algunos días en sus plantaciones é indagar la exacta producción de sus vastas cosechas de arroz, algodón y caña, que exportan á Europa, pero no pude realizar mi propósito á causa de estar esperándome en Asiut el barco que debía conducirme al Alto Egipto. Ahora lo siento doblemente, pues no creo fácil que vuelva á visitar aquellas regiones.

Cerca de Melaii, en el lado opuesto del río, se encuentran las famosas grutas de Maabdeh, que están atestadas de momias de cocodrilo. ¿Cómo se encuentran allí? Probablemente fueron ofrendas hechas al Dios del Nilo, ó quizás formaban el depósito de aquellos animales, considerados como religiosos, que á su muerte eran embalsamados y cubiertos de vendas, como si se tratara de cadáveres humanos.

Y pues de cocodrilos hablamos, bueno será añadir que actualmente no se ve uno de estos animales ni en las aguas del Nilo, ni en las arenas de sus márgenes. Los cocodrilos han desaparecido con la introducción de los buques de vapor, más que por la caza

que se les daba. Cuenta LINANT Bajá que en 1827, después de la inundación, vió aparecer un cocodrilo en el estanque del Esbekieh, es decir, en plena ciudad del Cairo. En las grutas de Gebel Abu Fedah, cerca de esas cuevas de Maabdeh, nos dice MARIETTE que siempre solía hallarse tendido sobre las rocas, algún cocodrilo que de lejos parecía un tronco de árbol. La región del Nilo entre Melauí y la primera catarata, estaba llena de ellos, y sin embargo, el viajero que hoy no pasa las fronteras de la Nubia, no ve



Bazar árabe de Montfalut.

otros cocodrilos que los disecados y llenos de paja suspendidos por los árabes á las puertas de sus casas para que les traigan buena suerte.

Subiendo por el río se encuentra á Montfalut, población de alguna importancia por el activo comercio de granos y azúcar que se hace en su ribera. La villa es una de las más típicas del Egipto, pues aun no la han desfigurado las innovaciones europeas, y conserva los bazares estrechos, las calles tortuosas, los edificios velados por las *musharabias* de madera, los alminares pintados de rojo

y blanco, todo lo característico, en fin, de las construcciones árabes.

Por fin llegamos á Asiut, la ciudad que separa el Bajo del Alto Egipto, distante unos cuatrocientos kilómetros del Cairo. Su aspecto es animado, sus alrededores son magníficos, y si por dentro de sus calles muestra los rasgos especiales de todas las ciudades árabes, es decir, las calles estrechas, tortuosas y mal adoquinadas, por sus arrabales se extienden grandes construcciones, cómodas viviendas y verdes jardines. Como por allí los árboles no faltan, vense sitios sumamente pintorescos.



Asiut.

Al viajero no le llamará ciertamente la atención el interior de Asiut, y su primer cuidado será trasladarse á la vecina montaña, el Gebel, como la llaman los egipcios, llena de cavernas que fueron tumbas de los antiguos egipcios, desde la época del antiguo Imperio. Visité una de esas cuevas, mucho mayor que las restantes, cubierta de jeroglíficos medio destruidos y apenas legibles, situada frente por frente del estribo de un dique que contiene las aguas del Nilo. La tradición la llama *la cuadra de ANTAR*, siendo este el nombre de un héroe beduino en los cuentos de *Las Mil y una noches*. Por todas partes se encuentran en la montaña restos de momias, huesos, jirones de tela y fragmentos de cajas.

Lo verdaderamente admirable desde lo alto del Gebel es la vista

de Asiut, pues se contempla al pie la ciudad con sus numerosos alminares, sus grandes y verdes llanuras que se extienden hasta confundirse con la luciente línea del Nilo, perdida en los confines de Oriente.

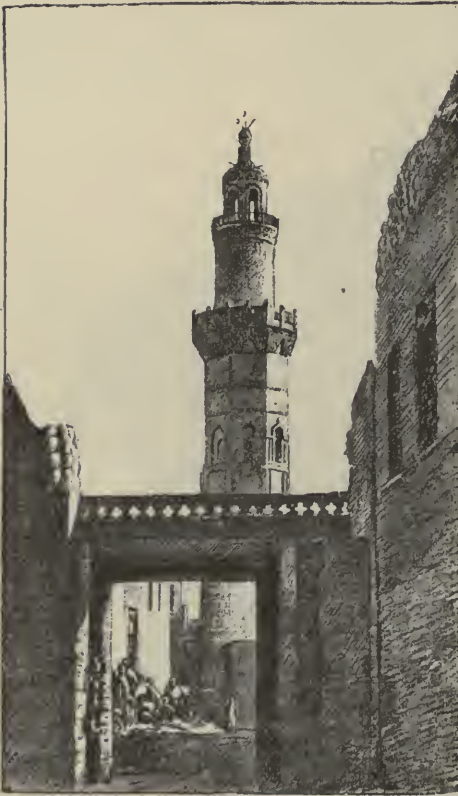
Más arriba de Asiut se halla Akmín. Es un pueblo egipcio



Mezquita de Akmin.

de poca importancia, que vive exclusivamente de los productos de su suelo, y cuyo nombre apenas ha sonado hasta fines de 1884, cuando se hizo el descubrimiento de su importante necrópolis antigua. En aquel lugar estuvo edificada la ciudad de Khemnis, llamada Panópolis por los griegos. Notó MASPERO, al recorrer desde el año 1881 las aldeas árabes situadas al Este del Nilo, que todas

las casas tenían abrevaderos para el gánado, consistentes en sarcófagos de piedra blanca, cuadrados unos y otros tallados en forma humana. Aquellos indígenas parecían no conceder valor alguno á tales antigüedades: únicamente cuando necesitaban cubos nuevos iban á la montaña, y, excavando al azar, estaban seguros de encontrar alguno. El Director de los Museos de Egipto encargó al



Una calle de Akmin.

rais ó guardián KHALIL SAKHAZ que sondara las tierras frente á la aldea de El Hauauish, y su pista fué excelente, pues antes de quince días había abierto veinte tumbas que encerraban más de ochocientas momias.

Ningún cementerio antiguo merece mejor que el de Akmin el nombre de necrópolis: es verdaderamente una ciudad cuyos habitantes se cuentan por millares, y aun todos los días se descubren nuevos hipogeos, sin que el número de cadáveres parezca disminuir desde hace quince meses. La colina, explorada en una longitud de tres kilómetros, está llena de momias y restos humanos, y no solamente tiene pozos y cámaras hechos por los antiguos egipcios, sino que todas las grietas naturales, todos los vacíos en la piedra

han sido utilizados para enterrar los cadáveres. Los pozos son de ordinario muy profundos, descendiendo algunos quince ó veinte metros, y están divididos en varios pisos, á veces ocho ó diez, que contienen cada uno una docena de féretros. Se creería á simple vista que estos sepulcros pertenecen á una familia; pero los nombres, títulos y genealogías escritos sobre las cajas prueban que casi hay tantas familias diversas como momias, hallándose enterradas las diferentes generaciones de una misma familia en distintas partes de la necrópolis.



Las grutas y cuevas ofrecen el aspecto de fosas comunes. Las simples momias, sólo envueltas en sus vendajes, están apiladas del suelo al techo, como si fueran trozos de madera. Encima de las pilas se colocaban los cadáveres que tenían cajas ó cartonajes, y en los vacíos dejados entre los cadáveres se tiraban sin cuidado alguno las ofrendas que les pertenecían, los taburetes, almohadas, zapatos, cajas de perfumes y vasos de colirio. Las primeras momias descubiertas delante de El Hauauish eran de época griega, lo que hizo pensar á MASPERO, que la necrópolis entera pertenecía á aquellos tiempos. Mas á medida que extendió el campo de sus investigaciones, fué hallando tumbas más antiguas, hasta tropezar con una de la IV dinastía, varias de la XVIII, y hasta algunas de los Reyes usurpadores, estas últimas violadas en la antigüedad.

Subiendo por el Nilo se encuentran después de Akmín los grandes templos erigidos por los Monarcas tebanos. Ya desde aquí será difícil que veamos una ciudad ó nos detengamos ante una ruina, sin hallar alguno de esos grandiosos santuarios que la piedad egipcia fabricó, como si quisiera realizar con piedra en la tierra las ideas de eternidad y de grandeza que reviste la divinidad.

Digamos en dos líneas la razón de la existencia de esos grandes edificios religiosos que llenan el país. Para un pueblo como el antiguo egipcio, más formalista que civilizado, cuyas ideas se ingertan lentamente en el cerebro por el medio material de que aparecen revestidas, conviene edificar suntuosos templos cuya grandeza y magnificencia representen en la tierra la morada celeste de los Dioses. Los edificios religiosos conmoverán las gentes por sus enormes dimensiones, pero las impresionarán más si cabe con sus impenetrables misterios, puesto que nunca las macizas puertas de sus entradas interiores se abrirán de par en par ante los fieles, ni un rayo de luz disipará las sombras del santuario, cuya secreta divinidad sólo podrán ver, de hinojos á su planta, los sacerdotes iniciados en todos los misterios del culto. En los primeros patios del templo se reúnen los creyentes para consultar los augures, oír sus predicaciones, comprar amuletos ó proveerse de talismanes; pero nunca traspasarán los umbrales de las capillas cuyos nichos de piedra guardan celosos la imagen del Dios en ellos adorado.

El primero de estos edificios que encontramos en nuestra ruta

es el de Abydos, frente á Belianeh, lugar sagrado donde todos los egipcios desearon enterrarse, porque suponían que allí existía el sepulcro del *Dios de rostro oculto*, Osiris. SITI I consagró suntuoso templo á esta divinidad de la muerte, y su hijo RAMSÉS añadió á las construcciones primeras otras salas hoy enteramente arruinadas, pues las columnas que las dividen apenas tienen metro y medio de altura. Esta devastación es obra de muchos; la empezaron los bárbaros de la antigüedad, que se cebaban destruyendo los ídolos egipcios, y la han concluído los arqueólogos modernos,



Ruinas del templo de Osiris en Abydos.

que arrancan las piedras labradas para llevarlas á los museos de Europa.

El templo de SITI se halla en mejor estado. Se compone de siete santuarios, al parecer dedicados á otros tantos Dioses, viéndose aún en pie las pequeñas naves que los limitan. En un corredor de este templo se encuentra la famosa *estela de Abydos*, piedra importantísima para la historia, pues figura que el Rey y su hijo SESOSTRIS hacen adoraciones á setenta y seis monarcas egipcios cuyos nombres están escritos por orden cronológico. En el altar de piedra de una nave, se ve al Monarca presentando ofrendas al Dios de la muerte.

La necrópolis de Abydos ha sido la más poblada de todo el Egipto, á causa de la creencia popular que suponía estar también sepultado en ella Osiris. Por tal motivo fué constante deseo de todos los devotos poderse enterrar junto al sepulcro del Dios. *Emprende la marcha hacia Abydos, tiene su tumba en aquel cementerio, va á reposar junto á los despojos mortales de la divinidad de la muerte,* dicen los textos de los sepulcros en el Alto y Bajo Egipto; pero esto no quería ni podía significar que todos los egipcios se enterrasen realmente en la ciudad sagrada; quizás los más ricos ó los



Mezquita de Guirghe.

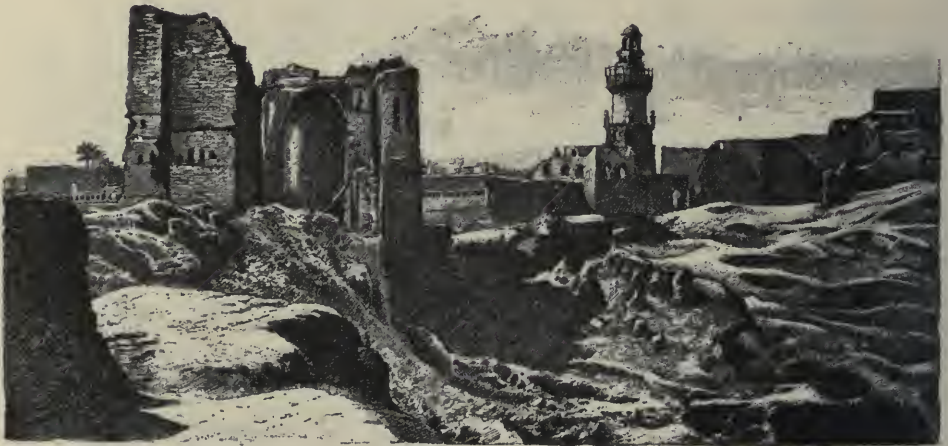
más piadosos así lo dispusieron muchas veces, pero la generalidad hubo de contentarse con añadir al equipaje funerario del difunto ofrendas de barcas con las cuales pudiese efectuar el viaje desde la tumba, ó llevar al templo de Osiris en su necrópolis de Abydos una estelá de piedra que representara al muerto sepultado á larga distancia.

Para visitar á Abydos, solían los viajeros detenerse en una población de la orilla izquierda del Nilo, que tiene en nuestros días cierta importancia: me refiero á Guirghe. Sin embargo, el camino que de este punto conduce al gran templo-necrópolis del antiguo Egipto es largo de veinte kilómetros, en su mayor parte á través

del desierto, por lo cual las modernas caravanas desembarcan en Belianeh que sólo dista de Abydos la mitad de aquel trayecto.

Sin embargo, Guirghe merece ser visitado, pues es una villa árabe sumamente curiosa. Pasé cuatro ó cinco días en su recinto en muy alegre compañía, y por vez primera vi allí la fiesta árabe llamada *de la pólvora*, en la que jinetes envueltos en los blancos albornoces disparan sus armas lanzando el caballo á escape.

Antes de llegar á Tebas se encuentra la población árabe de Keneh, de cierto nombre en el moderno Egipto por residir en ella un gobernador y ser centro de la vida oficial en aquella región del Nilo. Es una villa típica, como todas las que se encuentran en



Keneh.

las riberas del gran río, que no han sufrido muy directamente la influencia extranjera, y por esto se ven aún en sus calles edificios de buen gusto, característicos del país donde fueron construídos.

El viajero europeo no se detiene en Keneh más tiempo que el preciso para desembarcar y pasar á la opuesta ribera del Nilo, donde se levanta el templo de Déndera, uno de los mejor conservados del Egipto. Su construcción es relativamente moderna, pues fué empezado en tiempo de Ptolomeo XI ALEJANDRO, cien años antes de la Era cristiana, no siendo concluído hasta el reinado de NERÓN. Fué consagrado á Hathor, la Diosa Aphrodita ó la Venus de las tradiciones clásicas, divinidad que según la teogonía egipcia simbolizaba la hermosura y el amor y era además emblema de la armonía general del mundo.

Nótase en este gran edificio, mejor que en otro alguno de su clase, la cantidad de inscripciones grabadas en los muros. Éstas llenan las paredes de todas las salas y de todos los corredores; mas por desgracia sus textos nada nuevo nos dicen, como no quiera tomarse en cuenta la transición que revelan hacia las ideas desarrolladas por los neo-platonianos de Alejandría. El santuario de Déndera es una de las últimas páginas del arte egipcio. Su construcción no había terminado, cuando ya en Jerusalén vivía Jesucristo.



Templo de Déndera.





Templos de Karnak.



La Diosa Mut.

## CAPÍTULO XXIII

OR fin llegamos á la famosa Tebas, la antigua Pir Amen, *ciudad de Ammón*, ó la Dióspolis de los griegos, en cuyo extenso recinto todavía se conservan las construcciones más numerosas é importantes que el Egipto debe á sus Reyes del segundo Imperio.

Tebas es nombrada por vez primera en la historia, en tiempo de la XI dinastía, unos treinta siglos antes de la Era cristiana, reconociéndola ya como capital del reino. Su poder desaparece pronto ante la invasión de los Reyes pastores, que eclipsan durante diez siglos el brillo de la civilización desarrollada por los USIRTASEN; pero el entronizamiento de AAHMES I y de las dinastías Ramesidas, allá

por los años de 1700 antes de J. C. asocian la gran villa á todos los progresos del Egipto, la convierten en su capital más bella y fastuosa, la llenan de templos en donde los Dioses de mayor importancia tienen un culto, y los Reyes más ilustres van á escribir sobre los muros de sus templos la reseña de sus batallas y el resultado de sus victorias.

Como todas las grandes ciudades de la antigüedad, y aún muchas de las modernas, Tebas estaba edificada junto á un río, el Nilo, que la dividía en dos mitades. En la ribera derecha había la ciudad profana, los templos de Ammón y el distrito exclusivamente religioso de Karnak. En la ribera izquierda existían el barrio de Medinet Abú, los colosos, los templos funerarios y las diferentes necrópolis.

La historia de Tebas ocuparía muchas páginas, aunque sólo debiera referirse á los monumentos que en su recinto fueron edificados. Los más antiguos son algunos pozos y sepulcros cavados en tiempo de la XI y XII dinastías, en la parte de necrópolis hoy conocida con el nombre de *Drah abu el Neggah*. El vacío de la invasión de los hicsos se nota en Tebas mejor que en parte alguna, con la falta absoluta de monumentos que nos permitan llenar aquella página en blanco de la historia egipcia. Hasta la derrota y expulsión de esos bárbaros no asocia su nombre Tebas á construcción alguna.

El renacimiento aparece en tiempo de la XVIII dinastía con los grandes Reyes constructores, los AMENHOTPÚ y los THUTMÓS, en cuya época empiezan á levantarse esos inmensos edificios, hoy arruinados, pero testigos irrecusables de una gran vida y de una gran civilización. Los Ramesidas engrandecen su favorita capital con monumentos que no edificará ya más la mano del hombre en la tierra, pues en nuestra presente organización social y política sería imposible á toda humana empresa acumular aquellas moles y dar á su forma la expresión de un arte religioso cuyo sentimiento extinguióse para siempre.

Aun cuando Tebas pierde su rango de capital, diez siglos antes de J. C., no por esto los Reyes egipcios dejan de construir nuevos templos dentro de sus muros, de ensanchar los antiguos ó de adornar sus calles. Los Bubastitas de la XXII dinastía edificaron la gran sala que precede el templo de Karnak, y el Rey TAHRACA mandó grabar su nombre en las paredes del mismo templo y en



las de Medinet Abú. Los Saitas de la XXVI dinastía elevan diferentes santuarios, hoy casi enteramente destruídos. Los Ptolomeos también señalan su paso por Tebas construyendo el templo de Deir el Medineh y los pilones monumentales de Karnak.

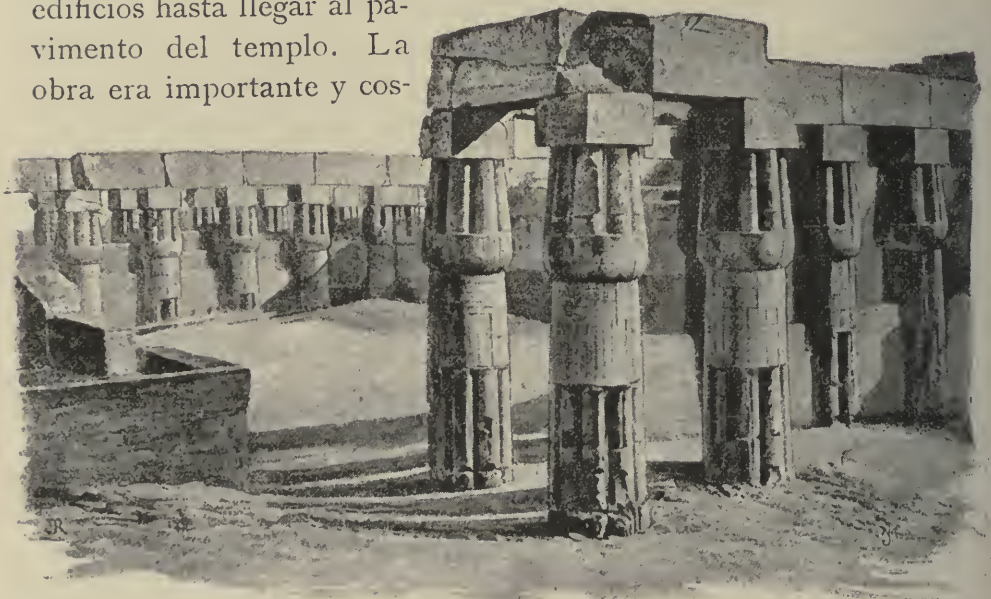
Pero los días de gloria de Tebas habían ya pasado en estas últimas épocas. Á la muerte de ASARHADDÓN, SARDANÁPALO se apodera de la ciudad, y la saquea. Aunque TAHRACA la reedifica y restaura, el guerrero ninivita entra por segunda vez en ella como su conquistador. No existen pruebas directas de la barbarie que una tradición, quizás exagerada, atribuye á la conducta de CAMBISÉS: es posible, sin embargo, que este Monarca violara algunas tumbas de Bab el Moluk, y que la necrópolis tebana hubiese particularmente sufrido por sus devastaciones. Citaremos, en fin, como última y suprema violencia ejercida sobre la capital tebana, su sitio y saqueo por Ptolomeo LATHYRO. Á partir de este momento, acaba la historia de Tebas. Su decadencia empezó con los grandes sacerdotes de la XXI dinastía, y fué completa en tiempo de Cristo, cuando STRABÓN no vió en la antigua capital más que la reunión de algunas aldeas diseminadas entre las ruinas.

Sólo pasaremos revista á los monumentos que en la actualidad existen de la antigua Tebas, empezando por su orilla derecha, ó sea por Luxor. De las primitivas casas que formaban aquel populoso barrio, puerto de la ciudad, no queda resto alguno, pues sus ruinas fueron niveladas para edificar encima el miserable pueblo árabe en que hace poco tiempo se detenían los viajeros que visitaban la región tebana. Su mismo templo dedicado á Ammón Ra, que ocupa un perímetro de más de dos kilómetros, estaba lleno de escombros á la altura de los capiteles de sus columnas, encima de los cuales, suspendidas como palomares, se veían las pobres viviendas de los modernos árabes.

Este templo de Ammón fué fundado por AMENHOTPÚ III, quien mandó levantar toda su parte meridional hasta la gran sala de columnas que se ve desde el río. RAMSÉS II construyó los dos obeliscos de la puerta, de los cuales el de la derecha ha sido arrancado y conducido á París, el gran pilón de la entrada, y la sala pequeña de columnas inmediata á ésta. Es verdad que en varios lugares se encuentran grabados los nombres de algunos Reyes de Egipto, como ALEJANDRO II, AMENTUANKH, HORO, SABCÓN, y PSAMÉTICO, pero estos monarcas no construyeron en el

templo edificio alguno, limitándose á dejar sus nombres en las paredes á manera de *exvoto* ofrecido á la divinidad, ó quizás como recuerdo de su visita al santuario.

El templo de Luxor causaba la desesperación de los viajeros, que no podían visitarlo por estar, como he dicho, enteramente lleno de ruinas, encima de las cuales se había edificado una aldea. Cuando en 1881 Mr. GASTÓN MASPERO, profesor de egiptología en el colegio de Francia, fué nombrado Director general de museos de Egipto, se propuso excavar aquellas ruinas, quitar los escombros y descubrir las columnas y edificios hasta llegar al pavimento del templo. La obra era importante y cos-



Templo de Ammón en Luxor.

tosa, pero el genio del eminente maestro podía superar obstáculos mayores, y no abandonó el Egipto en 1886 hasta ver casi concluída la obra.

La primera dificultad que se le ofreció fué la de encontrar dinero para pagar á los braceros que se emplearan. El Gobierno egipcio concede al Director de museos la suma anual de 6.000 libras egipcias, ó sean 356.000 pesetas, para cubrir todas las atenciones de descubrimientos, conservación de museos y monumentos, y compra de antigüedades. La cantidad es siempre insuficiente para las costosas aplicaciones á que debe ser destinada, y ni por un momento se pensó en dedicar parte alguna de ella á las obras de

Luxor. Secundado por un inteligente inglés al servicio del Egipto, el coronel SCOTT MONTCRIEFF, pudo MASPERO abrir una suscripción europea, que inició en Francia *Le Journal des Débats* y en Inglaterra *The Times*, y con sus productos empezar los trabajos que de tanta importancia podían ser para la ciencia egiptológica.

Pero en seguida surgieron los conflictos. Toda la población árabe de Luxor se alzó como un solo hombre contra el proyecto del Director de antigüedades, oponiéndose resueltamente á que se tocara un ladrillo de sus casas. Inútil fué, al principio, que se ofreciera á cada propietario una casa nueva y mejor situada á cambio de la antigua que habitaba, ó que, si lo prefería, se le pagase una indemnización en dinero. Los pobladores de Luxor declararon que querían morir donde habían nacido, y que los empleados del museo pasarían por encima de sus cuerpos para entrar en las casas. Yo fuí testigo, recorriendo á Luxor, de escenas singulares. Unas veces venían á nuestro encuentro pobres mujeres que se nos echaban á los pies y besaban las botas, pidiéndonos por Alah que las dejáramos morir en sus hogares. En varias ocasiones admiramos la terquedad de algunos vecinos, á quienes se habían ya dado casas nuevas, pero que obstinados en no abandonar la antigua, se quedaban en ella y no desalojaban sus efectos, á pesar de que los obreros del museo habían ya quitado los techos y derrumbado algunas paredes. Los que se prestaban á pactar pedían por sus viviendas diez veces más de lo que valían, y hasta hubo un traficante de antigüedades, agente consular de varios países europeos, que por una casa estimada en 200 duros llegó á pedir 12.000. Fué necesaria la intervención armada del Mudir ó Gobernador de Kenh, para vencer las dificultades de todo género que la mala voluntad de los pobladores de Luxor opuso á la expiación de un templo, por ellos ocupado sin derecho alguno.

Pero aquella autoridad se limitó á resolver las cuestiones particulares, dejando en pie un conflicto de mayor importancia y más difícil solución. Á la izquierda de la entrada principal del templo, ocupando buena parte de su recinto, existía entonces, y aun debe verse ahora, la mezquita del lugar. El respeto á la religión impone grandes consideraciones en todos los pueblos orientales, por lo que necesario fué entablar una difícil negociación con los administradores de la mezquita para obtener su traslado. La mala fe por ellos empleada excede á toda ponderación: fué preciso sobornarlos

uno á uno, acceder á cuanto descaron, y por fin construir otra mezquita doble en dimensiones de la que debía derribarse. Cuando pareció que se llegaba á un acuerdo, hubieron de imponer nuevas exigencias, y no fué la menor que se construyeran dos alminares, en vez de uno, que tenía el templo antiguo. En fin, la perseverante firmeza de MASPERO venció estos obstáculos, con la promesa de que no se derribara la mezquita antigua hasta que la nueva estuviese concluída y consagrada.

Mayores inconvenientes ofreció aún la traslación de un pequeño santuario, en donde está enterrado un vecino del lugar, viejo musulmán que murió en olor de santidad. De estas capillas están llenos todos los pueblos islamitas, considerándose sagrado el terreno que ocupan, y como tal, protegido por la religión. Es casi inútil intentar el derribo de las paredes que cubren tales sepulcros, casi siempre abandonados, siendo sólo posible efectuarlo cuando un miembro de la familia del difunto ve aparecerse á éste en sueños para declarar que está mal enterrado en su actual tumba. Preciso fué buscar un pariente del santón de Luxor, y pactar la cantidad de dinero necesaria para inspirarle el deseado sueño, lo que, como puede suponerse, no se consiguió sin grandes regateos.

Así obtenida la expropiación de las casuchas que infestaban el antiguo templo egipcio, se tropezó con la dificultad de que ningún hijo de Luxor se prestaba á demoler las casas ni á excavar los escombros. Entonces se acudió á los lugares inmediatos, cuyos vecinos más voluntariamente se prestaron, atraídos por el cebo de un buen jornal, y con ellos se organizaron rápidamente los trabajos, empezando por desenterrar el costado Sur del edificio. La proximidad del Nilo facilitó la obra; á él fueron arrojadas las arenas y ruinas que se extraían del templo, merced á lo cual en breve espacio de tiempo se llegó al nivel de los primeros muros.

El templo egipcio de Luxor consta de dos partes. La más antigua, correspondiente al Sur, tiene una serie de edificios y un patio circuído por altas columnas cilíndricas, construídos por AMENHOTPÚ: de esta parte empezóse por derribar todas las modernas viviendas árabes, consiguiéndose dejar á descubierto el antiguo monumento, bastante bien conservado, á pesar de las devastaciones sufridas en diferentes épocas. En una de sus salas hallamos las pinturas murales de un altar cristiano, allí erigido evidentemente por los solitarios de la Tebaida en los siglos V ó VI de la Era cristiana.

Mi última permanencia en Luxor data del mes de Marzo del año pasado. Entonces habían empezado las excavaciones hacia la parte del Norte, en donde se encuentra en pie un obelisco, hermano del que los franceses llevaron á París. Á su lado se descubrieron cuatro colosales estatuas con el rostro mutilado, y se despejaban las bases de las torres de entrada, en cuyos anchos muros está grabado el famoso poema en que PENTAUR canta las hazañas realizadas por SESOSTRIS en sus guerras extranjeras. Dentro del recinto cerrado por las torres, los excavadores hallaron las columnas de otro templo

edificado por el mismo Monarca, algunos monolitos bárbaramente martillados, y finalmente, una estatua del Rey, que por milagro escapó á la furia de los destructores del templo, y aparecía intacta, de pie en el mismo intercolumnio en que fué levantada, y mostrando en su rostro aquella placidez con que únicamente los escultores egipcios supieron caracterizar sus imágenes.



SESOSTRIS.

Este descubrimiento recompensaba todos los trabajos, sufrimientos y dificultades que precedieron á la satisfacción sentida al ver el templo de Luxor apareciendo otra vez á la luz del día. La estatua es de rosado granito de Siena, que bajaban los egipcios desde la primer catarata elefantina, y representa á SESOSTRIS, cuyo *cartucho* ó nombre real se encuentra grabado en la correa que rodea la cintura y sujeta la túnica del Monarca. El resto de su cuerpo está desnudo, así como las piernas y los pies. Junto á la pierna izquierda se ve la imagen de una mujer, probablemente la

Este descubrimiento recompensaba todos los trabajos, sufrimientos y dificultades que precedieron á la satisfacción sentida al ver el templo de Luxor apareciendo otra vez á la luz del día. La estatua es de rosado granito de Siena, que bajaban los egipcios desde la primer catarata elefantina, y representa á SESOSTRIS, cuyo *cartucho* ó nombre real se encuentra grabado en la correa que rodea la cintura y sujeta la túnica del Monarca. El resto de su cuerpo está desnudo, así como las piernas y los pies. Junto á la pierna izquierda se ve la imagen de una mujer, probablemente la

del mismo SESOSTRIS, cuya cabeza llega sólo al cinto de éste. La altura de la estatua es de unos 16 pies ingleses, y está tallada junto con su zócalo, de dos á tres pies, en un solo trozo. Únicamente la corona real del alto Egipto, también de granito, se ha desprendido de la cabeza y yacía por los suelos.

El monumento más importante de este templo es el pilón de entrada, en cuyos muros está grabado el texto del famoso poema de PENTAUR cantando las hazañas de RAMSÉS II, en un crítico momento de su invasión á la Fenicia. En el año V del reinado de este Monarca, una conjuración de príncipes asiáticos le obligó á tomar las armas para evitar la invasión que amenazaba sus fronteras. El Rey de Khiti, KHITISAR, convocó á todos sus vasallos y aliados, declarando la guerra al Egipto. El Naharanna y su capital Gargamish, Arad y la Fenicia septentrional, Kodshu y el país de Amaur, Kidi y el grupo compacto de los Licios, se afiliaron á la conjuración. La esperanza de saquear el Egipto ó cuando menos sus provincias de Siria, decidió también á Ilión, Pedasos, Gergis, los Misios y los Dárdanos á unirse á los Khiti contra SESOSTRIS, viéndose bandas de troyanos recorrer en toda su longitud la península, para acampar en el valle del Orontes, á trescientas leguas de su patria.

Avanzó RAMSÉS con su ejército hasta las riberas del Orontes, en donde separándose del grueso de sus tropas se dirigió al Sur de la ciudad de Kodshú, que creía abandonada. De pronto surgen los rebeldes por todas partes, la legión egipcia de Phra es destrozada, y el gran Rey se encuentra solo, lanza en mano, en medio de sus enemigos. Dejemos hablar al poeta:

*Entonces, escribe PENTAUR, Su Majestad, que goza de vida sana y fuerte, levantándose como el Dios Month ciñe la armadura de combate. Montado en su carro entra en el ejército del vil Khiti; va solo; nadie le acompaña. Esta batalla la libró Su Majestad delante de los suyos. Se vió rodeado por mil quinientos carros, y á su paso se precipitaron los guerreros más ágiles del vil Khiti y los numerosos pueblos que los acompañaban.*

*Cada carro enemigo llevaba tres hombres, y el Rey no tenía en torno suyo á sus príncipes, ni á sus generales, ni á sus capitanes de arqueros y de carros.*

El peligro es inminente. El Rey va á perecer si los Dioses le abandonan como se vió abandonado por su ejército. El poeta en



PILONES DEL TEMPLO DE LUXOR.





este lugar solicita el favor del cielo, poniendo en boca de SESOSTRIS la siguiente invocación:

*Mis arqueros y mis jinetes me han abandonado, no veo aquí uno sólo para combatir conmigo. ¿Cuáles son los designios de mi padre Ammón? ¿Será un padre que reniegue de su hijo? ¿No seguí tu palabra, oh padre mío? ¿No ha guiado tu boca mis expediciones, y tus consejos no han dirigido mi conducta? ¿No he celebrado frecuentes y suntuosas fiestas en honor tuyo, y no he llenado tu templo de botín cogido á los enemigos? El mundo entero se reúne para consagrarte sus ofrendas. He enriquecido tu dominio, te he inmolido treinta mil bueyes, con todas las hierbas odoríferas y los mejores perfumes. Te he construído templos con sillares de piedra, y por ti planté árboles eternos. Traje obeliscos de Elephantina, y por mi orden se levantaron templos de piedra eterna. Grandes barcos navegaron sobre el mar, transportándote el tributo de las naciones. ¡Yo te invoco, oh padre mío! Véome en medio de pueblos desconocidos, y soy solo ante ti: nadie me acompaña. Mis arqueros y jinetes no acudieron al llamamiento que les hice, ninguno atendió mi súplica de socorro. Pero, mejor prefiero á Ammón á los millares de arqueros, á los millares de jinetes, á los millares de jóvenes héroes, aunque todos reunieran su esfuerzo.*

Tan elocuente súplica no podía ser desatendida por el Dios de Tebas. El poeta se apresura á introducirle en escena, poniendo en su boca las siguientes palabras:

*El eco de tus plegarias ha resonado en Ermonthis, oh RAMSÉS! Me hallo junto á ti, soy tu padre el Sol. Mi mano guía la tuya y valgo más que millares de hombres unidos en ejército. Los dos mil quinientos carros serán hechos añicos, los corazones de tus enemigos se debilitarán en sus pechos... no sabrán tirar las flechas ni tendrán fuerza para empuñar la lanza. Los lanzaré al agua como se tiran los cocodrilos, caerán unos sobre otros y se matarán entre sí. Ni uno sólo ha de volver atrás la vista: el que caiga no se levantará.*

RAMSÉS precipita su carro de guerra sobre los enemigos, y por seis veces consecutivas rompe sus filas causando en ellas horrible destrozo: su victoria es completa. Por la noche llega el ejército egipcio:

*Las tropas hallaron la región donde marchaban, cubierta de cadáveres bañados en su sangre. El pie no podía pisar el suelo porque los muertos lo llenaban por completo.*

Los generales de SESOSTRIS rodearon á su amo para felicitarle por su triunfo. Le dicen:

*Buen guerrero, de corazón valiente, haces lo que debieran realizar tus arqueros y tus jinetes. Hijo del Dios Tum, formado de su propia sustancia, con tu espada victoriosa has borrado á los khitis de la tierra. Tú eres, gran guerrero, señor de la fuerza; no hay Rey que te parezca en tu empeño de hacer la obra de tus soldados el día de la batalla. Fuiste tú, Rey de corazón grande, el primero en la contienda, el más bravo de tu ejército que asombró al mundo.*

RAMSÉS, lejos de agradecer estas adulaciones, reprende severamente á sus caudillos, por la falta que cometieron dejándole solo en medio de sus enemigos. Les contesta en los términos siguientes:

*Ninguno de vosotros obró bien, abandonándome solo entre los contrarios. Los Príncipes y capitanes no unieron su brazo al mío. Luché, rechacé millares de naciones, y estaba solo. Los caballos que me conducían eran Poder tebano y Reposo superior; á éstos encontró únicamente mi mano cuando me hallaba entre mis enemigos.*

Sigue contando el poeta las hazañas del Rey, en estas palabras:

*Á la mañana siguiente, cuando se iluminó la tierra, RAMSÉS empezó la batalla, lanzándose al combate como un toro que se precipita sobre un rebaño de gacelas. Los valientes, á su vez, se mezclaron en la pelea como el gavilán que ataca las palomas. El gran león que marchaba junto á los caballos del Rey, combatió también: el furor dilatava sus fauces, y los que se le acercaban en seguida eran derribados. El Rey entonces los destruía, sin que ni uno pudiera escapar. Tendidos en el suelo delante del real carro, los cadáveres formaban un montón de sangrientos despojos.*

Este mismo poema de PENTAUR se encuentra en el vecino Rameuseum, en Ipsambul y en uno de los pilones del templo de Karnak, que ahora vamos á visitar.

Karnak no es en rigor un templo. Mejor puede describirse como extensa ciudad sagrada, cuyo recinto guardaba los santuarios erigidos á los Dioses del cielo por la piedad de los Monarcas egipcios. Está situado á unos dos kilómetros de distancia de Luxor, siendo hoy feraces campos de cultivo ó yermos abandonados, los terrenos que en tiempo de las grandes dinastías nacionales ocupaban las populosas calles de la capital tebana.

Lo que primero llama la atención del viajero que pisa los umbrales de Karnak, es el estado de ruina en que se encuentran sus más importantes monumentos. Las piedras se amontonan en extraña confusión, están caídos los pilones, derrumbadas las salas,



Sala de columnas en Karnak.



destrozados los monolitos de granito, revueltas y cuarteadas las paredes, hechos pedazos los ídolos. ¿Es posible que la furia humana haya podido causar tanto destrozo?

No. Bien sabemos que sobre Karnak se han desatado cien invasiones, que todos los conquistadores han tomado aquella ciudad para llenar sus carros de botín y descargar sus odios sobre los muros, que las mismas guerras civiles le han atraído largos sitios con su interminable capítulo de horrores. Pero eran tan sólidos sus monumentos, tan macizas sus construcciones, tan resistentes sus paredes, que sólo un fenómeno físico podía ocasionar su destrucción de la manera que hoy nos es permitido contemplarla.

Dos causas únicas han contribuido á la pérdida de Karnak. Una de ellas, la primera y principal, fué el terrible terremoto que conmovió todo el suelo del Oriente el año 27 antes de J. C. EUSEBIO nos ha dejado una relación de los daños que causó aquel funesto accidente geológico, origen de la ruina de Babilonia, de Ninive, de Palmira, de Karnak y de los colosos de Memnón. Otra causa de la destrucción de Balbek consiste en las malas condiciones del terreno sobre el cual se elevaron aquellos macizos santuarios. Las filtraciones del Nilo invaden y cubren los cimientos, y el agua saturada de nitro corroe sus calcáreos bloques de piedra hasta desgastarlos. Suspendidos así los edificios sobre el movedizo suelo, no tardan en perder el equilibrio y rodar en confusa masa de ruinas.

Ocho días de permanencia en Karnak no bastan para que el viajero más activo visite todos los monumentos que su recinto guarda: y si yo, que pasé dos semanas en aquellas ruinas, puede apenas explicarme su configuración, su origen y su destino, no he de intentar ciertamente ahora escribir su reseña en cuatro páginas. Á Karnak sólo se le comprende visitándolo. Descripciones, fotografías, vistas, croquis, planos y reseñas, serán siempre insuficientes para dar cabal idea de su grandeza.

Veremos, pues, de Karnak sólo algunos detalles, aquellos que más hieren la vista, ó aquellos otros que la historia juzga como más interesantes. Éntrase en su recinto por ancha vía que iba directamente al Nilo. Á su extremo Norte levántanse dos pilones, dando acceso al templo de Ammón edificado en tiempo de AMENHOTEPÚ III. De este santuario sólo queda el lugar donde estuvo construído, pues aunque en tiempo de los Ptolomeos fué conve-

nientemente reparado, ha sufrido mucho en épocas posteriores



Santuario de SITI.

y sus actuales muros no tienen un metro de altura.

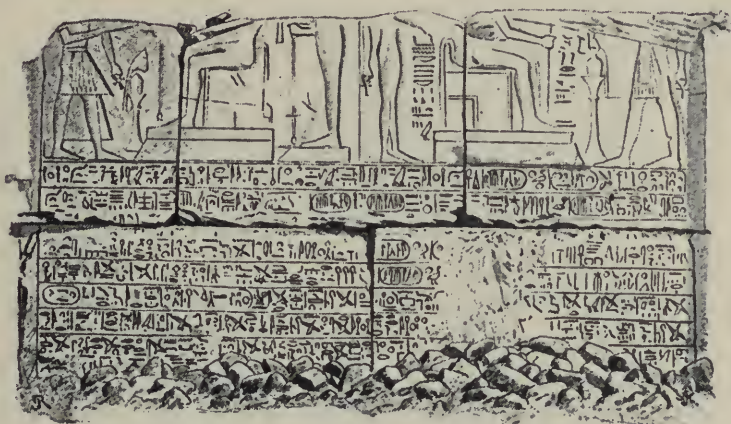
Entrando directamente en el grupo de templos del centro de Karnak, llama desde luego la atención el gran santuario de SITI. Este monumento religioso aturde al viajero que lo contempla por sus dimensiones colosales, pues en él se encuentra la famosa sala de columnas descrita por todos los viajeros. Su diámetro en el eje mayor es de 808 metros: el edificio principal forma un cuadrilongo de 366 metros, por 106 en el lado estrecho y su patio estaba cubierto por un techo de enormes bloques de piedra sostenidos á considerable altura por 234 columnas, las más grandes que se han erigido en Egipto. De ellas 156 fueron

construidas por RAMSÉS II, quien además mandó esculpir y pin-

tar todos los muros del templo, dejando en el del Norte la reseña de sus victorias cantada por PENTAUR.

En el muro Sur del santuario está grabado un interesante cuadro de las campañas hechas por el primer Rey de la XXII dinastía, SESAC, contra la Palestina. Á la derecha se ve al Monarca cortando la cabeza á un grupo de prisioneros arrodillados á sus pies. Frente á él el Dios Ammón y la Tebaida, representada por una mujer, van al encuentro del Soberano, llevándole las 150 ciudades que conquistó en Asia figuradas por otras tantas cabezas de prisioneros.

Las campañas de SITÍ, padre de SESOSTRIS, están descritas en otro muro, que por desgracia está sumamente maltratado. Vese



Tratado de paz de SESOSTRIS y los Khiti.

allí la reseña de las guerras que el ilustre conquistador egipcio hizo contra los armenios, los árabes del desierto, los asirios y los khitis, y que tuvo la fortuna de terminar con brillantes victorias.

Con ser muy importantes estos cuadros históricos, que explican no sólo los hechos personales de aquellos afamados caudillos, sino también la distribución y emigraciones de las antiguas razas que poblaban el Asia Menor y las comarcas del alto Nilo, es á mi juicio de mayor interés un pequeño muro que se conserva en el recinto de este templo, por ser prueba evidente de las ideas humanitarias y civilizadoras que se imponían con incontrastable fuerza á los bárbaros principios del derecho de conquista. Me refiero al tratado de paz firmado entre SESOSTRIS y el Rey de los Khiti, después de la batalla de Kodshú descrita por PENTAUR.

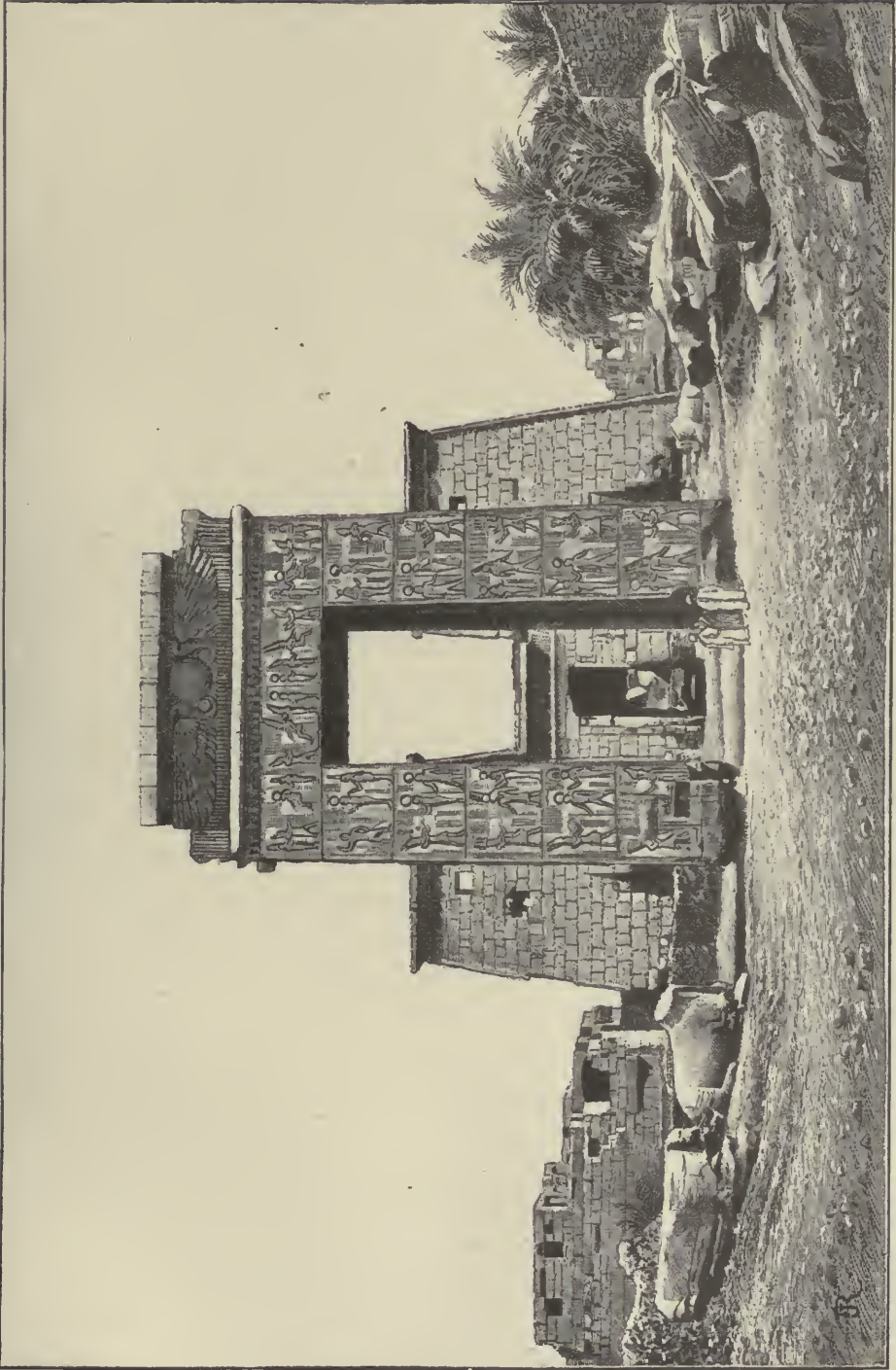
Aquellas piedras, allí visibles y apenas mutiladas, son el documento auténtico y original del pacto que acababa, con mutuas ventajas para los combatientes, la guerra de exterminio que proseguían desde hacía muchos años. Estipula que haya perpetua paz y amistad entre los dos pueblos, y en seguida añade:

*Si algún enemigo marcha contra el país sometido al gran Rey del Egipto, que éste mande decir al gran Príncipe de Khiti: ven, conduce fuerzas contra él. El gran Príncipe de Khiti hará lo que le pida el gran Rey del Egipto, el gran Príncipe de Khiti destruirá á sus enemigos. Si el gran Príncipe de Khiti no quiere venir en persona, enviará los arqueros y los carros del país de Khiti al gran Rey del Egipto, para aniquilar á sus contrarios.* Una cláusula análoga asegura á los khiti el concurso del ejército egipcio cuando se vean amenazados en su territorio.

Siguen luego los artículos especiales, dirigidos á proteger el comercio y la industria de las naciones aliadas, y á asegurar la acción de la justicia. Todo criminal que se refugie en el país vecino será entregado á las autoridades de su nación; los fugitivos no criminales, los sacados por fuerza de sus hogares, los obreros que huyan del país, serán repatriados, pero no se les someterá á ninguna pena. *Al que se le expulse así, que por su falta no se le castigue, que no se destruyan su casa, su mujer ni sus hijos, que no se mate á su madre, que no se le pegue en los ojos, ni en la boca, ni en los pies, que no se dirija contra él ninguna acusación criminal.* Como se ve, el pacto es perfecto; igualdad y reciprocidad establecidas entre los dos pueblos, alianza ofensiva y defensiva, extradición de criminales y de tráfugas; tales son las principales condiciones de aquel tratado, que puede considerarse como el monumento más antiguo de la ciencia diplomática.

Los templos, las columnas, los obeliscos, se siguen y amontonan en tan revuelta confusión que es imposible seguir describiendo. En algunas partes se ven restos notables, como el pilón de los Lágidas, de bellísima forma y rica escultura, conocido por el nombre de *Arco de CLEOPATRA*. Y en un rincón al lado Sur de Karnak, junto á un pintoresco lago que en lejanos días la religión consagrara, vese invadido por la hierba el templo de Mut ó Seketh, más devastado aún que los anteriores. Quedan únicamente en el sitio que antes ocuparon, unas 60 estatuas de la Diosa, resto de las 500 que decoraban aquel recinto. Mut está informemente repre-





ARCO DE CLEOPATRA EN KARNAK.



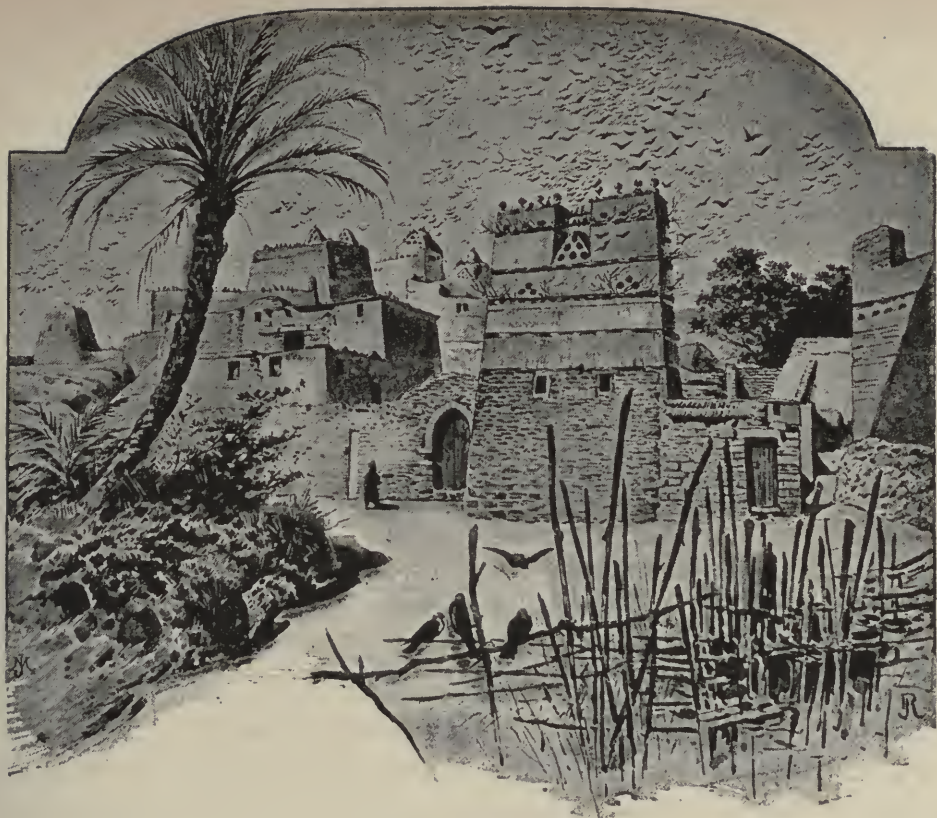
sentada por una figura leontocéfala, coronada por el disco del sol, sentada en un trono y con las manos puestas sobre las rodillas. Las imágenes son todas de granito negro y parecen haber sido hechas por el mismo artista: tan igual es la forma de todas ellas.

En tiempo de USIRTASEN I, de la XII dinastía, empezó la construcción de los templos de Karnak, y ésta acababa con el último Lágida, que gobernó el Egipto. Representan por tanto dichos templos 2.800 años de la historia del país, y este dato, mejor que ningún otro, da idea de su importancia.



Templo de Mut en Karnak.





Aldea en el Alto Egipto.



## CAPÍTULO XXIV

OR los vapores que van á Tebas siguiendo la ribera derecha del Nilo, se llega al pie del aduar árabe de Luxor, y los viajeros que necesitan pasar á la orilla izquierda, no tienen más remedio que utilizar los escasos medios de transporte que se encuentran disponibles para cruzar el río.

Éstos suelen consistir en barcas árabes mal acondicionadas, que luchando contra la corriente tardan más de media hora en ir de una orilla á otra. Y como en la izquierda no hay diques, y los bancos de arena avanzan sobre el río si su cau-

dal es reducido, resulta que la barca vara 30 ó 40 metros antes de llegar á tierra, y el viajero se ve obligado á subir en hombros de un marinero para ganar la orilla. Ofrécese luego á la vista un arenal desolado, que el Nilo cubre durante el verano, y es preciso marchar por él durante otra media hora para llegar á las fértiles llanuras tebanas limítrofes con el desierto de la Libia.

Entonces la decoración cambia enteramente de aspecto. Los sembrados no tienen la uniformidad que en otras partes los caracteriza, pues están cortados por multitud de árboles que crecen en los bordes de los canales. Los campos son bellos y pintorescos: no así sus habitantes, y mucho menos los pueblos en donde moran.

En medio de la verdura de aquel pintoresco llano, y junto al brazo derecho del Nilo, cuya corriente mengua y se extingue durante la mitad del año, se levantan las miserables chozas de un aduar de fellahs. Nada más extraño que un pueblo árabe del Alto Egipto. Vistas á lo lejos, sus casas parecen palomares, y lo son en realidad, pues todos sus techos se hallan coronados por enormes conos de tierra, llenos de agujeros en donde anidan las palomas silvestres. Las habitaciones de aquellos infelices labradores están hechas de adobe; son planas, cuadradas, pequeñas, con muros gruesos que en verano intercepten el calor de fuera, pero sucias y asquerosas como no se puede formar idea. Parece mentira que la vida humana pueda desarrollarse en aquel ambiente siempre fétido, y sin embargo, se encuentran por allá gentes ancianas que de seguro nunca usaron otra agua fuera de la necesaria para beber. Los musulmanes vecinos al desierto, antes de comenzar su diario rezo, hacen con arena las abluciones prescritas por el Profeta.

Otro aduar, no ya de fellahs, sino de beduínos, se encuentra avanzando hacia Occidente: es Sheik Abd el Gurnah. Sus habitantes son pastores de oficio, rateros de ocasión y excavadores de antigüedades cuando han vendido los ganados en alguna feria, y no tienen ocupación ó necesitan dinero. En este último caso, provistos de una azada y una espuerta, van filosóficamente á las tumbas egipcias vecinas al lugar, y por más que en tiempos pasados fueron todas abiertas y saqueadas, escarban entre los escombros en busca de estatuitas ó amuletos olvidados. Á veces su trabajo no es enteramente estéril, pues para cualquier menudo objeto con





LOS COLOSOS DE MEMNÓN.



que tropiecen, pronto encuentran comprador entre los viajeros que recorren el Nilo.

Atravesando á lo ancho toda la llanura tebana, en el límite de ésta con el desierto se encuentran las dos estatuas que los griegos llamaron *Colosos de Memnón*, imágenes de un Rey egipcio puestas para adornar la entrada de su palacio. Se trata de dos bloques de piedra, de 20 metros de altura, á los cuales los escultores dieron forma humana, representando ambas al Rey AMEMHOTPÚ III sentado en su trono de lothus y papyrus, el rostro plácido vuelto hacia Oriente, las manos apoyadas en sus rodillas, y cobijando bajo su silla las estatuas de su madre y de su mujer, esculpidas en la misma piedra en menores proporciones. Largas columnas de jeroglíficos puestas á los lados y detrás de cada grupo, describen las grandezas de aquel Monarca, Señor de las dos regiones que fecunda el Nilo.

AMENHOTPÚ vivía por los años de 1500 antes de J. C. cuando las dinastías diospolitanas llenaban de gloria á su país. Grande en la guerra, llevó sus ejércitos victoriosos hasta los límites del Sudán; y no menos grande en la paz, levantaba á la majestad de los Dioses suntuosos templos en Karnak y Luxor. En la ribera izquierda del Nilo construyó otro edificio, cuyas ruinas van sepultándose más cada día bajo el fango del Nilo. Palacio para alojar á su persona, tal vez templo que pensó habitar en compañía de los Dioses, en él fué á inslalarsé AMENHOTPÚ en las treguas de la guerra, y allí tal vez concibió los planes de las suntuosas construcciones á las cuales va unido su nombre.

La destrucción de este palacio data de muy antiguo. Atribúyenla unos á CAMBISES, otros á Ptolomeo LATHYRO. Puede también achacarse á las invasiones del Sur: las fronteras de la Nubia no están lejos de Tebas, y las riquezas de la capital egipcia debían excitar más de una vez la codicia de los salvajes Blemmys que vivían más allá de las cataratas. Pero de estas devastaciones quedaron los colosos poco menos que indemnes, ya que sólo fueron parcialmente martillados, y si ahora se ven fuera de nivel y roto uno de ellos, débese principalmente al famoso terremoto del año 27.

Más tarde se operaron grandes cambios en la tierra egipcia. Ya hemos visto cómo Roma llevó allí sus armas. Una lengua extraña se hablaba por todas partes. La antigua escritura de los Dioses se dió al olvido, y á las viejas creencias se juntaron ele-

mentos de procedencia extranjera, que las desnaturalizaron por completo. Mientras el Egipto, de un lado, daba sus Dioses al Occidente, por el otro recibía las nuevas creencias que la influencia griega en vano había tratado de imponer al país. Y así sucedió que en el primer siglo de la conquista, cuando los Prefectos romanos empezaron á recorrer las llanuras del Nilo, quedaron admirados á la vista de los grandiosos monumentos egipcios, vieron el esplendor del culto y la firme creencia que no había aún debilitado el cristianismo, y enviaron la Diosa Isis á Roma, donde se le erigieron templos y altares.

Delante de Tebas sorprendió á los conquistadores un fenómeno extraño, que entonces se atribuyó á milagro. Una de las dos estatuas mutiladas de AMENHOTPÚ, la correspondiente al lado derecho, cuyo extremo se había desprendido, producía todas las mañanas un gemido suave y dulce como la vibración del arpa. Vuelta hacia Oriente, aquella imagen sin cabeza parecía saludar la aparición del astro del día, y esto bastó para que los romanos que gobernaban el país y los griegos que siempre les acompañaban, creyeran que la estatua era de un Dios, Memnón, hijo de la Aurora, que velaba por la buena fortuna del país.

En tiempos del Emperador NERÓN empezóse á notar el fenómeno que todas las mañanas producía el cuerpo del coloso, y desde entonces una larga procesión de fieles cruzaba todas las noches la verde llanura de Tebas para presenciar al siguiente día el milagro. Con este motivo, desde el gobernador romano hasta el último de los legionarios, postráronse ante aquella divinidad, y dejaron el recuerdo de sus peregrinaciones grabando su nombre en la base de la estatua y en las mismas piernas de Memnón.

Estos *graffiti*, muy numerosos y aun perfectamente visibles, están escritos en griego ó en latín. Algunos consisten en poesías cortas muy sentidas. Impresiona leer aquellas líneas mal abiertas con la punta de un cuchillo en la piedra, por la mano de tantos creyentes en una fe extinguida, y de los cuales no queda otro recuerdo que las inscripciones cubiertas de polvo, quemadas por el sol, y de todos abandonadas en la inmensa llanura.

Son curiosas muchas de estas leyendas. Un griego casado con una romana, empleado público, escribió lo siguiente:

FUNISULANO CHARISIO, *estratégico de Ermonthis y Latópolis, acompañado de su mujer*

FULVIA, *te ha oído, ¡oh Memnón!*, lanzar tu armonioso sonido en el momento en que tu madre inundó tu cuerpo con luz. CHARISIO *te ha ofrecido un sacrificio, libaciones piadosas, y ha escrito en tu loor estos versos.*

Un prefecto egipcio dejó en el cuerpo del Dios esta inscripción latina:

TITO FLAVIO TITIANO, *prefecto de Egipto, oyó á Memnón á 13 de las calendas de Abril, bajo el consulado de VERO AMBÍBULO.*

Esta fecha corresponde al 20 de Marzo del año 126 de J. C.

Al lado del pedestal se ven otros versos griegos medio cubiertos por la arena que el Nilo ha acumulado junto á la estatua. Dicen:

*Tu madre la Diosa Aurora, con sus dedos de rosa, ¡oh Memnón! ha permitido que hablaras delante de mí, que he venido á oírte. El año XII del ilustre ANTONINO, á 13 del mes de Pachón, por dos veces ¡oh sér divino! he oído tu voz cuando el sol se alzaba majestuoso de las ondas del mar. Antes, hijo de Saturno, fuiste proclamado Rey del Oriente por Júpiter; ahora, guardián de piedra, de una piedra haces salir tu voz. JEMELO ha escrito estos versos pensando en su amada esposa RUFILA y en sus hijos.*

Un romero, TREBULA, siente revivir en su corazón los tiernos afectos de la infancia al escuchar la voz del Dios, y deja grabado en la piedra este recuerdo:

*Oyendo la voz sagrada de Memnón, he pensado en ti ¡oh madre mía! y he deseado que tú puedas también oírla.*

Otro viajero recuerda á la esposa que dejó en la patria nativa, y graba esta inscripción:

Yo APONIO, *he oído á Memnón en la hora prima, y escribo aquí la adoración de APHRODITARIA mi mujer. ¡Por qué, oh Dios, tú que hablas no la haces venir á mi lado!*

Un verdadero poeta, ASCLEPIODOTO, dejó en la parte anterior del pedestal de Memnón una poesía muy sentimental. Apoyándose en la idea de que Memnón saludaba todas las mañanas á la Aurora, mientras que Tetis no podía venerar las cenizas de Aquiles, dice lo siguiente:

*Sabe ¡oh Tetis! la que vive en la mar, que Memnón respira aún, y que inflamado por el amor materno deja oír su voz sonora al pie de las montañas líbicas del Egipto, en la ciudad de Tebas, la de las cien puertas, separada de aquéllas por el curso del Nilo. Mientras que tu Aquiles, antes sediento de combates, quedó para siempre mudo en los campos troyanos de la Tesalia.*

Así siguen estas inscripciones, en número de más de ciento, esculpidas en las piernas del coloso y á los lados de su pedestal. Las más importantes, no mencionadas aún, se refieren á la visita que, en el año 130, el Emperador ADRIANO y su mujer SABINA hicieron con toda su corte á la estatua de Memnón; cuyas leyendas, en dialecto dórico, fueron escritas por una poetisa llamada JULIA BALBILIA.

*Ya sabía que el egipcio Memnón, dice, calentado por los rayos del sol, dejaba oír su voz salida de la piedra tebana. Habiendo visto á ADRIANO, el Rey del mundo, antes de la salida del sol, le dió la bienvenida con voz clara y sonora. Pero cuando el Titán extendiendo á través de los aires su blanca cabellera llenó la segunda medida de las horas (á las dos de la tarde) Memnón dejó oír de nuevo un agudo són cual de instrumento de cobre, y lleno de alegría habló de nuevo por tercera vez. El Emperador ADRIANO saludó á Memnón igual número de veces, y BALBILIA compuso y escribió estos versos ella misma en testimonio de lo que vió y oyó. Ha sido por todos evidente que los Dioses estiman al Emperador. Mis piadosos abuelos, el sabio BALBILIO y ANTÍOCO te saludaron también. BALBILIO nació de ACMÉ, mujer de sangre real, y el padre de su padre era el Rey ANTÍOCO. De ellos tengo la noble sangre que circula por mis venas. Pasajero, lee estas líneas que son de BALBILIA.*

Aquí tenemos á la mujer, pintada por ella misma en la inscripción acabada de copiar. BALBILIA, cortesana de ADRIANO, y probablemente una de las personas de talento que constantemente rodeaban á los Emperadores romanos, en la primera parte de su composición poética pinta el milagro del Dios que por complacer á ADRIANO habló hasta tres veces; y á renglón seguido con pueril vanidad nos refiere su elevada estirpe y la sangre real que por sus venas corre, aunque calla cómo el reino de sus abuelos, la Commagena, desapareció un día ahogado bajo el peso de Roma, y cómo las Princesas de la real dinastía de los ANTÍOCOS, ó por lo menos aquella que fué su madre, convirtióse en humilde hija adoptiva de la familia Claudia. Erudita en literatura y en lenguaje, pudo BALBILIA pasar fácilmente por mujer de talento en aquella época en que empezaba la decadencia del Imperio. En sus poesías se nota gran afectación retórica; su lenguaje es oscuro, y los dos puntos capitales que la poetisa parece buscar en la inspiración de su musa, son la alabanza cortesana de la real familia á cuyo servicio estaba, y la exaltación de su propia persona.

La permanencia de ADRIANO en la antigua Tebas debió durar por lo menos un mes, durante el cual visitó varias veces al Dios de piedra del otro lado del Nilo. La misma BALBILIA nos hace saber

en otra poesía, que una mañana Memnón permaneció mudo, lo cual irritó á la Emperatriz y entristeció á su real esposo; pero por fin el Dios se les mostró propicio. Estos versos, grabados también en una pierna del coloso, dicen así:

*No habiendo oído ayer á Memnón, le hemos suplicado que no se nos mostrase otra vez esquivo, porque en el venerable rostro de la Emperatriz se había notado la indignación, y le rogamos que nos dejara oír su voz celestial á fin de que el Rey no se irritara y que la tristeza no se apoderara de su real esposa. Temeroso Memnón de agraviar á estos Príncipes inmortales, nos ha permitido escuchar su dulce voz, demostrando de este modo el placer que le causaba encontrarse en compañía de los Dioses (los Emperadores).*

El coloso de Tebas siguió hablando durante más de siglo y medio. Es evidente que el misterio se producía casi todas las mañanas, y que al aparecer el sol en las montañas de la orilla derecha del Nilo, emitía el informe cuerpo sin cabeza un sonido singular, semejante, como decía la poetisa, al del cobre herido, que la imaginación ardiente de los griegos y romanos de aquella época tomó por la voz de Memnón.

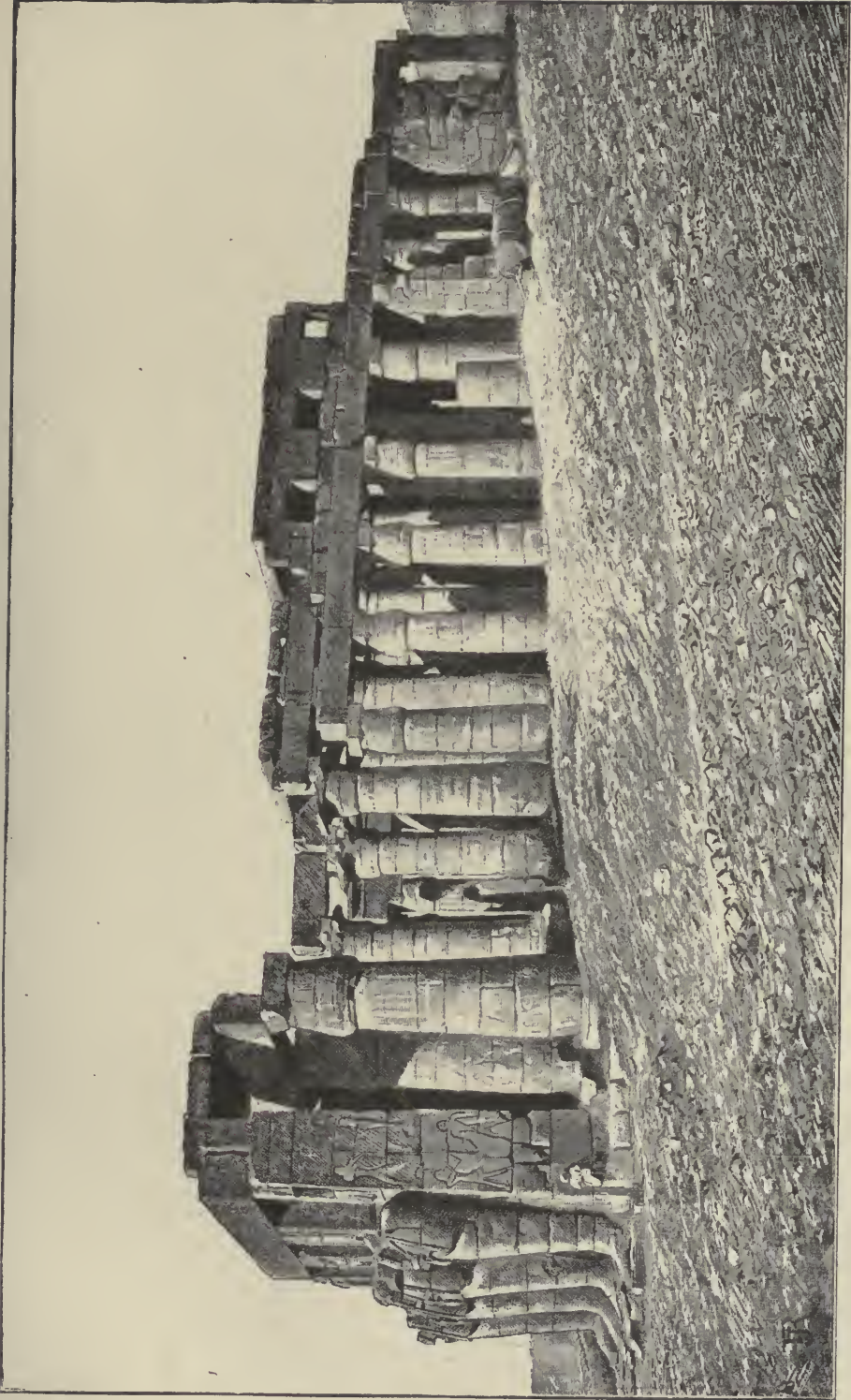
Inútil es decir que el origen de tal fenómeno era puramente físico. En un país donde durante la noche cae abundante el rocío y que al aparecer el sol súbitamente se seca, era probable que la evaporación de las gotas de agua en los poros de la arenisca piedra produjera aquel ruido. No puede creerse que el misterio fuese superchería de los sacerdotes egipcios, porque éstos jamás confundieron la estatua con sus Dioses, ni adoraron á Memnón, ni nunca vieron en la piedra más que la mutilada estatua de uno de sus antiguos Reyes. La prueba de que la supersticiosa idea de los romanos no fué nunca admitida por los egipcios, es que no se encuentra entre los nombres de que está llena la imagen, el de un solo indígena del país.

El paganismo romano neccsitaba milagros en aquella época, pues empezaba á verse amenazado por la propagación de las nuevas doctrinas del predicador de Nazareth, y de aquí que se diese gran importancia á un hecho que tenía todas las apariencias de sobrenatural. Este deseo de ver en la piedra la encarnación de un Dios, y el querer tener á éste propicio honrando más su persona, acabó con el milagro. Hacia el año 200 de la Era cristiana, el Emperador SÉPTIMO SEVERO dispuso la restauración del coloso, completando su cuerpo y añadiéndole la cabeza que le faltaba. Pusiéronse

sobre la estatua cinco hileras de enormes piedras, con las cuales se imitaron los contornos generales de la imagen vecina. Aquel día murió Memnón, y hoy, cuando los beduínos muestran al viajero aquella estatua, le recuerdan también la tradición del Dios parlante. Es cuanto queda del antiguo culto.

Desde los colosos de Memnón se domina buena parte de la sierra líbica en donde estuvieron situados los antiguos cementerios de Tebas. La montaña está llena de agujeros practicados para dar acceso á los sepulcros; las ruinas cubren materialmente las colinas inmediatas, viéndose entre ellas los agrietados y negros lienzos de muralla como informes y mudos fantasmas que presiden aquel espectáculo de desolación y muerte. Vasos y ánforas, estatuas y estelas, yacen esparcidos en fragmentos por los suelos, confundidos con los jirones de amarillas telas que fueron sudarios de las momias. Y aun más choca y repugna ver los restos humanos esparcidos por la arena, los destrozados cráneos cuya órbita conserva el apagado ojo del difunto, las mandíbulas que todavía guardan en su cavidad la lengua: asquerosos residuos de la vida, sirviendo ahora de pasto á las hienas y de festín á los chacales del desierto.

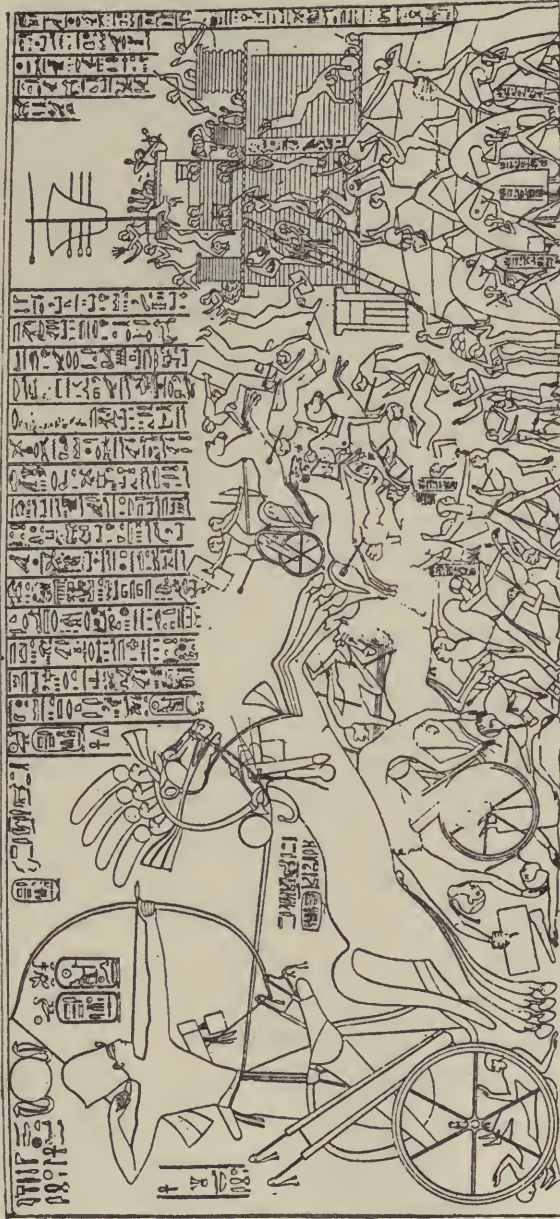
Á la derecha de los colosos se levanta un espléndido edificio, que no disimula, sin embargo, los grandes estragos que en él hicieron de consuno el tiempo y los hombres. Modernamente lo designan los egiptólogos con el nombre de *Rameseo*, y en la época greco-romana fué conocido por los nombres de *palacio de Memnón* y *sepulcro de Osymandias*. Fué erigido cerca de los colosos de Memnón, para conmemorar las victorias de SESOSTRIS en sus guerras del año V en Siria, escribiéndose en sus muros el mismo poema de PENTAUR que se repite en Luxor, Karnak é Ipsambul. Á la izquierda de las torres que franquean la entrada del Rameseo, yace una enorme estatua del Monarca, martilladas las facciones y roto el cuerpo en numerosos fragmentos. Este fué el monolito de mayores dimensiones que labraron los egipcios, pues tiene diez y siete metros y medio de altura, y su peso total excede de un millón doscientos mil kilogramos. Al contemplarlo ahora hechos pedazos, sin líneas en la figura, sin forma en el cuerpo, después de tantas mutilaciones como ha sufrido, ocurre naturalmente la duda que asaltó á MARIETTE de definir cuál esfuerzo debió ser mayor, el de los obreros, que con inaudito trabajo y paciencia arrancaron la enorme piedra de las canteras de Asuán para adornar el templo, ó el



RAMESEUM (TEBAS).







Baio relieve del Rameseo, representando la derrota de los Hititas y de sus aliados por Ramsés II, y toma de la fortaleza de Dapur.



de los destructores, que con no menor paciencia y trabajo, derribaron la estatua y la rompieron en mil pedazos.

Desde los arruinados pilones se descubre la sala del santuario cercada por esbeltas columnas cuadradas, á cuyo lado se adosaron grandes monolitos representando á SESOSTRIS de pie, con el vestido de las momias y los atributos de Osiris en la mano. Inútil es añadir que también estas estatuas se encuentran mutiladas. En parte de los muros que quedan en pie pueden admirarse los versos de PENTAUR puestos como ilustraciones de grandes cuadros históricos en los que el Monarca aparece venciendo á sus enemigos; en otras murallas hay varias escenas religiosas figurando á RAMSÉS en adoración delante de los Dioses, y finalmente, allí se hallan escritas en la piedra largas listas de Príncipes y Princesas de la real familia y una tabla astronómica de mucha importancia para comprender el estudio del cielo en la antigüedad.

Detrás del templo existe otra sala decorada con elegantes columnas, cuyos capiteles representan flores de lothus abiertas. El motivo no era nuevo para los artistas, pues ya se encuentra realizado en una de las salas de Karnak; pero tanto las columnas de este último punto, como las de Philoe, que se construyeron más tarde, distan mucho de tener la bella proporción y la seguridad de líneas que se admiran en las del Rameseo.

Este edificio no fué jamás un sepulcro, ni quiso nunca el Rey darle tal destino. Debido á la exclusiva iniciativa de SESOSTRIS, por él proyectado y concluído en vida, sólo pudo responder al propósito de que quedara en Egipto para preservar su nombre del olvido de los hombres. Escribiendo sus campañas en los muros, consignando sus hechos heroicos, sus conquistas y hasta las genealogías de su familia, y pidiendo á la religión que convirtiera el cenotafio en templo, podía RAMSÉS estar seguro de que cuando su inerte momia fuera á esperar en la soledad del sepulcro la hora de la resurrección, allá arriba, en la tierra que asombrara con la fama de sus hazañas, los hombres evocarían su recuerdo y entre ellos viviría la vida de la inmortalidad. El Rameseo fué, por esta causa, el monumento más importante, si no el más grandioso, que legó á su país el ilustre Monarca.

Más hacia el Norte de la llanura tebana, y en el mismo confín del desierto con las tierras de cultivo, se encuentra el templo de Gurnah, empezado por SITÍ I, como monumento que perpetuara

las campañas más famosas de su padre, pero la muerte sorprendió al Monarca antes de terminar su obra. La siguió SESOSTRIS con ardor, hasta ver concluído y consagrado aquel santuario, que fué famoso en tiempos antiguos, y que hoy muestra sus paredes informes, sus columnas mutiladas, sus altares desiertos y sus Dioses caídos, junto al aduar de Abd el Gurnah. Este monumento es uno de los más arruinados que se hallan en la comarca diospolitana, siendo fácil que en breve tiempo se derrumbe por completo la parte que queda en pie.

Detrás de las primeras estribaciones de la cordillera africana en las inmediaciones de Gurnah, y adosado al flanco de una colina, vese un extraño edificio que desde luego llama la atención del viajero. Exteriormente aparecen tan sólo una puerta egipcia desnivelada y rota y un alto muro de adobe ennegrecido por el sol. Aseméjase á la tapia de un convento, y en realidad tal destino tuvo el edificio en época de los solitarios cristianos que vivían en este lugar de la Tebaida que ahora recorreremos. Sabido es que al extenderse por Egipto las doctrinas del cristianismo, las mismas masas ignorantes que antes siguieran ciegas las creencias osirianas, abrazaron con ardor la nueva fe, y en su entusiasmo, contribuyeron no poco á derribar los edificios religiosos en las ciudades y los monumentos funerarios en las necrópolis. El desierto tentó á los neófitos, que sólo aceptaban la vida como penosa preparación para ganar el cielo, y las cuevas de los antiguos hipogeos fueron lugar indicado como refugio de aquellos anacoretas, que al abandonar el mundo bajaban al sepulcro en vida. Fueron célebres muchos de ellos por su saber, su abnegación y sus virtudes; pero en cambio, otros, hombres de baja clase, pastores sin instrucción, algunos barqueros en el Nilo ó labradores en sus riberas, fundaron en las necrópolis egipcias sus *deirs* ó conventos, que eran punto de cita sólo para la celebración de ciertas solemnidades, mejor prefiriendo pasar los días refugiados en la soledad de las cuevas de algún viejo sepulcro. Allá vivían aquellos anacoretas de las limosnas de los fieles, de la venta de polvo de las piedras que rascaban y bendecían, del producto de esteras y serones de paja que fabricaban en sus largos ocios, y fuerza es decirlo también, de los despojos de la muerte que iban á arrancar al fondo de las vecinas tumbas. El edificio que nos ocupa tuvo durante algunos siglos este destino de convento.

Se le conoce por el nombre de templo de *Deir el Medineh*, ó sea el *convento de la ciudad*. Fué edificado en tiempo de la XVIII dinastía tebana por un personaje llamado AMENHOTPÚ, quien lo consagró á la Diosa de la justicia. Destruído por causa de las subsiguientes revueltas políticas del Imperio, un Rey de la última dinastía nacional, Ptolomeo PHILOPATOR ordenó su reconstrucción, edificándose entonces el pequeño edificio situado dentro de los muros, que es de bellísima arquitectura y precioso decorado. El nombre del antiguo fundador del monumento vese escrito por todas partes.

En la parte superior de este templo, es decir, sobre las terrazas de piedra que lo cubren, noté por vez primera una costumbre que luego he ido observando en otros edificios religiosos del Alto Egipto. Los devotos que iban á orar al santuario solían subir á la terraza y marcar con un cuchillo las líneas de sus pies desnudos sobre la piedra, dejando así un grosero dibujo de la planta, al que añadían una inscripción diciendo:

*Yo, fulano de tal, vine aquí á pedir clemencia al Dios, el día tantos de tal mes.*

El templo de Deir el Medineh era célebre en la necrópolis tebana, porque en él se detenían todos los cortejos de los entierros. Las momias debían entrar en su recinto y permanecer en él algún tiempo antes de ir al sepulcro, por suponerse que en la puerta del sagrado edificio se efectuaba la ceremonia del juicio del alma, de que tanto nos hablan los antiguos rituales. Explica la teogonía egipcia que al subir el difunto al cielo, debe presentarse ante el tribunal de Osiris, para responder de sus acciones en la tierra. Éste se halla reunido en la Sala de la Verdad, en la cual se ve á Osiris sentado en su trono, y alineados en larga fila, detrás suyo, los 42 Genios del supremo tribunal que juzga á los muertos. En el platillo de una balanza se pone el corazón del difunto, y en el otro una imagen suya, ó la pluma de la Verdad. Annubis introduce al muerto y le asiste en el acto de pesar su alma, mientras que Hor, con cabeza de gavián, inclina la balanza del lado bueno, y Thot, con cabeza de ibis, escribe el resultado del juicio y lee la sentencia. El muerto mientras tanto se defiende ante los jueces, pronunciando una sentida oración, y benignamente acogido por los Dioses en su seno, es declarado justo y convertido en remero de la barca del Sol.

Raro es el sepulcro egipcio, medianamente decorado, que no tiene la representación de este juicio dibujada ó esculpida en sus muros interiores. En alguna de ellas se prescinde del largo concurso de jueces y acompañantes de Osiris; pero en todas figura indispensablemente el Dios, sentado en su trono, con el látigo y el cayado, atributos de su autoridad, en la mano, presidiendo la operación de pesar el corazón del muerto, mientras éste, conducido ante la divina majestad, solicita de ella el favor de ir al cielo y verse unida á la legión de bienaventurados que pueblan *la otra tierra*.



El alma ante Osiris.



Entrada al valle de los Reyes.



Momia de RAMSÉS III.

## CAPÍTULO XXV

s demasiado extensa la descripción, siquier sumaria y breve, de los monumentos egipcios esparcidos por la ribera izquierda del Nilo en la región tebana, para poder encerrarla en un solo capítulo de este libro. Aun

aquí, al reseñar los principales templos y las tumbas, faltará el espacio que requiere la importancia de aquellas construcciones, uni-

das á la historia por indisoluble lazo, pues son los testimonios en que se funda y apoya la autenticidad de los anales de Tebas.

Empecemos por el valle de los Reyes, conocido por los árabes bajo el nombre de Bab el Moluk. Un camino yermo y desolado, cubierto de piedras despeñadas de las vecinas rocas, en algunos sitios cortado á pico en estrecho callejón por donde el aire no circula y el calor es asfixiante, conduce por detrás del Rameseo á un valle peñascoso que era como una cuenca sin salida rodeada de altos montes. Una abertura practicada en su parte de Oriente une el camino con este valle, que fué elegido hace tres mil quinientos años por los Reyes diospolitas de la XIX y de la XX dinastías para lugar de su necrópolis.

El sistema de enterramiento de los Monarcas ha variado en esta época en el Egipto. Ya no construyen las altas y costosas Pirámides que hemos contemplado en Guizeh y en Sakara: no colocan sus sepulcros en lugares aparentes y visibles, que la piedad de los fieles pueda encontrar con facilidad para ir á dedicarles un recuerdo ó á ofrecerles una plegaria. Diríase que como aquellos otros Soberanos muy posteriores de la dinastía Mingita, quieren los Reyes de Tebas buscar un apartado escondrijo en los montes para esconderse y huir de los vivos el día en que emprendan su peregrinación al cielo. Las tumbas regias de Bab el Moluk, están todas cavadas en la roca viva de la montaña, y aunque en su interior son extensas y espaciosas, su puerta de entrada es tan reducida como lo permitía el tamaño del sarcófago que debía pasar por ella. Y cuando, muerto el Rey, su cadáver ocupaba su última morada, tapábase la entrada de ésta con grueso muro de piedra y se allanaba encima la tierra quitada en las excavaciones, hasta nivelar la colina haciendo desaparecer todo vestigio que pudiera indicar dónde se hallaba la puerta del sepulcro.

La razón que los grandes Monarcas tuvieron para obrar de esta suerte era tristísima. Los valerosos Reyes que conquistaron las regiones del Oriente, y á cuyo nombre temblaron todos los pueblos, desde la cordillera del Tauro hasta el extremo del mar Rojo y el desierto etiópico, no pudieron nunca conseguir que fuesen respetadas las moradas de sus cadáveres. En aquellas remotas épocas, y durante mucho tiempo después, hubo en Egipto bandás de ladrones que se formaron con el exclusivo objeto de saquear las necrópolis. Todo lo robaban; los cadáveres para despojarlos de sus



adornos, telas y pinturas; las cajas para venderlas con destino á otros difuntos; el ajuar funerario, del que siempre obtenían algún provecho. Estas compañías estaban compuestas de labradores, comerciantes, obreros, pequeños empleados y mujeres, y objeto de su codicia fueron no sólo los hipogeos particulares, sino hasta las necrópolis reales, pues también violaron las tumbas de los más venerados Reyes de las dinastías tebanas.

El Papiro ABBOTT nos da detallada cuenta de la organización de dichas compañías, á que hice referencia en mi estudio sobre SESOSTRIS, insertando la instrucción sumaria que se abrió el año XVI de RAMSÉS IX contra ocho ladrones que robaron algunas tumbas reales. En aquel Papiro se leen las declaraciones prestadas por uno de los criminales ante los comisarios regios, diciendo lo siguiente:

*Abrimos los sarcófagos del Rey SERKEMSAUF y de su mujer la Reina NUBKHAS, así como los féretros en donde se hallaban sus cuerpos. Encontramos la momia augusta del Rey, á su lado su espada y un número considerable de talismanes y adornos de oro en su cuello. La cabeza estaba cubierta de oro, lo mismo que toda la momia: las cajas tenían también guarniciones de plata y oro por dentro y fuera, con piedras preciosas de varias clases incrustadas en los dibujos. Nos apoderamos de todo el oro que encontramos sobre la momia, los talismanes, los adornos del cuello y el metal de las cajas. Tomamos igualmente cuanto hallamos sobre la real esposa, y después quemamos sus cajas funerarias, robando el ajuar, que consistía en vasos de oro, plata y cobre; todo lo cual nos repartimos entre los ocho.*

El Gobierno egipcio se preocupó muy seriamente de salvar los cuerpos reales, y temeroso de las depredaciones de los ladrones, instituyó una seria vigilancia en los cementerios creando comisiones especiales que visitaran los regios mausoleos para ver si alguno de ellos había sido abierto. Sin embargo, estas precauciones no evitaron que en más de una ocasión aquellas bandas pudieran llegar hasta los sarcófagos reales y hacer en ellos rica presa. Tal sucedió con la Reina NOTMIT, madre del sacerdote Rey HRIHOR, cuyo féretro y momia violados se encuentran actualmente en el museo de Bulaq. La caja debió ser magnífica, forrada toda ella exteriormente con una hoja de oro, sobre la cual ostentábanse en relieve los jeroglíficos y las partes principales de los adornos formados con piedras preciosas y esmaltes también incrustados en oro. Los ladrones, ávidos de apropiarse tales riquezas, destruyeron

toda la ornamentación de esta caja, dejando sólo pequeños restos de la antigua obra que permiten reconstituir con la imaginación aquel sarcófago, sin duda el más suntuoso producido por el arte egipcio.

Otro curioso ejemplo de robo de sepulturas reales ofrece el hallazgo de la Reina АННОТРÚ, mujer de КАМОС y quizás madre de АНМОС I, sobre cuya momia se encontró la mayor parte de las alhajas que forman la rica colección hoy propiedad del museo del Cairo. Estaba escrito que aquella Reina debía ser robada. Los primeros ladrones que llegaron á violar su sepulcro, la arrancaron del sarcófago y la escondieron en la arena, cerca de Drah Abú el Neggah; pero probablemente cogidos y sentenciados á muerte antes que pudieran abrir la momia, ésta quedó ignorada de todo el mundo, hasta que hace algunos años la descubrieron y desenterraron algunos árabes que hacían excavaciones en aquellos lugares de la necrópolis tebana. El Gobernador á la sazón existente en la provincia, al saber que se había encontrado el cadáver con un tesoro, mandó prender á los descubridores, les quitó la momia y se apropió también las alhajas que tenía entre las telas de sus vendajes. El entonces Director de museos Mr. MARIETTE, supo lo ocurrido y obligó al desleal Gobernador á restituir el muerto y sus valores, pero no antes que algunos de estos últimos hubiesen sido fundidos para aprovechar el mísero valor de su metal.

Es de suponer que cuando el poderío de Tebas comenzó á declinar al final de la XX dinastía, descuidóse la vigilancia que se ejercía en la necrópolis; aquellas bandas de ladrones se cebaron en las desiertas sepulturas y osaron entrar en el sagrado valle donde los Monarcas antiguos habían cavado sus cuevas funerarias. Impotente el Gobierno para evitar estas profanaciones, decidió salvar siquiera los cadáveres de los Reyes, y sacándolos de su ostentosa sepultura empezó á trasladarlos de unas tumbas á otras, consiguiendo con estas peregrinaciones sustraerlos á toda violación, y aun evitar que los bandidos llegaran á saber el lugar donde estaban ocultos.

Los comisarios regios, que de vez en cuando visitaban los cuerpos de los Monarcas, escribían sobre las telas de sus vendajes el día que los habían inspeccionado, merced á lo cual sabemos que las momias de RAMSÉS I, SITÍ I y RAMSÉS II ó SESOSTRIS, fueron primeramente reunidas en la tumba de SITÍ; más tarde se las

trasladó al sepulcro de AMENHOTPÚ I, en donde se hallaban ya algunos Príncipes y Princesas de la XVII y XVIII dinastías, y finalmente, un sacerdote Rey de la XXII dinastía Bubastita, probablemente UAPUT, reunió todos los reales cadáveres en un pozo abierto en Deir el Bahari, en donde á su vez los grandes sacer-



Momia de SESOSTRIS.



Momia de SITI I.

Museo de Bulaq.

dotes del Ammón tebano habían depositado los individuos de sus familias. Allí fueron descubiertas las momias reales en Julio de 1881, siendo en seguida trasladadas al museo de Bulaq.

Á estas circunstancias se debe, sin embargo, que hoy poseamos los venerados cuerpos de aquellos Reyes, porque de haber permanecido en sus sepulcros de Bab el Moluk, hace tiempo que habrían sido profanados y probablemente destruidos. Las tumbas

que se encuentran en aquel valle, quince en número, han sido todas abiertas en la antigüedad, como lo demuestran los numerosos *graffiti* griegos de que están llenos los muros de sus corredores.

Empecemos por describir el sepulcro de SITI I, padre de SESOSTRIS. Es el mejor que existe en Bab el Moluk, é impondría desde luego profundo sentimiento de respeto por las colosales dimensiones de sus galerías y el espléndido decorado de sus muros, si este último no estuviera estropeado por los salvajes que se entretuvieron en arrancar de la piedra el nombre del Rey escrito en caracteres jeroglíficos. Esta devastación, que destroza centenares de metros de inscripciones en las paredes del corredor de entrada, es tanto más de lamentar cuanto que la voz pública señala como autores de ella á ciertos tudescos de una *comisión científica* enviada á Egipto hace muchos años. Indigna ver de qué manera se sobrepone al *sabio* el bárbaro del Norte.

Se ve que la muerte sorprendió á SITI antes que su sepulcro estuviera concluido, y hemos de confesar que buenas esperanzas tenía el viejo Monarca si cerca de los cien años de edad que contaba cuando falleció, aun creía pasar muchos otros en la tierra. Es verdad que la mayor parte de la tumba estaba terminada, pero en su interior hay algunas salas en las que están sólo delineados los dibujos, y en el fondo se ve una ancha galería, abierta en plano inclinado, que se hunde en la montaña. Por más que ésta ha sido explorada en varias ocasiones, no se ha descubierto su final ni se conoce el objeto que tenía. Unos creen que servía de comunicación con la necrópolis de las Reinas, habiendo sido obstruido por un desprendimiento de tierras: otros suponen que es obra sin concluir, y que fué excavado para construir la cámara mortuoria en su fondo. Dificil ha de ser averiguar el destino de aquel corredor y más teniendo en cuenta que su inspección es sumamente incómoda por el infinito número de murciélagos que se albergan en su recinto, cuyos fétidos excrementos casi amenazan con la asfixia al viajero que se aventura á descender hasta su extremo.

La parte decorada del mausoleo de SITI es magnífica. En las paredes se prodigaron las inscripciones religiosas, los dibujos y los cuadros. Pero éstos no representan ya, como en las mastabas del antiguo Imperio, las escenas de la vida ordinaria de los hombres en la tierra ó de los bienaventurados en el cielo. Aquí la religión lo llena todo y convierte los recintos mortuorios en páginas donde

se exponen todos los terrores y los peligros de la muerte. Las imágenes que se ven en los muros de SIFÍ figuran Dioses extraños, guardianes con cabeza de león ó de serpiente que esperan cuchillo en mano á las almas que van al Paraíso, para espantarlas en su camino. Abundan además las representaciones del infierno con su serie de tormentos físicos. Se ven unos condenados que marchan sin cabeza: otros que invierten el uso de sus miembros y van con las manos por el suelo; otros que se precipitan en la misma hoguera que forma nuestro infierno: y en el recinto de los condenados, destácanse las serpientes ureus, ejecutoras de la justicia de Ra, que vomitan llamas sobre los culpables.

En el fondo del sepulcro vese un gran monolito de piedra blanca que fué la tumba del Rey. Está roto, caído sobre un costado, con la cubierta hecha pedazos. En su cavidad había un magnífico sarcófago de basalto, del que se incautaron hace años los ingleses.

Vecina á la anterior, hállase la cueva funeraria de SESOSTRIS, y aunque en la concepción del plan no deja de ser grandiosa, su ejecución y decorado no responde al nombre del Monarca que por más tiempo y con más gloria gobernó el Egipto. La cripta de RAMSÉS II carece de importancia al lado de los grandes sepulcros de su padre y de su abuelo, y quizás por este motivo nunca sirvió para guardar su cuerpo, ya que á su muerte el cádaver fué depositado en la tumba de SIFÍ.

El sepulcro de RAMSÉS III es más curioso que artístico, pues en su decorado se revela la decadencia en que va cayendo el arte egipcio. Á un lado y otro de su corredor de entrada se abren seis pequeñas salas que debieron servir para depósitos del mueblaje funerario, y que, vacías en la actualidad, sólo muestran los interesantes dibujos de sus paredes. En una de ellas figuran todas las armas y trajes de guerra que se usaban en la época de aquel Monarca. En otra hay representados músicos tocando el arpa y otros instrumentos. Por este motivo se llama también á esta cripta, la *tumba de los arpistas*.

Dejemos el valle de los Reyes para cruzar á lo largo la necrópolis. Su aspecto general es el de todos los cementerios del Egipto, cuyo suelo está cubierto de restos de cadáveres, de pozos, de sepulcros y de ruinas. La actividad de los violadores antiguos y modernos ha removido aquellas tierras de tal manera, que apenas queda una tumba intacta que al ser hoy descubierta pueda revelarnos los

secretos de la vida de aquel pueblo. Es una fortuna hallar un hipogeo intacto, y de ella pude participar en Febrero de 1886 por encontrarme en Luxor con la Misión científica egipcia, cuando los beduinos de Gurnah hallaron cerca de su aduar nada menos que el mausoleo de un gran sacerdote tebano, guardián de la real necrópolis de Bab el Moluk que acabo de describir. De este importante descubrimiento dí cuenta en Febrero del año pasado, á la Real Academia de la Historia, y como asunto novísimo en la historia de los hallazgos arqueológicos egipcios, he de consagrarle también algunas líneas en las presentes páginas.

Á las cinco de la tarde del día 1.º de Febrero de 1886, en el momento de volver de una excursión á las ruinas de Karnak hecha con los miembros de la Misión citada, se nos presentó en Luxor un beduino de aspecto miserable, enrojecido por el sol y mal cubierto el cuerpo por rota camisa de sucio percal blanco. Venía á participarnos el descubrimiento que pocas horas antes había hecho en la necrópolis tebana, de un sepulcro intacto y cerrado aún por la misma puerta de madera que en el dintel de la cámara pusieron los antiguos egipcios al dejar en su recinto el último cadáver.

Aquel beduino se llamaba SALÁM ABÚ DUHI, y era vecino de Gurnah. Asociándose á otros tres amigos suyos, solicitó permiso para hacer excavaciones en la parte de necrópolis inmediata al pueblo de su residencia, que le fué concedido sin gran dificultad por no existir en aquellos sitios monumentos de importancia; y después de siete días de trabajo entre las ruinas, halló el pozo del nuevo sepulcro, que por estar cubierto con los escombros de otras tumbas, escapó á las depredaciones de cuantos en épocas anteriores han saqueado los cementerios del Egipto.

Un *rais* ó guardián del museo, despachado desde nuestro vapor, fué inmediatamente al sitio del hallazgo para evitar que durante la noche se sustrajera objeto alguno, ni destrozaran las momias su mismos descubridores, cediendo á la imbécil manía de registrarlas en busca de alhajas y tesoros. Sabida con oportunidad la noticia del descubrimiento, era necesario tomar las debidas precauciones que aseguraran la conservación de los cadáveres y del ajuar funerario, hasta que el Jefe del museo pudiera hacerse cargo de la tumba.

Al día siguiente nos trasladamos al lugar del hallazgo. Atravesamos la llanura tebana y cruzando á Gurnah entramos en el desierto,

por el que, después de media hora de marcha, llegamos al pie de la nueva tumba. Un barranco seco, formado por el declive del terreno, separa el aduar de las colinas inmediatas, enlazadas para juntar la estribación de la alta cordillera que cierra el desierto de Libia. Por aquella hondonada corre el sendero que conducé de las ruinas de Medinet Abú al templo de Deir el Medineh, y á mitad del camino, á distancia de un kilómetro de este último punto, trepamos por la sierra cubierta de escombros y llena de pozos que dificultaban penosamente nuestra marcha.

Desde el barranco se veía un grupo de beduinos esperando en las inmediaciones del nuevo sepulcro. Las extrañas figuras de aquellas gentes, desnudas é inmóviles, aparecían en relieve sobre las calcinadas ruinas de las tumbas, cual si fueran negras estatuas de mármol olvidadas por el cortejo de un antiguo entierro. Eran los excavadores de Gurnah que habían hecho el descubrimiento del hipogeo, y que esperaban nuestra llegada para recibir la recompensa debida. Por sus explicaciones supimos que hacía una semana trabajaban en aquel lugar de la necrópolis, habiendo seguido cuatro ó cinco pistas falsas antes de encontrar el pozo intacto que conducía al sepulcro. Junto á éste hallaron además otra cámara mortuoria, violada hacía muchos siglos, y que los escombros vecinos y las arenas del desierto cubrieron por completo ocultándola á la vista.

De la nueva tumba desapareció enteramente la *mastaba* ó capilla funeraria exterior. Tampoco se hallaron lápidas de ninguna clase: sólo entre montones de ruinas veíase la entrada del pozo señalada por su brocal cuadrado, ancho de un metro y revestido en su parte superior de grandes ladrillos de barro crudo amasados con paja.

Este pozo tenía unos 4 metros de profundidad; estaba abierto en la blanca roca caliza que formaba la cordillera libica, y la orientación de sus lados correspondía perfectamente á los cuatro puntos cardinales. Nos extrañó su poca profundidad, pues es casi regla general, tanto en la necrópolis tebana como en la memphita, que los pozos midan entre 10 y 20 metros. En las paredes Norte y Sur había pequeños agujeros, hechos á distancia regular en la piedra, para facilitar el descenso de los obreros.

En el fondo del pozo, mirando á Poniente se veía la entrada de una estrecha galería que bajaba en plano inclinado en una ex-

tensión de 2 metros. La arena se acumuló en aquel sitio, y como los beduinos no se tomaron la molestia de extraerla, hubimos de pasar el corredor arrastrándonos sobre el vientre.

Daba acceso esta galería á una cámara ancha de 3 metros, larga y alta de 5, tallada en la roca viva de la montaña, y desnuda de todo adorno. Quizás los constructores del sepulcro proyectaron destinar aquella sala para cámara mortuoria; pero no pudieron realizar tal idea por la mala calidad de una gran vena de piedra, desigual y quebradiza, que la atraviesa en toda su longitud. Entonces cortaron otro pozo, profundo de un metro, junto al muro de Occidente, y á su extremidad abrieron otra galería en dirección á la derecha, hasta encontrar, á distancia de 3 ó 4 metros, mejor calidad de piedra para esculpir y pintar las escenas funerarias que son indispensable decorado de los sepulcros egipcios.

No sin emoción hallamos, al fondo de este último corredor, la entrada de la cámara funeraria, en cuyo marco de piedra permanecía intacta la puerta de madera cerrada por el sacerdote que depositara en aquel recinto el último cadáver. Era, pues, evidente que teníamos delante uno de los raros hipogeos que en la necrópolis tebana han escapado á las depredaciones de los romanos, los coptos y los árabes.

Veíase en la parte superior de la puerta una pintura en la piedra figurando la barca del sol, dentro de la cual iba un Dios. Esta puerta era de madera blanca, tallada en forma cuadrilonga algo irregular, y sostenida por un montante ó barra añadido á su lado izquierdo, que se introducía dentro de dos agujeros hechos en las piedras del arco y del dintel. Á su mitad estaba clavada la cerradura de madera, idéntica á la que aun hoy usan los fellahs del Egipto, y tenía el pasador también de madera corrido y sellado con la imagen de Annubis sobre una marca de barro. La puerta medía metro y medio de altura.

El deseo de salvar esta puerta de madera, que podíamos considerar como ejemplar único en el mundo, nos hizo romper el dintel de piedra que contenía algunas inscripciones. Penetramos en la cámara mortuoria, cuyo aspecto era en realidad imponente. El suelo estaba cubierto de cadáveres; nueve de ellos encerrados en sus cajas de sicomoro y once tendidos sobre la arena. En los rincones se veían amontonados vasos de barro cocido, panes, frutas, muebles, y secas y ajadas guirnaldas de flores. Arrimados á la



pared había dos carros funerarios, probablemente allí olvidados por la comitiva del último entierro, deseosa de salir cuanto antes de la tumba. Pero nuestra atención fué principalmente atraída



Puerta del sepulcro de SOS NOTEM.

por las pinturas de las cuatro paredes y del techo del sepulcro, que se mantenían frescas é intactas cual si el día anterior hubiesen sido acabadas. En la sala, larga de 5 metros, ancha de 2 y medio, y cubierta por una bóveda de arco de medio punto tallada en la

roca viva, no había una pulgada de muro que no ocuparan los cuadros ó las inscripciones.

Procedimos con método, disponiendo en primer lugar que los empleados egipcios del museo y los beduinos de Gurnah trasladaran todos los cadáveres, muebles y ofrendas del sepulcro, á nuestro buque anclado en Luxor. Así salieron de nuevo á la luz del día aquellos despojos de la muerte, encerrados durante más de treinta siglos en las sombras del olvido; y por más que nuestra atención procuró rodearlos de todos los posibles cuidados en su travesía por el desierto y la llanura tebana, no pudimos evitar que la natural incuria de los indígenas hiciera perder unos y estropeará otros. Un magnífico taburete pintado con brillantes colores y atrevido dibujo, se hizo añicos antes de llegar al vapor.

De veinte cadáveres que había en el sepulcro, los nueve encerrados en su cajas de madera estaban perfectamente conservados, y pudieron ser conducidos al vapor sin ninguna dificultad. No así los once restantes, que tirados sin cuidado alguno por el suelo, quizás también mal momificados y peor sujetos por las bandas de tela rotas en pedazos, se deshicieron entre la manos de los árabes que intentaron levantarlos. Conservé únicamente sus cabezas por el interés etnográfico que pudieran tener los cráneos.

Las momias que entraron á bordo pertenecían á las siguientes personas:

1. SON NOTÉM, descrito en las inscripciones de su féretro como *sotém ash em ast ma*, ó *aquel que escucha las invocaciones en la sala de la Verdad*. Correspondía este título á funcionarios de alta jerarquía de la casta sacerdotal, encargados por el Monarca de la custodia y vigilancia de las necrópolis reales.

2. KHONSU, cuya caja tenía una leyenda jeroglífica igual á la anterior.

3. TAMAK, hombre.

4. PARA HOTEF, hombre.

5. TAA ASH ENES, mujer.

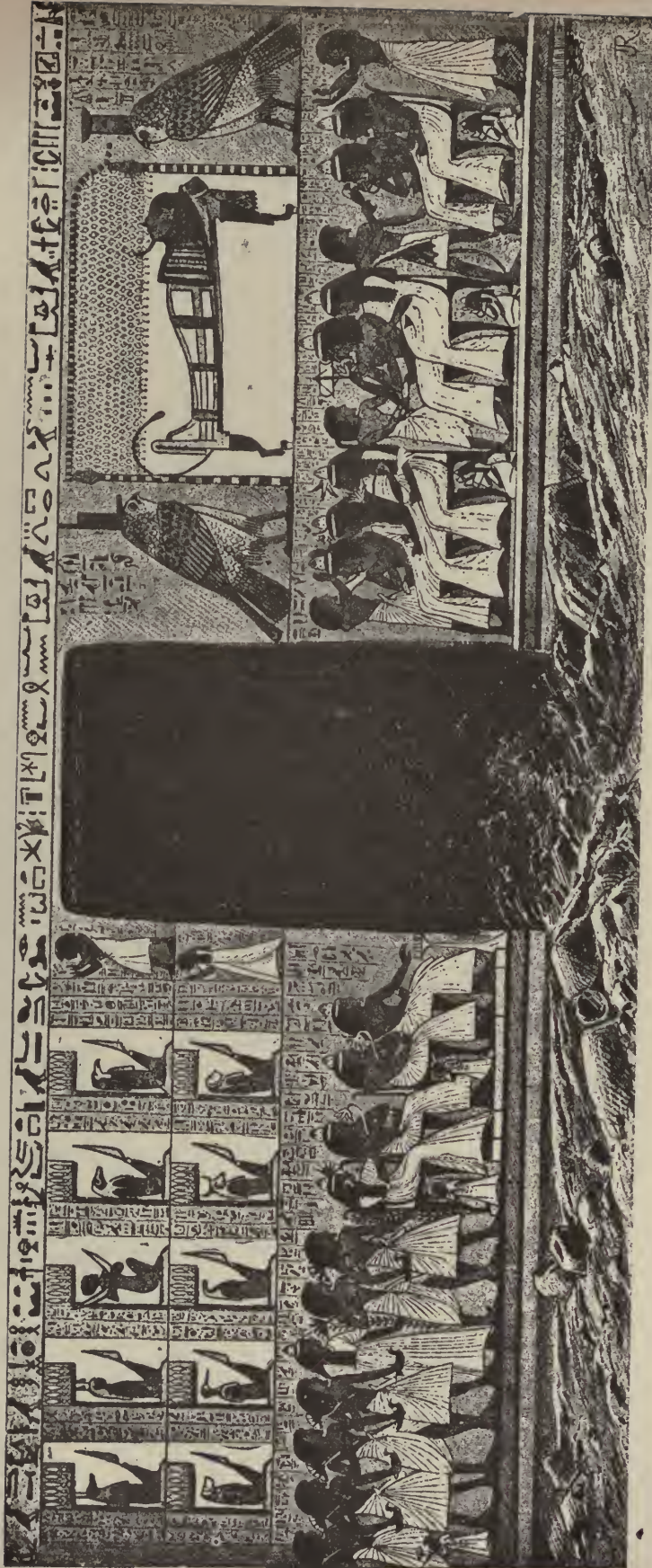
6. EI NEFER TI, mujer de SON NOTÉM.

7. ISIS, sacerdotisa de Ammón.

8. RAMÉS, hombre.

9. HATHOR, niño.

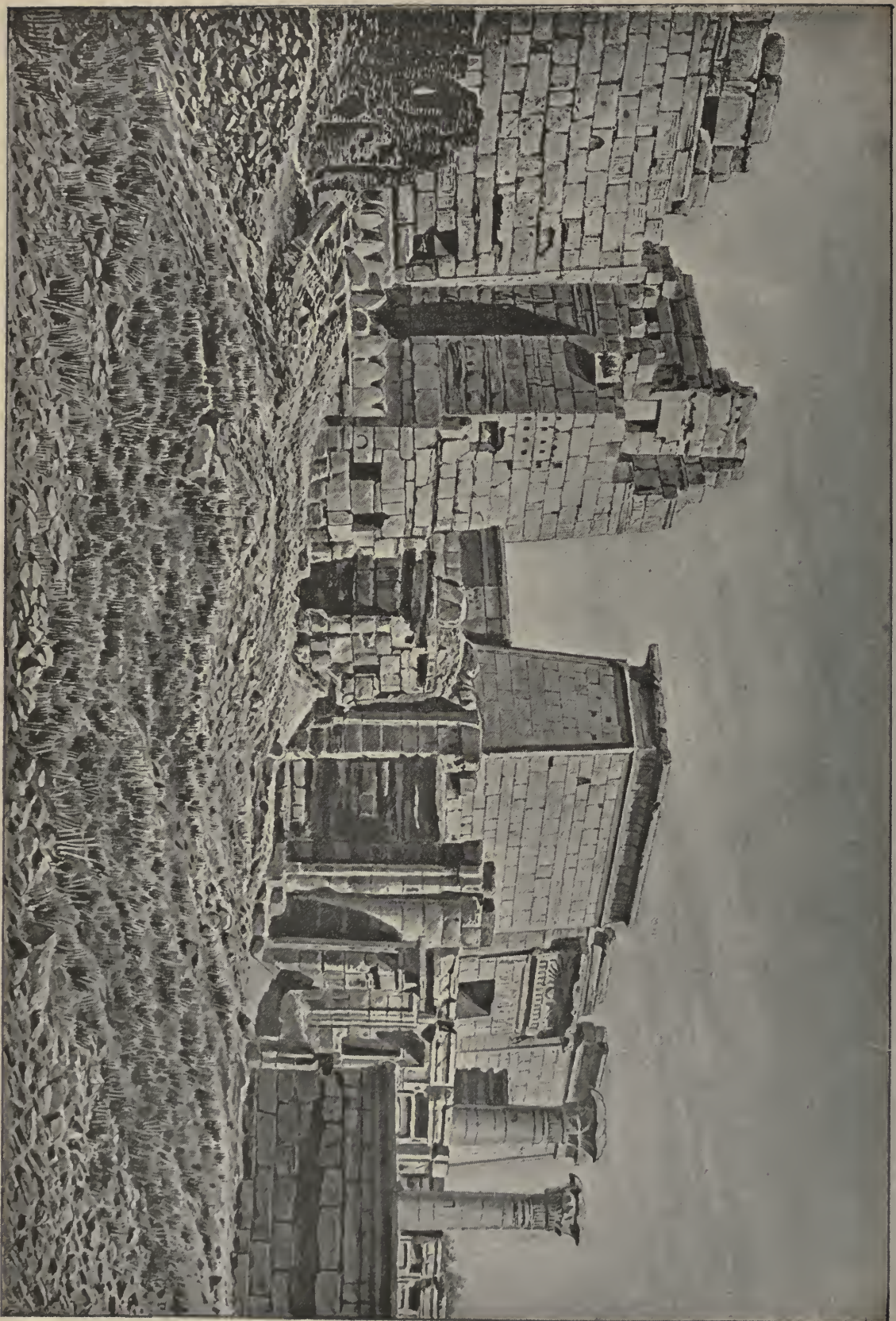
Estos son los nombres que leímos en las inscripciones puestas sobre los féretros decorados con el mayor lujo, que guardaban las



Muro del sepulcro de Sen Nofre.







TEMPLO DE MEDINET-ABÚ.

momias. Además se recogieron dos cajas pequeñas pintadas de amarillo y sin constar en ellas nombre alguno: sin duda encerraban fetos ó cadáveres de niños recién nacidos.

Este sepulcro estaba lleno de ofrendas, vasos, muebles y objetos varios que sus ocupantes usaron en vida: y en sus paredes se desarrollan en magníficas pinturas varios cuadros de la muerte y la resurrección, desde que el cadáver convertido en momia desciende á su última morada, hasta que declarado justo vive en el cielo cultivando los campos de Aalú en compañía de su mujer.

De la tumba de SON NOTÉM á las ruinas de Medinet Abú no hay mucha distancia. Un camino trillado por los viajeros, procedente de Deir el Medineh, conduce al abandonado templo en media hora escasa de marcha en borrico.

El templo de Medinet Abú es el más importante de todo el Egipto bajo el punto de vista histórico. Su recinto es inmenso, y á la natural confusión que asalta al viajero al marchar por vez primera entre aquel laberinto de ruinas que no conoce, agrégase el mal efecto producido por la existencia de las casas de un pueblo copto abandonado, que se ven suspendidas sobre una colina inmediata á la gran sala del templo. Aquella agrupación de viviendas fué construída por los creyentes de la Tebaida en los primeros siglos del cristianismo, pero las malas condiciones del país, la falta de agua y el exceso de calor en un pueblo colgado sobre el templo, hicieron abandonarlo dejando las casas que han permanecido casi intactas hasta nuestros días, pues sólo han sido demolidas las que fueron edificadas dentro de los santuarios.

En Medinet Abú hay dos grupos de construcciones enteramente distintos. Á la derecha de su recinto se ven unos edificios pequeños, cuadrilongos, con los muros cubiertos de inscripciones, cuadros y nombres de Reyes de diferentes épocas. Parecen ser los santuarios adscritos al culto de los muertos enterrados en la vecina necrópolis, pues ya que los Monarcas ocultaban sus tumbas en la montaña sin marcar el sitio donde las habían situado, justo era que en otra parte edificaran las capillas funerarias donde su alma y su momia recibieran las preces y las ofrendas de los vivos.

En el centro está el magnífico edificio edificado por RAMSÉS III, que comprende el templo y el palacio de este gran Monarca. Veamos el primero. Algunos patios, adornados con bellas columnas y cariátides, preceden á los cuatro pilones que son las puertas de

entrada del santuario. En los muros de estos pilones hay talladas grandes estelas que reseñan las victoriosas expediciones de RAMSÉS III contra los Libios y Mashuash en los años XI y XII de su reinado (1276-1275 á J. C.). La inscripción puesta sobre la fachada del pilón del Norte es muy curiosa y poética: vese en ella al Rey



Patio en Medinet Abú.

golpeando con su maza de guerra á un grupo de prisioneros arrodillados á sus pies, mientras que el Dios Armakhi le ofrece un hacha de combate. La misma divinidad se dirige al Monarca en los términos siguientes:

*Hijo mio, salido de mis entrañas, amor mio, Señor de los dos mundos, RAMSÉS III, dueño del cetro de la tierra: los Peti de la Nubia están tendidos á tus pies.*

*Te traigo los jefes de las comarcas meridionales que llevan sus hijos á la espalda y los*



*productos preciosos de sus pais. Deja la vida á los que te agrade, inmola á los que quieras.*

*Vuelvo mi rostro al Norte para colmarte de maravillas. Pongo la tierra roja bajo tu planta, y quiero que con tu mano rompas á los insensatos, que con tu espada destruyas á los Herusha. Hago llegar hasta ti naciones que no conocieron el Egipto, con cajas llenas de oro, de plata, de toda clase de piedras preciosas. Cuanto produce la tierra se extiende ante tu hermosa vista.*

*Vuelvo mi rostro al Oriente para colmarte de maravillas. Encadeno á todos tus enemigos bajo tu mano: renno para ti todos los productos de Pun. y el Kami, el precioso asa, las plantas odoríferas, se amontonan ante tu persona.*

*Vuelvo mi rostro al Occidente para colmarte de maravillas. Destruye el pais de Tahenni, y que sus habitantes vengan hasta ti inclinados para adorarte ó caigan corriendo al oír tu terrible grito.*

Otro patio se extiende entre el segundo pilón y el santuario principal del templo, con el que tiene comunicación por una magnífica puerta de granito. La sala que antes servía de morada del Dios, forma un gran cuadro abierto á la luz, y ceñido por galerías cubiertas que se apoyan sobre preciosas columnas de flores de lotho. Este nuevo patio es la parte mejor conservada del templo de Medinet Abú, y uno de los monumentos más espléndidos que tenemos del arte egipcio.

Solamente uno de los lados, el correspondiente al Norte, se encuentra mutilado, con los restos de un altar cristiano; y la misma configuración del patio se halla algo desfigurada por la presencia de una línea de columnas de granito groseramente tallada, que nunca pertenecieron al primitivo plan del templo. Estas adiciones fueron hechas por los habitantes coptos del lugar, quienes no tuvieron escrúpulo de establecer su iglesia en el santuario pagano.

Aquel conjunto es bellísimo. Los muros del fondo de la galería están cubiertos por cuadros alusivos á las campañas y vida de RAMSÉS III. Los pueblos más salvajes del Sur del Nilo, y los más belicosos del Asia Menor y de la Libia, fueron sometidos á su autoridad ó castigados con el peso de sus armas; y sólo la enumeración que de ellos hacen las inscripciones de Medinet Abú constituye importantísima página de la historia y de la etnografía en aquellos remotos tiempos.

Á la izquierda del recinto se alzan las torres de RAMSÉS, que son dos sólidos edificios de piedra puestos para flanquear una de las puertas del templo. El objeto de estas construcciones es evidente: debieron servir de palacio al Rey que había mandado edificar aquel grandioso santuario. Están bien conservadas, y tienen en los

cuadros de sus muros escenas parecidas á las que he descrito.

Al salir de Medinet Abú en la última visita que allí hice, paréme junto á esta puerta de su recinto, y sentí dolor profundo al abandonar aquellos sitios que, durante mucho tiempo á lo menos, no he de volver á recorrer. Pasé en el templo horas agradabilísimas. Familiarizado con sus ruinas, conocedor de sus últimos rincones, hubiera querido permanecer allí todo el tiempo que necesitaba su meditado estudio; pero mi carrera, con sus apremiantes exigencias y sus plazos fatales, me lo vedaba. El Gobierno español no está aún en buenas relaciones con la arqueología.



Descanso de la caravana en Medinet Abá.



Murallas de El Kab.



## CAPÍTULO XXVI

ANTES de seguir el viaje por el Nilo, he de dar cuenta de uno de los cementerios egipcios que hace pocos meses ha sido descubierto por el profesor MASPERO, el de Gebel Ein.

Este pueblo, cuyo nombre significa *dos montañas*, es en la actualidad un pequeño lugar árabe, sin otra importancia que la de estar edificado sobre las ruinas de la antigua Aphroditópolis de los griegos, ó la Pa Nibtepahe, del *nomos* Mihi de los egipcios. Según las notas recogidas por el mismo MASPERO, antiguamente el Nilo se dividía en aquella región en dos brazos, pasando por un canal que ahora han llenado los aluviones y está enteramente seco. En la isla

saliente en medio de las dos corrientes de agua, se ve la parte de necrópolis destinada á enterrar los sacerdotes de Ammón Ra, las cantatrices del Dios y los ciudadanos ricos de la villa. Sus tumbas son celdas sin ningún adorno, en las cuales las momias forman pilas de veinte ó treinta cajas talladas en forma humana, y muy parecidas al tipo de los féretros tebanos que se construían hacia el séptimo siglo antes de la era cristiana. La cabeza, á veces modelada con gran expresión, lleva ceñida una corona de flores, de la cual se desprende un lothus azul que cae sobre la frente. El resto de las cajas está cubierto con un barniz amarillo que protege los jeroglíficos, y los cuadros pintados en azul, negro, rojo y verde. Todas las cajas de este género no llevan nombre de propietario ó pertenecen á personajes agregados al culto del Ammón tebano.

Estas observaciones inducen á creer que aquellos féretros no fueron fabricados en Aphroditópolis, sino en la misma Tebas, siendo puestos á la venta en el resto del Imperio, para satisfacer los caprichos de la moda ó para remediar las imperfecciones de la industria provincial. Otras cajas, que puede suponerse fueron construídas en los talleres de la localidad, muestran una rudeza de estilo increíble. Las facciones del rostro están talladas á hachazos por el escultor, y la ignorancia de los pintores les hizo dibujar las inscripciones con jeroglíficos peor hechos que los de las obras de KIRCHER y PABLO LUCAS. Muchos de estos féretros son sólo miserables cajas de madera de palma, sin inscripción ni adorno alguno. Se encuentran además los cadáveres de pobres niños envueltos en toscas esteras ó empaquetados en telas de fibra de palmera. Las momias son amarillas, quebradizas, pesadamente vendadas, sin cartones, sin collares ni amuletos ó flores, pero todas llevan un par de zapatos y un bastón que sirvan al muerto en su viaje al otro mundo. El calzado es ordinariamente muy basto, hecho de suela gruesa y cuero rojo ó negro, destrozado, roto, usado, sin duda escogido entre lo peor que tenía el difunto. Raramente se encuentran sandalias nuevas adornadas con gusto.

Sigamos ahora la relación de nuestro viaje. Junto á Tebas, en la orilla izquierda del Nilo, se encuentra un sitio célebre por su nombre, Ermonthis, cuya antigüedad remonta casi á la época prehistórica. Estuvo allí edificada una de las primeras ciudades del Egipto, pero de ella nada, absolutamente nada, queda en la actualidad. Hasta las piedras de sus ruinas fueron consumidas en

unos hornos de cal que en sus inmediaciones han tenido los árabes durante muchos siglos. Además la falta de piedra en las inmediaciones ha hecho que se arrancaran hasta los bloques de los templos para romperlos y utilizarlos en los lugares vecinos.

Visitemos á Esneh, la antigua Sni. Es una importante ciudad árabe del Alto Egipto, tiene buenas calles, algunas casas muy típicas, y un mercado de granos de cierto renombre en la comarca. Pero su principal celebridad consiste en estar edificada parte de ella sobre los arquitecturas de un templo egipcio lleno de ruinas.

Visto á lo lejos, aquel grupo de casas árabes parece ocupar la cima de una montaña, y en rigor tal es el caso, aunque la montaña sea de escombros amontonados durante veinte siglos. Esneh ofrece ahora palpable ejemplo de cómo han podido conservarse ciertos monumentos antiguos, que por estar edificados al aire libre, podían más fácilmente ser destruidos ó caer en ruina. Una visita á su templo no dejará de interesar á todo viajero.

Se sube á lo alto de la ciudad, desde donde por una rampa muy pronunciada, que termina en rápida escalera, se baja á una profundidad de 25 ó 30 metros para llegar al nivel del templo. De éste no se ha limpiado más que una sala, la de columnas, que es por tanto la única visible. Pertenece á la época romana, pues todas las inscripciones que decoran sus muros y columnas, llevan los nombres de CLAUDIO, DOMICIANO, CÓMMODO, SÉPTIMO SEVERO, CARACALLA y GETA. Únicamente en la pared del fondo se ve el nombre de un Monarca egipcio, Ptolomeo PHILOMETOR.

Esta sala ofrece un extraño contraste, que marca importante período en la historia del arte egipcio. Sus líneas arquitectónicas son admirables. Las columnas se alzan esbeltas y ligeras, para unirse á la bóveda en precioso capitel de flores de lothus. Pero en cambio el decorado no puede estar peor ejecutado, las figuras son groseras, los relieves falsos, los mismos jeroglíficos contrahechos y apenas inteligibles. En esa última época de la vida nacional egipcia, cuando su individualidad se extingue y la inevitable decadencia la invade, el retroceso se inicia en la pintura y en la escultura.

El resto del templo de Esneh, lo he dicho antes, se encuentra debajo de las casas, y para desenterrarlo sería preciso remover la mitad del pueblo. Esta obra se impondrá al Gobierno egipcio y ha de realizarse un día ú otro, ya que sólo la falta de fondos la ha detenido hasta ahora.

Á simple vista aparece incomprensible que templos como los egipcios, cuyo recinto tiene á veces una extensión de dos ó tres kilómetros, y cuyas construcciones se elevan á considerable altura, hayan podido



Columnata de Esneh.

ser llenados de escombros y ruinas, permaneciendo en pie sus propios edificios. Ello depende de la manera de vivir que tenían los coptos en los primeros siglos del cristianismo, y siguen ahora los árabes. Tienen estos pueblos la costumbre de edificar sus casas con gruesas paredes de adobe y techos planos de tierra sostenidos por débiles troncos de palmera.

Una habitación en estas condiciones es sumamente precaria y débil, por lo que, queriendo darlas alguna solidez, tanto los coptos como los árabes han buscado siempre el abrigo de los templos de piedra edificados por los egipcios. Así muchos pueblos modernos se encuentran en los sitios de los antiguos santuarios.

Estas construcciones de tierra duraban poco, á pesar de la anterior precaución, y cuando empezaban á desmoronarse, las des-

truían esparciendo sus ruinas por el suelo, sobre el cual fabricaban la nueva casa. Así el nivel de los lugares iba subiendo insensiblemente, hasta llegar á la altura en que se veía el de Luxor hace dos años ó el de Esneh actualmente, es decir, con sus casas colgadas encima de los arquitecros de los templos.

Santuarios y sepulcros, esto es lo único que nos ofrece el viaje en la región del Egipto que atravesamos. Es preciso en ella ser arqueólogo, tener afición á las cosas viejas de la tierra, no cansarse de admirar hasta dónde llegó la fe y la piedad de aquellos pueblos primitivos. Su arte, su ciencia, su vida entera pertenecen á la religión; ésta les prepara en la existencia terrena para ir á gozar la inmortalidad en la gloria. Así no se encuentra un solo monumento civil, una inscripción política. Los mismos Reyes, cuando quieren perpetuar el recuerdo de sus conquistas, van á escribirlo en los muros de los templos, cuidando de consignar el botín que reservaron para el Dios.

Constituye, sin embargo, ligero cambio en esta línea constante de impresiones que se reciben en el Alto Egipto, la visita del viajero á las ruinas de El Kab, la antigua Eleuthia. Esta ciudad desempeñó importantísimo papel en la historia del país. Situada en una extensa llanura de la ribera derecha del Nilo, cerca del lugar donde un desfiladero de la cordillera asiática facilitaba la entrada en territorio egipcio de los temibles *heruchas* ó beduinos bicharis, que eran su constante amenaza, Eleuthia fué sólidamente fortificada con altas murallas que aun subsisten en nuestros días. Verdadera plaza de guerra de los tiempos antiguos, por la guerra pcreció, pues la ruina de su recinto es completa, y aun entre los restos de los edificios y los caídos muros de los templos se encuentran en cantidad los proyectiles que sirvieron para su ataque. Recorriendo sus ruinas, hallé algunas piedras usadas por las ondas de antiguos guerreros, que recogí, agregándolas á mi colección de curiosidades egipcias.

De Eleuthia se conserva también la necrópolis, situada en una alta montaña de su banda de Oriente, en la cual se ven las cuevas que sirvieron de capillas, los pozos y los sepulcros. Estos últimos han sido violados en su totalidad, pues su situación aparente excitó contra ellos la codicia de los devastadores y ladrones de todas épocas. Además los solitarios tebanos escogieron aquel lugar para retirarse á la vida del desierto, y cuando fallecían, eran

enterrados en nichos abiertos en las paredes de los mausoleos.

Entre los varios sepulcros egipcios de El Kab, el más notable pertenece á PAHIR, cuya mastaba es quizás la mejor conservada que hay en Egipto, á pesar de las mutilaciones infligidas por viajeros que escriben sus nombres sobre las esculturas de piedra. En sus paredes se ven, en primer término, curiosas representaciones de la vida en el campo, precedidas de cortas leyendas jeroglíficas, que unas veces son explicaciones del dibujo y otras contienen diálogos sostenidos por las figuras de aquellos interesantes cuadros. En la pared de la izquierda, junto á la puerta de entrada, está grabado el texto de una conversación entre varios trabajadores. — *Quiero cavar como si tuviera la fuerza de diez hombres* — dice uno de ellos. — *Es agradable remover la tierra* — dice otro que va uncido á un arado — *los campos son verdes.* — *Si* — responde el que sigue detrás — *el agua del Nilo fué mejor que en ningún otro año.* — *Daos prisa y hablad menos* — responde el dueño del sepulcro, que permanece cerca de aquella escena, apoyado en un bastón, vigilando á sus trabajadores.

En un registro situado á la izquierda del precedente, hay el cántico del buen labrador. — *Trabajemos sin parar* — dicen los operarios — *trabajemos sin parar, que el grano sea para el amo y la paja para nosotros; trabajemos sin parar.*

Junto á estas escenas rurales está la procesión del entierro del individuo que fabricara aquella tumba. Todo el ceremonial del transporte de la momia se detalla de manera prolija, viéndose las barcas, los carros fúnebres, las ofrendas y el séquito, que avanzan por las calles y en el río, con dirección á las tierras de Occidente.

Remontando el curso del Nilo se encuentra la ciudad árabe de Edfú. No está, como las anteriores, construída junto á la misma orilla. Para llegar á ella desde el desembarcadero se debe atravesar la llanura en una extensión de tres kilómetros. El pueblo de Edfú es pequeño, pobre, sucio: sus habitantes se dedican á las faenas del campo; no hay en él edificios curiosos, ni más monumentos que el famoso templo egipcio, modelo de conservación, puesto que se mantiene en perfecto estado. Baste decir á este respecto, que todos los días se barre aquel templo y no falta una piedra de los muros. Podría creerse que los sacerdotes osirianos abandonaron ayer aquel recinto llevándose á los Dioses, cuyos altares han quedado vacíos en su sitio.

El templo de Edfú es enteramente griego. En épocas anteriores



existía en su lugar otro edificio religioso, que fué destruído por completo para edificar el que nos ocupa. Éste fué empezado por Ptolomeo PHILOPATOR, durante cuyo reinado se construyeron el santuario principal, las salas que lo rodean y la capilla del Dios allí adorado. Ptolomeo PHILOMETOR hizo decorar algunas de estas



Templo de Edfú.

salas, grabándose los cuadros é inscripciones que contienen. Á Ptolomeo EVERGETES II pertenece el gran patio monumental de columnas: á Ptolomeo ALEJANDRO el corredor de entrada, y finalmente, á Ptolomeo DONISIO los pilones de la puerta. Se ve por estos nombres que se tardaron ciento setenta años en concluir el templo.

Varias veces subí á lo alto de los pilones para admirar el edificio, que se domina en toda su extensión, y allí excitaron mi

curiosidad muchos nombres franceses grabados en las piedras. Pertenecían á soldados del ejército de BONAPARTE, del cual la división BELIARD estuvo acampada en Edfú durante algún tiempo, y remontó más tarde el Nilo hasta pasar la primera catarata.

Edfú era la antigua *Debú* de los egipcios y la *Apolinópolis* de los griegos, cuya necrópolis acaba también de descubrir MASPERO. Hacia el Oeste se levantan algunas montañas, llenas de grutas artificiales, que fueron abiertas con destino á sepulturas: pero han sido de tal modo devastadas, que no queda de ellas rastro de un solo jeroglífico ó de una figura. En la llanura que se extiende al pie, vense huesos humanos, astillas de madera y tiestos de barro esparcidos aquí y allá, apareciendo todos los indicios de un pequeño cementerio greco-romano. Mas con la mejor voluntad del mundo no se pudo nunca suponer que aquel fuera el emplazamiento de la necrópolis principal de Edfú, en donde debían reposar los restos de los grandes sacerdotes de Hor y los príncipes de la ciudad.

Después de tres años de investigaciones, MASPERO acabó por encontrar, hace pocos meses, una parte de este cementerio, junto á la aldea de El Qasaa, á dos horas al Sur de Edfú. Existe allí una colina alta de 20 metros, cubierta por la arena y cruzada interiormente en todas direcciones por galerías horizontales ó verticales, que separan delgadas paredes, en muchas partes destruidas por el peso natural de la roca. Un solo pozo, ancho de dos metros y profundo de seis pies, encontróse en buen estado; una puerta baja, abierta en el fondo, comunicaba con su algo espaciosa cámara, de la cual se pasaba á otra de mayores dimensiones. Ambas se hallaron llenas de cadáveres, no apilados unos encima de otros, como suelen verse en los hipogeos ordinarios, sino ocupando nichos estrechos, oblongos, dispuestos en divisiones como los *loculi* de las catacumbas romanas. Las momias eran negras, quebradizas, saturadas de betún y apenas envueltas con dos lienzos de vendajes aplicados tan fuertemente, que el relieve del busto y las facciones del cadáver se dibujaban sobre la tela. Las dos cámaras contenían más de trescientas momias casi iguales; unas yacían en su primitivo sitio, otras estaban tendidas por el suelo. En la primera sala se hallaron dos bonitos cartones de época greco-romana dorados y cubiertos con magníficas pinturas, pero eran ya tan frágiles, que se deshicieron en polvo al querer retirarlos de su sitio; además se

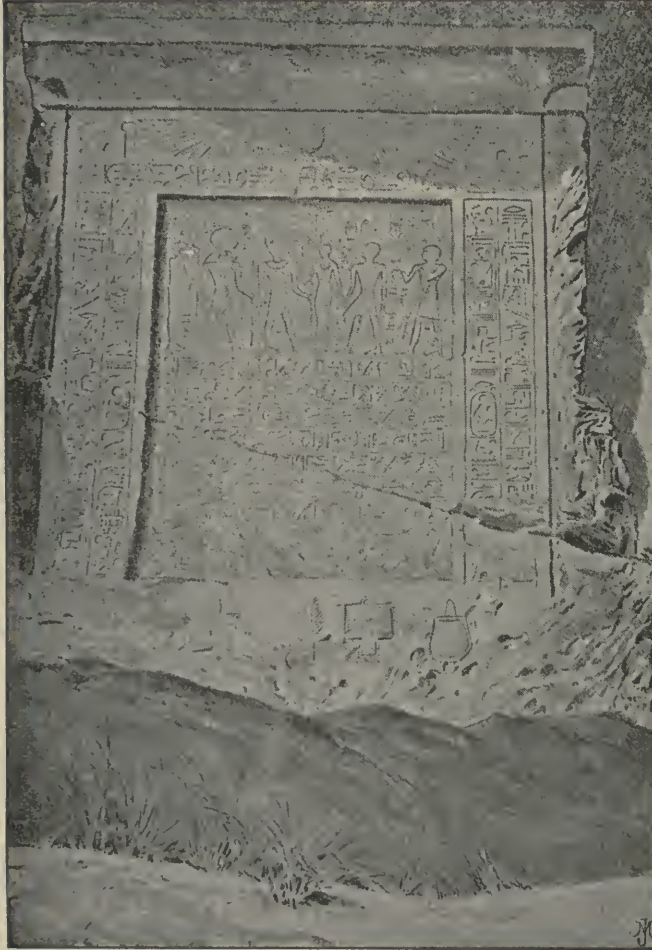
encontró la mitad de un epitafio griego escrito en versos bárbaros. Gracias á las mutiladas inscripciones de esta estela y de los dos cartonajes, fué fácil reconstituir la historia de aquella tumba. Pertenció, hacia el final de la época ptolemaica, á dos individuos de la familia feudal que gobernaba á Edfú, ejerciendo en nombre del Rey la doble autoridad civil y religiosa; y uno ó dos siglos más tarde, en tiempo de SÉPTIMO SEVERO, fué abandonada y convertida en fosa común, donde se almacenaron las momias de los empleados inferiores del templo y de sus parientes. Todo revela en aquel hipogeo la miseria y la ignorancia; no hay una inscripción, una figura, un amuleto, ó un triste ídolo, que acompañen á las momias; á pesar de lo cual, no dejan de ser éstas muy interesantes, pues demuestran cuánto habían decaído el arte de embalsamar los muertos y la observancia de los ritos funerarios en uno de los templos más populares del Alto Egipto, un centenar de años antes del triunfo del cristianismo.

Poca distancia separa á Edfú de Gebel Silsileh, lugar abrupto y solitario, sin vegetación, sin llanuras en las orillas del Nilo, ni pueblos ó aduares en sus inmediaciones, y que sin embargo es curioso y digno de ser visitado. En aquel sitio se unieron las dos cordilleras líbica y asiática que ciñen los valles del Nilo, y opusieron á la corriente sólida barrera de piedra abierta por el estrecho cauce del río. La roca es caliza, compacta, de color blanquecino y perfectamente adaptable al género de construcciones que levantaban los egipcios; por lo cual se aprovechó Gebel Silsileh desde remotos tiempos para abrir grandes canteras, cuya piedra podía embarcarse con suma facilidad por lamer las aguas el pie de la montaña. Con frecuencia los Reyes diospolitas comisionaron agentes para dirigir la extracción de materiales; acostumbrando éstos, una vez terminada su misión, á dejar esculpida en las rocas ó en una estela, nota del trabajo que habían realizado, del monumento á que se destinaba la piedra extraída, y del nombre del Monarca que mandara hacer la obra.

Importa notar el modo de explotar las canteras que tenían los egipcios, después de haber visto cómo prodigaban la piedra en sus construcciones. En las primeras canteras que hemos encontrado, en Tura, frente á las Pirámides, servíanse del sistema de túneles ó galerías que cavaban á gran profundidad en las montañas. Con escoplos y martillos tallaban por los lados y por detrás el bloque

que querían arrancar, y para desprenderlo del fondo, abrían anchos agujeros que atacaban con madera seca y después mojaban abundantemente. Al hincharse esta madera rompía la piedra y el bloque quedaba segregado.

Junto á estas galerías construían caminos perfectamente planos,



Estela en la cantera de Gebel Silsileh.

cuyo extremo se apoyaba en la entrada misma de aquéllas. Hecho el cálculo del peso de la piedra, la ceñían con numerosas cuerdas de las que tiraban esclavos, mientras uno de éstos, con una ánfora en la espalda, iba regando el camino para que el bloque se deslizara con mayor facilidad encima del barro.

En las canteras de Gebel Silsileh, se observa otro sistema de explotación. Ésta se efectuaba á descubierto, es decir, se extraía la pie-

dra tallándola de la roca exterior, escalonando la obra para que con más facilidad se pudieran desprender los bloques. La proximidad del río hacía luego sumamente fácil el acarreo de éstos, pues una vez arrancados de la montaña eran puestos en barcas que se deslizaban á favor de la corriente del Nilo hasta el lugar donde debía emplearse la piedra.

Ahora nos falta visitar á Kom-Ombos. En un recodo del río sus



TEMPLO DE KOM-OMBOS.

R



aguas se lanzan con impetuosa furia contra su orilla derecha, cuya margen van desmoronando lentamente, pero con toda seguridad, pues no hay poder que pueda desviarlas. Y precisamente en este punto está edificado el templo de Kom-Ombos, bonito edificio de construcción ptolemaica, ya muy arruinado y próximo á desaparecer por completo. Uno de sus pilones está en el fondo del Nilo; su compañero no tardará mucho en ir á reunirse con él, y detrás de los dos seguirá el templo entero, ocurriendo exactamente lo que pasó en Alejandría con el palacio de CLEOPATRA.

Desde Kom-Ombos nos trasladamos á Asuán, donde hemos de dar fin á nuestro viaje. Allí acaba el Egipto. El Nilo, marchando en rápido curso entre peñascos de muy pronunciado declive, forma la que se llama primera catarata elephantina, en cuya parte superior se extienden ya las llanuras nubianas habitadas por los beduinos bicharis. Penetraremos un momento en ellas para visitar la poética isla de Philoe, y luego regresaremos al Mediterráneo por el canal de Suez.

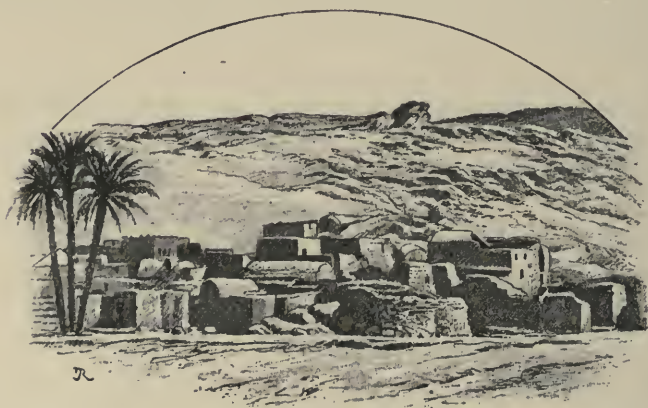
He aquí el cuadro de distancias que hemos recorrido en este viaje por el Nilo:

Del Cairo á Bedrechin . . . . .	23	kilómetros.
De Bedrechin á Meidún . . . . .	92	—
De Meidún á Minieh . . . . .	133	—
De Minieh á Beni Hasán . . . . .	23	—
De Beni Hasán á Melani . . . . .	27	—
De Melani á Gebel Abu Fedah . . . . .	37	—
De Gebel Abu Fedah á Asiut . . . . .	60	—
De Asiut á Guirgeh (Abydos) . . . . .	162	—
De Guirgeh á Keneh (Déndera) . . . . .	90	—
De Keneh á Luxor (Tebas) . . . . .	60	—
De Luxor á Ermonthis . . . . .	14	—
De Ermonthis á Esneh . . . . .	42	—
De Esneh á El Kab . . . . .	28	—
De El Kab á Edfú . . . . .	22	—
De Edfú á Gebel Silseleh . . . . .	42	—
De Gebel Silseleh á Kom-Ombos . . . . .	24	—
De Kom-Ombos á Asuán . . . . .	44	—
De Asuán á <i>Philoe</i> . . . . .	8	—
<hr/>		
TOTAL del Cairo á <i>Philoe</i> . . . . .	929	—

Y fuerza será que aquí nos detengamos, porque recientes sucesos

políticos han llevado á esta parte del Egipto, que es su frontera natural, el límite de su jurisdicción presente. No consta así en los mapas: vese en ellos hundirse el reino hacia el fondo del África central hasta tocar el mar Rojo por Levante, los grandes lagos por el Sur, las inmensas estepas del Sáhara por el lado de Poniente. Mas la formidable insurrección de negros que hace seis años estallara en el interior del Kordofán, ha seguido el curso del Nilo en marcha siempre triunfal, y se pasea victoriosa entre la primera y la segunda catarata.

Deteniéndome aquí cumplo la palabra empeñada á los lectores. título mismo de esta obra. En su grata compañía hemos dado un paseo completo *á través del Egipto*.



Aduar en la 1.ª catarata.





*Dahabia en el puerto de Asuán.*



## CAPÍTULO XXVII

A llegamos al término de nuestro viaje.

Al entrar en Asuán se nos ofrece el aspecto del terreno enteramente cambiado, distinta la formación del suelo, hasta diferente el curso del Nilo. Bien se ve que la región egipcia desaparece, que allí está el límite de sus fronteras con las vastas llanuras de la Nubia.

El aspecto de Asuán es encantador. En sus inmediaciones los anchos campos de cultivo están cubiertos de bosques de palmeras.

Á sus espaldas, las sierras asiática y líbica forman como dos inmensos arcos que parece van á unirse encima del Nilo. Y en el centro de ese prado de verdura, se alza la ciudad de Asuán, con sus pintorescos alminares, sus casas del más puro arte árabe en el interior, y sus ruinas ptolemaicas y romanas en bahía.

Quien haya visto Asuán hace cinco años, y vuelva ahora á visitarlo, desconoce aquel pueblo por completo. Era antes la ciudad fronteriza cuyas calles estaban siempre animadas de veinte extra-



Nuggar nubiano.

ños tipos. Los indispensables griegos y judíos no faltaban en ella, con sus tiendas de comestibles, sus casas de cambio, sus garitos de juego. Los árabes, los *fellahs*, los beduinos, los nubianos, los bicharis, los blemys, se codeaban por callejones y plazuelas, formando la abigarrada muchedumbre que poblaba la ciudad. En sus bazares se veían todos los productos del interior del África, marfiles, gomas, resinas,

hasta esclavos, que eran aportados por las caravanas del desierto.

Muy cambiado está Asuán en los actuales momentos. Bajo las verdes bóvedas de sus bosques de palmeras, vense las tiendas de blanca lona de un campamento inglés. La dominación extranjera se siente por todas partes, en la tierra como en el río. Hallábase antes el puerto lleno de buques mercantes de todas clases, de ligeras barcas árabes, de *dahabias* de recreo, *nuggars* nubianos, altos, extraños, con un solo enorme mástil en su centro, y su estrecha y fétida sentina, con harta frecuencia repleta de humana carga. Ahora ha desaparecido todo el cabotaje de Asuán, en cuyas riberas se



PANORAMA DE ASUÁN.



ven únicamente los cañoneros ingleses y las barcas que transportan víveres y pertrechos de guerra á las tropas expedicionarias.

Dentro de la ciudad ocurre el mismo cambio. Sus bazares están desiertos: sus tiendas se ven desocupadas; su misma población se ha retirado, faltándole el comercio, que era el principal nervio de su vida. La insurrección sudanesa ha herido de muerte aquel país, reduciéndolo á la condición más pobre y miserable que pueda imaginarse.

Igualmente pobres y desolados son los alrededores de la ciudad egipcia edificada al pie de la primera catarata, por la parte de la montaña, pues en ellos no hay vegetación de ninguna clase, y sólo ostentan sus elevados montes de arena, á veces coronados por las ruinas de antiguo templo, ó flanqueados por los alminares de una mezquita ó las cúpulas de algún sepulcro árabe.

Sin embargo, para el viajero aun conserva Asuán grandes atractivos. En su orilla izquierda vense las altas montañas que fueron necró-



Alrededores de Asuán.

polis de la antigua ciudad, llamada Abú por los egipcios, en la cual se hacen de continuo importantes descubrimientos porque ha sido poco explorada. En el mismo año último, hallándonos nosotros por el Alto Egipto, nos dieron en Tebas la noticia de que se había encontrado un curioso monumento egipcio en aquella montaña. Cuando, á los pocos días, llegamos á Asuán, mi primer cuidado fué visitar el sitio del hallazgo, cuyo carácter no se había claramente definido. Como sepulcro fué descrito por uno de los raros viajeros que lo vieron; templo lo llamaba otro, fundándose en la existencia de dos anchas naves, cuyas bóvedas sostienen ocho grandes pilares cuadrados. Una primera y rápida inspección del lugar, convencióme de que se trataba de un hipogeo

ptolemaico encerrado en un gran sepulcro del antiguo Imperio.

La ascensión á la montaña es en extremo penosa. El sol de la Libia arde con toda su fuerza, reflejando su brillo en la blanca arena del desierto que los vientos del Sur acumulan en los flancos de la montaña. En el tercio superior de ésta, abierta al extremo de empinada escalera de piedra, hallé la entrada del sepulcro, casualmente descubierta por unos soldados egipcios que paseaban una tarde por aquellos sitios. Á mi llegada, todavía no se habían extraído los escombros y piedras que obstruían la puerta, por la que se penetraba con alguna dificultad. Dentro de la tumba veíanse únicamente informes masas de cuerpos humanos, momias rotas y abiertas, amontonadas sin piedad ni respeto, y algunas lápidas de piedra en una de cuyas caras se leían inscripciones funerarias grabadas en caracteres jeroglíficos.

Á la izquierda de la puerta encontré dos relieves esculpidos en la piedra del muro. Aunque se hallan en muy mal estado de conservación, vese que representan escenas de la vida agrícola en los campos de Aalú, adonde, según las antiguas creencias, iban los egipcios que al morir tenían propicios los Dioses. Del trabajo que las esculturas revelan, así como de las inscripciones á ellas adjuntas, dedúcese que aquel sepulcro perteneció á SI REN PITÚ, alto funcionario egipcio que debió vivir en tiempos de la VI dinastía elephantina, hace unos cinco mil quinientos años.

Puede afirmarse con fundamento que aquella tumba, en época posterior á su constitución, fué abierta y destinada á otros usos. La abrupta montaña, que corre paralela al río en la ribera africana, cierra naturalmente con infranqueable barrera los límites del desierto, en donde los egipcios solían cavar sus sepulturas. El espacio debió faltar para extenderse la necrópolis necesaria á los habitantes de Asuán, por lo cual es seguro que en varias ocasiones los contratistas de sepulcros sacaron de los más antiguos y espaciosos los individuos cuyas familias se iban extinguiendo, depositándolos en otras tumbas abandonadas que por su gran antigüedad nadie reclamaba. Sólo de esta suerte puede explicarse el hallazgo de momias saítas, persas y ptolemaicas en un sepulcro del antiguo Imperio.

En la tumba de SI REN PITÚ se hallaban tirados los cadáveres con el mayor desorden, puestos unos encima de otros, destrozados sus cuerpos, formando una masa de más de 300 metros de exten-

sión y seis pies de espesor. Revueltas con ellos hallábanse sus cajas mortuorias también hechas añicos, y las estelas ó lápidas que fueron arrancadas de sus primitivos sepulcros. De estas piedras, curiosas por contener grabado el nombre de sus poseedores, pude recoger dos ejemplares, que he traído á España. Ya hice la descripción de una de ellas al hablar de los epitafios que los antiguos egipcios solían depositar en la morada de sus muertos: la otra es de piedra arenisca roja, y desgraciadamente está truncada en parte por los lados superior y derecho. Esto no obstante, la inscripción queda casi completa, y en cuatro líneas de jeroglíficos dice:

*Ofrenda funeraria de pan, vino, carne, incienso...*  
*Todas las cosas buenas y puras...*  
*Al doble del Osiris NES...*  
*Hijo de SOPTIRITIS.*

Esta piedra, relativamente moderna, pertenece á los últimos tiempos de la dominación ptolemaica en Egipto, ó á los primeros de la época romana. Se halla ahora en nuestro Museo Arqueológico Nacional.

Otros dos sepulcros egipcios fueron descubiertos en la necrópolis de Asuán durante mi permanencia en aquella ciudad. El día 15 de Febrero de 1886 penetraba en uno de ellos, situado á unos 200 metros de distancia del que acabo de describir, y que hallé también violado por los antiguos y convertido en depósito de lápidas arrancadas de las tumbas. De su puerta partía en plano inclinado un corredor alto y estrecho, cuyos muros laterales estaban adornados con dibujos y esculturas. En la pared izquierda se ve al propietario del sepulcro, negro de color, desnudo el cuerpo y adornada la garganta con el collar de distinción que los Reyes conferían á sus súbditos preeminentes, acompañado de un hijo suyo. Es un dignatario que ejercía el cargo de Gobernador de Abú en tiempo de las dinastías tebanas. Á lo largo del corredor se ven cuatro momias de piedra alineadas como estatuas junto al muro, motivo de decoración que no encontré en ningún otro sepulcro.

En el fondo está la cámara mortuoria, en la cual se pintó un bonito cuadro representando al propietario de la tumba en el acto de ofrecer un vaso de libaciones á Osiris, Dios de la muerte, que

está sentado en su trono. Merced á la lámpara de magnesio, pude obtener una buena fotografía de esta interesante pintura.

En el último sepulcro la arena había invadido cámaras y corredores, y los desprendimientos de la roca hacían muy peligrosa su inspección. Sólo pude hacerme cargo de la vasta extensión de aquel hipogeo, que tiene numerosas galerías y profundos pozos, y además vi el comienzo de magníficos relieves tallados en uno de los



El Gobernador de Abú.

muros exteriores. Hasta que se extraigan la arena y las piedras caídas de los techos, afianzando éstos convenientemente, no se podrá estudiar aquel sepulcro, que por otra parte aparece haber sido devastado en la antigüedad.

La antigua Abú estaba situada en el lugar que ahora ocupa la población de Asuán, en la orilla derecha del Nilo. Pocos vestigios quedan de ella. Junto al puerto vense un muro y un torreón medio caídos, que debieron ser edificados en época de la dominación romana. Á poca distancia de la ciudad existe un pequeño santuario ptolemaico, descubierto por MARIETTE hace algunos años. Y no lejos de

esta capilla, hállanse las famosas canteras de granito rojo que antiguamente explotaron los egipcios.

Al recorrer los monumentos egipcios existentes en las dos orillas del Nilo, desde la región del Delta hasta la frontera elefantina, nótase el variado empleo que de este granito rojo hicieron los egipcios en las diferentes épocas de su historia. Durante el antiguo Imperio, en todas las construcciones abunda esta clase de piedra: la pirámide de CHEOPS contiene numerosos bloques: la de MICE-RINO ostenta aún grandes fajas de ella, puestas en su revestimiento exterior. En el mismo templo de la Esfinge en Guizeh, se ve em-



pleada no sólo para los enormes monolitos que sostenían sus bóvedas, sino hasta en las escaleras, en el piso y en los muros. Los egipcios de la primera dinastía usaban el granito de Siena con profusión, lo cual supone que habían organizado perfectamente los servicios de arranque de la piedra en las canteras y de su acarreo por el Nilo.

En tiempo del segundo Imperio, ó sea allá por las épocas de la XI y XII dinastías diospolitanas, el granito empieza á economizarse. Empleáase aún en las pirámides, pero, como se ve en Sakara, sólo en bloques aislados, para garantizar con su dureza la inviolabilidad de los corredores que conducen á las cámaras mortuorias. Las imágenes de los ídolos, los nichos de los santuarios, los obeliscos y las esfinges, se tallan también en aquella piedra.

Finalmente, en las épocas posteriores, desde la tebana hasta la ptolemaica, el granito se emplea pocas veces con relación al número de monumentos que se edifican por todas partes. Utilízase aún para los obeliscos, para el arquitrabe de alguna puerta, para la estatua de un Dios, pero bien aparecen las grandes dificultades que debían vencer los arquitectos y artistas egipcios para obtenerlo, cuando tan parcamente lo emplean. En las canteras de Asuán vese aún hoy desbastado, aunque adherido á la roca por uno de sus lados, un obelisco que no pudo ser concluído.

Será curioso explicar á este respecto, el sistema empleado por los egipcios para obtener el granito de Siena, la diorita, el basalto, el granito gris y el negro, el alabastro, el pórfido y otras piedras poco comunes que empleaban en sus monumentos. Las canteras donde existen estos materiales, se hallan fuera de las vías de comunicación, exceptuando la de Asuán; había que ir á buscarlos á través del desierto, cerca del Vadi Guerrai, de Genneh ó de Hammamat. Nota MASPERO en el excelente libro sobre arqueología egipcia que acaba de publicar, que para facilitar el trabajo de los obreros, se abrieron pozos en el camino de las canteras, y además se crearon pequeños lagos en los Uadis, donde aquéllos pudieran hallar el agua necesaria para su sustento. Dichos canteros formaban colonias compuestas de trabajadores voluntarios, de esclavos y de criminales condenados por la justicia, y vivían miserablemente bajo el látigo de una docena de capataces, vigilados por una compañía de soldados mercenarios, libios ó negros. La menor revolución en Egipto, una guerra desgraciada, un cambio intran-

quilo de reinado, comprometía la existencia ficticia de estos establecimientos; desertaban los obreros, los beduinos hostilizaban la colonia, los capataces se impacientaban y volvían al valle del Nilo, y la cantera dejaba de ser explotada.

En medio de la ancha bahía que el Nilo forma en Asuán, hállase una pequeña isla que aun conserva el nombre griego de Elephantina. Sus campos son un pintoresco verjel, sombreado por altos bosques de palmeras. Hacia el Norte se extienden las casas de dos pequeños pueblos, habitados casi exclusivamente por nubianos; en el Sur vense los restos de antiguos edificios, de templos y sepulcros, por desgracia destruídos en nuestros días.

Cuando la Misión científica que acompañaba la expedición francesa de BONAPARTE, subió hasta la primera catarata á últimos del siglo pasado, halló aún en Elephantina varios importantes monumentos y entre ellos dos templos, que llamó *del Norte* y *del Sur*. Este último era precioso, y además formaba como un tipo aparte en el canon adoptado para estos edificios en Egipto, pues su aspecto exterior era de un templo griego. Ambos fueron destruídos por el Gobernador turco de Asuán en 1822.

En Elephantina quedan hoy pocas ruinas dignas de llamar la atención. Apoyado contra el muro de una casa, vese un monolito de piedra blanca representando á Osiris, en cuya base con dificultad se lee el nombre de MINEPTAH, el hijo de SESOSTRIS: marca el sitio donde estuvo la fachada de un templo consagrado por AMENHOTPÚ III, é inútil es decir que de este edificio no queda rastro alguno.

Junto al río, por la parte de Oriente, hállanse grandes y sólidos muros, entre los cuales está aún marcado uno de los *nilómetros* que en la antigüedad servían para conocer la crecida de las aguas al tiempo de la inundación. Á su lado hay una especie de castillo ó torre proyectado sobre el Nilo; su construcción debe ser romana ó ptolemaica, pero en los grandes bloques de sus muros vense mutiladas inscripciones de época anterior, lo cual supone que aquellos materiales fueron arrancados de otros edificios.

El extremo Sur de Elephantina ofrece el más desolado aspecto. Su suelo está cubierto de altos montones de escombros, de casas destruídas hasta los cimientos, de tumbas é hipogeos cuyas cámaras guardan las momias negras, destrozadas, con sus telas hechas trizas y sus cuerpos apilados en repugnantes montones. Al pasear

por aquel rincón de la isla, se entristece el alma viendo cómo la codicia de los hombres ha podido producir tan completa ruina.

Encima de Elephantina se encuentra la primera catarata. Un pequeño ferrocarril, de diez millas de extensión, la salva por la orilla derecha: fué construído en tiempo de ISMAEL Bajá para facilitar el transbordo de la carga á los buques que no podían bajar ó subir la corriente del Nilo en aquel lugar. Para ver la catarata hay además otro camino, formado por un antiguo lecho del río en la actualidad seco y lleno de pequeños cantos rodados.



Riberas de granito.

En esta región cambia por completo la escena que hasta allí ha contemplado el viajero. Desaparecen como por encanto las grandes llanuras, los campos verdes, las blancas líneas de arena; ciérranse las cordilleras hasta unir los montes en apretado haz, y como si esta unión se hubiera verificado después del tremendo choque, vense inmensas masas de piedra rotas, enormes cantos lucientes y pulidos, montañas cortadas á pico, y abismos cuyo fondo apenas se descubre. La formación de la roca ha cambiado también. No hallamos ya aquella piedra calcárea, blanca, rodeada de arena, formando compacta masa en la sierra que seguía ondulando con

cierta uniformidad á lo largo de la ribera del Nilo: por el contrario, aquí las piedras son de granito rojo ennegrecido por el sol y aparecen en grandes bloques sueltos y amontonados en el más extraño desorden. Diríase que aquel sitio fué campo de descomunal pedrea, librada por dos ejércitos de gigantes.

Por entre aquellas rocas se lanza el Nilo, que hierve irritado y se deshace en espuma al chocar contra los obstáculos del camino. Su masa de agua se desliza serpenteando entre las piedras, unas veces repelida por éstas, precipitada otras veces en estrechos canales que recorre con una velocidad de ocho ó diez millas por hora. Cuando el río mengua, esta corriente es aún más rápida; pero cuando sube, la disminuye al mayor caudal de las aguas. En rigor, la llamada *catarata* del Nilo no es tal catarata ó salto de agua, sino simplemente una rápida, doblemente difícil para el paso de los buques por la velocidad de su corriente y por los escollos de que el cauce está sembrado.

Deseando contemplar el Nilo en este sitio, acampé una noche en el aduar bichari de Xelall, y á la mañana siguiente tomaba la barca de uno de sus xeques para descender un corto trecho desde la parte superior de la catarata. El lugar es admirable por lo salvaje. Sobre el lecho de rocas, cuyas puntas sobresalen á flor de agua como peligrosos arrecifes, se lanzaba impetuoso el río llevándose mi embarcación, que á duras penas podían sostener con su vigoroso esfuerzo ocho remeros beduinos. Cuando éstos empezaron á bogar, entonaron una canción melancólica cuyo ritmo les servía de compás, produciendo un efecto sorprendente. El timonel cantaba:

— *Ahui, ah, lissa, lissauhi.*

— *Lissau*, respondió el coro de marineros.

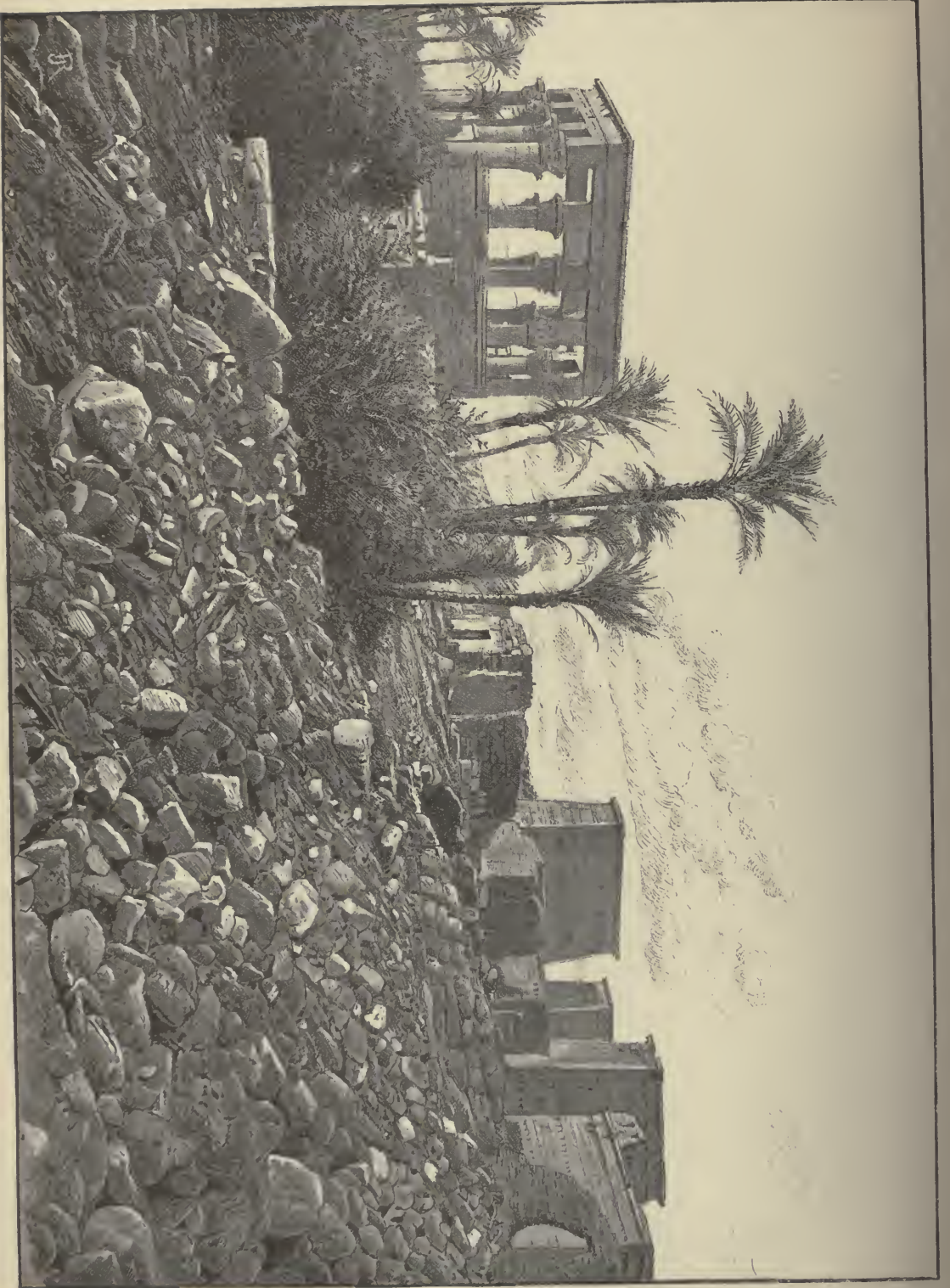
— *Ahui, mani-il.*

— *Lissau.*

Abordé la pequeña isla de Sehel, situada al Sur de la catarata, y sobre las abruptas rocas que la forman vi centenares de inscripciones allí grabadas en la antigüedad como recuerdo de gentes que salvaron aquel peligroso paso. Todas son egipcias ó griegas. Unas contienen simples nombres propios; en otras, el viajero da las gracias al Dios de la catarata por haberle concedido la gracia de atravesar sano y salvo sus dominios. Nombres de generales y de Reyes se encuentran también, constatando el paso por



VISTA DE PHILAE.



aquel sitio de varias expediciones militares dirigidas contra la Nubia y el Sudán. Recuerdo, entre otros, haber visto los *cartuchos* de SESOSTRIS, unidos á los de su padre, ó aislados, en diferentes rocas.

Llegamos por fin á la renombrada Philoe, isla sagrada en cuyo recinto se apagaron sólo hace trece siglos los últimos destellos de la religión egipcia. El Nilo forma en la región superior de la catarata un ancho lago, flanqueado por altísimas montañas de granito, y en su centro se destaca con sus elegantes templos, sus ramos de palmeras y sus verdes sembrados, la pequeña isla, que es verdadero oasis de frescor y vida en aquella región árida, quemada y



El Nilo en Philoe.

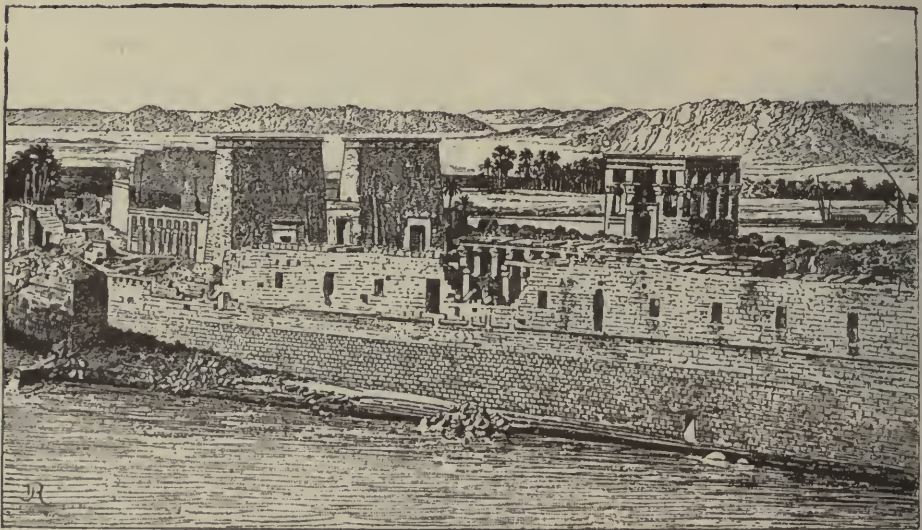
muerta. Parece una esmeralda, engastada en luciente círculo de acero.

Los monumentos de Philoe son preciosos, no tanto por el mérito artístico que tienen, como por la admirable situación en que están colocados. Su conjunto forma la mejor decoración de teatro que pudiera soñar un pintor escenógrafo de fama, y no sin razón han querido utilizarlo muchos para el acto cuarto de la ópera *Aida*. Sin embargo, ni pinturas ni descripciones, pueden dar idea de la belleza poética de aquel recinto, que entusiasma al viajero y arranca un grito de admiración al carácter más frío ó al hombre menos impresionable.

El edificio que primero se ve en Philoe, porque mejor se destaca en el punto saliente de la isla donde está construido, es el pabellon ó kiosco de piedra situado en su parte oriental. Los templos son también magníficos y algunos se encuentran en regular estado de conservación, mostrando aún las esbeltas columnas loti-

formas cuyos capiteles esmaltan brillantes colores. Vense además los pilones cubiertos de delicadas esculturas, y un pequeño obelisco al extremo de los pórticos que conducen desde el desembarcadero meridional hasta los santuarios del Norte.

Pero Philoe, mejor que descrito en detalle, merece ser admirado en su grandioso conjunto, que no tiene igual en Egipto. Aquella isla fué consagrada á la Diosa Isis en tiempo de la dinastía sebnita, por los años de 350 antes de la Era cristiana. El último de los Reyes de ésta, NECTANEBO II, empezó á edificar las construcciones religiosas dedicadas al culto de la Diosa hermana de Osiris,



Los templos de Philoe.

cuya veneración aumentó en época de los Ptolomeos y aun en los dos ó tres primeros siglos de la dominación romana. Las tropas imperiales llegaron hasta Philoe, que poseyeron como punto importante y límite fronterizo de los dominios de Roma, levantando en su recinto algunas fortificaciones cuyos restos existen todavía: pero no por ello dejaron de respetar las creencias en la divinidad de Isis, que se habían arraigado sólidamente no sólo entre los egipcios del Norte, sino también entre los Blemis y nubianos del Sur. Tan inquebrantable era la fe de estos paganos, que nada pudieron contra ella los edictos de TEODOSIO en el año 391 de nuestra Era, ni las persecuciones sufridas por los egipcios que adoraban sus Dioses en los vecinos valles del Nilo.





PABELLÓN EN EL TEMPLO DE PHILÆ



El Imperio romano, y los mismos Monarcas bizantinos, hubieron de transigir con las creencias de los moradores de Philoe, seguidas además por las tribus beduínas del alto Nilo. Así, cuando en el año 452, MAXIMINO, general de MARCIANO, llegó á Asuán al frente de su ejército, firmó la paz con los Blemis por un tratado que debía durar cien años, obligándose á respetar el culto de Isis en la isla y á permitir que los nubianos siguieran la costumbre de bajar en procesión por el río y llevarse á la Diosa en sus doradas barcas, cuando fueran á consultar sus oráculos. Es decir, que aquel fanático Imperio de Bizancio suspendía sus rigores, y aun toleraba dentro de sus fronteras el culto público de los Dioses paganos.

Así siguió Philoe hasta el año 560. JUSTINIANO quiso destruir la religión egipcia, y al efecto envió á la isla al general NARSÉS de Persamenia para que arrebatara las imágenes de Isis que había en aquellos templos y las remitiera á Constantinopla. La orden fué cumplida, y entonces acabó oficialmente el culto de los dogmas osirianos en Egipto.

Pero, ¿ha sido desterrada su religión de la conciencia popular? Ligereza sería el afirmarlo. Preguntad al nómada beduino de la región de Xellal por qué crece el río en determinadas épocas del año, y oiréis que Isis llora desde el cielo su ausencia de la pintoresca isla. Decidle qué destino cree le está reservado á la hora de la muerte, y os responderá que el tribunal de los jueces con su misericordia le permitirá navegar en la barca del Sol. Vivas están aún todas las tradiciones, perennes muchos recuerdos, arraigadas algunas creencias de los antiguos dogmas. Que no se extingue fácilmente en la tierra una religión que vivió siete mil quinientos años.



Annubis sacando el corazón de una momia.  
Sepulcro de SON NATEM en Tebas.





## CAPÍTULO XXVIII

Es dicho que Asuán es actualmente un campamento inglés, pero no he explicado aún las causas que motivaron la ocupación del Egipto por una potencia extranjera, y el envío

de los ejércitos de ésta á la lejana región de la primera catarata, distante mil kilómetros de la costa.

Era lógico suponer en Egipto, cuando ocurrieron los sucesos de Alejandría, descritos al principio de este libro, que el eco de la rebelión del ejército nacional repercutiría en las lejanas provincias del Kordofán, el Darfur y el Sudán, agregadas por la con-

quista al reino egipcio á principios de este siglo, y desde entonces mal avenidas con sus nuevos amos. Además, los derroteros dados á la política del Jedive en los últimos años, habían originado un gran descontento en aquellas regiones, principalmente desde que la influencia europea en Egipto coartó y limitó el tráfico de esclavos negros que á tantos xeques y caudillos sudaneses había enriquecido. Era, pues, de esperar que éstos aprove-

charan la primera oportunidad para librarse de sus dominadores.

La conducta de los Gobiernos del Egipto, en las provincias del África central, no fué siempre práctica ni cuerda. Extremandola aplicación de medidas encaminadas á cambiar la organización social de aquellos países, debió forzosamente producir serios disturbios y graves perturbaciones. Así, al tener noticia los sudaneses de los motines del Cairo y del bombardeo de Alejandría, se levantaron en armas



El Mahdi.

contra el Gobierno egipcio, y, reuniéndose numerosas bandas de negros sublevados en el interior de la provincia del Kordofán, aclamaron por jefe y caudillo á un antiguo negrero, MOHAMED AHMED, que se presentaba diciéndose *Mahdí*, ó sacerdote descendiente de ALÍ, yerno de MAHOMA, y como éste dotado del dón de profecía. El grito de guerra de aquellas hordas fué político y religioso, pues se dirigió no sólo contra los egipcios, sino contra los europeos, á quienes se amenazaba con el exterminio si no abandonaban inmediatamente el suelo africano. Esta rebelión encon-

tró en seguida eco en los territorios nubianos fronterizos al mar Rojo.

Creyó el Gobierno egipcio poder dominar con sus propios elementos aquella revuelta de negros, á la que en un principio no se daba en el Cairo gran importancia, y en el otoño de 1883, envió contra ellos dos ejércitos árabes mandados por jefes y oficiales ingleses; uno, fuerte de 10.000 hombres, á las órdenes del general HICKS, y otro de 3.500, conducido por BAKER Bajá. Ambos ejércitos tuvieron que ceder ante la superioridad numérica del enemigo y las privaciones del desierto, y fueron vencidos y aniquilados por los rebeldes: de los 10.000 soldados de HICKS sólo tres se salvaron mezclándose con los sudaneses.

Este terrible desastre llenó de consternación no sólo al Gobierno egipcio, sino á los ingleses que ya ocupaban el país. Nadie esperaba tan funesto desenlace, que comprometía la seguridad de Jartum, Berber, Kassala y Dóngola, y además podía destruir la fuente más rica de producción del Egipto, paralizándolo el comercio del Nilo. En tan apurado trance, viéndose perdido todo el ejército egipcio y no siendo posible organizar rápidamente una expedición europea que contuviera el furioso empuje de los rebeldes sudaneses, se pensó en utilizar el prestigio adquirido por el general GORDON en el África central, cuando algunos años atrás, en nombre del Jedive, gobernó aquellas provincias. El día 18 de Febrero de 1884 GORDON, puesto por los ingleses al servicio del Gobierno egipcio, cruzaba el desierto de Bayuda en su marcha á Jartum, donde más tarde debía morir asesinado.

No era entonces la vez primera que GORDON se lanzaba á extrañas aventuras. Por el contrario, hacía mucho tiempo que corría el mundo llevado por esa característica actividad que le empujaba á ponerse al servicio de todas las malas causas. Sirvió á Turquía, que luchaba entonces contra la influencia cristiana, él, austero hijo de Escocia, partidario de los *Convenants* de 1616, que no aceptan ninguna libertad religiosa y que apoyan y propagan las severas restricciones de la llamada *low church* de Inglaterra. Combatió en China en 1860 al servicio de los imperialistas tártaros, contra un pueblo oprimido y conquistado que aspiraba á su independencia. Luchó también en el Zululand contra Cetewayo, y en el cabo de Buena Esperanza contra los Boers: representó, en una palabra, la eterna contradicción entre sus ideas y sus proce-

dimientos, fenómeno que reveló una vez más en sus campañas del Egipto.

Llegó allí por vez primera en el año 1874, y el Jedive le confió ciertas misiones de importancia, una de las cuales le hizo remontar el Nilo hasta los límites occidentales del Kordofán con el objeto de perseguir en sus últimos baluartes la trata y comercio de esclavos.



El General GORDON.

Importa saber que hoy la persecución que á la trata hace Inglaterra en Egipto, es puramente platónica. No era así antes de la guerra separatista americana. Entonces, cuando aun los negreros recorrían las costas orientales del África, recalando en las bahías más ocultas para procurarse sus cargamentos de carne humana, los cruceros británicos los perseguían sin descanso, y colgaban de los masteleros de sus propios barcos á los que cogían en flagrante de-



lito. Más tarde los filósofos humanitarios de Londres, al comprender por la expedición militar á Abisinia y por los viajes de LIVINGSTONE, de SPEKE y de BAKER, que los pueblos del centro del África sólo pueden vivir destruyéndose unos á otros, al tiempo que sus jefes derivan su principal renta del tráfico, cambiaron de opinión. El Gabinete de Saint-James cerró los ojos ante la impura realidad: cerráronlos también los Gobernadores de Aden en la costa de la Arabia Pétreá, y hoy todavía toleran que los traficantes de esclavos remonten con sus barcos el continente asiático desde el estrecho de Bab el Mandeb. De vez en cuando, en honor de los principios y para salvar las apariencias, se protesta contra el tráfico negrero, pero ya no, como antes se hacía, se apoya con la fuerza la protesta, sino que limitase la acción á que una modesta misión científica vaya Nilo arriba dando buenos consejos á los sudaneses, beduínos y dongoleses, y vuelva luego creyendo haber hecho algo. Inglaterra es filantrópica hasta el límite extremo que su conveniencia le señala.

La expedición enviada al África ecuatorial en 1874 al mando de GORDON, pone más de manifiesto la política británica en este punto. Inglaterra solamente prestó la persona del general, dejando que el Egipto proporcionara la gente y pagara los gastos de la expedición. Entonces aparece GORDON con todas sus buenas cualidades y defectos; y si las enseñanzas de lo pasado aleccionaran siempre para lo por venir, no se habría ciertamente incurrido diez años más tarde en el error de enviarle de nuevo á las regiones del Kordofán, donde tan poco afortunado fué en la expedición primera.

Ésta se componía de GORDON, los comandantes LONG y CAMPBELL, LINANT, RUSSELL y el ingeniero KEMP, á los cuales se agregaron algunos oficiales del ejército egipcio. Salió del Cairo GORDON el 21 de Febrero de 1874, embarcándose en Suez para Suakim. Aquí tomó dromedarios, que penosamente le llevaron á Berber, y remontó el Nilo hasta Jartum. La autoridad del enviado inglés era omnímoda, puesto que llevaba el nombramiento de Gobernador general del Sudán, expedido por el Jedive. Su actividad y la energía de su carácter, se revelaron bien pronto.

Luchó como un valiente. En aquellas tierras, naturalmente enemigas del europeo, con la atmósfera envenenada por las aguas corrompidas, entre aquellas razas degradadas hasta el envilecimiento, GORDON se mantiene firme, aparece siempre audaz y en

todas partes se nota la influencia de su genio. Recorrió toda aquella región en pleno verano, sin arredrarle el calor tropical ni los vientos del desierto. De Jartum se dirigió á Gondokoro, siguiendo el curso del Nilo Blanco: volvió á Berber: subió hasta las fuentes del río Sobat: exploró el Bahr Saraf; estableció los campamentos de Ragef y Lardo, y en una campaña de nueve meses por aquellas tierras casi ignotas, todo lo removi6 y observó todo. Luchó desesperado contra la fortuna, contemplando sin desmayar cómo las enfermedades y la muerte le iban arrebatando uno á uno á casi todos sus compañeros europeos.

Nada, sin embargo, pudo hacer para abolir los numerosos mercados de esclavos que existen en las fértiles llanuras de las regiones tropicales; con toda su indomable energía, sólo consiguió detener tres caravanas de esclavos que fueron por él capturadas. Pero los subsiguientes contratiempos, produjeron en él cierta laxitud de ánimo, hasta llevarle á agregar á su compañía uno de los principales negreros del Nilo Blanco, llamado ABÚ SAUD.

Y lo curioso en aquellos momentos, lo que revela al mismo tiempo la impotencia del general inglés y la transformación que en su conciencia sufrieron los eternos principios del derecho humano, fué que los mismos convoyes de negros arrebatados á sus amos, no fueron dispersados ni los esclavos puestos en libertad para repatriarlos. Á GORDON le pareció, que aquella gente se quedaba gustosa en la estación militar de Sobat, y que prefería trabajar por cuenta del Gobierno egipcio, á volver á su tierra nativa, probablemente devastada por la guerra. Es decir, sólo cambió sus amos, pero no abolió su esclavitud.

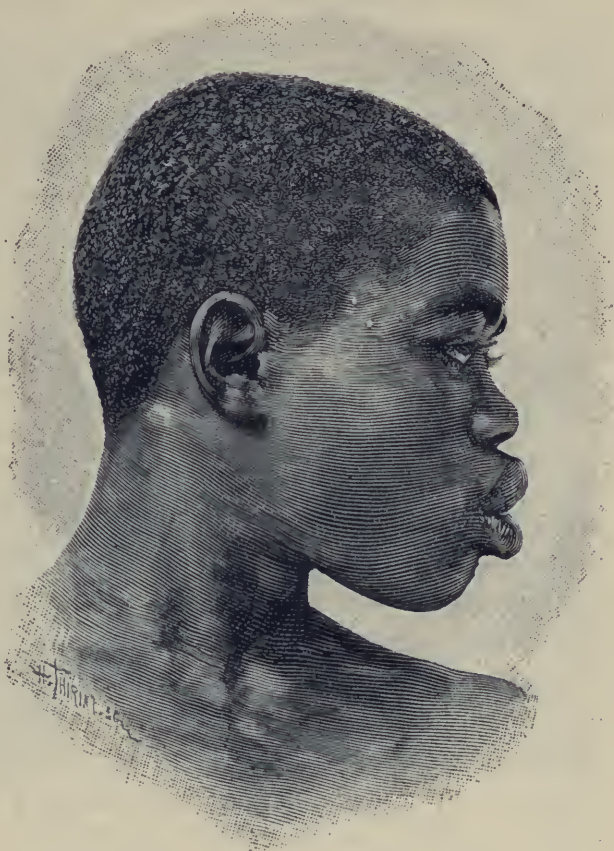
Hubo todavía más. GORDON estudió de cerca á los esclavos que tenía en depósito en Sobat á disposición del Jedive, y debió convencerse de que era inútil su solicitud en favor de aquella gente. ¿Qué esperaba de ella? ¿Tal vez encontrar hábiles mecánicos, obreros inteligentes, artistas de talento natural ó de conocimientos prácticos? ¿Quién sabe si entre tantos centenares de hombres habría alguno de esos genios que la filantropía de GORDON pensaba hallar en las capas más humildes de la sociedad? No: aquellos tipos estúpidos, de lanudo pelo, labios de trompa y ojos apagados, nada revelaron al general inglés. Pero dejemos que él mismo diga lo que vió, según su *memorandum* dirigido al Presidente del Consejo de Ministros del Cairo:

« Los negros *shilluck* que he visto no muestran la más pequeña afección hacia sus familias. Los hijos abandonan á sus padres y madres sin reparo alguno. La madre de un niño de seis meses deja á éste solo durante horas, expuesto al agua y al barro, aun cuando tenga una casa donde fácilmente podría cobijarle. Cuando se les trata con bondad y justicia y se les dirige bien, están siempre dispuestos á trabajar por nosotros, pero no poseen aquellos lazos sociales que á todos nos obligan. En general, creo que quieren más á sus vacas que á sus hijos.»

El remedio era sencillo: guardar los negros si trabajaban bien, aun cuando amasen más al buey que á la familia. Cualquiera otro moralista habría hablado de enseñanzas, de buenos ejemplos, de los deberes del hombre civilizado y del progreso moderno; pero ningún humanitario inglés, aunque se trate del general GORDON, está obligado á tanto.

Lo mejor del caso es que aquella misión tenía por exclusivo objeto abolir la esclavitud.

El general GORDON abandonó el Sudán en 1874, creyendo de buena fe que había dado un golpe mortal á la esclavitud africana, y que en los inmensos territorios comprendidos entre el Nilo Blanco y el Azul sólo quedaban hombres libres, en relativo bienestar, que bendecían su memoria. Cuando en 1884 volvió á pacificar aquellas regiones, sublevadas á favor del falso *Madhi* ó profeta, una de sus primeras declaraciones fué aquella famosa en que manifestaba no entrar en sus propósitos ni en sus miras la aboli-



Negro *shilluck*.

ción de la esclavitud. Es decir que avanzó hasta Jartum, aceptando con resignación las odiosas costumbres africanas, que tanto herían los sentimientos humanitarios de Inglaterra, cuando sólo redundaban en beneficio de otros países; pero ni sus complacencias con los jefes de tribus, ni el prestigio adquirido por su conducta anterior, ni las prudentes medidas que adoptó, influyeron para evitar el conflicto que se le venía encima.

Perdida la esperanza en el éxito de su empresa, y oyendo tras de sí los pasos del enemigo, el general GORDON apenas tuvo tiempo para reunir los restos de las guarniciones egipcias y encerrarse en la capital del Sudán, esperando que Inglaterra enviara un ejército para libertarlo. Dentro de la plaza sitiada acabó el filósofo platónico, el religioso exaltado y el hombre de proyectos descabellados é ideas extrañas. Allí, teniendo enfrente al enemigo que rodeaba sus murallas, ciñó el guerrero su espada y apareció el soldado que en los campos de China y de Turquía se había batido en mil ocasiones como el león del desierto, cara á cara contra toda clase de enemigos.

GORDON en Jartum es admirable. Aprovechando las disposiciones amigas de una tribu vecina hizo salir por el Nilo á toda la población que estorbaba para la defensa, no quedando en la ciudad más de unas cuatro mil personas. Al mismo tiempo concentró en ella cuantos soldados egipcios había en sus inmediaciones, llegando á reunir seis mil bajo sus banderas. Con una sola mirada abarcó las inmensas dificultades que se opondrían á su salida de la plaza y á la marcha del ejército que fuese á libertarle, y considerando que su defensa había de durar mucho tiempo, almacenó gran cantidad de víveres, cereales y ganado, hasta convertir la ciudad en inmenso depósito de provisiones. El agua no debía faltarle nunca: allí corre el Nilo, ofreciendo la única que se bebe en todo Egipto.

Puesto así á cubierto de las principales necesidades de la vida, tenía que asegurar la defensa de la ciudad y estar prevenido contra una traición fácil de sus propios soldados. Todo lo previó, en lo posible, estableciendo un campamento atrincherado á la izquierda del Nilo Azul, desde donde podía dirigir sus cañones, tanto contra el campo enemigo, como contra la misma ciudad de Jartum. Armó todos los vecinos, formando una especie de milicia local que luchara al lado de la tropa: convirtió en fortaleza su palacio, rodeada de fosos y guardada por soldados de su confianza, á fin de

acogerse allí en un último apuro. En fin, cuanto era humanamente necesario para asegurar durante un año, por lo menos, la capital del Sudán, fué obra de GORDON en aquellos días.

No se engañaba GORDON al confiar en que Inglaterra acudiría en socorro de su general sitiado por los bárbaros. El Parlamento votó cuantioso crédito para subvenir á los gastos de una expedición al Sudán, deseando que ésta fuese de efectos decisivos. Orga-



Jartum.

nizóse un ejército de diez mil hombres al mando del general WOLSELEY; parte de él debía avanzar por tierra, y el resto seguiría la vía fluvial del Nilo, á cuyo efecto construyéronse ochocientas embarcaciones al propósito, debidamente acondicionadas para el ataque y la resistencia. Jamás ejército alguno se ha reunido y equipado con tan cuidadosa solicitud. Inglaterra en este punto no reparó en gastos, y éstos fueron enormes. Verdad es que luego los ha cargado en cuenta al Egipto.

Salió del Cairo la famosa expedición, y no tuvo contratiempo

hasta llegar á las regiones dominadas por los sudaneses, que atrincherados la esperaban convenientemente. Desde que los dos ejércitos se encontraron, la lucha, puede decirse, fué incesante. Los sudaneses no se contentaban con cerrar el paso á los invasores, sino que se arrojaban sobre ellos con aquel valor temerario, loco, propio del fanatismo y de la barbarie. Los ingleses salían siempre vencedores en estos combates. La organización y la superioridad del armamento, suplían al número y al fiero empuje del contrario,



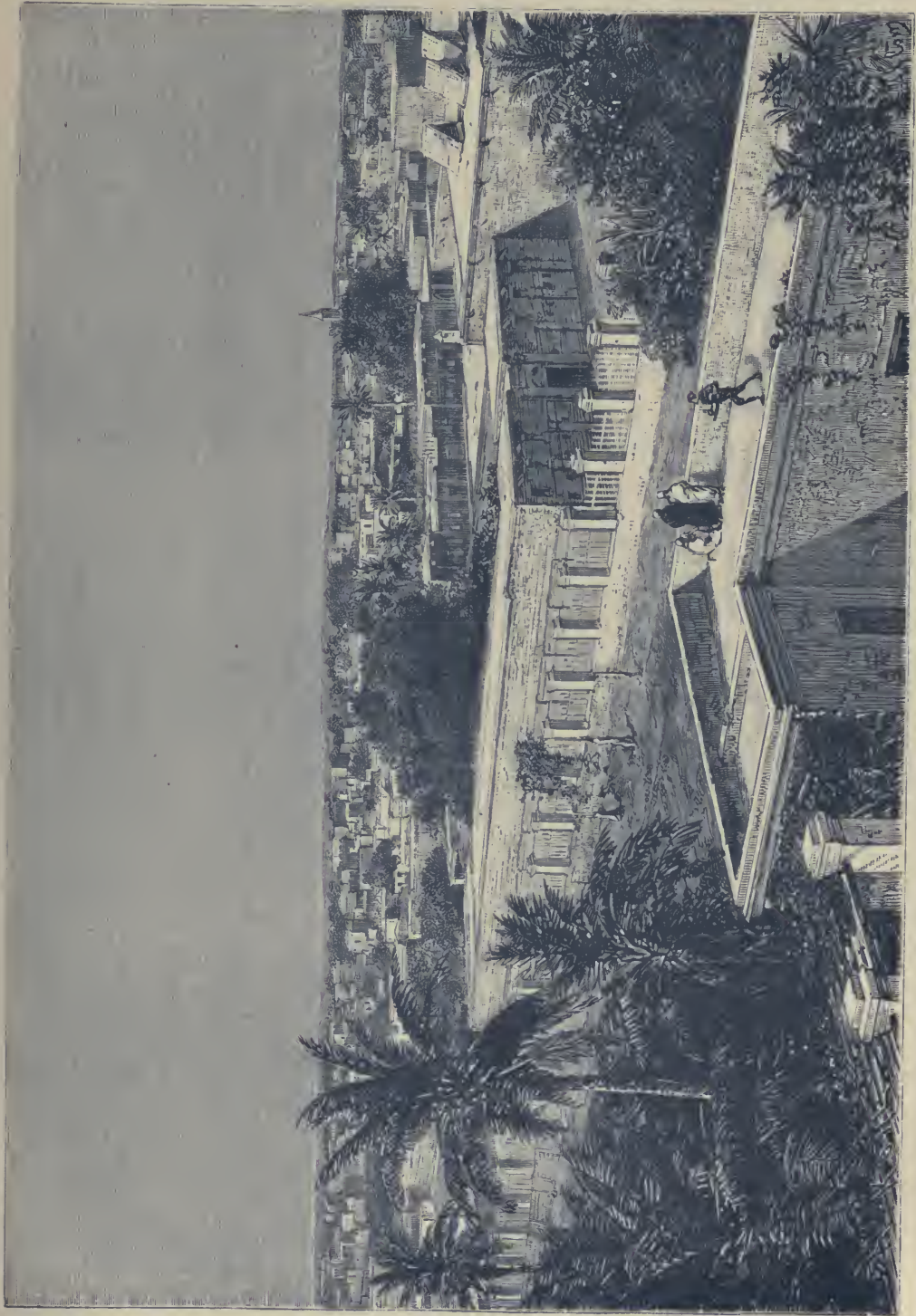
El General WOLSELEY.

pero aun así tuvo pérdidas sensibles el ejército británico.

Á mediados de Enero los expedicionarios tuvieron noticias del general GORDON. Éste, por medio de un árabe salido de Jartum, pudo hacer llegar á WOLSELEY un lacónico parte en que le decía que todo iba bien y tenía víveres para sostenerse durante un año. Animáronse los expedicionarios, cruzaron el desierto de Bayuda librando los

sangrientos combates de Abu Klea y de Ondúrman que costaron la vida al general STEWART, y por fin, el coronel WILSON, con un par de compañías escocesas, pudo embarcarse en este último punto y llegar á la vista de Jartum sin ser casi hostilizado.

Ya cerca de la plaza, la pequeña columna que WILSON mandaba, observó que en ella no había izada bandera alguna; acercóse más y fué recibida con un fuego vivísimo de cañón y fusilería que la obligó á retroceder precipitadamente. De los dos vapores que se habían adelantado, uno naufragó, salvándose toda la gente, y el otro encalló en una isla del Nilo. En ella estuvieron



VISTA DE JARTUM.





los expedicionarios algunos días, resistiendo el fuego de los sudaneses, hasta que la columna de Ondúrman les envió otro vapor, donde pudieron embarcarse.

Simultáneamente con la columna WILSON, llegó al campamento inglés la noticia de la caída de Jartum. Trajéronla unos indígenas, muy desfigurada al principio, pero fué aclarándose, y por fin se pudo saber la verdad. Y la verdad era que el heroico GORDON fué víctima de una traición. FARÁS, un coronel egipcio, vendió la plaza. Este miserable estaba hacía tiempo en secreta inteligencia con el Madhí, y aunque habría sido fácil á los sublevados apoderarse mucho antes de Jartum, creyeron más conveniente no hacerlo hasta que los ingleses estuvieran cerca de la ciudad. Pensaron que entonces éstos llegarían muy debilitados por causa de la penosa marcha al través del desierto, y que les sería fácil derrotar al ejército, desanimado, por otra parte, al saber que Jartum había caído en poder de los sudaneses.

Pero, ¿cómo sucumbió el heroico GORDON? El traidor FARÁS tuvo á su cuidado el día 29 de Enero las puertas de la ciudad, y sencillamente las abrió á los sitiadores. Éstos entraron sin ruido, y apoderáronse de los puntos más estratégicos sin resistencia. Cuando GORDON lo supo, bajó de la fortaleza donde se hallaba, en compañía de algunos jefes, de cuya fidelidad no dudaba: al verlos, un pelotón sudanés les hizo una descarga de fusilería, y GORDON cayó muerto. Los sublevados, se cebaron después en la guarnición de la ciudad, pasándola á cuchillo, así como á muchos habitantes. Se dejaron los cadáveres por las calles, donde permanecieron muchos días insepultos, y tal era el hedor que despedían, que el Madhí se vió obligado á reunir su gente y marcharse á Ondúrman, para evitar que entre los suyos se desarrollara una epidemia.

El ejército inglés ya nada tenía que hacer en el Sudán, y WOLSELEY dió orden de retirada á todas las columnas, concentrándolas en Corti, cerca de Dóngola. Pero allí no podían permanecer los ingleses mucho tiempo. Desde el mes de Marzo la temperatura de aquellas regiones es insoportable á los europeos, y además, las comunicaciones con el Alto Egipto son largas, difíciles, y pueden ser cortadas. Entonces empezó la interminable serie de retiradas emprendidas por las tropas inglesas, que sólo acabaron en Korosko, á mitad de la distancia entre la primera y la segunda cata-

rata. Es decir, que todo el Sudán y media Nubia han sido abandonados á los rebeldes.

El grueso de los expedicionarios ingleses regresaron á su país, pero quedan aún en Egipto dos batallones en la región de la primera catarata, otros dos en el Cairo, uno en Alejandría y otro en Suakim. Con estas fuerzas cuenta actualmente la ocupación británica en Egipto, sin que sea fácil predecir cuándo ésta cesará ó si llegará á consolidarse de una manera definitiva. Las ambi-

ciones inglesas son manifiestas en la tierra de los Faraones, no por lo que significar pueda al gran Imperio una colonia más, sino por la trascendental importancia que para él tiene el canal de Suez. Por tanto, sin grandes é irresistibles presiones exteriores, Inglaterra no abandonará el Egipto.



Guerrero sudanés.

¿Se ejercerán estas presiones? ¿Podrán nunca las naciones continentales llegar á un acuerdo contra Inglaterra? Es aún más difícil averiguarlo. Dos conferencias europeas se han celebrado en 1885 y 1886 para el arreglo de la cuestión egipcia, y las dos han fracasado de una manera lastimosa. Cada nación lleva á estos Congresos sus miras particulares, sus intereses mezquinos, y trata en vano de hacerlos prevalecer: lúchase de ingenio, opónese la influencia á la influencia, se escriben largos alegatos y termina la conferencia sin haber resuelto nada.

Sería extraño que otra cosa ocurriera, pues los propósitos egoístas jamás inspiran nobles resoluciones, y no son de otro carácter los que las potencias europeas alientan en la desgraciada patria de RAMSÉS.

La cuestión egipcia presenta el doble aspecto exterior é interior, es decir, el de la libertad del canal de Suez, seriamente comprometida por Inglaterra, y el de la preponderancia de los extranjeros en la administración del país. Quizás este segundo aspecto de la cuestión es más importante que el primero: desde luego puede afirmarse que es más vidrioso, y de más delicado y difícil arreglo. Apenas queda en el Egipto un centro oficial, político, administra-

tivo, económico ó judicial que no se halle en manos de europeos, italianos, franceses ó ingleses en su inmensa mayoría. Ellos se han repartido los destinos cual si fueran prebendas, y á cada vacante ocurre un conflicto diplomático para resolver su provisión, pues todas las influencias se conjuran para favorecer á un amigo, á costa del esquilmo del Tesoro egipcio, casi convertido en merienda de negros por tanto burócrata europeo. Sin embargo puede afirmarse que la influencia inglesa, lenta pero segura, lo invade todo y acabará por suplantar á sus rivales: y es lógico que así suceda, ya que en las últimas contiendas egipcias la Gran Bretaña ha sacrificado á centenares de sus hijos, que cayeron víctimas del clima ó del enemigo, y que bajo modesta cruz de madera duermen el sueño de la eternidad en los cementerios del desierto.



Cementerio inglés en el desierto.





Buque del siglo xviii.

## CAPÍTULO XXIX



o es conocido en nuestra historia del siglo xviii, un curioso proyecto de anexión de los países del mar Rojo y Alto Egipto á la corona de España, que fué aprobado por FELIPE V, y aun puesto en ejecución en la parte que del gobierno de este Monarca dependía. En el Archivo General Central del Reino, depositado en Alcalá de Henares, se encuentran los documentos originales relativos á la ejecución de dicho proyecto, guardados en el legajo número 3.013 de los papeles de Estado. Creo el asunto tan pertinente al objeto de este libro, que he de reseñarlo en la parte que pueda interesar á los lectores.

El primer documento oficial que á dicho proyecto se refiere es una *Ante-memoria* de D. BARTOLOMÉ PANCORBO, comerciante español establecido en Nápoles, enviada en 5 de Septiembre de 1741 al Excmo. Sr. Marqués de VILLARIAS, Secretario de Estado de FELIPE V. En ella, se empieza diciendo que el Emperador de Etiopia y Rey de Abisinia, deseoso de introducir misioneros católicos en su país y de afirmar una alianza con un príncipe cristiano, había escrito varias cartas á Roma, que guarda en sus archivos la Congregación de la Propaganda. Afirma luego que en una ocasión el Padre Fray FRANCISCO DE RIVAROL, prefecto de la misión del Egipto, llegó hasta Gontar, residencia de aquel Soberano, donde recibió más de quinientos mil pesos en oro, perlas y diamantes, que luego por desgracia le robaron unos marineros en la costa de Goa. Vuelto á Roma con sus papeles, el P. RIVAROL trabó conocimiento con el Conde de ESNEVAL, general del Rey de Dinamarca, á quien de orden de Su Santidad CLEMENTE XII indujo á que pasara á realizar la conquista de la Etiopia. Dejemos ahora hablar el mismo original de este curioso documento :

“El Conde ESNEVAL fué á Moca con el P. RIVAROL, y de allí no pudo pasar, por temor de ser hecho prisionero en Mesagua (Masaua). Esta isla está guardada por 30 genízaros y un bacha que el turco tiene para impedir el paso á los europeos, y no dejar que sepan los etíopes el valor de los ricos tesoros que la Abisinia encierra y el modo de fortificarse para conservarlos y evitar la extracción, ó sea robo de 14 á 15 mil almas de tierna edad que cada año llevan esclavas á Constantinopla; además que si la Abisinia llegase á estar en estado de defensa, el gran Señor perdería la pesca de las perlas que le tiene usurpada, y la utilidad es más de 12 mil quintales de oro en polvo, que recogido en los bordes del Nilo después de pasada la acostumbrada inundación, los miserables esclavos son comprimidos á llevar sobre camellos al Gran Cairo, en cuyo cambio reciben ciertas mercaderías de poco momento.”

“En Moca se les reunió el P. D. JOSEPH AUGUSTO, cremonés, conoedor del país, quien les dió el proyecto de que con solas tres naves de 30 á 40 piezas de cañon, y 500 hombres de desembarco, Mesagua y los muchos millones de que es depositaria, se podría asegurar para tener libre la entrada de la Etiopia.”

“Al tiempo que el Conde iba en Copenhagem el P. de RIVAROL



VISTA DE MASAUUA.





llegó á Sevilla, y habiendo comunicado este Proyecto al señor D. JOSEPH PATIÑO, S. E. le ordenó de hacer venir el referido Conde en España, para cuyo efecto en virtud de Decreto de su majestad le suministró 3.000 pesos de los cuales 2 mil en depósito por disposición de la Propaganda. »

En vez de venir á España, el Conde ESNEVAL marchó á Roma, y con algunos misioneros salió para Etiopia, vía del Cairo y Alto Nilo hasta la segunda catarata, y como la hallara impracticable, y no se atreviese á viajar por tierra, volvió á Roma. Entonces el Papa exhortó al Gran Maestre de Malta á que facilitara naves á la expedición, pero éste se negó á hacerlo, á causa de sus buenas relaciones con los turcos.

El Conde ESNEVAL fué á Nápoles y propuso al Rey la realización de su idea, que no fué aceptada.

Por esta causa hizo presentar su proyecto en España, valiéndose de PANCORBO, quien entonces escribió el memorial anteriormente copiado, que acaba en los términos siguientes:

« La situación de la Etiopia es de las mas felices que se puedan encontrar, porque tomada una vez la entrada de la parte del mar Rojo, y fortificadas la Isla de Mesagua y la ciudad de Herchico, y de la parte del Nilo en los confines de la Arabia, es tan imposible al parecer que se buelva á perder, y que el turco pueda enviar suficiente socorro en aquellas partes, como posible tomarlas en el abandono en que están, y el ningun conocimiento del arte militar, y del uso de la Polvora, y valas, que en aquella region se tiene, abre las puertas á establecerse con tranquilidad, que es el primer paso en este negocio. Y protegida la Etiopia con las armas españolas, la Monarchia no solo será absoluta del Comercio de aquel Imperio (como dise ya) y del oro, Diamantes y Perlas, que el produce, mas en general del que se háse en todo el mar rojo. Y con el tiempo por este mar, en donde solo navegan pocas barcas sin guarnicion, y con la manobra de paja hilada, teniendo dos buenas naves, se transportarán las mercançias de la China y de la Persia hasta Suez, y de aquí al Cairo, de donde por el Mediterraneo vendran en España con grandisima brebedad, poco riesgo, y una desmesurada ganancia. Para conseguir lo qual es de advertir, que el Nilo nace en la Abisinia, en donde La Divina providencia enbia en cierto tiempo del año una continua lluvia, que causa la inundación del Egipto, de cuio modo, passada, se cultiva la tie-

rra, que produce con la humedad que en si conserba una cosecha tan abundante, que provee no solo aquel Reyno, y los de Gerusalem y La Meca, mas tambien á Constantinopla; de donde se puede creer que si despues de fortificadas las plazas sobredichas se hiçiese un canal de una de las venas del Nilo, que tiene un principio en la inmediacion de Herchico, para que como situacion la mas vaja atirase açi todo el agua de aquel Rio y al favor de una esclusa de que siempre se fuese dueños para poder abrir y çerrâr, se echase la mar, el Egipto y los Pueblos que del dependen para no pereser se someteran, y daran el libre passo tanto del nilo, que del mar Rojo, çin que persona se pueda oponer, ni á que el Egipto y los Santos Lugares con el transcurso de Algunos años entren en el Real Dominio de S. M.»

Termina pidiendo al Rey que en Málaga, Cádiz ó Bilbao se reunan el Conde de ESNEVAL, el P. MIGUEL ÁNGEL DE VESTINE y el Padre JOSEPH AUGUSTO, con los misioneros nombrados por el Papa y varios ingenieros españoles.— «Y si S. M. no quiere empeñar su real nombre para la expedicion, bastará que suministre por persona segura en cualquiera de los antedichos puntos la cantidad de 30 mil pesos para unirlos á una compañía de armadores y emprender la operacion.»

Ya tenemos, pues, en escena, al Conde de ESNEVAL. ¿Quién era este Conde? Probablemente nadie, es decir, uno de aquellos aventureros, sin más fortuna que su audacia, que lograban abrirse paso en las Cortes absolutas de hace doscientos años, exactamente como ahora medran y prosperan alguna vez en los países del extremo Oriente. Recuerdo haber conocido á cierto cocinero de un buque de guerra francés, que desertó en la costa de Malasia refugiándose en Bangkok, en donde llegó á ser general en jefe del ejército y ministro del rey de Siam. ESNEVAL era un francés llamado Roux, que abandonó joven su patria y siguió una carrera de aventuras en el Norte de Europa, Portugal, Italia, el Oriente y España, hasta obtener comisiones bastantes para atribuirse los títulos siguientes:

*Don PEDRO JOSEPH LE ROUX, Conde d'ESNEVAL, Contraalmirante de S. M. dinamarquesa, Inspector del comercio y su enviado á las Cortes de Oriente, enviado de Su Santidad á la Corte de Malta y de Etiopía, Embajador de S. M. Católica á la corte del Emperador de Etiopía muniendo de sus cartas credenciales, comisiones y pasaportes para armar y equipar los navíos necesarios para su transporte y embajada como Te-*

*niente General de sus Armadas de Mar bajo de su Real Bandera.*

Los papeles guardados en nuestro Archivo General Central no son bastante explícitos respecto á los antecedentes de este aventurero. Resulta de ellos que ESNEVAL estuvo por vez primera en España en 1737, trayendo de Roma una carta de introducción del Cardenal BELLUGA para el Obispo de Málaga. Al presentarla al Consejero del Rey, la acompañó de un proyecto para adquirir las dos provincias de Banquebazar y Isithpur en la India, que decía eran propiedad del Padre AUGUSTO, y establecer en Cádiz una compañía de comercio. Con este motivo habla de la India como país en que *abunda el oro, las minas nunca han sido abiertas y se encontrará este metal en las riberas de los torrentes que bajan de las montañas después de las lluvias. El Conde de ESNEVAL, en su último viaje, vió llegar en la ciudad donde estaba, mil seiscientos quintales de oro. Hay minas de plata y otros metales. La onza de oro puro no vale en el interior del Imperio más de seis piastras de plata.*

No se dió oído por esta primera vez á los proyectos de ESNEVAL, quien marchó al vecino Reino lusitano, en donde logró emplearse durante algún tiempo en una fundición de cañones de hierro vecina á Lisboa. Sea que su carácter no podía avenirse á ocupación tan sedentaria, ó que realmente cometiera varios desmanes de que los portugueses le acusaron, ello es que ESNEVAL marchó al cabo de unos meses á Roma, en nombre de cuya Corte desempeñó la misión á Malta y á Egipto, que relata en su proyecto BARTOLOMÉ PANCORBO.

El éxito negativo obtenido en esta expedición, enemistó á ESNEVAL con la Corte pontificia, y entonces se resolvió á tentar de nuevo fortuna en España, interesando á PANCORBO para que le prestara su apoyo. Vino á Madrid en compañía de una mujer, joven y hermosa, que luego veremos aparecer con frecuencia en los relatos de sus subsiguientes aventuras, y logró obtener la protección del Secretario de Estado de FELIPE V, D. JOSÉ DEL CAMPILLO, merced á la cual consiguió una autorización para armar buques y navegar con bandera española, y una carta credencial del Rey para el Emperador de Etiopia, en la que se le reconocía implícitamente el carácter de embajador. La autorización estaba redactada en los términos siguientes :

*Don PHELIPPE, por la gracia de Dios, etc. Por cuanto el Conde de ESNEVAL, Vice Almirante de las Esquadras del Rey de Dinamarca, ha re-*

*presentado, que por la propagacion de la fée catholica se halla con desig-  
nio de pasar por el Cavo de Buena Esperanza al puerto de Batyr y otros  
del dominio del Rey de los Abisinios comunmente llamado Preste JUAN,  
pidiendome le concediese mi real proteccion para esta navegacion, y aten-  
diendo á la piedad del motivo, queriendo secundar en ello el empeño del  
summo Pontífice, y creyendo que mi condescendencia será grata al mismo  
Príncipe: He venido en hacerle esta merced. Por tanto le permito que  
sobre cualquier Navío en que se embarcare, pueda poner la Bandera de  
España, y gozar de todos los privilegios que la competen, como si fuese  
Navío Español, prohibiendole pero el que pueda usar de esta facultad para  
hacer la Guerra, traficar ni comerciar en alguno de los Puertos de las  
Costas de América, Asia y Africa, que me pertenecen, ó en que alguna  
de las Potencias de la Europa esté establecida ó recibida, ni arrivar á  
ellos con pretexto alguno. Y mando á los Capitanes Generales, etc. Dada  
en el Pardo á 16 de Marzo de 1743. Yo el Rey. — D. JOSEPH DEL  
CAMPILLO, Secretario de Estado y del Despacho unibersal de Marina é  
Indias.*

La carta credencial para el monarca de la Etiopia, firmada en Aranjuez á 9 de Mayo de 1743, fué escrita en latín, traduciéndola de la siguiente minuta en castellano:

*Serenísimo Príncipe y Rey amigo nuestro. El conde de ESNEVAL, que  
baxo el auspicio de nuestra Vandera pasa á esas remotas regiones llebado  
del celo religioso que le inflama, y del que profesa á nuestro servicio, nos  
es Persona agradable y digna de que le oiga V. Serenidad y de que le  
dé entera fé y crédito á quantas afectuosas expresiones le comunique de  
nuestra parte; así esperamos deberlo á V. Serenidad en fé de la antigua  
amistad que ha mediado entre esta y esa corona, de que en varias ocasio-  
nes se han repetido las señales por semejante reciproca correspondencia á  
la que oi procura nuestra voluntad, deseosa de complacer a V. S. en lo  
que mas contribuya á su satisfaccion.*

ESNEVAL se dedicó en seguida á organizar la expedición, que no llevó á cabo sin tropezar con graves dificultades. Abandonado á sus propios recursos, que si abundaban en su ingenio debían ser escasos en su bolsa, acudió á un francés llamado ANDRÉS DE GILLIERS, comerciante establecido en la calle de Carretas, para procurarse los fondos necesarios al armamento de dos buques en Málaga. Compró dos de estos buques; una fragata de veinte cañones y diez cañones de candelero, y un navío de treinta cañones; y estaba alistándose para hacerse á la mar cuando fué preso y ence-

rrado en un calabozo en Málaga por orden del Cardenal de MOLINA. La causa de la prisión de ESNEVAL debe atribuirse á sus enemistades con la curia romana, pues muy pocos días después que el rey le invistiera con su representación y le facultara para usar la bandera nacional en los buques de su expedición, el Arzobispo de Odesa, Nuncio Apostólico en Madrid, se dirigía de oficio al Marqués de VILLARIAS para protestar contra el cargo conferido al Conde. En 3 de Setiembre de 1743 escribía dicho Nuncio una comunicación oficial, que también obra en el Archivo de Alcalá de Henares, y cuyo texto dice:

*Noticioso de que el Conde de ESNEVAL, Vice Almirante que se nombra de las Escuadras de Dinamarca, se halla en Cadiz con numerosa familia dispuesto á embarcarse con la idea de pasar á extender la fe catholica en el Imperio de los Avisinios, y que á este fin ha obtenido despachos de S. M., no puede dejar de hazer presente en descargo de su conciencia que le consta no haber sido grata á Su Sd. la pretensión de este Conde, y que jamás ha dado oídos á sus ideas no teniendole por correspondiente para semejante empresa.*

No se hallaba en Cádiz el Conde ESNEVAL como dice el Nuncio, sino en Málaga, en donde se ejecutó en su persona una orden de prisión, según he indicado antes. ESNEVAL se apresuró á protestar contra ella, y en memorial sin fecha dirigido al Marqués de la ENSENADA dice textualmente:

*Fuí conducido por la justicia civil de Málaga á una carcel infame, donde no puedo hablar ni escribir á nadie, ni aun á mi mujer, que el dolor la ha puesto en estado de no poder emprender el viaje.*

ENSENADA ignoraba enteramente este suceso, y de él dió traslado al Marqués de VILLARIAS en 20 de Noviembre de 1743, siendo de nuevo ESNEVAL puesto en libertad para proseguir su expedición.

Otra orden de arresto salió de Madrid, dirigida contra el comerciante y armador GILLIERS, compañero de ESNEVAL. Así aparece á lo menos del texto de una carta escrita por la mujer de GILLIERS en 29 de Octubre de 1743, á una persona cuyo nombre no consta en el documento. Su texto es curioso y lo inserto, por más que la orden de prisión contra el francés no parece ser originada por causa de la expedición de que formaba parte, sino por asuntos particulares de un tal SILVESTRE, sobre los cuales no tenemos ningún antecedente.

Dice así la carta, conservando su misma ortografía:

*Monsieur aussitot la presente recue anvoies vne exprés p'our que Mon Mary prenne garde il est sorty vn ordre du Conseil de guerre qui regarde laffaire de SILVESTRE pour arreste mon mary aquelque endroit quil soit atoute les justice de l'andalousie de le prendre voies sy il est possible de faire saisir de forcer margueritte a donné les papier de la maison et d'arresté mon mary ces pour tant une chose qui se pratique dans ce pays sy ne perdés absolument point le tems de la vertir crainte de danger voies aquel chagrin je suis reduitte je conte que vous me renderés se services et vous prie de me croire, Monsieur votre tres humble servante,*  
DEGILLIERS.

Lista en Málaga la expedición, se hizo á la vela para Cádiz, pero durante el viaje cogió á los buques un fuerte temporal, echando el mayor de ellos á pique sobre la barra de Huelva. Fuéle preciso á ESNEVAL salir solo con la fragata, que se llamaba *Amable María Nuestra Señora de la Victoria*, lo que efectuó el día 2 de Mayo de 1744. Aquel mismo día reveló el Conde su carácter á los tripulantes de su nave. No hacía dos horas que ésta se hallaba en la mar, ni se había perdido aún en las brumas del horizonte la vista de la tierra española, cuando ESNEVAL reunió á todos sus tripulantes en la cámara y les hizo jurar sobre un Crucifijo y los Evangelios que le serían fieles en sus empresas, sin indicar la carrera que se proponía seguir. Según parece, un solo individuo se resistió á prestar tal juramento, por lo cual fué puesto en el cepo después de haberle maltratado á palos.

Navegó ESNEVAL con rumbo al Sur hasta el día 20 de Mayo, en que llegó frente á la isla de Mayo, en el grupo de Cabo Verde. Allí enarboló resueltamente bandera de pirata, capturando uno tras otro cuatro buques ingleses de comercio. Quemó dos de ellos y con los restantes se hizo á la vela para Santiago, en donde á primeros de Junio la escuadra inglesa del almirante BARNETT le rindió é hizo prisionero. Por qué el inglés no ahorcó al Conde en una de las vergas de su buque, antes al contrario le soltó en Santiago de Cabo Verde, no lo puedo comprender. Desembarcados los individuos de la famosa expedición en la colonia portuguesa, después de trece meses de procesos y dilaciones fueron enviados á Lisboa, en donde llegaron en Septiembre de 1745. Como es natural, los principales de la expedición se acusaban mutuamente: ESNEVAL, pretendiendo que GILLIERS y otros le habían faltado al respeto y á la obediencia, y éstos, que aquél era simplemente

un pirata, por querer sólo capturar buques en alta mar por cuenta propia.

El Marqués de la CANDÍA, Embajador de España en Portugal, hubo de recibir las reclamaciones de todos, y como ignoraba hasta la salida de la expedición, cursó á Madrid los papeles que le remitián, de los que aparece en primer lugar el nombre de los individuos que llegaron á Lisboa, y eran los siguientes:

D. ANDRÉS DE GILLIERS, Secretario y Ayudante de los voluntarios.

D. FRANCISCO BADERAGUI, Teniente de voluntarios.

D. FRANCISCO BROSART, Alférez de voluntarios.

D. ANDRÉS RICARDO DE GILLIERS, Comisario de víveres.

D. BARTOLOMÉ GELABERT, Cirujano mayor.

FRANCISCO MARTÍNEZ, voluntario.

JUAN BAUTISTA DEHE, id.

DOMINGO MENDIONDO, id.

NICOLÁS OLIVIER, id.

JOSEPH TORRES, id.

JUAN BAUTISTA DURÁN, marinero.

DOMINGO BURRACIA, id.

MANUEL MONTANYA, id.

AGUSTÍN ESTRADA, id.

DOMINGO, barbero de la Nao.

La carta de ESNEVAL al Marqués de la CANDÍA contiene la primera acusación contra algunos de sus oficiales. Dice en ella textualmente:

*Cómo debemos hazer algunos dias de quarentena, doy quenta á V. Exa. por escrito, por serme imposible de venir en Persona, tener en mi compañía el n.º de 19 Personas Españiolas de oficiales y mas Tripulazione que he podido llevar de aquella isla de Cabo Verde, donde fuy echo Prizonero de Guerra por los Ingleses, y quntamente mi Esposa. Estan en este Navio 4 oficiales á mi subordinados que venian embarcados en mis navios appressados y otro criado mio, quales vienen assigurados... que deben ser llevados d' este navio en algun Castillo ó Prison hasta que... se tomen las medidas necessarias, pues estos deben por sus culpas pasar al Consejo de Guerra, ó como S. M. determinará.*

Más explícita es la carta de acusación contra ESNEVAL, dirigida

por GILLIERS al Marqués de la CANDÍA, y como la anterior fechada á bordo del navío *San Antonio de Portugal* el 15 de Septiembre de 1745. Dice así :

“D. Andrés de Gilliers, comerciante en Madrid, viviendo en la calle de las Carretas... En el año 1744 el llamado Conde de Esneval con su mujer llegaron en Madrid con un cierto proyecto, y despues aver engañado el Excmo Sor Marques de Scoti hiscieron lo mismo con el Sr. D. Joseph del Campillo... El suplicante fué tambien engañado por el dho aventurero y se obligo de armar los dos navios y de hir con el a dha expedition, uno de dhos navios se perdió sobre la cuesta de Portugal, con el otro saliemos de Cadix el primero de mayo de 1744, appena estavamos fuera de las fortifications de Cadix que dho aventurero dijo delante toda la tripulation que se burlava del Rey de España y de todo su Poder, que no queria mas bolver á España, despues forso á toda la tripulation á jurar le fidelidad. el 20 de dho mes llegamos a las Islas de Cabo Verde, adonde tomamos 4 navios ingleses sin tener lissentia ninguna, al contrario, el passeporte que teniamos de la Corte de España prohibia precisamente de no poder llegar a ninguno puertos amigos.

“en los primeros días de Junio llegaron a la Islas de Sn Jago vna Esquadra Inglesa de 4 navios y vna Balandra de Guerra que nos prendieron, nos despojaron todos; Basta el supuesto Conde que por ser Libre Pedrero (en ingles frey meson) y el Comandante de dho Escadra tambien por ser los dos hermanos de La Confradria Inglesa, que no Entiendo. Le dejaron no solamente el Suyo pero tambien muchas cosas de las presas Inglesas y de nosotros. Despues de la yda de Los Ingleses yo le accuse y delante del Juez de Las Islas de Cabo Verde de ser Pirata, fue presso nueve meses, el pleyto fue embiado á Lisboa y para actualmente en el tribunal de Ultramar y pedido al Rey su determinati6n sobre este assumpto— La repuesta del Rey de portugal fue que Luego que uviere ocasi6n poniese dho llamado Conde d’Esneval fuera de Sus Dominios.

“hemos venido jonto en Este navio; y el dho aventurero quien para evitar el Legitimo castigo que merece su atrevida, a hecho Lo que ha podido para hacer me poner atierra a fayal, vna de las Islas tercera, no aviendo podido Lograrle ha convenido con el



Dueño deste navio de tener me preso a Bordo por poder Escapar se y fugir.

“Por tanto Supplìco a V. E. de hazer me prender y el tambien y guardar nos presos hasta que V. E. tiene avisado a la Corte de España nuestra Llegada y de recibir orden V. E. de dha Corte supplicando V. E. de hazer avisar al Sor Dn Francisco miguiel de Goyeneche tesorero de La Reyna nuestra Sra, quien me presto el dinero que empleo en el armamiento deste vellaco. — Andrés de Gilliers. ”

Como era de suponer, el Gobierno español mandó á todos á paseo. No quiso, sin duda, proceder contra ESNEVAL por su calidad de extranjeró; pero ordenó á CANDIA que recogiese la Patente y cualesquiera papeles con el nombre del Rey que se hallasen en poder del Conde, usando de maña ó como mejor le pareciese. No pudo CANDIA cumplir el encargo, porque los documentos oficiales de la expedición fueron ocupados por BARNETT en Cabo Verde, pero remitió varias cartas particulares de los aventureros, de lectura curiosa porque dan todos los detalles de aquel famoso viaje.

ESNEVAL tardó algunos años en desaparecer en la oscuridad. En 1747 seguía en Portugal, para cuya Corte pidió á España una recomendación, que le fué negada. Luego propuso, sin éxito alguno, organizar otra expedición al Mar Rojo por cuenta del Gobierno austriaco. En 3 de Enero de 1749 escribe desde Hamburgo á nuestra Secretaria de Estado, diciendo, que reclamó en Londres contra el proceder de BARNETT en Cabo Verde, y que el Ministro Duque de NEWCASTLE ofreció hacerle justicia: y añade que pidió á los ingleses una indemnización por las pérdidas que le causaron, con la cual pensaba proseguir su expedición á Etiópia, que trabaja más que nunca para efectuar. Y como comprobante de este proyecto, remite ESNEVAL una reclamación, impresa en francés, dirigida al Rey de Inglaterra. Finalmente, en una carta fechada en Roma el 13 de Mayo de 1755, el Cardenal PORTOCARRERO avisa al Secretario de Estado español D. RICARDO WALL que *ha llegado aquí estos días el conde Desneval, de quien no tengo más conocimiento que haberle visto otra vez en esta Corte con diversos proyectos para Etiópia; y en otra carta de 8 de Mayo siguiente añade que dije á este Sujeto con buen modo que podía escusar el ir á España: me respondió que él no pedía nada, y que pensaba solamente transferirse á Portugal;*

en este concepto, quando lo quiera executar, le concederé el Pasaporte. Desde entonces desaparece ESNEVAL, sin que los documentos españoles hablen más de su persona.

Dos palabras, para terminar, acerca de la aventurera que acompañó al Conde ESNEVAL en sus expediciones. Varias veces éste se ocupa de su mujer en informes y memorias, diciendo que *es de la casa ó familia de ROLINGEN, y por consiguiente, emparentada con la mayor nobleza de Alemania*. Cuando ESNEVAL llegó á Lisboa y dió cuenta al Marqués de la CANDIA del fracaso de su misión, puso al final de la carta: *La Contessa mi esposa hace á V. E. muchos cumplimientos*, lo cual no dejó de éscamar á nuestro Embajador, pues al transmitir á Madrid aquella carta, añadía por su cuenta: *No le conozco ni al Conde ni á su mujer, por lo que me pone en desconfianza la expresión que de su parte me hace*. Por fin, en una carta dirigida desde Madrid á GILLIERS, le dice uno de sus amigos:

*Vous etes hereux que les anglois n'ayent pas Epluché de plus prez á la mission, et combien sa conduite y etait oposée, car vous auriez mal passé le tour aussi bien que lui (ESNEVAL). Il est vray que quand il auroit été pendu avec sa nimphe et son petit macquereau, il ny auroit pas eu grand mal.*

Así terminó la misión que debía dar al Rey de España todos los territorios del mar Rojo y la fabulosa cantidad de polvo de oro que el Nilo deposita en sus riberas cuando se retira la inundación de sus aguas.



En el mar Rojo.



Canal de Suez.

## CAPÍTULO XXX

A



CABARÉ este libro reseñando á grandes rasgos la historia y vicisitudes del canal de Suez, obra maravillosa que ha acortado considerablemente las distancias que antes separaban á Europa del Oriente.

Sabido es que ni el proyecto de FERNANDO DE LESSEPS era nuevo cuando en 1854 fué presentado al Jedive de Egipto SAID Bajá, ni su

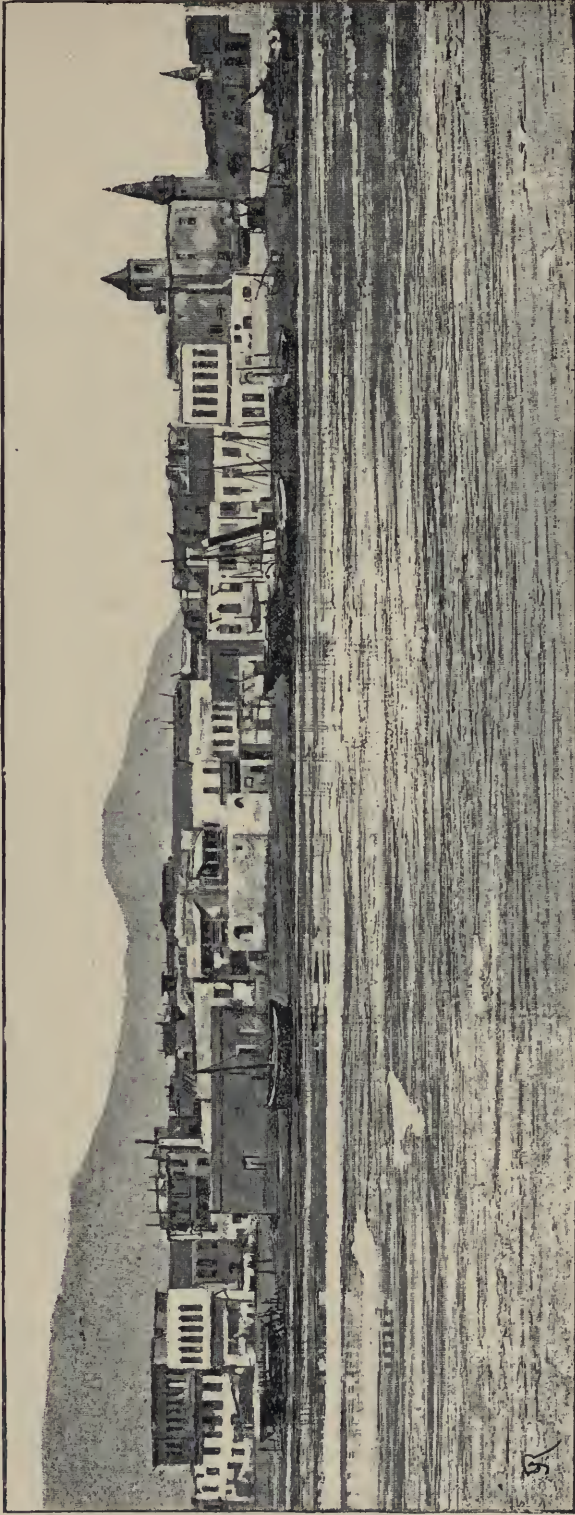
ejecución podía creerse irrealizable, puesto que la historia recuerda que los antiguos egipcios llevaron sus naves desde Alejandría al mar Rojo. Mas estas circunstancias no aminoran el incontestable mérito de la iniciativa y del trabajo ejecutado en nuestros días, venciendo obstáculos y dificultades que sólo el

genio perseverante y decidido de aquel francés, por cien títulos ilustre, pudo dominar.

El primer canal abierto en suelo egipcio para unir los mares de los dos continentes, debió construirse en época de la XVIII dinastía tebana, pues en las inscripciones de los muros de Karnak hay un pasaje relativo á la vuelta de SITI I del Asia, que habla de un *ta tenat* ó *canal cortado* que el Rey hubo de pasar al entrar en Egipto. SESOSTRIS dió gran impulso á los trabajos, y consiguió que en su tiempo las naves del mar Rojo pudieran ir hasta los muros de Tebas.

Este canal debió fenecer en la gran catástrofe del fraccionamiento del Imperio egipcio al acabar su XX dinastía, pues las faltas de cuidado y de limpieza eran suficientes para que las arenas cegaran su cauce. NIKO II, que empezó á reinar en Egipto el año 611 antes de nuestra Era, quiso restablecer el canal, y de tal magnitud debieron ser los trabajos para hacerlo navegable, que todos los historiadores atribuyen á este Monarca la realización de la obra. HERODOTO da cuenta de ella en los términos siguientes:

«NIKO sucedió en el reinado á su padre PSAMÉTICO, y fué el primero en la empresa de abrir el canal—continuado después por el persa DARÍO—que va desde el Nilo hacia el mar Erithreo, y cuya longitud es de cuatro días de navegación, y tanta su latitud que por él pueden ir á remo dos galeras á la par. El agua del canal se tomó del Nilo, algo más arriba de la ciudad de Bubastes, desde donde va siguiendo por el canal, hasta que desemboca en el mar Erithreo, cerca de Patumo, ciudad de Arabia. Empezóse la excavación en la llanura del Egipto, límite de la Arabia, con cuya llanura confina por su parte superior el monte que se extiende cerca de Memphis, en la cual se hallan las canteras ya citadas. Pasando la acequia por el pie de este monte, se dilata á lo largo de Poniente hacia Levante, y al llegar á las quebradas de la cordillera tuerce hacia el Noto ó Mediodía, y va á dar en el golfo Árábigo. Para ir del mar boreal ó Mediterráneo al meridional, que es el mismo que llamamos Erithreo; el más breve atajo es el que se toma desde el monte Casio, que divide el Egipto de la Siria y dista del golfo Árábigo mil estadios; esta es, repito, la senda más corta, pues la del canal es tanto más larga cuantas son las sinuosidades que éste forma. Ciento veinte mil hombres pere-



Vista de Suez.



cieron en el reinado de NIKO en la excavación del canal, aunque este rey lo dejó á medio abrir por haberle detenido un oráculo, diciéndole que se daba prisa para ahorrar fatiga al bárbaro, es decir, extranjero, pues con aquel nombre llaman los Egipcios á cuantos no hablan en su mismo idioma.»

Como lo indica HERODOTO, más tarde encontramos á DARÍO rehaciendo y completando el canal que iba del Nilo al golfo de Suez, aunque en más de una ocasión lo mandó cegar en parte, desde Bira á la mar, temeroso sin duda de que se realizara la predicción del oráculo de NIKO sobre dicha obra, al anunciar que serviría para permitir al enemigo la invasión de su reino.

Los primeros Ptolomeos cuidaron preferentemente de los canales, y no sólo restablecieron la antigua vía del mar Rojo al Nilo, sino que la dividieron en dos brazos, una que iba de Phacusa á los lagos de Pelusa, y otra que comunicaba el Balah con los lagos Amargos. Sin embargo, también su obra decayó con la dinastía, y acabó probablemente por abandono, ya que cuando CLEOPATRA, huyendo de la flota de OCTAVIO, quiso dirigirse á la Arabia con sus tesoros y sus naves, encontró que por falta de agua éstas no pudieron entrar en los canales.

En época de los romanos se abrió otro canal que iba desde las inmediaciones del Cairo hasta Suez, y aun se pretende que el moderno Khalig formaba parte de él. Se le llamó el *Amnis Trajanus*, por haber sido construido en tiempo de este Emperador. ADRIANO abrió otras vías de comunicación entre el Nilo y Suez, y mantuvo las estaciones romanas en la costa oriental del África, según consta en una inscripción griega, existente en el museo de Bulaq, que empieza en los términos que siguen:

ADRIANO, *cuestor, padre de la patria*. Ordenó construir un camino de Antinoe á Berenice por sitios seguros á lo largo del mar Rojo, teniendo muchas fuentes, estaciones militares y fortalezas.

Sin embargo, tanto en tiempo de los romanos, como en los posteriores, pocas fueron las galeras que se aventuraron á pasar desde el mar Rojo al Mediterráneo por los canales del Egipto. Generalmente aquéllas anclaban en los puertos de Berenice y Koseir, y su carga era transportada por caravanas de camellos que cruzaban el desierto hasta Coptos ó Keneh; en este punto se em-

barcaba en los lanchones del Nilo, siguiendo hasta Alejandría, en donde era transbordada á otras galeras que iban á los puertos del Latio.

Al caer el Egipto bajo la dominación musulmana, parece que AMRÚ quiso mantener los antiguos canales romanos, que facilitaban la conducción del trigo á la Arabia; pero éstos fueron cegados por el califa AL MANSUR, en el siglo VIII de nuestra Era. Desde entonces los nuevos amos del Egipto nada hicieron para restablecer la comunicación por agua entre los mares Mediterráneo y Rojo. No es de extrañar que así fuera, teniendo en cuenta que los árabes nunca han sido navegantes, y su espíritu exclusivista debía hasta oponerse á que otros pueblos utilizaran las ventajas de aquel tráfico. Por esto, cuando á principios del siglo XVI la República de Venecia veía amenazados sus intereses comerciales por los descubrimientos de VASCO DE GAMA, y quiso abrir el istmo de Suez para dar mayores facilidades á la navegación de sus flotas, los Sultanes mamelucos que gobernaban el Egipto se opusieron resueltamente á su propósito.

Durante la expedición francesa al Egipto, el Cónsul BONAPARTE vió la gran utilidad que podría reportar un canal de unión entre los dos mares, no sólo para el desarrollo del comercio con Oriente, sino para sus proyectos de conquista de la India. Encargó su estudio á uno de los miembros de la Misión científica que le acompañaba, el Sr. LEPÈRE, quien dos años después, en 1803, presentó al primer Cónsul su *Memoria acerca de la comunicación del mar de las Indias al Mediterráneo por el mar Rojo y el istmo de Suez*, cuyo proyecto contenía el trazado del canal por Suez, los lagos Amargos, Bubastes y Alejandría, atravesando el Nilo y varios canales de riego para las tierras. Su coste ascendía á treinta millones de francos.

Al considerar NAPOLEÓN este grandioso proyecto sintió mucho no poderlo realizar, y cuéntase que dijo al devolver la memoria que le había sido entregada: «La cosa es grande, pero no soy yo quien puede consumarla: el Gobierno turco hallará un día su conservación y su gloria en la ejecución de este proyecto.»

Siguieron los estudios del canal, hechos por varios ingenieros hasta el año de 1854 en que el Cónsul de Francia FERNANDO DE LESSEPS tuvo ocasión de hablar de aquéllos al Jedive SAID Bajá. «Durante un viaje, cuenta el mismo LESSEPS, hecho al Cairo con



el Príncipe de Alejandría á través del desierto líbico, por vez primera hablamos de la cortadura del istmo de Suez.» El Virrey comprendió los grandiosos resultados que podían obtenerse de la obra, y pidió al Cónsul la redacción de un informe, que le fué entregado el 15 de Noviembre de 1854. Quince días más tarde otorgaba el *firmán* dirigido «á su leal amigo, de alto nacimiento y rango superior, Sr. FERNANDO DE LESSEPS» dándole la concesión de los terrenos necesarios para realizar la obra.

Una comisión internacional, entre cuyos miembros figuraba también un español, el Sr. MONTESINOS, demostró la posibilidad de llevar á cabo los trabajos, que no ofrecían serias dificultades ni por las condiciones del terreno ni por la diferencia de nivel entre los dos mares, que de antiguo se hacía ascender á ocho metros. Probado lo absurdo de esta última suposición, se hizo un llamamiento al crédito público de Europa, y el 25 de Abril de 1859 empezaban los trabajos, que concluyeron el 16 de Noviembre de 1869, día en que se inauguró oficialmente el canal de Suez.



FERNANDO DE LESSEPS.

En la ejecución de la obra debieron vencerse serias resistencias opuestas por los ingleses y los turcos. Por una aberración muy común en los gobiernos, aquel que más debía aprovecharse de la obra fué el que más dificultades ofreció. Inglaterra supuso que el canal no era practicable, y apoyándose en esto declaró guerra abierta á la Compañía francesa que se había puesto al frente de las obras. Momentos hubo en que estuvo á punto de ver realizados sus propósitos, puesto que en 1863 consiguió que el Gobierno turco exigiera del egipcio la abolición del trabajo forzoso que, según las costumbres indígenas, estaban obligados á prestar los *fellahs*, el abandono del canal de agua dulce hecho para alimentar á los obreros y la retrocesión de los terrenos cedidos á la Compañía. Ésta se vió obligada á suspender sus trabajos, pero pronto se

conjuró la tormenta, y la obra pudo seguir con felicidad hasta su terminación.

Hablemos del canal. Mide 160 kilómetros en toda su extensión. En sus márgenes se levantan tres ciudades importantes: Puerto Said, del lado de Europa, población nueva edificada para las necesidades del comercio; Ismailía, situada á la mitad del camino, y Suez, en la parte del Asia, sobre la costa africana, á cuatro kilómetros del puerto.



Lago Menzaleh.

El canal arranca de Puerto Said, internándose en corto trayecto por el desierto, y en seguida se junta al lago Menzaleh, que sigue en línea recta en una extensión de 49 kilómetros. Se inclina después hacia el istmo de El Guir, donde describe tres curvas de difícil paso, ya que sólo tienen 1.100, 2.000 y 1.700 metros de radio, y desemboca en el lago Timsah, en cuyas orillas se encuentra Ismailía. Allí, el canal de agua dulce que riega y fertiliza aquella parte de Egipto, se une con el canal de navegación.

Saliendo del lago Timsah, el canal franquea los pasos Tusum y del Serapeo, y entra en los llamados lagos Amargos, formados

por una depresión del desierto, de unos 12 metros de profundidad, 20 kilómetros de latitud y 10 de anchura. En estos lagos se ha puesto una línea de valizas indicando el trayecto que deben recorrer los barcos. Siguen luego otros pequeños lagos, después de los cuales se entra en la última sección del canal. En toda la extensión de éste hay catorce estaciones, á unos 11 kilómetros de distancia unas de otras, destinadas á servir de paradas donde se crucen los convoyes de vapores que navegan en opuestas direcciones.

El cauce del canal no es igual en toda su extensión. Por término medio mide nueve metros de profundidad, por 22 de anchura, y guardan sus márgenes tres ó cuatro taludes sobrepuestos. El Canal no está siempre tan expedito como debiera, pues á causa de la poca firmeza de los terrenos laterales, grandes desprendimientos de arena invaden á menudo las orillas. Esta y otras dificultades hacen que la Compañía administradora haya reglamentado la marcha de los vapores, ordenando que ésta no exceda de 10 kilómetros por hora y que sólo en casos excepcionales naveguen de noche. Así, por un trayecto que en circunstancias ordinarias recorrería un vapor en menos de ocho horas, emplea ahora dos días, suponiendo que no encuentre en el camino obstáculos imprevistos. Sin embargo, recientes disposiciones han introducido el empleo de la electricidad en la navegación del canal, permitiendo con tal motivo el pase de buques entre las estaciones durante ciertas horas de la noche.

Los obstáculos abundan en el canal, donde los barcos suelen varar con frecuencia. Sucede que los vapores destinados á la carrera del extremo Oriente, son de mucha capacidad y de gran fuerza de máquina, en términos que de ordinario navegan 14 ó 15 millas por hora. Obligados dentro del canal á no marchar más de cinco ó seis, á menudo el timón no gobierna y especialmente en el paso de las curvas inclina el barco varándolo de proa. Entonces ocurre el entorpecimiento de la vía, que á veces llega hasta obligar á descargar el buque para ponerlo á flote.

Todas estas dificultades habíanse presentado hace algunos años, y en la Convención de Constantinopla de 1876, la empresa del canal se comprometió á emplear treinta millones de francos en trabajos de mejoras practicados en la vía y en los puertos, tales como extender la rada de Puerto Said, ensanchar la de Kántara

desde 500 metros que tenía á 4.000, y ampliar también las del lago Timsah y del kilómetro 133, rectificando algunas curvas; para cuyas obras debían emplearse tres dragas Gouin, una draga marina, un remolcador y catorce lanchas de vapor con máquinas de doble presión. Desde aquella fecha hasta 1886 sólo cinco millones de francos se han invertido, y éstos, no para mejorar el canal, sino para conservación del mismo. Sólo entre los Amargos y Puerto Said se ha aumentado la anchura del canal á 65 metros y á 75 en las curvas de mayor radio.

Resumido queda en las anteriores líneas cuanto se refiere al canal construído por la Compañía francesa. Falta ahora hablar de la actitud de Inglaterra con respecto á los intereses que aquella vía marítima representa. Sabido es que DISRAELI, siendo jefe del Gobierno británico, compró 176.000 acciones al Jedive ISMAEL y en seguida solicitó de la Compañía reducir un 20 por 100 el derecho de tonelaje de los barcos que transitan por aquella vía. Nada pudo conseguirse por el camino de las negociaciones diplomáticas, y el *statu quo* habría durado muchos años, á no sobrevenir los acontecimientos producidos por la sublevación de ARABI Bey. La intervención inglesa debía encontrar una compensación de los enormes gastos que produjo, y ésta buscóse en el canal de Suez. Así, de nada sirvieron las protestas de LESSEPS cuando quiso oponerse á que los ingleses convirtieran en centro de operaciones contra los nacionalistas egipcios el puerto de Ismailía. La actitud del Gobierno británico fué enérgica y decidida, y dió un golpe mortal á la influencia francesa en Egipto. En el momento de escribir estas líneas nada hay decidido sobre el porvenir del canal, trabajándose para declarar su absoluta neutralidad.

Las tres ciudades edificadas junto al canal de Suez, han adquirido bastante desarrollo. En las orillas del mar Rojo existe Suez, población de unos 11.000 habitantes, sucia, mal cuidada, llena de estrechos callejones, en cuyas tiendas se instalan curiosos bazares de productos del mar Rojo. En aquel mismo sitio existió antiguamente una ciudad llamada *Klysmá* por LUCIANO, que en tiempo de DARFO fué convertida en fortaleza y tuvo una guarnición para proteger el canal restaurado por el Monarca persa.

El geógrafo PROLOMEO llama á aquel lugar *Clisma Præsidium*, aunque lo sitúa algunas leguas más al Sur del golfo. Los árabes lo conocieron por el nombre de *Kolzím*, y durante su dominación





*J. Cebrera pintó*

Fuentes de Moisés.

LIT. DE FERNANDEZ, P. S. NICOLAS Y S. MATHÍO

cayó en completa decadencia, hasta el extremo de que ABD EL FIDA lo menciona sólo como punto de partida de las expediciones á Tur. Antes de empezarse los trabajos del canal, Suez contaba unos 2.500 habitantes. Actualmente la ciudad es triste, pobre, separada del golfo por una playa baja, de más de cuatro millas de extensión que la pleamar inunda algunas horas cada día. La vida en su recinto es un verdadero destierro.

Á la vista de Suez, en el otro lado del golfo, se levanta la cordillera de *Gebel el Tih*, en una de cuyas colinas existe un pequeño oasis, plantado de palmeras. Es el *Ain Musa* ó las *fuentes de Moisés*, lugar consagrado por la tradición como sitio en donde reposaron los israelitas en tiempo del éxodo. Allí realizó Moisés el milagro de hacer brotar agua de la roca, herida por la sobrenatural virtud de su varilla.

El actual oasis se extiende dos ó tres millas por la falda de la sierra, en dirección al mar. Su vegetación es magnífica y contrasta con la aridez y desolación del desierto que la rodea. Abundan las palmeras, los tamarindos, las acacias, y bajo su sombra se extiende la huerta, que cultivan algunos árabes establecidos en el oasis.

Cuatro ó cinco manantiales brotan del suelo con cierta presión, y sólo uno de ellos rodeado por antiguo muro de piedra, tiene el agua potable, aunque algo salobre. Los demás son de agua fétida y sulfurosa.

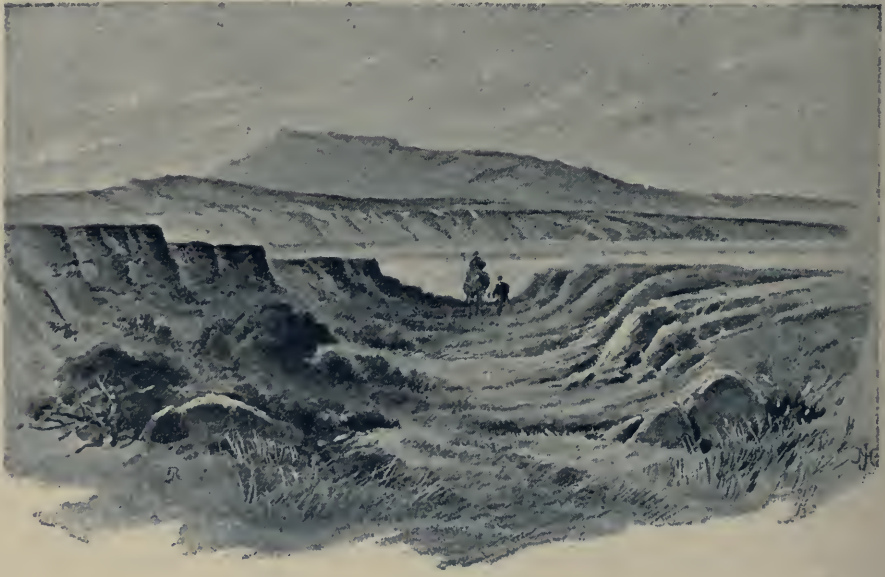
Á mitad de la distancia que separa á Suez de Puerto Said, se encuentra el lago *Timsah* ó de los Cocodrilos, en cuya margen izquierda se ha edificado la ciudad de Ismailía. Encantador es el aspecto de esta población, y lo primero que en ella se nota es que siendo una población africana, no tiene barrio árabe, ni calles sucias, ni bazares infectos.

La Compañía del canal dirigió la construcción de Ismailía, y naturalmente, resultó una ciudad europea, con anchas y magníficas calles llenas de árboles, grandes jardines, bonitos hoteles, y hasta casas para obreros, levantadas bajo un plan uniforme. Quizás esto último perjudica á la ciudad por darle cierto aspecto monótono. El Jedive ISMAEL mando edificar allí uno de sus mejores palacios, que está hoy desierto y ya medio arruinado.

Ismailía estuvo en su apogeo durante la construcción del canal de Suez, pues fué centro de la obra y residencia de los numerosos empleados de la gran empresa. Después decayó rápidamente, y

hoy es una ciudad muerta. Los barcos que cruzan el canal no se detienen en sus muelles, y en la población sólo viven algunos pilotos y dependientes de la Compañía. No se ven dos docenas de tiendas abiertas en sus extensas calles.

En las inmediaciones del canal de agua dulce que va desde el Cairo á Suez, pasando por Ismailía, se encuentran las ruinas de la ciudad de *Pa Ramsés*, conocidas por los árabes bajo el nombre de *Tell el Masjuta*. En ellas se descubrieron hace pocos años interesantes monumentos, que hoy decoran un pequeño jardín de la



Lago Timsah.

ciudad ismailita, tales como una *triada* ó grupo en piedra de SESOSTRIS, sentado entre las dos divinidades Ra y Tum; un espléndido templete ó *naos*, dos esfinges y algunas estatuas, que ostentan también el nombre de aquel Monarca egipcio en bien esculpidas columnas de jeroglíficos.

Finalmente en la estrecha lengua de tierra que separa el mar del lago Menzaleh, en su punto de unión con el canal de Suez, se levanta la ciudad de Puerto Said, con sus anchas calles, sus jardines, sus tiendas de modas, sus cafés y hoteles á la europea. Parece un centinela de la civilización avanzado en aquella punta del África, para dar la bienvenida á los viajeros que regresan del lejano Oriente.



Puerto Said nació con el canal de Suez, pues antes sólo existían yermos arenales en el lugar que ahora ocupan sus 17.000 habitantes. Y es evidente que la nueva ciudad habría progresado en mayor escala, si no estuviera sujeta á miserables rivalidades locales que impiden su desarrollo.

Aleandría ha visto siempre con malos ojos la creación y el desenvolvimiento de Puerto Said, pues cree que ella pierde lo que éste gana con su comercio. Y lo sensible es que de este sentimiento participan los gobernantes egipcios, pues los Bajás del



Plaza de Lesseps.  
Puerto Said.

Cairo son todos propietarios en Aleandría, y al egoísta interés de que sus casas y almacenes obtengan buenos alquileres sa-

crifican la necesidad de dotar á Puerto Said con todos los elementos de vida que reclama una ciudad de su importancia.

Por esta causa actualmente suceden allí cosas que parecerán increíbles á mis lectores europeos. El Egipto niega á Puerto Said el agua. No ha habido hasta ahora medio humano ni influencia bastante para obtener del Gobierno jefivial permiso para continuar hasta la costa del Mediterráneo el canal de agua dulce que va del Cairo á Ismailía y Suez. Sólo una bomba impelente, puesta por la Compañía francesa en la segunda de estas ciudades, envía á Puerto Said el agua, que pasa por una tubería de hierro tendida en la margen izquierda del canal marítimo. El día que el aparato sufre un desperfecto no se bebe agua en Puerto Said; y cuando funciona regularmente, la cantidad de este indispensable líquido que proporciona á la ciudad, es siempre insuficiente para

el consumo de los habitantes y para las necesidades de los numerosos buques que se detienen en el puerto.

¡Miserias egipcias, de que á cada paso se encuentran tristes ejemplos en aquel desgraciado país!

Hemos llegado al término de nuestro viaje. Ante nosotros se extiende la azulada superficie del Mediterráneo, limpio espejo donde se refleja la luz purísima del cielo que cobija al mundo latino. Aquí dejo á mis lectores. Con la mente llena de recuerdos y el corazón herido por la tristeza que producen las calamidades actuales de la hermosa región egipcia, subo á la nave que ha de conducirme á las rientes costas orientales de la península ibérica. Allá se asienta la condal Barcino, de mí jamás olvidada y doblemente querida, porque tras larga ausencia voy á contemplarla, á buscar en su seno el descanso necesario al cuerpo, y á procurar al espíritu nuevos alientos para emprender otros derroteros y cumplir mejor los fines racionales de la vida.



## ÍNDICES



# ÍNDICE

## DE NOMBRES PROPIOS CITADOS EN ESTE LIBRO

### A

Aahmes I, 343.  
Abbas Bajá, 179, 234.  
Abbott, 377.  
Abdalah, 106, 109, 155.  
Abd el Fida, 455.  
Abd el Kader, 243.  
Abd el Lat'f, 300, 301, 302, 303, 312.  
Abd el Rahmán, 162  
Abdú, 231.  
Abdul Medjid, 195.  
Abraham, 129, 155, 182.  
Abú Bakr, 231.  
Abú Dabad, 178.  
Abú Sand, 424.  
Abú Zed, 11.  
Acmé, 366.  
Adriano, 366, 449.  
Ahhotpú, 378.  
Ahmos, 378.  
Akenú, 276.  
Alejandro el Grande, 41, 59.  
Alejandro, Ptolomeo, 340, 399.  
Alejandro II, 345.  
Alfonso III, 150.  
Alí, 171, 178, 420.  
Alí bey, 178.  
Alí, el hadj, 143.  
Alí, hijo de Mohamed, 143.  
Alí, xeque, 323, 324.  
Al Mansur, 450.  
Almás, 231.  
Álvarez, Melchor, 291.  
Amalarico, 76.  
Amén Emhat, 267, 268.

Amén Emhat II, 329.  
Amén Haal, 267.  
Amenhotpú I, 379.  
Amenhotpú III, 319, 345, 355, 363, 364, 373, 412.  
Amenhotpú IV, 330.  
Ameni Amenemhat, 329.  
Amentuankh, 345.  
Amosis, 320.  
Amrú, 44, 45, 49, 153, 154, 155, 161, 162, 450.  
Ank Hor, 283.  
Antar, 11, 334.  
Antíoco, 366.  
Antipater, el judío, 43.  
Antonino, 365.  
Aphroditaria, 365.  
Apolíneo, 48.  
Apolonio de Rodas, 49.  
Aponio, 365.  
Aquileo, 43, 51.  
Arabí Bajá, 17, 18, 20, 21, 454.  
Aristarco, 48, 49.  
Arquelao, 59.  
Arsinoe, 63.  
Artabazes, 66.  
Asarhaddón, 345.  
Asclepiodoto, 365.  
Augusto, Joseph, 434, 436, 437.  
Ayub, 301.

### B

Baderagui, Francisco, 441.  
Baker, 423  
Baker Bajá, 421.

Balbilis, Julia, 366.  
 Baring, 180.  
 Barkuk, 116.  
 Barnett, 440, 443.  
 Bayaceto, 157.  
 Bebars, 150.  
 Beliard, 400.  
 Belluga, Cardenal, 437.  
 Beltrán de Gibelet, 150.  
 Berenice, 59, 63.  
 Bohemundo, 150.  
 Bokoris, 75.  
 Bonaparte, V. Napoleón I.  
 Bratuti Raguses, 290.  
 Broçart, Francisco, 441.  
 Brueys, 74.  
 Burracia, Domingo, 441.  
 Bursbey, 116.

**C**

Calimaco, 49.  
 Cambises, 75, 161, 320, 345, 363.  
 Campbell, 423.  
 Campillo, José del, 437, 438, 442.  
 Candía, Marqués de la, 441, 443, 444.  
 Caracalla, 395.  
 Casio, 63.  
 Catón, 58.  
 César, Julio, 42.  
 Cesarión, 61, 66.  
 Cetewayo, 421.  
 Chefren ó Shafren, 300, 301.  
 Cheops, 298, 300, 301, 302, 303, 304, 327, 410.  
 Cherif Bajá, 17, 181, 182.  
 Cicerón, 58, 59.  
 Claudio, 395.  
 Clemente XII, 434.  
 Cleopatra, 42, 43, 49, 56, 57, 59, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 269, 358, 403, 449.  
 Clot Bey, 318.  
 Cohen, 109.  
 Cómodo, 395.  
 Cornelio Galo, 68.

**D**

Darazzi, 170, 171.  
 Darío, 446, 454.  
 Dehe, Juan Bautista, 441.  
 Destaing, 74.  
 Diocleciano, 43, 51, 52, 234.  
 Diodoro Sículo, 311.  
 Dionisio, 61.  
 Dionisio, Ptolomeo, 399.  
 Disraeli, 454.  
 Dolabella, 63.  
 Domiciano, 395.  
 Domingo, 441.  
 Durán, Juan Bautista, 441.

**E**

Ebn Dauas, 174.  
 Ecequiel, 78.  
 Ei Nefer Ti, 275, 276, 386.  
 Elmagar, 255.  
 Emin bey, 115.  
 Emineh Hanén, 181.  
 Ensenada, Marqués de la, 439.  
 Eranuy Mairidian, 212, 214, 215.  
 Erasistrato, 48.  
 Eratóstenes, 48.  
 Esneval, Conde de, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444.  
 Estrada, Agustín, 441.  
 Euclides, 48.  
 Eugenia, 298.  
 Eusebio, 355.  
 Eutiques, 28.  
 Evergetes II, 390.

**F**

Farag, 116.  
 Farás, 429.  
 Farid Avrosakí, 212, 214, 215.  
 Fátima, 165, 235.  
 Felipe V, 433, 434, 437.  
 Fernández, 318.  
 Feti Bajá, 195.  
 Fulvia, 365.  
 Funisulano Charisio, 364, 365.

**G**

Gabinio, 59.  
 García Infanzón, Juan, 256.  
 Gelabert, Bartolomé, 441.  
 Germánico, 92.  
 Geta, 395.  
 Gilliers, Andrés de, 438, 439, 440, 441, 442, 444.  
 Gilliers, Andrés Ricardo de, 441.  
 Goher el Caid, 146, 165.  
 Gordon, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429.  
 Goyeneche, Francisco Miguel de, 443.

**H**

Hakim, 128, 163, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175.  
 Hamsa, 172, 175.  
 Hasán, 132, 133, 136, 137, 138, 139, 141, 144, 150, 153, 235, 236, 239.  
 Hasán Abd el Razek, 142.  
 Hasán bey, 244.  
 Hatasú, 92.  
 Hathor, 386.  
 Hermes Tr'megisto, 264.

Herodoto, 28, 75, 77, 311, 446, 449.  
 Herópilo, 48.  
 Hicks, 421.  
 Hiparco, 48.  
 Hontoui, 280.  
 Horacio, 83.  
 Horo, 330, 345.  
 Hrihor, 280, 377.  
 Hudja Toher, 281.  
 Hunas, 313, 317.  
 Husein, 235, 236, 239.  
 Hypatia, 44.

## I

Ibrahim, 143, 178, 199.  
 Ismael Bajá, 15, 16, 73, 146, 179, 188, 200,  
 207, 298, 413, 454, 455.  
 Isis, 386.  
 Isit Urh, 279.

## J

Jaime de Sicilia, 150.  
 Jemelo, 365.  
 Jhai, 283.  
 Jhao Ho, 283.  
 Jhot Hathor Nemiú, 279.  
 Julio César, 49, 61, 62, 65, 67.  
 Justiniano, 53, 417.

## K

Kairi Bajá, 243.  
 Kais ben el Melaua, 213.  
 Kait bey, 116, 156, 157.  
 Kalaún, 128, 150, 151, 152.  
 Kamehameha, 187.  
 Kamos, 378.  
 Karakush, 301.  
 Kemkaf, 304.  
 Kemp, 423.  
 Kesabat ibn Kultún, 153.  
 Khalil Sakhaz, 336.  
 Khebasch, 320.  
 Khitisar, 350.  
 Khonsú, 275, 386.  
 Khonum Hotpu, 329.  
 Kibrizli Mehemed, 194, 195, 196, 199.  
 Kircher, 394.  
 Kleber, 74.

## L

Lannes, 74.  
 Lathyro, Ptolomeo, 345, 363.  
 Leila Laihamaría, 231.  
 Léntulo Spinter, 59.  
 Lepère, 450.  
 Lesseps, Fernando de, 445, 450, 451.

Linant Bajá, 333, 423.  
 Livingstone, 423.  
 Loeches, Juan de, 256.  
 Long, 423.  
 Lucas, Pablo, 394.  
 Luciano, 454.  
 Luis, San, 76.

## M

Mahoma, 44, 98, 120, 121, 124, 125, 128, 130,  
 131, 141, 142, 143, 146, 168, 170, 171, 178,  
 234, 235, 243, 244, 245, 246, 420.  
 Mahomed, 157.  
 Makaukas, 44.  
 Makrizi, 153.  
 Mamún, 303.  
 Manethón, 42.  
 Manuel, 76.  
 Marciana, 417.  
 Marco Antonio, 49, 59, 63, 64, 65, 66, 67, 68,  
 69.  
 Martínez, Francisco, 441.  
 Mariette, 92, 257, 305, 310, 318, 320, 333,  
 368, 378.  
 Maspero, 313, 327, 328, 335, 337, 346, 347,  
 393, 400, 411.  
 Maximino, 417.  
 Mehemed Alí, 14, 34, 88, 89, 114, 116, 132,  
 133, 178, 179, 234.  
 Melek Hanén, 194, 195.  
 Melik el Saleh, 162.  
 Mencheres, 300.  
 Mendiondo, Domingo, 441.  
 Meruán, 162.  
 Micerino, 300, 410.  
 Mineptah, 412.  
 Minis, 310.  
 Mirinri Sokar Imsaf, 264.  
 Mitrídates, 43.  
 Mohamed, 143.  
 Moez, 146, 165.  
 Mohamed Ahmed, 420.  
 Moisés, 245.  
 Molina, Cardenal de, 439.  
 Montanya, Manuel, 441.  
 Montesinos, 451.  
 Morera, Pedro, 256.  
 Muiz Eibeg, 138.  
 Murad, 178.  
 Murat, 74.  
 Murcus, 63.  
 Musa abd el Rahmán, 142.  
 Mustafá Fehmy, 243.  
 Mutauakkil, 177.

## N

Napoleón I, 45, 73, 74, 164, 178, 400, 412, 450.  
 Narsés, 417.  
 Nazli, 196, 197, 198, 199, 200.  
 Nectanebo II, 416.  
 Nectanebos, 318.  
 Ne'tius, 276.  
 Nelson, 74.  
 Nerón, 340, 364.  
 Nes Hemp, 266, 267.  
 Nesshu Sita, 266, 267.  
 Newcastle, Duque de, 443.  
 Nicomaco, 48.  
 Niko II, 446.  
 Nofrit, 260.  
 Norodón, 187.  
 Northbrook, lord, 187.  
 Notmit, 377.  
 Nubar Bajá, 17, 180, 181, 182, 210, 211, 243.  
 Nubkhas, 377.  
 Nuhri, 329.

## O

Octavio, 67, 68, 69, 449.  
 Oliva, Narciso, 256.  
 Ol'vier, Nicolás, 441.  
 Omar, 33, 44, 49, 154, 161, 162.  
 Osmán, 310.  
 Osmán Galeb, 288.

## P

Pahir, 398.  
 Palacios, Felix, 256.  
 Pancorbo, Bartolomé, 434, 435, 437.  
 Papi I, 264, 313.  
 Papi II, 264.  
 Para Hotep, 386.  
 Parménides, 47.  
 Patiño, José, 435.  
 Pentaaur, 349, 350, 352, 357, 368, 371.  
 Pérez de Soto, 256.  
 Philadelfo, Ptolomeo, 50.  
 Philón, 46.  
 Philometor, Ptolomeo, 399.  
 Philopator, Ptolomeo, 42, 59, 269, 373, 399.  
 Phrynea, 64.  
 Picó, 332.  
 Pinotmu I, 280.  
 Pitágoras, 46.  
 Plauco, 65.  
 Plat'n, 46.  
 Plotino, 46, 48.  
 Pomet, Pedro, 257.  
 Pompeyo, prefecto, 52.  
 Pons, 332.  
 Porfirio, 48.

Portocarrero, Cardenal, 443.  
 Proclo, 48.  
 Psamético, 75, 319, 345, 446.  
 Ptolomeo, 454.

## R

Ra Hotep, 275.  
 Rahotpú, 260.  
 Ra Men Khopri Senb, 283.  
 Ramés, 386.  
 Ramsés I, 260, 378.  
 Ramsés II, ó Sesostris, 26, 79, 260, 311, 345, 349, 350, 351, 352, 356, 357, 368, 371, 372, 377, 378, 379, 380, 381, 412, 415, 446, 456.  
 Ramsés III, 375, 381, 389, 390, 391.  
 Ramsés IX, 377.  
 Riaz Bajá, 17, 181.  
 Rivarol, Francisco de, 434.  
 Rodolfo, 150.  
 Rolingen, 444.  
 Rothschild, 35, 89.  
 Roux, Joseph le, V. Esneval.  
 Rushid, 254.  
 Russell, 423.

## S

Sabaco ó Sabacón, 77, 345.  
 Sabina, 366.  
 Said Ahmed, 81.  
 Said Bajá, 179, 257, 445, 450.  
 Saladino, 114, 115, 162, 183, 301.  
 Salám Abú Duhí, 382.  
 Salih Gelil, 290.  
 Sardanápalo, 345.  
 Scheschonk I, 319.  
 Scoti, Marqués de, 442.  
 Scott Montcrieff, 347.  
 Selím I, 51, 162, 177.  
 Séptimo Severo, 367, 395, 401.  
 Serkemsauf, 377.  
 Sesac, 357.  
 Sesostris, V. Ramsés II.  
 Sethosis, 260.  
 Seymour, 19.  
 Shepen Sopt, 283.  
 Silvestre, 439, 440.  
 Simen Pao, 290.  
 Si Ren Pitú, 408.  
 Sit el Malk, 167, 173, 174.  
 Siti I, 338, 356, 357, 371, 378, 379, 380, 381.  
 Snefru, 327.  
 Solimán, 116.  
 Solén, 75.  
 Son Notém, 273, 274, 275, 276, 385, 386, 389, 417.  
 Soptiritis, 209.  
 Sostrato de Cnido, 50.  
 Soter, Ptolomeo, 41, 48, 49, 64.



Speke, 423.  
 Stevenson, 243.  
 Steward, 428.  
 Strabón, 52, 318, 345.

**T**

Taa Ash Enes, 386.  
 Tácito, 92.  
 Tahraka, 319, 344, 345.  
 Tamak, 386.  
 Ta Sit Khem, 270.  
 Teócrito, 49.  
 Teodosio, 27, 43.  
 Teti, 313.  
 Teufik Bajá, 16, 179, 180, 243.  
 Ti, 306, 315.  
 Tiberio, 92.  
 Theón, 44.  
 Thutmos II, 305.  
 Thutmos III, 305.  
 Thyrsó, 68.  
 Tito Flavio Titiano, 365.  
 Torres, Joseph, 441.  
 Trebula, 365.  
 Tulún, 155, 156.  
 Tusún Bajá, 179, 200.

**U**

Uaput, 379.  
 Usirtasen, 114, 359.

**V**

Vasco de Gama, 450.  
 Vero Ambíbulo, 365.  
 Vestine, Miguel Angel de, 436.  
 Villarias, marqués de, 434, 439.  
 Villeneuve, 74.  
 Vivó, 332.

**W**

Wall, Ricardo, 443.  
 Wilson, 428, 429.  
 Wolseley, lord, 20, 21, 427, 428, 429.

**Y**

Yusuf, 301.

**Z**

Zahir Bebars, 11.  
 Zizinia, 318.  
 Zoilo, 49.

# ÍNDICE

## DE GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

	Págs.
Esfinge de los Reyes Pastores. — Museo egipcio de Bulaq.....	1
Cabeza de momia tebana. — Museo Arqueológico de Madrid.....	3
Á la vista de Alejandria.....	5
Alejandria. — Vista del puerto.....	6
Panadero ambulante.....	9
Café árabe.....	10
Calle de Alejandria.....	12
Mendiga egípcia.....	13
Plaza de los Cónsules en Alejandria, destruida en 1882.....	14
Arabi Bajá.....	17
El fuerte de Pharos.....	19
Batería de Pharos, desmontada por los ingleses.....	20
Tienda de beduinos.....	23
Fellah.....	24
Fellahina.....	25
Joven copta.....	27
Beduina.....	29
Criado berberino.....	30
Esclavo negro.....	31
Esclava negra.....	32
El borriquero.....	33
Cabeza de niña bichari.....	39
Bajo relieve en barro cocido de la época ptolemaica.....	41
Faro de Alejandria.....	50
Columna de Pompeyo.....	51
Catacumbas.....	52
Cabeza de barro cocido de la época ptolemaica.....	53
Ruinas del palacio y aguja de Cleopatra.....	55
Canal de Mahmudieh, cerca de Ramleh.....	56
Berenice.....	58
Cesarión.....	62
Medalla de Marco Antonio y Cleopatra.....	69

Detalle del Delta egipcio.....	71
Vista de Abukir.....	74
Vista de Damietta.....	75
Cabeza de un Coloso de Tanis.....	76
Colosos de Tanis.....	77
Feria de Tanta.....	80
Imagen de la Diosa Bast.....	85
Recolección del trigo.— Pintura mural de un sepulcro egipcio.....	87
Noria.....	90
Fellah arando.....	91
Acequia.....	93
Habitación del fellah.....	96
Jardín de una casa egipcia, según la pintura mural de un sepulcro.....	101
Una calle en el distrito franco.....	103
Calle en el distrito turco.....	105
Una calle en el Cairo.....	107
Aguador.....	110
Vendedor de aceite.....	111
Interior de una iglesia copta.....	112
Obelisco de Usirtasen.....	113
Lámpara del Sultán Barkuk.....	116
Tumba árabe.....	117
La oración.....	119
Muezín en el alminar.....	120
Mambar ó púlpito.....	127
Ulema leyendo el Corán.....	129
Derviche.....	130
Detalle de la mezquita del Sultán Hasán.....	133
Mezquita del Sultán Hasán.....	134
Puerta de la mezquita del Sultán Hasán.....	135
Fuente del patio de la mezquita.....	136
Mezquita de El Azhar.....	145
Interior de la mezquita del Sultán Kalaún.....	152
Columnata de la mezquita de Amrú.....	154
Alminar de la mezquita del Sultán Tulún.....	156
Cúpula de la mezquita de Kait Bey.....	157
Interior de la mezquita de Kait Bey.....	158
Ventana de la mezquita de Kait Bey.....	159
Tienda turca.....	161
Alminar de la mezquita del Sultán Hakim.....	164
Trofeo turco.....	177
El Jedive Teufik.....	180
Paseo de Shubra (Cairo).....	188
La puerta del harén.....	191
Odaliscas.....	204
Mariam.....	205
Mujer siria.....	207
Joven armenia.....	209
Salida de la boda.....	216
Tipos de mujeres árabes.....	217
Mujer árabe en traje de boda.....	219
Cementerio árabe.....	221
Músico ambulante.....	225

	Págs.
Ghäuazi.....	226
Abdú.....	232
Panorama de las ruinas.....	233
La fiesta de los shiitas.....	238
El Ramadán árabe.....	240
Peregrino.....	242
El tapiz.....	244
Fiesta del Muled.....	251
Tumba destruida en el Alto Egipto.....	253
Muro de Luxor destruido por viajeros europeos.....	255
Estatua egipcia conocida por el <i>xique El Beled</i> .....	259
Nephtis.....	260
El príncipe Rahotpú.....	261
La princesa Nofrit.....	261
Planta y tallo del papiro.....	262
Flor del lothus.....	262
Ammón sentado en su trono.....	263
Momia.....	264
Máscara.....	265
Collar.....	265
Peto.....	266
Sarcófago de Amén Emhat (Museo de Madrid).....	268
La Diosa Hathor.....	267
Sarcófago de piedra.....	271
Muro oriental del sepulcro de Son Notém.....	273
Estela funeraria de Neitius (Museo de Madrid).....	277
Vasos funerarios de barro (Museo de Madrid).....	277
Cestos.....	278
Estatua de un escriba.....	378
Estatua del Osiris Isit Urh (Museo de Madrid).....	279
Estatua de la reina Hontoui.....	280
Annubis.....	281
Escarabajo funerario.....	281
Tueris.....	282
Ojo místico.....	282
Rana.....	282
Cerdo.....	282
Elefante.....	283
Ankh.....	283
Caja de ofrendas.....	283
El Dios Nilo.....	285
Crecida del Nilo.....	287
Antiguos egipcios pescando en el Nilo.....	288
Mapa antiguo de las fuentes del Nilo.....	292
Temporal de arena.....	295
Jinete en camello.....	296
Vista general de las Pirámides.....	297
Subida á las Pirámides.....	299
Galería interior de la Gran Pirámide.....	302
La esfinge de Guizeh.....	306
Sarcófago de Micerinos.....	308
Ruinas de Memphis.....	309
Pirámide de peldaños.....	313


Pirámide de Unas.....	314
Mastaba de Ti.....	315
Carpintero.....	316
Cocineros.....	316
Zapateros.....	316
Portador de tributo.....	316
Egipcios de viaje.....	316
Castigos egipcios.....	317
Galería del Serapeum.....	319
Mi campamento en Sakara.....	324
Mar de José.....	325
Pirámide de Meidum.....	327
Sepulcros de Beni Hasán.....	328
Arpista.....	329
Adoración del disco solar.....	331
Bazar árabe de Montfalut.....	333
Asiut.....	334
Mezquita de Akmín.....	335
Una calle de Akmín.....	336
Ruinas del templo de Osiris en Abidos.....	338
Mezquita de Guirghe.....	339
Keneh.....	340
Templo de Dendera.....	341
Templo de Karnak.....	343
La Diosa Mut.....	334
Templo de Ammón en Luxor.....	346
Sesostris.....	349
Sala de columnas en Karnak.....	353
Santuario de Siti.....	356
Tratado de paz de Sesostris y los Khati.....	357
Templo de Mut en Karnak.....	359
Aldea en el Alto Egipto.....	361
Bajo relieve del Rameseo, representando la derrota de los hittitas y de sus aliados por Ramsés II, y toma de la fortaleza de Dapur.....	369
El alma ante Osiris.....	374
Entrada al valle de los Reyes.....	375
Momia de Ramsés III.....	375
Momia de Sesostris (Museo de Bulaq).....	379
Momia de Siti I (Museo de Bulaq).....	379
Puerta del sepulcro de Son Notém.....	385
Patio en Medínet Abu.....	390
Columnata de Esneh.....	396
Templo de Edfú.....	399
Estela en la cantera de Gebel Silsileh.....	402
Aduar en la primera catarata.....	404
<i>Dahabia</i> en el puerto de Asuán.....	405
Nuggar nubiano.....	406
Alrededores de Asuán.....	407
El gobernador de Abú.....	410
Riberas de granito.....	413
El Nilo en Philoe.....	415
Los templos de Philoe.....	416
Annubis sacando el corazón de una momia. — Sepulcro de Son Notém en Tebas.....	417

	Págs.
En la trinchera inglesa.....	419
El Mahdi.....	420
El general Gordon.....	422
Negro shilluck.....	425
Jartum.....	427
El general Wolseley.....	428
Guerrero sudanés.....	430
Cementerio inglés en el Desierto.....	431
Buque del siglo XVIII.....	433
En el mar Rojo.....	444
Canal de Suez.....	445
Vista de Suez.....	447
Fernando de Lesseps.....	451
Lago Menzaleh.....	452
Lago Timsah.....	456
Plaza de Lesseps en Puerto Said.....	457
Fin.....	458

## LÁMINAS SUELTAS

---

	Págs.
Odalisca.....	Port. <sup>a</sup>
Barbero árabe. — Frente a la.....	I
Vista de Alejandria.....	12
Caravana en el desierto.....	28
Retrato de Cleopatra.....	60
Recolección de dátiles.....	94
Fellahina.....	99
Vista del Cairo.....	104
La ciudadela de Saladino.....	115
Árabe en oración.....	131
Mezquita de Kait Bey.....	157
Mezquita sepulcral del Sultán Barkuk.....	162
La Princesa Emineh Hanén, esposa del Jedive.....	180
Mujeres en el interior del harén.....	197
La Princesa Nazli.....	199
Distracciones del harén.....	225
Caravana del Tapiz en el Canal de Suez.....	244
El desierto. — Efecto de espejismo.....	294
Palacio del Jedive en Guizeh.....	298
La Gran Esfinge.....	304
Shadufs árabes.....	326
Pilones del templo de Luxor.....	350
Arco de Cleopatra en Karnak.....	358
Los Colosos de Memnón.....	563
Rameseum (Tebas).....	368
Templo de Medinet Abú.....	389
Templo de Kom Ombos.....	403
Panorama de Asuán.....	406
Vista de Philoe.....	415
Pabellón del templo de Philoe.....	416
Vista de Jartum.....	428
Vista de Masaua.....	434
Fuentes de Moisés.....	455

 Acabóse de imprimir este libro por  
José Cayetano Conde, Regente del  
Establecimiento Tipográfico de  
El Progreso Editorial, siendo  
Jefe de máquinas Pedro  
Baró, en esta Villa  
y Corte de Madrid  
á los VI días del  
mes de Junio de

MDCCLXXXIX

años.











DT  
54  
T63

Toda y Güell Eduardo  
A través del Egipto

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---



